LA GUARDIANA DE SECRETOS

Rosa Huertas

La guardiana de secretos

Rosa Huertas

A mi madre,
que me ha acompañado en cada página

1

Casa de San Luis Gonzaga (Los Almendrales),
Hijas de la Caridad. Fuencarral (Madrid), 1960

«Sentir la vida» era la frase favorita de mi hermana Carmen. Sentir la vida intensa, vibrar con ella. Así lo hizo, a pesar de las dificultades, las sombras y las traiciones.

A veces no sé qué lugar es este ni cómo he llegado hasta aquí. Ya no están los de antes, los de siempre, hombres y mujeres que pensaban y discutían en las interminables tertulias en casa de Carmen. Ni siquiera conservo mi nombre, ya nadie me llama Ketty. Ahora soy doña Catalina, una vieja abandonada a su suerte y refugiada en un lugar donde vive de recuerdos. Fuera de estos muros, la muerte se ha adueñado de las calles. La muerte, el silencio y el olvido.

Yo guardaba su casa, la cuidaba y le ocultaba el dolor. Mientras me fue posible, escondí secretos que ella jamás supo. Deseaba salvarla. Ahora también. Debo devolverla al lugar que merece, contar quién fue para que la conozcan, para que no la olviden. ¿Cómo es posible que hasta su nombre se haya borrado? Ella, la mujer más influyente de Madrid, la más admirada, la mejor periodista, la mejor hermana.

¡Ay, Carmen! Mi luz, mi compañera. Fui la recolectora de sus palabras, su confidente, y también la de María, mi sobrina; la de sus amigos de tertulia, la que escuchaba entre las sombras. Era invisible en casa de Colombine, por eso hablaban como si no estuviera, como

si no escuchase, pero yo lo oía todo, y solo le revelaba aquello que no le haría daño. Deseaba protegerla, ahuyentar a los interesados, a los envidiosos que ella no reconocía, pues acogía a cualquiera que llamase a la puerta.

Ya no deseo guardar más secretos, son puertas cerradas. Sé abrirlas todas, guardo las llaves de muchas de ellas. Ahora necesito contarlo. No es posible que su fuerza vital haya desparecido sin más. A veces siento que continúa a mi lado: oigo el vuelo de su falda, el eco lejano de su voz. Creo que seguimos en casa, y el salón resplandece en la tertulia de la atractiva Colombine. Imagino que sigo cuidándola, que me lleva de la mano por el campo de Rodalquilar, nuestro paraíso. Y la llamo: «¡Carmen!». Pero no responde.

Fui su sombra, y ahora no sé quién soy ni qué sentido tendrá esta vida mía que se agota, si nadie la recuerda. Carmen pensaba que solo la obra de arte permanece frente a lo efímero; en ese caso, debo reivindicar su arte. Estoy sembrando, como el campesino que aventa las semillas en el campo esperando que un día florezcan. Daría mi vida por ella, por su legado, igual que mi hermana se entregó por completo a luchar por los débiles. Dedicó una de sus novelas, *La rampa*, a toda esa multitud de mujeres desvalidas y desorientadas que acudían a ella para preguntarle qué camino tomar. Yo solo podía seguir el sendero que ella trazaba, a duras penas y tropezando, pero con la vista fija en su espalda. Siempre detrás, para admirarla, quererla y cuidarla.

Ahora la felicidad vuela como pavesa vencida por el aire. Europa se derrumbó, España se devoró a sí misma y el mundo se vino abajo. Fue mejor que Carmen no lo viera. Se ahorró un enorme sufrimiento.

Desde niña la adoré. Me gustaría volver a la infancia despreocupada, con los padres presidiendo la mesa y los niños jugando y haciendo travesuras. Carmen era la mayor, y siempre me

cuidaba y protegía. Formábamos una familia numerosa y unida. Cuando yo nací, en 1878, Carmen tenía ya diez años. Éramos inseparables. Fui su muñeca, y ella, para mí, como una segunda madre, más juguetona y consentidora.

Las dos nacimos en Almería, aunque nuestro paraíso particular siempre fue la finca, donde podíamos correr a nuestras anchas. Subíamos a los árboles, nos sentíamos parte de la naturaleza, libres como los pájaros que oíamos cantar, el viento que nos acariciaba el rostro y las flores cuyo aroma perfumó nuestra infancia. Olor a jazmín en verano y a azahar en primavera, a campo húmedo y fértil en invierno, a hojas y lluvia en otoño. Decía Carmen que, en Rodalquilar, pasó la adolescencia como hija de la naturaleza, soñando con un libro en las manos a la orilla del mar y cruzando al galope las montañas, como si la envolviera una atmósfera mágica. Descubrió la libertad: allí nadie le habló de Dios ni de leyes, allí se hizo sus leyes y pasó de Dios.

Al principio me escandalizaba escuchar esas palabras, propias de una mujer atea. Mi padre nos educó en la tolerancia, en la libertad; nunca lo olvidamos ninguna de las dos. Carmen deseaba vivir todas las vidas, recorrer todos los caminos y viajar en todos los barcos. No la envidié jamás; la admiraba porque ninguna mujer se enfrentó al mundo como ella.

Conservo un recuerdo nítido de una fuerte discusión entre mi padre y mi hermana. Yo tendría unos seis o siete años; ella, menos de veinte. Siempre fue una niña indisciplinada y, con la juventud, ese talante se multiplicó. Cometió el mayor error de su vida, según sus propias palabras, un episodio de ingrato recuerdo. Su rebeldía la llevó a casarse, contra la voluntad de nuestro padre, con la persona equivocada.

Escuché voces detrás de la puerta: Carmen gritaba más que papá, que intentaba convencerla con argumentos sólidos que ella rechazaba.

—Estoy enamorada de Arturo, y nadie nos va a detener —decía ella, cargada de razones.

—Eso no es suficiente, aunque no lo creas, hija. Eres muy joven, tienes toda la vida por delante para tomar una decisión tan seria. Para una mujer, el matrimonio supone un cambio radical: los hijos, la casa…

—Nada de eso me importa. Podré con todo.

—Tiene catorce años más que tú, solo eres una niña a su lado.

—¡Soy una mujer! ¡Mamá se casó contigo a los quince! Además, Arturo es un escritor de prestigio.

—Nada más lejos de la realidad, Carmen —musitó papá con voz triste.

Lo cierto era que mi hermana estaba pletórica, feliz. Amaba a Arturo, decía que era el hombre más guapo de Almería y que la adoraba, pues le dedicaba unos versos preciosos.

Aquella joven insensata no me parece la misma persona que me encontré cuando llegué a Madrid bastantes años después. Me asombra que ella, tan resolutiva, tan fuerte, tan clarividente, cayese en esa trampa del destino. Nunca se lo confesé, pero su experiencia me sirvió para huir de una situación semejante. No deseaba sufrir como ella, ni sentirme despreciada, ni cargar con la vida y con la muerte que siguieron a ese aciago matrimonio.

Carmen y Arturo se casaron, y ella se dio cuenta enseguida de su error. Algunas tardes me escabullía para visitarla porque la echaba mucho de menos. Ella me recibía con una tristeza desconocida, suspiraba y, a ratos, dejaba escapar alguna lágrima.

Con el tiempo, cuando compartíamos casa en la capital, supe la terrible verdad que me ocultaba.

—Entonces solo eras una niña, Ketty. No podía contarte algo así. Mi matrimonio fue un fracaso desde el principio. Arturo era un

señorito juerguista que me fascinó. ¡Qué ingenua! ¡Cuánto lamenté no haberle hecho caso a papá! Se pasaba la vida ocioso, alcoholizado, en tabernas y garitos. Me maltrataba, me engañaba con cualquier mujerzuela. Fue una desilusión, un infierno. Yo esperaba ternura y cariño, y solo encontré rudeza. Y empecé a sentir miedo.

—¿Miedo? —Era la primera vez que escuchaba esa palabra de sus labios.

—Un miedo atroz que me paralizaba, un miedo que se unió al pavor de la maternidad.

—Eso sí lo recuerdo —susurré.

Rememorar aquellas desgracias también me angustiaba. Lo viví de cerca, y la pesadilla me alcanzó a mí también.

Carmen perdió a tres de sus cuatro hijos, una tragedia que la persiguió y la torturó durante mucho tiempo. Quizá nunca olvidó a aquellos bebés muertos, a pesar de su afán por sobreponerse a los avatares de la vida.

Las dolorosas pérdidas de los hijos eran una constante en nuestro entorno. Almería era la primera en el cuadro negro de la mortalidad infantil. Nuestra madre perdió a cuatro de sus diez hijos. Todos se fueron muy niños: José con dieciocho meses, Nicasio con seis años, Nicasia con uno… Carmen llegó la primera y sobrevivió, ahora pienso que de milagro. Mamá era tan joven entonces que más bien parecía la hermana mayor de Carmen. El dolor por los hijos perdidos es la herida más lacerante para una madre. Las cicatrices del alma tardan más en cerrarse que las del cuerpo.

2

Mi hermana vivió su primer embarazo con ilusión, como si aquel niño fuese a reparar las desavenencias entre sus padres. Lo llamaron Arturo, y nació en 1890, pero no llegué a verlo, pues murió a las trece horas. Dos días después, me dejaron visitarla. La encontré lívida y con la mirada perdida. Me eché a llorar, pero ella, con un hilo de voz, me dijo que no me preocupara, que estaba bien, aunque en realidad no fuera así.

Un año después, perdió a una hija, M.ª del Mar, que solo vivió dos días. Tampoco llegué a conocerla. Debió de venir al mundo muy débil, y tanto mis padres como mi hermana quisieron ahorrarme la pena de verla y perderla.

Carmen jamás se rendía a pesar de las tragedias, de los desplantes de su marido, de la economía familiar precaria. Su suegro, don Mariano Álvarez, era periodista, y había legado a su hijo una imprenta en la que sacó a la luz un semanario titulado *Almería cómica*. Allí empezó a trabajar mi hermana como cajista y se inició en el oficio de periodista, que desarrolló el resto de su vida. Era un periodicucho satírico que, en ocasiones, rayaba lo obsceno. Mi padre, que lo compraba cada semana, no me dejaba leerlo, y le decía a mi madre que era el colmo del mal gusto y que Arturo solo lo utilizaba para meterse con la gente de Almería de manera interesada.

A veces, cuando volvía del colegio, me acercaba a la imprenta a verla. Aún recuerdo el penetrante olor a tinta que llegaba hasta la calle. Todo lo que ella hacía me fascinaba. La veía con las manos

manchadas, inclinada sobre la máquina de imprimir ajustando los tipos y quejándose de que le tocaba hacer todo el trabajo porque Arturo siempre llegaba tarde. Al principio, yo la creía: su marido era un dormilón al que le costaba madrugar. Solo eso. Cuando coincidía con él en casa, solía ser amable conmigo. Era un hombre atractivo y simpático. Hasta que dejó de disimular.

Una mañana me crucé con él cuando iba para el colegio. Me extrañó verlo por la calle a esas horas tan tempranas, pues mi hermana aseguraba que no le gustaba despertarse pronto. No había madrugado; aún no se había acostado. Vendría de alguno de los garitos que frecuentaba. Se acercó a mí. Hedía a alcohol, e hice un gesto de repugnancia. Entonces me miró con los ojos vidriosos. Nunca había visto una mirada semejante, era como si despreciara al mundo entero, como si navegara en un mar cenagoso del que se negaba a salir.

No le dije nada a mi hermana. El silencio se instaló en su vida. Ella, habladora compulsiva, pasó unos años de mutismo, rumiando sola su desconsuelo. No les contó nada a mis padres, aunque mi madre suspiraba cuando venía a vernos y apenas lograba que pronunciara un monosílabo. Mamá se quedaba seria y yo no preguntaba. Pronto aprendí que, muchas veces, las respuestas encierran un dolor que no deseamos asumir.

—Me avergonzaba de no haber obedecido a nuestro padre. Él tenía razón, no debí haberme casado. El matrimonio es una cárcel para las mujeres. No te cases nunca, Ketty —me repitió muchas veces, y más tras mi llegada a Madrid. No necesitaba decírmelo, ya había escarmentado a través de su experiencia.

Carmen se quedó embarazada por tercera vez. El niño, al que llamó Arturo José, nació sano y precioso. Respiré aliviada, y sé que mis padres también. «Un hijo ayudará a que Arturo siente la cabeza y que el matrimonio se enderece», escuché decir a mamá. Pero los hijos nunca arreglan un fracaso, más bien lo acentúan.

Me pasaba las tardes en su casa, cuidando del pequeño. Era como un juguete para mí: lo veía tan frágil que rezaba para que no le pasara nada. Nunca he vuelto a rezar de esa manera. Creía que, si oraba a todos los santos y a la Virgen del Mar, patrona de Almería, el niño estaría protegido. Por las noches, me arrodillaba ante la cama y me deshacía en plegarias que aliviaban el miedo y la preocupación. Eran como un escudo ante el infortunio.

De nada sirve rezar, como aprendí en ese instante. Ocho meses después del nacimiento, una mañana calurosa de verano, una mujer del barrio llegó a casa gritando. Mis padres salieron precipitadamente y no me dejaron acompañarlos. El niño había amanecido con fiebre, pero Carmen pensó que sería algo pasajero.

—Cuando sentí que me quitaban al niño de los brazos, cerré los ojos y perdí el conocimiento. —Me lo contó muchas veces, pues el recuerdo acudía a su mente y necesitaba echarlo fuera, convertirlo en palabras confiando en que se las llevara el viento—. El dolor era tan grande, tan insoportable, que noté como una garra que me oprimía el corazón, me lo taladraba y me dejaba sin aliento.

En casa pensamos que se moriría, que no recuperaría nunca la consciencia. Mi madre y yo permanecimos en vela a su lado, con la angustia reflejada en el rostro. Su marido entraba y salía de la habitación, inquieto como un gato encerrado en una jaula. Bebía delante de nosotras, sin disimulo, y aducía que una copa le calmaba los nervios, aunque era una detrás de otra. A veces, lloriqueaba; otras, daba gritos de rabia y golpeaba la pared con los puños hasta hacerse sangre. Mis padres agradecían mi entereza: no lloré en ningún momento. El miedo era tan intenso que impedía que brotasen las lágrimas.

Cada día me escapaba para acompañar a mi hermana enferma. Una de aquellas tardes, Arturo me abrió la puerta con indiferencia.

Ni siquiera me saludó, y aprovechó mi presencia para escabullirse de la casa y buscar un lugar donde emborracharse. Agradecí que se fuera y entré en silencio en la habitación donde yacía, inconsciente, mi hermana. Me senté a su lado, la tomé de la mano y la acaricié.

—Carmen, despierta, por favor —musité—. Estoy segura de que me oyes. He traído un libro para leértelo. Es de esos que te gustan tanto.

Pensé que, si escuchaba las palabras de los libros que amaba, tal vez despertaría. No sería la voz de su marido lo que le daría ganas de vivir, de eso estaba convencida, sino los poemas que la hacían vibrar y las novelas que la transportaban a otros mundos.

Le mostré el libro, como si pudiera verlo.

—Son poemas. Lo he estado mirando esta mañana y he seleccionado los que me han parecido más bonitos. Te leo este de Garcilaso de la Vega. Tú me lo recitaste una vez…

A Dafne ya los brazos le crecían,
y en luengos ramos vueltos se mostraba;
en verdes hojas vi que se tornaban
los cabellos que el oro oscurecían…

Permanecí callada, pensando en los versos. Aquel soneto hablaba de Dafne, herida con la flecha del desdén, y de cómo se convirtió en laurel para escapar del acoso del enamorado Apolo, que luego se lamentó de las consecuencias y lloró desconsolado. Las lágrimas del dios hicieron crecer el árbol: el sufrimiento del amor.

—Te pondrás bien —le repetí una y otra vez, para que se convenciera—. Te necesito a mi lado, Carmen.

El silencio de la habitación me sobrecogía. Apenas se percibía su respiración, débil y acompasada, aunque sabía que me escuchaba. No se me ocurrían palabras de consuelo para una madre que ha perdido a su hijo, al tercero, y que es víctima de un matrimonio

desgraciado.

3

Tardó aún unos días más en reponerse. Mi hermana no deseaba seguir viviendo y sufriendo, así que permanecía en el lecho con los ojos cerrados e inmóvil. Hasta que una mañana oí un quejido suave; era ella, que movía levemente la cabeza y pugnaba por hablar.

—Carmen, ¿me oyes?

Me apretó la mano en señal de asentimiento. Quise gritar para avisar a los demás, a la familia, pero me encontraba sola en la casa.

—Seré como Dafne —susurró con voz apagada.

En ese momento, la puerta se abrió. Era Arturo, que regresaba de su huida.

—¡Ve a mi casa! —le grité—. Llama a mis padres. Carmen me ha hablado.

Salió de la habitación y volvió a dejarnos solas. Temí que ella se desesperase al recordar al hijo muerto, pero en su semblante no había dolor, ni siquiera resignación. Era algo distinto, una expresión parecida a la que adoptaba cuando trabajaba en la imprenta.

Enseguida llegó la familia al completo. Mis padres la abrazaron, mis hermanos la tocaban y la miraban, incrédulos. Yo seguía sin derramar una lágrima, como si se me hubieran secado de golpe. No era capaz de llorar ni de pena ni de alegría.

Fui testigo del cambio que se produjo en Carmen a partir de ese momento. Fue como si hubiera renacido una persona nueva, como si el drama vivido la hubiese trasformado, como a Dafne convertida

en laurel. Si hubiera continuado siendo una mujer resignada, no habría regresado de la inconsciencia, se habría perdido en la oscuridad. Sin embargo, se convirtió ante mis ojos en una fuerza de la naturaleza, y jamás dejó de serlo. No sé si alguien más en casa se percató; quizá mi madre, aunque nunca hablamos de ello.

Un tiempo después, cuando ya se había repuesto por completo, le pregunté por el futuro, algo que me inquietaba porque no sabía cómo encarar.

—El futuro hay que labrárselo, Ketty. Nadie vendrá a ofrecerte una vida fácil. Somos mujeres, y tenemos derecho a una existencia digna. Soy otra, y sé que te has dado cuenta.

—Sí, desde el primer momento, desde que me dijiste que serías como Dafne.

—¡Ese poema! —suspiró—. Gracias por leérmelo. Soy la misma, pero resuelta, llena de insubordinación, combativa, liberada. Necesitamos un trabajo que nos permita ser independientes, no estar subordinadas a un hombre.

—¡Qué cosas dices! —Lo que contaba me parecía imposible de lograr.

—Tenemos que ser tenaces. Ahora sigo trabajando en el periódico, escribo y, además, estudio —musitó como si me estuviese contando un secreto.

—¿Qué estás estudiando? —Era la primera noticia.

—Quiero obtener el título de maestra, y tú deberías hacer lo mismo. Eso nos proporcionará independencia económica, nos permitirá emanciparnos.

—Se lo diré a nuestros padres, seguro que apoyan la decisión.

—Ellos sí. Papá es un hombre justo, bueno e ilustrado. Pero Arturo se burla, no sé qué hacer para que mejore su carácter, para que no me desprecie. Se ríe de mí porque quiero estudiar. No me entiende, pondrá obstáculos a mis esperanzas.

—Eres un laurel —le recodé—. Un árbol fuerte de tronco grueso y

ramas firmes. Ni el más terrible huracán podrá contigo. Lo sé.

Me abrazó, emocionada.

Aún puedo sentir la fuerza de sus abrazos, la convicción de sus palabras, la ternura que compartíamos. Nadie me arrancará esos recuerdos, aunque otros se están borrando como arena arrastrada por el viento. Ella permanece, intacta, poderosa, anclada como un laurel en mi memoria.

4

Carmen se lanzó al mundo con la decisión de quien sabe que de ello depende su felicidad. Capaz de enfrentarse a todo y a todos, no cejó en su empeño de salir de la sima profunda en la que se hallaba. Continuaba trabajando en el periódico para mantener el sustento, y dedicaba horas al estudio, aunque tuviese que robárselas al sueño.

Seguí sus pasos. Con diecisiete años, empecé a estudiar Magisterio, aunque no con tanto empeño como mi hermana. Me costaba memorizar más que a ella, que tenía una enorme capacidad de trabajo y una memoria prodigiosa. Pasaba a verla cada día por la imprenta, y ella me hablaba sin parar de proyectos e ideas que me parecían descabellados. Solo era una mujer en un mundo de hombres, pero deseaba ir mucho más allá, adonde no había llegado nadie.

Una tarde de 1895 la encontré más seria que de costumbre y enseguida le pregunté, porque entre nosotras no había secretos.

—Estoy embarazada otra vez —me dijo, sombría.

La miré, aterrada. No deseaba que volviéramos a vivir la misma pesadilla.

—No te asustes. —Carmen vio el miedo en mi rostro—. Esta vez todo saldrá bien, lo presiento. Soy más fuerte que antes, nada me va a detener. No se lo digas a nuestros padres, se llevarán un disgusto. Cuanto más tarde se enteren, mejor.

Volví a casa con la pesadumbre pegada al cuerpo. Cuando llegué,

noté un alboroto extraño. Los chicos, Francisco, Lorenzo y Manuel, seguían siendo entonces unos niños ruidosos, pero esa vez discutían entre ellos sin motivo. El nerviosismo se palpaba, y mis padres no se hallaban en casa. Intenté calmarlos, y le pregunté a Francisco, el mayor y más serio, por mamá.

—Han salido de paseo. Nos han dado una noticia preocupante.

—¿Qué ocurre? —pregunté, alarmada.

—Mamá —respiró antes de seguir—. Está embarazada otra vez.

El mundo se me vino encima. Tuve que sentarme porque me mareaba. Francisco, solícito, me ofreció un vaso de agua, que rechacé. La única mujer de la familia que no esperaba un hijo era yo, y me percaté de lo que ello suponía. Además de la muerte rondando, estaba la obligación de cuidar de las dos y de sus hijos. Las mujeres estábamos en el mundo para eso. Cuando ellas supieran que se encontraban en la misma situación, se preocuparían más la una por la otra que por sí mismas.

—Tienes que cuidar de mamá —me decía Carmen—. Los chicos dan mucho trabajo en casa, así que deberás encargarte de todo, porque está débil.

Asentí. Asumí la responsabilidad sin dudar, sin pensar en mi futuro ni en mi propia vida. Desarrollé una capacidad asombrosa para llevar una casa y una familia numerosa. Desde entonces, organizar la vida de los demás es lo que mejor he sabido hacer.

Por su parte, a mamá le angustiaba la situación de Carmen; sabía que, en su estado, poco podría ayudarla. Los niños nacerían casi al mismo tiempo, y mi hermana no contaría con la compañía atenta de su marido, eso lo augurábamos todos.

—No debemos abandonar a Carmen —sollozaba mi madre—. Así nunca levantará cabeza. Espero que esta vez su hijo sobreviva, no sé si soportaría otra desgracia…

Se refería a las dos, a mi hermana y a ella. ¿Cuánto dolor es capaz de aguantar una mujer? Es como si naciésemos con ese estigma,

marcadas por la pena, por la pérdida inevitable.

Antes de que ellas dieran a luz, ya me había convertido en cuidadora, y eso le dio sentido a mi vida. Me ayudaba a no pensar, a ahuyentar el miedo que me invadía cada vez que me paraba a darle vueltas al futuro. Olvidé los estudios. Ya no deseaba ser maestra; tenía bastante con atender a mi familia. Y solo contaba con diecisiete años. En casa, me encargaba de mis hermanos y de asistir a mi madre, que no se encontró bien durante los nueve meses. Al mismo tiempo, acudía junto a mi hermana, aunque ella seguía con su frenética actividad.

Con el embarazo avanzado, Carmen se trasladó a Granada para examinarse de maestra. Me habría gustado acompañarla, pero la delicada salud de mi madre me lo impidió. Esperaba su regreso con ansiedad, sobre todo para comprobar que se encontraba bien. Los papeles se alteraron, y la hermana pequeña se convirtió en la mayor.

Recuerdo su rostro feliz cuando volvió de Granada. Dejaba de ser una joven ingenua e inadaptada y empezaba a convertirse en la mujer hermosa, rotunda y llamativa que conocieron sus admiradores. Me abrazó y, alzando un papel que traía en la mano, exclamó:

—¡Ya lo tengo, Ketty! Soy maestra. Podré empezar una vida nueva.

Me pareció una idea ingenua… ¿Qué vida nueva se podía trazar una mujer a punto de dar a luz? Únicamente le quedaba ser madre. No conocía a fondo a la nueva Carmen. A pesar de haber pasado casi toda la vida a su lado, nunca dejó de sorprenderme.

El dolor y el desengaño no la hundieron, sino que la hicieron elevarse por encima de los demás, y adquirió una clarividencia que jamás la abandonó. La cultura y la educación eran la clave del progreso de la humanidad, su convicción inquebrantable.

—En la educación de la mujer está la solución a los problemas

sociales —me decía—. Todos los males vienen de la ignorancia y el oscurantismo. La salvación está en la educación y el trabajo para todos, Ketty. No lo olvides.

Tales ideas, que aireaba sin disimulo, le granjeaban problemas. Una manifiesta hostilidad hacia ella empezó a extenderse por Almería, y, al principio, le asaltaban las dudas.

—¿Crees que soy demasiado exigente y disconforme? Quizá deba cambiar y adaptarme a lo que se espera de mí para no suscitar más antipatías.

Pero nunca cejó en su empeño por defender que el papel de una mujer no era la sumisión al varón.

En 1895, mi hermano Carlos nació sano, y mi madre lo recibió como un regalo. Pensé que era un buen augurio: quizá se habían acabado las desgracias sin necesidad de rezar.

La felicidad tenía rostro. Lo descubrí poco después, cuando nació mi sobrina María. Llegó en noviembre, y el miedo, que casi había logrado anestesiar, regresó con fuerza. ¿Y si ocurría como las otras veces? Carmen se encargó de tranquilizarme.

—Soy otra, lo sabes. Todo irá bien, te lo prometo —me dijo horas antes del parto.

Y así fue. La niña llegó al mundo sin problemas. Cuando la tuve en mis brazos por primera vez, supe que una fuerza invisible me uniría a ella para siempre. Era la criatura más hermosa que había visto. Me agarró el dedo con la manita y no lo soltó nunca. Y yo me sentí atada a mi sobrina desde el primer momento.

5

Carmen deseaba huir. La relación con Arturo era insostenible, y no necesitaba que me lo contase: se veía en cada mirada, en el desprecio que él manifestaba ante los esfuerzos de ella por progresar. Las burlas, muchos artículos que la ofendían abiertamente, llegaban sin disimulo al periódico en el que él escribía. La actividad intelectual de mi hermana le desconcertaba. Sin embargo, la niña le inspiraba ternura. A todos nos conquistó, incluso al sinvergüenza de su padre.

Un día, Arturo apareció con un sonajero de plata para su hija. Carmen se lo reprochó: María no necesitaba ese regalo absurdo, sino la atención de un padre decente. Discutieron, pero lo cierto fue que la niña se agarró al objeto y rompía a llorar si alguien intentaba arrebatárselo. Mi hermana suspiraba, molesta, cada vez que oía el sonido del sonajero.

Lo he conservado siempre. Años después, mi sobrina ya no deseaba guardar aquel objeto, ennegrecido por el tiempo. «¡Qué manía de acumular reliquias! Si mi hija no lo quiere, tíralo», se quejaba Carmen.

María supuso un cambio definitivo en la vida de mi hermana. La niña llegó para alterar el universo de los que la rodeábamos y se convirtió en el eje de la existencia materna. «Es mi mejor obra», aseguraba siempre que le preguntaban. Repartía el tiempo entre su hija, la escritura y el estudio. Escribía robándole horas al sueño, desde poesía hasta ensayos, y lo hacía convencida de que su obra se publicaría más pronto que tarde. Mientras tanto, yo me ocupaba de

lo doméstico y, cuando ella se ausentaba de casa, cuidaba de María.

Por fin llegó el ansiado trabajo que le proporcionaría cierta independencia: comenzó a dirigir el colegio Santa Teresa del Ayuntamiento de Almería. Los primeros días volvía sobrecogida, la realidad que se encontró superaba lo tolerable.

—Es un colegio para niñas pobres —me contó a su regreso—. La miseria se palpa, se nota que muchas no han comido… Vienen llenas de piojos y desnutridas.

Encerrada entre las cuatro paredes del hogar familiar, apenas me enteraba de lo que ocurría en el exterior. Veía mendigos por las calles, oía hablar de la subida de los precios, de la escasez de trigo por las malas cosechas y la sequía, de revueltas y manifestaciones, pero nada de ello traspasaba los muros de mi casa. Hasta que Carmen los saltó. Sus ojos se abrieron a la verdad, y también los míos.

—¡Cómo no se van a morir los niños en esta situación! La sociedad es injusta, campesinos y mineros desfallecen de hambre, sus hijos no llegan a adultos, se quedan por el camino. Les suben los impuestos para sufragar la guerra, no les pagan el salario, han privatizado los montes públicos… Así es imposible subsistir. Los que pueden emigran, cuanto más lejos, mejor. Este país es una ruina, y esta ciudad, la más miserable de todas.

El contacto con la terrible situación que sufrían otros la empujó a tomar la medida largo tiempo aplazada. Una noche de 1898, a una hora intempestiva, apareció con la niña en brazos en la puerta de casa. Mis padres se asustaron.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué ha ocurrido? ¿Y Arturo?

—Mi marido no sabe que me he marchado. Desde ayer no tengo noticias de él. Estará bebiendo, como siempre. No aguanto más, madre. María y yo merecemos otra vida. Es por mi hija… ¿Qué

porvenir le espera en esa casa, con ese padre?

Papá se puso muy serio, pero la abrazó como señal de acogida.

—Sabes que en el paseo del Malecón 12 siempre tendrás tu casa —le dijo.

Mi madre sonreía. Conocía la situación de su hija desde el principio, y sabía que no quedaba otra salida, que Arturo no cambiaría. Era consciente de que Carmen llevaba un torbellino dentro y, con su fuerza arrolladora, alcanzaría sus sueños, por complicados que fuesen. Peor sería enfrentarse a las habladurías y críticas de los almerienses, aunque toda la ciudad conocía y comentaba la relación de Arturo con una cantante de varietés que actuaba en el café España. Una mujer no abandonaba a su marido. Por muy mal que se portase con ella, esa era la norma. Carmen me enseñó que una mujer no pertenece a su esposo, que nadie es propiedad de otra persona.

Quien más se alegró de la llegada de madre e hija fui yo. Así las tendría cerca todos los días, a todas horas. Mientras mi hermana acudiese al colegio, yo cuidaría de la niña.

—Y tú, no dejes de estudiar —me dijo esa misma noche—. Debes obtener ya tu título de maestra… Quizá tengas que sustituirme.

No entendí a qué se refería con eso, pero su empeño en que yo estudiara no cejó. Me obligaba a ponerme ante los libros, me preguntaba, me instaba a repasar lo que no me sabía bien. Yo prefería disfrutar de las horas con María, jugar con ella, cuidarla, entretenerla. No quería reconocer que aquel no era el trabajo que hace libre a una mujer, como mi hermana pensaba. ¿Qué ansiaba yo, en realidad? ¿Cuáles han sido mis aspiraciones a lo largo de la vida? Durante años, mis sueños se ciñeron a las necesidades de ellas dos, mientras que Carmen deseaba vivir todas las vidas, recorrer todos los caminos, viajar en todos los barcos. Muchas veces la sorprendí mirando el mar por la ventana. Desde nuestra casa, el Mediterráneo se mostraba dócil, como una explanada por la que se

pudiera caminar; rebelde y desbocado en las mañanas de tormenta. Ella se identificaba con ese mar indómito que acunó nuestras noches en vela.

—Es necesario ver una tormenta en alta mar para comprender la magnitud del universo —me contó años después, tras su regreso de un viaje a América—. Solo somos una brizna de hierba, un diminuto grano de arena en la inmensidad.

6

Lo cotidiano borra los pensamientos, te sumerge en una anestesia plácida en la que lo urgente pesa más que lo importante, donde los demás van por delante de ti. Vuelvo a los años en casa de mis padres y todos se suceden iguales; en ellos, floto como en el mar de mi infancia. Deseo retornar a ese hogar lleno de chiquillos, a las risas y la despreocupación. Nada me alteraba, la vida pasaba sin rozarme, sin herirme, mientras que a Carmen la zarandeaba porque se empeñaba en nadar contra corriente.

Terminé los estudios de maestra, pero permanecí en casa de mis padres porque no necesitaba emanciparme. Ellos cubrían mis necesidades, y mis hermanos, mi tiempo. Me convertí en la auténtica dueña del hogar: organizaba las actividades de quienes trabajaban en casa y me encargaba de las compras. Mi madre descubrió que lo hacía mejor que ella, ya que encontraba buenos productos a precios asequibles y nunca me engañaban al cobrarme. Ayudaba a preparar las comidas, que dejaron de ser aburridas y se volvieron suculentas. Hasta Lorenzo, que siempre fue flacucho y comía muy poco, engordó unos kilos y se aficionó a mis sabrosos platos. Ni siquiera pensaba en el porvenir: ¿qué podía haber mejor que seguir allí, arropada y querida?

A mi sobrina le dedicaba más tiempo. Crecía feliz, y era una niña que llamaba la atención por su belleza. Muy pronto comenzó a caminar y hablar, antes que mi hermano Carlos, y éramos inseparables. Ya entonces pensaba que me quería tanto como a su madre, porque le consentía sus caprichos y jugaba con ella más que

Carmen, que solía estar ocupada estudiando, leyendo o en el colegio.

El primer nombre que pronunció María fue el mío. «Catalina» era la palabra que más se decía en aquella casa: «Catalina haz esto, Catalina trae lo otro». Sin embargo, a la niña le resultaba demasiado largo. Una mañana que fui a su cuna a despertarla, levantó los bracitos y gritó:

—¡Ketty!

Al resto de la familia le hizo tanta gracia que con Ketty me quedé. María me puso el nombre que, desde entonces, he llevado con alegría, con el que me identifiqué y el que me ha hecho sentir especial. Empecé a firmar con él, y decidí escribirlo de una forma más moderna: con ka, dos tes y una y griega. A mi madre le parecía una aberración.

—Catalina es un nombre precioso, era el nombre de tu abuela, mi madre. Ketty parece nombre de fulana y tú eres una señorita respetable.

—No hagas caso a mamá —terciaba Carmen—. Es perfecto para una joven como tú, que vive en el siglo XX.

Mamá siguió llamándome Catalina el resto de su vida. Para los demás, fui Ketty. Incluso para mi padre, que debía aguantar las malas caras de mi madre cuando lo pronunciaba.

—Así no encontrarás un novio serio —suspiraba mamá, cada vez menos convencida.

Esa observación me daba igual, porque no me fijaba en los hombres. Alguno me pareció apuesto pero, durante años, los observaba de lejos, y prefería que no se me acercasen para no tener que moverme en dirección contraria.

Marcelo, un amigo de mi hermano Francisco, frecuentaba nuestra casa y me miraba de manera distinta. Aprendí a distinguir esa mirada en los hombres, y me mantuve en guardia. El chico me saludaba con amabilidad, e incluso alguna vez me ofreció unas

flores que habría cogido en un parque cercano.

—Marcelo está enamorado de ti —me soltó un día Lorenzo, el más observador de mis hermanos—. Por eso viene tanto.

—¡Qué tonterías dices! —exclamé—. Es solo para estudiar con Francisco.

—Sí, para estudiar la manera de cortejarte —bromeó.

Desde entonces, cada vez que aparecía Marcelo, Francisco me miraba y se reía. Yo, avergonzada, me retiraba a mi habitación con los pequeños hasta que mi madre me llamaba para algún asunto doméstico.

—Lleva una limonada a los estudiantes —me pidió un día—. Hace calor, y así se refrescan y descansan un rato del estudio.

Obedecí y entré con una bandeja bien dispuesta a la habitación donde estudiaban los dos jóvenes. Marcelo me miró, arrobado, y agradeció el detalle.

—Es usted una señorita encantadora —me dijo.

—No le hables de usted —saltó Francisco—. Es mi hermana favorita, igual que tú eres mi mejor amigo.

Las palabras de mi hermano iban cargadas de intención; le parecíamos la pareja ideal: la perfecta ama de casa y el joven de buena familia y con futuro. ¿Qué más se podía pedir? A la edad que yo tenía en ese momento, mi madre ya había concebido varios hijos.

No pronuncié ni un monosílabo, y salí de allí lo más deprisa que pude. Marcelo era un joven de aspecto agradable: alto, fuerte y con un rostro afilado pero armonioso; excepto sus orejas, que sobresalían demasiado del óvalo de la cara. Parecía un insecto a punto de echar a volar y, a veces, debía reprimir las ganas de tirar de ellas, sobre todo cuando decía algo fuera de lugar. No me gustaba, no deseaba pasarme la vida viendo esas orejas de soplillo, a pesar de que casi toda mi familia insistía en lo buen partido que era y esperaba que me fijase en él. Hasta mi madre me decía que ya

estaba bien de cocinar para la tropa de hermanos y que el joven Marcelo apreciaría mi talento culinario.

Mi única aliada era Carmen.

—Si no te agrada ese joven, no pasa nada. No te comprometas, vendrán otros. Y si no, mejor. El matrimonio es una cárcel para las mujeres —insistía.

Sabía de lo que hablaba, la creía más que a nadie. Cada noche, antes de dormir, mi hermana me contaba sus progresos, y a veces me pasaba unas hojas con lo que iba escribiendo.

—La escritura es mi pasión. Encontraré a quien me publique, aunque no será fácil. Y así podré salir de Almería y marcharme a la capital.

—¿Quieres irte? —pregunté, alarmada.

—Aquí no soy nadie, Ketty. Una mujer que abandona a su marido no es bien vista. ¿Qué futuro me espera?

—Tienes tu escuela y tu familia…

—Quiero llegar lejos, publicar lo que escribo y que me lea mucha gente. La prensa me puede ayudar, y en esta ciudad me vetarán en los periódicos para no molestar a Arturo.

—Tu marido usa *Almería cómica* para insultarte, ¡qué infame!

—Está perdido, Ketty. Siento lástima por él. Solo es el fruto de un orden social que nos hace a todos infelices. La mujer no tiene otro papel que la sumisión al hombre. Ellos pueden gozar de libertad y disponer de la mujer para su servicio. No debemos seguir así. Tengo algunos relatos y bastantes coplas escritas. Buscaré un editor en Almería y a un hombre de prestigio para que me prologue el libro. Será la forma de empezar, una carta de presentación para cuando nos vayamos a Madrid.

—¿Nos? ¿Piensas llevarme contigo? —Se me alteró el pulso.

Por una parte, no deseaba separarme de ella; por otra, me aterraba salir de Almería para vivir en una ciudad gigantesca y desconocida.

—No, Ketty. Tu lugar está aquí, intentaré que te quedes con mi puesto de maestra. Debes labrarte tu futuro, no limitarte a ser mi sombra. Nos iremos María y yo. No pienso abandonar a mi hija. Vendrá donde yo vaya.

No había contemplado esa posibilidad. Separarme de mi sobrina sería como arrancarme la piel; también era mi hija, más que eso. Nos habíamos elegido mutuamente.

Rumié mi pena en soledad. El futuro, que hasta ese momento me había parecido plácido, entre esas cuatro paredes, rodeada de padres y hermanos y apegada a María como el mar a la orilla, comenzó a tambalearse. Hablé con mi madre; ella debía conocer las pretensiones de su hija mayor.

—No me extraña que desee marcharse a Madrid. Si lo desea, lo hará. No hay quien detenga a Carmen. Ella no será feliz aquí. Tú eres distinta —dijo acariciándome el rostro—. Has nacido para la familia, y formarás la tuya. Llegará el hombre adecuado. A tu edad, ya había sido madre varias veces —suspiró—, pero aún no es tarde para ti.

Veintidós años eran muchos. La mayoría de las mujeres que conocía se habían casado antes. Ese no era mi sueño.

—Ya tengo una familia, madre. Aquí soy feliz —aseguré.

—María no es tu hija, Ketty. Un día se irá con su madre y tendrás que enfrentarte a la realidad.

Me conocía bien. Las madres son capaces de leernos el pensamiento, de averiguar nuestra angustia al oírnos pronunciar un monosílabo.

—Quizá ese joven, el amigo de Francisco, Marcelo…

—Tiene un par de años menos que yo —aduje.

—Eso no importa, tú le gustas y es adecuado para ti.

—Pero a mí no, madre. Prefiero quedarme soltera que casarme con un hombre que no amo… para toda la vida.

—Tienes razón, hija. Esta es tu casa, eres tú quien debe elegir.

La vida fue decidiendo por mí. Mi hermana, las circunstancias, la historia… me fueron zarandeando y escribiendo mi biografía con tinta de sangre. Soy una cáscara de nuez a merced de las olas del destino. Añoro esos años, rodeada de gente, amor y bondad.

7

—¡Ya está! —me dijo eufórica una mañana de 1900 cuando regresó de la escuela—. Voy a publicar el libro, y ya tengo a quien me lo prologue. Nada menos que Antonio Ledesma.

—Ledesma es un poeta muy prestigioso en Almería, un intelectual de mucho peso.

—Ya lo creo. En cuanto esté el prólogo, irá a la imprenta. ¿Te das cuenta? ¡Mi primer libro!

Se tituló *Ensayos literarios*, y contenía relatos, poemas y un texto sobre la educación de la mujer. Llegó a casa entusiasmada con los ejemplares del libro. Lo primero que hizo fue entregarme uno a mí.

—Querida hermana, formas parte de esto —me dijo, solemne.

Me emocioné al comprobar que me había dedicado el texto «La educación de la mujer». Lo había escrito para mí, para decirme que no me detuviera, que era importante y necesario que las mujeres fuésemos cultas, que de ello dependía la civilización y el progreso de los pueblos. En esas páginas se encontraba la solución a los problemas sociales que nos afectaban.

—El Magisterio es el camino —dijo al tiempo que me abrazaba—. Lee en alto este párrafo —me indicó.

Obedecí. Toda la familia me escuchaba: mis orgullosos padres, mis hermanos y hasta la pequeña María, que por entonces contaba unos cinco años.

—«Las maestras reemplazan a la madre en la sublime misión de educar. Ellas tienen que nutrir la tierna inteligencia de las niñas, tienen que formar su carácter, desarrollar sus facultades, dirigir sus

instintos y sentimientos, y enriquecer su inteligencia con los conocimientos que les transmitan».

Nos aplaudieron con fervor. Me sentía tan protagonista e ilusionada como ella. La niña corrió a abrazarme, y pensé que su madre se sentiría molesta por el gesto de su hija. Al contrario, me miró con complicidad.

—¡Cuánto te quiere! Sois mi luz y mi tesoro —aseguró.

Guardé el libro con devoción, el primero de todos los que fui conservando. La obra de mi hermana quedará para siempre, la hará inmortal, a pesar de quienes desean enterrar su legado. Lo leí hasta casi aprendérmelo de memoria: me emocioné con relatos que hablaban de amores imposibles, como los titulados *Zara*, *Almas hermanas* o *La flor del valle*, donde describía a la perfección nuestro paraíso de Rodalquilar:

> Nada tan bello, tan poético y tan encantador como una tarde pasada en la espaciosa playa de R. contemplando las verdes ondas del Mediterráneo que, con sus olas de plata, besa la arena o, al chocar con las peñas, salta de rechazo en torbellinos de espuma.

Buscaba su reflejo en cada frase, y la reconocía en relatos como *La mariposa* o *Las madres*, donde decía: «Me casé con un hombre que me dejaba sola y abandonada para buscar fuera de casa los placeres y las diversiones. Me sentía morir del frío que había en mi alma hasta que nació mi hijo. Deposité en él toda la ternura de mi corazón». Hablaba de ella, de su amargo matrimonio, de la esperanza renacida con María.

Y en los cantares de desamor vertía el desconsuelo, el desengaño y la desilusión ante el fracaso de su matrimonio. Cada verso me emocionaba, lo sentía a flor de piel. Sabía que se había casado enamorada, que la pasión pudo más que la evidencia, hasta que se convirtió en desastre.

Amar es gloria o infierno,
es tormento o paraíso,
si se ama a un alma noble
o se quiere a un ser indigno.

En el texto sobre la enseñanza de la mujer que me dedicó, afloraban sus ideas como amapolas entre la mies. Eran sus palabras dirigidas a mí y a las mujeres que languidecían atrapadas en una vida monótona.

Las opiniones que vertía entonces resultaron ser muy moderadas en comparación con lo que escribió más adelante. Fue prudente: comenzaba a caminar, y estaba sola. Nadie habría aceptado osadías de una joven que apenas había publicado, que no gozaba del nombre ni el prestigio que consiguió años después, cuando cada palabra suya hacía saltar el mundo en pedazos. En ese momento, necesitaba justificar su deseo de independencia y entraba en el debate de si la mujer debería trabajar o no con la prudencia de quien se sabe observada y, posiblemente, censurada.

> Es opinión muy debatida si la mujer debe dedicarse solo al cuidado del hogar o puede desempeñar otros oficios que los de esposa y madre. Esta última es la misión de la mujer, en ello encuentra especial gusto. Es en la vida tranquila y pacífica del hogar donde ella tiene su trono.

Yo deseaba ese futuro, la vida sosegada de la familia que había visto en mis padres. Casarme y ser feliz, aunque la experiencia de mi hermana resultaba un doloroso espejo. Carmen había dejado de creer en un destino semejante, necesitaba otra opción.

> Como hay muchas mujeres que, por circunstancias especiales, se ven obligadas a buscar su sustento y el de sus familias, debe procurarse dar a la mujer una profesión con la que pueda estar en actitud de atender a sus

necesidades.

A mi hermana, solo el trabajo podía salvarla, la posibilidad de ser alguien fuera de la casa de nuestros padres. La libertad era su principal objetivo, y solo lo lograría cuando tuviese un trabajo que la permitiera escapar.

Yo no me separaba del libro, y Carmen sonreía al ver mi entusiasmo ante su primera publicación. Se sentaba a mi lado y lo hojeábamos juntas.

—Mi relato favorito es *El repatriado* —me contó—. ¡Es tan injusta la guerra! Esos hombres abandonados a su suerte, la indiferencia ante las derrotas, ante el horror de los conflictos… Este país se desmorona, hay que regenerarlo. El mal es la ignorancia; la salvación es la educación.

—No dejes de escribir, Carmen —le rogué.

—Descuida, no hay nada que desee más, pero para ello debo salir de Almería.

—¿No estás a gusto con nosotros, en casa? —pregunté con ingenuidad.

—No es eso, Ketty. Tengo que forjarme un porvenir. Una mujer como yo, sola, que ha abandonado al marido, tiene poco futuro en esta ciudad. Por eso le he dedicado el libro al tío Agustín, que es senador en Madrid. Necesito que me abra puertas en la capital.

Me sentía orgullosa de ella, y celebraba sus triunfos como si fuesen míos. Mi sobrina cambiaba por días: aumentaban su gracia y belleza. Era una niña despierta, y yo la adoraba. Creía que solo cambiaría el aspecto de María, y que lo demás se mantendría intacto durante el resto de mi vida. Olvidaba que mi hermana era un torbellino y que yo estaba dispuesta a dejarme arrastrar por su fuerza arrolladora.

8

Carmen lanzaba en muchas direcciones hilos que le permitieran trenzar una vía de escape. Ya había publicado coplas en diversos periódicos, como *España artística*, donde aparecieron seis de sus letrillas junto a un texto de Clarín. En esas mismas páginas escribían figuras como Rubén Darío o Manuel Machado. Ella me explicaba quiénes eran aquellos importantes escritores, y me dejaba poemas suyos para que los leyera. Sin embargo, los versos de los demás me parecían, ingenua de mí, peores que los de mi hermana, porque comprendía la intensidad de los sentimientos de Carmen, a quien creía conocer mejor que a mí misma.

Soñaba con viajar a Madrid, y yo me negaba a reconocer la evidencia. Deseaba una vida distinta, en otro horizonte lejano, como les sucedería a las protagonistas de sus novelas. El día que anunció que había aprobado las oposiciones de maestra y que había obtenido plaza en Guadalajara, mi mundo se detuvo. Me alegré por ella: se la veía pletórica. Era lo que deseaba, pero la noticia suponía nuestra separación.

Ese verano de 1901, María tenía cinco años: la edad de la vida, de las risas, la plenitud de la infancia. Pasamos dos meses en la finca, caminado a paso lento, dormitando en las horas de sol abrasador y disfrutando de la familia. Buscábamos la sombra y la brisa marina para soportar los rigores del estío almeriense. La vida bullía en los bracitos de mi sobrina, que se aferraban a mi cuello sudoroso sin importarle el calor que desprendían nuestros cuerpos. Recuerdo aquel agosto entre la bruma del tiempo, días al abrigo de

los padres, sin preocupaciones ni desvelos. Días en que la vida era apacible y la felicidad era tan simple como echarse una siesta a la sombra de un pino.

Ahora, muchas noches, cuando el miedo viene a instalarse a los pies de mi cama, evoco aquellas horas felices y me traslado con la imaginación a Rodalquilar, a la sonrisa de mi madre, a la mirada paterna, a las caricias de María, a la voz joven y confiada de Carmen. Todo crecía alrededor, y los días transcurrían con esa rapidez con la que se ven huir las horas repletas de vida. El mundo se me ofrecía lleno de promesas.

A finales de agosto, Carmen nos anunció que se marchaba a Madrid.

—De momento, el tío Agustín me acogerá en su casa.

—Mi hermano podrá ayudarte, es un senador muy reconocido. Tiene contactos e influencias que te abrirán puertas —le aseguró nuestro padre.

—¡Falta me harán! Quiero evitar mi destino de maestra en Guadalajara y quedarme en Madrid, donde pueda hacer realidad mis proyectos, disfrutar de la vida cultural, escribir en periódicos y gozar del anonimato de la gran ciudad.

—Almería se te ha quedado pequeña —me quejé—. Y nosotros, también.

—No digas eso, Ketty. Mi corazón siempre estará con la familia.

Me contuve para no llorar. Era egoísta lamentar que Carmen se abriera al futuro que deseaba, mientras que yo ignoraba aún qué hacer con mi vida. Solo quería seguir junto a ellas. La palabra «solterona» me aterraba, y ya había cumplido los veintitrés años, una edad a la que la mayoría de las jóvenes de Almería ya habían contraído matrimonio. Casarse era preciso; pero, como decía mi

hermana, «el casarse ¿es ir al amor o ir al fastidio?».

Esa misma noche, Carmen, que conocía mis sentimientos sin necesidad de que yo hablara, se me acercó para compartir confidencias, como hacíamos siempre después de cenar. Nos sentábamos en el porche de la finca, cuando los jazmineros lanzaban su aroma más intenso y el resto de la familia ya se había acostado. El silencio imperaba sin las voces de los chicos ni los gritos de María reclamando la atención de las dos madres que ambas éramos para ella.

—No será fácil, lo sé —me confesó—, pero no debo preocupar a nuestros padres. Bastante duro es para ellos aguantar las maledicencias, escuchar sin responder a las calumnias que se dicen de mí. Una mujer que abandona a su marido… Y Arturo difamándome en su periodicucho. No les he traído más que disgustos.

—No digas eso, ellos te adoran —repuse.

—Con mi trabajo de maestra, el salario será modesto, pero podré abrirme camino y ser independiente. Tengo otros planes más ambiciosos y complejos. Necesitaré tu complicidad. ¿Ángela es de confianza? —me preguntó sin que yo entendiese el porqué.

Ángela era mi mejor amiga desde que habíamos sido vecinas, en la casa de la calle Mariana, donde nacimos las dos con un mes de diferencia. Siempre jugábamos juntas en la plaza y, aunque ya no vivíamos en el mismo edificio, nuestra amistad continuó incluso cuando me marché de Almería. Ángela era menuda y de aspecto frágil, casi siempre tosía o estornudaba, pero las enfermedades la respetaron en la infancia, y llegó a la juventud más lozana de lo que su fragilidad hacía presagiar. Era divertida, aunque la curiosidad la convertía en una peligrosa compañera de juegos: le gustaba colarse en casas abandonadas medio derruidas, acercarse demasiado al mar cuando había tempestad y entrometerse en las conversaciones privadas de los mayores. Ella tampoco se había casado aún porque

no encontraba al hombre adecuado en aquella ciudad. Decía que debíamos irnos a Madrid, como mi hermana, pero no a escribir en periódicos, sino a buscar un marido listo y decente.

—¿Crees que ella accederá a que te escriba a su dirección? —me susurró Carmen al oído, aunque nadie más podía oírnos—. Quizá necesite hablarte de algo que no desee que los padres conozcan. Y, si las cartas llegan a casa, querrán saber qué te cuento. No tengo secretos para ti.

—Ángela es la persona perfecta. Guardará el secreto, aunque, con lo curiosa que es, también querrá saber qué me cuentas.

—Confío en vuestra discreción.

—Descuida, nadie más fiel que ella.

—No, Ketty. Nadie más fiel que tú —aseguró al tiempo que me abrazaba.

9

Despedí a mi hermana con resignación, y a la pequeña María, con el dolor de quien siente que le arrancan su bien más preciado. La partida de madre e hija sumió la casa en un silencio extraño y a mí, en una melancolía desconocida. Carmen intentó que ocupase su plaza de maestra en el colegio de niñas pobres, pero la solicitud no fue aceptada, así que yo permanecí en casa de mis padres sin más ocupación que el cuidado de mis hermanos y la cocina, que se convirtió en mi refugio. Me aconsejó que me preparase la oposición a maestra, pero no tenía su fuerza de voluntad. Prefería la seguridad del hogar y andar entre pucheros.

Enseguida llegaron noticias de Carmen, que nos escribía con asiduidad. En cada palabra suya se percibía el entusiasmo con el que encaraba esa nueva etapa de su vida. Había conseguido esquivar Guadalajara y quedarse en Madrid, con una comisión de servicios, en el Colegio Nacional de Sordomudos y Ciegos. Le autorizaron que residiese en la capital para ampliar sus estudios hasta 1905. Ya se encontraba donde quería, y sabría aprovecharlo.

Desde la primera misiva, me invadió una sensación extraña. Era como si ella siguiese avanzando y yo me hubiera detenido y no llegase a alcanzarla. Mi hermana estaba cada vez más lejos, y la niña crecía sin mí. María solo tenía seis años cuando se marcharon a Madrid y, a esa edad, cada día supone una transformación. ¿Me reconocería cuando volviésemos a vernos? Quizá fue esa sensación de estatismo la que llevó a mi hermana a huir de Almería: la Tierra giraba veloz y, con los pies anclados en la arena, no se avanza.

Escapaban a la carrera, y yo quería seguirlas, pero, desde la distancia, no sabía cómo hacerlo.

Deseaba saber más, y esperaba ansiosa que llegasen a casa de Ángela las cartas en las que Carmen me contase confidencias, secretos y, quizá, amores apasionados, como los que escribía en sus coplas. Visitaba cada tarde a mi amiga, pero la correspondencia no aparecía. A cambio, disfrutaba de la complicidad de Ángela: comentábamos las novedades de la ciudad y trazábamos planes de futuro. En realidad, era ella la que soñaba…

—Dile a tu hermana que nos busque un trabajo en Madrid y nos vamos con ella —decía.

Yo me encargaba de ponerle los pies en el suelo:

—¿Un trabajo? ¿De qué?

—¡De maestras! Las dos hemos estudiado.

—Hay que opositar, y, aunque apruebes, no te enviarán a la capital, sino a un pueblo. Carmen tendría que estar en Guadalajara. ¡Vete a saber adónde nos mandarían! Para eso me quedo aquí.

Ángela permanecía un rato en silencio, rumiando mis palabras, que la devolvían a la realidad.

—Podríamos ser institutrices en casa de una familia rica —insistía —. ¿Te imaginas? Nos codearíamos con lo mejor de la sociedad madrileña.

—Pero no te invitarían a sus bailes —bromeé.

—Iríamos a otros. Y al teatro, y a pasear por esas calles tan anchas…

—Para pasear ya tenemos el malecón y el mar aquí cerca. En Madrid no hay mar —objeté.

—¿Y qué? Tampoco habrá esta humedad que se te mete en los huesos, ni este viento de levante que da dolor de cabeza.

Aunque no lo confesaba, yo también quería marcharme a la capital, pero no para trabajar como niñera ni como maestra, sino para estar cerca de Carmen y María.

Un día, por fin, llegó una carta a casa de Ángela. Era un sobre abultado, contenía algo más que un par de cuartillas. Lo abrí con urgencia. Se trataba de la segunda obra que Carmen publicó, *Notas del alma*, un libro de poemas al estilo de las coplas que incluyó en el primero. Acompañaba al ejemplar una escueta nota, escrita con su letra grande e inclinada.

—¡Vamos, lee! —me urgió Ángela—. A ver qué cuenta de Madrid.

El corazón me latía de emoción, aunque, cuando comprobé que apenas eran un par de párrafos, me desilusioné un poco.

> Querida Ketty:
>
> Te envío estas *Notas del alma* para que las guardes con el cariño que siempre lo haces. Léelo con cordura y no pienses que el amor siempre es así. Tú necesitas un amor sincero y sin estridencias, sosegado y fiel, como el de nuestros padres, y no como el de mi desgraciado matrimonio con Arturo, que con estas coplas queda olvidado y archivado.
>
> Te echamos de menos, sobre todo María, que pregunta mucho por ti.
>
> Madrid es una ciudad extraña, aún no me he hecho a estas dimensiones (todo está lejos) ni a este vértigo, pero sé que, por ahora, no deseo estar en otro lugar.
>
> Te quiere, tu hermana,
>
> CARMEN

—¿A ver el libro? —me pidió Ángela, quitándomelo de las manos.

—No seas ansiosa —le recriminé—. Vamos a verlo por orden.

Guardé la carta dentro del poemario y me detuve en el prólogo, firmado por un tal Alfonso Pérez Nieva al que no conocía. Años más tarde supe que era un influyente periodista y escritor, uno de esos contactos que Carmen necesitaba para abrirse paso en la ciudad. Lo que más me extrañó fue la dedicatoria a la infanta Isabel de Borbón, como protectora de las Artes. Quizá también era su manera de buscar apoyos en un momento vital en que necesitaba aliados.

—¿Es que tu hermana conoce a los reyes? —preguntó asombrada mi amiga.

—Quizá —dije orgullosa—. Se está relacionando con gente muy importante en Madrid. Nuestro tío es senador.

Antes de guardar ese segundo libro, lo leí entero con Ángela, que declamaba los versos con ardor y los comentaba entusiasmada. Eran todo coplillas amorosas que hablaban de una pasión desaforada que me asustaba, pero que encendía la imaginación de mi amiga:

Es tanto lo que te quiero
que, al recordar tu pasión,
todo lo que me rodea
parece que dice: «Amor».

Ángela suspiraba, pero a mí me impresionaban más las que hablaban de desengaño, porque veía en ellas los sentimientos de Carmen, su ingrata experiencia, el dolor acumulado:

Te quise, y el desengaño
que tu ingratitud me dio
ha hecho para mi imposible
volver a sentir amor.

Mientras Ángela derramaba alguna lágrima de emoción, yo recordaba los moratones y la tristeza de Carmen, los años desgraciados de su matrimonio, y los versos me dolían. Me gustaron más los que dedicaba a su hija. Solo por ellos, el libro merecía recordarse:

Quisiera que, en mis cantares,
cuando mi hija los leyera,
las letras fueran brillantes

y las consonantes, perlas.

«¿Todavía guardas eso? —Me parece escuchar la voz de Carmen hablándome desde un lugar remoto de la memoria—. Eran versos vulgares, sabía decir poco», me diría ella. Pero en ellos rompió a hablar su espíritu. Colombine también es esa: la de Almería, la que se enamoró, la que sufrió, la que se rebeló. Sin esa huida, no habría llegado a ser quien fue.

Atesoré los periódicos que llegaban a Almería con sus primeros artículos. Cuando papá ya los había leído, yo los cogía para releerlos una y otra vez.

A Ángela le fascinaba el mundo que se vislumbraba entre líneas, no tanto las noticias que daban cuenta de sucesos o acontecimientos lejanos, sino lo que tenía que ver con el espectáculo, con la vida cotidiana de la gente de la ciudad, con ese universo del que no formábamos parte. Se fijaba en la cantidad de teatros que había en la capital, en las obras que se representaban, en los artículos que hablaban de ciudades lejanas y monumentos de impresionante belleza.

Recuerdo su primera colaboración en *El Globo*. Cuando vi la firma, Carmen de Burgos, me sentí tan orgullosa como si hubieran puesto mi nombre. El contenido ya avanzaba lo que sería su trayectoria como periodista. En la sección «Notas femeninas», no hablaba de cuestiones banales —como quizá los lectores esperaban bajo ese título—, sino que reclamaba el puesto que le correspondía a la mujer en la sociedad. Contaba que, en Suecia, luchaban por el sufragio universal; que, en Francia e Inglaterra, las mujeres trabajaban en la industria, aunque, injustamente, cobraban menos que los hombres. Se quejaba de que en España se rechazase el feminismo, y aludía a los avances realizados en otros países donde las mujeres cultivaban el conocimiento, hacían deporte y conducían automóviles.

—¡Qué locura! —exclamó mamá al leerlo—. ¡Una mujer al volante! ¡Qué ocurrencias tiene esta hija mía!

Ángela deseaba ser una de esas mujeres conductoras, aunque pocas veces se había subido a un auto.

—¿Te imaginas? Recorrer el mapa de España deteniéndote en la ciudad que prefieras… —me decía con los ojos muy abiertos.

—No creo que en este país eso sea posible. Carmen habla de Inglaterra, de Francia…

—¡Qué poco me dejas soñar! —se quejaba mi amiga—. ¡Anda, agárrate a mi cintura, que nos vamos a París!

Entonces hacía un gesto, como si moviera un volante, y echaba a correr mientras yo la perseguía tirándole del vestido.

10

El siguiente artículo en *El Globo* llegó unas semanas después, en plena Navidad, y consiguió hacer las delicias de la familia. En él hablaba, primero, del uso de los perfumes femeninos, que deben ser delicados, suaves y elegantes. Después, aconsejaba cómo perfumar la ropa para luego hablar de la moda del momento: blusas de mangas acampanadas y echarpes de piel con manguitos. Lo más divertido lo dejó para el final: «Es un mensaje para la familia: espero que sigáis las instrucciones», nos advirtió en la carta que acompañaba al periódico.

Explicaba cómo construir un árbol de Navidad. Contaba que la costumbre era de origen alemán, y que se nos había trasmitido desde Francia.

—¡Esas modas extrajeras! —protestó mamá, nada convencida—. No sé si quiero poner semejante adefesio en casa, no tiene nada que ver con nosotros.

Mis hermanos se quejaron: deseaban tener un árbol de Navidad, y Carmen exponía a la perfección cómo hacerlo. Al final, convencieron a nuestra madre, que accedió a regañadientes. Los chicos se encargaron de buscar y cortar la rama y nosotras la adornamos siguiendo las instrucciones que daba Carmen en el periódico:

> Se procura una rama de árbol bastante alta y poblada de hojas, y se la coloca en una caja cuadrada llena de arena y pintada de fondo blanco […] Se diseminan en la rama una veintena de pequeños farolitos venecianos, completamente blancos, y tres docenas de nueces doradas,

que hacen un delicioso efecto. Preparado así el árbol, se ponen los bombones, cigarrillos, botellitas con anises, caballos, muñequitas, etc., según lo que se desee gastar y el número de niños que sea preciso contentar. De este modo, por muy poco dinero, puede proporcionar a los niños un juguete que resulta carísimo comprado en cualquier bazar.

Cuando Ángela vio el árbol, se entusiasmó tanto como mis hermanos y se propuso hacer uno en su casa. Yo la ayudé y, aunque no lucía tan lustroso como el nuestro, su familia quedó encantada.

—Carmen sí que lo habría decorado bien. Tiene mucho gusto y es habilidosa. Borda como los ángeles y consigue que cualquier lugar adquiera un toque de belleza —aseguré.

—Sí, pero tú cocinas mejor —dijo con sinceridad.

¡Y tanto que cocinaba mejor! Lo sabía bien Carmen y, un año después, cuando ya era redactora en el *Diario Universal*, utilizó mis conocimientos culinarios para una de sus columnas.

Querida Ketty:

No voy a contarte demasiado sobre mis progresos porque ya los lees en las cartas que envío a los padres. Me voy convirtiendo en periodista, el primer paso para ser escritora. Soy la primera mujer redactora de este país. Quiero que mi sección, «Lecturas para la mujer», en el *Diario Universal*, sea interesante, que haga pensar a las mujeres, que no sean solo unos párrafos frívolos sobre moda y cuestiones domésticas. Augusto Suárez de Figueroa, el director del periódico, me ha sugerido que incluya alguna receta navideña para los próximos números; pero, en la cocina, tú eres mejor que yo, Ketty. Necesito que me ayudes.

Escríbeme cuanto antes esa, tan rica, de dulces de anís que nos haces siempre u otra que se te ocurra.

Es urgente.

Te quiere, tu hermana,

CARMEN

¡La tarde divertida que pasamos Ángela y yo pensando y elaborando los dulces! ¡Me sentía tan ufana! ¡Mi hermana me necesitaba, y mi plato se publicaría en un periódico nacional!

—Creo que las rosquillas de anís son un tanto vulgares para un diario moderno y prestigioso. ¿Y si le envío la receta de los bombones? Seguro que entusiasma a las lectoras. Antes tendré que hacerla, a ver si me sale bien.

—¿Sabes hacer bombones? Se necesitan ingredientes que no son fáciles de conseguir —objetó mi amiga.

—Ahora eres tú la que no me deja soñar. Vamos a intentarlo.

Acabamos pringadas de chocolate y muertas de risa. Ángela iba apuntado el proceso, que luego escribí con primorosa caligrafía en la carta a mi hermana. Después de preparar los bombones, tuvimos que limpiar la cocina, que había quedado tan manchada como nosotras. La madre de Ángela asistió, divertida, al proceso, pero no nos habría permitido que enfangásemos su casa sin dejarla después como la habíamos encontrado. Mi amiga se quedó con unos cuantos, y el resto de los dulces los disfrutaron mis hermanos, que aseguraron que yo era la mejor cocinera del mundo.

Fue emocionante cuando el ejemplar del *Diario Universal* llegó a casa. El periódico era del 10 de enero de 1903, y allí estaba mi receta, en la sección de Carmen «Lecturas para la mujer», en la primera página. La publicaron tal y como yo se la había enviado:

> Se toma cacao del mejor y, después de tostado y molido, se mezcla con manteca de cerdo de buena calidad para que quede en una pasta algo espesa. Después se necesitan dedos hábiles, dedos de mujer. En las fábricas son mujeres las que tiene a su cargo la confección de bombones.
>
> Se coloca la pasta sobre una mesa de madera y, en su tabla enharinada, se van cortando en pequeños pedazos y se les da la forma que se desee. Luego se cogen con cuidado y se bañan en la pasta de chocolate que se

tendrá preparada en una vasija honda, según la fórmula siguiente:

> Cacao molido y tostado, 1 libra.
> Pepita de almendra molida, 2 onzas.
> Harina, 4 onzas.
> Azúcar, 4 libras.
> Y un poco de canela o vainilla, según el aroma que se desee.
>
> Revestido el bombón de chocolate, se coloca sobre una plancha metálica engrasada y se deja secar cuidadosamente en papel plateado.

Además, había añadido su toque personal, algo que hacía suya la receta. Si yo cocinaba bien, ella era mejor que yo decorando y bordando, aunque no le dedicase demasiado tiempo, pues la escritura llenaba sus horas:

> Luego, todo el secreto consiste en la manera de presentarlo, para que halaguen tanto a la vista como al paladar. Las señoras pueden hacer elegantes saquitos para bombones con muy poco trabajo: un pedazo de raso o terciopelo bordado con oro o seda bastará para ello y, además, será un agradable entretenimiento.

¡Qué elegante resultaba en su pluma una vulgar receta! Su sección era un oasis en el periódico, lleno de notas del Consejo de Ministros y de avatares de la vida militar. No me extrañaba que el director confiase en ella, a pesar de ser mujer, o justo por eso. Tampoco se olvidó de nombrar en la receta a las mujeres trabajadoras.

En la misma página del periódico donde se encontraba su columna, había un artículo sobre la mortalidad infantil. Seguro que Carmen se percató de ello y lloró, en silencio y soledad, a sus hijos perdidos.

11

Leo sus palabras y acaricio el papel donde las escribió solo para mí. Y la oigo hablar con esa voz potente y firme que convencía a cualquier audiencia. Mamá guardaba con celo las cartas que llegaban a casa y las releía cuando echaba tanto de menos a mi hermana que no podía soportarlo o cuando escuchaba algún comentario despectivo contra su hija rebelde. Yo tenía las mías, las secretas, las que me enviaba de forma clandestina a casa de Ángela, las que contaban la verdad, en las que me pedía ayuda.

Querida Ketty:

Necesito escribirte a ti sola, contarte la realidad de mi situación en Madrid. Es cierto que me voy abriendo camino, aunque no es sencillo conseguir un trabajo fijo como periodista. Nuestro tío Agustín nos acogió amablemente en su casa; reconozco que resulta meritorio dar cobijo a una joven descarriada, como muchos me califican, y a su criatura de seis años, pero yo pensé, ingenua, que lo hacía de buen grado, por afecto fraternal hacia nuestro padre y para ayudar a la sobrina que lo necesitaba.

Eso parecía al principio, pero, después, sus insinuaciones se hicieron constantes. Debe de pensar que por estar separada de mi marido soy una perdida y accedo a cualquier proposición. La situación se ha vuelto muy incómoda, el acoso es permanente y me genera una enorme repulsa. Es un anciano vicioso. Debo buscarme otro alojamiento lo antes posible. No les reveles nada a los padres; si papá se entera de que su hermano me trata de esta forma, se llevará un enorme disgusto, y no quiero ni imaginar cuál sería su reacción. Evitemos otro escándalo.

Necesito sus contactos e influencias para abrirme paso y, a pesar de todo, pienso seguir teniéndolos. Quiero vengarme de su persecución. Voy a hacer un ciento de tarjetas con su nombre para enviarlas a una lista de altos cargos que él conoce bien. En ellas me recomendaré muy eficazmente. Así, al menos, sacaré algún beneficio de esta situación.

Debo buscar otro lugar donde alojarme, pero mis posibilidades económicas son escasas, en la escuela gano poco. Prefiero vivir en un piso miserable que seguir aguantando esta humillación.

Guárdame el secreto, querida hermana. No te preocupes demasiado, te prometo que saldré adelante.

Te abraza,

CARMEN

Guardé el secreto en casa, pero no ante Ángela, que exigía leer las cartas que llegaban a su dirección, y me parecía lo justo, por el favor que nos hacía y por la amistad inquebrantable que nos unía. Recuerdo que, tras la lectura de tan terrible confesión, manifestamos nuestro más profundo rechazo.

—¡Nuestro tío! ¡Un hombre que se supone respetable, un senador! ¿Cómo es posible que actúe así? —me preguntaba en voz alta.

—Es un viejo —decía Ángela con repugnancia—. ¡Qué valiente es tu hermana! Sola en la ciudad, a merced de un pariente despreciable.

—Pero es muy lista, ya has visto que sacará partido de la situación.

—Yo no sé qué haría si me pasase eso.

—Saldrías corriendo en tu coche —bromeé.

—En serio —dijo cambiando el semblante—. Los hombres me dan miedo.

—Supongo que no todos serán como el tío Agustín.

—¿Cómo saberlo?

La pregunta se quedó flotando en el aire. Ninguna de las dos teníamos aún la respuesta.

Otras veces mi hermana me escribía para contarme una peripecia que prefería que no conocieran en casa. Le contestaba con celeridad, aunque mis cartas nunca eran tan interesantes: mi vida se reducía a la casa y los paseos con Ángela, y eso ocupaba pocas líneas. Por una parte, envidiaba su vida en la capital, una ciudad desconocida y llena de posibilidades, de gente nueva… Por otra, me asustaba un lugar tan inmenso y lleno de peligros.

Para rellenar más papel, en ocasiones le escribía alguna receta nueva de las que acababa de preparar, aunque seguro que pocas veces se decidiría a cocinarlas, más por falta de tiempo que por desinterés.

¡Qué especial me pareció aquella carta suya en la que me hablaba de Larra! Años después, me confesó algo que desconocía ella misma cuando visitó el cementerio de san Nicolás: meses antes habían acudido ante esa tumba escritores tan importantes como Unamuno, Pío Baroja o Azorín. ¡Quién me iba a decir a mí en ese momento, una muchachita de provincias, que, con el tiempo, conocería a algunos de ellos!

Querida Ketty:

Hay algo que me ha sucedido y quiero contártelo solo a ti. No sé qué pensaría mamá si le digo que he visitado yo sola un cementerio. Soy consciente de que algunas de mis ideas la escandalizan, y que el simple hecho de mi partida a la capital la llena de angustia. Prefiero que seas tú quien conozca estos episodios de mi vida madrileña que a ella le resultarían estrafalarios.

El día 2 de este mes de noviembre de 1901 me acerqué al cementerio de san Nicolás, en busca de la tumba de Larra. Me vestí de luto y, llena de emoción, me encaminé silenciosa hacia el camposanto. Se encuentra a la derecha de un camino cerca de la estación del Mediodía. Alrededor hay

eras amarillentas, colinas áridas y yermas. Larra es mi maestro, no envejece, conserva su prestigio de escritor, su prestigio de hombre y hasta su prestigio de suicida. Es eternamente joven, eternamente original. Fue un rebelde, un inconformista, un escritor atormentado, como yo misma casi todas las mañanas cuando abro los ojos y me enfrento a la realidad. Me gustaría escribir una biografía suya, así aprendería más de su figura.

La lápida de Larra es de mármol negro; al lado está el nicho de Espronceda. Los dos amigos descansan juntos y solos. En el nicho de Larra colgaba una corona de flores ya secas. Es un cementerio antiguo donde se encuentran algunos panteones de familias de renombre.

Me impresionó el mausoleo conjunto, que también llaman Monumento a la Libertad, en el que reposan los restos de ilustres hombres que contribuyeron al progreso de España, como Mendizábal, Argüelles o Calatrava. Me detuve a contemplarlo, tiene forma de cilindro con un tejado cónico. En lo alto se yergue una estatua, alegoría de la libertad, y a los lados están representadas la Pureza, el Gobierno y la Reforma.

Deberías leer a Larra, querida Ketty. Nuestro padre cuenta con un ejemplar de sus artículos en la biblioteca. Verás que tenía una mente preclara, que reconocía los problemas de este país que tanto nos lastran: la incultura, la barbarie, la corrupción, la desidia.

¿Sigues preparando la oposición de maestra? No te rindas nunca, Ketty, la mujer moderna tendrá, por fin, sus derechos. No me cabe duda.

Recibe un abrazo de tu hermana, que te adora,

CARMEN

P. D.: María sigue echándote de menos. Cada día está más alta y más caprichosa, por qué no decirlo. Y me cuesta que se ponga a estudiar, siempre acabamos discutiendo. En fin, que yo también te echo de menos.

La distancia que nos separaba se me hacía infinita. Por mucho que estirase el brazo, no llegaba a tocarlas; vivían en un mundo diferente, tan ajeno al mío como si habitaran en otro planeta. Los ecos de sus logros llegaban a Almería, pero rebotaban en la desidia de la gente. Solo nosotros, los miembros de su familia,

contemplábamos admirados cómo crecía en medio de las dificultades. La huida comenzaba a tener sentido.

Las puertas del periodismo se abrieron para ella: era la primera mujer redactora de un periódico, la mejor manera de hacerse oír. ¡Y tenía tanto que decirle al mundo!

Pero Carmen ya no era Carmen. Cuando llegó el primer número del *Diario Universal*, buscamos su nombre en vano.

—Es la autora de «Lecturas para la mujer» —dijo mi padre—, la columna para las lectoras del periódico.

—Pero la firma una tal Colombine —advirtió mi madre—. No pone Carmen de Burgos.

—Es un seudónimo —explicó papá—. Sus razones tendrá.

—¿Colombine? —pregunté—. ¿Quiere decir algo?

—Es el nombre de un personaje de la comedia del arte, un tipo de teatro popular italiano —me respondió papá.

Puse cara de no entender nada, y mi padre, el hombre más culto que había conocido hasta ese momento, me contó:

—Colombine es una jovencita parlanchina que no se calla nada.

—Entonces, le va perfecto a tu hija —soltó mamá con cierto disgusto.

—Es optimista, rebosa energía. Es vivaz e independiente, y sabe cómo utilizar a los hombres para lograr sus fines.

Mi madre y yo nos reímos ante la similitud entre Carmen y ese personaje italiano, aunque quizá resultase demasiado frívolo para las serias intenciones de mi hermana en el periodismo.

Esa misma tarde se lo conté a Ángela. Ella siempre deseaba saber novedades de Carmen, aunque no fuese por las cartas que llegaban a su casa.

—Es un seudónimo evocador… Colombine —repitió—. Me gustaría tener un nombre así.

—El tuyo es muy bonito, Ángela.

—¡Bah! —soltó despectiva—. Es mejor Colombine. Hay muchas

con mi nombre, incluida la dueña del colmado, que es fea y antipática. Me da rabia que se llame igual que yo. Al menos tú has convertido «Catalina» en un nombre moderno, Ketty.

—Pues búscate un apodo divertido —le sugerí.

—No se me ocurre ninguno —dijo disgustada—. Encima, mi madre me llama Angelita, que suena a niña pequeña y candorosa, y ese me gusta menos todavía.

—Algo pensaremos. ¿Qué te parecen Társila, Perpedigna o Teopiste? —bromeé—. Son originales, aunque espantosos.

—¡Qué cosas dices! —Me dio un empujón y nos reímos—. ¿Qué te parece Julieta?

—Lo dices por *Romeo y Julieta*, ¿verdad? No te creía tan romántica.

—¡Y no lo soy! —mintió—. ¿Y Carlota?

—¿Quién es Carlota?

—¿No has leído *Los sufrimientos del joven Werther*, de Goethe?

Ángela era más lectora que yo, aunque me cueste reconocerlo. Solo leía con pasión lo que Carmen escribía, mientras que mi amiga devoraba los libros que tomaba prestados de la biblioteca de mi padre. En su casa había pocos, y casi todos de temas religiosos.

—Tu padre no me lo quería dejar, pero insistí —confesó—. Me dijo que la novela iba contra los preceptos católicos y que no era un buen ejemplo para los jóvenes. Logré convencerlo aduciendo que soy poco impresionable y que, seguramente, Carmen ya lo habría leído. «Si su hija puede, ¿por qué yo no?», le dije.

—¡Qué lista eres! —reí ante la ocurrencia—. Si no te lo dejaba, sería como reconocer que mi hermana leía libros inapropiados. ¿Por qué esa novela de Goethe es un mal ejemplo?

—Eso sería desvelarte el final. Tienes que leerla, Ketty.

—Mejor me la cuentas tú, Carlota.

—No acaba bien —musitó—. Werther era un soñador, un espíritu sensible…

Aunque Ángela me reveló la trama de la novela, después la leí con curiosidad y me pareció la historia más triste y hermosa del mundo.

12

Colombine continuaba escribiendo artículos, cada vez más comprometidos, más lúcidos. Tras ese frívolo nombre, escondía un ejemplo de libertad y valor. Al principio abundaban en su columna los temas domésticos, de higiene y belleza junto a noticias sobre mujeres extranjeras, progresistas, útiles y con trabajos que las dignificaban. En todos sus artículos hacía gala de su vastísima cultura, de unos conocimientos que yo ignoraba de dónde había sacado. Y ya no era de la biblioteca de nuestro padre.

Tiempo después, Carmen me explicó con detalle el origen de su nombre periodístico:

—Augusto Suárez de Figueroa, el director del *Diario Universal*, fue quien me lo puso. Acepté el seudónimo porque me lo dio un periodista insigne, un maestro. Creyó que era adecuado por la desenvoltura, agilidad y frivolidad que necesitaba el periódico. Había que mezclar mis artículos con la seriedad del resto. Detrás del seudónimo, me protejo para difundir las ideas que me interesan. Pareceré inocente, inofensiva y ligera, pero en cada columna habrá un mensaje para las mujeres que me lean. No hablo solo de moda; expongo asuntos de gran trascendencia.

—¿Y cómo sabes tanto?

—Ay, querida Ketty. Leyendo, no hay otro modo. Leo periódicos y revistas extranjeros, de países donde las mujeres empiezan a alzar la voz. Ellas deben ser nuestro ejemplo. También me he acercado a las obreras de las fábricas para comprobar las malas condiciones en las que trabajan y alentarlas en la defensa de sus derechos.

Ángela y yo aplaudíamos su valor, aunque en casa la preocupación aumentaba, pues Colombine cada vez disimulaba menos sus intenciones e introducía ideas revolucionarias entre comentarios aparentemente superfluos.

La indignación de mamá llegó al punto máximo cuando Carmen comenzó a hablar de divorcio en su columna. Nadie hasta entonces se había atrevido a afrontar el problema en un diario de manera tan abierta. Era Navidad, lo recuerdo porque el rostro compungido de mi madre contrastaba con la alegre decoración del salón familiar. La columna de Colombine en el *Diario Universal* empezaba aludiendo a la conveniencia de que las mujeres estudiasen en la universidad, y añadía datos de otros países, donde muchas jóvenes seguían cursos incluso de medicina y ciencias. Y, en medio de esto, mi hermana aseguraba lo siguiente: «Muy en breve se fundará en Madrid un club de matrimonios mal avenidos con el objeto de exponer sus quejas y estudiar el problema en todos sus aspectos, redactando las bases de una ley de divorcio que se proponen presentar en las Cámaras».

—¡El divorcio! ¡Tu hija nos quiere matar de un disgusto! —sollozó mamá—. Cuando lean esto en Almería, la gente nos retirará el saludo.

Los temores de mi madre se hicieron realidad, pero hasta cierto punto. Hubo personas rancias y obtusas que siguieron criticando a Carmen, los mismos de antes, los de siempre, los que se escandalizaban por todo, por el hecho de que una mujer fuese libre y expresara sus ideas. Lo más significativo fue que comenzó a hablarse del asunto como nunca antes se había hecho: el divorcio dejaba de ser un tema tabú para colarse en muchas conversaciones. La gente empezaba a opinar, aunque fuese en contra. Nombrar algo es reconocer que existe y darle carta de naturaleza. Ángela y yo seguíamos la polémica.

—Eso del divorcio, ¿no va contra los preceptos religiosos? Es un

pecado, al menos eso dice mi madre —me contó mi amiga después de leer juntas una de las columnas de Colombine.

—Carmen no cree en el pecado —respondí.

—¡Eso sí debe de ser pecado! —bromeó—. No me parece mal, peor es tener que aguantar a un hombre que te maltrata, ¿no crees?

Me limité a asentir con la cabeza. Mi hermana sabía qué defendía, había probado la crueldad de un hombre violento. Conocía la urgencia de huir, así que, ¿por qué no legalizar una realidad necesaria? Ella nos estaba cambiando. Mi amiga y yo ya no éramos dos muchachitas provincianas; quizá pecábamos de soñadoras, pero no iba ser tan fácil engañarnos.

—¿Crees que, cuando nos casemos, existirá ya el divorcio? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—No debería preocuparte eso, ni siquiera tenemos novio —reí.

Durante los primeros meses de ese año, la columna de Colombine recogió las opiniones de muchos lectores, y aquello desató un huracán. Al mismo tiempo, la hizo famosa, ganó una enorme popularidad, pero ya no se podía esconder detrás de artículos ligeros. Había dejado ver sus ideas más radicales, su implicación con la causa. Exponía con claridad su mirada crítica sobre España. Por eso, a partir de entonces, el sector más anticuado de la sociedad se enfrentó a ella y la llamaron la Divorciadora.

Una tarde, Ángela y yo nos sentamos en los bulevares. Salimos del dédalo de callejuelas estrechas y casitas enjalbegadas del centro y nos acomodamos en uno de los bancos de piedra.

Mi amiga tomó ceremoniosamente el *Diario Universal* y comenzó a leer en alto, a un volumen suficiente como para que la oyeran los viandantes:

—«La noticia del Club de matrimonios mal avenidos ha desencadenado una tempestad, no solo entre las señoras, sino

también entre los hombres. La cuestión del divorcio, que ha producido convulsiones en la sociedad de otros países, penetra en el nuestro».

Al escuchar la palabra «divorcio», una señora que pasaba por delante de nosotras dio un respingo, nos miró con los ojos muy abiertos y se alejó como si portásemos la peste.

—«Yo me limito a exponer las opiniones de lectores y lectoras en pro y en contra de la idea —continuó, como si nada ocurriese—. Se impone el divorcio en España si hemos de europeizarnos. No hace mucho tiempo, una señora francesa me dijo que los españoles éramos salvajes con nuestras mujeres; que las aprisionábamos, que vivían sin libertad».

De pronto, un hombre mayor, con un enorme mostacho, se plantó ante nosotras y le arrancó el periódico a Ángela.

—¡Qué andáis leyendo! —nos gritó.

Lo reconocí, lo había visto algunas veces en casa. Era un amigo de mi padre, don Romualdo, el boticario de la calle Mayor, un tipo rancio de ideas retrógradas que tenía encerradas en casa a su esposa y a sus dos hijas en nombre de la moral y las buenas costumbres. Las tres mujeres solo salían para ir a la iglesia, siempre tocadas con un velo negro.

Miró el periódico con desprecio y se lo acercó a sus ojillos miopes para leerlo. Solo entonces se dio cuenta de que él también me conocía.

—Esta hermana tuya es una vergüenza para tu familia y para Almería —soltó, indignado—. Se va a Madrid, la ciudad en la que habita el pecado, y ocurre lo inevitable. Lo lamento por tu padre, un hombre recto, honesto y sin tacha que debe soportar tal escarnio.

Arrojó el periódico al suelo. No respondí, me limité a bajar la mirada, con vergüenza. Algunos hombres se habían parado y asentían. Quise llorar de rabia e impotencia, pero me tragué las

lágrimas por mi hermana, que no merecía tanto desprecio, y por mi padre, que debía escuchar a tipos maliciosos como ese con mucha asiduidad.

Ángela recogió el diario con furia y luego me abrazó. Mis ojos brillaban, y un ligero temblor empezaba a apoderarse de mi cuerpo.

—No llores, la que lleva razón es tu hermana.

Y siguió leyendo el artículo hasta el final:

—«Es verdad lo que decía la señora francesa: somos unos salvajes, los españoles, pero es porque nos sometemos a leyes tiránicas y absurdas».

En cuanto acabó de leer el artículo, rompió a aplaudir, y la seguí, alborozada.

—Es lo que habría hecho Carmen, seguir leyendo y en voz más alta —dije, emocionada.

Atardecía, y las melancólicas palmeras del paseo se cimbreaban al compás del viento. Sobre las aguas se extendían, como dos brazos gigantes, las lenguas de tierra del muelle y el contramuelle que parecían abrazar a la multitud de vapores amarrados y embarcaciones ancladas entre ellos. La brisa del mar llegaba saturada de un perfume de algas y musgos. Es el olor de Almería, que siempre llevaré en la memoria por muy lejos que me halle del mar. Como ahora, tan alejada de todo y de todos. ¿Seguirá oliendo así en el malecón, o el aroma rancio de la mezquindad habrá alcanzado cada uno de sus rincones?

Volví a casa con la alegría contagiosa de Ángela pegada a la falda, que volaba con la urgencia de mis saltos. Nos despedimos con la silueta gris del monte como testigo y, recortándose en el cielo, la vieja fortaleza.

—Tu hermana es como la Alcazaba —aseguró Ángela—. Majestuosa.

—No digas eso —reí—. Las murallas están en ruinas; los torreones, derrumbados y rodeados de zarzales y plantas resecas y

raquíticas.

—Pero ahí sigue, como una gigantesca flor de piedra, dominando la ciudad desde hace siglos. ¿Te parece poco?

13

Cuando llegué a casa, mis padres me esperaban muy serios. Detrás de ellos distinguí la figura raquítica de don Romualdo, que me miraba con gesto adusto.

—¿Qué escándalo andabais montado en la calle Ángela y tú? —me preguntó papá.

Era a Carmen a quien debía defender, así que una fuerza desconocida me hizo responder con una seguridad nueva.

—Ningún escándalo, solo leíamos un artículo de mi hermana —aseveré.

—Hablaban en voz alta sobre el divorcio —intervino el boticario.

Mamá hizo un gesto de fastidio y bajó la cabeza.

—Es un asunto discutible, pero está a la orden del día —terció papá—. Por eso mi hija Carmen lo recoge en su columna del periódico.

—Unas jovencitas no deberían hablar de ello —insistió don Romualdo.

—Ketty ya no es una niña, es bueno que conozca lo que ocurre fuera de las paredes de esta casa. ¿No cree?

El tipo enrojeció y comenzó a temblarle el bigotillo. Pensé que mi padre aludía de manera indirecta a la situación de las mujeres de la familia del boticario, encerradas en la ignorancia y el oscurantismo. Papá no estaba dispuesto a dejar que un hombre retrógrado le diese lecciones.

—Buenas tardes —soltó don Romualdo, alterado, y salió de mi casa para no regresar nunca más.

Desde ese momento, el hombre se convirtió en un enemigo acérrimo de mi familia: hacía comentarios desagradables sobre mi hermana, la tachaba de indecente, de inmoral, decía que era una vergüenza para Almería, y hubo quien se hizo eco de sus insidias. Me daban lástima sus hijas. Cuando nos cruzábamos con ellas, si salían de la iglesia, las mirábamos con compasión. Remigia y Cándida, se llamaban. Hasta los nombres nos parecían una condena.

Una mañana de domingo, Ángela y yo caminábamos del brazo cuando las campanas de la catedral resonaron con estruendo de fiesta. Las hijas del boticario salían de misa cabizbajas detrás de sus padres, erguidos como si se hubieran tragado una percha, intentando así suplir su escasa estatura.

Ángela tiró de mí en dirección a las dos jóvenes. Me resistí, pero era más fuerte que yo.

—Hay un mundo más allá de la iglesia —dijo al oído de la más alta—. Si queréis, nosotras os lo enseñaremos.

Nos miró con los ojos desorbitados y se santiguó; pero la otra, aunque también parecía sorprendida por la osadía de mi amiga, se volvió para dedicarnos una sonrisa cuando ya se habían alejado.

—Le prestaría el apodo de Carlota con tal de verla feliz, pobrecita —suspiró mi amiga—. Debemos hacer algo para ayudarla.

—Después de lo del periódico, don Romualdo no dejará que nos acerquemos a sus hijas.

No solo las hijas del boticario, sino muchas otras jóvenes almerienses se apartaban a nuestro paso como si hubiésemos contraído una enfermedad contagiosa.

—Tengo algo que decirte —me confesó Ángela días después.

Por la expresión de su rostro, intuí que no sería agradable.

—Mi madre también se ha indignado con el asunto del divorcio, toda Almería lo está. Dicen cosas horribles sobre Carmen.

—Algo me imaginaba… Mamá no hace más que llorar y nombrar a mi hermana con enfado y preocupación.

—¿Quieres saber lo que dicen? —susurró.

—¡Serán mentiras! —salté.

—¡Claro que lo son! Pero consiguen que la mala gente se las crea. Habrá sido el boticario…

—Cuéntamelo —le ordené.

Pensé que bastaría con desmontar las insidias para defender el honor de Carmen, pero la maledicencia se había desbordado, se había extendido como una mancha de aceite.

—Dicen que es una mujer licenciosa y exaltada y que, si ha llegado tan alto en el periodismo, ha sido gracias a los favores de distintos hombres. —Se detuvo y me abrazó—. Lo siento, Ketty. Almería es un nido de avispas… Ha hecho bien en marcharse, y nosotras deberíamos hacer lo mismo. Esta ciudad me produce un amodorramiento infinito. Es la capital del silencio, la pereza y el bostezo.

—Y tus padres no quieren que te relacionen con ella… ni con su hermana —deduje.

—Me da igual lo que digan, seguiremos siendo amigas —aseguró —. Eres la única que tengo. Mi madre se queja de que me paso el día riendo y jugando, dice que soy demasiado desenfadada, que voy por la calle como si estuviese en el patio de casa, sin preocuparme por la gente que me mira y me critica. Si no le gusta que vengas a la mía, iré yo a la tuya o nos veremos en el bulevar o en el malecón, frente al mar. Se empeña en que tengo que casarme o me convertiré en una solterona, que es lo peor que le puede ocurrir a una mujer, y que tú también deberías pensar en ello.

—¿Casarnos? ¿Con quién? Yo no estoy enamorada.

—Ni yo tampoco, pero mi madre se empeña. Va a buscar entre los mozos casaderos de Almería. Me ha nombrado a Marcelo Lafón…

—¿Marcelo? ¿El amigo de mi hermano Francisco, el de las orejas…?

—El mismo —suspiró.

—¿Y a ti te gusta?

—¡Ni lo más mínimo! Y no es por las orejas de soplillo, es que no me inspira nada, es un soso. Jamás me enamoraría de él. ¿De qué podríamos hablar? Mi madre dice que en esta ciudad se quedan muchas jóvenes sin casar porque la mayor parte de los escasos hombres que hay se enamoran en Granada o Madrid, donde van a estudiar.

—No pueden obligarte a que te cases con alguien que no amas. Mis padres no lo harían, y seguro que los tuyos tampoco. El matrimonio no debería ser nuestro fin único.

—En tu caso, Carmen no lo consentiría. Vendría a rescatarte. En el mío, no lo veo tan claro. Somos raras, Ketty. La mayoría de las chicas de nuestra edad ya se han casado y tienen hijos, y las que no andan como locas buscando marido. Cumplimos los veinte hace tiempo, aquí ya nos declaran solteronas, y con eso cae el ridículo sobre nosotras.

—No hay que darle importancia. Quedarse soltera es algo muy corriente en Almería. ¿No te ha gustado ningún hombre nunca?

—Bueno, una vez, el día de la Patrona. Paseábamos cogidas del brazo por el bulevar, cuando empezó a seguirnos un grupo de mozos, con sus trajes nuevos, el pañuelo saliendo de la punta del bolsillo y la flor en el ojal. De pronto nos adelantaron y se plantaron delante de nosotras, ¿lo recuerdas?

—Eso pasa todos los años en las fiestas de la Virgen de Mar, e incluso muchos domingos.

—El caso es que uno me miró con descaro. Tenía los ojos más negros que había visto en mi vida. Eran del color del carbón, intensos y brillantes. Se me escapó una sonrisa y él la correspondió.

—¿Por qué no me lo contaste? —le reproché.

—Porque no pasó nada más, no lo volví a ver. Vendría de algún pueblo cercano. Pero no lo olvidé: muchas noches pensaba en él, en que me abrazaba con dulzura, me miraba de manera apasionada, me contaba historias al oído, me perdía en esos ojos negros. Me inventé un nombre a partir de una mirada. El hombre perfecto que pensaba como yo, sentía como yo y me amaba de manera incondicional, y que era amable, culto y delicado.

—Ese hombre no existe, Ángela.

—Lo sé, pero ¿qué importa? Los de verdad no son como deseamos. Más vale amar a un fantasma que a un tipo despreciable que te arruine la vida.

—Eres una soñadora. Quizá algún día aparezca ese hombre que esperas.

—Mientras tanto tengo a mi Abelardo.

—¿Se llama Abelardo ese joven? —pregunté sorprendida.

Ángela se echó a reír de forma escandalosa.

—El nombre se lo he puesto yo, claro. Yo seré su Eloísa. ¿No conoces la historia de amor entre Abelardo y Eloísa?

—Esas novelas te van a volver más loca de lo que estás.

—¡Te pareces a mi madre! —se burló—. No es una novela, es una historia de amor real que ocurrió en la Edad Media. ¡La hermana de Carmen de Burgos tiene que saber quiénes eran estos dos!

—¿Y acaba bien?

—¿Desde cuándo los grandes amores acaban bien?

—¡Vaya! No tienes remedio. Entre Werther y Abelardo no sé con cuál quedarme.

—El final es apoteósico: cuando se abrió la tumba de Abelardo para depositar el cuerpo de Eloísa, este extendió los brazos para recibir a su amada con un romántico abrazo —bramó con voz cavernosa.

—Tendrás que contarme lo que pasó hasta ese momento, que me has fastidiado el desenlace.

—No creas, lo más emocionante no es el final.

Ángela desgranó un relato intenso, cargado de emoción y verdad, como si ella hubiera formado parte de la trama medieval que describía. Era tan buena narradora que olvidamos la ciudad en la que nos encontrábamos, el comienzo de la conversación, las amenazas veladas de su madre, las insidias a Carmen y los nubarrones en el horizonte de nuestra vida de jóvenes solteras.

14

Escribí a Carmen para contarle mi vida cotidiana: las nuevas recetas que había cocinado y los paseos con Ángela, pero sin aludir al desagradable episodio con don Romualdo. Le pregunté sobre el asunto del divorcio, del que tanto se hablaba, aunque me guardé el secreto de la situación en Almería y del rechazo que suscitaba entre casi toda la población, incluidos los padres de mi amiga. Le pedí que me escribiese a casa y le aseguré que me las apañaría para ocultar el contenido de sus cartas a nuestros padres. Sería tan sencillo como vigilar la llegada del cartero y acceder a la misiva antes que nadie. Así lo hice, y Carmen no tardó en responder. Estuve al quite y el escrito a mi nombre llegó a mis manos sin que nadie más lo supiera.

Querida Ketty:

Deseo que, al recibo de esta carta, te encuentres bien. No imaginas cuánto te echo de menos. Aunque Madrid es una ciudad fascinante, tiene también su cara hostil, y las dificultades no son pocas. Imagino que este asunto del divorcio tiene exaltados a mis paisanos almerienses, aunque no me lo quieras contar. Si en la capital ya es un escándalo, seguro que en una ciudad de provincias tan cerrada como la nuestra resultará un auténtico terremoto. Es posible que tu deseo de que ya no te escriba a casa de Ángela tenga algo que ver con esto. Espero que vuestra amistad no se vea quebrantada por mi culpa.

Nadie se había atrevido antes a hablar con tal claridad del asunto y, además, ¡una mujer! No entiendo cómo la gente no comprende la necesidad de abrir un debate. ¿Por qué no separarse y tratar de rehacer

cada uno su vida, en vez de obstinarse en mantener una unión deshecha? No es menester llegar a sufrir el martirio para poder separar un matrimonio. Basta la disparidad de caracteres para no condenar a una persona a soportar siempre a otra.

Tú conoces bien mi situación, viste de cerca el maltrato de mi marido, mi enorme sufrimiento durante años. Me revolvía, me sublevaba, mi desesperación llegaba al odio. No comprendo que se imponga la obligación de entregar la intimidad sin amor a un hombre que llega a repugnar. Yo no sé para qué se casan algunos hombres. ¿Para tener una esclava?

No busques un marido para que te mantenga, Ketty. Debes ser libre e independiente. Eso no te va a impedir enamorarte, pero nunca con la obligación de mantenerte para el resto de tu vida al lado de alguien que no deseas. Sé que seguir este consejo es difícil para una mujer en los tiempos que corren y en una ciudad pequeña donde todos se conocen y murmuran.

Deseo traerte conmigo y con María a Madrid, si quieres. La niña cada vez está más imposible y tú la sabes llevar muy bien. No digas nada a los padres aún, no se mostrarán muy conformes con perder a su otra hija y quedarse solo con los hermanos varones, que ayudan poco e incomodan mucho, pero para ellos vivir en Almería no supone una dificultad tan grande como para nosotras, que somos mujeres. Piénsalo, espero veros pronto.

Un abrazo de tu hermana, que te quiere,

CARMEN

—Carmen quiere que me vaya a Madrid —le conté a Ángela esa misma tarde.

Su rostro se ensombreció. Yo estaba encantada con la invitación de mi hermana: por fin viviría en la capital, con ella y con mi adorada María. Lo deseaba desde que se marcharon. En cambio, Ángela, que anhelaba más que yo escapar de Almería, iba a quedarse sola, sin la única amiga de verdad que poseía.

—¿Qué voy a hacer ahora? —me preguntó.

Me sentí traidora y no supe qué responder. Me limité a abrazarla,

ella se deshizo de mi abrazo y me dio una orden que no admitía incumplimiento:

—¡Ven!

La seguí hasta su casa sin rechistar y subimos al terrado como si una urgencia nos esperase. En lo alto, la tarde era apacible y blanda, y el aire traía un perfume de jazmines frescos. Había como un reflejo de oro que envolvía los edificios. En la azotea, encontré un par de sillas colocadas a la sombra y una pila de libros que nos esperaban pacientes.

—Lo he preparado para nosotras, para que leamos donde nadie nos moleste —me dijo con la voz más triste que jamás le había escuchado.

El terrado era una gran expansión para las mujeres de Almería. Desde allí se hablaba a las vecinas y se observaba, se fisgaba la labor de las otras. La mayoría bordaban, hacían ganchillo o cosían prendas de su ajuar, aunque ni siquiera tuviesen novio. Ángela leía, y esperaba que lo hiciera con ella, al menos hasta mi partida a la capital.

En las azoteas cercanas, había grupos de mujeres jóvenes hablando mientras bordaban. Nosotras nos sentamos, y yo tomé prestado un libro que no recuerdo, quizá porque estuve más pendiente de las labores y los comentarios de las otras que del texto que leía.

«Se dice… Dios me libre de creerlo… ¿De verdad fue así? Me lo han contado en el Casino… Dice mi padre que no vayamos…».

Solo escuchaba retazos de conversaciones, palabras y cuchicheos. A veces, alguna me miraba, se reía y comentaba algo al oído de su compañera.

—Está Cándida en la azotea de al lado —saltó de pronto Ángela rompiendo su mutismo.

La saludó con la mano. La joven se encontraba en la terraza contigua, cosiendo junto a dos amigas. Cándida, la hija menor del

boticario, se acercó a nosotras y nos habló con familiaridad. Era evidente que ellas dos ya habían intercambiado confidencias antes. Tenía un rostro redondo, terso y agradable cuando abandonaba el rictus agrio que la vida le había impuesto. La tez pálida, pues apenas veía el sol, iba adquiriendo en el terrado una agradable tonalidad rosácea. Las manos, pequeñas y carnosas, sujetaban una labor sin acabar.

—Vengo a bordar con Dolores y Trini, las vecinas de Ángela —me explicó—. En la azotea de mi casa me aburro… Mi madre y mi hermana no hablan, y siempre me están reprochando lo mal que se me da coser. Ellas son unas expertas —dijo con fastidio.

—Aquí estarás mejor —corroboró mi amiga—. Con nosotras te puedes desahogar.

—Ya lo creo, pero me ha costado mucho que me dieran permiso. Mi padre no nos deja ir solas a ninguna parte.

—¿Ni a la azotea de una amiga?

Negó, moviendo la cabeza y entornando los ojos. La hija de don Romualdo me inspiró una ternura infinita.

—Ha consentido porque el padre de Dolo y Trini es un hombre respetable y sus hijas, jóvenes sin tacha que me enseñarán a bordar mejor —lo soltó en voz alta para que las otras la oyeran, y las tres rieron ante la ocurrencia.

Era evidente que se había fraguado una imprescindible solidaridad entre ellas. Sabían que se necesitaban para tener, al menos, un pequeño espacio de libertad donde hablar sin tapujos, donde quejarse sin rebelión. El destino marcado pesaba sobre las tres muchachas, y en la azotea soñaban con espantarlo. Si el padre de Cándida se enteraba de que Ángela y yo influíamos en ella, jamás habría pisado el terrado.

15

Aquella tarde de brisa suave, algunos jóvenes peleaban cometas. Era una costumbre de los hombres de allí: jugaban a derribar las cometas de los contrincantes para llamar la atención de las mujeres que bordaban en las azoteas. Todo valía en esa lucha, que podría parecer inocente sin serlo, pues, para ser enérgicos y muy hombres, necesitaban salpimentar su conversación con palabras malsonantes y groserías pronunciadas a gritos y así hacerse oír lo más lejos posible.

Las grandes lunas ochavadas de las cometas se fabricaban con cañas y papeles de colores y les ponían barbas de papel picado que producían un rumor de hojas o runruneo de aeroplano cuando las azotaba el viento. Lo principal era la cola, que se asemejaba a un marabú hecho de trapos viejos y cintas, en trozos de varios colores. Un largo cordel las sujetaba para izarlas a las alturas, donde adquirían tanta fuerza que amenazaban con arrastrar a quienes las sostenían.

Era un espectáculo hermoso, menos cuando las desagradables voces de los mozos interrumpían el rumor de las cometas o cuando gritaban, exultantes de hombría, al derribar la del vecino.

—¡Es guapo, ese mozo! —dijo Trini, la más joven.

—Acaba de soltar una grosería —advirtió Ángela.

—Lo hace para llamar nuestra atención, para que lo miremos. Tiene unos brazos poderosos y unos ojos como brasas.

—No hay que fijarse en eso —comenté.

—No sé en qué otra cosa podemos fijarnos —rio, y las demás la

siguieron con picardía.

Ángela me miró con complicidad; albergábamos otra idea de lo que debía ser un hombre. Tampoco lo teníamos muy claro, pero, en cualquier caso, no buscábamos un joven vulgar de brazos fuertes.

Trini y Dolo se despidieron, quizá fueran en busca de los mozos de las cometas. Cándida pareció alegrarse de la espantada de las otras y se coló en nuestro terrado dispuesta a charlar con franqueza.

—A mí tampoco me gustan los tipos bruscos —confesó—. Me desagrada que parezca que estamos preparadas para el matrimonio como fin único.

—No tiene que ser así —aseguré, convencida.

—Tú lo tienes más fácil —suspiró—. Tus padres os dan una libertad que yo jamás disfrutaré. No hay más que leer lo que escribe tu hermana…

—¿Te parece mal?

—¡Al contrario! Ojalá fuese capaz de decir esas verdades. Solo soy la hija pequeña de un boticario rancio que no me deja ni salir a la calle. ¿Cómo escapar de esta esclavitud?

—Habrá que hacer algo —soltó Ángela, siempre dispuesta a solucionar la vida a la gente.

—Muchas se fugan con el novio, casi siempre el día de la fiesta grande —contó Cándida—. Después de estar perdidos un par de días, la Guardia Civil los lleva de nuevo al domicilio familiar. El asunto tiene que acabar en boda para arreglar el escándalo. Así se ahorran tiempo y dinero.

—Eso lo hacen las mujeres de las familias pobres. En tu caso sería peor. ¿Es que tienes novio? —quiso saber Ángela.

—No exactamente —musitó.

Mi amiga y yo acercamos la silla a la de Cándida, dispuestas a escuchar un relato insólito: ¿la hija de boticario se había enamorado, a pesar de la férrea vigilancia que su padre ejercía sobre ella?

—Fue en el gran baile del Casino. Nos empeñamos en ir, sobre todo yo, y al final mi madre cedió, en vista de la dificultad de encontrar un novio para mi hermana, que con veintidós años empezaba a ser una solterona. Acabó siendo la noche más especial de mi vida, pero solo ocurrió una vez. Después, mis padres se negaron a llevarnos de nuevo.

—¿Qué pasó? ¿Tu hermana encontró pretendiente? —Ángela se impacientaba.

—Conocí a un marino de los que suelen venir en fiestas a cortejar a chicas de Almería, cuando sus barcos anclan en el puerto. Me sacó a bailar. Yo temblaba de la emoción porque se había fijado en mí. Me dijo que le gustaba mi rostro sonrosado, que era como un melocotón jugoso. Me sonrojé aún más y él se rio. Solo bailamos un par de piezas, pero me sentí flotar entre sus brazos. Se llamaba José, al menos eso me dijo. Desconozco el apellido. Nos despedimos sin más y nunca volvió. No le dio importancia a la aventura, solo había bailado una noche con una jovencita. —Su voz se ensombreció—. Seguiré languideciendo a la espera de alguien que no llegará jamás.

—No pienses más en ese hombre —la reprendí—. Ya aparecerá otro.

—¿En esta ciudad? ¿Con esta familia? —se quejó—. Me buscarán un marido que les convenga, aunque me repugne, y me muero solo de pensarlo. Mi hermana se casará pronto…

—¿Remigia se casa? —pregunté extrañada.

—Sí, mi padre le ha buscado un marido —suspiró—. Es un hombre mayor, viudo dos veces, con hijos mayores. Tiene minas y tierras en la provincia, lo cual quiere decir mucho dinero.

—¿Y qué opina tu hermana?

—Nada, ella nunca dice nada. ¿Qué remedio nos queda? No servimos para otra cosa —gimió.

Su gemido se transformó en un llanto incontenible. Ángela la

abrazó para consolarla.

—Es un viejo horrible —continuó entre hipidos—. Tiene una enorme barriga y unos dedos gruesos como morcillas. No sé cómo mi hermana… No deseo que me ocurra lo mismo. Yo no soy como ella. Yo leo a escondidas los libros de la biblioteca de mi padre. Es muy rígido pero muy despistado, no se entera de que me llevo los periódicos después de que él los lea. No me pierdo cuanto escribe tu hermana Colombine. Es muy valiente. Yo sí pienso, y eso es incompatible con mi familia. ¡Me siento tan sola!

Intentamos tranquilizarla, pero no se nos ocurría qué decir para calmar su angustia. Parecía predestinada a un futuro como el de Remigia. La mejor opción, sin duda, era quedarse para vestir santos.

—Nos tienes a nosotras. No te pasará lo mismo, te lo prometo —le dijo Ángela, convencida.

Me extrañó su seguridad. ¿Qué podíamos hacer ante esa situación? Era como intentar derribar un muro con una lima de uñas.

16

Llegó julio y, con él, mi hermana. Cuando nos anunció su visita, caí en un estado de nerviosismo constante. Pensé que la posibilidad de trasladarme con ella a Madrid quizá había sido un arrebato suyo en aquella carta, pero que no tenía esos planes para mí.

Mi sobrina, a punto de cumplir ocho años, ya no era una niña pequeña. La encontré muy cambiada, y enseguida comprobé cuánto me había añorado. María corrió a abrazarme y ambas lloramos de felicidad, mientras Carmen recibía el cariño de mis padres y hermanos.

—¡Déjanos ver a la niña! —protestaron ante mi afán por acapararla.

—¿No vas a abrazar a tu hermana mayor?

Me sentí como si fuese yo quien regresaba a casa, no ella. Los brazos de mi hermana y el cuerpecillo menudo de mi sobrina eran mi auténtico hogar.

El cambio en Carmen también era notable. Vestía con naturalidad y una enorme distinción. Llevaba un tocado sencillo que realzaba su belleza, había crecido en hermosura. Por fin era ella misma, sin cortapisas ni dudas: la periodista capaz de escribir las verdades en las que creía sin depender de nadie, sin ser esclava de ningún hombre. La primera mujer libre que veía en mi vida era mi hermana.

No me separé de ellas ni un instante desde que llegaron. Temía que se marcharan de pronto sin despedirse, sin mí, y me abandonaran de nuevo a una vida con escasas ilusiones.

Me tranquilicé cuando Carmen hizo saber sus intenciones a mis padres:

—Me gustaría que Ketty me acompañase a Madrid, si ella está de acuerdo. La necesito a mi lado, sobre todo mi hija, a la que no dedico el tiempo suficiente y se está volviendo una caprichosa. Ketty la entiende y me ayudará con las tareas domésticas.

—Cada vez cocino mejor —dije, para corroborar sus palabras.

—No me cabe duda. Lo que me preocupa es que dedicarte a nosotras te impida realizar otra actividad remunerada que te otorgue independencia. Aunque ya buscaremos un trabajo adecuado para ti.

—Lo que más deseo es vivir en Madrid con vosotras —respondí, entusiasmada.

—La ciudad no es fácil, Ketty. Deberás enfrentarte a multitud de cambios y situaciones poco agradables.

—Estoy dispuesta.

Mis padres apenas pusieron objeciones. Mamá lamentó no contar conmigo en casa, sobre todo en la cocina, pero creyó que sería lo mejor para mi futuro.

—En Madrid podrás encontrar novio, porque aquí, en Almería, me parece imposible —suspiró mi madre.

De la capital, lo que menos me interesaban eran los hombres dispuestos a casarse conmigo. Deseaba ser libre, como mi hermana, y encima en una gran ciudad.

—¿Cuándo nos vamos? —pregunté con impaciencia.

—¡Deja que las disfrutemos unos días! —exclamó mi padre.

Salimos de paseo por Almería. No solté la mano de mi sobrina, que daba saltos de alegría y me abrazaba a cada paso. Carmen deseaba sentir el olor del mar y recorrer los recuerdos con la mirada del presente. Mucha gente la saludaba; sabían de su condición de

periodista reconocida en Madrid, algo que ninguna mujer había logrado antes, un hito para la ciudad. Pero otros volvían la cabeza como si no la conocieran, o la miraban con descaro para luego cuchichear a su espalda.

Mi hermana lo escrutaba todo con detenimiento, con rabia. Aquella no era la ciudad que recordaba; o sí lo era, pero ella había cambiado. Los ojos que miraban no eran los de la joven Carmen, sino los de la periodista Colombine.

—Me resulta tan desconocida como una isla de la Polinesia —me dijo con tristeza—. No queda nada de la Almería de la infancia, cuando era una ciudad que aún podía soñar. Ahora solo veo la pereza de una villa dormida bajo las ruinas de la Alcazaba. La miseria, el hambre y la suciedad han agarrotado a la población por la inacción de los gobernantes. Hace falta regenerar el país entero. Esta desventurada región, rica en minerales y dones naturales, siempre ha sido una tierra abandonada.

No le faltaba razón, pero en aquel momento sus palabras me parecían exageradas: Almería siempre había sido así y siempre lo sería. Igual que España, un país dominado por la pereza, la desidia de unos y la avaricia de otros.

Mi madre parecía feliz. Pensaba que era por la presencia de Carmen y la niña, aunque fuese breve, pero me llevó aparte para explicarme el motivo de su tranquilidad:

—Es bueno que te vayas con ellas, Catalina. Así pondrás algo de cordura en la vida de tu hermana. Si sigue así, no sé cómo acabará —suspiró—. Tú eres más sensata, le darás buenos consejos. Que no se deje llevar por esos arrebatos y que reflexione antes de hacer y escribir. Serás una buena influencia. Sobre todo, para esa niña, que parece un potro —volvió a suspirar—. Confío en ti.

Me abrazó con fuerza y yo me quedé perpleja. ¿Cómo iba a doblegar el carácter indómito de mi hermana? Yo solo era su sombra, el rastro de la luz que dejan los astros cuando se mueven

en el cielo. Estaría a su lado para lo que necesitase, pero en ningún momento pensé en interferir en sus decisiones.

—No le cuentes esto que te he dicho, hija, Carmen se enfadaría. ¿Sabrás guardar el secreto?

¡Claro que sé guardar secretos! Llevo toda la vida haciéndolo: me lo pidió mi madre, me lo rogaron sus amigos, me lo suplicó mi sobrina, me lo dijo ella misma. Y yo obedecí: mintiendo, siempre callada, ocultando la verdad. Sin embargo, Carmen fue sincera en todo momento. Decía que no había nada más dulce que bañarse en sinceridad. Solo mentía en un aspecto: la edad. Aseguraba tener diez años menos. Se justificaba afirmando que los había perdido en un matrimonio desgraciado y que tenía derecho a restarlos, como si no hubieran existido.

Me costó más despedirme de Ángela que de mi familia. Sabía que mis hermanos saldrían adelante. Francisco ya había visitado varias veces a mi hermana en Madrid, y los demás avanzaban en sus estudios y trabajos. Mis padres se habían acomodado a la vida plácida y sin sobresaltos de Almería, y solo les preocupaban las insidias contra Carmen, algo que no podrían impedir y que, con los años, iría en aumento sin remedio.

—Vendré a verte siempre que tenga ocasión —mentí.

Ángela me abrazo deshecha en lágrimas. Conmigo se marchaba su esperanza de huir de la ciudad.

—Si puedo, volveré a por ti —dije sin convicción.

Ella, tan locuaz, apenas pronunció un monosílabo en la despedida. La dejaba sin voz, y pensé que no le resultaría fácil encontrar una amiga con la que hablar libremente.

—Te escribiré, te lo contaré todo. Te lo prometo.

Ángela asentía con la cabeza sin dejar de llorar. Antes de separarnos, me entregó las cintas de una cometa para que recordase nuestras charlas en la azotea, y un libro, su favorito.

—¡Werther! —exclamé—. Es tu favorito, no puedes deshacerte de

él.

—Tengo otro ejemplar —dijo al fin—. Es para que no te olvides de tu Carlota.

Guardé las cintas y la novela, que pasaron a engrosar mi colección de tesoros, junto con el sonajero de María y los artículos y libros de Carmen. Ángela siguió siendo mi mejor amiga. Ahora la tengo muy presente, hasta se me aparece muchas noches con ese vestido celeste que tanto le gustaba. «Ketty, vamos al terrado a ver cómo vuelan cometas, a leer, a hablar con Cándida», me dice. Y alargo la mano para tocarla, pero se deshace, como nuestros sueños de infancia. La dejé sola, muy sola, y me fui cargada de ilusiones, rumbo a la ciudad desconocida, de la mano de una mujer grande y de una niña pequeña.

17

El viaje hasta Madrid se me hizo interminable. Nunca había salido de la provincia y apenas conocía el paisaje árido de mi tierra natal. Mientras pasábamos los desnudos montes andaluces, mi hermana se despedía de todo con la mirada.

—Esta es una región hermosa, pero, por el abandono criminal que sufre, ahora manda el hambre y resucita el bandolerismo —comentó con la rabia de quien desearía otra realidad más justa—. Nuestros campos estarían fértiles si los aldeanos fuesen dueños de pequeñas parcelas. Lo malo son esas grandes heredades que se quedan sin cultivar, mientras hay tanto hombre sin trabajo y tanta familia hambrienta.

Las ideas de Carmen me superaban. Muchas veces no la comprendía, pero intuía que llevaba razón, que era posible otro mundo, aunque para cambiarlo había que darle la vuelta al país, regenerarlo, como decía ella.

María se quedó dormida en mi regazo, Carmen leyó y tomó notas durante el trayecto, y yo las contemplaba o miraba por la ventanilla, absorta en la novedad, nerviosa ante el destino que se abría para mí. Conforme nos acercábamos a la capital, el movimiento era mayor, los pueblos se sucedían y mi desazón aumentaba.

—Ya verás —me decía mi hermana—, Madrid es una ciudad alegre, animosa y expansiva. Era forastera cuando llegué, pero hoy la siento como mi patria adoptiva.

Mi primera impresión fue la de un lugar en obras. El barrio en el

que se había instalado mi hermana era nuevo y se encontraba a medio hacer. El piso de la calle Eguilaz me pareció oscuro y frío, nada que ver con el luminoso hogar que dejábamos en Almería.

Llegamos tan cansadas que apenas me fijé en los detalles hasta al día siguiente. María y yo dormíamos en la misma cama, la niña siempre abrazada a mí. Su calor me llenaba el alma.

Como intuyó mi madre sin haber pisado Madrid, la casa de Carmen era un desastre.

—Una chica, Engracia, venía a ayudarme, pero ya no la podía pagar. En el periódico cobro poco y en la escuela, tampoco mucho. El alquiler y todo lo demás es caro en esta ciudad —se disculpó—. Solo necesito que pongas algo de orden.

No era solo eso. También debía encargarme de la niña, comprar con el escaso dinero que me daba, cocinar, lavar y remendar la ropa que María destrozaba con su incesante actividad. Carmen sabía realizar todas esas labores: era excelente costurera y bordadora, tenía gusto decorando y se defendía en la cocina, pero no le quedaba tiempo para nada más que para las clases, escribir y atender a sus compromisos.

En pocas semanas, todo estuvo dispuesto. Tres mujeres solas no enredan demasiado, y era sencillo mantener la casa perfecta, limpia y con las comidas preparadas. Me sorprendió que lo más destacado de la casa fuese la mesa de trabajo de mi hermana. Era enorme, siempre atestada de libros, papeles, cuartillas, documentos, lápices, plumas… en un desorden que ella conocía bien.

—De la mesa no se te ocurra tocar nada —me dijo—, ni siquiera hay que limpiar el polvo.

Una mañana, recién llegadas a Madrid, vi que se le iluminaba el rostro de felicidad cuando apareció un mozo con un voluminoso paquete. Pensé que, tal vez, sería el regalo de un admirador, pero no eran más que quinientas cuartillas.

—Las espero como un ramo de camelias, sin perfume, pero de un

blanco deslumbrador, siempre frescas y nuevas, como recién cortadas del jardín fecundo de las cuartillas —me dijo, entusiasmada, y yo reí ante lo insólito del comentario.

Al principio apenas salía de casa, me inquietaba moverme por calles desconocidas. En realidad, me interesaba poco lo de fuera, prefería estar con ellas: mimar a la niña, hablar con mi hermana, compartir hogar con las personas a las que más quería y que había añorado durante tanto tiempo. Carmen me ponía al tanto de las novedades. Fuera del piso, Madrid me parecía un lugar hostil. Tampoco importaba mucho, porque la ciudad empezó a venir a casa. Se respiraba optimismo en nuestro hogar libre en el que vivía una mujer independiente, acompañada de una niña torpe y una hermana ingenua recién llegada de provincias.

Carmen solía recibir bastantes visitas, desde personas humildes en busca de consejo hasta escritores y políticos importantes, y lograba un clima de complicidad propicio para las confidencias. Enseguida comprobé que, a pesar del cariño inmenso que sentía hacia María, no le dedicaba el tiempo que la niña le reclamaba. Estaban juntas, sí, no se separaban, la adoraba y la trataba con ternura, pero Carmen vivía para la escritura; ni siquiera tenía un momento para llevarla a dormir y contarle un cuento. De eso me encargaba yo cuando vivían en la casa familiar de Almería, y volví a hacerlo nada más llegar a Madrid. Mi sobrina, que recordaba bien las historias que le narraba al acostarse, vino a reclamarlas desde la primera noche que pasamos juntas en la ciudad.

—Mamá ya no me cuenta cuentos —se quejó—. Siempre está escribiendo y escribiendo.

—Necesita hacerlo para que podáis vivir aquí, tiene que ganarse la vida —la disculpé.

—Y ese Blasco que viene tanto tampoco me gusta.

—¿A quién te refieres? —No me sonaba el nombre.

—Un amigo suyo, escritor. Me llama «*chiqueta*» y se ríe de mí. Creo que son novios. Pero no le digas a mamá que te lo he contado, por favor.

—Te lo prometo.

—Quiere que siempre esté haciendo cosas: estudiando, leyendo… Se cree que soy como ella, que no para ni de día ni de noche. ¿Me defenderás?

—Ya veremos, chiquilla. Ahora, a dormir.

En cuanto mi sobrina se durmió, me reuní con su madre, que se afanaba en terminar un artículo ante la caótica mesa de trabajo.

—Acuéstate tú también. Estarás agotada con tanta ocupación que te damos —me ordenó—. Te prometo que, en cuanto tenga dinero suficiente, pondremos a alguien que se dedique a las tareas domésticas para que puedas disfrutar de María y de los encantos de esta ciudad. Incluso puedo buscarte un oficio de…

—¡No! —salté—. He venido a estar con vosotras en esta casa, no deseo trabajar en otro lugar.

—¡Gracias, Ketty! ¡Puedes ayudarme en tantas cosas! Lo principal es atender a María y luego… Quiero que el mundo pase por esta casa. Habrá invitados, gente que vendrá sin avisar a pedir algo, aunque solo sea consejo, amigos que llenarán estas cuatro paredes.

—Sí, María me ha dicho que viene bastante gente por aquí… sobre todo un tal Blasco.

—¿Blasco? —Noté que se sobresaltaba y se sonrojaba—. María es un diablillo indiscreto. Sé que no le cae bien. Vicente Blasco Ibáñez es un escritor valenciano muy importante. ¿No has oído hablar de él en Almería?

—En Almería solo se habla de ti —bromeé.

—Es importante para mí conocer a gente destacada. Él controla una editorial en la que deseo publicar. Es un hombre muy comprometido, un auténtico revolucionario que defiende a capa y

espada la república. Ha estado varias veces en la cárcel. Es un genio, escribe novelas monumentales, es el Zola español.

Tampoco sabía, en ese momento, quién era Zola, y el hecho de que ese tal Blasco hubiera estado en prisión me parecía motivo suficiente como para mantenerlo lejos de nosotras.

—También es periodista. Ha fundado varios periódicos en Valencia, entre ellos *El Pueblo*, muy crítico con el Gobierno. Por sus ideas en contra de la guerra, tuvo que huir de España —me siguió contando—. Ahora ha conseguido acta de diputado, por eso vive en Madrid. Organiza reuniones en su casa con un grupo de escritores jóvenes, y voy asiduamente. También acuden artistas como Benlliure y Sorolla. Si algún día yo venciera en las lides de la vida, le debería una gran parte del triunfo a las caballerescas y protectoras manos de Vicente.

—¿Y cómo conociste a este escritor tan importante? —quise saber.

—Nuestra amistad surgió con la famosa encuesta a favor del divorcio. Él me escribió enseguida mostrando su aprobación. Mira, aquí tengo la carta —dijo mientras rebuscaba en un desordenado cajón, entre decenas de papeles.

Solo ella era capaz de encontrar algo entre su propio caos. Alzó el sobre, triunfante, extrajo la carta y la leyó para mí:

> Señora Colombine:
>
> Soy partidario decidido del divorcio, por lo mismo que creo en el amor y no en el matrimonio. Cuando el amor se aleja para siempre, ¿a qué empeñarse en mantener la ligadura del matrimonio entre dos seres que se odian o se desprecian, como los presos que amarrados por la misma cadena han de satisfacer en común las más groseras necesidades?
>
> Sin el amor, no debe subsistir la asociación del hombre y la mujer, por más bendiciones que la santifiquen y leyes que la protejan. Los seres sanos y fuertes, cuando no se aman, deben decirse adiós, sin pena y sin

rencor, emprendiendo distintos caminos para rehacer de nuevo su vida.

—¡Ves! Exactamente lo mismo que opino yo —aseguró—. Y en otros aspectos de la vida, la política y la sociedad también estamos de acuerdo.

Carmen hablaba de él con ardorosa pasión, como de un ídolo a quien se admira por sus logros, pero ¿lo miraba también con ojos de mujer enamorada?

—¿Es un hombre apuesto? —me atreví a preguntar.

—¡Qué cosas dices, Ketty! Es un amigo —quiso cortar, pero yo insistí.

—¿Es joven?

—Nacimos el mismo año, aunque él cree que tengo diez años menos —rio, coqueta.

—Lo cree él y todo Madrid.

—Es alto y fuerte como yo. Nos parecemos, y entre nosotros hay una gran afinidad ideológica. Tiene el cabello y la barba muy oscuros, la frente despejada y unos profundos ojos negros.

Como sospechaba, Carmen lo había mirado a los ojos.

—Es un hombre atractivo e interesante —prosiguió—, pero no hay nada entre nosotros, aunque existen rumores y maledicencias. La gente murmura, dice que somos amantes, que el escándalo me persigue. Yo prefiero su amistad, y no deseo caer en las redes de un amor que me haga desgraciada. Estoy muerta para el amor.

—No sé si creerte —comenté.

—Nunca miento, lo sabes, y menos a ti.

—No me refiero a tu relación con Blasco, sino a que estés muerta para el amor.

—Me gusta dialogar con los hombres de igual a igual, pero me protejo con un comportamiento distante y frívolo. No quiero más traiciones ni agravios. Aspiro a una pasión total que no sé si llegará alguna vez. Ahora solo me interesa mi trabajo, mi carrera de

escritora y esta pequeña familia que he formado con mi hija y contigo. Y si tienes tanta curiosidad por Vicente, mañana lo conocerás, porque lo he invitado a casa.

—¿Quieres que prepare algo especial? —sugerí.

—No vendrá a comer, solo al té de las cinco. Vicente es goloso…

—Haré una tarta.

—Lo que tienes que hacer es apuntar todas las recetas. Quizá podamos hacer un libro con ellas. Se han puesto de moda esas publicaciones.

—Lo haré, te lo aseguro. Aunque prefiero que no aparezca mi nombre por ninguna parte —salté.

—Siempre en la sombra, querida mía —me abrazó, emocionada —. Mi salvadora, mi refugio, mi confidente. ¡No imaginas cuánto te he echado de menos y cuánto te necesito!

Esa noche apenas dormí. Mientras mi hermana escribía sin parar, quise saber algo más del ilustre escritor que nos visitaría al día siguiente. Le pedí a Carmen algún libro suyo, todos muy voluminosos, y solo fui capaz de leer unas páginas hasta que el sueño me venció. En ellas, hombres y mujeres se enfrentaban a un mundo hostil. En mi pesadilla, una barahúnda de desarrapados se lanzaba contra el palacio de los reyes y pasaba sobre mí como si fuese de humo. El fuego lo invadió todo hasta que desperté con el corazón acelerado.

Vicente Blasco Ibáñez no parecía un escritor. En mi mente provinciana y juvenil, imaginaba a los escritores como hombres serios, algo distantes, con aspecto soñador y el alma atormentada. Por supuesto, con los años conocí a alguno que imitaba ese estereotipo con escaso éxito literario, pero Blasco desafiaba los convencionalismos. Parecía más bien un descargador del muelle, un vendedor del mercado, un obrero metalúrgico, un minero o un peón

de la construcción. Eso sí, siempre exhibía un carácter reivindicativo y agitador. A pesar de la brusquedad, no dejaba de tener un gran atractivo y una masculinidad seductora.

Me saludó con un apretón de manos, unas manos grandes de campesino recolector, y una palmada en la espalda que me hizo dar un salto hacia delante.

—Bienvenida a Madrid, Ketty —me soltó con una voz muy grave, como si saliera del fondo de un pozo—. Carmen habla maravillas de ti. Ten cuidado con esta ciudad: está llena de reaccionarios e indeseables.

Luego tomó a María en brazos como si fuese una pluma.

—La *chiqueta* está de categoría, cada vez más alta y más *boniqueta* —rio escandalosamente.

María se deshizo del abrazo como pudo y se escondió en su habitación. Era evidente que Blasco no le caía bien, a pesar de su campechanía.

Y yo no sabía qué pensar. Con Carmen se mostró más galante. Hacían una pareja inmensa; le besó la mano y la aduló:

—Y la madre, cada día más hermosa y lozana. Da gusto verla, mi querida Colombona.

Me quedé perpleja ante el apelativo y, sobre todo, ante la respuesta cordial de mi hermana, que sonreía complaciente. A otro hombre lo habría despreciado por llamarla con ese apelativo. Carmen se había arreglado; se la veía hermosa y pletórica, como si se hubiera preparado para recibir a su amante. Si ella no me hubiera confesado que la relación entre ellos no dejaba de ser profesional, habría pensado que me encontraba ante dos enamorados. Sin duda, aquella complicidad coqueta molestaba a mi sobrina, más allá de la afabilidad excesiva con la que nos trataba.

Colombona y Blasco tomaron asiento en el saloncito, mientras yo les servía un té con el bizcocho que había preparado la tarde anterior y que el escritor no dejó de alabar.

—Como sigas así, Ketty, voy a venir a esta casa por tus dulces, más que por la compañía de tu hermana.

Nosotras nos lo tomamos a broma, pero mi sobrina no dejaba de imitarlo y de hacer burla a sus espaldas, ante la mirada espantada de Carmen, que me pidió con disimulo que me llevase a María fuera del salón.

Las visitas se repitieron, aunque lo habitual era que mi hermana acudiese a las reuniones que el autor valenciano organizaba en su casa del paseo de la Castellana, que le permitieron conocer a lo más granado de las jóvenes promesas de la literatura española del momento.

18

¡Madrid! Ciudad de mis alegrías y mis desgracias. No hay paz, sosiego ni tedio en la capital, que en ese momento parecía un poblachón lleno de pretensiones y contrastes. Tardé semanas en aventurarme fuera del barrio. Cerca de la calle Eguilaz encontré un mercado donde realizar las compras. Acudía allí presurosa y regresaba a la carrera, como si algún peligro desconocido fuese a asaltarme.

Fue mi sobrina quien tiró de mí para mostrarme la ciudad que desconocía. Carmen nos animó a salir de las cuatro calles que yo había transitado con escaso interés.

—Lleva a la tía a la Puerta de Sol, que es un hermoso paseo. Es todo recto, seguro que no os perdéis.

—¡Mamá, me sé el camino de memoria! Tú lo que quieres es que te dejemos sola para escribir y escribir… Y para que venga a verte Blasco.

—¡Eres imposible, María! —le reprendió mi hermana, enfadada —. Marchaos de una vez.

En realidad, daba la impresión de que le estorbábamos, pero no esperaba ninguna visita. El trabajo la apremiaba, su afán por escribir sin parar.

Salí del portal aferrada a la mano de mi sobrina de ocho años como si ella fuese a salvarme de los peligros que me acechaban en la ciudad.

Llegamos a la Glorieta de Bilbao en medio de innumerables edificios en construcción. El ruido de los obreros, afanados en su

trabajo, era ensordecedor. A ello se unía el estruendo de los tranvías y las voces de la gente que hablaba a un volumen exagerado para hacerse entender. Temía trastabillar en medio de aquel maremágnum, y agarraba a María para que no se perdiese, aunque, en realidad, quien se podía extraviar era yo.

—¿Adónde va Marujilla tan bien acompañada? —escuché que preguntaba una voz masculina.

—¡Pepe! —saltó mi sobrina, que enseguida reconoció al hombre.

El joven me saludó cortésmente y levantó en volandas a la niña, que se mostró más conforme que cuando era Blasco quien la tomaba en brazos.

—Es mi tía Ketty —le dijo.

—José Francés, para servirla.

—Otro escritor amigo de mamá —advirtió mi sobrina con cierto fastidio—. Pero este es el más simpático.

—¡Qué honor me haces! —respondió él, divertido.

Era un joven apuesto, un buen mozo que poseía un rostro agradable y risueño. Peinaba el cabello engominado con raya en el centro y lucía un bigotito estrecho y puntiagudo sobre los labios carnosos.

—¿Puedo acompañarlas? —se ofreció.

—Llevo a mi tía a la Puerta del Sol —le contó María—. Llegó hace poco de Almería y casi no ha salido de casa.

—No sabe usted lo que se pierde. Madrid es una ciudad fascinante. Se lo digo yo, que he viajado por medio mundo y me he quedado aquí. ¿Ve usted esta plaza? Antes se llamaba Puerta de los Pozos, pues había en ella unos depósitos de nieve para abastecer la ciudad.

Pepe Francés hablaba sin parar. Se apreciaba que era un hombre culto y distinguido. Me hacía sentir minúscula, y yo permanecía en silencio ante su incesante discurso. La glorieta, con forma de estrella, se estrechaba en su lado norte, donde la calle Fuencarral se

convertía en un embudo de edificaciones más antiguas.

Nos describía cada edificio singular, nos explicaba el estilo arquitectónico, e invitaba a apreciar la belleza de algunos de ellos.

—Fíjese en la fachada del Hospicio. Es una obra imponente de Pedro de Ribera, un barroco exagerado y potente. ¿Qué me dice, señorita Ketty? ¿Hay algo igual en Almería?

Titubeé, nerviosa, sin saber qué responder. María, más locuaz que yo, me sacó del apuro.

—En Almería, no. Pero seguro que en otros sitios sí —concluyó mi sobrina con descaro—. Mamá dice que el mundo está lleno de maravillas y que nos iremos a recorrerlas muy pronto.

Entre derribos y obras a medias, llegamos a la Puerta del Sol, que se abría como un abanico de dimensiones descomunales. Por la plaza circulaban los tranvías, y las personas que la abarrotaban deambulaban ajenas al peligro de ser atropelladas, pues caminaban despreocupadas de espaldas a los vehículos. Los carromatos y burros contribuían al caos. Yo lo contemplaba todo boquiabierta, y nuestro acompañante debió de percatarse de ello.

—Parece asombrada, señorita. Sepa que esta plaza siempre ha sido lugar de justas reivindicaciones, desde hace siglos. Y esperemos que lo siga siendo.

Yo no soltaba palabra. Entre el asombro y el susto no sabía qué decir.

—Siento no acompañarlas de vuelta. Me esperan en la Academia de Bellas Artes, aquí, en la calle Alcalá. Ha sido un placer conocerla —afirmó con una sonrisa seductora—. Nos veremos de nuevo, seguro.

Y se marchó deprisa hacia su cita, dejándonos desamparadas entre el ruido de la plaza. Por fortuna, mi sobrina no se sentía tan cohibida como yo.

—Volvamos a casa. Si no está mamá, podremos jugar un rato en la cocina.

Aceleramos el paso, calle Montera arriba, para salir del bullicio. Nos cruzamos con enjambres de niños tiñosos, hombres con gorra que nos miraban con descaro, otros con elegantes sombreros que nos ignoraban, jóvenes cargados con cajas en la cabeza, vendedoras de todo tipo de mercancías en cestos de mimbre…, todos presurosos, como si llegasen tarde a un entierro. Casi nadie paseaba; iban con prisa de un lado a otro, y en un par de ocasiones casi nos atropellaron. Por fortuna, no eran tranvías.

Llegué cansada. El trayecto no se hacía largo, pero resultaba agotador ir sorteando gente y coches de caballos. Acababa de descubrir la verdad de la ciudad que me regaló la dicha y la plenitud; a partir de ese momento, me sentí parte de ella.

19

Por aquella época, Carmen participaba activamente en la vida mundana de Madrid. Gracias a ello, conoció a otras mujeres importantes. Cuando regresaba de las reuniones y María ya se había dormido, la esperaba expectante y me narraba con entusiasmo cada detalle. Se convirtió en miembro de diversas instituciones, como la Sociedad de Autores Españoles, la Asociación de la Prensa, el Ateneo o la Junta de Mujeres de la Unión Iberoamericana.

Ese mismo año de 1905 publicó *Alucinación*, ocho cuentos donde se reflejaba su compromiso social respecto a la discriminación de la mujer, la pena de muerte o el divorcio. Defendía las causas que creía justas; incluso se convirtió en valedora de los judíos sefardíes. Nunca dejó de sorprenderme… ¿Cómo podía abarcar tanto?

Aunque echaba de menos a la familia y a Ángela, con quien me carteaba con asiduidad, no cabía duda de que me encontraba donde deseaba: cuidando de ellas, acudiendo al mercado, aventurándome cada vez más lejos de casa, asombrándome con la ciudad, escuchando a mi hermana, cocinando para las tres y escribiendo las recetas con detalle. Parecía que mi mundo se había definido para siempre, hasta que llegó el mes de julio y Carmen me anunció sus nuevas pretensiones, en las que yo no cabía.

—He pedido a la directora de la Escuela Normal una ampliación de estudios en el extranjero.

Debí de poner cara de no entender, ¿qué significaba aquella información?

—Nadie más lo ha solicitado. Tengo la convicción de que me lo

concederán —continuó. El entusiasmo se traslucía en el tono de su voz—. Viajaré a varios países europeos: Francia, Italia, Bélgica…

—¿Tú sola?

—No, me acompañará María.

—¿La niña? Es muy pequeña para un viaje así… Podría ir con vosotras…

—Es una beca, no puedo pagar otro pasaje, Ketty. No puedes venir. A mi hija le vendrá bien conocer mundo, ver más allá. No quiero separarme de ella ni un minuto. A ver si consigo que se le pase esa apatía y ese carácter caprichoso. Un viaje así requiere disciplina, y tendrá que sobreponerse a la incomodidad.

Me parecía una locura que una mujer con una niña pequeña se dedicara a recorrer Europa sin un hombre que la acompañase. ¿A qué peligros debería enfrentarse?

—¿Y yo? —pregunté, desolada.

—Tendrás que volver a Almería hasta nuestro regreso.

—¿Hasta cuándo estarás fuera?

—Será casi un año, pero se pasará rápido. Luego, regresaremos y todo será mucho mejor —dijo, convencida.

—¿Estás segura?

—Es lo que más deseo. ¡Viajar! ¡Conocer mundo, otras gentes, otros lugares, otras costumbres! ¡Es tan emocionante! Escribiré artículos y se publicarán en el *Heraldo de Madrid*, será una crónica del viaje. Y con el carnet de periodista, se me abrirán muchas puertas. Necesito tu complicidad: nuestros padres no estarán de acuerdo, dirán que una mujer sola no puede hacer un periplo así. Y menos con una niña. Entre las dos, tenemos que convencerlos de que no me pasará nada. Les diremos que van más periodistas, que no voy sola del todo, algo se nos ocurrirá. Es mejor que se lo cuentes tú, porque yo no soy capaz de mentir, y se me notará. Ya has visto cómo es mi vida en Madrid: soy independiente, no necesito a un hombre, ni siquiera para este viaje.

No paraba de hablar, y yo seguía desconcertada, casi no la escuchaba. Cuando me había acostumbrado a vivir en la capital, mi hermana me mandaba de vuelta a Almería y se marchaba muy lejos, llevándose a mi querida sobrina.

—Te escribiré, aunque en el *Heraldo* podrás seguir mis pasos. Te prometo que algún día te llevaré de viaje conmigo. Deberías alegrarte por mí, Ketty. El mundo es muy grande. Tú estarás siempre conmigo, aunque tengamos que separarnos en algunos momentos, porque eres la persona más fiel que encontraré jamás.

Mentí por ella, oculté parte de la verdad a mis padres cuando regresé a Almería. Conté que mi hermana viajaría por Europa en compañía de un grupo de periodistas y personal del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. De cualquier modo, a mi madre le pareció una extravagancia, una nueva osadía de esa hija inadaptada que no hacía más que darle disgustos.

—Primero lo del divorcio, que me ha costado la amistad con media Almería, y ahora este despropósito, ¡y con la niña!

Regresar al hogar me produjo cierto tedio, una sensación de quietud que me resultó exasperante en muchos momentos. Mi casa siempre fue un bullicio de niños, pero se habían hecho mayores, y el ruido del juego fue sustituido por el silencio del estudio. Además, dos de mis hermanos ya habían volado fuera del nido. Me quedaba la cocina, así que me entregué a ella como si el lugar, entre sartenes, fuese mi refugio soñado. Inventé platos nuevos, para deleite de mi familia, mientras soñaba que eran para Carmen y María, que estarían sobreviviendo con cualquier plato atroz por países donde ni siquiera sabían lo que era un cocido.

Quien más se alegró de mi regreso fue Ángela. Volvimos a las confidencias, los libros y el terrado. Pensé que envidiaría a mi hermana, que no solo se había trasladado a la capital, sino que

iniciaba un viaje por Europa. Sin embargo, por primera vez, mi amiga se encontraba en el lugar deseado.

—Tengo algo que contarte —me dijo, misteriosa, en cuanto aparecí en la azotea de su casa.

Ni siquiera me dio tiempo a hablarle de mis descubrimientos en la ciudad, los escritores a los que había conocido, la Puerta del Sol, los tranvías y la gente que corría de un lado a otro. Su relato merecía toda la atención, y con urgencia.

—He terminado los estudios de Magisterio, como tu hermana me recomendó, y he empezado a trabajar en la escuela de niñas pobres, de manera esporádica y sin contrato. Confío en sacar una oposición y ganarme la vida sin depender de nadie, aunque…

Se detuvo y agachó la cabeza con un cierto rubor. Algo casi imperceptible había cambiado en ella, y noté un temblor en sus manos.

—He conocido a alguien —prosiguió tras un suspiro—. Es el maestro de la escuela de niños. Ha estudiado en Granada, pero es de un pueblo de Jaén, La Carolina. Tiene los ojos más azules que he visto nunca.

—Y te has enamorado.

—No te imaginas hasta qué punto —reconoció.

—¿Y él te corresponde?

—Aún no lo sé. Me mira de manera especial, me sonríe cuando me ve, se detiene a hablar conmigo. Y yo sueño con él hasta el punto de no pegar ojo.

—Sí, querida mía, te has enamorado.

—No hago más que leer a Bécquer.

Me enseñó el libro de *Rimas* que había subido para leer en el terrado.

—Me siento identificada con cada poema: «*Por una mirada, un mundo; por una sonrisa, un cielo; por un beso… ¡Yo no sé qué te diera por un beso!*» —recitó.

—¡Ketty! ¡Qué alegría verte! —escuché. Una voz femenina me hablaba desde el otro terrado.

—¡Cándida!

—Creo que tu hermana se ha ido de viaje por Europa con la niña. ¡Qué valiente! ¡Cuánto me gustaría ser como ella!

—Parece que las noticias corren rápido por Almería…

Me sorprendió que conociera la situación cuando todavía no se había difundido en los periódicos.

—¡En los terrados se sabe todo! —rio.

Cándida también había cambiado durante mi ausencia; ya no tenía esa expresión asustadiza y tímida. Hasta parecía unos centímetros más alta, quizá porque se había puesto, al fin, de pie.

—Nuestra amiga no se ha enamorado todavía —dijo Ángela—, afirma que no se casará nunca, pero está a punto de acabar sus estudios de Magisterio porque también quiere ser independiente.

—Y en tu casa, ¿qué dicen, Cándida?

—Mi padre se oponía, pero mi madre lo convenció. Supongo que no le parece tan mala la idea, después de ver cómo está mi hermana.

—Cargada de niños, un embarazo tras otro y un marido que se va de juerga y no la trata bien —me explicó Ángela—. Lo que suele ocurrir, por desgracia.

—Hay que huir de esa vida como sea —sentenció Cándida.

Me sentí orgullosa de mi hermana. Pensé que, gracias a ella, esa joven había tomado la decisión de estudiar para no malgastar su vida, para no convertirse en una desgraciada.

Muchas tardes regresé al terrado. Allí leíamos a Bécquer, le tomábamos la lección a Cándida, hablábamos, reíamos y soñábamos. Hasta que empezaron a llegar las crónicas del viaje de Carmen y las cartas que enviaba a casa. Entonces su relato se convirtió en el eje de nuestras conversaciones, y nos trasladábamos con ella a París, Roma, Niza… Y el mundo parecía más cerca de esa

azotea en Almería.

¡Cómo describía cada ciudad! Había que leerlo para comprobar que existía otra realidad fuera de esa España gris. Viajé con Carmen y María a través de las palabras de mi hermana: imaginaba dónde se encontrarían, qué lugares visitarían, qué paisajes se extenderían ante sus ojos. Desde el terrado de Ángela, tres jóvenes conocían el mundo gracias a Colombine, igual que los cientos de lectores del *Heraldo de Madrid*, encerrados en sus casas, atrapados en una vida quieta, pero cruzando Europa con Carmen. Quizá muchos se animaron a viajar gracias a sus crónicas, y ese viaje cambió su vida, igual que ese lejano periplo por Europa cambió la de mi hermana.

20

Ángela, a quien siempre le gustó leer en alto, a pesar del incidente con el padre de Cándida, era la encargada de contar las peripecias de Colombine a todas las mujeres que se acercaban al terrado a escucharla. Les parecía un relato fantástico, un cuento de hadas que ocurría en lugares exóticos, aunque para Carmen todo resultara sencillo:

> Confieso que al salir de Madrid no he sentido la tristeza de dejar la patria. Hoy, las fronteras se conservan para la vida política de las naciones; pero el espíritu que nos anima es cosmopolita, las facilidades de los viajes, la difusión rápida de las noticias telegráficas por medio de la prensa y lo universal de las obras literarias forman esta hermosa fraternidad que nos hace encontrarnos en los países extranjeros tan a gusto como en aquel donde nacimos.

—¿Será cierto lo que dice? —se preguntaba Cándida en voz alta —. ¿Será tan fácil viajar al extranjero? Yo me sentiría extraña fuera de Almería. Y más si hablan un idioma que no comprendo.

—Carmen habla francés, se entenderá bien con los franceses.

> La única pena es dejar a la familia en Almería y a los amigos en Madrid, ese Madrid tan animoso y expansivo donde era forastera hace tiempo y hoy siento patria de adopción.

—Se acuerda de vosotros, Ketty —interrumpió su lectura Ángela.

—¿Madrid es tan acogedor como sugiere tu hermana? —quiso

saber Cándida.

—Me costó un poco adaptarme, pero estoy deseando volver —reconocí.

A veces, Carmen hacía referencias a la niña en algunos artículos y podía imaginarla como si la viera. Al cruzar la frontera con Francia, María saludó a un desconocido por la ventanilla y dijo que estaba triste. Pensé que en ese momento quizá se acordó de mí y se entristeció por dejarme en España. En París, acudían a los jardines públicos para que la niña jugase, pero ¿qué hacía con ella cuando acudía a fiestas o al teatro? Al regreso, María me confesó que su madre la llevó a ver una representación, se aburrió mucho y se durmió. Una vez se quedó sola en el hotel y sintió miedo, le asustaban los ruidos. Desde entonces, la dejaba con una joven francesa a la que no entendía, y siempre acababa enfadada.

Ángela se extasiaba con las descripciones de París, su ciudad favorita del mundo, aunque no hubiese estado nunca.

> El movimiento es ensordecedor: trenes, coches, automóviles, ascensores mecánicos para las mercancías, gritos, voces, gentes que van y vienen… Estamos en el centro de París, en la gran ciudad, en la metrópoli del progreso. No es una ciudad, sino el conjunto de muchas ciudades.

—Algún día iré —me decía Ángela, convencida.

—En realidad, eso se podría decir de Madrid —comentaba yo—. El ruido, el progreso, la gente que va y viene…

—¿Cómo vas a comparar? —saltaba, ofendida, como si hubiera visitado las dos ciudades.

> A pesar de su grandeza, París me causa una impresión de melancolía; se parece a una mujer hermosa y alegre que bailase envuelta en un velo gris.

Ángela suspiraba, como si conociese esa melancolía parisina.

Yo esperaba que Carmen llegase a Italia. Sabía que deseaba visitar ese país más que ningún otro por su arte, por la belleza de sus monumentos, por lo que había leído antes. Cargó con un baúl lleno de libros por toda Europa, y me contó que el cargamento sorprendía a los aduaneros, así que nunca lo registraban. Antes de llegar a un lugar, ya había leído sobre él, sabía qué se iba a encontrar, pero nunca decaía su capacidad de sorprenderse ante lo desconocido y nuevo.

Guardé todas las crónicas y, luego, el libro que recopiló el viaje al completo, *Por Europa*, una edición bellísima con ilustraciones, fotografías y grabados de los lugares visitados y las obras de arte que se citaban.

—¿Prefieres que lea sobre Roma? —la voz de Ángela resuena en mi memoria.

> ¡Se ha escrito tanto de Italia! ¡Han recorrido esta tierra tantos artistas y poetas! ¡Tantas veces ha latido mi corazón con su nombre, desde mi infancia! El primer impulso que se siente en Roma es el de cerrar los ojos para no verla como es en realidad, por el temor instintivo de que se desvanezca un hermoso sueño. Palacios y magníficas iglesias se hallan aquí por todas partes; las plazas espaciosas están ornadas de bellas fuentes, y las estatuas, las columnas y monumentos parecen recordar a cada instante al viajero que pisa el suelo de la noble señora del mundo.

—¿Crees que irá a ver al Papa? —preguntó Cándida, a quien seguían impresionando las iglesias, las imágenes y el obispo de Almería.

—Lo dudo —respondió Ángela—. Ella prefiere conocer a otra gente: políticos, escritores, artistas, señoras influyentes… Nombra a un montón de personas importantes.

—El más importante es el Papa —insistió, convencida.

—La religión es un engaño, Cándida —saltó Ángela.

La miré, sorprendida ante tal afirmación: que lo dijese mi

hermana me parecía normal, pero mi amiga no se había movido de las calles de nuestra ciudad. En realidad, lo había hecho, pues había viajado de la mano de Colombine y había leído sus comentarios, sus reflexiones sobre lo que veía, y así nos convenció de que la vida no era lo que se contaba en la iglesia. La vida era lo que ella vivía.

Al final, Carmen fue a ver al Papa, y nos extasiamos ante las descripciones de los Museos Vaticanos y la Basílica de San Pedro, de dimensiones colosales. Sus críticas hacia la Iglesia le granjearon aún más enemigos; nadie había osado hablar con esa libertad, cuestionar su sagrado poder ni escribir que al Papa «lo tienen como secuestrado los que le rodean y mantienen esta institución para que no hable y comprometa los intereses de la Iglesia, contestando que sí a todo lo que le dicen».

El Pontífice se mostró afectuoso con mi sobrina, y pareció experimentar un momento de ternura al posar la mano en su cabeza.

Las tres deseábamos que su viaje continuara para seguir leyendo sobre lugares bellos y desconocidos, y que regresara para abrazarla y preguntarle tantas cosas más que ansiábamos saber.

Con el paso de los meses, otras mujeres de los terrados contiguos se acercaban a escuchar cómo Ángela contaba los viajes de Carmen. Se quedaban asombradas oyendo hablar de Biarritz, Niza, Montecarlo, Pisa, Nápoles, Pompeya, Roma, Florencia, Milán…, y después, cuando el relato concluía, volvían a sus labores, silenciosas, rumiando las maravillas que habían imaginado en sus pequeñas mentes de mujeres encerradas. Algunas se marchaban con una sonrisa en los labios, otras bisbiseaban entre ellas y se reían, y esa risa sonaba a libertad. Temí que, en algún momento, algún reaccionario viniese a censurarnos, alejase a todas aquellas jóvenes de las palabras de mi hermana y se llevase a Cándida de nuestro lado. El poso de sabiduría, el mensaje de libertad, búsqueda de la belleza, rebeldía y desafío a las leyes y a las doctrinas de la Iglesia

ya había calado, aunque solo fuese un poco, en las cabezas de aquel puñado de mujeres.

21

Ese año, el tiempo se detuvo para mí y voló raudo para ella. En Navidades, la echamos de menos, sobre todo mis padres, que veían que los hijos se iban alejando y solo dos celebramos con ellos aquellas fiestas, que resultaron apagadas y melancólicas, como lo que se celebra sin entusiasmo y con la mente anclada en el pasado.

Por fin, Carmen nos anunció que en septiembre regresaría en barco desde Génova hasta Barcelona. Allí aprovechó para entregar el manuscrito de sus viajes por Europa al editor. Sabía que era una obra imponente, digna de publicarse, que iba mucho más allá de la mera descripción de los lugares visitados, pues vertía en cada capítulo sus ideas progresistas, reivindicaciones sociales y críticas a los estamentos corruptos y anticuados sin ningún tipo de censura. Nunca hubo nadie más libre que mi hermana viajando por el mundo.

A finales de septiembre, llegaron a Almería. Las esperaba nerviosa; los últimos días se me hicieron eternos. Cuando por fin las vimos descender del barco, mi madre y yo no pudimos evitar las lágrimas. Carmen también lloró, emocionada, al vernos en el puerto.

La encontré pletórica, distinta, más sabia. Traía un brillo nuevo en la mirada y un ímpetu desbordante. En ese instante de reencuentro, mi hermana deseaba, más que nada, el abrazo de nuestros padres, de los seres queridos que la aguardábamos orgullosos y expectantes. Necesitaba el descanso dulce que le ofrecía la familia, el calor de los afectos puros y la tranquilidad del

hogar.

—¡Reposemos! Confieso que estoy agotada.

Abracé con ternura a mi sobrina. Había crecido, y la vi más cambiada que a mi hermana. Traía un gesto adusto. Ya no era la misma niña; había realizado su primer viaje y ya nada sería igual.

—¿Lo has pasado bien?

No me respondió; se encogió de hombros para mostrar cierta indiferencia.

—Cuéntame todo lo que has visto —le pedí.

—Muchos sitios —respondió, lacónica—. ¿Podré dormir esta noche contigo? Te he echado mucho de menos.

No se despegó de mí desde que bajó del barco, y yo me sentía más feliz que nunca, besándola y abrazándola de continuo.

Esa primera noche, mi sobrina, con una gravedad que desconocía, desgranó sus primeras confidencias antes de quedarnos dormidas. Parecía que necesitaba contarme algo para conciliar el sueño, lo que no había podido confesarle a nadie durante meses.

—Un día me escapé del hotel. Estaba harta de que mamá me dejara sola. Le conté luego que le había dejado un recado en el hotel diciendo que estaba en el Vaticano, pero no era verdad, no habrían consentido que saliera sola. Me marché sin que nadie me viese, para asustarla, y lo conseguí. Sabía que ella había ido a visitar los museos y que la encontraría allí. Me senté en un banco de la capilla Sixtina, tan tranquila, esperando a que apareciese. Cuando se topó conmigo, se echó a llorar y me cubrió de besos. Ni siquiera me regañó. Se sentiría culpable por haberme dejado sola. Pensó que me habían robado o qué sé yo, en Roma se contaban muchas historias sobre niños desaparecidos.

Se rio con picardía, con un punto de crueldad que me asustó. Imaginaba el disgusto de mi hermana, su angustia al no saber el paradero de su pequeña.

—No le digas a mamá que te lo he contado. Se ha enfadado

muchas veces conmigo durante el viaje. Creo que yo le estorbaba, sobre todo cuando iba a visitar gente importante, de esa que tanto le gusta. A veces me aburría con tanta iglesia y tanto museo.

—También te llevaba al parque y a jugar, que lo he leído —intenté conciliar.

—Sí, de vez en cuando, pero luego, por la noche, se ponía a escribir y no hablábamos de lo que habíamos visto juntas.

—En el tren tendríais tiempo de compartir…

—Iba leyendo y leyendo, se lo sabía todo antes de llegar a los sitios.

—¡Algo te gustaría!

—Lo que más, la Exposición de Milán. Había muchos pabellones, cafés, teatrillos, música, globos y hasta una montaña rusa. A mamá no le gustaba nada… Creo que le daba miedo, y tuve que montarme sin ella. Le pidió a una familia, que llevaba un niño como yo, que subieran conmigo. ¡Fue muy emocionante! Montamos en una barca que corría a toda velocidad desde muy alto para caer en el agua. Y también me divertí en el viaje al Polo Norte: íbamos en unos barquitos que se deslizaban por el agua y acababan en una especie de sala enorme donde aparecían paisajes del Ártico, con las nieves y el hielo. A mamá le gustó más el pabellón donde se veía cómo funcionaban muchas máquinas: una imprenta tirando el periódico, una panadería sacando el pan caliente del horno, una fábrica de tabaco y cien cosas más. Fue más divertido que los museos.

Pensé que solo era una niña y que había disfrutado con las cosas de niños, mientras que mi hermana pretendía que valorase el viaje como una persona adulta.

Me desperté cuando amanecía. Dejé a la niña durmiendo y me levanté, sigilosa, dispuesta a prepararles un desayuno especial. Carmen se me había adelantado y, envuelta en un chal por el

frescor de la mañana, se asomaba al balcón como a la proa del barco.

Me acerqué y me estrechó entre sus brazos. Yo era una pluma, y me agarraba a su cuerpo rotundo como el náufrago a su tabla de salvación.

—¡Qué hermosa me pareció Almería cuando llegábamos al puerto y la divisé a lo lejos! —me dijo—. ¡Cuánto recuerdo de la felicidad perdida, la niñez pasada, las creencias que se murieron y los dolores que se han borrado! Esta ciudad encierra el perfume de mi vida, el hogar de nuestros padres, el sepulcro de los que más he amado y la cuna de mis hijos. ¿Cómo no llorar al verla?

—Yo me emocioné cuando os vi aparecer, después de tantos meses separadas —confesé.

—También he llorado por las desgracias de esta ciudad, Ketty. En ninguna parte del mundo hay administración más mala que aquí. La hermosa Almería está siempre abandonada.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer? —pregunté, preocupada. Ignoraba si seguiría contando con mi compañía.

—En unos días, nos volvemos a Madrid.

—¿Las tres?

—¡Claro, Ketty! ¡Qué haríamos sin ti! Tengo muchos planes. Ya verás, viviremos intensamente.

No se equivocó. La ciudad que nos esperaba se elevaba deprisa por encima de los convencionalismos: gente con ganas de progresar y de crear iba llenado sus calles. Y nosotras estaríamos allí.

22

Madrid ya no era una ciudad desconocida cuando la pisé por segunda vez, y sentí que me acogía con brazos poderosos, dispuesta a colmarme de sorpresas y vida. Continuamos viviendo en el barrio, en la calle Eguilaz, pero en el número 7, en un piso con un salón más amplio, perfecto para las pretensiones de mi hermana.

Le preocupaba tener que abandonar la ciudad por cuestiones de trabajo, pues su destino de maestra se encontraba en Guadalajara, pero consiguió una comisión de servicios en la capital, en la Escuela Superior de Industria, para impartir clases en la sección Enseñanza de la Mujer. Cuando ese asunto estuvo resuelto, mi hermana se consagró a realizar su deseo más ferviente.

—En Europa, disfruté mucho de los salones literarios. Voy a crear mi propia tertulia en casa: los miércoles de Colombine.

Recibí la noticia con entusiasmo. Suponía que el mundo entero vendría a casa. No haría falta salir en busca de experiencias, pues todas se contendrían en aquel salón de la calle Eguilaz.

—Esto también me abrirá puertas —aseguró—. Me gustaría, más que nada, escribir novelas, pero para eso tengo que hacer periodismo y labrarme un nombre.

—¡Si ya te conoce mucha gente!

—Sí, pero la vida es dura, sobre todo cuando se está sola —se quejó—. La gente se fija en mí porque soy la primera mujer periodista que entra y sale, y que hace entrevistas como cualquier hombre. Escribo para ganarme la vida: eso es nuevo y produce escándalo. Perturba que tenga ideas, que escriba en prensa, que sea

amiga de Blasco Ibáñez. Tratan de desacreditarme, y me llaman la Dama Roja; han creado una leyenda. Los hombres de letras están en mi contra, y también los despechados, esos que creen que, por ser una mujer libre, tienen derecho a todo y se enfadan si no lo consiguen. Mi situación es muy delicada, Ketty. Dicen que soy aventurera, que abandoné a mi marido en Almería y me vine a Madrid a hacer fortuna, que soy la querida de Romanones. A los treinta años, tuve que rehacer mi vida. Y cuánto sufrí en casa del tío… —bajó la voz al pronunciar la última frase.

—Ya, el tío Agustín… —Recordé la carta que me envió a Almería, en la que me confesó el acoso que sufría.

—Sí. Ya sabes lo que ocurrió. Fue repugnante, ni siquiera lo puedo denunciar.

—El tío era nada menos que senador.

—Y una mujer como yo jamás podría acusarle de nada. Tengo que aguantar situaciones terribles, defenderme como una leona. ¡Cómo son los hombres, Ketty! El mejor, asadito y con limón.

Me reí de la expresión que acababa de usar. Se la oí decir más veces, casi siempre con humor.

Guardar secretos siempre se me ha dado muy bien. Sin querer, me convertí en depositaria de confidencias que, en muchos casos, preferiría no haber escuchado. Unos y otros pensaban que, a la sombra de Carmen, yo era la persona ideal, silenciosa y discreta, para desahogar lo que nadie debería saber. Conmigo, los secretos estaban a salvo. ¿Quién iba a creer a la insignificante hermana de Colombine?

Descubrí que muchas damas dudaban si debían visitarla: la miraban y la olfateaban buscando el aroma del pecado. Comentaban sus trajes y modales. Los caballeros tomaban en su presencia aires de seductor. Ella sabía que muchos aduladores no

eran sinceros, aunque los toleraba por generosidad.

—Tengo el vicio de la amistad —reconocía—. Pero no te engañes, la mayoría de los que acuden a la tertulia lo hacen por interés, para encontrar editor, en busca de mi supuesta influencia para publicar o, simplemente, por curiosidad. Una mujer independiente como yo genera expectación.

En pocas semanas, el salón de Colombine se convirtió en el centro de reunión de moda para escritores, periodistas, artistas y gente variopinta. Muchas tardes resultaba pequeño para tantos visitantes, unos habituales y otros nuevos. Era complicado conocerlos a todos, ni siquiera Carmen sabía el nombre de cada uno de los asistentes.

Los tertulianos, a veces, me hacían sentir ridícula, como si examinaran cada una de mis palabras, por eso prefería permanecer silenciosa y moverme como un gato entre ellos.

—Ketty, ¿puedes servirnos el té? —Carmen contaba conmigo para lo cotidiano, lo minúsculo.

Quienes pasaban por la tertulia, al principio, sintieron cierta curiosidad por la hermana de Colombine. Después, se acostumbraron a mi presencia, y me convertí en invisible, lo cual me permitió escuchar conversaciones y enterarme de comentarios hacia Carmen, que no siempre eran halagüeños.

También acudían a su salón escritores de derechas, que la motejaron de Dama Roja y eludieron su trato, pero les convenía moverse en ese círculo.

—Colombine es un guardia civil con faldas —oí decir a un tipo cuyo nombre no recuerdo, que hablaba con un grupo de recién llegados—. Otra vaca lechera de la literatura.

A punto estuve de volverme hacia él y reprocharle sus palabras, pero las risotadas del resto me amedrentaron y me guardé el comentario. Carmen nunca lo supo, siguió aceptando a quien quisiera pasarse por la tertulia, sin importarle qué hacía o decía a sus espaldas.

Entre aquella amalgama de gente diversa, también había amigos verdaderos, personas que la apreciaban de verdad y que supieron verme y reconocerme entre tanto bullicio. Pepe Francés, a quien ya conocía, era habitual de la tertulia, junto a nombres como Felipe Trigo, Zamacois… Y, sobre todo, Violeta y Rafael.

Rafael Cansinos era un hombre alto, de buena plata, con el cabello largo y revuelto, nada parecido al pelo engominado de Francés, que lucía un poblado bigote. Sus ojos oscuros me miraban con descaro, y sonreía como si le gustase lo que veía. Por primera vez, me sentí azorada ante un hombre.

—Te presento a Ketty, mi hermana —le dijo Carmen—. Me la he traído de Almería para que me ayude a domar a este potro que es mi hija.

—Gracias, mamá —replicó la niña, burlona.

Le tendí la mano. Él me la apretó con timidez y se quedó mirándola como quien contempla un objeto precioso.

Esa primera tarde, y otras muchas, mi sobrina fue indiscreta, como era habitual en ella, que irrumpía en la tertulia con el descaro de quien se siente impune.

—¡Oh! Rafael le está haciendo el amor a Ketty —soltó ante todos los asistentes.

¡Qué vergüenza! Enrojecí hasta las pestañas; pero Rafael se rio como si se tratara de una broma divertida.

—Eres una niña maleducada —la reprendió al instante su madre.

—Tengo la educación que me has dado —respondió María, muy chula, y corrió a sentarse sobre las rodillas de uno de los tertulianos.

—¡Eres insoportable, te voy a arrancar la lengua! —gritó mi hermana.

Pero mi sobrina se envalentonó y provocó una discusión que acabó con un gran disgusto de ambas y con mi sobrina encerrada en su habitación.

—Esta niña me mata. Debería ser mi consuelo —se quejó Carmen.

—Sale a la madre —bromeó Rafael.

Pero a Carmen la broma le hizo poca gracia.

Pensé que María había montado tal escándalo para demostrarme de qué manera le hablaba su madre cuando ella interrumpía la tertulia. La actitud de la niña era pura provocación. Me propuse mejorar la relación entre las dos, mediar, pedirle más comprensión a Carmen y domesticar de alguna manera a la hija para que se respetaran, pero nunca lo logré. ¡Qué terrible fracaso!

Mi corazón se aceleraba cuando Rafael aparecía por la tertulia. Pasaba las tardes de los miércoles escrutando la puerta con disimulo, esperando su presencia. Cuando llegaba con ese aire de escritor bohemio, me acercaba en busca del halago que siempre me regalaba, aunque fuese fingido, de su mano firme, de su voz que sonaba solo para mí.

Rafael me contó que conoció a mi hermana un día de 1904, antes de que yo llegase por primera vez a Madrid. José Luis Fernández, un joven poeta, la llevó a su casa. Por lo visto, Carmen deseaba encargarle la traducción de una novela. Aunque era poca cosa, su situación económica no le permitía oponerse a semejante encargo. Estaba convencido de que mi hermana había sido amante de Blasco Ibáñez, por lo que controlaba la Editorial Sempere, cuestión que le interesaba con la intención de publicar en ella.

—Carmen nunca ha sido amante de Blasco, te lo puedo asegurar —salté, convencida.

—Tu hermana es una mujer joven y moderna que hace campaña en pro del divorcio y habla en el Círculo Republicano —dijo Rafael —. Eso me resultaba nuevo e interesante. La admiro por ser la primera mujer periodista que hace reportajes. Su piso de la calle Eguilaz, aquí al lado, me pareció el camerino de una artista, todo

con un desorden encantador.

—El desorden nunca me parece encantador —le respondí.

—Cuando llegamos a su casa, estaba pelando patatas.

—¿Patatas? ¡Carmen odia pelar patatas!

—Y tu sobrina no hacía más que molestar. Por aquel entonces era una niña morenita, pequeña y delgaducha. Un contraste frente a su madre, tal alta, morena, pálida y gruesa.

—Nunca se han parecido —suspiré.

—Carmen mandó a la niña a la cama, y ella se puso a llorar y patalear. La encerró en su cuarto, y Marujilla empezó a dar berridos, golpear la puerta y gritar: «Mamá me tiene envidia, por eso me encierra». Es una relación tormentosa, la que hay entre la madre y la hija… No sé cómo acabarán.

—Para eso estoy aquí, Rafael, para que se lleven bien y domar a ese potro que es mi sobrina, como dice su madre.

—Te vi tan delicada, delgada, pálida, con tu cara menuda y afilada y esos grandes ojos negros que me miraban fijos, insinuantes y, al mismo tiempo, inocentes, que me enamoré de ti en el acto —me dijo meses después de nuestro primer encuentro.

—No te creo —le repliqué.

—Tú también me mirabas y sonreías, y yo pensaba que eras la novia soñada. Eras un lirio entre espinas, un cisne entre garrulos gansos, un alma joven y soñadora en medio de la ciénaga de frivolidad que nos rodeaba.

—¡Basta! —le hice callar—. Sé que son embustes, que eres enamoradizo y voluble.

Pero yo me había enamorado. En ese momento, ningún otro hombre de la tertulia me interesaba.

Enseguida escribí a Ángela para contárselo, para hablarle de él y de las reuniones de los miércoles. En las cartas, necesitaba desahogar mi alma atormentada por un amor intermitente que prometía mucho, pero, en realidad, ofrecía poco.

—¿Qué haces aún despierta? —me preguntaba Carmen, que llevaba horas sin dormir, escribiendo—. Vete a la cama, tú que puedes.

—No soy capaz de cerrar los ojos. Dime si puedo ayudarte en algo.

—Me vienes como caída del cielo —suspiró—. Estas hojas están escritas deprisa y corriendo y no se entienden. Pásalas a otro papel, con letra adecuada.

Mi caligrafía era primorosa, como la de todas las niñas que acudimos a colegios de monjas, donde era más importante la forma, la apariencia, la belleza de la escritura que el contenido. Tuve que preguntarle algunas palabras ininteligibles que ni ella misma era capaz de descifrar a la primera, y pasé la noche compartiendo el trabajo con mi hermana. Me convertí en su secretaria. Con las primeras luces del alba, Carmen puso fin a tanta tarea.

—Ketty, vamos a dormir un poco, antes de que se levante mi hija. Luego, ya no habrá quien pare.

El trabajo ocupaba el lugar del sueño. Ocurría muchas noches, sobre todo cuando Rafael cruzaba mi pensamiento como un cuchillo, con persistencia infinita, y no era posible espantarlo.

23

Las cartas de Ángela llegaban con más asiduidad que las de nuestros padres, que se limitaban a contar la monótona vida familiar y a lamentarse de que los hijos los abandonásemos y nos marchásemos fuera de Almería. Por contraste, las de mi amiga portaban la frescura de la vida juvenil, la alegría de las muchachas que aún creían que el sol y la vida estaban puestos para ellas. Aunque no siempre el destino recompense con aquello que creemos merecer.

Querida Ketty:

Hoy estoy desolada, ¡te echo tanto de menos! Desearía que estuvieras aquí para poder llorar a tu lado. Eso me aliviaría esta pena infinita. Bernardo, el hombre que amo, ha decidido regresar a Jaén: ha dejado la escuela de niños y ha aceptado la dirección de otra más cercana a su pueblo. Me lo ha contado esta mañana, mirándome con tristeza y con lágrimas en los ojos. Sé que le angustia separarse de mí, pero alega que sus padres son muy mayores, están enfermos, él es hijo único y lo necesitan. Estoy desesperada, no sé qué hacer, y en un arrebato le he propuesto que nos fuguemos juntos, que yo me iría con él.

Es una osadía que sea una mujer quien le proponga esto a un hombre. Estoy harta de esperar que sean ellos quienes tomen decisiones que nos incumben. Bernardo no lo ha consentido, ha dicho que soy una señorita de buena familia, que sería una vergüenza y un desprestigio para todos, y que no iba a formar parte de un escándalo semejante, por mi bien. Me ha prometido que me escribirá cada día, pero no me ha asegurado que vaya a regresar por mí dentro de un tiempo. Ignoro si de verdad me quiere como yo a él.

Espero que sigas feliz en Madrid. Continúa hablándome de la tertulia

de tu hermana, tiene que ser maravilloso conocer a tantos escritores, a tanta gente importante. Espero que tu Rafael se porte contigo tan bien como mereces, pero ten cuidado, es un hombre de ciudad, de mundo, un escritor, y los artistas no son de fiar. En fin, los maestros parece que tampoco lo son. Como me has contado que dice tu hermana de los hombres: «El mejor, asadito y con limón».

Escríbeme pronto, tus cartas son lo único que alivia mi angustia en esta ciudad mediocre.

Te quiere, tu amiga,

ÁNGELA

Lloré por ella, por el desengaño, por la soledad que experimenta alguien que es rechazado, por las dos; porque sabía que mi historia con Rafael no llegaría lejos, pero seguía entusiasmada, persiguiéndolo en la tertulia, rozando su mano cada vez que aparecía, insomne y enamorada como pensaba que no lo estaría nunca más.

Echaba de menos a Ángela y esa complicidad que solo se tiene con las amigas. Con Carmen no era igual: nos adorábamos, pero era una relación de hermanas, de protección mutua. Las amigas se desenvuelven con otra ligereza, les puedes contar cuestiones inconvenientes, que no se enfadarán ni se preocuparán en exceso, y te escucharán mejor que nadie. Entonces, casi al mismo tiempo que Rafel, apareció Violeta para colmar mi ansia de confidencias.

24

Consuelo Álvarez Pool, Violeta, era asidua a la tertulia de Carmen y una de las pocas personas que llamaba a mi hermana por su nombre. Era una mujer de poca estatura pero firme y alegre. Poseía una sonrisa y un rostro agradables, aunque no era hermosa, y mucho menos al lado de mi hermana, que destacaba por su rotundo atractivo allá donde iba. A Violeta le gustaban los sombreros, y siempre aparecía con un tocado a cuál más original. Era periodista, como Carmen, dos almas gemelas, y no me extrañaba que fuesen íntimas amigas, pues su historia personal era muy parecida.

Había nacido en Barcelona, en una familia acomodada de origen leonés. Sus abuelos maternos eran ingleses, por eso hablaba a la perfección el idioma y también se desenvolvía en francés y portugués. Trufaba sus conversaciones con expresiones en inglés que yo, al principio, no entendía. Su padre fue maestro, director de colegio y funcionario, y por ello se movieron por toda la geografía española.

—Mi padre era un gran defensor de la igualdad de las niñas y los niños, y me inculcó la importancia de la educación y la formación de personas libres —oí que contaba en la tertulia.

Carmen me la presentó uno de los primeros miércoles, y ella me saludó con respeto.

—Me ha dicho que eres la hermana perfecta.

—Hago lo que puedo —respondí con timidez.

En ese momento, Carmen me requirió para que preparase el té de rigor con el que obsequiaba a sus invitados. Poco más podía ofrecer

en su tertulia… El periodismo no daba para grandes dispendios, y yo debía hacer malabares en el mercado con las escasas monedas que Carmen me entregaba.

Violeta me acompañó a la cocina, dispuesta a echarme una mano.

—Así me alejo un poco de estos indeseables.

Se movía por la cocina con decisión; sus manos, de dedos delgados, se agitaban con una rapidez que no había visto nunca.

—Tu hermana no para de hablar ni un momento, es la anfitriona perfecta, pero solo para conversar. Lo doméstico no va con ella, aunque presuma de cocinar muy bien y de conocer infinidad de recetas. Confío en que no se lo dirás.

Nos reímos las dos. Enseguida se creó entre nosotras un lazo de amistad. Hablábamos el mismo idioma y, sobre todo, queríamos lo mejor para Carmen, nos preocupábamos por ella. No la envidiamos nunca, y habríamos hecho cualquier cosa por protegerla y defenderla.

—Aprecio mucho a tu hermana. No lo tenemos fácil, somos periodistas en un mundo masculino, con un pasado complicado. Nuestras vidas han sido muy semejantes —suspiró—. Hasta nacimos el mismo año.

—¡No lo digas en la tertulia! Ella asegura que es diez años más joven.

Nos reímos con complicidad, Consuelo conocía a mi hermana casi tan bien como yo.

—Descuida, no me importa que se sepa mi edad. No tengo interés en ninguno de los caballeros que pasa por aquí. Y tu hermana, aunque diga que es incapaz de amar, no lo cree ni ella. Algún día aparecerá alguien de quien se enamorará —presagió.

—¿Cómo has llegado a Madrid? —quise saber.

—Después de morir mi padre, los problemas económicos de mi familia se agravaron, y mi madre me obligó a casarme. Yo quería ser telegrafista, tener un trabajo fuera de casa, pero, a partir de ese

momento, lo dejé todo para dedicarme a lo que se espera de una mujer: tener hijos y cuidar del hogar. Ninguna debería resignarse a ese destino, Ketty. No lo hagas tú tampoco.

Miré al suelo, avergonzada. En ese momento me sentía una señorita de provincias que deseaba casarse. ¿Qué otro porvenir podría labrarme, aparte de continuar en esa casa? No poseía el talento de Carmen ni el de Consuelo, mujeres valientes que se habían enfrentado al mundo para ser ellas mismas. Yo no me sentía tan fuerte.

—Tuve cuatro hijos —prosiguió—. La tercera, Gloria, murió de meningitis a los cinco años. ¡Qué angustioso fue ver consumirse un pedazo de mis entrañas por no tener un puñado de monedas para comprar su salud! —gimió—. Los pobres no tienen derecho a salvar a sus hijos No existe la justicia, y hay que luchar por ella. Mi cuarta hija murió al nacer.

—Carmen perdió tres niños…

—Lo sé. Nos comprendemos bien, las dos hemos sufrido y hemos luchado mucho. Yo también me separé de mi marido y me marché a Oviedo con los dos niños: Esther y Laureano. Fue un enorme escándalo, imagínate: una mujer que abandona a su esposo. Pero creo que hay más virtud en huir de un marido a quien no se ama que engañarlo, fingir caricias, vender promesas y aceptar con repugnancia penosas realidades. En Oviedo empecé a escribir en *El Progreso de Asturias*, hasta que en 1904 me vine a Madrid. Ahora trabajo en el diario *El País*. Querían que escribiera sobre cosas de mujeres, ya sabes: moda, cocina, hogar…, pero enseguida empecé a hablar de asuntos más importantes para nosotras, como el divorcio, el derecho de las mujeres a la educación y a unas condiciones laborales justas, la reforma de las cárceles, la defensa de la clase obrera… La misión de la prensa no es solo dar a conocer las noticias… También tiene una finalidad instructiva y revolucionaria.

Eran las mismas palabras que le había oído decir muchas veces a

mi hermana. ¡Y tanto que tenían vidas paralelas!

—¿Y por qué te llaman Violeta?

De pronto, María interrumpió la conversación: entró como un vendaval en la cocina, empujó la puerta con estruendo y nos sobresaltó.

—¿Por qué no venís ya con el té? Estos señores bigotudos se están impacientando. Creo que algunos vienen por la merienda y porque no tienen donde caerse muertos —se burló.

—Niña, no digas esas cosas —la reñí.

—Es la verdad, tía Ketty. Ya verás qué pandilla de gorrones. Y mamá los acoge a todos. ¿A que sí, Violeta?

—Tu madre es muy generosa, tiene un gran corazón —respondió.

—¡Bah! Lo que pasa es que es una presumida, le gusta que la adulen y estar rodeada de hombres que le digan lo estupenda que es… —Hablaba con un vocabulario impropio de su edad, como una mujer celosa.

—Te voy a lavar la boca con jabón —dije, indignada.

—No seas como mamá, que no hace más que amenazarme. Tú no eres así. Tú me quieres más, Ketty.

María me abrazó. De pronto se convirtió en lo que realmente era: una niña inocente, siempre cariñosa conmigo, ingeniosa y simpática.

—¡Ay, tía! Tenemos que ir al Retiro las dos solas. Verás qué bonito es. Hay unos columpios en los que podemos subirnos y balancearnos hasta tocar el cielo.

Regresamos al salón con el té y unas pastas que había traído Consuelo y que desaparecieron en segundos. María tenía razón, en parte, pues aquellos individuos famélicos aprovechaban la tertulia para irse merendados a casa.

—¡Cuéntale a mi tía por qué te llaman Violeta! —pidió María, que debió de escucharnos tras la puerta de la cocina.

—Consuelo eligió este nombre porque es la flor de los

desfavorecidos, a quienes siempre trata de defender —explicó mi hermana—. Hasta ha compuesto unos versos sobre la violeta.

—Deja que los recite yo, Carmen —interrumpió Consuelo:

La violeta es la flor de los humildes.
Flor de los que sufren un hondo dolor,
flor de la que espera la paz de la muerte.
Flor de la que sueña su primer amor.

Los presentes aplaudieron, María se puso a dar saltos y su madre le pidió que se estuviera quieta, pero no hizo caso. Mi hermana me lanzó un gesto de desesperación. No podía con ella ¡y la niña solo tenía once años!

—Vamos a dormir, María —ordené a mi sobrina.

—No quiero —gritó enfurruñada—. Es más divertido ver cómo se pelea esta gente.

—No seas impertinente —intervino su madre.

La niña se sentó sobre las piernas de uno de aquellos señores bigotudos que yo aún no conocía, y el tipo se echó a reír. Parecía que los hombres gozaban con las desavenencias entre madre e hija, como si formase parte del espectáculo de la tertulia, y María lo aprovechaba.

Carmen me miraba, nerviosa y suplicante. Me sorprendía que una mujer tan firme y decidida vacilase de esa manera ante una cría caprichosa.

Agarré a mi sobrina por el brazo y me la llevé a rastras fuera del salón. La situación vergonzosa provocó las risas de los asistentes.

—¡Qué carácter tiene esta Marujilla! —saltó uno.

—Así no es fácil educar a una niña —se quejó la madre.

Me costó calmarla, incluso recibí una patada agresiva. No estaba dispuesta a soportar tal humillación y le hablé claro:

—Mira, María, esto no puede seguir así. Si no te comportas, me

marcharé a Almería.

—No, tía —lloriqueó—. Seré buena. Tú sí me quieres.

Me abrazó y se deshizo en lágrimas. Le acaricié el cabello hasta que se tranquilizó. Así, con los ojos cerrados y refugiada en mi regazo, se mostraba dócil y preciosa.

—¿Por qué te comportas tan mal delante de tu madre? —le solté cuando percibí que su agresividad había desaparecido.

Se incorporó, muy seria, y respondió sin mirarme a los ojos, como si se avergonzara de la verdad:

—Desde pequeña, mamá me grita —respondió como si no fuese una niña.

—Es que no te portas bien.

—Siempre me dice: «Vete al sofá con tu muñeca y no molestes. Te voy a pegar». Es mala conmigo, no me quiere.

—Eso no es verdad, María, ¡tu madre te adora! Eres lo mejor de su vida. Se lo he oído decir muchas veces.

—¿Y qué? A mí me dice desde chica que soy su tormento, que no la dejo hacer nada, y amenaza con meterme en un colegio interna. Le molesta que esté en sus tertulias.

Era demasiado madura para su edad, aunque pareciese una niña caprichosa y maleducada. Algo no funcionó entre ellas desde el principio, a pesar de los esfuerzos de mi hermana.

—Sin embargo, cuando estamos solas, es distinta —reconoció—. Cuando la tengo para mí, cuando viajamos… Es la madre más maravillosa del mundo.

—Eso es lo que te gusta: no compartirla con nadie, viajar y divertirte con ella, ¿verdad? —repliqué—. Pues ahora vas a tener a tu tía Ketty a todas horas. Si te portas mal, te daré un azote en el trasero, como si fuese tu madre. Venga, a dormir de una vez.

—¿Me contarás un cuento?

—Todos los que quieras.

No tardó en dormirse, a pesar de que el jaleo de la tertulia

llegaba hasta la habitación. Dudé entre regresar con los invitados o continuar allí, descansando abrazada a la niña. Me acordé de Violeta. Aunque se suponía que era asidua y que podría verla en otras ocasiones, deseaba compartir más confidencias con ella, conocerla mejor o, al menos, escuchar sus intervenciones en la tertulia. Salí con sigilo del dormitorio: si María se despertaba, tendríamos un problema, pues seguro que irrumpiría sin pudor en el salón dispuesta a fastidiar a su madre.

25

Cuando entré en el salón, un tipo maduro de grandes bigotes que llevaba un gorro de cosaco en la cabeza no dejaba de hablar; por lo visto, el sombrero lo había traído de Polonia, de donde acababa de volver. El hombre disertaba, cargado de razones, ante el espanto de mi hermana y de Violeta.

—La misión de la mujer es coser calcetines —decía, desafiante, a sabiendas de que la respuesta de las damas sería airada—. La mujer es un animal de cabellos largos e ideas cortas, como dijo Schopenhauer.

—¡Oh, qué horror! —saltó Violeta, escandalizada—. ¿Has oído, Carmen? ¡Defiéndenos!

—No hagas caso, Violeta —intervino, conciliadora—. No habla en serio. La mujer moderna ha evolucionado y ahora está a la altura del hombre.

La discusión pasó de la política a la literatura, y hablaron de escritores famosos, algunos de los cuales ya había leído. Yo siempre escuchaba en silencio. Con el tiempo, fui adquiriendo mis propias opiniones sobre los asuntos que allí se trataban, pero no me atrevía a intervenir. Temía hacer el ridículo, decir algo inconveniente y dejar en evidencia a mi hermana. La sombra era mi lugar.

Recuerdo una tarde en la que Rafael se dejó llevar por el ambiente y el tono erótico del discurso de Felipe Trigo, que hablaba del amor libre, mientras mi sobrina le tiraba de los bigotes y mi hermana y Violeta lo miraban un tanto escandalizadas.

—Por favor, Felipe, ¡que está María! Anda, Marujita, vete dentro

—le ordenó Carmen.

La niña no se movió ni yo hice ademán de acompañarla fuera de salón. Permanecí de pie, apoyada en el respaldo de la butaca, escuchando impasible mientras Rafael me observaba de reojo. Deseaba acercarse, era evidente, pero un movimiento excesivo nos delataría ante el grupo, que hablaba de erotismo, y yo no deseaba formar parte de tal conversación.

—Usted cree que las mujeres solo pensamos en el placer y, para nosotras, eso es lo de menos —aseguró mi hermana—. Nosotras queremos amor. Usted no conoce a las mujeres, Felipe.

—Tenga usted en cuenta, Colombine, que soy médico —replicó Trigo.

—Conocerá la fisiología de la mujer, pero no su alma. Todas las heroínas de sus novelas son falsas.

—Yo solo escribo lo que observo.

—Pues observa usted mal… Necesitaría la colaboración de una mujer —sentenció mi hermana.

—Me basta la experiencia —aseguró él—. Tomo mis personajes femeninos de la vida misma.

—¡Vaya! —exclamó Violeta—. Se las da de Tenorio, tiene el mismo concepto de la mujer que los donjuanes.

La conversación continuó, pero dejé de atender a las palabras de unos y otros. Rafael me miraba fijamente, como llamándome, desde el otro lado del salón. Me dirigí despacio, para que nadie se percatase de mis movimientos, hacia el balcón, cerca de donde él se encontraba. Al pasar, rocé levemente su brazo con el mío, y una descarga eléctrica me recorrió el cuerpo. Abrí el balcón y me acodé en la barandilla. Entraba una ráfaga de aire tibio con olor a acacias; en el cielo, brillaban las estrellas. Rafael me siguió y se plantó a mi lado, nos sonreímos y le hice un hueco. Nos quedamos los dos en silencio, mirando la noche. Dentro, seguía el rumor de las discusiones.

Mis dedos se encontraron con los de Rafael y solo se me ocurrió recitarle un poema de Antonio Acuña, que me descubrió Ángela en una de nuestras tardes en el terrado, y que me aprendí casi de memoria de tanto leerlo. Me sentía identificada con el poeta, un escritor mexicano romántico que se suicidó muy joven ingiriendo cianuro. A mi amiga le encantaban los personajes extremos y, si eran reales, mucho mejor. El poema era un tanto cursi, de un dramatismo exagerado que ahora me resulta ridículo. Por fortuna, solo le recité los primeros versos, aunque con ellos ya confesé demasiado mis sentimientos:

—¿Conoces los versos de Antonio Acuña? —le pregunté—. Pues bien, escucha:

[…], yo necesito
decirte que te adoro,
decirte que te quiero
con todo el corazón;
que es mucho lo que sufro,
que es mucho lo que lloro,
que ya no puedo tanto,
te imploro y te hablo en nombre
de mi última ilusión.

No terminé de recitarlo. Rafael me acercó a él y me apretó las manos con fuerza.

—¡Ketty! —exclamó como si él también quisiera hacer suyos esos versos.

En aquel instante único, cuando solo faltaba que nuestros labios se unieran, cuando nos habíamos olvidado de dónde nos encontrábamos, sonó la voz burlona de mi sobrina, que nos delataba:

—¡Ketty y Rafael se están haciendo el amor! —exclamó, y se

carcajeó.

Las risas se multiplicaron. Los asistentes del salón nos miraban, y yo, azorada como jamás me había sentido, me solté con brusquedad de las manos de Rafael y hui a esconderme en mi alcoba. Mi hermana tenía razón al asegurar que María era insufrible. Eran maldades de adulto, y no resultaba extraño si se tenía en cuenta que mi sobrina casi nunca jugaba con niños de su edad, sino que se pasaba la vida rodeada de gente mayor que hablaba de cualquier asunto sin importarle que ella estuviera presente.

Unos golpes en la puerta me sobresaltaron.

—¿Puedo pasar? —La voz, en ese instante dulce, de María reclamaba mi atención.

No esperó mi respuesta, entró y corrió a abrazarme.

—Ketty, perdóname. Soy una niña mala —dijo lloriqueando—. No sé callarme. ¡Y pasan tantas cosas los miércoles en esta casa! Es que no quiero que te hagas novia de Rafael —confesó—. Si te casas con él, te marcharás de aquí y ¿qué haremos sin ti? Mamá y yo nos soportamos porque tú estás en medio.

—No me voy a casar con Rafael —aseguré—, así que no te preocupes.

—¡Pero a ti te gusta! Lo he visto. Es feo, Ketty. Con ese bigote y ese pelo tan largo y despeinado… Siempre me mira y se ríe de mí.

—No dejaré que se ría de ti. Y no te abandonaré nunca.

—¿Me lo prometes? —me pidió con infinita ternura.

—Te lo prometo.

—Y no le cuentes esta conversación a mamá. Será nuestro secreto.

26

Ese día no regresé al salón. Los siguientes, cuando aparecía Rafael, procuraba esconderme, y él dejó de seguirme durante un tiempo. En la sombra, cada vez más oculta, escuchaba conversaciones que habría preferido no oír.

—Colombine es el éxito, y todos vienen a revolotear en torno a esta llama deslumbrante —contaba Rafael a un tipo esmirriado que había aparecido en la tertulia por primera vez.

—Sí, es evidente —contestó el otro—. Escribe en un periódico, dispone de la editorial Sempere y es una mujer hermosa, de una belleza vulgar pero atractiva, de jamona rozagante, y con una leyenda de facilona.

Pensé que Rafael saltaría para defender a mi hermana, pero no dijo nada, y no me sentí capaz de intervenir. Solo era una sombra que guardaba secretos. El tipo continuó con su sarta de desprecios:

—¡Qué mal viste! Y no tiene gusto para peinarse. ¡Ella, que en el *Heraldo* da lecciones de elegancia! Ese seudónimo de Colombine no cuadra con su voluminosa figura.

—En el fondo, todos se rinden ante su encanto carnal —intervino Rafael—. La cortejan, la halagan y vienen los miércoles a probar fortuna.

Esa tarde, el salón se encontraba abarrotado y reinaba la frivolidad. No se hablaba de política ni de reivindicaciones, y mi hermana se movía ligera y desenvuelta entre su coro de admiradores, más numeroso de lo habitual.

Uno de los asistentes era Eduardo Zamacois, el director de *El*

cuento semanal, donde Carmen publicó varias de sus novelas cortas. No se parecía al resto de los hombres allí presentes: iba perfectamente rasurado, era guapo y vestía con elegancia. Trataba a mi hermana con cierto aire paternal y se jactaba de su vida de calavera en la bohemia barcelonesa. Hablaba con desparpajo de golfas elegantes, prostitutas y chulos sin tener en cuenta la presencia de María, que escuchaba con los ojos muy abiertos.

—¡Mamá, yo quiero ser *cocotte*! —empezó a cantar mi sobrina.

—¡Esta niña! ¿De dónde saca esas cosas? —saltó mi hermana.

—Déjala, Carmen, tiene temperamento —frivolizó Zamacois.

A punto estuve de llevarme a María a su cuarto y encerrarla allí. Estaba claro que ese no era su lugar; esas conversaciones no debían ser escuchadas por una niña. Si lo hubiese intentado, mi sobrina habría montado un escándalo: habría tenido que arrastrarla ante los presentes y la situación habría sido desagradable. Así que me resigné a que siguiera en el salón, oyendo lo que no debía y lo que yo hubiese preferido no presenciar.

Para culminar aquella tarde de despropósitos, otro tertuliano comenzó a cantar ópera con voz de tenor:

—*La donna è mobile qual piuma al vento*…

Era Felipe Sassone, un peruano recién incorporado al salón de Colombine. Llevaba el cabello revuelto y largo, era alto y moreno, y presumía de divo, de torero y de barítono formado en Italia. En realidad, solo era un bohemio empedernido cuyas aventuras amorosas escandalizaron a un sector de la sociedad limeña de su tiempo, por lo que prefirió abandonar el país. Contaba sus peripecias con soltura y sin prejuicios. Le encantaban las tertulias literarias y presumía de haber frecuentado las más prestigiosas de París. Por aquella época, también publicó sus novelas en *El cuento semanal*, como la mayoría de los escritores que por allí pululaban.

Luego se puso a emular a un torero tomando una silla y acercándose a Carmen como si quisiera clavarle unas banderillas

imaginarias en el pecho. Me resultaba insoportable.

—Por Dios, Sassone, estese usted quieto, que me marea —le recriminó mi hermana.

Le habría pedido a Rafael que me sacase del salón, que me llevara lejos, irnos juntos a un lugar silencioso y vacío, pero él parecía divertirse en aquel sinsentido. En tardes como esa, me preguntaba qué pintaba allí.

Me refugié en la cocina unos minutos. Sabía que los hombres no echarían de menos mi presencia; pero algunas mujeres, sí. María, Carmen y Violeta me seguían con la mirada. Mi hermana me requería si necesitaba algo para sus invitados, una taza de té u otra silla; mi sobrina corría a refugiarse entre mis faldas si alguno de los presentes que la incomodaban pretendía bromear, a otros les tiraba de los bigotes mientras se sentaba en sus rodillas.

Violeta me miraba con complicidad cuando las situaciones se tornaban extrañas. Era una mujer liberada, como mi hermana, pero los excesos la hacían removerse en la silla. La tarde en que Sassone dio el recital, acabó viniendo a la cocina conmigo.

—¡Qué insufribles son algunos hombres! —exclamó—. No sé cómo Carmen los soporta. Se les da bien la galantería, a estos bohemios, y más a los que pretenden ser artistas. Todos los pintores están un poco chiflados —aseguró.

—Quien más me preocupa es mi sobrina —le confesé—. Creo que este ambiente no es bueno para una niña. Yo la sacaría de aquí, pero se niega a salir de paseo conmigo los miércoles por la tarde… Le divierte la tertulia, y su madre se lo consiente todo, aunque la regañe mucho.

—Tienes razón, yo no traería a mi hija Esther a la tertulia de Colombine.

—Estaría bien que las niñas se conocieran —sugerí—. Tienen casi la misma edad, y así mi sobrina saldría de este mundo adulto que tanto la altera.

—Es una excelente idea, mi hija es una niña deliciosa. Quizá digan eso todas las madres, pero creo que no me equivoco: es muy madura y sigue mis consejos.

—Entonces será una buena influencia para María.

En ese momento oímos un escándalo exagerado que provenía del salón. Ambas salimos de la cocina con aire preocupado.

—¡Que se vean! ¡Que se vean! —gritaban los hombres enfervorizados.

Me topé de frente con Rafael y lo miré, desconcertada.

—Tu hermana dice que no anda mal de pantorrillas.

Violeta y yo pusimos cara de no entender qué ocurría ni a qué venía tal afirmación.

—Por lo visto, Julio Camba ha dicho en una crónica que las escritoras son estafermos, que no tienen pantorrillas, culo, tetas ni *ná* —dijo, soltando palabras que me escandalizaron.

—No tengo inconveniente en enseñarlas —oí decir a mi hermana —. ¿No las enseñamos cuando está lloviendo y nos remangamos?

Y, con gesto coqueto, se subió la falda y mostró, de manera fugaz, sus piernas rollizas envueltas en tupidas medias.

—¡Bravo! ¡Bravo! —aplaudieron todos—. ¡Pero eso ha sido un relámpago!

—¡Ya es suficiente! —rio—. No hace falta ver más.

Rafael me miraba, pendiente de mi reacción. Intenté mantenerme inmutable y me cerré el último botón de la blusa que me llegaba hasta el cuello. No supe cómo interpretar su sonrisa, si como un signo de aprobación hacia mi recato o como una burla. ¡Ay, Rafael! Siempre me confundía… ¡Cómo saber si me amaba o solo era un juego galante dirigido a una señorita provinciana!

27

El día a día al lado de Carmen era un continuo sobresalto. Cuando parecía que la vida se deslizaba plácida entre la tertulia y el trabajo incesante, llegó el acoso político para desequilibrar la balanza. Colombine llevaba un tiempo defendiendo con ardor el sufragio femenino y los derechos de las mujeres en sus artículos del *Heraldo*. También escribió contra la pena de muerte, y asistía a numerosas asambleas y mítines. Tenía una especie de escudo protector: Segismundo Moret, presidente del Partido Liberal y varias veces ministro, que era un buen amigo de la familia. Pero, cuando cayeron los liberales y Maura formó gobierno, Carmen sufrió el acoso de la Administración en su tarea como maestra, personificado en la figura del ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes Rodríguez-Sampedro. En 1907, la enviaron a la Escuela Normal de Toledo sin ninguna explicación. A pesar de los esfuerzos y las reclamaciones, no pudo eludir el traslado; era un abuso y un menosprecio a sus derechos. Deseaban desterrarla de Madrid, alejarla de la tertulia, la polémica y la vida política que tanto criticaba.

El disgusto fue tan mayúsculo que mi hermana cayó enferma. La invadió un cansancio infinito y un dolor de cabeza que no se calmaba con nada. Me esmeré en cuidarla y confié en que el asunto se solucionara, pero los secuaces del conservadurismo más rancio se salieron con la suya.

—Los representantes de la tiranía ven un enemigo en toda tribuna —me decía desde el lecho donde se encontraba postrada—. De ahí

les viene el miedo a la escuela, el miedo a la prensa, el miedo a la ciencia. Ponen trabas a la libertad de pensamiento. Me temen y me odian, y ya no ocultan ese rechazo.

—Una mujer libre es una amenaza para ellos.

—Bien lo has entendido, querida Ketty. ¿Vendrás conmigo a Toledo? Te seguiremos necesitando.

—No nos separará nadie, y menos los tiranos vengativos.

Aunque el *Heraldo*, *El País* y otros periódicos se hicieron eco de la situación y denunciaron el atropello, el traslado a Toledo fue inevitable. Aun enferma, ocupó su plaza en la fecha obligada. Durante el viaje nos asaltó la melancolía a las tres: Carmen abandonaba la actividad pública, y yo dejaba a Rafael en Madrid. Sin las reuniones de los miércoles, no sabía si volvería a verlo o si, para mi regreso, estaría comprometido con una mujer más interesante que yo. María se contagió de nuestro mutismo y adquirió un aire severo impropio de una niña de doce años.

Nos instalamos en una vivienda minúscula de la calle Jardines. Ya no necesitábamos un gran salón donde recibir tertulianos, y mi sobrina y yo debíamos compartir habitación.

A pesar del destierro, Carmen se sobrepuso al disgusto, siguió escribiendo artículos reivindicativos para el periódico y continuó con sus investigaciones sobre la enseñanza. Los fines de semana regresábamos a Madrid, al domicilio de Eguilaz, donde nos esperaba nuestro hermano Lorenzo, que se había afincado en la capital, y ayudaba a Carmen en muchas cuestiones a las que yo no llegaba. Él era el más avispado y menos serio de la familia: nos alegraba la vida con su optimismo. Opinaba que el destierro de Carmen sería fugaz, y que era la oportunidad de conocer otra ciudad y trabar nuevas amistades. Hablar con él me tranquilizaba, y siempre nos hacía reír con sus bromas y chistes.

Mi hermana no cerró la tertulia, la celebraba los domingos por la tarde. Continuaba recibiendo a los amigos e intentaba simular que todo permanecía igual. Para mí fue un alivio: Rafael seguiría estando en mi vida.

En pocos días logré desenvolverme por Toledo, con sus calles estrechas y su recogimiento. Al principio me perdía en el intrincado dédalo de callejuelas, y daba vueltas para regresar a la misma placita recoleta. Tenía encanto extraviarse por la ciudad, fue mucho más fácil que acostumbrarse a Madrid. Me fascinaban las iglesias monumentales y la catedral, que elevaba su torre hacia el cielo, desafiante. Contemplé cuadros del Greco que me emocionaron, y se convirtió en mi pintor favorito.

Uno de los sábados que regresamos a Madrid, recibimos una visita inesperada. Lorenzo abrió la puerta. Esperaba que se tratase de algún habitual de la tertulia que deseara ver a mi hermana, pero mi sorpresa fue mayúscula al oír que mi hermano me reclamaba.

—Ketty, un caballero pregunta por ti.

Cuando vi a Rafael, después de varias semanas y fuera de la tertulia de los domingos, me quedé paralizada, sin saber qué decir.

—¿Es que ni siquiera me vas a dar la mano? —soltó medio en broma.

Me acerqué a él, titubeante, y nuestros dedos se buscaron, como ocurría los miércoles de tertulia.

—Te he echado de menos —confesé—. Toledo es aburrido sin tus palabras.

—Y Madrid, sin los miércoles de Colombine, se ha quedado muda. No me bastan los lánguidos domingos por la tarde.

Nos sentamos en el salón, tan desangelado y vacío que no parecía el mismo de los miércoles de hacía solo unos meses, y hablamos durante un tiempo que se escapó fugaz, sin soltarnos las manos. Rafael se mostró divertido y criticó a algunos de los habituales de la tertulia. Su acento andaluz añadía gracia a la conversación. Siempre

me hacía reír, aunque contase desgracias y me confesara que la vida no le iba tan bien como merecía.

—Lo único que me aporta algún beneficio, además del menguado sueldo del periódico, son las traducciones —me confesó—. Escribir en España es llorar, ya lo decía Larra.

—Seguro que tienes algo interesante que podrás publicar.

—No sé, Ketty —suspiró—. He acabado unas *Memorias incompletas* y algunos poemas modernistas, aunque me parece que el modernismo ya está pasado de moda. ¡Igual que yo! Esto de la moda cambia más que los gobiernos en España.

—No dejes de escribir, Rafael. Los escritores tenéis un tesoro. ¿En qué te inspiras?

Nada más pronunciar la pregunta, me pareció ridícula. Más de una vez mi hermana me había comentado que era la clásica cuestión que le planteaban los malos periodistas cuando la entrevistaban. Ella procuraba no hacerla nunca. Sin embargo, Rafael respondió con sinceridad, como el amigo que era.

—Abandoné Sevilla con quince años, pero sigo extrañando mi tierra. Escribo y escribiré sobre mi infancia, es mi principal fuente de inspiración. También deseo recuperar la memoria judía española: mis antepasados eran sefardíes, de los que expulsaron los Reyes Católicos. Mantengo una relación muy estrecha con la pequeña comunidad judía de Madrid, y tu hermana está dispuesta a apoyarnos.

—¡Qué vida tan interesante tienes!

—Y tú, ¿escribes? —me preguntó.

—¿Yo? Sabes que no —dije, convencida.

—Piensa un poco, Ketty. Seguro que algo escribes.

—Bueno… —dudé—. Las recetas de cocina que elaboro y las cartas a mi amiga de Almería.

—¡Lo ves! Esas recetas se podrán publicar.

—Desde luego, no con mi nombre —dije, tajante—. Espero que

algún día lo haga mi hermana… Asegura que los libros de cocina están muy de moda.

—En cuanto a las cartas… —titubeó—. Me gustaría leer cartas tuyas. ¿Estarías dispuesta a escribirme? ¿No me has dicho que echabas de menos mis palabras? Te las enviaría en papel. Así me contarás lo que haces en Toledo y cómo tu hermana y tu sobrina se pelean por todo.

Me reí. Era una idea excelente: recibiría con ilusión las cartas de Rafael, aunque no fuesen de amor. Enseguida me pasó su dirección y quedamos en que yo sería la primera en escribir.

Las cartas de Rafael nunca fueron románticas. Durante años, busqué entre líneas alguna señal que desvelase sus sentimientos hacia mí. Descubrí un cariño fraternal, incluso una indisimulada ternura, pero jamás manifestó pasión amorosa. Sin embargo, permaneció fiel, y nuestra correspondencia se extendió durante décadas, incluso en los tiempos difíciles.

María vino a romper el encanto de la conversación: irrumpió en el salón y se mostró impertinente y cariñosa a un tiempo.

—¡Ketty y Rafael son novios! —gritó mientras corría a sentarse en sus rodillas.

—Por Dios, Marujilla, si ya estás hecha una mujer —dijo él, sorprendido ante el cambio físico de mi sobrina—. Pesas mucho para mis viejas rodillas.

Durante los últimos meses, María se había desarrollado de forma llamativa. Había crecido mucho y casi no quedaba nada de su rostro infantil.

—Y tú estás cada vez más feo —saltó ella—. A ver cuando te afeitas ese bigote que pincha… A Ketty no le gusta.

—Niña, ¿quién te ha dicho eso? —la reprendí.

—¡Se te ve en la cara! Rafael, te hemos echado de menos, y no solo mi tía. Eres el más divertido de todos los señores bigotudos de la tertulia, y me gusta cómo hablas, *mi arma*. Deberías venirte con

nosotras a Toledo.

Nos reímos los tres. Cuando se mostraba ocurrente, era delicioso hablar con María y, si se juntaba con alguien ingenioso como Rafael, la diversión estaba asegurada.

—¿Es que en esta casa no se cena? —Era muy tarde cuando mi hermana entró en el salón—. El tío Lorenzo y yo llevamos toda la tarde trabajando mientras vosotros os lo pasabais en grande. Las carcajadas se oían desde mi cuarto.

—¡Que se quede a cenar Rafael! —pidió mi sobrina.

—Estás invitado —aceptó Carmen—. Ketty y María prepararán la cena.

—Gracias, amables damas —dijo él—. Ya os he importunado bastante. Me voy a casa.

—¡Nooo! —protestó la muchacha.

—Vamos, hija, no seas pesada. ¡A la cocina las dos!

Nos despedimos de Rafael, que me besó la mano mientras me miraba a los ojos y me hizo prometer que le enviaría una carta en cuanto llegase a Toledo. Madre e hija nos dedicaron una mirada burlona, pero, por fortuna, ese día no volvieron a aludir al asunto.

28

De regreso a Toledo, mi primera ocupación fue escribir a Rafael. Debía contarle que mi hermana seguía sufriendo la persecución de los intransigentes y que no se rendía, pues criticaba sin remilgos el ambiente cerrado de la ciudad, a la Iglesia y a la nobleza que la dominaban.

Me temí lo peor cuando leí el relato que había escrito y que incluyó en sus *Cuentos de Colombine*. Se titulaba «¡Triunfante!», y en él descargó su rabia contra el clero, la educación religiosa, las supersticiones y los convencionalismos absurdos que nos hacen infelices.

—Es la ciudad de los cristos, llena de reaccionarios, fanáticos e incultos. Por desgracia, ocurre en casi todo el país —me contaba mientras yo leía el relato.

—¿Cómo crees que se tomará el clero de Toledo esta descripción tuya? —le pregunté para, a continuación, leer el párrafo que más me alarmó—: «Curas y canónigos grasientos con sus faldas negras y sus sombreros de teja, parecidos a gigantescos murciélagos escapados también de los agujeros de viejas iglesias, que iban a extender sus alas fatídicas, como siniestras aves de rapiña, en las encrucijadas de la triste ciudad». Caerán sobre ti como lobos —auguré.

—Eso es lo que son, Ketty. No cejarán en su empeño por destruirme, pero no me rendiré. Quien lea el relato, entenderá el mensaje: tenemos derecho a vivir el amor sin prejuicios. A la protagonista del relato la obligan a casarse con un hombre que no

ama y que la maltrata.

Tomó el texto y leyó, de manera apasionada, las preguntas retóricas que en él había incluido:

—«¿Acaso la bendición de un cura podía amarrar para toda la vida a una criatura leal y noble con un ser despreciable? ¿No era un engaño, un crimen, la unión de una niña inocente a un hombre enfermo, borracho, indigno? ¿Qué ley natural humana podía autorizar aquello? ¿Por qué legitimar tal absurdo en nombre de la divinidad? ¿Cómo considerar una unión monstruosa como un sacramento?». Lo más complicado es luchar contra las supersticiones y los temores absurdos de una falsa educación religiosa —remató—. Es imposible acabar con el peso de diecinueve siglos de cristianismo que agobian a los espíritus.

—La Iglesia tiene un enorme poder…

—Y yo solo soy una humilde periodista, una mujer sin un hombre que la defienda. Es lo que ellos creen, que estoy sola, pero no es así. Somos muchas. En cada lugar que visito, encuentro almas gemelas. Mañana por la tarde vendrá a casa una compañera, Dolores Cebrián. Nos conocimos en Madrid hace unos años, mientras estudiábamos métodos de enseñanza para sordociegos. Desde el principio, hubo una gran afinidad entre nosotras. Es una joven dulce y modesta, pero con una grandísima formación. Colaboramos en varias investigaciones educativas, es catedrática de Ciencias de la Normal de Maestros. También es pionera en el campo de la ciencia, aunque crean que la botánica solo es cosa de hombres. Ha viajado para formarse por Europa, y habla a la perfección inglés y francés. Quiere implantar en España los modelos pedagógicos europeos de vanguardia, y tampoco le resultará fácil —suspiró.

—Prepararé un bizcocho, que a María también le gusta —dije para alegrarla.

—¡Ay, Ketty! No debo comer esas delicias que preparas, cada vez me aprieta más la ropa.

Miré sus ojos negros de belleza andaluza y los rizos vigorosos que le enmarcaban el rostro. Era recia y elegante, algo que yo jamás fui.

—Estás hecha una auténtica Colombona —dije usando el apodo que oí a Blasco.

Nos reímos las dos, con esa complicidad que nunca nos faltó y que nos salvó la vida en los momentos críticos.

—Ahora que lo dices, tengo que escribir a Vicente. En Valencia esperan noticias mías.

—¡Es más de medianoche! Será mejor que duermas.

—La hora ideal para ponerse a escribir —aseguró.

Se levantó y se dirigió a su mesa, donde la esperaban la pluma y el papel. Me dormí antes de que ella apagase las velas, y soñé con una turba de sotanas, que me perseguía por las estrechas calles de Toledo, hasta que apareció mi hermana, armada con una pila de libros, que empezó a lanzar sobre ellos hasta que huyeron.

—Son unos cobardes —la oí decir en mi sueño—. Ahora podrás dormir tranquila.

Dolores Cebrián apareció en nuestro domicilio con un ramito de flores silvestres, y nos dijo los nombres de las especies antes de saludarnos, como si nos presentara a unas buenas amigas. Era una joven de baja estatura, con rostro redondo y unos ojos vivos y alegres. Vestía con discreción. El cabello corto se repartía en rizos rebeldes, y ese día lo ocultaba bajo un sombrero sencillo, casi idéntico al que yo solía utilizar. Me pareció una señal de camaradería, pues podía significar que, de alguna manera, nos parecíamos y nos llevaríamos bien. Se lo hice saber y respondió con una cuestión directa para mi hermana:

—No sé qué le parecerá a Carmen el sombrero. Es modelo de elegancia y escribe en los periódicos sobre moda. Quizá sea demasiado simple para ella —dijo con ironía.

—Te equivocas —respondió mi hermana—. Nunca me han gustado los excesos en el vestuario. Las mujeres que visten trajes de telas ricas, llenos de botones, lazos y profusión de encajes me parecen disfrazadas. ¡Y qué decir de los sombreros excesivamente pomposos y empenachados! Prefiero los tocados sencillos, aunque parezcan un casco sin adornar.

—Llevamos un casco, Ketty —rio Dolores, y nosotras la seguimos.

La conversación fluyó con la alegría de las ilusiones intactas de aquellos años. La recuerdo como una de las tardes más apacibles de la estancia en Toledo: tres jóvenes comenzando la vida, dispuestas para el amor, cómplices y sinceras. Y el bizcocho, que con tanto esmero y cariño había elaborado, sirvió para endulzar las palabras.

—Tienes que contarme quién era ese buen mozo con el que te vi ayer —saltó mi hermana de una manera tan directa que me pareció indiscreta.

Dolores se sonrojó y comenzó a mover, nerviosa, la cucharilla del café antes de responder:

—Es Julián. Nos conocimos hace tiempo en Madrid y hemos vuelto a coincidir aquí. Es concejal de este ayuntamiento y profesor en el instituto. Está opositando para catedrático de universidad, pues quiere volver a Madrid. Me ha contado que también hace traducciones del inglés y el francés para completar los ingresos. Los profesores cobramos poco.

—Sé quién es. Besteiro es muy conocido entre los círculos republicanos, un auténtico revolucionario; pero quería que me lo contases tú —confesó mi hermana.

—Él también ha estudiado en la Institución Libre de Enseñanza. Nos unen las ideas de cambio, es un gusto hablar con él.

—Julián es un hombre alto y bien plantado, aunque algunos años mayor que tú, tenlo en cuenta —le advirtió Carmen—. Además, pareces una niña, con esa carita redonda y esas hechuras de adolescente.

—Tiene once más, pero no creo que eso importe.

—Cuando el mayor es el hombre, no suele haber problema; pero si a una mujer se le ocurre enamorarse de uno más joven, ¡es un escándalo! —señaló mi hermana.

—¿Se te ha declarado? —pregunté.

—Bueno… —dudó—. Se nota que le gusto, que nos gustamos. Me mira de una forma especial, me habla de sus inquietudes, me dice que soy la persona con la que se siente mejor y más comprendido…

—¿Y tú? —intervino Carmen.

—Yo le seguiría hasta el fin del mundo.

«Hasta el fin del mundo». Sus palabras me conmovieron. Me parecieron un presagio oscuro sin saber por qué. Hasta el fin del mundo siguió Dolores a Julián.

—Estás enamorada, no cabe duda —sentenció Carmen—. Si es así, no perdáis el tiempo, habla tú, si no lo hace él. Eso de que las mujeres debamos esperar a que ellos se decidan es un atraso. Besteiro es un revolucionario, pero más parado que un caballo de fotógrafo.

—A mí me daría vergüenza —confesé.

—¿Amas a alguien? —me preguntó Dolores.

—A un escritor bohemio y sin fuste que no sabe qué hacer con su vida —contestó Carmen por mí—. Es un buen amigo, pero me temo que sería un mal esposo.

—¿Hablas de Rafael? —pregunté como si no supiera la respuesta.

—¡De quién, si no! Es atractivo, os lleváis bien; pero no es de fiar, Ketty.

—Es que tú no te fías de nadie —protesté.

—Será que ninguno me parece digno de ti. Mereces mucho más.

—Y tú, Carmen, ¿no estás enamorada? —quiso saber Dolores.

—El amor es una bella mentira, una forma más perfecta de amistad. Yo estoy muerta para el amor —dijo de forma teatral.

—Tiene un montón de admiradores… Todos los que pasan por la

tertulia se enamoran de ella, pero mi hermana no les corresponde —conté.

—Piensan que una mujer escritora, independiente y separada es fácil. Pero enseguida se dan cuenta de que no es así. ¡Ay, los hombres! El mejor…

—Asadito y con limón —completé yo entre risas.

29

Días después, Julián Besteiro se unió a la tertulia. Era alto y un tanto desgalichado, de cara alargada y frente despejada; contrastaba con la escasa estatura de Dolores y su carita redonda. Enseguida se apreciaba que se gustaban, no cabía duda de que acabarían juntos.

La conversación giró en torno a la libertad de culto, los derechos de los ciudadanos y, en especial, la educación. Yo lo absorbía todo como una esponja. Deseaba que el pueblo los escuchara, era verdad lo que decían. Una verdad incómoda para los de arriba, intransigentes y poderosos, pero imprescindible y urgente para todos los demás. Así se fueron forjando mis ideas, a la luz de las palabras de Julián Besteiro, de Dolores Cebrián y, sobre todo, de mi hermana. En la tertulia madrileña de Colombine, también aprendí de la vida, aunque los asuntos literarios que dominaban las conversaciones me parecían menos interesantes que las cuestiones políticas y sociales que aparecían en cuanto llegaban personas comprometidas, como los dos amigos de Toledo.

—Julián es socialista —explicó Dolores.

—En este país, parece imposible que el socialismo llegue al poder —suspiró mi hermana—. Los intereses de la Iglesia y la nobleza siguen siendo inexpugnables.

—Algún día, el Partido Socialista tendrá el gobierno —dijo Besteiro, convencido—. Entonces, deberá solucionar los problemas económicos con su orientación propia. De lo contrario, corre el riesgo de convertirse en un partido burgués más.

—¿Y cómo conseguirlo? ¿Por las armas? —preguntó Carmen.

—¡Nunca! —saltó, tajante—. Un partido socialista no puede llegar al poder por medios agresivos. Tiene que construir un programa maduro, a imitación del laborismo inglés, siempre dentro de la democracia. La política es el arma del proletariado para realizar la transformación económica necesaria si quiere lograr sus derechos, pero nada de socialismo dictatorial.

Mi hermana asentía. Las palabras de Julián parecían convencerla. Cualquiera hubiera podido comprender tales ideas: eran moderadas, justas e incuestionables, mucho más que los exagerados exabruptos que oí en alguna tertulia madrileña, sobre todo los alegatos pronunciados por los que presumían de anarquistas.

—Tenéis que acompañarnos un día a la Casa del Pueblo —propuso Dolores.

—Se está haciendo un trabajo excelente como centro de cultura —explicó Besteiro—. La educación es fundamental para que los obreros se vayan liberando de la miseria física y moral en que la tiene sumida la explotación capitalista.

—Iremos —contestó mi hermana—. Y luego escribiré un artículo para el periódico. Todos estos avances tienen que conocerse.

—Te seguirán acosando, si publicas eso —le advertí.

—Da igual lo que haga, ahora censuran hasta el contenido de mis clases —se quejó Carmen—. Me acusan de decir que el origen del lenguaje no es divino, sino fruto de la evolución humana.

—Es evidente —puntualizó Dolores.

—He recibido multitud de denuncias anónimas falsas y me han insultado desde las páginas de *El Castellano*, un periódico reaccionario.

—¿Quién? —pregunté asombrada. Carmen no me lo había comentado, supongo que para no darme un disgusto.

—Alguien que no da la cara y que firma con seudónimo. Un tal Pichón que solo busca mi descrédito. Es un artículo repulsivo, grosero y vulgar. Mejor que no leas —me dijo.

—Creo que el asunto ha llegado al Congreso —añadió Julián.

Palidecí. ¿Hasta el Congreso? ¿Qué afiladas armas usaban sus enemigos para destrozarla? ¿No tenían bastante con el acoso moral?

—Así es, Julián —explicó Carmen con un leve temblor en la voz —. Un obispo senador exigió responsabilidades al ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes por tolerar la presencia de catedráticos que difunden ideas contrarias a la religión. Dicen que eso va en contra de la Constitución. Incluso han censurado mi horario de clases.

—¡Qué injusticia! —exclamó Dolores.

—A veces me compadezco de mis alumnas. Hace sol y estamos encerradas en el aula. Les diría: «¡Huid de esta parodia de ciencia, sed libres!». Esto es insoportable, no puedo aguantar más la imbecilidad de las gentes inferiores que dirigen a los que valemos más que ellas. En realidad, este acoso a mi persona tiene más de económico de lo que parece. He denunciado el expolio del patrimonio artístico español que hacen la Iglesia y la nobleza. El conde de Guendulain ha vendido dos cuadros del Greco a un comprador extranjero sin ningún impedimento. Así perderemos la gran riqueza artística de este país.

—¡El Greco! —exclamé.

El pintor cretense se había convertido en mi favorito, quizá porque era capaz de reconocer un cuadro suyo o por los increíbles tonos violáceos y rosados que lograba en sus cuadros.

—No me extraña que estés harta de tanta persecución —dijo Dolores.

—Voy a pedir el traslado lo más lejos posible, a Canarias, a La Laguna. A ver si se olvidan de mí de una vez —sollozó.

—¡Carmen, no puedes hacer eso! —me alarmé—. Sería rendirse, es lo que quieren, que te vayas lejos y dejes de decir verdades y remover conciencias.

—Te necesitamos cerca —dijo Besteiro—. Este país no puede

prescindir de gente como tú en la tribuna de los periódicos, en primera línea, para dar voz a los desfavorecidos.

—Y a las mujeres —añadió Dolores.

Carmen sonrió y asintió.

No nos fuimos a Canarias. Un par de años después, mi hermana se afilió al Partido Socialista que presidía Besteiro. Dolores y Julián se casaron en 1913. Su historia habría sido hermosa sin la guerra incivil y la dictadura ominosa, responsables de un final que nunca merecieron.

30

La figura de mi hermana iba creciendo cada vez más. Sus enfrentamientos con el poder establecido la marcaron sin remedio, aunque no impidieron que se convirtiera en una escritora de éxito, popular, reconocida y respetada en los círculos periodísticos y en los despachos de las editoriales. Carmen deseaba absorber la vida, recorrerla por todos los caminos, disfrutarla hasta el último segundo, entregarse a la creación con ansia febril y arrastrarnos a todos con ella.

Los *Cuentos de Colombine*, publicados en 1908 por la editorial Sempere, fueron un éxito. Se pusieron de moda las publicaciones asequibles de novelas breves, y contribuyeron a crear nuevos lectores.

Yo leía con avidez no solo los cuentos de mi hermana, sino también los de otros autores. Incluso Galdós, el gran novelista, escribió para esas publicaciones, y agradecía el milagro de que el pueblo se apasionara por la lectura y, así, hiciera vender bastante más a los escritores. Hasta don Benito, el padre de los narradores, se quejaba de los escasos beneficios que concedía la literatura.

El libro que publicó Carmen constaba de dieciséis cuentos de temática variada. Describía como nadie los paisajes, lugares y ambientes. El lector tenía la sensación de encontrase en esos sitios, engrandecidos por las palabras de mi hermana. Mi favorito era «Alma de artista», que hablaba de un amor apasionado, la ingratitud hacia los creadores y la falsa moral. Lloré leyendo el drama de Selma, su protagonista, y me emocioné cuando hablaba

del poder evocador de la música:

> Esos sonidos que se engendran y pasan vagando tristemente, como almas que no encuentran un cuerpo en donde encarnar… Por eso la música produce tan honda emoción. ¿Dónde van esos seres que llamamos «sonidos»? ¿Pasan? ¿Se desvanecen? ¿Mueren? No; son demasiado bellos para perderse así.

El mundo entero se daba cita en el salón de Colombine, ya fuese miércoles, domingo u otro día. Era como celebrar una fiesta semanal, todo Madrid deseaba hacerse ver en nuestra casa. Cada vez se oían más voces y flotaba más humo en el ambiente. No era necesario vestir de etiqueta, reinaba una atmósfera de libertad y rebeldía. Hombres y mujeres compartían ideas y proyectos, venían atraídos por el éxito de mi hermana y lo buscaban a través de ella, la mujer más generosa que ha existido. Rafael decía que iban a revolotear en esa llama deslumbrante que era Colombine. Su luz poderosa nos envolvía a todos.

Ese año de 1908 aparecieron nombres nuevos, y me costaba reconocer a tanta gente distinta. Cuando llamaban a la puerta, acudía a abrir, y casi siempre era un rostro desconocido el que me saludaba y preguntaba por Colombine. Mi hermana me había ordenado que los dejara pasar, aunque yo habría impedido la entrada a unos cuantos: tipos greñudos que venían a merendar y hacerse un hueco en el mundillo literario, intelectuales de medio pelo que esperaban congeniar con algún hombre influyente que los sacara del anonimato, jóvenes atraídos por la reputación de mi hermana, dispuestos a enamorarla.

Un domingo se presentó en el umbral un joven moreno, que no tendría más de veinticinco años.

—Soy Tomás Morales. Un placer, señorita —soltó con una amplia sonrisa en los labios.

Me estrechó la mano con fuerza y me miró, seductor. Era alto y

robusto, tenía los brazos largos y lacios, como los mechones de pelo negro que le caían sobre la frente. Los ojos apasionados, los labios gruesos y el hoyuelo de la barbilla le concedían un travieso atractivo. Tras el saludo, se dirigió como un rayo hacia mi hermana y la colmó de halagos.

—Tomás es un destacado poeta canario —contó Carmen al resto de los asistentes—. Tenéis que leer su libro *Poemas de la gloria, del amor y del mar*. Es sublime. Está a la altura de Rubén Darío, es el mejor de los modernistas españoles.

Me acerqué al rincón donde se encontraba Rafael. Esa tarde sí que había acudido, aunque cada vez nos visitaba con menos frecuencia. Yo aprovechaba para convertirme en su sombra y escuchar conversaciones indiscretas, secretos que concernían a Carmen y que le oculté para no herirla.

—La mayoría no ha leído los poemas de Tomás —oí que le decía Rafael a no recuerdo cuál de los contertulios—. Parece el héroe de la fiesta de hoy, y Carmen se lo presenta a todos con orgullo, como una adquisición. El joven la pretende, está enamorado como un romántico modernista, y ella se deja querer. Creo que le gusta, aunque parezca su madre. Estoy seguro de que hay algo íntimo entre ellos.

A punto estuve de saltar, de defender la honra de mi hermana, pero me guardé el secreto; aunque me sentí más ofendida que si el comentario hubiera sido dirigido a mí. Empecé a mirar a Rafael con ojos de desconfianza: si era tan amigo como presumía, ¿por qué extendía maledicencias sobre ella? ¿Por qué la calumniaba?

—Tomasín, rico —la voz de mi sobrina interrumpió las conversaciones—, recita «Puerto de Gran Canaria» para que todos conozcan tus versos. «*Puerto de Gran Canaria, sobre el sonoro Atlántico, con sus faroles rojos en la noche calina…*» —recitó María.

—¡Cállate, hija! —la reprendió mi hermana—. Déjale recitarlo a él. Vamos, Tomás.

Los asistentes prorrumpieron en una letanía burlona y jocosa, más propia de una taberna que de una tertulia literaria:

—¡Que recite! ¡Que recite!

El joven poeta se hizo de rogar, pero al fin, con ojos soñadores, voz poderosa y mirando con arrobo a Carmen, recitó su soneto.

Al terminar, todos aplaudieron con fervor, mi hermana con más entusiasmo que el resto.

—¡Esto es modernismo del bueno! —exclamó.

Rafael se situó a mi espalda y me susurró al oído:

—Y a ti, ¿qué te parecen los versos de Morales? —me preguntó con tono seductor, estremeciéndome.

—Yo no entiendo de poesía. —Intenté ser discreta, lo que se esperaba de mí—. Mi poeta sigue siendo Bécquer.

Algunos se rieron de mi candidez, como si fuese una ignorante, pero yo seguí interpretando mi papel de muchacha provinciana.

—Los versos de Bécquer me gustan más que los de los modernistas —aseguré sin pudor.

Mi aseveración dio pie a una larga discusión sobre románticos, clásicos y modernistas que entretuvo a la concurrencia durante un largo rato y que a mí me aburrió soberanamente. Y también a mi sobrina, que se colgó del cuello del joven poeta canario y comenzó a cantarle una copla a voz en grito.

—¿Quieres dejar en paz a Tomás, hija? —se enfadó su madre.

—Tengo anginas y quiero que me cure. Como es médico…

—Todavía no, está terminando la carrera.

—Mejor será que te vayas a tu cuarto —intervine, dispuesta a frenar la discusión entre madre e hija.

—Eres una aguafiestas, Ketty —me reprochó María—. Vente conmigo y leemos juntas. Este salón está hoy muy aburrido, con tanto hablar de literatura.

La agarré de la mano y me la llevé, mientras ella se despedía lanzando besos a la concurrencia.

—Mamá los quiere a todos para ella —me dijo María con un mohín de disgusto.

—Ya no eres una niña, María, tienes trece años. No deberías sentarte en las rodillas de los señores ni montar esos escándalos…

—¿Señores? —soltó una carcajada—. Tomás Morales es un niñato. Se lleva menos años conmigo que con mi madre, que tiene más de cuarenta, y ella coquetea con él.

—¡No digas esas cosas!

—Es la verdad, Ketty. Mamá es el centro de todo: de la tertulia, de la vida. Y yo soy invisible a su lado. ¡Como tú! Nos convierte en transparentes a las dos.

—Mi sitio está en la sombra. No me quejo.

—¡Qué ingenua eres! Nos quiere cerca porque somos el decorado. Tú le solucionas la vida y yo soy la excusa, la hija amada de la que habla a veces, pero a la que no soporta.

—¿De verdad piensas eso? —pregunté, preocupada.

—Nunca te he mentido, Ketty. Pero no se lo digas, que siga viviendo en la ignorancia. Algún día brillaré más que ella, y entonces…

No acabó la frase, pero un destello perverso iluminó su mirada de niña y la convirtió a mis ojos en una mujer maliciosa. Me asustaron su gesto y sus palabras, así que intenté olvidarlas, pero no pude.

La convencí para que no saliera de su cuarto, y me costó menos que otras veces. Deseaba volver al salón, al lado de Rafael, a pesar de su indiscreción y aparente desinterés por mí. Cuando regresé, se había marchado sin despedirse. Frustrada, me senté en un sillón dispuesta a seguir soportando conversaciones que no me interesaban. Carmen continuaba con su panegírico hacia Tomás, y hablaban del modernismo en términos que me resultaban desconocidos. En ese instante me di cuenta de que Violeta estaba tan sola y aburrida como yo. Me acerqué a ella, a su figura menuda, y la tarde tomó otro color.

—Esta Marujita será una buena recitadora —me dijo.

—No sé a qué se dedicará en el futuro. No es buena estudiante, enseguida se cansa de los libros, y con esos aires de niña mimada… —confesé.

—Veo que sigues preocupada por ella, incluso más que tu hermana. No le digas a ella lo que pienso.

Mis labios dibujaron una sonrisa torcida. A ese paso, todos los asiduos a la tertulia me convertirían en confidente.

—Parece que a tu sobrina le gusta declamar e interpretar —observó—. Podría ser actriz.

—Es lo que menos le gustaría a su madre —aseguré, convencida —. Muchas veces la he oído hablar mal de los actores, no quiere ese destino para su hija.

—Precisamente por eso —me susurró.

Nos miramos, y la sangre se me heló. Violeta sabía tanto como yo. Conocía esa enconada rivalidad entre madre e hija, ese deseo insano de María de rebelarse contra su madre, de enfrentarse a ella, de molestarla.

—Me lo ha contado mi hija Esther —aclaró—. Ambas quieren ser actrices, así que habrá que ayudarlas.

Sonreí con cierto alivio. Esther era un modelo de muchacha, apenas se llevaba un par de años con mi sobrina y era una joven estudiosa y responsable.

—¿No me habías dicho que tu hija estaba preparando contigo las oposiciones para telegrafista?

—Así es. El trabajo de telegrafista es interesante y nuevo. El periodismo y la escritura no dan para mantenerse, lo sabéis bien Carmen y tú. ¡Eso de transmitir y recibir mensajes en el aparato morse es fantástico! Se está inventado el futuro, es un gran avance. Las mujeres tenemos acceso a esta profesión, aunque cobremos menos que los hombres por el mismo trabajo, y hay que aprovecharlo. Esther lo ha entendido.

—No creo que mi sobrina fuese capaz de estudiar unas oposiciones y de trabajar en algo así. ¿Y lo de ser actriz?

—La vocación de mi hija es el teatro, pero de momento eso debe quedarse en una hermosa afición. No es incompatible con el estudio, y es un aliciente que le alegrará la vida. Si luego resulta que es buena actriz, que decida su futuro. ¡Una mujer tiene que ganarse el sustento, Ketty! Siempre he alentado su actividad teatral, también yo hice teatro de joven. He propuesto a las autoridades que se cree un teatro propiedad del Estado al que puedan asistir, sin pagar, los niños de las escuelas municipales. El teatro es un medio educativo más para la formación del pueblo.

—¡Si mi sobrina fuese como tu hija…! —suspiré.

—Esther ha empezado a estudiar declamación en el Conservatorio de Madrid. María podría hacer lo mismo, es muy buena recitando, lo ha demostrado esta tarde.

—Seguro que eso le gusta. Hablaré con ellas dos.

—No le digas a Carmen que ha sido idea mía —me pidió.

—¡Ay, los secretos! —me quejé.

Violeta y yo pasamos el resto de la tarde desgranado confidencias, sobre todo ella. Me habló de su empeño por lograr el voto femenino, compartido con mi hermana. Lamentaba que científicos e inventores tuvieran que abandonar España porque aquí no se valoraba la investigación.

—Los teatros sobreviven a duras penas y, en cambio, los toreros y los ganaderos viven como marajás. ¡Hay quien empeña el colchón para asistir a una corrida!

—No sé si algún día cambiará eso —suspiré.

—Confiemos en que así sea.

La mayoría de los visitantes se habían marchado cuando mi hermana se acercó a nosotras y me habló en voz baja, aunque Violeta la estaba oyendo:

—Hay que prepararle la habitación de invitados a Tomás. El

chico no tiene adónde ir y no vamos a dejarlo en la calle.

Me inquietaba que el joven pernoctase en casa. Daría pie a miles de murmuraciones, y Carmen lo sabía. Violeta me agarró del brazo y me habló al oído; en el tono de su voz, se apreciaba una profunda preocupación:

—Que tenga cuidado Carmen con las habladurías. Nos calumnian porque en este país no se puede ser mujer y tener ideas libres. De mí dicen que me entiendo con Roberto Castrovido, el director de *El País*, y que por eso trabajo en el periódico. ¡Menuda infamia! Admiro sus ideas, su dignidad y su pluma, vibrante y contundente, que se enfrenta a los reaccionarios… ¡Pero de ahí a que seamos amantes…! —protestó.

—No entiendo cómo los maledicentes pueden sacar conclusiones tan a la ligera —comenté.

—Si te cuento el origen de las calumnias, te parecerá ridículo. Resulta que Castrovido tiene una letra infame. Cada artículo de don Roberto hace temblar a los cajistas, que deben descifrar el significado de unos garabatos que los linotipistas no aciertan a entender —me explicó Violeta—. Yo leo su letra a la perfección y suelo ayudar a los cajistas. De ahí han sacado que existe una familiaridad entre nosotros, que compartimos algo más que páginas del periódico.

—¡Ketty! —me reclamó Carmen desde el otro extremo del salón.

Me despedí de Violeta, que ya se marchaba, me levanté y, sin decir nada, me dispuse a cumplir las órdenes de mi hermana.

Tomás Morales me siguió como un corderillo. Solo era un jovenzuelo perdido en una cuidad hostil y sin más refugio que nuestra casa, que debía de parecerle un palacio a pesar de los escasos y viejos muebles.

—Tu hermana es la mejor persona del mundo y la más alta de las escritoras actuales, supera a la mayoría de los novelistas. La adoro —me aseguró—. Me ha facilitado las relaciones que necesito al

llegar a Madrid, me acoge en su casa, me ha prometido que me va a presentar a Rubén Darío…

—Esta casa en un hostal generoso para los soñadores —refunfuñé.

—No distingue entre fracasados y vencedores. Me aconseja… Le profeso una enorme admiración y un amor sincero —afirmó.

—Carmen os acoge a todos, pero algunos le dais más disgustos que otra cosa. Los que se sienten despechados porque ella rechaza sus proposiciones sentimentales, luego la difaman. Espero que no seas de esos.

«O tendrás que vértelas conmigo», me faltó añadir, pero el tono de mi voz y mi mirada adusta lo transmitía si necesidad de palabras.

31

Durante las siguientes semanas, comprobé la entrega de Carmen hacia el joven Morales. Pasaba horas con él, le prestaba libros y luego los comentaban. Le hizo leer a los poetas simbolistas franceses y lo convirtió en traductor de Leopardi. Los oía hablar con fervor de poesía y recitar versos en un ambiente cómplice. Reían y se gastaban bromas. Él componía sonetos y ella lo aconsejaba. Y, sobre todo, lo ayudó a publicar su obra y le dio resonancia en prensa.

Me preocupaba tanta familiaridad, pues acabó instalándose en casa y deambulando en zapatillas y batín como si se encontrase en su propio domicilio. No me extrañaba que los asistentes a la tertulia murmurasen que eran amantes, por más que ella lo negara. En la sombra, oí comentarios insidiosos que jamás revelé a mi hermana. En una de las tertulias, José Francés, que debía de sentirse despechado, le contó a otro asistente, mientras Tomás recitaba:

—He oído que Valle Inclán dice: «¿Cómo se habrá traído Colombine a ese mono de África?».

Muchos estaban celosos. Habrían querido para sí el fervor y la atención que ella dispensaba a Morales. Sin embargo, yo sabía que mi hermana no estaba enamorada de ese joven: lo trataba con coquetería, pero sin un atisbo de amor; lo veía en su mirada. Era más un afecto fraternal que una pasión amorosa.

El cambio que Carmen propició en el joven poeta fue más que evidente. Empezó a vestir mejor, sustituyó su viejo chambergo por uno nuevo, se puso pajarita y cambió sus hábitos de poeta bohemio por los de un artista de salón. Lo único que conservó fue su

ondulante cabellera rebelde sobre la poderosa frente.

Mi hermana cumplió su promesa y le presentó a Rubén Darío, el padre del modernismo. El nicaragüense se encontraba en Madrid como diplomático, pero, por lo que me contó Carmen, pasaba por graves apuros económicos y de salud debido a su afición al alcohol. Me impresionó la expresión de su rostro. No era muy alto, pero su presencia lo llenaba todo: poseía una mirada imponente y una voz grave y cautivadora. Mi hermana lo recibió como a uno más de la tertulia, aunque le reservó el sillón más cómodo, y aquella tarde preparamos una merienda especial para regocijo de los asiduos, que por lo general debían conformarse con una taza de té.

Algunos de los asistentes portaban ejemplares del libro *Cantos de vida y esperanza*, que había publicado Darío en España tres años antes. Lo trataron como lo que era: un genio, el padre de una auténtica revolución poética. Solo les faltó hacerle una reverencia, como súbditos entregados.

Morales, que estaba más nervioso que un niño el primer día de colegio, se acercó a él con respeto y le manifestó su sincera admiración:

—Me gustaría recitar su «Marcha triunfal», si usted me lo permite…

—Será un placer escucharle, joven —respondió con amabilidad.

Tomás recitó el poema con esa voz poderosa que le caracterizaba y con la ilusión de ser escuchado por el poeta a quien idolatraba.

—Lo felicito, me ha hecho usted apreciar la grandeza de mi propio poema —dijo Darío al finalizar, dándole la mano.

—Gracias —dijo al borde de las lágrimas—. Creo que no me voy a lavar la mano que usted me he estrechado nunca más.

Fue una tarde tan intensa que los asistentes se olvidaron hasta del té, que se quedó frío en las tazas. No discutieron de literatura ni de

política, y agradecieron a mi hermana la posibilidad de conocer al vate nicaragüense.

Con un ambiente tan culto y distinguido, ¿cómo iba a querer Tomás abandonar nuestra casa? Era evidente que el joven vivía con nosotras, con las sospechas que ello entrañaba. En ocasiones, asistía a la tertulia en pijama y zapatillas. Carmen no le decía nada porque confiaba en que solo serían unos días, a mí me escandalizaba y la niña mostraba una confianza excesiva. Hasta que un miércoles, cuando ya se habían marchado casi todos los tertulianos y solo quedaban los íntimos, Carmen me habló muy seria:

—Tenemos que convencer a Tomás para que se vuelva a Canarias, donde lo reclama su padre. Se ha enterado de la vida bohemia que lleva aquí: no estudia, suspendió el curso pasado y le ha retirado la pensión.

—Carmen, eso no es posible —respondió Tomás, desolado, cuando ella se lo propuso—. Dejarte sería la muerte. Buscaré trabajo, traduciré, entraré en un periódico…

—De los versos no se puede vivir —zanjó ella—, y tú eres un poeta que solo escribe cuando se siente inspirado… No podrías ser jornalero de la pluma. Estás acostumbrado a vivir bien, eres un niño mimado.

—Por tu amor, yo haría lo que fuera —dijo, con dramatismo.

Rafael, que no perdía detalle de la conversación, me habló con la mirada. En varias ocasiones le había trasmitido mi preocupación ante la presencia del joven en casa, e incluso él sospechaba que mi hermana y Morales eran amantes, a pesar de que yo se lo había desmentido. Esa tarde, decidió ponerse de nuestra parte.

—Carmen tiene razón —le dijo—. La vida no es una novela, Tomás, y la lucha en Madrid es dura. Cuesta mucho publicar, nosotros lo sabemos bien.

—Es lo que le digo —reiteró Carmen—. Vete por ahora a Canarias, da gusto a tu padre, termina la carrera de Medicina y,

cuando tengas el título, vuelve y será otra cosa.

—Sí, pero de aquí a entonces, ¡cómo podré vivir sin ti! —gimió.

Mi sobrina se echó a llorar, como si tuviese algo que ver en la escena, y yo continué seria y callada. Rafael no dejaba de mirarme.

—No te vayas, Tomás, no les hagas caso, por favor —lloriqueaba María.

—Ketty, llévate a esta niña. Siempre tan inoportuna.

Forcejeé con mi sobrina, que se negaba a abandonar el salón en ese momento tan intenso.

—Vamos, Marujilla, te acompaño —se ofreció el propio Morales, que deseaba zanjar el asunto.

—Tomás es un niño, cree que está locamente enamorado de mí —aprovechó para decirnos en voz baja—. Hay que convencerlo, lleva un mes viviendo a mi costa y no puedo mantenerlo. No hay nada entre nosotros —aclaró—. Ya estoy bastante calumniada.

—Tienes razón —intervino Violeta—. Todas estamos calumniadas.

—Habla con él, por favor —me pidió mi hermana—. Solo tú puedes ayudarme.

¿Qué poderes me atribuía Carmen? Siempre me reclamaba para sacarla de apuros, para ponerle la vida en orden cuando se le descolocaba, como si yo fuese su tabla de salvación, capaz de resolver cualquier problema doméstico o vital.

—Vamos, Ketty —insistió.

Me levanté y me dirigí en busca de Tomás, que en ese momento enfilaba el pasillo tras haber dejado a María en su cuarto.

—Tenemos que hablar —le dije muy seria.

Venciendo mis prejuicios y temores de mujer soltera, lo empujé a la habitación de invitados y cerré la puerta. Nadie iba a murmurar; mi recato y pureza estaban fuera de toda duda. A mis treinta años, me estaba convirtiendo en una solterona.

—Tomás, debes marcharte. Carmen no te ama, tiene el corazón

muerto para el amor. Se lo hemos oído decir muchas veces. Aquí solo la perjudicas. Ella es tan generosa que no se atreve a decírtelo, pero yo también soy una mujer soltera, vives en mi piso y no voy a consentir que me difamen por tu culpa. Esta casa también es mía. Así que prepara la maleta. Mañana mismo te marchas.

Salí de la alcoba sin esperar respuesta, con el corazón latiendo a mil por hora y convencida de que había hecho lo que debía: solucionarle un problema a mi hermana. Morales abandonó el piso entre lágrimas, jurándole amor eterno, dejando que María lo besuqueara y sin despedirse de mí, a quien culpaba de su desgracia. Carmen me lo agradeció y suspiró como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

32

Enseguida olvidé el asunto de Tomás Morales porque lo doméstico reclamó mi atención con insistencia.

—Este piso se nos ha quedado pequeño y mi habitación de trabajo es muy oscura. ¡Nos mudamos! —me anunció mi hermana.

Suspiré. Cada cambio de domicilio suponía un trabajo agotador que recaía principalmente sobre mis hombros, pero lo asumía con ilusión, a sabiendas de que ella sería más feliz, pues le fascinaban las novedades. No estaba hecha para quedarse en el mismo lugar ni en la misma casa. Ansiaba trasladar la maleta de un lado a otro, aunque fuese sin salir de la ciudad.

El nuevo hogar se encontraba en la calle San Bernardo 76. Era un edifico de cuatro plantas con un amplio vestíbulo, dos escaleras de mármol y techo artesonado.

—¡Mira cuánta luz! —me dijo, entusiasmada, al abrir la puerta del piso, amplio y hermoso.

Por los balcones, el sol se colaba a raudales. El salón era de enormes dimensiones.

—Aquí se podrían dar bailes —comentó, risueña.

Estaba tan emocionada como una niña la noche de Reyes. María daba saltos de una habitación a otra.

—¡Quiero este cuarto para mí! —gritó mi sobrina en medio de la estancia más luminosa.

—¡Ni hablar! —replicó su madre—. Este será mi despacho.

Una vez instaladas en el piso, Carmen me encargó que escribiera a sus amigos para comunicarles la nueva dirección y para que

asistieran con puntualidad a la tertulia, pues inauguraríamos el nuevo y espléndido salón.

Enseguida le envié un mensaje a Rafael. Hacía meses que no nos frecuentaba, y se lo reproché en la carta. Deseaba que admirase mi trabajo: logré convertir un piso desangelado en un hogar acogedor a pesar de que, al principio, los escasos muebles bailaban en las enormes estancias. Los dos balcones inundaban de luz el salón, y me parecía que lo llenaban vida. El terciopelo rojo y azul de los sillones, los espejos que adquirí en el Rastro por un módico precio y las cortinas damasquinadas que cosí durante horas lograron el efecto deseado.

Carmen se sentía satisfecha con su despacho. El escritorio, junto al ventanal, gozaba de sol y aire fresco a todas horas. Compró una mesa más grande, un mueble con cajones para no tener los papeles desperdigados, y llenó las paredes de cuadros y retratos.

Durante aquel año intenso y complicado, también tuvo fuerzas para fundar una ambiciosa publicación mensual, *Revista Crítica*, en la que escritores, intelectuales y artistas expresaban sin censura sus opiniones y reflexiones. Fue un proyecto que abordó con entusiasmo.

—Quiero que, en la revista, participen todos estos jóvenes que me rodean —me contaba—. En ella trasmitirán los ideales compartidos: libertad, arte, amor…

—Te ilusionas como una chiquilla —le dije cuando me lo contó.

—Y tanto, Ketty. Crear una revista es como asistir a un baile de máscaras a los dieciséis años.

—A veces dudo de la edad que tienes —bromeé.

—Las ilusiones literarias me deleitan, quizá porque perdí las mías —sentenció.

—Seguro que hay un hueco para que Tomás Morales publique sus versos.

Sonreí, sabía que seguían manteniendo una excelente relación,

aunque él me odiara y no quisiera ni verme.

—Y le pediré a Rafael que colabore —me miró, divertida—. Estarán muchos de nuestros amigos, así se darán a conocer. Y escribiré, para que participen, a grandes nombres, como Valle Inclán, Galdós, Blasco, Rubén Darío…

—Los mejores —aseguré.

—Ahora solo falta que me digan que sí.

—Eres capaz de convencer a cualquiera.

—No, Ketty. Esa eres tú. Si no, aún tendríamos en casa a Tomás Morales, en pijama y zapatillas.

Nos reímos. Éramos como dos niñas que continuaran en casa de sus padres, en Almería. Como cuando nos subíamos a los árboles en Rodalquilar y aún no habíamos estrenado el mundo. En realidad, para mi hermana, una nueva vida estaba a punto de comenzar, pero aún no lo sabía.

33

Ramón Gómez de la Serna entró como un huracán en la vida de Carmen para cambiarlo todo. La tarde en que lo conocí me pareció un adolescente, uno más de los jovenzuelos que aparecían por la tertulia para dejarse ver, en busca de una promesa de fama y fortuna. No llamó mi atención de manera especial, no era tan agraciado como Tomás Morales ni tan alto como Rafael. Era bajo y macizo, con la cabeza grande, patillas pobladas y ojos pequeños que entornaba para enfocar la mirada, como si fuese miope. En la mano llevaba siempre una pipa apagada que, según bromeaba Rafael, era solo simbólica, como las liras de las estatuas. Ese absurdo detalle me llevó a pensar que se trataba de un joven ridículo y pretencioso, pero fueron sobre todo las palabras de Rafael, que entonces no lo apreciaba demasiado, las que inclinaron mi opinión.

—Este Ramón es un nuevo tipo de escritor revolucionario que quiere acabar con lo anterior y se hace propaganda a sí mismo. Se mete con Baroja, Azorín y Unamuno.

—¡Qué osadía! —exclamé—. Seguro que no les llega ni a la suela del zapato.

—Ha lanzado una revista que nadie lee, se llama *Prometeo*. La edita con el dinero de su padre y la usa para promocionarse.

—Nada que ver con la *Revista Crítica* que publica Carmen —comenté.

—Desde luego —corroboró mi amigo.

En ese momento, mi hermana se dirigió a Rafael con expresión satisfecha. Se encontraba feliz en el nuevo domicilio.

—¿Has visto? ¿Qué te parece la casa? Esto es otra cosa: mira qué techos tan altos, qué amplitud… ¡Aquí se respira!

Él asintió complacido y alabó el buen gusto de la decoración, que Carmen me atribuyó. Rafael me miró e hizo un gesto aprobatorio que me pareció cargado de promesas.

—Y aquí tienes el último número de *Revista Crítica* —dijo entregándoselo.

—¡Es una gran revista, Colombine! Hacía falta una publicación así.

Los asistentes corearon sus palabras. Mi hermana se acercó a Ramón y lo agarró del brazo.

—Me he arriesgado, y Ramón me ayuda mucho. Me anima a continuar, es el alma de la revista. Tiene talento, está influyendo mucho en mí y yo en él…

Durante toda la velada, Carmen no hizo más que hablar de Ramón, mientras él permanecía en silencio. Y yo empecé a preocuparme.

Salí al balcón a tomar el aire. El ambiente de la tertulia me ahogaba, y la admiración manifiesta de mi hermana hacia Gómez de la Serna me hacía presagiar tormenta. Rafael me siguió, como otras veces, y nos acodamos sobre la baranda hombro con hombro. Enredé mis dedos en los suyos y así, de la mano, contemplamos el espectáculo de la calle madrileña en pleno bullicio.

—¡Cuánta animación! Los tranvías, las luces, la gente ajetreada… —le dije casi al oído.

Él no respondió. Se quedó en silencio, abstraído, como si no estuviera a su lado, como si solo fuese una estatua.

—¿Por qué no dices nada?

Me miró con arrobo, como si quisiera captar cada detalle de mi rostro, como si de verdad me amara. Me estremecí, soñé por un segundo que me abandonaba a sus caricias y me cubría de besos.

—Deseo descubrir tu secreto: ¿quién eres en realidad, a quién

amas? Eres hermética y misteriosa, como una princesa de sonata. ¿A quién esperas? —me preguntó, con desesperación.

—Espero a un hombre que se quiera casar conmigo —respondí, rotunda.

A pesar de sus palabras melosas, sabía que Rafael no era ese hombre. Me resistía a caer en sus brazos para ser luego abandonada. Me hallaba entre dos mundos: el nuevo, el de Carmen, donde era lícito amar sin censura ni contrato, y el de siempre, el de mi familia, que exigía un compromiso formal que Rafael nunca admitiría.

—Yo deseo un hogar modesto pero tranquilo al lado de un hombre que me quiera mucho, sepa comprenderme y no se canse de mí. A vosotros los artistas esto os parece una ridiculez. Os gustan los amores de un día, solo sabéis querer por un momento. Tal vez en ese momento pongáis toda la intensidad de una vida, pero las mujeres como yo no nos conformamos con eso. Queremos un hombre que, aunque nos ame menos, nos ame siempre. Hay que aceptar las cosas como son y no como nos las imaginamos. Cuanto más Sanchos podamos ser, más llevaremos adelantado para llegar a la felicidad.

—¡Qué prosaica eres, Ketty! —saltó Rafael, con fastidio.

—Tengo demasiado orgullo para ser la querida de nadie —respondí, ofendida—. Quizá para mujer tuya sea poco, pero para querida, mucho.

—Entonces ¡déjame! No me cojas de la mano —exclamó, zafándose y apartándose del balcón—. No volveré más por aquí.

—No seas así, Rafael. Sabes que digo la verdad, que tú nunca…

Como siempre, mi sobrina vino a acabar con nuestra conversación. Nos espiaba e interrumpía a sabiendas. Temía que algún hombre me alejase de ella, y Rafael era el único que podía conseguirlo. María deseaba un mundo a su medida donde su tía cuidase de ella día y noche, y para siempre.

—¡Qué antipático es Ramón! —nos dijo con cara de asco.

—¡Bah! No es más que un crío al que no se le puede tomar en serio. Su padre no lo deja salir de noche —contó Rafael.

María se rio del comentario y me contuve para no soltar lo que pensaba del joven de la pipa. En ese momento, deseé que mi hermana me pidiera que la ayudase a librarse de Ramón. Había ensayado las palabras que le diría para alejarlo de Carmen. Deberían ser más rotundas que las que usé para ahuyentar a Tomás Morales: el nuevo era más terco y decidido que el poeta canario, que parecía un querubín al lado del joven de la pipa apagada.

34

Rafael debió de tomarse mis palabras como un rechazo y desapareció de la tertulia por una temporada. Cada vez que llamaban a la puerta, el corazón se desbocaba al pensar que podía ser él, pero no era. Mi actitud contradictoria me atormentaba: por una parte, lo amaba, deseaba ser suya; por otra, me resistía a entregarme sin compromiso de por medio.

A pesar del ambiente liberal, incluso frívolo, que me rodeaba, seguía siendo una señorita decente… o anticuada. Miraba alrededor y me parecía que, en el fondo, nada había cambiado: los hombres dominaban, criticaban a quienes se saltaban las normas, como mi hermana, y se reservaban lo mejor: la libertad, los sueños, el arte, la vida. ¿Qué nos quedaba? ¿Qué me quedaba? Yo no era como Carmen. Si lo hubiera sido, le habría gritado a Rafael que lo amaba, aunque lo nuestro solo hubiera durado unos meses. ¿Qué me lo impedía? Lo mismo que a millones de mujeres en España: el cerco invisible que nos rodeaba, hecho de prejuicios, supersticiones, obligada sumisión e hipocresía. Vivíamos atrapadas por una sociedad ridícula y pacata… Todas menos ella.

—¿Qué te ocurre con Rafael? —me preguntó abiertamente Violeta una de las tardes de tedio.

—No lo sé. Me gusta, creo que yo a él también…

—Pero no te fías —completó ella—. Haces bien, yo no confío en ninguno de los hombres que aparecen por aquí. Van de modernos,

pero nos siguen criticando por ser libres. ¿Cuándo cambiará este país?

—Quizá cuando nuestras niñas dejen de serlo —dije refiriéndome a mi sobrina y a Esther, su hija.

—¡Ojalá! —exclamó—. Por ahora me basta con que sean felices. Las veo contentas. Se han hecho muy amigas.

—Gracias por haber convencido a mi sobrina para hacer ese curso de declamación.

—No ha hecho falta, las dos lo deseaban. Y ya has visto lo bien que recita María, cada vez mejor.

—Está ilusionada, pero no quiere oír hablar de otros estudios, solo quiere ser actriz —le expliqué—. Incluso provoca a su madre diciendo en la tertulia que quiere ser *cocotte*.

—Le gusta escandalizarla, lo sé. Tu hermana debería ponerse más seria con ella.

—No paran de discutir —conté—. Carmen la amenaza, pero nunca cumple. Y María se aprovecha. Este ambiente no es el mejor para una niña… que ya no es tan niña. Tú nunca habrías traído aquí a tu hija.

—¡Jamás! —saltó, rotunda—. Basta con escuchar las anécdotas picantes que cuenta José Francés para darse cuenta de que no es lugar para ella.

—Tienes razón —suspiré—. Pero no hay quien convenza a mi sobrina para que se quede en su cuarto. Carmen cree que educarse en un ambiente culto y liberal es bueno para su hija, aunque, por otra parte, se enfada cuando la ve sentada en las rodillas de los hombres y suelta indiscreciones.

—A Carmen le gustaría que fuese escritora, como ella, pero es un oficio incierto, y más para una mujer. Yo lo tengo claro: mejor ganarse la vida como telegrafista. Es la modernidad, Ketty. El futuro de las comunicaciones será sorprendente, te lo aseguro. Yo quiero estar ahí, y mi hija también. Las mujeres tenemos que cambiar el

mundo. Hay que empezar por conseguir el voto femenino… Tu hermana está luchando por ello.

—Sí, este año ha escrito decenas de artículos sobre el asunto. Muchos se los he transcrito yo, algunos al dictado.

—No sé qué haría Carmen sin ti, eres sus brazos y piernas.

—Y ella el alma que lo mueve todo.

—¡Señoritas! Vengan al salón, se están perdiendo una charla única. —José Francés irrumpió en la cocina y acabó con nuestra conversación.

—Me imagino qué estarás contando —dijo Violeta muy seria—. Siempre con tus historias pornográficas.

—No seas remilgada, Violeta. Además, hoy hablamos de arte. Estoy instruyendo a Colombine al respecto, ya habla de pintura prerrafaelita. ¡Vamos! —insistió.

—Este Francés es inteligente, llegará lejos —me dijo Violeta al oído—. Aunque no me guste cómo escribe, es un buen crítico de arte.

—¡Quien se niegue a considerar la fotografía un arte, se quedará anticuado! —arengaba a los presentes, que no le hacían demasiado caso.

Mi sobrina, subida en una silla, recitaba unos versos de no sé quién que resultaban obscenos en su vocecilla adolescente:

—«*Bajaban mil deleites de los senos, hacia la perla hundida del ombligo…*».

—¿Veis qué bien declama? Esta chiquilla será una gran actriz —afirmó mi hermana con la clara intención de interrumpir el poema.

—Mamá, ¿cuándo cenamos? ¡Me muero de hambre! —exclamó mi sobrina.

—¡Cállate! No seas indiscreta —la reprendió su madre.

—¡Pero si son de confianza!

—¡Son las diez! —saltó Francés mirando el reloj—. Marujilla tiene razón, debemos irnos.

Besó la mano de Carmen con un ademán ceremonioso que nos resultó divertido. Violeta, María y yo nos reímos, Francés nos guiñó un ojo y repitió el gesto con nosotras.

—El alma de esta casa eres tú —me dijo al oído. Había escuchado la conversación con Violeta—. Y sé que aprendes solo lo bueno de nosotros porque eres lista y discreta. Ya no eres la joven recién llegada que se asustaba del ruido de los tranvías. No pierdas tu esencia.

—Te lo dije. —Violeta usó un tono confidencial—. Aunque sea un libertino, José Francés es inteligente y observador.

Resultó ser también un buen amigo, de los que no olvidan los favores recibidos ni el tiempo feliz compartido. No todos los hombres de la tertulia se mostraron tan fieles… El tiempo y el miedo se encargarían de demostrarlo.

35

Guardo aún un ejemplar de la revista *Prometeo*, el mismo que mi hermana escondía con cariño en el cajón principal de su mesa, la crónica de la felicidad en el instante supremo. Carmen lo habría enmarcado para colgarlo ante sus ojos, para recordar cada instante de aquella noche de febrero. Era el número cinco, de julio de 1909, pero lo que contaba ocurrió meses antes.

Una tarde, mi hermana se acicaló con esmero, se vistió con sus mejores galas y se dispuso a salir con una amplia sonrisa dibujada en el rostro.

—Estás guapísima —dije, impresionada.

—¿A quién quieres seducir esta vez? —le espetó su hija.

—No le hagas caso —tercié—. Vas muy elegante. ¿Qué se celebra?

—Hacemos un homenaje a Larra en el café de Fornos.

—¡Larra se suicidó hace setenta y cinco años…! —saltó María.

—Pero estará muy presente. Nos identificamos con él, su escepticismo y su visión crítica de la sociedad —nos explicó—. España sigue siendo un país desastroso y retrógrado.

—Imagino quiénes asistirán: el primero, Ramón, el de la pipa apagada —supuse.

—Es el organizador. Escribirá una reseña extensa para su revista *Prometeo* —contó Carmen.

—Es demasiado joven para ti, mamá —soltó la niña.

—No sé qué insinúas —respondió—. La tertulia está siempre llena de jóvenes artistas, no es el primero…

—Ya, otro como Tomás Morales —dijo, con sorna.

—Maruja, eres peor que los hombres que me critican. Y voy a llegar tarde por tu culpa —la reprendió.

Salió de casa dejando una estela de perfume de rosas y a nosotras dos inmóviles, sin saber a qué dedicar el resto de la tarde.

—Será la única mujer y todos la admirarán —musitó mi sobrina.

—Alguna más habrá… —comenté.

—Pero ninguna como Colombine —aseguró con un punto de orgullo—. ¿Has visto cómo se ha vestido? Para llamar la atención y seducir a algún joven incauto. Los usa y los tira, hasta que un día aparezca alguien como ella y se acabe el cuento.

—No hables así de tu madre —le recriminé.

—¡Es pura envidia! Me gustaría ser como ella: guapa y admirada, inteligente y llamativa. Ser el centro de todas las reuniones —reconoció—. Por eso la imito y reclamo la atención de los asistentes a la tertulia de la manera que sé: recitando…

—No solo recitando —protesté—. Sobre todo, molestando, gritando y sacando de quicio a tu madre.

—¿Qué más puedo hacer? Ella siempre será el centro del universo —suspiró—. Y yo, un pobre satélite sin luz propia.

—No digas eso, eres guapa. Serás una mujer hermosa y culta. Si te esforzases más…

—Déjalo, Ketty —me cortó—. No pienso opositar como Esther. Es un rollo. Y ¿para qué? ¿Para estar encerrada en el mismo sitio todo el día el resto de tu vida? Quiero ser tan libre como mi madre.

No supe qué responder. El estilo de vida en el que estaba inmersa mi sobrina poco tenía que ver con ser telegrafista, como Violeta y su hija.

—Hasta que ella vuelva, ¿leemos los libros de la biblioteca que me tiene prohibidos? —propuso María.

Asentí, ¡qué remedio! Además, mi hermana lo consentía y lo alentaba. Pedí recomendación a mi sobrina y escogió para mí *Las*

posadas del amor, de Felipe Trigo. Se acababa de publicar en *El cuento semanal*. Resultó ser una novela interesante que me mantuvo despierta hasta la última página. Solo recuerdo que los personajes trataban de superar los prejuicios morales que imponía una sociedad hipócrita. Cuando levanté los ojos del libro, mi sobrina se había dormido. La obligué a acostarse, no sin las protestas cotidianas, pues quería esperar a su madre para que nos contase los detalles de la velada.

Eso mismo deseaba yo, y no estaba dispuesta a quedarme dormida, así que fui a la cocina a preparar la comida del día siguiente y completarla con unas galletas. Luego, escribí algunas recetas nuevas y trascribí un par de artículos que Carmen me había pedido. Eran las doce cuando empecé a preocuparme por la tardanza de mi hermana, aunque iba bien acompañada y sabía cuidar de sí misma.

A punto estaba de rendirme al sueño cuando oí la puerta; serían más de las dos de la madrugada. Fui hacia ella, deseaba que me explicara qué tal había ido la noche.

—¡Uy! ¡Vaya susto me has dado! No esperaba encontrarte despierta.

Llegó acalorada, como si en vez de una noche de marzo fuese de julio, y traía un rubor nuevo en el rostro.

—¿Se ha acostado muy tarde María? ¿Te ha molestado? —me preguntó, como si eso fuera lo interesante de la noche.

—Se ha portado bien. ¿Y tú? —Mi pregunta iba con doble sentido.

—Ha sido una de las noches más felices de mi vida —suspiró—. El café de Fornos lucía espléndido. Nos han reservado un salón decorado con pinturas exquisitas y una araña formidable en el techo. El lugar de honor se lo hemos reservado a Larra: hemos puesto una silla, y Ramón y yo nos hemos sentado uno a cada lado. Han venido muchos amigos: Francés, Trigo… y otros que no

conoces. Ha habido entusiasmo, corazón y alma en cada momento del homenaje. Tenías que haber escuchado el discurso de Ramón. Ha dicho que Larra es uno de nosotros, que el ambiente insidioso que continuamos padeciendo en España sigue haciendo, de los grandes hombres, pobres hombres.

—¿La cena ha durado hasta las dos? ¿No os han echado del Fornos?

—Antes de que eso ocurriera, nos hemos trasladado al Levante, donde hemos tomado café y escuchado a Beethoven mientras charlábamos. Hace una noche que no parece de invierno, y he venido hasta casa andando.

—¡¿Tú sola?! —me espanté.

—¡Por supuesto que no! Me ha acompañado Ramón. —Dijo el nombre de una manera especial, como si lo saboreara, como si, al pronunciarlo, acudiese a su mente algún recuerdo dulce.

En ese instante la vi más bella que nunca, en la plenitud de su hermosura y de su vida. Pero, en lugar de alegrarme, me preocupé. Solo el amor nos vuelve tan agraciados, nos hace inmortales y eternamente jóvenes, aunque sea por un instante y se trate solo de un espejismo.

—Es mi segundo homenaje a Larra. Recién llegada a Madrid, visité su tumba… —siguió contando.

—Sí, recuerdo que me lo escribiste en una de tus cartas. Debió de ser en 1901.

—El primero fue anónimo y solitario: sin compañía, paseé por el cementerio. Sin embargo, este otro ha sido luminoso y compartido. He comprobado todo lo que me une a Ramón, que es mucho: la rebeldía frente a lo caduco, el vitalismo, la pasión por el arte…

—¿No te habrás enamorado de ese joven? ¡Tiene veinte años menos que tú! —dije como si ella no lo supiera, como si esa diferencia no la torturase hasta la desesperación.

Me miró con tristeza, y en sus ojos vi que era verdad. Sentí miedo

por el dolor que ese sentimiento desbordado acarrearía a su pobre y delicado corazón. Parecía una mujer fuerte como una roca, pero era la más débil de las tres que habitábamos en esa casa.

—Hoy solo creo en el arte, y acepto el amor como una bella mentira, una forma más perfecta de la amistad —aseguró mirando al infinito con el mismo tono que emplearía en una entrevista. Le había escuchado antes pronunciar esa frase, pero el significado ya no era igual.

No necesitaba confirmarme sus sentimientos con palabras. Me abrazó y se echó a llorar, no sé bien si de angustia o de felicidad.

—Creo que él también me ama, Ketty.

En ese momento me di cuenta de que el asunto era más peligroso de lo que había imaginado.

36

Carmen pasó el final de curso corrigiendo exámenes y despotricando del sistema educativo, en el que no se alentaba más que a memorizar cuestiones pasadas de moda y no fomentaba la capacidad de pensar, discernir o discutir.

Después se refugió en la redacción de la novela *Los inadaptados*, y yo ejercí de transcriptora. Mi hermana escribía con rapidez entre innumerables quehaceres, pues continuaba enviando artículos al *Heraldo* y a otros periódicos y no descuidaba la tertulia ni las relaciones sociales.

—Da gusto leerte, Ketty —me decía al revisarlos.

—Es a ti a quien lees, lo de menos es la caligrafía. Y este libro es especial, lo estoy disfrutando como una niña. Aquí están nuestros recuerdos de Rodalquilar.

—*Los inadaptados* pinta un fragmento de nuestra vida, Ketty.

El libro nos transportó a los campos de Níjar, con sus huertecillas verdes abrigadas en los repliegues de los barrancos, a la naturaleza bravía. Carmen retrataba el mundo real, lo recreaba mirándose y recordando nuestra infancia. Reconstruyó un paisaje desconocido y olvidado. Leyendo y escribiendo, regresé al paraíso perdido, pues el texto estaba plagado de vivencias que reconocí al instante, como la muerte del hijo de la protagonista. Ella decía que un libro es la eucaristía que establece la comunión entre el autor y los lectores.

—Ya has visto que nada hay en él de falso o exagerado —afirmaba—. Lo he escrito para satisfacer una necesidad de mi espíritu, quiero exteriorizar las impresiones recibidas de niña. Y

hablar de nuestro abuelo Luis; ese hombre afable, sencillo, bueno y valeroso que protegía a sus súbditos como un patriarca, que repartía los terrenos entre los labradores sin exigir el arrendamiento en los malos años. En su tiempo no había miedo de pasar hambre, aunque se anegase el campo o se perdieran las cosechas.

Nuestro abuelo Luis era un contrabandista declarado. Hacía venir de Orán y Gibraltar los bergantines cargados de fardos de lienzos, sederías, mantones de Manila y tabaco para introducirlos en España por los vericuetos de la costa, desde Las Negras hasta Los Escullos. Por eso sus enemigos lo mataron a traición en la calle del Cubo, al salir de la catedral. A su muerte, empezó la decadencia del valle.

—En la novela también hay una mujer que ama y sufre —musitó.

—¿Y en la realidad? —Interpreté sus palabras como el inicio de una confesión.

—Ay, Ketty. Pensaba que mi corazón estaba seco, muerto, incapaz de sentir una pasión verdadera. Pero es imposible escapar del destino, y no se debe negar la realidad. El amor no se puede impedir ni elegir. Y Ramón es el hombre menos indicado. ¡Qué gran error!

Quise animarla, decirle que siguiera adelante, aunque presentía que no resultaría fácil, que las maledicencias aumentarían, que sería criticada, que aquel amor auténtico se consideraría la última extravagancia de Colombine.

—Te equivocas, Carmen —dije aparentando seguridad—. Ramón no es un error en tu vida. Es el hombre que llevabas años esperando. Lo único que te preocupa es la diferencia de edad. Por lo demás, los dos sois escritores, entusiastas y apasionados. Compartís inquietudes e ideas, miráis el mundo con los mismos ojos. ¿Qué más se puede pedir en una pareja? Larra os ha unido.

—Larra —repitió—. Era un hombre impetuoso. Se parece a nosotros, por eso nos miramos en su espejo. Su historia está llena de intensidad. Se entregó a la vida y la pasión sin reservas.

—Sin duda, en eso es igual que tú. Aunque espero que no pienses nunca en el suicidio —intenté bromear.

—Amo la vida, quiero sentirla a cada segundo, también en el sufrimiento. Me identifico con Larra en algo que te hará gracia porque lo conoces bien. En los borradores de sus artículos se ve su caligrafía infernal, la mano nerviosa que escribía y tachaba.

—¡Como tú! —me reí.

—Entonces ¿no te parece una insensatez que me haya enamorado de Ramón?

—Total y absoluta, Carmen, pero sabrás llevarlo con dignidad y, además, ya no hay elección.

—Aún puedo alejarme de él, estoy a tiempo de huir, quizá lo haga. Además, su padre se ha enterado y quiere alejarlo de Madrid. Pretende enviarlo a París usando sus contactos en Francia.

El padre de Ramón logró su propósito: su hijo fue nombrado secretario de la Junta de Pensiones en París. Para Carmen, la ocasión de huir del amor surgió a finales de julio. Parecía que todo conjuraba contra ellos, que esa circunstancia supondría el final de aquella incipiente y complicada relación.

37

España entera se estremeció ante los acontecimientos que sucedieron en Marruecos el 27 de julio. En el Barranco del Lobo, cientos de soldados españoles fueron masacrados por los rebeldes cabileños. El país se sublevó: los jóvenes pobres perecían en aquella guerra lejana en nombre de un rey que no les protegía. Se sucedieron las protestas, duramente reprimidas en lugares como Barcelona. Preocupadas, leíamos las noticias en los periódicos, y la inquietud de mi hermana aumentaba.

—Hay que hacer algo. No puedo quedarme aquí mientras ocurren estos hechos terribles.

Temí que se embarcara en una empresa peligrosa, pero lo que sucedió superó todo lo imaginable.

Fue entonces cuando me regaló la maleta, la misma donde fui guardando el tesoro de su obra y los recuerdos de la vida a su lado. Carmen apareció con ella una calurosa mañana de finales de julio.

—Es para ti, un regalo lleno de significado. Es mi objeto favorito. Prefiero una maleta a una casa… Me habría gustado pasarme la vida viajando, conociendo lugares nuevos, siendo testigo de la historia y absorbiendo la vida con los ojos.

—¿Para qué la quiero? —pregunté un tanto sorprendida.

—Nos vamos —soltó con la voz entrecortada—. Ve preparando el equipaje. Será un viaje intenso, aún no sé si breve o largo. Te vienes conmigo.

—¿Adónde? —pregunté asustada—. ¿Y la niña?

—También se viene. No quiero sepárame de María y, si vienes tú,

te podrás hacer cargo de ella…

—Dime de una vez adónde vamos.

—A Málaga. Quiero seguir de cerca la guerra de Marruecos y enviar crónicas al periódico.

Apenas tuve tiempo de preparar el equipaje. María saltaba contenta alrededor de mí. Le encantaban los viajes: eran los momentos que le permitían compartir más tiempo con su madre, sin intromisiones, sin poetas bohemios ni visitas inoportunas.

Me inquietaba abandonar la seguridad del hogar en aquellos tiempos convulsos. El eco de la guerra en Marruecos llegaba a cada rincón del país. ¿Y si nos sorprendía una revuelta en Málaga?

Durante el viaje, en el tren no dejé de mover con nerviosismo las piernas. Mi sobrina me increpaba:

—Estate quieta, Ketty. Los viajes son divertidos. Salir de esa casa llena de gente es un alivio. Es como ir a Toledo, pero durante unas horas más.

Carmen detenía la lectura y nos miraba, condescendiente, como si las dos fuésemos niñas, pues me veía empequeñecida por el temor a lo desconocido. Yo observaba absorta por la ventanilla: el paisaje se transformaba lentamente. Al contemplar los campos de olivos que se perdían en el horizonte, la nostalgia de mi tierra andaluza crecía hasta que las lágrimas asomaban sin remedio.

El recibimiento en Málaga superó lo imaginable. Me di cuenta del prestigio de mi hermana, que en pocos años se había convertido en un personaje público, una mujer admirada y respetada. En la estación la esperaban el presidente de la Cruz Roja y una nube escritores locales que pretendían acercarse a la famosa Colombine.

—Mañana iré a visitar el hospital con la marquesa que preside la Cruz Roja. Será mejor que te quedes con María; no será un espectáculo gratificante —me pidió—. Quiero que mi hija conozca

la realidad de la vida, pero presenciar el dolor y la sangre de los soldados quizá sea demasiado para una niña.

La jornada resultó sofocante. El calor intenso nos impidió pasear por el puerto durante la mañana, que pasamos refugiadas en la penumbra de la habitación del hotel, hasta que agosto dio una exigua tregua y, tras una repentina tormenta, el ambiente refrescó y nos permitió caminar por las abigarradas calles malagueñas.

Carmen volvió alterada de su periplo. Enseguida se sentó a la mesa y escribió el artículo para el *Heraldo* que saldría al día siguiente. Bien decía Violeta que el telégrafo y los inventos que se avecinaban cambiarían el mundo. Me parecía cosa de magia que aquellas palabras escritas por mi hermana en Málaga fuesen a leerse en Madrid horas después.

—La situación es terrible —me contó al tiempo que escribía—. Hay una enorme precariedad de medios, los jóvenes soldados heridos sufren. Es injusto, y, además, falta material sanitario de todo tipo. ¡Qué vergüenza! Esta guerra es absurda, solo beneficia a los poderosos, a los dueños de las minas de carbón que ven peligrar sus intereses en Marruecos.

—¿Vas a publicar eso? —pregunté alarmada. Sabía qué consecuencias tendría una afirmación semejante, y Carmen siempre decía lo que pensaba.

—No debo, Ketty —suspiró—. A los periodistas se nos ha impuesto una censura militar. No podemos escribir nada que critique al ejército ni a esta campaña absurda y sangrienta. Si no cumplimos, nos arriesgamos a ser juzgados por un tribunal militar, con lo que eso conlleva. No habría abogado que me salvara de una condena segura.

—Tendrás que medir tus palabras, Carmen.

—Sí, y limitarme a hablar de las damas que acompañan a los heridos. Preferiría haber sido corresponsal, pero soy mujer, y no se nos permite acudir al escenario para comprobar la verdad. Me

gustaría ver el polvo y el sudor de los soldados, mirar con anteojos el Gurugú y oír los cañonazos de la batalla. El periódico ha enviado a Rocamora a cubrir la información, y también debe autocensurarse. Es decir, en realidad no sabemos qué está ocurriendo en Melilla.

—Me gustaría acompañarte mañana —le pedí.

—Sí, voy a entrevistar a la marquesa de Polavieja para el *Heraldo*. Sus palabras tendrán más fuerza que las mías, y no se cuestionarán.

Acudimos al domicilio de la marquesa a primera hora de la tarde. Llevé papel y lápiz para anotar las palabras de la entrevistada, y así Carmen podría hablar con calma sin estar pendiente de apuntar sus declaraciones. Adquirí la habilidad de escribir a gran velocidad y con una caligrafía inteligible. Mi hermana enseguida preguntó lo que más le interesaba:

—¿Piensan ir a Melilla?

—Ese era mi deseo desde el primer momento —contestó vivamente la marquesa—. Ya sabe usted lo que hicieron las damas francesas en la Campaña de Casablanca. ¿Por qué no hacer lo mismo las españolas?

—Es lo que opino yo. ¿Por qué no van ustedes? —quiso saber Carmen.

—He enviado tres cartas al general Marina, pero asegura que no encontraremos albergue en el recinto fortificado, y estar fuera es imprudente.

—¿Y qué piensan hacer?

—He escrito a la señora de Marina, que ya se encuentra allí, persona digna y competente, a ver qué se puede hacer. No podemos faltar.

—No podemos faltar —repitió Carmen.

Prolongaron la conversación, hablando de la importancia de la

mujer al lado de los heridos. Las señoras de la Cruz Roja se encargaban de escribir cartas a los soldados y de poner telegramas a las familias, y habían enviado a Melilla miles de vendas, centenares de paquetes de gasas y algodón, y modernísimo material quirúrgico.

Terminada la entrevista, hicimos una visita a los hospitales militar y civil. Me preocupaba el espectáculo que pudiésemos presenciar, la sangre, el dolor. Entré con aprensión. Un penetrante olor a yodo nos recibió, y sentí un leve mareo. Caminamos entre las camas con devoción, como quien visita un santuario. Evité mirar los rostros desencajados de los heridos y me concentré en las palabras del médico, el ilustre doctor José Gálvez, quien nos aseguró que, de los más de ochocientos heridos que habían llegado a ese centro, ya solo quedaban trescientos treinta y tres recuperándose, casi todos fuera de peligro. Me pareció una noticia esperanzadora, pero observé que Carmen se removía inquieta. Visitar aquel hospital no era suficiente para Colombine.

Salimos al jardín. Era una luminosa tarde de domingo. Algunos soldados cantaban y bailaban alegremente. Unos llevaban las vendas puestas; otros, las guerreras agujereadas por los tiros; algunos, las perneras de los calzones cortadas. Para curar los balazos, les desgarraron la carne, pero no se quejaban. Eran como niños que habían mirado a la muerte a los ojos. Uno tocaba la guitarra, otros bailaban el fandango y la jota, aunque fuese cojeando.

—¡Ay! ¡Qué hermosa e indomable es la alegría de los veinte años! Me recuerda a los versos del poeta: «*Juventud, divino tesoro*» —declamó mi hermana.

Un grupo de señoras de la Cruz Roja visitaba a los heridos y se esforzaba por escucharlos y darles consuelo. Nos unimos a ellas. Carmen preguntaba a los soldados en qué podía servirles, aunque no aludía a cuestiones como qué opinaban de esa guerra o del trato recibido por los mandos. Me decía que esos asuntos eran los más

interesantes para un periodista, pero la censura no habría dejado pasar las respuestas; era preciso guardarlas para el momento oportuno. Los soldados se dirigían a ella con más confianza que a las demás señoras, y le planteaban sus inquietudes.

—¿Es usted periodista del *Heraldo* de Madrid? —le preguntó uno —. Diga que necesitamos que nos trasladen cerca de los nuestros, a ciudades del interior, no solo a Málaga. Yo soy de Madrid…

—Y yo de Segovia —dijo otro.

En sus ojos tristes había algo de la visión de los paisajes lejanos. En la voz, la emoción de la nostalgia y una lágrima por las madres ausentes.

Carmen y yo salimos de allí conmocionadas; ella, inquieta y con la idea de ir más allá rondándole por la cabeza; yo, asustada y triste. ¿Qué puede justificar el dolor de la guerra?

—Mira lo que cuenta Rocamora en el periódico —me dijo a la mañana siguiente, blandiendo el *Heraldo* como si de un sable se tratara—. Él está en Melilla y conoce las necesidades de los soldados. En vez de vendas, que es lo que está mandando la Cruz Roja, necesitan ropa blanca para los heridos. Me temo que en la península no nos estamos enterando de nada. No tiene sentido que sigamos en Málaga —aseguró—. Mañana nos vamos a Almería.

La noticia me alegró. Dejaríamos de ver soldados heridos, sangre y desgracias para acudir junto a la familia. Hacia demasiado tiempo que no abrazaba a mis padres, que no gozaba de mi ciudad, que no veía a mis amigas. Serían unas vacaciones largamente deseadas.

38

Almería me pareció más hermosa que nunca bajo la luz de agosto. El mar relucía y la brisa traía aromas de la infancia. Las palmeras se cimbreaban, como saludándome, y las fachadas encaladas refulgían bajo el sol del verano. Regresaba a casa distinta de cómo me fui: más resabiada, menos inocente, pero con la fuerza de quien comprueba que ser mujer no es una prisión. La casa de mis padres nos recibió como a hijas pródigas, y sentí el calor del hogar como nunca, aunque no estaba muy segura de que deseara quedarme allí para siempre. A Carmen le ocurría lo mismo: añoraba la paz, el abrigo de la familia, pero, al tiempo, necesitaba huir, llegar lo más lejos posible y habitar un mundo cambiante y diverso que nada tenía que ver con la casa paterna.

Enseguida me acerqué a ver a Ángela. Llevaba meses sin saber de ella, sin recibir una carta suya. En las últimas, más sombrías, me decía que dormitaba una siesta infinita en una ciudad amodorrada.

Nos abrazamos como si de esa manera pudiéramos traspasarnos y convertirnos la una en la otra. La encontré más delgada, inusualmente pálida para un mes de agosto y con algunas arrugas asomando alrededor de los ojos.

—Han sido unos tiempos tristes —me confesó.

Subimos al terrado. De pronto, las nubes cubrieron el cielo y nos permitieron refugiarnos allí sin que calor nos expulsara. Añoraba las tardes de confidencias y las cometas en el cielo.

—¡Ay, Ketty, soy una solterona en una ciudad de provincias!

—Yo también —quise consolarla.

—Tú vives en la capital. Allí es distinto: nadie te señalará, pasarás desapercibida entre tantas mujeres, y las posibilidades de encontrar un marido serán mayores que aquí —se lamentó.

—¿Desde cuándo tus aspiraciones se reducen a casarte? Teníamos otros sueños…

—Yo amaba a Bernardo…

—Pero se fue con sus padres a un pueblo de Jaén —recordé—. ¿Os seguís escribiendo?

—La relación se fue enfriando… Las cartas cada vez llegaban con menos asiduidad hasta que un día él se despidió con un frío mensaje. Por lo visto, había encontrado una mujer decente dispuesta a casarse con él y cuidar de sus ancianos padres.

—¿Era eso lo que deseabas, Ángela? ¿Encerrarte en un pueblo a cuidar a unos padres que no son los tuyos?

—Pensaba que Bernardo me quería —se lamentaba.

—Te quiso, estoy segura, pero a veces el amor no es suficiente.

Lloramos, abrazadas, por lo que fuimos, por los sueños rotos, por el hecho de ser mujeres en un mundo de hombres. Estábamos enjugándonos las lágrimas cuando una visita nos sorprendió como un alegre cascabeleo.

—Me ha dicho tu madre que estabais aquí. ¿No pensabas avisarme, ingrata?

Era Cándida, que extendía los brazos para abarcarme con ellos. Sentí sus carnecillas apretadas, y me emocionó descubrir que no había perdido la mirada feliz que la caracterizaba. La hija de don Romualdo conservaba el rostro de luna llena y las mejillas sonrosadas, pero ya no parecía una niña, sino una mujer decidida y sin complejos.

—¡Cuánto te hemos echado de menos! —aseguró—. Tendrás mucho que contarnos: esas tertulias tan interesantes que organiza tu hermana, esa ciudad fascinante, esos viajes…

—Pasa todo tan rápido que no tengo tiempo de pensar en ello…

—respondí—. No paro: me ocupo de la casa, de la niña, de hacer de secretaria de mi hermana…

—¿Y para novios? ¿Has tenido tiempo? —preguntó con picardía.

—¡Eso! ¿Cómo vas con Rafael? —saltó Ángela.

—No sé qué deciros —suspiré—. Me aprecia, pero no confío en él. Creo que se hartaría pronto de mí, que no quiere casarse, y yo no deseo ser solo una aventura en su vida.

—¡Una aventura! Eso suena bien —dijo Ángela—. ¡Lo que daría yo por tener una aventura en mi vida!

—¡Qué cosas dices! —le reprochó Cándida—. Hace bien, mejor no fiarse de los hombres. Nosotras sí que somos de fiar.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿Te has fijado en alguien?

Se removió inquieta, el gesto no me pasó desapercibido. Me dio pistas que no fui capaz de descifrar en ese momento.

—No es fácil. Los hombres me inspiran desconfianza… Y veo la situación de mi hermana Remigia, envejecida a destiempo, siempre triste y sufriendo por sus hijos. Se le han muerto dos. Y ese marido que la desprecia… Es horrible. Los hombres me parecen unos monstruos.

—No todos serán así… —musitó Ángela.

—¡Y lo dices tú! —exclamó Cándida—. Bernardo es un egoísta, solo quiere a una esposa que le solucione la vida. Mejor que haya desaparecido.

Una mujer se nos unió de forma inesperada. Era Eloísa, la madre de Ángela, aunque no apareció para conversar sobre novios. Me saludó con un beso fugaz. Se notaba que no deseaba perder tiempo, y se dirigió a su hija:

—¿Le has hablado ya de Vicente?

Ángela se encogió de hombros, y su madre le lanzó una mirada de reproche.

—Es mi sobrino, hijo de una prima hermana —me explicó—. Está en Melilla, y desde hace semanas no sabemos nada de él. ¿Le dirás a

Carmen que nos ayude? —suplicó.

—¿Cómo os puede ayudar? —balbucí.

—Ella tiene influencias, es periodista, se puede informar… ¡Por favor, mi prima está sufriendo mucho por su hijo!

Entonces sacó una fotografía del bolsillo. En ella se veía a un soldado sujetando un fusil que reposaba en el suelo. El fondo de la imagen era singular, pues un ambiente oriental rodeaba la escena: un arco mudéjar, tapices y hasta una tetera moruna sobre una mesita taraceada. Me fijé en la cara del muchacho: era apuesto, de ojos claros, rostro afilado y mirada serena. Sonreía de manera seductora y un hoyuelo alegraba su barbilla.

—Se la mandó a su madre cuando llegó a Melilla, se la hizo allí. Hay un fotógrafo famoso en la ciudad —me explicó Eloísa—. Mi prima estaba tan orgullosa… —El llanto le quebró la voz—. Me ha pedido que te la enseñe. Habla con Carmen y cuéntaselo, por favor.

—Lo haré, descuide —prometí—. ¿Y no les ha enviado cartas?

—Ninguna. Los empleados de correos no dan abasto. Cada día llegan miles desde Melilla y no pueden distribuirlas todas por España. Si aquí estamos desinformados, que somos la ciudad más cercana al Protectorado, imagina los familiares del resto del país. Son muchas las madres que no tienen noticias de sus hijos.

—Por las noches se muestran telegramas con noticias de la guerra en una farola del paseo, es casi la única información que nos llega —añadió Ángela—. Allí vamos toda Almería.

—Esta noche nos vemos en la farola, Carmen vendrá conmigo, tiene que saberlo —dije, resuelta.

Me despedí de las tres y me apresuré a contarle las noticias a mi hermana, a quien encontré encerrada en una habitación, escribiendo.

—¡Ay, Ketty! Me vienes al pelo. Necesito que me pases a limpio este artículo para llevarlo al telegrafista. Mi letra no la va a entender…

—Escucha, tengo algo que decirte —la interrumpí.

Le expliqué la situación del sobrino de Eloísa, le conté los problemas de la correspondencia y le hablé de la farola del paseo.

—Algo sabía —me dijo, compungida—. Esta noche habrá que hablar con esas madres y actuar en consecuencia. No podemos quedarnos sentadas mientras la juventud de este país se desangra. ¡Qué tiempos, Ketty! —suspiró—. No hay lugar para el amor.

Su mirada cambió. Ya no pensaba en los soldados ni en la guerra… La melancolía le llegaba desde lo más profundo de sí misma.

—Las cartas importantes son las de los soldados —dijo, emocionada—. ¡Y yo deseando recibir una de amor! Llevo la mía, escrita desde hace semanas, escondida en el pecho, pero no tiene sentido enviarla. Ramón está lejos, y ya no sé si piensa en mí.

—Él te ama —le aseguré, aunque lo ignorase.

—A veces el amor no basta.

La frase me sonó lapidaria. Yo misma la había pronunciado un rato antes e infinidad de veces, y ambas sabíamos que era cierto. En ese momento, nos pareció una verdad incómoda, molesta y cruel. El amor debería bastar siempre, pero la vida demostraba que no era sí.

Esa noche nos acercamos a la farola del paseo. Un hervidero de gente, nerviosa y asustada, se removía alrededor de ella. Unos leían los telegramas con los ojos empañados en lágrimas y lloraban, nadie se mostraba alegre. La mayoría esperaba unas buenas noticias que nunca llegaban.

Algunos de nuestros paisanos reconocieron a mi hermana y se acercaron, suplicantes:

—Usted es periodista, señorita. Hable con las autoridades, denuncie esta situación. Es terrible no saber nada de nuestros hijos, si están vivos o muertos, si están heridos…

—Ignoramos también cómo marcha la guerra. Solo se habla de las victorias, pero han ocurrido desastres horribles, como en el barranco del Lobo…

Carmen los escuchaba a todos, apuntaba nombres, estrechaba manos, intentaba consolar a las madres…, y lo hacía de verdad.

De regreso a casa a altas horas de la noche, caminábamos sin hablar, aún impresionadas por la situación vivida.

—Tengo que llegar a Melilla como sea.

Sus palabras cortaron el silencio de las desiertas calles almerienses.

—Ya viste lo que dijo la marquesa de Polavieja, a ellas no las dejaron ir…

—Pero a mí sí, ya lo verás.

Su determinación me pareció más peligrosa que nunca. Deseaba acudir al campo de batalla con todas sus consecuencias. Había dejado de rezar hacía tiempo, pero en ese instante elevé la mirada al cielo estrellado y rogué para que las autoridades se lo impidieran.

39

El 23 de agosto era la fiesta grande de Almería en honor a la Virgen de Mar, pero ese verano el Real de la feria no lucía como otros años. Paseé con Ángela y Cándida por la zona de los festejos: el desánimo se había contagiado, y presentaba un aspecto triste, con las luces apagadas y poca gente para animar la fiesta. Hasta la procesión de la patrona resultó dramática, convertida en una súplica lastimera por los soldados ausentes.

Caminé del brazo de Ángela, cuya delgadez la había convertido en un espíritu leve que amenazaba con salir volando, empujado por el viento que ese día azotaba la costa. Cándida había acudido con una amiga, Antonia, y también iban del brazo.

—¿Qué le habéis pedido a la Virgen? —nos preguntó—. Yo, que nosotras dos sigamos siendo siempre amigas —dijo mirando a Antonia con arrobo.

La chica se sonrojó y bajó el rostro, turbada, pero con una sonrisa cómplice en los labios.

Al finalizar la procesión, nos acercamos las cuatro a la feria. Mientras que a ellas se las veía felices, Ángela arrastraba la melancolía como un peso inevitable sobre los hombros.

—Le he pedido a Virgen que te vuelvas a enamorar —le solté.

—Es mentira —respondió—. Tú no crees en esas cosas.

—Bueno, por si acaso —bromeé.

—Tenías que haberlo pedido para ti.

—Está bien, para las dos.

Logré que Ángela recuperase la sonrisa, pero, en ese momento,

escuché mi nombre en una voz varonil. Mi hermano Francisco venía a buscarme.

—Carmen quiere que vuelvas conmigo —me contó jadeante.

Mi hermana le había urgido a encontrarme, usando la capacidad de mando que la caracterizaba. Me despedí de mis amigas y, a la carrera, nos dirigimos a casa.

Encontré a Carmen haciendo la maleta. Iba a quejarme: acabábamos de llegar a nuestra Almería y ya pensaba volver a Madrid.

—Nos vamos, prepárate —me ordenó sin dejar de meter libros y ropa en la maleta.

—Haré antes el equipaje de la niña.

—María no se viene, no vamos a casa. Mañana partimos para Melilla en el vapor que trae la correspondencia.

Me quedé muda de asombro y de miedo. ¿Qué locura era aquella? A las mujeres no nos dejaban ir al escenario de la guerra, ya nos lo había contado la marquesa de Polavieja en Málaga. Era muy peligroso, el frente de batalla estaba muy cerca. ¿A qué clase de peligros tendríamos que enfrentarnos?

—¿Estás segura? —logré balbucear.

No me respondió. Continuó con su trasiego incesante sin mirarme.

—Soy periodista —dijo al fin—. Y hay mucho que contar que no se dice.

—¿Te envía el periódico? Ya tiene a un corresponsal allí…

—No he avisado aún al *Heraldo*. Se enterarán cuando lleguemos y les envíe el artículo.

—Sabes que hay censura, no podrás criticar lo que veas. Y correremos peligro…

—No nos va a pasar nada, Ketty —cortó—. Fíjate en lo que hemos visto: las familias desconocen la situación de sus hijos, los soldados no tienen quién los defienda, nadie sabe lo que en realidad

está ocurriendo en Melilla.

—No te dejarán decir la verdad.

—Ya veremos cómo, lo primero es averiguarla.

—¿Y no puedes ir sola? —sollocé, asustada.

Carmen me abrazó y me apretó contra el pecho como si no quisiera soltarme nunca.

—Te necesito a mi lado, Ketty. ¿No te has dado cuenta? Eres mis manos y pies, no sé vivir sin ti: me organizas el mundo, haces que todo sea más fácil. Eres mi hermana, mi madre, mi amiga, mi secretaria, mi consejera, mi ama de llaves, mi cocinera, mi inspiración, mi luz. No me abandones nunca, te lo suplico.

Sus palabras se grabaron a fuego en mi memoria. Ella, la mujer más fuerte que existía, la dama capaz de enfrentarse a los poderosos, a la guerra, a la Iglesia, a la autoridad establecida y al mundo entero, me necesitaba para seguir siendo quien era. A partir de entonces, supe que tenía una misión: la seguiría hasta el infierno, por encima de mis propios intereses.

El vaporcito Cabo Nao salía temprano. Mis padres y mis hermanos acudieron al puerto a despedirnos. El apoyo y las gestiones de la familia y los amigos cercanos lograron que el deseo de mi hermana se hiciera realidad. Sería la primera mujer corresponsal de guerra de la historia de España. Ninguna antes lo había logrado, ninguna se había atrevido a cuestionar las órdenes de los hombres. Carmen no esperó un permiso ni que la nombraran corresponsal; resolvió ella sola convertirse en lo que deseaba ser.

La noticia de que Colombine se marchaba a Melilla corrió como la pólvora por las calles de Almería. Muchas personas se acercaban a Carmen, suplicantes, y le entregaban un papel: deseaban que encontrase a sus hijos y les hiciera llegar la carta.

En el puerto estaban también mis amigas, emocionadas, como si

fuesen ellas quienes embarcaran hacia la guerra.

—¡Qué aventura, Ketty! —dijo Ángela—. No puedo imaginar un viaje más emocionante.

—¡Qué locuras dices! —respondí, molesta. Más que a una aventura, nos lanzábamos a peligros desconocidos.

—Mis padres no me dejaban venir a despedirte —confesó Cándida—, pero les he contado que me acompañaba Antonia y que toda Almería confía en vosotras.

Una mujer con el rostro envuelto en un pañuelo oscuro se dirigió hacia mí. Era la tía de Ángela.

—Mi prima Eloísa te ha contado que mi hijo Vicente está en Melilla. Llévate su retrato y búscalo entre los soldados. Me basta con que, a tu regreso, me digas que está vivo. Se apellida López Torres. Encuéntralo, por favor —rogó.

Agarré la foto, la misma que la madre de Ángela me había enseñado, y observé el rostro de aquel apuesto soldado que me sonreía en un trozo de cartón. Los ojos claros del joven me miraron desde un instante del pasado. Ni siquiera sabía si era la mirada de un vivo o un muerto.

Apoyadas en la pasarela de popa, nos despedimos de la gente que nos saludaba y aplaudía a mi hermana desde el puerto.

—Luego tienes que contármelo todo —me gritaba Ángela, y agitaba los brazos como si deseara salir volando y subir hasta la cubierta del Cabo Nao.

Era la primera vez que navegaba en un barco tan grande. Durante los veranos en Almería, montábamos en barcas de remo que nos alejaban unos metros de la costa para pescar o bañarnos en alta mar. Una mezcla de temor y emoción provocaba que mis piernas temblaran. Más miedo me daba la guerra que nos esperaba al otro lado del Mediterráneo. La travesía sería una pequeña tregua antes de llegar al horror.

Carmen me había advertido de los mareos que provoca el oleaje cuando el mar eleva el barco para luego dejarlo caer.

—Voy a tumbarme al camarote —me dijo cuando ya no se divisaban las luces del puerto—. No quiero marearme.

Permanecí un rato en la popa, contemplando la estela del barco diluyéndose desde la costa de España en dirección a África. El viento me azotaba la cara y gotas de agua salada llegaban a mis labios; las relamía como si fuesen dulces.

No me sentía indispuesta, y me movía por el barco sin apenas perder el equilibrio. Quise recorrerlo, conocer cada recodo, pero muchos accesos estaban reservados a la tripulación, así que acabé bajando al camarote para comprobar cómo se encontraba Carmen.

—Hoy todo me da vueltas… ¡Con lo que me gustan los viajes y me mareo en los barcos! —me contó, tumbada en la cama y con los ojos cerrados—. Vas a tener que escribir tú mientras te dicto. Eres incombustible, ni siquiera te altera el oleaje. ¿Qué haría sin ti, Ketty?

Pasamos horas en el diminuto camarote, hasta que el vapor casi alcanzó su destino. Las costas de África aparecieron recortadas en el horizonte, el viento se detuvo y las olas nos dieron una tregua para llegar a puerto con calma. Estábamos en Melilla.

40

Más que a un puerto, llegamos a un embarcadero con un bullicio desconocido. En el destartalado muelle, todo era agitación: marineros de diferentes países, gente cargada con fardos, hombres con chilabas y soldados, muchos soldados.

Nos recibió el capitán Ricardo Burguete, quien nos acompañaría en toda nuestra estancia. Era un hombre recio, no demasiado alto, embutido en el traje militar de campaña. Nos trató con amabilidad y nos llevó en un coche, conducido por un soldado, hasta el hotel Victoria, donde nos alojamos. Por algunos comentarios, deduje que el general Marina no se alegraba de nuestra visita: suponía una carga y una responsabilidad, pues debían alejarnos del peligro y, sobre todo, temía la pluma cargada de Colombine, capaz de contar la dura realidad que allí se vivía con toda su crudeza:

—La censura militar se aplica también a la prensa —advirtió el oficial—. Son tiempos de guerra.

Carmen le entregó las cartas que recogió en Almería para que fuesen distribuidas entre los soldados cuanto antes. El capitán le aseguró que así se haría y que estaría a nuestro servicio de continuo.

—También buscamos a este joven —añadió Carmen—. Enséñale la foto, Ketty.

—Se llama Vicente López Torres. —La extraje del bolso y se la mostré al capitán.

—No se preocupen, señoritas, lo encontraremos, se lo garantizo. En Melilla, el ejército lo tiene todo controlado.

Burguete deseaba darnos una sensación de seguridad que no parecía falsa. Nos condujo al hotel, un notable edificio situado entre dos calles y adornado con rejerías en los balcones. El rótulo con el nombre, REINA VICTORIA, en grandes caracteres, destacaba en el frontón triangular del chaflán. La fachada principal, que daba a la calle General Pareja, estaba provista de una marquesina sobre la puerta de acceso.

Se había inaugurado un año antes, relucía nuevo y lujoso. La guerra nos habría parecido un asunto lejano de no ser por la cantidad de uniformes que abarrotaban las salas. El comedor presentaba un aspecto animadísimo: multitud de militares iban de un lado para otro formando pintorescos grupos en los que jefes y oficiales se confundían con voluntarios aristócratas. No era raro ver la banda roja de un general entre los sencillos uniformes de elegantes soldados.

No se distinguía ni una sola mujer en el enorme salón, solo nosotras. Los hombres hablaban en voz alta, se mezclaban las conversaciones, y discutían sobre las noticias. Quienes nos descubrieron en aquel maremágnum detuvieron la charla y nos miraron con incredulidad. Era extraño que dos señoras se pasearan por el hotel Reina Victoria. Apresuramos el paso para dirigirnos a nuestra habitación y huir de miradas incómodas.

—Descansemos —me dijo Carmen—. Mañana será una larga jornada, después de este viaje agotador.

El capitán se despidió y nos emplazó para el día siguiente. Tenía órdenes de escoltarnos en cada movimiento que hiciésemos, y eso privaría de libertad a mi hermana, pero a mí me daba cierta tranquilidad.

El 26 de agosto nos levantamos temprano para visitar Melilla y los campamentos. Comprobé que tampoco se veía a muchas mujeres por las calles… Era una ciudad de hombres, de soldados, de cristianos, moros y judíos empeñados en ocultar a sus esposas.

—¿No tiene usted miedo a la guerra, señora Colombine? —le preguntó Burguete, como si yo no existiera.

—¿Miedo? Ninguna de las dos lo tenemos —respondió ella con dignidad—. Me asusta el derramamiento de sangre, el dolor de los que pierden a sus seres queridos. Ya que no puedo evitar los males, quisiera prestar algún consuelo.

A la luz del día, contemplé la realidad de la ciudad. El hotel se hallaba enclavado fuera del primer recinto, en la gran explanada de casas que formaban el barrio Reina Victoria, al abrigo del cuartel de Santiago.

—Cuando pueda vivirse sin el amparo de las murallas, esta zona será el ensanche de la población, la base de la futura Melilla —nos contaba el capitán.

Cruzamos la ciudad vieja, que se alzaba sobre las prominencias roquizas como un castillo feudal con aspecto de fortaleza. La plaza donde se encontraba el Gobierno Militar y algunas estrechas y empinadas calles formaban el pequeño recinto de la vieja población, solo accesible por unas escaleras.

—El Mantelete es el mercado principal de Melilla. Ahí se puede encontrar de todo. Cuando quieran, lo visitaremos. No es conveniente que vengan solas o con escasa comitiva —advirtió.

Desde el coche, observé las tiendas pequeñas, como portalillos, que ofrecían un conjunto abigarrado. Algunas vitrinas, a modo de escaparates, dejaban ver collares de latón, babuchas, trajes morunos, telas de vivos colores y toda clase de bisutería barata. También había vendedores de tabaco, perfumes, telas, loza, zapatos y objetos de metal.

—Este ambiente me evoca el de los mercados de Bagdad, donde se vendían las alfombras y pomadas milagrosas de los cuentos de Sherezade en *Las mil y una noches* —dijo mi hermana.

El capitán se rio del comentario. El lugar tenía poco de cuento, a pesar del exotismo de sus calles y habitantes. Ciertamente, jamás

había visto ni vería en mi vida una mezcla mayor de culturas y religiones, de costumbres y vestimentas. Miraba alrededor, fascinada, y olvidé que habíamos ido a presenciar una guerra.

Por la tarde nos dirigimos a los campamentos. Dejamos atrás un hermoso parque, con sus bosquecillos de palmeras; atravesamos el barrio de la Trinidad, cuyas casas se habían convertido en figones y cantinas; y, después de cruzar uno de los puentes de madera del río de Oro, nos encontramos en pleno campo. A cada momento aparecían grupos de soldados, con la cabeza cubierta con el moderno salacot, que les robaba gran parte de su aspecto marcial. Se veían por todas partes escuadrones de caballería, carros, acémilas cargadas de material de guerra, cañones y vagonetas. Los clarines rasgaban el aire con sus ecos de mando, y, entre el continuo ir y venir, el ruido y la animación, la guerra ofrecía un espectáculo seductor y épico.

Me sorprendió lo cerca que estaba la ciudad del campo de batalla. Allí mismo, al pie de las últimas casas, empezaba la línea de los fuertes, coronados por cañones, a cuyo amparo se tendían los campamentos, con las tiendas de lona que se perdían en la llanura. Parecían habitaciones de pueblos nómadas.

El coche avanzaba muy despacio bajo los cegadores rayos de un sol de fuego, entre asfixiantes nubes de polvo y un enjambre de moscas que mordían rabiosamente, sin que bastara el velo para defenderse de ellas.

Descendimos del coche y una nube de soldados nos rodeó. El capitán habló como quien está acostumbrado a mandar:

—Las tropas y los oficiales se encuentran llenos de valor, deseando entrar en combate, y todos los días acuden voluntarios a alistarse en nuestras filas.

Algunos soldados se acercaron para enseñarnos retratos y cartas

de sus hijos y esposas. Nos contaron que ellas se quejaban del dolor de la separación y de la falta de noticias. Mi hermana prometió llevarles sus mensajes para aplacar así el drama de la ausencia.

—Cuando el mar picado por el levante no deja desembarcar, se apodera de todos una gran angustia —nos explicó el oficial—. Los soldados esperan las cartas de sus familiares, que parecen no llegar. Hay quienes toman botes para ir a bordo a llevar o buscar noticias, maldiciendo el abandono de los que aún no han dotado de un puerto en condiciones a Melilla.

De pronto, se oyó el dulce acorde melancólico de una guitarra. Un soldado entonaba la triste elegía de una malagueña:

Estando muerta mi madre,
a su cama me acerqué;
le di un besito en la frente,
llorando me retiré.

—No cantes eso —clamaron varias voces.

Nos invadió una tristeza profunda. Observé que los ojos de Carmen brillaban al borde de las lágrimas. El soldado en campaña nos inspiraba un sentimiento de respetuosa ternura.

No había seguridad en ningún momento. Anochecía, y nuestra fiesta no tardó en ser interrumpida por las detonaciones y descargas de fusilería.

Me asusté y di un grito que, por fortuna, nadie oyó debido al estruendo. Burguete mandó apagar las luces del automóvil. Los que un momento antes reían y bailaban, ya estaban empuñando las armas para ir a reforzar las avanzadas. Un heliógrafo del Atalayón empezó a comunicarse con la plaza, advirtiendo del avance enemigo. Corríamos un grave peligro.

—No van ustedes a estar bien aquí si esto sigue —nos dijo Burguete.

—Ninguna de las dos tenemos miedo entre las tropas —aseguró, resuelta.

Cesó el fuego y, curiosamente, se notó la contrariedad en todos los que habían olfateado la pólvora. Nosotras volvimos a Melilla; el coche avanzaba con las luces apagadas para no servir de blanco al enemigo.

Sentí alivio al entrar por fin en el hotel tras los tensos momentos vividos. En el comedor continuaba la agitación, y las miradas curiosas hacia nosotras iban disminuyendo. Ya todos sabían que Colombine y su hermana habían acudido al teatro de la guerra.

41

Un joven soldado se acercó a nosotras con una amplia sonrisa en la boca y se puso firme para hablarnos, como si se encontrase ante dos oficiales.

—Señoritas, soy Vicente López. ¡A sus órdenes!

—¡Vicente! Tu familia se alegrará muchísimo —respondió Carmen estrechándole la mano—. Debo escribir sin falta el artículo para el *Heraldo*, pero mi hermana se puede quedar un rato contigo. ¿Verdad, Ketty?

Asentí, complacida. Aunque estaba cansada por las emociones del día, deseaba hablar con aquel soldado almeriense tan apuesto. Era más alto de lo que parecía en la foto, sus ojos azules destacaban en su armonioso rostro y poseía unas manos fuertes y morenas. Lo invité a sentarse a una mesa algo apartada del bullicio de la sala y pedimos sendos tés morunos.

—Me he acostumbrado a esta bebida, la echaré de menos cuando vuelva a la península —dijo.

—No me extraña —respondí—. Acabo de llegar, solo la he tomado una vez y ya quiero repetir.

—Así son las cosas buenas —dijo mirándome de forma seductora.

Me percaté entonces del hoyuelo de su barbilla, de la recta perfección de su nariz y de los dientes blanquísimos que asomaban entre sus carnosos labios. Respiré hondo para disimular la impresión que me producía su presencia, e intenté hablar de la manera más pausada posible.

—Tu madre está muy preocupada. Lleva mucho tiempo sin saber

nada de ti. Temía que hubieras muerto o que estuvieses herido.

—Las cartas tardan mucho en llegar, si es que lo hacen —se quejó en voz queda—. Yo solo recibí una suya, hace tiempo. Se la escribió mi tía Eloísa.

—¿La madre de Ángela? Ella y yo somos muy amigas.

—Lo sé. Mi prima no hace más que hablar de usted.

—No debes consentir que tu madre sufra. Tienes que escribirle, yo me encargaré de llevarle la carta a mi regreso a Almería.

—Verá usted, señorita —musitó—, no escribo bien, no sé expresarme por carta. Lo que sí hice fue enviarle un retrato a mi madre. Siempre hay fotógrafos en los campamentos, y todos hacen un buen negocio. Muchos soldados se gastan los ahorros en comprar tarjetas para que en sus casas vean cómo están, como si con ese retrato enviasen parte de su alma. Dejé enseguida la escuela para trabajar en el campo y tampoco puse mucho interés, no me gustaban las letras. Ahora me arrepiento —confesó.

—No te preocupes, yo escribiré lo que tú me cuentes. Estoy acostumbrada a hacerlo.

—¿Escribe usted cartas a otros soldados? —preguntó, impresionado.

—¡No! —reí—. Paso a limpio o escribo al dictado los artículos y otros textos de mi hermana.

—¡Ah, claro! La famosa periodista. ¡Se dicen tantas cosas sobre ella!

—¿Qué cosas? —quise saber.

Vicente pareció arrepentirse de sus palabras y balbuceó una respuesta poco convincente:

—Que es muy valiente por venir sola a la guerra.

—No está sola, estoy con ella —protesté.

—Quiero decir sin un hombre.

—Esto está lleno de hombres que podrían protegernos —le rebatí.

—Dicen que no está casada, que habla de todo sin pudor, que va

pidiendo el divorcio…

—Tienes una mente muy estrecha —le solté, enfadada.

—Ya lo sé, señorita, pero ignoro cómo cambiar eso. Me gustaría… —reconoció—. Si fuese más listo y culto, no estaría en esta guerra maldita o, por lo menos, sabría por qué me encuentro aquí. Mañana podría estar muerto y no habría tenido sentido nada, ni mi vida ni mi muerte.

Me sorprendió su aguda reflexión, impropia de un campesino ignorante. Una ternura infinita me invadió, y deseé ayudarlo a cambiar su destino, al tiempo que sus labios y su cuerpo entero me atraían como un imán.

—Eso se puede solucionar —aseguré—. Estaremos unos días en Melilla, así que prometo dedicar mi tiempo libre a escribir a tu madre, a leerte cuestiones que te interesen y a ponerte al día de lo que ocurre aquí. Si no te importa que sea una mujer quien te instruya…

—Nadie mejor que usted, señorita —dijo, emocionado—. Soy el soldado más afortunado de Melilla… ¿Qué digo de Melilla? ¡Del mundo!

Reímos con complicidad, como dos amigos que se conocieran desde hacía tiempo.

—Aquí los días pasan con inquietud —me contó—. Es angustioso para los soldados esperar órdenes y obedecer sin rechistar. Mis compañeros dicen que las balas llevan el nombre y el apellido de aquel al que están destinadas. Cuando alguno muere en el campo de batalla, pienso si la bala que tiene que matarme no estará ya en el cañón de un fusil enemigo.

—¡Ay, no digas eso! —salté, impresionada.

—¿Ve usted? No puedo contarle la verdad a mi madre, sería tremendo para ella.

—Le escribirás solo lo agradable. Lo demás, me lo cuentas a mí —ofrecí.

—Hoy me siento mejor. Estar a su lado y hablar ha sido un desahogo —reconoció—. Sé que usted no le contará nada a mis superiores. Hay soldados que creen que Colombine ha venido para que se enteren en la península de la situación injusta que vivimos.

—Estoy segura de que lo hará, pero no ahora. Se ha impuesto una censura militar, y no se puede criticar la guerra. En los periódicos solo se exalta el valor y patriotismo de las tropas —le expliqué.

—No lo sabía, a nosotros no nos cuentan nada.

—Si lees el periódico, sabrás más.

—No nos llega la prensa. Alguna vez, *El Telegrama del Rif*, que se imprime en la ciudad, pero nunca he querido leerlo.

—En ese contaron nuestra llegada. Decían que la misión de Carmen en Melilla era estar al lado de la Cruz Roja, informar a los lectores de los heridos y enfermos. En realidad, quiere enterarse de qué pasa en la guerra, husmear aquí y allá. A partir de ahora, te haré llegar el periódico cada día y lo comentaremos juntos.

—¿Sabe usted por qué estamos en guerra? ¿Qué nos han hecho los rifeños, aparte de ser musulmanes? Eso no me parece un pecado. Ni siquiera han elegido serlo, como yo no escogí ser católico.

—Vuelve mañana por la tarde y te responderé. Carmen lo sabrá mejor que yo. Eres un hombre cabal.

—Y usted una señorita hermosa y lista.

Me tomó la mano y la acarició levemente. Me estremecí más que cuando Rafael hacía ese gesto, y no tuve fuerzas ni deseos de apartarla.

—Cuénteme cómo están las cosas en Almería —me pidió, sin soltarla.

Las palabras surgieron de mi boca como un torrente. Solo deseaba seguir allí, a su lado: me miraba con arrobo, me escuchaba sin perder una sílaba, compartíamos un tiempo único. El resto del salón desapareció, como si estuviésemos solos en el mundo.

La voz de mando de un capitán nos sacó del ensueño y

despertamos a la realidad con fastidio.

—Tengo que marcharme —dijo poniéndose en pie.

—¿Volverás mañana?

—Si la bala con mi nombre no me lo impide, aquí me tendrá, a sus pies.

Salió a la carrera del salón, dejándome con el alma en vilo y la respiración agitada. Y, sobre todo, con el deseo intenso de volver a verle al día siguiente.

Cuando subí a la habitación, Carmen se encontraba tumbada en la cama con los ojos cerrados. Pensé que se había dormido, presa del agotamiento del día, pero me habló en cuanto oyó el chirrido de la puerta.

—¿Qué tal con el soldado?

—Bien, es agradable y parece listo. Quiere saber por qué está aquí, cuál es el motivo de la guerra.

—¡Vaya! —exclamó mientras se incorporaba para quedarse sentada en la cama—. Eso es bueno, tiene espíritu crítico, algo no muy común en los hombres españoles de su condición. Todas las guerras son injustas, Ketty. Su única función es procurar poder, honores y riquezas a un pequeño número de hombres a expensas de la masa, cuya credulidad y prejuicios explotan. El arma más bella está siempre maldita. Hay que declararle la guerra a la guerra.

—¿No habrás escrito eso en el artículo del *Heraldo*? —pregunté, preocupada.

—¡Ya te he dicho que no te inquietes! Sé dónde estoy, ya habrá momento. Ahora solo puedo aparecer en el periódico como una dama de la Cruz Roja que viene a aliviar a los enfermos. A la vuelta escribiré la verdad, y no será en un artículo, sino en una novela. La ficción pasa mejor la censura. Entonces contaré lo que he visto y lo que pienso.

—¿Qué le digo a Vicente? ¿Crees que le conviene conocer la realidad?

—Siempre es bueno. Le ayudará a decidir su destino, a elegir una vida digna.

—Entonces explícame por qué se juega la vida en esta guerra —le pedí.

—Porque su familia no tiene mil quinientas pesetas, Ketty. Los hijos de los ricos y los de la clase acomodada pueden librarse del servicio militar, si las pagan. Los pobres deben soportar el peso de la guerra. Todo ha empezado por las obras del ferrocarril que transporta el material desde las minas al puerto de Melilla para su embarque. El sultán se opone a que continúen los trabajos, y las cabilas próximas a la ciudad rechazan la explotación de las riquezas mineras de Marruecos por parte de extranjeros. La propaganda del Gobierno español presenta la guerra como una cuestión de honor nacional, ultrajado por los moros, y afirman que es preciso vengarse. Pero no es más que una guerra de conquista que protege los intereses económicos de los poderosos. Los soldados, que además de estar mal equipados tienen insuficiente instrucción, van a una muerte segura.

—¡Qué horror! ¡Pobre Vicente!

—Veo que ese soldado te ha impresionado. Cuéntale lo que sabes para que piense, se lo cuestione y se rebele en cuanto pueda. No conviene que ahora acabe encerrado en un castillo, pero se planteará un futuro sin órdenes ni sometimientos. Será inútil para él buscar noticias de la guerra. La tropa no sabe nada de los planes de los jefes ni de las circunstancias de la campaña.

Apenas dormí aquella noche, obsesionada con la guerra y los ojos azules de Vicente. Solo deseaba que llegase el día siguiente y reencontrarme con él para hablarle y perderme en su mirada.

42

Me levanté ojerosa y somnolienta, pero el té moruno me ayudó a espabilarme. Nos esperaban para llevarnos de visita a un poblado marroquí en Dchar. Durante el trayecto, no hacía más que mirar a los soldados, esperando reconocer a Vicente entre ellos. Marchaban en grupos, uniformados y ajenos a su suerte. Era un espectáculo seductor que ocultaba el horror de la guerra con una crueldad suprema. Algunos de aquellos muchachos no iban a volver. Se jugaba una triste lotería de muerte, y rogaba para que el primo de Ángela no fuese una de las víctimas.

Las moscas no daban tregua en medio del sofocante calor africano, y me desesperaba espantándolas con el abanico. Las mujeres de la aldea nos acogieron con curiosidad: palpaban nuestras ropas y sombreros, que jamás habían visto, y se reían. Nos ofrecieron unos deliciosos dulces que probamos sentadas en mullidos almohadones. Se creó una hermandad que superaba credos y culturas: eran como nosotras, vestidas de otra manera, pero con las mismas preocupaciones, capaces de recibir a las extranjeras con alegría y confianza.

—Si nosotras mandásemos, se acabarían las guerras —suspiró mi hermana cuando abandonamos el lugar.

Pasé la tarde inquieta, esperando noticias de mi apuesto soldado, pero ni apareció por el hotel ni dejó recado alguno. Mientras Carmen me dictaba el artículo, yo andaba distraída, y ella se

percató:

—¿Qué te ocurre, Ketty? ¿Te asusta la guerra? Siento haberte arrastrado a este espectáculo aterrador, pero habría sido incapaz de venir sin ti.

—No es eso, quiero estar aquí contigo. Es que…no sé nada de Vicente. Me dijo que vendría esta tarde…

—Te gusta ese joven… —dedujo—. Habrá que hacer algo. Hablaré con Burguete, le diré que necesitamos un asistente y que Vicente es pariente nuestro, de Almería. No te preocupes, yo me encargo. Te lo prometo.

No dudé de que lo lograría, pero no tuve en cuenta que se trataba del ejército español, con su reglamento, su rigidez y sus absurdas normas. Sin embargo, Carmen era mucha Carmen.

La promesa de mi hermana y el agotamiento de esos días lograron que por fin durmiera, a pesar de que, a ratos, se oían a lo lejos las detonaciones de los proyectiles, que se convirtieron en música de fondo.

La visita a los hospitales para recabar las noticias de soldados enfermos fue lo más descorazonador. Acompañadas por el jefe de Sanidad Militar, recorrimos las vetustas salas de aquel caserón medio derruido en unas condiciones más deplorables que los hospitales que habíamos visto en Málaga. Allí estaban los enfermos graves, los que era difícil transportar a España: heridos en el pecho, el vientre o la cabeza, muchos de ellos con brazos o piernas amputados. La visión era desoladora. El olor a sangre impregnaba las salas y sentí un leve mareo.

Llegamos en el momento en que ingresaban a tres heridos. Nos dijeron que la escena se repetía cada día y, a finales de mes, las bajas equivalían a las de una batalla. Soldados graves yacían sobre camillas, otro agonizaba con el rostro destrozado de un balazo…

Pensé en Vicente, en la posibilidad de que fuese uno de aquellos pobres desgraciados, en la muerte pisándole los talones, en la bala

con su nombre y apellido silbando sobre su cabeza, y sentí que perdía el conocimiento.

—Mi hermana se está mareando —le dijo Carmen al jefe que nos acompañaba.

Enseguida me sacaron fuera en volandas y me sentaron en una silla que no sé de dónde salió. En un coche, me trasladaron al hotel y, una vez en la habitación, desahogué mi angustia con un llanto incontrolable.

Me quedé dormida, y no me acordé ni de la hora de comer. Cuando Carmen regresó, desperté sin saber dónde me encontraba.

—Te he subido unas manzanas —susurró—. No me extraña que te hayas sentido mal. Es desolador. Y si te cuento la escena que he presenciado durante la comida, no te la vas a creer. Me he sentado a la mesa con varios oficiales, han insistido porque desean hacerme preguntas y tenerme controlada. De pronto, ha llegado un soldado tan sudoroso y jadeante que apenas podía cuadrarse, y se ha llevado la mano a la sien con el saludo militar. «A la orden, mi teniente. Ocho bajas», les ha dicho a los mandos. Sin esperar respuesta, se ha marchado después de repetir: «A la orden, mi teniente». ¡Y nadie se ha inmutado, Ketty! Han seguido comiendo como si tal cosa. Esas bajas significan heridos, muertos; vidas llenas de amor truncadas en un momento. Es horrible esa indiferencia, un desprecio a la vida de los soldados. Para ellos, solo son carne de cañón. Mueren sin combate, sin gloria, abandonados.

—Tienes que contarlo, Carmen —le pedí—. Si no es ahora, a la vuelta. En España tienen que saber qué está ocurriendo.

—No lo dudes, es mi cometido, por encima del papel de benefactora que me han querido adjudicar.

Unos golpes en la puerta interrumpieron la conversación. Me levanté y, cuando abrí, la sorpresa hizo que cayera al suelo la manzana que llevaba en la mano.

—¡A sus órdenes, señoritas! Me han nombrado su ayudante,

quedo a su disposición.

Vicente, con la gorra en la mano y firme como un mástil, me miraba entre agradecido y expectante. Y yo, que deseaba dar saltos de felicidad o echarme a sus brazos, tuve que conformarme con estrecharle la mano y decirle que me alegraba verlo de nuevo sano y salvo.

—No existe esa bala con mi nombre —me dijo al oído.

—Tengo que ir al telégrafo a entregar mi artículo —comentó Carmen—. Luego haré algunas visitas más. Mi hermana se encuentra algo indispuesta. Será mejor que se quede en el hotel y que tú, Vicente, estés pendiente de ella.

—Será un placer —sonrió.

Despareció como por arte de magia y allí nos quedamos los dos solos, tal y como ella había dispuesto con su acelerada partida. A cualquier mujer decente le habría parecido escandaloso encontrarse en una habitación de hotel con un hombre casi desconocido, pero ni siquiera lo pensé. Solo deseaba saborear ese momento y sentirme a su lado.

Le ofrecí una manzana, que aceptó, y nos sentamos, él en una silla y yo sobre la cama.

—Sé por qué estás aquí.

Se sonrojó como un niño pillado en una travesura. Era evidente que había malinterpretado mis palabras.

—Quiero decir que sé el motivo de esta guerra.

—Estoy deseando escucharla, señorita Ketty.

Desgrané mi discurso con pasión, quería que fuese consciente de la magnitud de la injusticia. Luego seguí con las desigualdades sociales que impedían que los pobres tuvieran una vida digna, y le hablé de la situación de incultura y falta de derechos de las mujeres, del desamparo de los niños…

Él me miraba con arrobo, pendiente de cada palabra, y yo me sentía crecer ante sus ojos. Nadie me había admirado nunca de esa

manera. En Madrid, durante las tertulias, apenas tenía voz, era casi invisible para todos aquellos aspirantes a poetas. Incluso para Rafael yo era un personaje desdibujado: jamás me escuchó con esa veneración, ni creyó en mis palabras, ni apreció mi forma de expresarme, ni se quedó deslumbrado ante mi presencia.

—¡Qué bien habla usted! —me interrumpió—. ¡Y cuánta razón tiene! Hay que luchar contra las injusticias, pero ¿cómo?

—Lo primero es la educación —aseguré—. Un pueblo culto no consiente que lo engañen.

Lo había aprendido de la mano de Carmen. Sin ella, habría seguido siendo toda mi vida una mujer provinciana capaz de creerse todo lo que le dijeran.

Temí asustar al joven con mi verborrea, así que le pedí que hablara de sus sueños y aspiraciones, que me contara la vida en el campamento.

—Hay una gran diferencia entre soldados y jefes —se lamentó—. Ellos comen en este hotel, van al balneario o a tomar una cerveza a cualquiera de los barracones de madera que sirven de cafetines. En cambio, nosotros comemos rancho sentados en grupos en el suelo, en torno a las cazuelas de metal. Los fusiles no están lejos ni en los momentos de descanso, son como amigos de los que no debemos separarnos. Y son tantos los compañeros a los que he visto morir… —Se le quebró la voz y se enjugó una lágrima con el puño de la camisa—. Los hombres no lloran, es lo primero que te dicen aquí.

Me conmovieron su gesto y sus palabras. Me levanté, me acerqué despacio a él, rocé su cabello con los dedos y le hablé con el corazón en la mano:

—No dejes de hacerlo, no es signo de debilidad, sino de sensatez y compañerismo. Si los hombres llorasen, mejor le iría al mundo.

Vicente me agarró la mano con fuerza y se puso en pie. Nuestros cuerpos se tocaban, y me dejé llevar por un impulso más fuerte que yo. Le rodeé el cuello con los brazos y él me tomó por la cintura.

Nos miramos un instante y no vimos duda en el otro. El azul de sus ojos me hablaba de promesas de amor, y me estremecí como nunca. Mi cuerpo entero se entregaba a esos brazos poderosos que me apretaban como si desearan traspasarme hasta convertirnos en uno.

No pensé en mi reputación, ni en las habladurías, ni en lo que él pudiese contar a los otros soldados, ni que los ecos de ese episodio quizá llegarían a la ciudad. Era la aventura de la vida, aquello de lo que hablaba mi hermana, lo que yo había rechazado hasta entonces y que ansiaba beber hasta saciarme. Deseaba vivir el instante sin remordimientos absurdos, sin preocupaciones. Él y yo, como primeros y únicos habitantes del mundo.

Mi cuerpo de anciana aún se emociona al recordarlo: era la juventud de los dos, la emoción del primer beso, lo especial del lugar, la guerra envolviéndonos y el vértigo de lo prohibido.

Nos besamos con urgencia, como si hubiésemos esperado ese beso toda la eternidad, mi primer beso. Quise fundirme con su cuerpo, detener el tiempo y olvidar la realidad que nos rodeaba. Acabamos tumbados en la cama, rodando sin desvestirnos, regalándonos caricias y gestos, encadenando besos y palabras tiernas. En una de las vueltas, mi espalda se topó con una manzana; nos reímos y la devoramos a bocados alternos.

El sonido de las detonaciones nos sacó del ensueño, pero no desasimos el abrazo.

—Aquí, contigo, me parece que son los fuegos artificiales de la fiesta mayor —bromeó.

Había dejado de hablarme de usted, me tuteaba con la familiaridad de los novios o los amantes.

—Deberíamos incorporarnos antes de que llegue mi hermana, y escribir esa carta para tu madre —sugerí.

—Sí, pero sin dejar de besarnos.

Entonces juntó sus labios con los míos durante un tiempo que fue eterno y fugaz a la vez, un beso intenso, casi doloroso, porque

significaba lo que jamás podría ser. Intenté no llorar; la emoción me embargaba, pero no deseaba teñir el recuerdo de melancolía.

Nos acomodamos junto al escritorio que mi hermana había mandado instalar en la habitación. Como solo había una silla, me senté en sus rodillas mientras él escribía.

—Tengo mala letra —confesó.

—Eso es porque has practicado poco. Escribe despacio y te saldrá mejor. Piensa primero qué quieres contarle a tu madre. Nada de tragedias, ni de compañeros muertos, ni de balas con nombre y apellido. Debe alegrarse tanto al recibirla como al leerla.

—Entonces tendré que mentir —dijo con un mohín de disgusto.

—¡Ay, Vicente! La verdad está sobrevalorada.

Recordé la cantidad de veces que había mentido a mi hermana para no herirla, para que la realidad no la desbordara y creyera que todo iba bien, que nadie la engañaba, ni siquiera yo.

Tomé uno de los papeles de Carmen y le presté mi pluma, la que usaba para escribir al dictado y pasar a limpio, con mi pulcra caligrafía, los textos que ella creaba.

—Vamos, escribe —ordené—. «Querida madre. Al recibo de la presente espero que estén todos bien…».

—No vayas tan deprisa, que tengo que trazar buena letra.

—«… Yo me encuentro perfectamente, el ejército me trata bien y estoy seguro de que volveré sano y salvo a vuestro lado…» —seguí dictando.

—¡Qué bien mientes, Ketty!

—Es una mentira piadosa.

Le corregí las faltas de ortografía y los acentos, que apenas existían para él.

—Se va a notar que no la he escrito yo, mi madre me conoce.

—Añadiremos que la señorita Catalina de Burgos, que llevará la carta hasta Almería, te ha ayudado a escribirla.

—Mi madre te va a adorar.

—Prefiero que seas tú quien me adore —solté sin pensar.

Como respuesta, me traspasó con su mirada azul y volvió a besarme.

Unos golpes suaves en la puerta nos advirtieron de la llegada de mi hermana, que deseaba ser discreta y no sorprendernos en una actitud incómoda. Al entrar, se percató enseguida de que la colcha estaba arrugada y yo, más despeinada de lo habitual, pero no hizo comentario alguno.

—Estamos acabando una carta para la madre de Vicente —le expliqué a modo de excusa innecesaria.

—En cuanto terminéis, bajad al comedor a tomar un té. Os hace falta a los dos —nos dijo—. Me quedaré escribiendo, no te voy a necesitar, Ketty. No tengas prisa en volver.

Enseguida finalizamos la carta, me recompuse y fuimos, muy formales, a degustar el té. La presencia de un soldado en las mesas del hotel Reina Victoria resultaba extraña, solo los jefes y los oficiales se reservaban ese privilegio. Las miradas insidiosas se sucedían, y no quise dar pábulo a más habladurías. Bastante incómoda les resultaba la presencia de mi hermana en la guerra como para alimentar sospechas sobre mí y perjudicar al joven soldado.

Decidimos huir del hotel y pasear por las calles de Melilla.

43

Nos sentamos en un banco, decorado con conchas marinas, entre los bosquecillos de palmeras del parque Hernández. El olor y la brisa del mar llegaban hasta allí para endulzar la tarde.

—Las puestas de sol en Melilla son hermosas, pero aún más los amaneceres. La ciudad mira al este, por donde sale —me contó mientras me acariciaba la mano a escondidas.

—Me gustaría ver contigo ese amanecer —suspiré.

—Desde la terraza superior del hotel tiene que verse muy bien. ¿Quedamos allí mañana? Tendrás que madrugar.

—¿Te dejarán venir?

—Soy vuestro ayudante. Basta con que tu hermana me reclame.

El parque aparecía solitario a esas horas: los soldados debían estar ya en sus regimientos, y las gentes se refugiaban de la noche, con sus oscuros presagios. A lo lejos divisé a un hombre cargado con un trípode que se dirigía hacia nosotros.

—¡Ketty! ¡Es un fotógrafo! Quiero un recuerdo de este momento, una foto para llevar siempre en mi corazón.

Vicente llamó al hombre, que enseguida dispuso la cámara ante nosotros.

—No deberías gastarte tanto dinero. Le pediremos que envíe las fotos al hotel y que las pague mi hermana —dije—. Además, serán dos copias, una para cada uno. Yo también quiero llevarte en mi corazón.

La madre de Vicente me reclamaría de vuelta la foto que me entregó en el puerto, y yo necesitaba otra para seguir recordando a

Vicente. Sin esa imagen, sus rasgos se desdibujarían en mi memoria a los pocos días.

Posamos con la felicidad de los enamorados en el escenario más idílico de la ciudad, rodeados de flores y palmeras, como si estuviésemos en el paraíso terrenal, que era como nos sentíamos el uno al lado del otro.

Nos despedimos con un discreto apretón de manos en la puerta del hotel, con la promesa de que regresaría al día siguiente, y no lo puse en duda. Mi amor lo salvaría de cualquier peligro y volveríamos a estar juntos, aunque solo fuesen unas horas.

—Tienes que contármelo todo.

Con esas palabras y una amplia sonrisa en la boca me recibió mi hermana. Esa vez era ella la que deseaba saber. No omití ni un detalle; quería revivirlo, pues poner en palabras los recuerdos crea la ilusión de que se goza de nuevo de la experiencia. Ahora, después de tantos años, me invade una nostalgia infinita. Mi hermana y yo éramos dos mujeres enamoradas a quienes la vida se lo ponía difícil. Yo amaba a un soldado a quien quizá, en pocos días, no volvería a ver, y Carmen, a un joven veinte años menor, cuyo padre lo había enviado a París para alejarlo de ella.

—El amor también cabe en esta guerra, gracias, Ketty. Ya sé qué historia voy a contar en la novela que he empezado a escribir sobre esta experiencia en Melilla. Irá precedida de citas antibelicistas de grandes autores.

Desgranamos confidencias de amigas durante horas, nos contamos sueños y temores. Al final, nos dormimos abrazadas, y ni siquiera nos despertó el estampido sordo de los cañones.

Poco antes del amanecer, me escabullí de la habitación y subí al

terrado. La puerta de la azotea estaba abierta, y enseguida divisé la silueta de Vicente de espaldas, como una estatua clavada en medio de una luz tenue. Corrí hacia él y lo abracé. Él se volvió y puso un beso callado en mis labios.

—El sol está a punto de salir del mar —me susurró al oído.

Permanecimos abrazados contemplando el amanecer más bello que he visto jamás. Fue el momento perfecto: sus brazos, su aliento rozando mi piel y el espectáculo que nos ofrecía el sol, como si estuviese allí solo para nosotros.

Aquella felicidad, que ahora me parece ficción, duró solo un par de días más, lo que tardamos en retornar a la península. La estancia de la periodista Colombine no podía dilatarse más; ya había visitado campamentos y hospitales. Debía volver a su trabajo en Madrid. En Melilla estorbaba. Se palpaba en el trato de los oficiales, que preguntaban a cada momento cuándo sería nuestro regreso.

La última tarde, Vicente y yo nos divertimos paseando por la ciudad en un carro destartalado, una especie de cajón de tablas mal unidas sobre el eje de las ruedas, del cual tiraba un caballo flaco y sucio. Cuando lo vi, no puede contener la hilaridad. Sobre los asientos, llenos de grasa, revoloteaban, con rumor de enjambre, esas terribles moscas que fueron mi mayor tormento aquellos días.

—En Melilla no hay otra clase de carruajes —se disculpó ante mis quejas—. No te preocupes por las moscas, son muy cariñosas, nos acompañarán todo el día. Las que yo padezco desde que llegué me esperan todas las noches en la puerta de mi cuarto. Creo que se vendrán conmigo a Almería.

El día antes de partir, le entregué a Vicente dos libros: *Cuentos de Colombine* y *Modelos de cartas*. Mi hermana siempre llevaba ejemplares de sus obras para regalar y, en el viaje a Melilla, cargó con varias copias del que enseñaba a escribir la correspondencia,

imprescindible para los soldados.

—Así sabrás cómo enviarme una carta —le dije—. Esperaré noticias tuyas con impaciencia.

—Practicaré hasta convertirme en un experto. Y, cuando vuelva a casa, pienso estudiar. No quiero ser un ignorante el resto de mi vida. Me has abierto los ojos, Ketty, nunca te olvidaré. Gracias.

Acompañó el agradecimiento con una reverencia y un beso en la mano que expresaba respeto y admiración.

La despedida en el puerto solo fue triste para nosotros dos. Burguete y los oficiales que acudieron al muelle se sentían aliviados por nuestra partida: mejor que Colombine abandonase la guerra y se dedicase a escribir novelitas y artículos para señoras, debieron de pensar. Carmen deseaba reencontrarse con Ramón, exiliado por su padre en París, del que hacía semanas que no recibía noticias y, sobre todo, volver a abrazar a su hija. Yo me había olvidado del resto del mundo: de mi sobrina, de mis padres, de mi vida en Madrid e incluso de Rafael, de quien dudaba haber estado enamorada alguna vez.

Vicente y yo tuvimos que disimular. Delante de los oficiales, ni siquiera nos dimos la mano al decirnos adiós. Se limitó a mantenerse firme y a enviarme miradas furtivas cargadas de significado que solo nosotros conocíamos.

Permanecí en cubierta hasta que su imagen se perdió a lo lejos y la costa desapareció engullida por el mar. En ese momento, rompí a llorar sin consuelo y Carmen me abrazó.

—El amor duele, ya lo ves —me dijo.

Sabía de lo que hablaba; sentimientos nuevos y prohibidos la mantenían en vela: ¿cómo querer a un hombre veinte años más joven que ella en un país que desprecia a las mujeres, y más si son mayores, inteligentes y poderosas? Ambas pensábamos que nuestro amor era imposible.

—Recuerda con cariño lo que has vivido. Vicente te ha abierto al

amor, pero el amor es tuyo. Está dentro de ti, y puedes regalárselo a quien quieras.

Era una mujer sabia, en eso también tenía razón. El joven soldado solo era el depositario de mis sentimientos, pero no sería fácil encontrar a otro hombre que me despertase la misma pasión.

El mar en calma permitió una travesía sin sobresaltos. Mi hermana no se mareó y se dedicó a escribir con entrega lo que habíamos vivido.

—En esta novela, que se va a titular *En la guerra*, cuento toda la verdad disfrazada de ficción. Están los soldados, las experiencias de estos días y también, de alguna manera, vosotros dos, enamorados en un mundo que se desquebraja. ¡Guerra a la guerra, Ketty! Los hombres tienen derecho a negarse a matar.

Tres meses después salió publicada en *El cuento semanal*. Era un alegato antibelicista precedido de citas de grandes pensadores y escritores en contra de los conflictos armados. La crítica que no pudo escribir en el periódico durante esas fechas aparecía en la novela: la crudeza, la sangre, la desolación y el abandono de los soldados, los episodios vividos y hasta mi historia de amor.

Guardé el libro con devoción en la maleta que viajó conmigo a Melilla, y que no se ha separado de mí desde 1909. Es el que más me gusta releer; acaricio sus páginas como si fuesen los brazos de Vicente, y me repito frases enteras que memoricé entonces:

> Los dos saboreaban la dulzura de aquel ambiente delicioso, felices de verse el uno cerca del otro, sin atreverse a pensar en el porvenir ni en el misterio del encanto que les unía. Todos sus actos iban impregnados de la ternura de un amor verdadero.

En Almería, nuestro regreso causó expectación. Había tanta gente para recibirnos como hubo para despedirnos: estaban las madres que esperaban las noticias de sus hijos y nuestra familia, que nos aguardaba con inquietud.

En cuanto descendimos del barco, María corrió a abrazarme, y mis padres hicieron lo propio con mi hermana.

—¡Cómo eres, hija! —le reprochó Carmen a mi sobrina—. Parece que has echado de menos a tu tía, no a tu madre.

—¡Ay, mamaíta! —respondió la niña—. No seas celosa, es que Ketty me regaña menos. Y tú te lo habrás pasado muy bien, rodeada de uniformes.

—¡Qué tonterías dices! Anda, cuéntame qué has hecho en casa de los abuelos.

No se separaron en todo el día. Madre e hija se adoraban, pero, al mismo tiempo, rivalizaban y se reprochaban mutuamente la falta de atención.

La madre de Vicente también se encontraba en el puerto. Se acercó, ávida de noticias, y la abracé como si abrazara a su hijo. Le entregué la carta, que cogió con lágrimas de emoción, y le devolví la foto. Yo ya tenía otra de los dos en el parque Hernández, muy juntos y felices, como dos enamorados que se estrenan.

Ángela no fue capaz de esperar a que yo la visitase, y apareció por casa enseguida. Ya no le impedían frecuentarnos: para su familia, Carmen había dejado de ser un peligro y se había convertido en una bendición.

—¿Qué tal tu aventura? —me preguntó con ganas de saberlo todo.

De pronto dudé. Era mi mejor amiga, confiaba en ella, pero mi relación con Vicente era algo tan íntimo que deseaba que fuese solo mío, solo nuestro. Aunque mi hermana conociese los detalles, prefería callarme ante Ángela. ¿Y si se lo contaba a Cándida o a otras chicas de Almería? Me limité a hablarle de la guerra, de lo que

habíamos presenciado, de la ciudad y del ruido de las bombas.

—Mi tía me ha dicho que viste a Vicente. ¿Cómo está?

—Bien —me sonrojé, pero mi amiga no se percató—. La correspondencia es un desastre allí, por eso no le llegaron las cartas.

—¿Has conocido a algún oficial interesante? Seguro que muchos revoloteaban alrededor de dos bellas señoritas.

—No te creas —reí—. Parecía que estábamos de sobra, apenas vimos a mujeres, y los hombres andaban demasiado preocupados con su guerra.

—¿Habéis corrido peligro? —me demandó, con los ojos muy abiertos.

—Casi nada, íbamos bien escoltadas.

No recordaba el riesgo ni la amenaza de la guerra. De aquellos días me quedaría para siempre la nostalgia del amor estrenado en un escenario tan imposible como el futuro de nuestra historia.

No tardamos en regresar a Madrid. A mi hermana le esperaba su trabajo, y yo prefería la gran ciudad y el trasiego de nuestra vida allí antes que la quietud de Almería, que me arrastraba a la añoranza. Necesitaba acción para superar la angustia de mi amor imposible, volver a las tertulias, reencontrarme con los amigos, escuchar conversaciones incompresibles y reírme de los petulantes.

Ya no era la misma que había partido de Madrid semanas antes, me sentía más segura. La experiencia de Melilla me había dado fuerzas: conocía la pasión y había sido capaz de amar sin pensar en las consecuencias, sin prejuicios ni falsos recatos. Y comprendí las palabras de mi hermana: el amor procedía de mí, y podía depositarlo en quien yo quisiera, aunque no olvidase a Vicente. Se abría un mundo de posibilidades, una nueva Ketty llegaba a la capital.

44

Por fin mi hermana abandonó definitivamente su destino de profesora en Toledo. Antes de incorporarse a las clases en Madrid, en octubre de 1909, la directora le concedió una semana de licencia. Pensé que la dedicaríamos a poner en orden la casa y preparar el curso, pero Carmen me sorprendió con una osadía sin límites.

—Quiero ir a París a ver a Ramón —me confesó, nerviosa—. No aguanto más esta incertidumbre ni esta separación. Hemos tenido un largo silencio que no ha resuelto nuestra angustia. Ambos nos sentimos desconcertados ante esta relación tan desigual, pero también estamos expectantes. He recibido una carta suya en la que me dice que tenemos derecho a amarnos libremente.

—París está muy lejos, solo tienes siete días —objeté.

—¡Da igual! Necesito verle, aunque sean dos horas, y comprobar si me ama de verdad.

Corría un enorme riesgo: si Ramón no correspondía a ese ardor que la llevaba a recorrer miles de kilómetros por un beso, la destrozaría para siempre. Nunca la había visto enamorarse así. Carmen era una fuerza de la naturaleza y amaba de la misma manera.

La ayudé a preparar la maleta y mentimos a María respecto al viaje.

—Me voy a Toledo —pretextó la madre.

—¿Sola? ¿Qué harás sin nosotras? Nos vamos contigo.

—Tiene que resolver unos asuntos complicados… —tercié.

—No me lo creo, algo te traes entre manos —saltó su hija.

No era fácil engañar a mi sobrina; tenía el resabio de quien ha pasado la infancia entre adultos.

—Iremos a casa de Violeta. Podrás ver a Esther y contarle todo lo que has hecho en Almería —dije para contentarla.

Se cruzó de brazos y puso morritos de disgusto. Yo sabía controlar esas rabietas mejor que su madre, que perdía los nervios ante los caprichos de la niña.

—¿Y si te preparo un bizcocho de chocolate? ¿Vienes a la cocina ayudarme?

Antes de que terminásemos, Carmen ya lo había dispuesto todo para su partida, y María se encontraba tan entretenida que se le olvidó el enfado.

Sin mi hermana en casa, los días transcurrieron tranquilos, y el recuerdo de Vicente llenó cada instante de mi vida. En vano esperaba al cartero; sabía que la correspondencia tardaba en llegar, pero ansiaba sus palabras como el agua en el desierto. Además, mi hermana me encargó transcribir la novela *En la guerra* para enviarla al editor a su regreso, y me parecía que continuaba en Melilla con mi soldado, desafiando al miedo y el destino.

—Tía, cuéntame cosas de la guerra. ¡Yo también quería ir!

Le leí la novela mientras le comentaba los detalles, y ella se extasiaba escuchándome.

—¿Y los soldados? ¿Eran tan guapos como Gonzalo, el capitán de la historia?

—Con los uniformes llenos de polvo no se distinguía bien.

—Mamá está enamorada, lo sé. Y creo que tú también, porque has vuelto diferente, más guapa. Y mi madre… está encaprichada de Ramón, y parece que esta vez va en serio.

—Eres lista, María. —Había que rendirse a su perspicacia—.

Tendremos que apoyarla, haga lo que haga.

—¿Y yo? ¿Alguien se enamorará de mí alguna vez? —suspiró.

—No lo dudes. Eres muy guapa, pero aún es pronto.

—El amor no tiene edad, ya ves a mamá.

—Tienes mucho tiempo por delante, no te precipites, ya sabes lo que les pasó a tus padres…

—¡Bien que lo sé! Por eso no pienso casarme. ¡Viva el amor libre! —gritó.

—¡Calla! ¡Te van a oír los vecinos!

La semana que María y yo pasamos solas se portó como una muchachita encantadora. Aún me encontraba bajo los efectos del enamoramiento y todo me parecía bien. Ella me prodigó afecto, nos reímos y bailamos al son del gramófono que su madre había comprado antes de partir para contentar a la niña. Cociné sus platos favoritos, haraganeamos y apenas salimos porque deseábamos disfrutar de la casa sin gente y sin las órdenes de Carmen, que nos obligaba a no parar.

—Tía, eres la mejor —me decía—. No te cases nunca. Yo tampoco lo haré. Viviremos las dos juntas siempre, comiendo tu sopa blanca, tus croquetas y tus codornices al membrillo.

Carmen volvió, y ambas la recibimos con alegría. En el fondo, la echábamos de menos. Llegó radiante, con una belleza más espléndida que a los veinte años, a pesar de los cuarenta dos que cumpliría en diciembre.

—Me ama, Ketty. ¡Me ama de verdad! —me confesó, eufórica—. Dice que soy la mujer sin miedo, y eso le gusta. ¡He cruzado dos países para verlo! Me mira con pasión y lucidez, como nadie lo ha hecho antes. Me recibió en París con una lluvia de besos. No podía creer que estuviese allí, a su lado. Nos alojamos en el hotel de Suez, en el bulevar Saint-Michel, donde Ramón vive por treinta francos en

una habitación lúgubre. No tiene dinero para más, y su padre no le pasa ni una peseta.

—¿Qué vais a hacer? Es evidente que esto ya no tiene vuelta atrás.

—Nos enfrentaremos a la transgresión que supone nuestro amor, confío en él. Deberemos ser valientes ante las dificultades que aparecerán: intentarán alejarnos, perturbarnos, dirán maldades, pero tenemos derecho a amarnos libremente, y asumiremos el riesgo.

—Eres valiente, Carmen. Siempre lo has sido, pero esta será la prueba definitiva.

—No le cuentes nada a María, ya hablaré yo con ella. Está muy apegada a mí, y temo que esto la incomode.

Mi hermana no necesitaba confesárselo, porque su hija lo sabía de sobra. De todas formas, mi sobrina se enfadaría: era la manera de mostrarle a su madre que la necesitaba, que cualquiera que la alejase unos centímetros de ella constituía una amenaza. Y Ramón había llegado para cambiarlo todo.

45

Volvieron las tertulias de los miércoles y las fiestas. A Carmen la invadió una actividad febril, y la seguí. Se aficionó a los cafetines de los barrios bajos, a los cafés cantante, a los cines de Lavapiés. Decía que deseaba conocer ese mundo y que lo contaría en una novela. Una cohorte de admiradores nos acompañaba. En Carmen era habitual, pero, en mi caso, parecía que, de pronto, algunos me habían descubierto, como si antes no hubiera estado allí. O quizá fui yo quien los convocó con mi nueva actitud, convencida de que era capaz de amar y de que albergaba esa fuerza en mi interior.

Y regresó Rafael, de quien llevaba meses sin noticias y a quien deseaba ver como el buen amigo que siempre fue. Comprobé que ya no sentía ese ardor cuando lo veía, mis sentimientos habían cambiado. Rafael se percató enseguida y le incomodó; ya no jugaría más conmigo, se terminó esa actitud equívoca que me desconcertaba.

—¿Por qué no vienes con nosotros a estos sitios nuevos? —le pregunté.

—¿Qué falta os hago? Ya tenéis compañía, yo no significo nada…

—No digas eso, sabes bien lo mucho que te apreciamos —le respondí.

—¿Por qué me dices esas cosas, Ketty? No sé qué pensar. ¿Estás jugando conmigo?

La pregunta me hizo reír. Era él quien llevaba años con ese juego nada inocente que me tenía prisionera, pero habían cambiado los roles y ahora era yo quien decidía, quien prefería nuevas

compañías. Deseaba buscar el amor en otros brazos, aunque, para una buena conversación, siempre estaría Rafael.

Entretanto, no dejaba de esperar noticias de Vicente. Cada mañana, al levantarme, y al acostarme cada noche, miraba nuestra foto. Lo mismo hacía mi hermana, enamorada de un hombre ausente, pero ella recibía carta casi todos los días. Ramón no la olvidaba ni un segundo, y ambos eran adictos a la correspondencia. No he conocido a nadie que disfrutase más escribiendo cartas que mi hermana.

Una noche nos acercamos al café de Levante de la calle Arenal. Nos acompañaban José Francés y otros tres amigos de Carmen de los que solían frecuentar la tertulia. Uno de ellos era el pintor Miquel Viladrich, un joven catalán que llevaba un par de años en Madrid. Debía de tener unos diez años menos que yo. Era muy guapo, alto, delgado y con lacia melena. Poseía una belleza delicada, casi femenina, que llamaba la atención. Cuando coincidíamos, procuraba sentarse a mi lado. Siempre lo acompañaba Julio Antonio, inseparable camarada de bohemia, escultor, también catalán, con quien compartía delirios de artista y el taller donde realizaban sus obras. Julio Antonio era bajo, recio, ancho de hombros y moreno como un gitano; tenía cara de cantaor flamenco. Ambos formaban una extraña pareja por el contraste extremo de sus físicos.

Miquel me hablaba de su pintura, de sus planes de futuro, de sus sueños, y yo lo escuchaba embelesada.

—No me llames Miguel —me decía—. Es Miquel, en catalán.

Pero se me olvidaba y seguía llamándole Miguel. Él fingía enfadarse y aprovechaba para reclamarme un casto beso que compensara mi equivocación.

—Aquí —reclamaba señalándose la mejilla.

Entre risas cómplices, me contó que había empezado la carrera de Arquitectura en Barcelona y, de manera autodidacta, pintaba. Había

conseguido una beca para estudiar en Madrid y se había adaptado a la perfección a la vida bohemia de la ciudad.

—En este sitio, en el café de Levante, nos reunimos los simbolistas. Queremos explorar la profundidad del ser humano. Me gustan las obras misteriosas y enigmáticas que invitan a interpretar su significado de forma personal. Es lo que quiero hacer, saltarme las reglas, captar en mis cuadros lo que está más allá de la realidad: la espiritualidad, la muerte, el amor, los sueños, la naturaleza y el misterio.

Hablaba con un entusiasmo febril, se transfiguraba y le brotaba luz en la mirada cuando describía su trabajo. No le importaban las penalidades.

—Julio Antonio y yo hemos montado el taller en la calle Villanueva. Compartimos el poco dinero del que disponemos, las necesidades y el crudo invierno. Trabajamos intensamente, día y noche, y pagamos a modelos cuando los ingresos nos lo permiten.

Intentaba comprender sus delirios. Su fragilidad me impulsaba a invitarlo a comer a casa, pues un buen plato de puchero no le habría venido mal. Imaginaba el frío y las carencias de aquellos dos bohemios que, con el tiempo, llegarían lejos, aunque en ese momento nada hacía presagiarlo. Si miro atrás, a esos años repletos de experiencias, amigos y alegría, comprendo que tuve el privilegio de conocer a los mejores, a los artistas más notables, a las personas más excepcionales.

—Tú eres misteriosa y enigmática —me soltó de pronto—. ¿Sabes que Rafael Cansinos te llama la Hermética? Tiene razón, y eso me atrae como hombre y como artista. Tengo una hermana que se parece a ti, guardáis un misterio que me gustaría descubrir. ¿Posarías para mí?

—¿Posar? ¿Desnuda? —me alarmé.

—Si quisieras… pero no aspiro a tanto. Tienes que venir al estudio, así verás mis obras. De momento son pocas, pero en ellas

está mi vida.

—Iré, te lo prometo, después de las Navidades —dije para contentarlo.

—Espero que no olvides tu promesa.

Arrinconé la promesa en mi memoria el día que, por fin, llegó la carta de Vicente. Era una fría mañana de diciembre que se volvió cálida y luminosa. La apreté contra el corazón antes de leerla. Es el mejor momento: cuando recibes la sorpresa, lees tu nombre en el sobre, sabes que la ha escrito solo para ti y puedes soñar con su contenido, con las palabras que te dedicará, con el amor depositado en ella. Disfruté de ese instante antes de la felicidad, y me demoré en abrirla porque sabía que no contendría lo que deseaba, que Vicente no era capaz de expresar tanto cariño como yo demandaba.

Recordaba la caligrafía de mi joven soldado. Le había ayudado a escribir a su madre y, ya entonces, comprobé que era redonda, poco habitual para un hombre.

Mi distinguida y estimada señorita Ketty:

Me alegraré de que, al recibo de estas cortas letras, te halles con la más cabal salud que yo para mí deseo; la mía es buena, gracias a Dios.

Escribir una carta parece cosa fácil para los que tienen mucha costumbre de dedicarse a las tareas intelectuales, pero ofrece gran dificultad a las personas poco habituadas a la escritura. He de reconocer que el libro *Modelos de cartas* que me regalaste me ha resultado muy útil. En él se dice que una carta es una conversación sostenida por escrito: se debe escribir como si se hablara, y así lo haré.

Hace tiempo que conoces mi corazón y el deseo e interés que tu felicidad me inspira, pero no quiero dejar de repetírtelo, deseando que pases muy felices Pascuas y que el año próximo a empezar esté lleno para ti de venturas y alegrías. Hago extensivos mis deseos a toda la familia.

En unas semanas acabaré mi tiempo obligatorio como soldado en

Melilla y no quiero reengancharme. Volveré a Almería y estudiaré, seré un hombre de bien y reclamaré mis derechos allá donde vaya. Me has ayudado a ver la realidad, me has cambiado, y te estaré eternamente agradecido.

He tomado afición a leer y, aunque aquí no es fácil encontrar lecturas, hay otros soldados y también jefes que tienen libros y nos los prestamos. Los *Cuentos de Colombine* que me regalaste gozan de mucho éxito.

Hemos entrado en combate varias veces, pero la ilusión de regresar con los míos me ha mantenido alerta, y estoy convencido de que no existe esa bala nefasta con mi nombre, al menos en esta guerra.

Soy, con los sentimientos más distinguidos, tu afectísimo servidor.

Tu Vicente, que te abraza con toda el alma,

VICENTE LÓPEZ TORRES

Quise leer entre líneas la pasión que la carta apenas reflejaba, el amor que mi soldado no sabía expresar con palabras, y me conformé con la cariñosa despedida que, como la mayoría del texto, había copiado del libro que le regalé. Yo misma transcribí *Modelos de cartas* para enviarlo al editor, y reconocí párrafos enteros. Vicente no habría sido capaz de escribir una carta semejante, y no podía culparlo, apenas había tres líneas suyas en toda la hoja.

Me alegró saber que enseguida escaparía de la guerra y que, en cuanto visitase a mis padres en Almería, podríamos reencontrarnos. Solo por eso merecía sentirme feliz. La ocasión llegó antes de lo previsto.

46

—Tenemos que organizar las Navidades —me anunció Carmen con un leve temblor en la voz que presagiaba planes descabellados —. ¿Qué te parece pasar las fiestas en Almería con la niña y la familia?

—¡Estupenda idea! —exclamé. La ilusión de reencontrarme con Vicente lo llenaba todo.

—Yo no iré con vosotras… —titubeó—. Quiero viajar a París…

—Para estar con Ramón —completé la frase.

—No soporto esta ausencia —se quejó—. Dice que me ama, pero, si no alimentamos nuestro amor, la distancia lo disolverá. ¡Es tan joven! No quiero perderlo, nunca había amado así.

Mi hermana, la invencible Colombine que se enfrentaba al mundo, que no temía a la guerra ni a las críticas, temblaba de miedo ante la idea del rechazo.

En Almería, mis padres nos esperaban con los brazos abiertos. No cuestionaron la ausencia de Carmen, no preguntaron el motivo, aunque mi sobrina se encargó de divulgar sus certeras sospechas.

Enseguida acudí a ver Ángela, sobre todo en busca de información de Vicente y con la esperanza de que se encontrase ya en la ciudad. Sin embargo, nadie sabía nada de él: su madre hacía tiempo que no recibía noticias suyas y mi amiga se mostraba indiferente ante la situación de su primo. Esperé en vano que apareciese durante las Navidades, y empecé a convencerme de que

era inútil seguir amando a una sombra imposible de alcanzar. No fui capaz de contarle la verdad a Ángela. Quizá si lo hubiese hecho las cosas habrían sucedido de otra manera.

—Háblame de tus amigos de Madrid —me pedía Ángela—. ¿Qué ha pasado con Rafael? ¿Has conocido a otro más interesante?

—Eso, cuéntanos —insistía Cándida, que siempre acudía a nuestros encuentros acompañada por la tímida Antonia.

—Me divierten muchos los artistas bohemios, cada vez son más, y saben que, si se acercan a Carmen, conocerán a gente importante —conté—. Vienen como las moscas a la miel, en busca del éxito.

—¿Cuál es el más guapo? —me preguntó Ángela.

—¡Miguel Viladrich! —respondí sin pensarlo—. Es un joven pintor de Lérida que estudia con una beca y que pasa privaciones para sobrevivir en Madrid. Me ha pedido que pose para él… vestida.

Desgranamos una conversación divertida. Comprobé que me gustaba hablar de Miquel, de la confianza que había entre nosotros, de la cantidad de hombres interesantes que me rodeaban, de la vida intensa que desarrollaba en la capital.

—¡Qué envidia me das! —suspiró Cándida—. Nos gustaría vivir allí, ¿verdad, Antonia?

La chica asintió y se puso colorada. Cándida le tomó la mano y se miraron con ternura.

—Tenemos muchos planes —aseguró—. Lo más importante es huir de la vigilancia de mis padres y evitar ese matrimonio que tienen previsto para mí.

—¿Quieren casarte? —preguntó Ángela alarmada—. ¿Con quién?

—Con un funcionario del puerto, un hombre que me espanta. Me voy a negar, no podrán obligarme. Por eso necesito huir de aquí. ¿Se te ocurre algo, Ketty?

Las tres me miraron como si tuviese la respuesta decisiva, como si de mí dependiese su salvación.

—Hablaré con Carmen —dije para contentarlas—. Quizá pueda ayudarte.

—¡Ketty ha traído roscos de almendra! —dijo Ángela pasando la bandeja a las invitadas.

Las otras dos aplaudieron y me preguntaron la receta, que desvelé mientras las devoramos con fruición:

—Una libra de almendras bien molidas, otra de manteca y doce yemas de huevo. La harina floreada que pueda embeber, un poco de azúcar al gusto y muy trabajado. El horno ha de estar un poquito más flojo. Baño, el que se quiera.

Se me hace la boca agua… ¿Cuánto hace que no como unas rosquillas como esas? Los sabores se recuerdan con la nostalgia de lo que nunca más será.

Antes de regresar, le di a mi amiga un ejemplar del libro *En la guerra*, que había llevado a Almería con la ilusión de regalárselo a Vicente cuando volviese de Melilla.

—Parece que trabaste amistad con mi primo —dijo, suspicaz.

—Bueno… —titubeé—. Nos vimos un par de veces —mentí—. Es un buen chico.

—Si tú lo dices… —soltó incrédula.

Retrasamos el regreso. Las fiestas habían acabado, pero mi sobrina disfrutaba de la ociosidad que le ofrecía la casa de los abuelos. Hizo algunas amigas y pasaba las tardes en casa de una y otra. Sabía que, en Madrid, su madre no le permitiría holgazanear.

—¿No tienes ganas de verla? —le pregunté.

Si Vicente no aparecía, poco me interesaba seguir allí.

—No tanto como otras veces —confesó—. No me apetece oírla hablar de Ramón a todas horas y de los sitios que ha visitado sin mí.

—Lo que no te apetece es estudiar —añadí.

—Eso tampoco. Lo que quiero es ser actriz, aunque a mi madre no le guste. Siempre me pone como ejemplo a Esther, que está

estudiando para ser telegrafista. ¡Vaya rollo! Mamá quiere que me dedique a algo aburrido, que no brille, que no le haga sombra —protestó—. Violeta quiere que su hija juegue a ser actriz, pero fuera de su profesión.

—El trabajo y la afición pueden ser compatibles.

—No seas tonta, Ketty. Mamá prefiere que esté escondida en una oficina, que no destaque como ella.

—Nunca brillarás como Colombine —respondí sin pensar.

—Te lo demostraré. Algún día estaré por encima de mi madre —aseguró, retadora.

No se lo conté a mi hermana. Cada vez me preocupaba más la rebeldía de mi sobrina, ese afán por superar a Carmen, por escapar de su sombra y, al tiempo, por acapararla y guardarla solo para ella. Ya no era una niña, y el problema crecía con los años.

47

Carmen regresó a Madrid antes que nosotras, y me urgió a que nos reuniésemos con ella. Nos echaba de menos, pues no solía separase de su hija tanto tiempo.

El viaje confirmó la relación con Ramón, que parecía más sólida tras aquellas semanas juntos. Olvidó los años de diferencia y la oposición de los padres de él, y se convenció de que aquel joven aspirante a escritor era el amor de su vida.

—En el hotel de París vencíamos al frío alimentado una chimenea, y la única luz procedía de un quinqué de petróleo —me contó con la ilusión de una adolescente—. Luego nos fuimos a Londres, donde pasamos la Nochebuena, ¡la mejor de mi vida! Vivíamos para amar y aprender. A continuación, recorrimos rápidamente algunas ciudades de Italia. He actuado como Cicerone: Ramón no conocía esos lugares, y lo he llevado a ver museos, iglesias, catedrales, estatuas ocultas y jardines en una intimidad maravillosa. Llegamos hasta Nápoles, mi lugar favorito de Italia, y nos alojamos en la pensión de la señora Corsani, en via Caracciolo, donde estuve con María hace años. Te he traído recetas nuevas de Italia y Francia para que las probemos y las añadamos al libro de cocina.

—Lástima que él se haya quedado en París.

—¡Ay! —suspiró—. Nos hemos despedido con gran dolor, como dos artistas que han de sacrificarse para seguir ganando el sustento.

—Y nosotras te echábamos de menos.

—Lo sé. Le he prometido a María que, en cuanto pueda, nos

iremos de viaje las dos juntas, como le gusta a ella, pero tiene que estudiar. Quiero llevarla al Instituto Internacional. Susan Huntington lo está transformando, y me parece el lugar ideal para mi hija. Han ampliado los programas, se puede estudiar hasta acabar el bachillerato, y hay cursos de preparación para el acceso a la Escuela Normal de Magisterio y el Conservatorio de Música. Dan clases de inglés, se han desvinculado de la enseñanza de la religión y el alumnado es más diverso.

—Le vendrá bien un instituto así.

—A ver si se anima a estudiar… La veo con pocas ganas —suspiró.

—Confía en ella, sé que será una buena estudiante —mentí.

Volvimos a la actividad continua. Parecía que el amor había provocado en mi hermana un ansia febril de comerse el mundo, de conocer a gente nueva, de escribir sin parar. Si antes el trabajo la mantenía desvelada, desde que apareció Ramón, el amor la volvió más insomne e ilusionada.

A la tertulia, cada vez más concurrida, no faltaba Rafael, que se mostraba celoso ante la presencia de Miquel, siempre atento conmigo. Me divertía y me halagaba la situación, de la que el joven pintor era ajeno. Mientras me hablaba, Rafael procuraba acercarse a nosotros para escuchar la conversación.

—Julio Antonio y yo queremos viajar por España. ¡Vente con nosotros! —me pidió Viladrich.

—Imposible —respondió Rafael por mí—. Su hermana no la dejará. Ketty tiene que hacerse cargo de la casa, de la niña y hasta de escribirle los artículos a Colombine. Sin Ketty, aquí ni se comería.

—No exageres, Rafael —le reprendí—. Mi hermana cocina de maravilla, y no soy tan imprescindible.

—A Colombine no le gusta pelar patatas y odia las tareas cotidianas, lo dice hasta en sus libros.

—Entonces ¿vendrías? —insistió Viladrich.

—Lo pensaré —dije para fastidiar a Rafael.

—En un rato aparecerá por aquí Antonio de Hoyos —interrumpió la conversación Carmen—. Es un tipo peculiar, hay que ser discretos.

—¿Cómo de peculiar? —quise saber.

—Es un aristócrata bohemio, amigo de Emilia Pardo Bazán. Ella lo ha introducido en el mundillo literario, y él frecuenta su tertulia.

—He oído que es homosexual y que hace gala de ello —susurró Violeta, que se había unido a la conversación.

—No se preocupa por ocultarlo —aseguró mi hermana—. Es una oveja negra para la parte intolerante de la buena sociedad, pero me parece que su clase social y su fama le otorgan cierta inmunidad.

La expectación era máxima ante la visita del marqués. Se murmuraba en corrillos, y la aparición triunfal del aristócrata no defraudó a los presentes.

Era un hombre alto, recio y atlético, como un boxeador de corpulencia algo desgarbada. Iba vestido como un dandi, con una elegancia excesiva y abrumadora, y cargado de joyas, a las que unía un coqueto monóculo que tan pronto utilizaba en el ojo derecho como en el izquierdo. Llegó envuelto en un inmenso gabán con amplio cuello de piel, y se cubría las manos con finísimos guantes. Al quitárselos, mostró unas magníficas y raras sortijas.

Saludó con voz rasposa, pues era sordo, se decía que a causa del sarampión que había sufrido de niño. Lo acompañaba Luisito, un joven menudo y atildado que ejercía de intérprete para el marqués, usando el lenguaje de signos. Ambos hacían un curioso contraste.

—Este Luisito parece una señorita —me susurró Violeta.

Mi hermana animó al invitado a hablar y ponderó su obra con descarada exageración. Él hacía gala de su literatura, se consideraba

decadentista, fuese lo que fuese, y reconocía que sus novelas no eran para el gran público.

—El pecado y la noche son el asunto principal de mis libros —contó con su vozarrón desentonado—. Hay tres cosas en la literatura que siempre me han obsesionado: el misterio, la lujuria y el misticismo. Dicen que mis obras son inmorales. ¡Pero si en ellos no hay voluptuosidad alguna, en ellos el amor es una cosa horrenda y escalofriante!

Hablaba con la confianza que se otorga a quienes te comprenden desde el corazón. Era un tipo extravagante, pero buena persona.

—Dicen que le atrae mezclarse con la chusma —me susurró Rafael al oído—. Que le gusta acudir a los prostíbulos y confundirse con chulos y torerillos en sus recorridos nocturnos por los barrios bajos.

El marqués simpatizó con mi hermana y acaparó la conversación aquella tarde. Cuando nos dimos cuenta, era casi medianoche.

—Pongo a su disposición, querida Colombine, el auto de mi madre para sus visitas a los periódicos, y queda invitada a mi casa. Será muy bien recibida en mi palacete de la calle Riscal.

—¿Puedo ir yo también? —intervino de improviso Violeta, que había observado absorta al marqués durante su monólogo.

—Por supuesto, señora. Vengan todos aquellos que lo deseen.

Solo un par de días después, una curiosa comitiva se encaminó al domicilio del marqués; nadie deseaba perderse el espectáculo. Como Miquel declinó la invitación, Rafael aprovechó para pegarse a mí y tomarme de la mano al menor descuido. Violeta y José Francés también estaban entre los invitados.

De Hoyos vivía en el palacio de su madre, donde ocupaba un departamento en el entresuelo. Nos recibió una doncella joven que nos hizo pasar al salón, decorado con estilo rococó y abarrotado de

objetos diversos: sillas, divancitos, cuadros en las paredes, un gran espejo dorado, marcos con fotos de jovencitos de belleza ambigua y figurillas de bronce.

Mi hermana lo curioseaba todo con afán detectivesco y alababa el lujo y el buen gusto de su dueño, que apareció, de manera teatral, vestido con un kimono bordado, zapatos de tacón alto y pulseras de oro en la muñeca.

Nos mostró la vivienda y nos invitó a un té con pastas. Violeta me daba codazos cuando el marqués nos mostraba los cajones de su comodín, repletos de ropa fina y exquisita.

Carmen salió de allí eufórica, las ideas bullían en su cabeza.

—Ya tengo bastantes elementos para una novela, será una sátira. Se titulará *El veneno del arte*. ¿Qué os parece?

—Magnífico —aplaudió José Francés, y los demás le seguimos.

Esa misma noche, Carmen comenzó a escribirla con el deseo de acabarla lo antes posible. Muchos personajes de la historia estaban inspirados en gente que conocíamos, asiduos a la tertulia y artistas en ciernes.

—¡Es Antonio de Hoyos! —exclamé en cuanto mi hermana empezó a dictarme el texto.

La novela comenzaba con Luis de Lara, un vizconde aspirante a escritor, de vida excéntrica y extraviada, que recordaba demasiado al marqués. En su casa reunía a otros bohemios afeminados:

> Entre los artistas se mezclaban muchos jovencitos dulces, femeninos, soñadores, con los cabellos ensortijados, pintadas ojeras, perfumados y con el cutis lleno de polvos de arroz que tenían siempre una sonrisa complaciente y una mirada humilde para las más absurdas teorías de los jóvenes genios.

—No lo nombro —se excusó Carmen— y, además, la homosexualidad no está penada en el código, no lo acuso de ningún delito.

—Se verá identificado y traicionado, piénsalo —le pedí—. Es un buen hombre.

—¡Es literatura, Ketty! En la novela también me burlo de mí, hay que tomarse la vida con humor. ¿A quién se parece esta escritora feminista, algo ajada, que pide que se atienda a las mujeres en el arte? ¡Es como yo! Mira el mensaje: ¡cuánto podía hacer un hombre de su talento por las reivindicaciones femeninas!

—¿No crees que alguien se sentirá ofendido? —le pregunté tras una de las agotadoras sesiones de copia.

—Quizá, pero no me importa. Si se dan por aludidos, es que se identifican con esos jóvenes mal vestidos y despeinados que hacen gala de su bohemia malsana como patente de artista. Piensan que la gloria les caerá del cielo, sin hacer casi nada. No saben que, para llegar a alguna parte, aunque no sea lejos, hay que bregar mucho —suspiró.

Pensé en Miquel Viladrich, en Julio Antonio, en Tomás Morales y en otros hombres que habían pasado por nuestra casa. Mis dos amigos eran distintos: creían en su talento como artistas y no dejaban de esforzarse por conseguir un mínimo reconocimiento, a pesar de la escasez y las penalidades.

—Algunos hacen incluso ostentación de su ignorancia. Estoy harta de esos presuntos artistas sin bagaje, hinchados de absurda rebeldía, que llenan salones, incluso mi propia tertulia. ¡Que se apliquen de una vez y trabajen! —sentenció.

No me quedé conforme, y menos al saber que la novela se publicaría de manera inminente. A espaldas de mi hermana, me acerqué a visitar al marqués.

Antonio de Hoyos me recibió con su habitual cordialidad y me ofreció un té en su salón barroco. Le advertí de lo que iba a encontrar en *El veneno del arte*, y me escuchó muy serio. Luisito iba

traduciendo por señas, y observé que su rostro se transformaba durante mi relato.

—Es un secreto, le ruego que no le diga nada a mi hermana —le pedí.

Permaneció en silencio unos segundos y, luego, echó al joven con un gesto displicente de la mano. Cuando nos quedamos solos, habló con esa voz rasposa y destemplada que lo caracterizaba:

—Ha sido usted muy amable, señorita. Estoy acostumbrado a las habladurías, pero no esperaba algo así de la liberal Colombine.

—Ella solo pretende criticar a los bohemios vagos que se creen con talento, pero no hacen nada.

—A esos también los conozco. Igual que van a la tertulia de su hermana, vienen aquí, me acompañan en mis paseos y pretenden aprovecharse. Algunos son verdaderos artistas, pero se dejan arrastrar por la bohemia, como mi querido Julio Antonio.

—Sé quién es.

—Lleva un tiempo sin aparecer por aquí. Iban diciendo que yo tenía una pasión malsana por él, que lo asediaba y me exhibía a su lado. Ha desaparecido de mi vida, y me han contado que se ha dado al alcohol y a frecuentar los prostíbulos, una vida desenfrenada que no le conviene.

—Es preocupante. Preguntaré a su amigo Viladrich.

—No le diga que se lo he contado, supongo que sabe usted guardar secretos.

—Es lo que mejor se me da.

—Cuando se publique la novela de su hermana, me indignaré, quizá le ponga una denuncia. No será un drama para mí, estoy acostumbrado. A Luis ya lo han agredido más de una vez… Conmigo no pueden porque soy grande y los tumbaría de un puñetazo, pero Luis… Le agradezco su confianza, cuente conmigo para lo que necesite.

Salí del palacete con sentimientos encontrados: por un lado,

aliviada por haber advertido al marqués y, por otra, inquieta ante lo que me había contado. Su vida no era tan fácil como parecía, y la novela de mi hermana no era lo más grave que le podía ocurrir.

48

Por entonces llegó una carta de Almería, de Ángela, con noticias que me alegraron y descorazonaron al mismo tiempo. Recuerdo la sensación de frío, y las palabras, escritas sin maldad, se me clavaron como puñales en el alma.

Querida Ketty:

Tengo que decirte que mi primo Vicente ha regresado de la guerra sano y salvo. Sé que te alegrará saberlo. Enseguida vino a visitarme, sabe que somos buenas amigas y quería que te informase de su vuelta.

Tenías razón, es un buen chico, no hace más que hablar de ti, de lo culta e inteligente que eres, de lo que aprendió contigo, de lo que le ayudaste. Dice que va a estudiar Contabilidad para buscar un buen empleo porque tú le abriste los ojos.

Me ha hablado de la guerra, de lo terrible e injusta que es. Parece otra persona o quizá es que no me molesté en conocerlo bien.

Le di la novela de Carmen y se emocionó mucho. Yo la leí antes y es una historia tremenda y, a la vez, romántica. Lloré al final, el joven teniente me recordaba a mi primo.

Vicente viene a verme todas las tardes, creo que entre nosotros puede crecer algo hermoso. Me ha devuelto la alegría que había perdido. Sé que es algo más joven que yo y espero que no sea un nuevo desengaño.

Escribe pronto y háblame de toda esa gente que conoces, del pintor guapo y de la actividad de tu hermana y las travesuras de tu sobrina.

Un abrazo de tu amiga, que te añora,

ÁNGELA

Me eché a llorar. Vicente no se había molestado en escribirme y

mi mejor amiga se estaba enamorando de él. Ángela desconocía mis sentimientos hacia su primo, y me sentí traicionada sin motivo. Me empeñé en olvidar al soldado como fuera. Los recuerdos de Melilla aún permanecían vivos en mi memoria: los repasaba en las noches de insomnio, y me habían calentado el corazón durante meses. Tras la lectura de la carta, se convirtieron en espinas que arañaban mi soledad acompañada.

Guardé la foto de Vicente en la maleta e intenté olvidarme de él, aunque sabía que era difícil. Ángela me hablaría del soldado… Siempre fui su confidente, y, en ese momento, tenía algo emocionante que contarme.

Como me temía, las cartas se sucedieron con asiduidad. Me generaba ansiedad abrirlas y leer cómo su amor crecía ante mis ojos, aunque no me encontrase en Almería. Las rompía nada más leerlas, incluso alguna ardió en el fuego de la cocina sin abrirla. Esos días, el guiso resultaba más desabrido… Al menos era la impresión que me daba.

Para evadirme, me uní con mayor frecuencia a la caravana que muchas noches organizaba Carmen. Era la manera de olvidar a Vicente; ese joven provinciano no me convenía, pues yo disfrutaba de un mundo más interesante que el suyo.

Entrábamos en los cafés-cantantes donde se reunían tipos malencarados y mujeres de mala reputación. Al principio me resultaba desagradable, no entendía qué pintábamos allí, aunque mi hermana aseguraba que se estaba documentando para sus novelas. Con el tiempo, me fui acostumbrando, y nada me parecía extraño: los hombres eran rudos y, las mujeres, más libres que nosotras.

Miquel Viladrich se unía a la fiesta y me buscaba. Me confesó que no siempre tenía dinero para acompañarnos, aunque tomar un café en aquellos lugares era ridículamente barato.

—Muchos días no tenemos qué comer —me susurró con voz trémula—. Aún espero que vengas a nuestro taller y poses para mí.

Sentía por él una mezcla de atracción y lástima. Era injusto que yo cocinase platos exquisitos casi a diario, aunque la economía familiar no fuese en exceso desahogada, y que Miquel y Julio pasaran hambre. Por eso decidí aceptar la invitación y llevarles una «ensalada Carmen», receta inventada por mi hermana que tenía gran éxito entre los invitados y se podía transportar con facilidad.

> Por separado, se cuecen pechugas de gallina, se asan pimientos encarnados y se limpian bien. Se cuecen unos guisantes y, asimismo, se cuece arroz con un poco de sal y se escurre. En una fuente, se colocan los pimientos en tiras, las pechugas de gallina en trocitos en forma de pequeños cubos, los guisantes y el arroz, sazonándolo todo con aceite, vinagre y un poco de mostaza y estragón picado.

Se me hace la boca agua al recordarlo, igual que a Miquel Viladrich cuando aparecí por el taller y probó la ensalada.

—Eres maravillosa, Ketty —me dijo, emocionado—. Sabes alimentar el cuerpo y el alma.

El taller de la calle Villanueva era un local destartalado, sucio y no demasiado grande, teniendo en cuenta que, a la vez, servía de vivienda de un pintor y un escultor. Allí se amontonaban caballetes, pinturas, cuadros inacabados, esculturas a medias, materiales extraños, dos camastros, una cocina casi de juguete y varios tableros; todo disperso y desordenado.

—Ven, siéntate —me pidió, y sacó una silla de no sé dónde—. Este lugar es espantoso para una dama como tú. Me gustaría tener el estudio en un castillo aislado; así pintaría mejor. Dicen que hay que estar en esta ciudad hostil para llegar a ser alguien, pero creo que no es cierto. Prefiero que te fijes solo en mí y en mis cuadros, no hagas caso a este caos.

Me llevó de la mano hacia la pared, donde se encontraba un

cuadro escondido tras un trapo. Tiró de la tela y apareció ante mí una imagen sobrecogedora. Un grito agudo que no pude reprimir saló de mi boca.

—No te asustes, Ketty. Estás ante mi funeral.

El lienzo recordaba a los trípticos medievales y renacentistas. En el centro, aparecía la imponente figura esquelética de la Muerte vestida de negro y con alas de mariposa. A sus pies, una cabeza, la del propio Viladrich, rodaba por el suelo hasta un paño blanco. Un muro separaba el mundo de los vivos del de la tragedia, tras el cual aparecían muy juntas una serie de figuras trazadas con líneas precisas y meticulosos detalles.

—He pasado una época desesperada a más no poder —me contó —. He pintado *Mis funerales* en el peor momento de mi vida. En el cuadro he volcado mis miedos. Ha sido un desahogo y también una venganza para aquellos que me trataron mal. En mi ciudad, la gente me miraba como a un bicho raro.

—A los artistas suele ocurrirles —dije pensando en mi hermana.

—Yo aparezco decapitado y mi cabeza, tirada. Una multitud celebra mi funeral presidido por la muerte —me explicó—. Son todas personas de Lleida: el capellán, que era un hombre peligroso, los niños de la Casa de la Caritat donde trabajaba mi padre…

—¿Quién es esta joven que aparece tan sonriente a la izquierda con unas flores en el pelo?

—Es una antigua novia que no se portó bien. Concebí ilusiones, pero me dejó por un rico ignorante de un pueblo cercano. Me perseguían las desdichas, y la pintura me salvó. De no haber pintado este cuadro, quizá me habría suicidado.

Era un artista atormentado, sensible hasta extremos insospechados… Eso me asustó y me atrajo a la vez.

—Si te fijas, entre los retratados asoma, a la derecha del panel central, mi querido Julio Antonio con cara de preocupación.

—Por cierto, no lo veo hoy por aquí.

—Últimamente lleva una mala vida que no le conviene… ¿Has venido a posar o solo a alimentarme? —preguntó para cambiar de tema.

Me senté en un taburete incómodo y me pidió que no me moviera, mientras él me observaba y trazaba líneas en un lienzo con un carboncillo.

—Eres hermética, Ketty. Nunca se sabe en qué estás pensando. No sé qué sentimientos te inspiro, aparte de lástima.

Intentaba permanecer quieta, pero las palabras de Miquel, que no cesaba de hablar, me inquietaban.

—Miras para todas partes —me reprendió—. Como si quisieras saber lo que pasa alrededor de ti. Es una de tus cualidades: observas y escuchas mejor que nadie, mucho mejor que Colombine. Eres su guardiana, y vigilas el entorno para protegerla.

Me sorprendió su perspicacia: me había descubierto. Sentí que me había desnudado sin quitarme la ropa.

—¿Cómo sabes tanto sobre mí?

—Un pintor, cuando retrata, debe extraer el alma del retratado. No son solo los rasgos físicos; es lo que esconde, lo que pretende ocultar y no consigue. Ketty, la hermética, es una guardiana. ¿Me equivoco?

Una lágrima resbaló por mi mejilla; era la respuesta evidente a su pregunta. Viladrich se puso en pie y se acercó. Con un dedo manchado de carboncillo, me enjugó la lágrima, dejándome un reguero negro en el rostro.

El gesto, cargado de cariño, me conmovió, y posé un beso callado en sus labios que él recibió con alegría y completó con otro más largo, más profundo, cargado de pasión. Cerré los ojos para recibirlo con el alma. Al principio no pude evitar que mi pensamiento volase hacia Vicente, como si los labios que me besaban fuesen los suyos, pero abrí los ojos y no lo vi a él, sino a un joven dispuesto a amarme.

Sentí que me traspasaba un ardor desconocido, más acuciante, como si el tiempo se nos acabase y hubiera que apurarlo hasta dejar la copa vacía. Eran otros besos, sin promesas vanas, sin futuro, envueltos en desesperación, con la urgencia del artista que se asomó a su propia muerte y se salvó al convertirla en inspiración. La sensación era tan fuerte, tan potente y devastadora, que me asusté, como si el amor y la muerte tuviesen los límites desgastados.

—Debo irme —dije desasiéndome de sus brazos—. Carmen no sabe que he venido y tengo que regresar antes que ella.

Viladrich me miró con gesto compungido, como un perrillo abandonado. Su juventud y desaliño le daban un aspecto indefenso que me inspiraba ternura.

—No le cuentes a Colombine que este lugar es un caos —me pidió —. Ni que me has traído una ensalada con su nombre para que no muera de hambre… Es capaz de contarlo en una novela.

Me reí. Mi hermana ya había escrito esa historia, aunque nadie podría relacionar a ningún personaje de *El veneno del arte* con el bueno de Miquel.

—Soy la guardiana de secretos —aseguré.

—Tendrás que volver, para que acabe tu retrato. Hazlo pronto, por favor.

—¿Solo para acabar de posar?

—Y para lo que tú desees —soltó con picardía—. Y si traes algún plato de esos exquisitos que haces, mejor aún.

Salí del estudio con la sonrisa en los labios, relamiéndome por el beso y pensando en el siguiente momento. A pesar de la tremenda impresión que me había causado, decidí que volvería. Me gustaba Viladrich, y era la mejor manera de recuperar la ilusión y olvidarme de Vicente y su inesperada relación con Ángela. El amor era mío, tenía mucho que ofrecer, y deseaba depositarlo en Miquel, aunque, a la larga, también me defraudara. En el amor, es mejor pensar que solo existe el presente.

Carmen ya estaba en casa, y me vio llegar con el rostro iluminado. Enseguida reconoció los efectos de la pasión, que ella misma sentía sin remedio.

—¿De dónde vienes tan contenta?

Le hablé de Viladrich, de su deseo de que posara para él, del cuadro que me había impresionado y del beso, no tan fugaz, que me había provocado esa imprevista alegría. No le comenté nada del aspecto caótico del estudio, como había prometido.

—Es un buen chico —aseguró—. Sabe lo que quiere y tiene talento, pero es un alma viajera, volará. Ten cuidado, hermana, no te enamores demasiado. Todos los artistas estamos un poco locos, y los pintores, los que más.

49

La siguiente carta que llegó de Almería era de Cándida. Me extrañó que me escribiera y pensé que Ángela le habría dado mi dirección. Era una especie de botella lanzada al mar, una petición de auxilio empañada de secretos.

Querida Ketty:

Espero que, al recibo de esta, te encuentres bien, así como tu familia.

Recurro a ti, presa de la desesperación, como última esperanza. Mis padres están decididos a casarme con el funcionario del puerto, y no veo escapatoria. Huiría de casa, pero no tengo adónde ir. No quiero separarme de Antonia, es mi única razón para vivir, y ella también se enfrenta a una situación complicada, pues sus padres insisten en una boda que tampoco desea.

Nosotras solo queremos estar juntas, ¿qué mal hace eso a nadie? En Almería empieza a haber murmuraciones que ambas familias desean atajar. Al principio les parecía bien que tuviese una amiga, pero ahora creen que nuestra relación es malsana, se dice que nos han visto besarnos y otras calumnias que nos hieren. Necesitamos marcharnos de aquí, y no conozco a nadie más que pueda ayudarnos. Tu hermana es una persona libre que no se calla ni le tiene miedo a nada, solo vosotras podéis comprendernos y ayudarnos. Si me caso con ese hombre, me moriré, y yo quiero vivir al lado de Antonia.

Cualquier solución nos valdrá: sabes que estudié, a pesar de las reticencias de mis padres, que ahora se arrepienten y achacan mi rebeldía a mi cultura. Pero también estaría dispuesta a trabajar de cocinera o costurera, que tampoco se me da mal. Antonia sabe de contabilidad: los números son su fuerte, aunque su formación es autodidacta.

Por favor, no dejes de responderme, es urgente. Si envías un telegrama, hazlo a la dirección de Ángela, aquí me tienen vigilada.

Guarda esta confesión en secreto, cuento con tu discreción.

Gracias, de antemano, por tu apoyo.

Tu amiga, que te aprecia,

CÁNDIDA

De inmediato pensé en Antonio de Hoyos: si alguien podía comprender la situación de mi amiga, era él. Desde que acudí a su casa, sentía que nos enlazaba una amistad sincera, aunque incipiente. Descubrí que escondía mucho más que la imagen de un hombre depravado, como decían las malas lenguas. Se trataba de una persona sensible y distinguida, capaz de ayudar a quien lo necesitase. Y Cándida requería su ayuda con urgencia.

Acudí de nuevo a su casa. Como esperaba, me recibió con amabilidad y afecto, y se alegró de mi visita. Me consideraba como mujer, más allá de ser la hermana de Colombine, de quien recelaba tras la publicación de *El veneno del arte*. Su prima Gloria Laguna ejerció de traductora al sistema de signos para que pudiera entenderme. Me extrañó no ver a Luisito Pomés, como otras veces. Mientras le contaba, asentía muy serio a mis palabras.

—En un pueblo no se puede ser diferente —suspiró—. En Madrid tampoco es fácil… El otro día agredieron al pobre Luis a la salida de un baile y nadie salió a defenderlo. Ha pasado una semana en el hospital. Gloria lo ha recogido en su casa porque, a consecuencia del escándalo, lo han despedido de su trabajo. Cuando salgo con mis amigos, los desaprensivos nos insultan y nos gritan «¡Apio!». Tu amiga tiene un problema. —Enseguida comprendió la situación—. No se perdona la disidencia.

—A mi hermana la miraban mal por haber abandonado a un marido que la maltrataba —le conté.

—Intentaré ayudarlas. Tengo amigos en Granada que podrían sacarlas de Almería. Desde allí, será más fácil trasladarlas a Madrid.

—Se lo ruego, y se lo agradeceré siempre.

—Mejor tutéame —me pidió.

—Es heroica, tu resistencia. No te pliegas a las reglas de la sociedad.

—Aspiro a ser el antihéroe decadente que he plasmado en muchas de mis novelas —bromeó—. Vuelve en un par de días, espero tener una solución.

—¿Cómo puedo agradecerte…?

—Me han dicho que cocinas muy bien… —Entendí su propósito.

—¿Qué prefieres? ¿Un postre, un potaje?

—Me enloquecen los dulces. Mi médico dice que no debo abusar —reconoció—, pero no quiero privarme de ningún placer.

—Volveré con un postre para chuparse los dedos —sonreí.

Gloria me acompañó hasta la puerta. Los dos eran unas buenas personas, pero no les perdonaban su excentricidad.

—Antonio es como un niño grande —me dijo—, pero tiene un corazón de oro. Hará lo que pueda.

Oculté a Carmen la situación de Cándida, por no contarle que había acudido a casa del marqués en busca de ayuda. No recurrí a ella; estaba demasiado ocupada con sus asuntos y concentrada en su labor: escribía, traducía, reflexionaba, tenía ambición literaria y muchos proyectos. Casi no atendía a otras cuestiones. Enfrascada en la defensa del sufragio femenino, asistía a mítines feministas y daba conferencias tanto en Madrid como en otras ciudades, causando polémica allá por donde iba.

Solo se detenía cuando llegaban las cartas de Ramón desde París. Tomaba el sobre y lo apretaba contra su pecho, suspiraba y leía el contenido con la emoción de una chiquilla.

María y yo pasábamos por su lado como sombras. Mi sobrina empezó a acudir al Instituto Internacional con escaso aprovechamiento, pues no le gustaba estudiar. Al llegar a casa, protestaba ante la cantidad de trabajo, y se sentaba a leer cualquier libro que cayese en sus manos. Como tenía facilidad para los idiomas, al menos aprendió inglés y francés. Sabía que conocerlos le serviría en los viajes que su madre le había prometido. Las clases de declamación eran sus favoritas; seguía empeñada en ser actriz y recibir el reconocimiento del público.

Muchas tardes me obligaba a sentarme para escucharla: ella recitaba algún poema y yo aplaudía con entusiasmo. En esos instantes, su rostro se transformaba, se llenaba de orgullo y felicidad. En ocasiones, nos visitaba Esther: la hija de Violeta y ella eran buenas amigas, y ambas me deleitaban con sus parlamentos teatrales. Si embargo, aquella muchacha era consciente de que el teatro no le serviría como sustento, así que estudió la oposición que le permitió ser telegrafista, al igual que su madre. Cuando hablaba de su trabajo, mi sobrina se burlaba de ella, le parecía lo más aburrido del mundo. Prefería la vida de las actrices y recorrer el mundo sin preocuparse por nada. Ahí estaban mamá y Ketty para solucionar lo cotidiano.

Mi relación con Viladrich era difícil de calificar. Acudía todos los jueves a su taller con la intención de ejercer de modelo, pero acabábamos hablando, degustando la comida que yo llevaba para deleite del pintor y besándonos con la ternura de quien ama sin esperar nada a cambio. Entre sus brazos, sentía una paz especial, desaparecían las preocupaciones y, a veces, llegaba a quedarme dormida, como si nada malo pudiera ocurrirme allí, acurrucada.

El resultado del cuadro me sorprendió. Lo tituló *Las herméticas*, usando ese apelativo que Rafael me había designado y que el pintor recogió, divertido. Me retrató junto a su hermana, que posaba para él cuando acudía a Madrid desde Lérida, y parecíamos una pareja

chocante. En el lienzo, vestíamos de manera semejante, aunque con una leve diferencia en el azul de los trajes. El rostro de su hermana miraba al espectador, y en los labios se dibujaba un rictus serio. En cambio, mis ojos parecían escrutar el entorno, vueltos hacia la derecha. Mi cabello negro contrastaba con el castaño claro de la otra. Detrás de nosotras se veía un campo plagado de flores. Justo entre las dos, destacaba un blanco *edelweiss* con la forma de un sol resplandeciente.

—Es la flor más popular y buscada del Pirineo, aunque también se encuentra en otras montañas de Europa —me explicó—. Es mi favorita, como tú.

Julio Antonio interrumpió nuestra incipiente fogosidad amorosa. Apareció de improviso con la cara demacrada y unos cuantos kilos menos que la última vez que lo había visto. Alabó el cuadro recién acabado y comió con avidez los restos de mi pollo en pepitoria. Debía de llevar horas sin probar bocado.

—Tenemos que huir de esta ciudad, Miquel —dijo con un hilo de voz—. O acabará conmigo.

—Lo que tienes que hacer es terminar el busto que te ha encargado tu maestro, Miguel Blay. Es uno de los escultores más importantes que hay en Madrid —me aclaró Viladrich—, pero Julio no está aprovechando sus clases.

—Huyamos, Miquel —insistía febril—. Y que Ketty se venga con nosotros, para cocinarnos pollo en pepitoria.

—Sí —me burlé—. ¿Y con qué dinero compraríamos el pollo?

No eran más que dos artistas jóvenes e ingenuos que deseaban comerse el mundo y, sobre todo, mis deliciosos platos. Tenían talento, pero la vida nunca ha sido fácil para los creadores. Carmen aseguraba que había que buscar la belleza, porque las naciones pasan, los dioses se derrumban y solo impera la belleza, eterna e inmortal.

50

Antonio de Hoyos cumplió su palabra. Semanas después de nuestra entrevista, me pidió que enviara un telegrama a Cándida, a la dirección de Ángela, para indicarle la hora y el lugar en que un coche las recogería, a ella y a su amiga Antonia, para trasladarlas a Granada.

Cuatro días más tarde me reencontré con las almerienses en casa del marqués. Cándida me abrazó con lágrimas en los ojos y me narró sus peripecias para llegar hasta Madrid.

—No fue fácil salir de casa sin una excusa convincente… Menos mal que la hora acordada coincidía con la misa de doce. Temí que mi madre quisiera acompañarme, pero le conté que iba con un grupo de Damas del Sagrado Corazón. Antonia lo tuvo más fácil, pues a esa hora siempre la enviaban a hacer recados. Apenas hemos traído equipaje, para no despertar sospechas. Doña Gloria nos ha facilitado ropa enseguida.

—Han sido todos muy amables —intervino Antonia.

Me pareció que era la primera vez que escuchaba su voz, siempre reservada y silenciosa. Acababa de llegar a la ciudad y ya había perdido el aire triste que la envolvía, como si la huida la hubiera despojado del miedo. No les importaba qué pudieran pensar sus familias, les bastaba con encontrarse lejos, aunque no volvieran a verlos nunca más. Pensé que yo había tenido suerte con los míos: unos padres permisivos y cultos que tratasen a sus hijas con respeto y equidad no eran tan habituales.

—Nos llevaron a Granada —prosiguió Cándida—. Yo iba algo

asustada, pero Antonia no hacía más que decirme: «Mira esto, mira aquello…». Nos dejaron en casa de unos señores muy amables que nos acogieron hasta que pudimos tomar un tren para llegar a Madrid. No tenemos dinero, ni trabajo, ni…

—No os preocupéis —saltó el marqués—. Lo solucionaremos. Ambas tenéis formación, habrá algo para vosotras. Mi prima Gloria os acogerá gustosa; no le agrada vivir sola, por eso se pasa el tiempo aquí conmigo.

Prometí regresar pronto, llevarles algo de ropa y enseres, e interesarme por su situación. Las vi tan contentas de estar en Madrid que deseé con toda el alma que les fuera bien. Ni siquiera les pregunté por Ángela; temía que me contasen que la habían visto paseando del brazo de Vicente, cuyo recuerdo se iba volviendo borroso, como si el tiempo lo disolviera y su imagen tuviera la consistencia irreal de lo soñado. «¿Alguna vez estuve en Melilla y me enamoré de un soldado?», empezaba a preguntarme por entonces.

Preferí no hablarle de Cándida a mi hermana, que andaba melancólica por la larga ausencia de Ramón.

—Los amores a distancia son complicados —me decía—. No sabes qué siente el otro mientras tú te desesperas. Le echo de menos a rabiar, y él está de vacaciones con la familia en la playa de Salinas, en Asturias. Su padre, el Fiscal de Tribunal Supremo, me odia, y no cesa en el empeño de alejarnos. A ver cuándo Ramón se rebela, que parece que hay asuntos que le interesan más que yo —se quejaba—. Ahora anda a vueltas con el futurismo. Ha publicado el *Manifiesto* de Marinetti en su revista *Prometeo*. Ramón dice que este nuevo movimiento supone la rebelión contra todo, que se parece a la insatisfacción y la rebeldía de Larra. Quiere reinventar la literatura, alcanzar el secreto escondido en las cosas cotidianas, expresar la

belleza de un tren a toda velocidad. Yo no acabo de apreciarlo, creo que son frases huecas de los futuristas que buscan la originalidad fácil, pero es cierto que el modernismo está acabado. Ramón puede buscar otros caminos, hacer cosas grandes y novedosas y yo le voy a apoyar.

Carmen necesitaba mi ayuda: deseaba entrevistar a doña Emilia Pardo Bazán, y Antonio de Hoyos, íntimo amigo de la condesa, podría ejercer de intermediario. Después de escribir *El veneno del arte*, el marqués no se hablaba con ella, y mi hermana no se atrevía a pedirle el más mínimo favor. Sin embargo, tras el asunto de Cándida, mi relación era excelente, aunque mi hermana no estuviese al tanto. Me propuse lograr la entrevista para Carmen; sabía que, por encima de todo, De Hoyos era buena persona.

En el palacete del marqués me recibió Cándida, que presentaba un aspecto lustroso y feliz como nunca había visto.

—Soy la ayudanta de Antonio —me dijo entre risas—. He aprendido el lenguaje de signos y le traduzco las palabras de las visitas. ¡Y le gusta cómo cocino! Tienes que pasarme algunas recetas de las tuyas, que se me van a acabar las que me sé.

—¿Y Antonia?

—Doña Gloria la ha contratado como secretaria y contable. No nos pagan demasiado, pero tenemos techo y comida, ¡y qué techo! —dijo alzando los ojos—. No sé cómo agradecerte esta nueva vida, me parece un sueño estar aquí. Algunas noches hemos salido a los cafés con el grupo de amigos del marqués. Madrid es una ciudad sorprendente, no quiero irme nunca.

Antonio de Hoyos me invitó a tomar un aromático té en tazas de porcelana china. Yo le llevé unas rosquillas de anís, que celebró con entusiasmo. En ese instante, le hablé con claridad de la petición para mi hermana.

—Doña Emilia y Carmen son dos mujeres muy semejantes por su valentía y su lucha, aunque la condesa es más tradicional en sus creencias de lo que parece, y es muy religiosa —aseguró De Hoyos —. Aún no la ha entrevistado ninguna mujer, y Colombine es la periodista perfecta. No guardo rencor a tu hermana, no puede evitar convertir lo que le rodea en literatura, y yo soy casi un personaje de ficción, no puedo negarlo —suspiró—. Hablaré con doña Emilia, pero con una condición: asistiré a ese encuentro, no me lo perdería por nada del mundo.

Carmen acogió la noticia con incredulidad. No comprendía cómo había logrado ese favor del marqués, después del litigio entre ambos.

—Ha bastado con explicarle tus intenciones. Es un hombre inteligente, y cree que esa entrevista es necesaria. —No di más explicaciones.

—No sé qué haría sin ti —repitió, como en tantas otras ocasiones.

—Lo harías todo, pero mucho peor. Y comerías fatal —bromeé.

—En serio, Ketty, eres mi luz.

Era yo quien la consideraba mi faro. Nunca irradié la luminosidad de los elegidos, como ella, para brillar en el mundo. Siempre me consideré una sombra, un reflejo apagado de mi hermana, una mujer gris, un satélite del sol que era Colombine. Mi sobrina María aseguraba que, si te acercabas demasiado a su madre, podía quemarte.

51

El día y la hora señalados, Antonio de Hoyos, Carmen y yo llegamos a casa de doña Emilia Pardo Bazán. Mi hermana agradeció al marqués, cortésmente y con un cierto pudor, haber ejercido de intermediario. Él restó importancia al asunto y alabó su indumentaria, pues se había vestido con elegancia para la ocasión.

—¿Estás nerviosa, Colombine? —preguntó el marqués.

—Lo estoy, aunque no es habitual en mí —respondió—. Voy a entrevistar a una mujer superior y de gran talento que sabe, en esta época hostil a la educación femenina, demostrar valor y esfuerzo. Necesitaría que le dedicasen no una simple entrevista, sino un libro voluminoso, para penetrar en su alma. Los datos de su biografía ya los conocemos todos, no hay que repetirlos de nuevo.

Carmen me pidió que apuntase las palabras de la condesa durante la entrevista, pues ella se encargaría de escribir sus propias observaciones. Acostumbrada a trascribir al dictado de mi hermana, no me resultó complicado cumplir con mi cometido, aunque también me fijé en los detalles del lugar y en los gestos de la entrevistada. Carmen no escondía la gran admiración que sentía por doña Emilia, con quien había coincidido en varias ocasiones, compartido diversas luchas y soportado no pocos desprecios. Ambas destacaban, brillaban en un mundo de hombres, y ellos no se lo perdonaban.

La encontramos frente a la gran mesa de trabajo, conversando con otros tres periodistas, con los cuales acababa de celebrar una entrevista. Escuché su voz animada, fresca y simpática. El despacho

estaba decorado con elegante sobriedad. Observé los muebles severos, los tapices y las vitrinas llenas de ricas porcelanas y joyas. En los grandes lienzos, resaltaban las encantadoras imágenes juveniles de las hijas de la escritora, añadiendo una nota de dulce feminidad.

Nos recibió con exquisita amabilidad. Conversó de forma íntima, con sencillez, olvidando su personalidad de autora eminente. El encuentro duró dos horas largas y se desarrolló en un ambiente cordial que permitió charlar de todo un poco: de lo profesional y lo privado, del personaje célebre que era doña Emilia y la mujer que, en la intimidad, confesaba gustos, aficiones y hasta caprichos a una periodista. Se encontraba en la cima de su carrera como escritora, sus novelas se habían traducido a varios idiomas y su firma era habitual en la prensa desde hacía muchos años. A mi hermana le asombraba su fecundidad creativa, aunque ella también fuese un prodigio por su capacidad de trabajo.

—¿Cuándo escribe usted? —le preguntó.

—No madrugo, confieso que soy muy dormilona. Trabajo solo por la mañana, desde que me levanto hasta la hora de comer. Por la tarde, si no tengo un compromiso urgente, no me ocupo del quehacer literario: descanso y leo. Desde hace años, escribo a máquina. Mi letra se iba haciendo tan pequeña que ni yo la entendía. Al principio me costó, pero ahora es como cuando tocaba el piano.

—¿Le gusta la vida de sociedad?

—Me distrae mucho, pero me lleva bastante tiempo. Tengo, además, un vicio: el tresillo. Me gusta porque no exige esfuerzo mental, y se pasa un rato muy agradable.

Me reí por dentro al imaginar a tan ilustre escritora jugando a las cartas con la ansiedad de un tahúr.

—¿Y los deportes?

—Me agradan. Mi gran pasión siempre fue montar a caballo.

Desde que nació mi hijo Jaime, dejé de ser amazona. Ahora apenas paseo. Me recomiendan el aire libre; pero, dígame usted, ¿dónde se puede pasear en Madrid? En verano, me desquito en Galicia, en mi castillo de las Torres, o durante mis viajes al extranjero. Los quehaceres de la casa me entretienen. Dejo a veces los libros y trabajos para dirigir cualquier operación doméstica. Me gusta, sobre todo, la cocina…

—¡Es mi afición favorita! —salté sin pensar.

Carmen me miró, incrédula, pues yo no solía intervenir en situaciones semejantes. Me limitaba a ser su sombra y permanecer en silencio. Doña Emilia rio, divertida, y mostró su complicidad conmigo:

—Seguro que conoce platos nuevos. Tenemos que intercambiar recetas, me aburre comer siempre lo mismo.

Asentí orgullosa, y más cuando mi hermana alabó mis dotes culinarias.

—Al volver de mis viajes, siempre traigo recetas extrajeras, y Ketty sabe prepararlas de manera exquisita.

—Deberían publicar un libro de cocina, están de moda —nos sugirió—. Yo quiero hacerlo, cuando tenga tiempo.

—Estoy trabajando en ello —le conté—, pero lo firmará mi hermana, que añadirá el saber erudito que yo no poseo. Ella es la escritora.

—No debería usted ser tan humilde, estoy segura de que es una gran cocinera. Espero probar sus platos.

—¿No tiene usted ningún capricho, ningún padecimiento? —siguió Carmen con la entrevista.

—No, soy completamente sana —rio con franqueza—. Soy artrítica, eso sí. Duermo y como, por lo general, muy bien; menos de lo que quisiera, porque gozo de excelente apetito.

—¿Y el tocador?

—Me preocupa poco —aseguró con un gesto de desdén—. Solo lo

necesario para la limpieza e higiene. Procuro vestirme a la moda, pero no le doy una importancia excepcional.

—¿Ha tardado mucho en escribir su última novela, *Dulce dueño*?

—Más de un año, pero no he trabajado seguido. Hacia la mitad, el tipo de la protagonista me inquietaba… No sabía qué giro darle… Tuve la necesidad de suspender la labor. Esto me sucede con frecuencia en la novela: empiezo con una idea y, cuando voy por la mitad, cambio…

La conversación derivó hacia asuntos literarios. Reconoció que, como autora, había evolucionado, que traducir era una labor apasionante, pero compleja y mal apreciada, y que en ese momento prefería escribir relatos.

Carmen le habló de los males de la enseñanza, del continuo tejer y destejer de gobernantes, que no tienen tiempo para ocuparse de las necesidades o implantar reformas; de la insuficiencia de nuestras escuelas, que mi hermana, por experiencia, conocía. La condesa la escuchaba con pena y guardaba silencio. Siempre fue partidaria de que se proporcionase cultura a las mujeres, de que se le concedieran todos los derechos. Coincidía de pleno con Carmen.

—Los honores no valen lo que el trabajo. Me han prometido una cátedra en la universidad. La prensa ha hablado algo de esto. Prefiero una cátedra a cualquier condecoración. Desearía enseñar la materia que conozco —dijo con noble franqueza.

Antonio de Hoyos, que durante las dos horas largas de conversación se entretuvo leyendo en una revista los delirios del futurista Marinetti, comprendió que había llegado la hora de marchar cuando vio entrar a un sirviente con un recado. Carmen hizo un mohín de disgusto, pero la buena educación aconsejaba no entretener más tiempo a la ilustre escritora.

Nos despidió con la misma familiaridad con la que nos recibió y, en un aparte, me dijo:

—La espero de nuevo en esta casa. Tenemos mucho que

compartir.

Cuando salimos, Carmen se mostró entusiasmada y agradeció al marqués que le hubiese facilitado la entrevista.

—¡Qué mujer tan sabia, tan superior, tan brillante! Necesitamos muchas como ella… Me habría quedado todo el día conversando. Ya has visto, Ketty, tenemos que escribir ese libro de cocina. ¡A ver si lo publicamos antes que doña Emilia!

52

Mis cualidades culinarias, compartidas con doña Emilia, me permitieron acudir con cierta asiduidad a su casa. Me trataba con familiaridad, y aprendí mucho de ella, no solo recetas. Se parecía a mi hermana: ambas eran mujeres libres que no se escondían de nadie, que se expresaban con desenfado y amaban por encima de los convencionalismos. Una mañana, encontré en su casa nada menos que a don Benito Pérez Galdós, y me dio la impresión de que acababa de levantarse de la cama.

Durante esos años, el mundo parecía girar alrededor de nosotras. Carmen era el sol, María y yo absorbíamos su luz y nos calentábamos a su lado. Pero quedaba poco para que se desequilibrara mi idílica vida, en favor de la felicidad de mi hermana.

—¡Mira lo que ha escrito Ramón en su revista *Prometeo*! —me dijo con el periódico en la mano.

El corazón le palpitaba tan fuerte que casi oía los latidos. Ese amor me daba miedo: intuía un peligro al acecho, pero, al mismo tiempo, envidiaba esa sensación que yo jamás disfruté, esa forma de amar sin condiciones que a mí se me negó.

Carmen me leyó el artículo de Ramón donde hablaba con pasión de su boca: era una declaración pública. Con la distancia, su amor no murió, sino que creció, se hizo robusto, sincero y perdurable. Ni el padre del joven los detendría. Toda España sabía que se querían, a pesar de los veinte años de diferencia, y que él había probado sus ardientes besos. Faltaba demostrar que no era solo un capricho de

la devoradora Colombine y del jovencísimo poeta deslumbrado por su luz.

—Sé que te preocupa que Ramón sea tan joven —me dijo—, pero siempre miento con la edad. Nadie sabe cuántos años tengo. Aunque es evidente que soy bastante mayor que él, casi nadie sospecha que son veinte los que le saco.

—¿Crees que la relación seguirá adelante? —Temía que la abandonase a los dos días—. ¿Querrá casarse contigo?

—¡Ay, Ketty! Ninguno de los dos creemos en el matrimonio, yo no volvería a cometer ese error… mientras no exista el divorcio. Legislar sobre el amor es un solemne disparate y, siempre, la perjudicada es la mujer, pues se toleran las faltas del hombre, ¡hasta se absuelve al marido que la mata! Además, ningún amante célebre ha estado casado. En el amor, los amantes tienen una inmensa ventaja sobre los casados.

Me pareció que, al final, bromeaba. Si embargo, yo seguía angustiada, pensando en los posibles finales nada felices para su historia de amor.

—¿Perdonarías una infidelidad? —me atreví a preguntarle.

—Mi corazón acaso no sepa —suspiró—. Mis emociones pueden más que mi voluntad. Creo que Ramón también ve en mí a una especie de madre protectora. Dice en el artículo que el salón de casa es una extensión de mi regazo, donde amparo y acojo con un afecto más allá del bien y del mal.

—Es cierto —corroboré—. Que se lo digan a Tomás Morales y a otros tantos a los que hemos dado cobijo y comida. Somos demasiado buenas.

—No se querían ir, Ketty —rio—. Será por tus deliciosas comidas. En esta casa, se come mejor que en ninguna de Madrid. Debería saberlo toda España.

—¡Vaya! —protesté de manera fingida—. ¡Y que vengan los hambrientos y nos llenen el salón! —reímos. Las carcajadas de

Carmen se oyeron hasta en la calle.

—Me refiero a ese libro de cocina que nos va a hacer ricas y famosas.

—Pienso dedicarle todo el tiempo que haga falta —aseguré.

—¿Y si preparas un cóctel Colombine para cada una? —me pidió —. Estamos tan a gusto hablando las dos que el momento es ideal para saborearlo.

Era un combinado que Carmen se había inventado y que le gustaba más si era yo quien lo mezclaba. Llevaba dos cucharadas de azúcar disuelto en un poco de agua de Seltz, dos cucharaditas de limón, una gota de esencia de vainilla, una copa de ginebra, una clara de huevo montada, un vaso mediano de leche y media cucharadita de agua de azahar. Todo esto se ponía en la coctelera, con bastante hielo, y se agitaba durante un minuto. Luego se colaba y se servía en una copa. Sabía delicioso. Yo apenas probaba el alcohol, pero el coctel Colombine me resultaba tan agradable que, en alguna ocasión, me quedé dormida en el sofá después de beberme un par. Ese día, nos ocurrió a las dos, y mi sobrina nos sorprendió adormiladas en el salón como dos niñas traviesas.

53

La presencia de Ramón me obligó a dar un paso atrás, aunque las dos continuamos con las salidas nocturnas durante una temporada. En ocasiones, nos encontrábamos con Antonio de Hoyos y su comitiva, a la que se habían añadido Cándida y Antonia.

—¿Quién es esa joven a la que has saludado? Creo conocerla… —me preguntó mi hermana cuando me vio hablar con Cándida.

—Es una amiga del marqués, alguna vez hemos coincidido en su casa. Sabe el lenguaje de signos y es una especie de secretaria —mentí. No deseaba complicarle más la vida, que se viera envuelta en la fuga de las dos mujeres. Si el caso llegaba a nuestra tierra y aparecía su nombre, seguro que la declaraban culpable de perversión.

—No sabe dónde se ha metido —se limitó a comentar.

Miquel Viladrich se sentaba junto a mí, muy cerca, cuando entrábamos en un café, y no me soltaba la mano.

—Julio Antonio está decidido a viajar, le vendrá bien —me contó —. Le conviene salir del ambiente que frecuenta. Ha recibido algo de dinero de su padre, y lo quiere usar para visitar lugares que nos sirvan de inspiración. Queremos ir a Sevilla, y no puedo dejarlo solo. ¿Te vendrías con nosotros, Ketty?

—Ya te dije que es imposible —respondí con tristeza—. No puedo dejar a Carmen y a mi sobrina. Me necesitan.

—Yo también, Ketty.

—No es cierto, Miguel. Tú eres muy joven, yo no tanto. Encontrarás a una mujer que te merezca, de tu edad… y me

abandonarías por ella.

—¡Me has llamado Miguel! Me debes un beso —rio.

No lo posé en la mejilla, sino en sus labios, que ya me resultaban tan familiares como mi propia piel.

Días después acudí al taller del joven pintor con un cargamento de empanadas para despedirme de los dos artistas. Mi hermana no se enteró de que me había pasado la mañana en la cocina, tan entretenida como ella entre sus papeles.

Cuando llegué, Julio Antonio aún no había aparecido y Miquel, con una sonrisa pícara, me aseguró que tardaría. Seguro que había convencido a su amigo para que se paseara mientras nosotros compartíamos algo más que las empanadas.

Me percaté de que, al fondo del taller, guardaban un esqueleto. Hice un gesto de sorpresa que no le pasó desapercibido, y aseguró con soltura que era una especie de confesor íntimo de sus tribulaciones, un compañero inseparable.

—Nos permite trabajar la observación anatómica y suplir las sesiones con modelos. En realidad, ese es su objetivo —me explicó —. Pero dejemos de hacer caso al esqueleto y abrázame, Ketty, como si no fuésemos a volver a vernos en mucho tiempo.

Pensé en los veinte años que separaban a Carmen de Ramón, y los diez de diferencia entre el pintor y yo me parecieron poca cosa. Refugiada en sus brazos, no me importaba el resto del mundo, aunque esa sensación protectora y amable tuviese las horas contadas. Viladrich no era para mí, lo supe desde el primer día, pero no dejaba de producirme una enorme tristeza renunciar a su compañía, sus palabras y sus gestos de cariño.

Nos besamos largamente, dejé que me desnudara y sentí el contacto de sus brazos con un escalofrío. Dibujó figuras abstractas en mi piel con las yemas de los dedos, como si fuese un lienzo sobre

el que pintar un hermoso cuadro. Recorrió mi espalda con los labios y trazó líneas invisibles que componían un retablo geométrico. Las manos del artista tratan al mundo como si todo él estuviese por descubrir; nadie me acarició jamás como Miquel.

Me recitó a Baudelaire. El poeta francés era uno de sus autores favoritos, pues decía que encarnaba a la perfección las inquietudes del mundo bohemio en el que se movía, de ahí que *Las flores del mal* fuese uno de sus libros de cabecera.

—Con frecuencia, siento ese *spleen* del que habla el poeta —me confesó.

—¿*Spleen*? —No entendí la palabra.

—Es francés, quiere decir algo así como un estado de melancolía sin causa definida, la angustia vital de una persona. Baudelaire lo popularizó, pero ya lo usaban los románticos a inicios del siglo XIX.

—Y tú eres un artista melancólico.

—Como todos. Una obra de arte no es producto de un estado de felicidad, sino del inconformismo y la angustia de un proceso creativo donde el riesgo y el temor al fracaso siempre están presentes.

—No estoy de acuerdo con esta idea del artista atormentado. Mi hermana escribe más y mejor cuando es feliz —rebatí.

—Pero seguro que usa la escritura para huir de sus fantasmas. ¿Qué haces tú cuando el mundo se te viene encima?

—Cocinar —respondí sin dudar—. Cuando llegue a casa, pienso preparar un potaje.

Quiso sonreír, y sus labios dibujaron una mueca de tristeza. Me prometió que regresaría, pero no le creí y, aunque lo hiciera, no se quedaría demasiado a mi lado; volvería a pedirme que me escapara con él. Mi negativa sería, de nuevo, la misma.

Nos despedimos tarde. Julio Antonio no regresó, pero le dejamos su porción de empanada, pues seguro que vendría muerto de hambre.

Miquel se negaba a dejarme marchar, y yo pugnaba contra mis sentimientos, que me arrastraban a permanecer a su lado para siempre. Venció mi parte juiciosa, la Ketty responsable y sensata, tal vez enigmática, que siempre sabía dónde debía estar y cuál era su sitio. A esas horas, el taller de Viladrich no era el lugar adecuado. Me acompañó hasta mi domicilio y nos despedimos con un abrazo más fraternal que apasionado. Cuando lo vi alejarse, no me entristecí, me pareció un niño perdido en sus sueños de artista que debía continuar su camino, y no podía ser a mi lado.

54

Llegó el verano, y Carmen hizo las maletas. Nada le gustaba más que viajar con su hija, y María disfrutaba de su madre a tiempo completo. Para mí, sin embargo, era un tiempo muerto. Sin ellas, la actividad cesaba, y debía pensar en mis intereses, que eran pocos. Decidí marcharme a Almería; era mejor que estar en Madrid esperando las cartas de mi hermana.

Ese verano de 1911 fue mi sobrina la que me escribió. La correspondencia llegó casi al mismo tiempo que las viajeras. En ella, María explicaba el motivo del silencio de mi hermana.

Querida Ketty:

Seguro que te estás aburriendo mucho sin mí. Este viaje es muy divertido, he conocido a mucha gente. Mamá deslumbra a todos con su simpatía. Estuvimos en París con Rubén Darío. Ya sabes quién es: un señor muy serio, nada que ver con los poetas de la tertulia. Mamá no me habría dejado que me sentase en sus rodillas.

Hemos estado en las playas de Normandía, invitadas por madame Alberti a su villa Mon Plaisir. No imaginas cuánto lujo. Mamá está escribiendo artículos sobre moda, pero luego me dice que todo esto es muy frívolo y superficial, aunque a mí me encanta. Me gustaría ser una de estas damas francesas, ricas, que solo se preocupan de qué modelo van a lucir en la cena.

Mamá se pasa todo el tiempo tomando notas para sus artículos y el libro de viajes que piensa escribir después. Dice que se va a llamar *Cartas sin destinatario*, pero sé que están destinadas a Ramón. Le escribe cada día, solo a él. Ramón, siempre Ramón, piensa en él a todas horas. Está

embobada, aislada, y suspira.

También nos han pasado cosas divertidas. Fuimos a ver Waterloo, el campo de batalla de la guerra que derrotó a Napoleón. Mi madre imaginaba a los soldados cayendo heroicamente, hasta que apareció una manada de toros que vinieron hacia nosotras y tuvimos que salir corriendo para que no nos embistieran. Cuando estuvimos a salvo, nos reímos mucho. Había unas campesinas muy simpáticas que nos ofrecieron unas galletas típicas deliciosas. Nos dieron la receta para vuestro libro y para que las hagas cuando regresemos a Madrid.

Otro día nos cayó un chaparrón mientras visitábamos el castillo de Bouchout, donde vive la reina Carlota, la viuda del emperador Maximiliano. Le pedí a mamá que me contase su historia, como un cuento, aunque fuese triste. Es una mujer desgraciada: fusilaron a su marido, el emperador de México, a pesar de que ella viajó a Europa en busca de ayuda, pues era la hija del rey de Bélgica. Ahora dicen que está loca, que vaga por el castillo llamando a voces a su marido. Mamá lo cuenta con emoción y yo creo que está hablando de la princesa de un cuento. El castillo es impresionante, tiene tres torres distintas: dos a los lados, más grandes, y una en el centro de la fachada. Está rodeado de un lago y un jardín hermosísimo con cientos de plantas y árboles diferentes y exóticos. Esos ratos juntas son los mejores. Cuando me cuenta historias, parece que sigo siendo una niña, no una jovencita a la que su madre exige más de lo debido.

Creo que mamá no disfruta tanto del viaje como otras veces, está deseando volver para reencontrarse con Ramón. Y yo quiero verte pronto, Ketty, así que abandonaremos Europa contentas, a pesar de tantas diversiones.

En cuanto estemos en casa, tienes que hacerme croquetas.

Te quiero mucho, tía Ketty.

Un abrazo de tu sobrina,

MARÍA

Ya había regresado de Almería cuando la recibí. Fue una pequeña satisfacción después de un mes aciago en mi tierra. Debía quedarme con la familia hasta el final del verano, pero no fui capaz, pues los acontecimientos me engulleron y hui como una cobarde.

Mis padres me asediaron a preguntas sobre Carmen. Siempre estaban preocupados por ella y, en ese momento, más aún. Habían oído que andaba con un joven veinte años menor. Papá conservaba amigos influyentes en la capital que le contaban hasta lo que no deseaba saber. Lo negué todo. Prefería que fuera ella quien diese las explicaciones necesarias. No me preguntaron si yo tenía novio o si pensaba casarme, las dos preguntas clásicas para una mujer de mi edad, que me repitieron las vecinas hasta decir basta. Mis padres se alegraban de que siguiera al lado de mi hermana y, sobre todo, de mi sobrina. Sabían que nadie mejor que yo cuidaría de ellas sin pedir nada a cambio, aunque me convirtiera en una solterona sin remedio.

Tardé unos días en visitar a Ángela. Supuse que enseguida me hablaría de Vicente, y me faltaban fuerzas para soportarlo. Así fue: en cuanto aparecí por la puerta de su casa, me dio una noticia que hubiese preferido no escuchar.

—¡Nos casamos el año que viene! —saltó emocionada—. Vicente ha conseguido un trabajo de contable en Granada. Allí tiene unos parientes que nos alojarán hasta que tengamos un piso propio. ¿No te parece maravilloso?

La abracé para disimular mi decepción. El recuerdo de Vicente ya apenas llenaba mi soledad, pero aquellos días en Melilla, cada vez más desdibujados, continuaban presentes y, a veces, sentía el eco de sus caricias en mi piel, ya que las manos de Viladrich no se habían borrado por completo.

—Vicente vendrá en un par de horas, en cuanto salga de la tienda donde está empleado ahora. Le gustará verte.

Me excusé, dije que mis padres me esperaban, y cambié de tema. Le hablé de Cándida y Antonia, de cómo habían logrado abrirse camino en Madrid con la ayuda de Antonio de Hoyos.

—Ha sido gracias a ti —aseguró—. Eres una buena amiga. Al final, las tres seremos felices. En fin… Solo falta que te cases tú. ¿Qué pasa con ese pintor tan guapo?

—Que se ha ido a Sevilla sin mí —suspiré.

No me entretuve en detalles. Estaba nerviosa: temía que Vicente llegase y me sorprendiera allí, porque no sabía cómo iba a reaccionar. Me costaría dominar la emoción, y no deseaba hacer el ridículo ante un hombre que ya no me amaba, si es que alguna vez lo hizo.

Salí precipitadamente y caminé deprisa y cabizbaja hacia mi casa.

—¡Ketty!

Alcé la mirada y me encontré con el rostro emocionado de Vicente. Me puse tan nerviosa que las manos me sudaban, y no me atreví a estrechársela.

—Esperaba verte en casa de Ángela —dijo cohibido—. Tenía ganas de hablar contigo. ¿Estás bien?

Asentí con la cabeza. Apenas podía pronunciar una palabra. Sus ojos se clavaban en los míos, y me faltaba el aire.

—Me he acordado mucho de ti. Hiciste que mi vida cambiara, que no me conformase con ser un pobre campesino. Y Ángela empezó a verme de otra manera.

—¿Y nosotros? —me atreví a preguntar.

—Sabes que no podía ser, tú misma lo dijiste. —Su voz sonaba triste, y me enternecí—. Mereces a alguien mejor que yo. En Madrid habrá muchos hombres cultos dispuestos a quererte y casarse contigo.

Me reí. Unas carcajadas ruidosas y sin control salían de mi boca, y no podía parar. Mi reacción desconcertó a Vicente, que se quedó muy serio, plantado en medio de la calle. Después, las carcajadas se transformaron en un llanto amargo y patético.

—Lo siento, Ketty. Por favor, no le cuentes nada a Ángela. ¿Sabrás guardar el secreto?

—No sé hacer otra cosa —grité entre sollozos. Me alejé a la carrera, como si eso me librara de los recuerdos para siempre.

Unos días después me marché de Almería sin despedirme de Ángela. No deseaba cruzarme de nuevo con Vicente, ni escuchar a mi amiga hablar de sus planes de boda, ni sentirme fuera de lugar en una ciudad que no parecía la mía. Dolía comprobar que ya no me consideraba de ninguna parte, aunque mi hermana decía que era mejor así, porque sentías que pertenecías a cualquier lugar.

Ese verano supe que no me casaría nunca, que mi tiempo había pasado, que solo me quedaba ser la sombra de la luz que irradiaba Carmen. Y eso no era poca cosa.

55

Regresé a un Madrid agobiante; el calor de agosto ascendía desde el suelo como la lava de un volcán. El frío del invierno me amedrentaba, mientras que Carmen, muy calurosa, no soportaba el verano en la capital, y huía de viaje a zonas más frescas, al norte o Europa. Por eso ella disfrutaba menos de la cocina que yo, y siempre que me sorprendía entre los fogones, exclamaba: «¡Cómo soportas este infierno!», aunque fuese enero.

En Almería, al menos, la brisa dulcificaba la canícula, pero no lamenté haber abandonado el mar, y me dispuse a entretener el verano de la mejor manera posible.

Escribí cientos de recetas, y algunas las puse en práctica. Pensé en lo que habría disfrutado Viladrich de aquellas tortas de almendra, que elaboré empapada en sudor. En ausencia de los hambrientos artistas bohemios, se las llevé a Antonio de Hoyos, que no salió de la capital ese verano. Siempre me recibía con agrado, con el monóculo en el ojo derecho o el izquierdo, feliz de probar mis delicias, que apreciaba y agradecía con efusividad.

—Eres la mejor cocinera de Madrid, mejor que la condesa. Doña Emilia no sabe hacer estas tortas tan deliciosas. Por supuesto, su cocinera elabora las recetas; odia mancharse las manos cortando cebolla. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

—¿Por qué no has huido del calor? —le pregunté al verlo, sudoroso, recostado en el sofá.

—Estoy en plena inspiración: quiero acabar la novela y, además, temo que, si me marcho, cuando vuelva, mi madre me haya puesto

las maletas en la puerta. Me gustaría ir a Barcelona, pero el calor es húmedo y me sofoca aún más. Lo dejaré para septiembre. ¿Y tú? ¿No estabas en Almería?

—Me aburría soberanamente —mentí—. Y os echaba de menos.

Cándida me preguntó por nuestra ciudad. Añoraba el mar, pero no se interesó demasiado por su familia.

—Todo sigue igual, está anclada en el tiempo —conté—. Los tuyos están bien, y creo que saben que tú también.

Eso se contaba en Almería. Los padres de Cándida habían dejado de lamentarse, y aseguraban que la hija se había labrado un futuro próspero en Madrid y que no se había fugado con un hombre.

—Les escribí —confesó— y les pedí que no me buscaran. En el fondo, les he hecho un favor, ya no tienen que preocuparse por encontrarme marido. Que cuenten lo que quieran, ¡como si dicen que me he metido a monja!

Me invitaron a salir con ellos esa misma noche, y me animé a formar parte del cortejo. El marqués me recogió con su coche en la puerta de casa. A su lado se sentaba una mujer bellísima, esbelta, de grácil figura y nívea piel. Lucía una frondosa melena oscura que enmarcaba unos ojos de un inverosímil verde oscuro.

—Te presento a la bailarina y actriz Tórtola Valencia.

La mujer me saludó con delicadeza, mientras De Hoyos me hablaba de ella como si no estuviese presente.

—Tendrías que verla bailar la danza de la serpiente, Ketty. Con sus largos brazos, consigue crear movimientos tan ondulantes que dan la impresión de tratarse de una víbora parada en la punta de la cola.

Tórtola, que en realidad se llamaba Carmen, rio como un pajarillo, y pensé que su apelativo estaba muy bien puesto.

Acabamos en un local infame de los barrios bajos donde había bastantes jovencitos, efebos de clase obrera que agradaban al marqués. Él aseguraba que esas vistas eran material para sus

novelas naturalistas, algunas protagonizadas por su *alter ego*, Julio Calabrés, que exploraba lo sórdido y el lado más desagradable de la realidad. Era cierto que en sus obras hablaba de vicios y placeres y que usaba el habla coloquial de aquellos miserables, pero había otra intención menos literaria que le acercaba a los hombres casi imberbes.

Cándida y Antonia, cada vez menos tímidas, disfrutaban del ambiente que les permitía mostrar sus sentimientos: se besaban con pasión y sin reparos, más enamoradas que nunca.

Tórtola, a petición del marqués, nos deleitó con una de sus danzas hipnóticas: se descalzó y se movió de forma exótica, fantástica, irreal. Jamás vi a nadie bailar así.

—Se dice que es la hija bastarda de un rey —me contó Cándida al oído—, pero yo creo que es mentira, que su familia es humilde. También hay quien asegura que es hija de madre gitana, o de un noble inglés…

—Cuentan que ha tenido amantes importantes, y que por ella se han suicidado varios hombres, entre ellos un príncipe indio —siguió Antonia—. Me parece una mujer muy misteriosa.

—Y la más bella de Europa —suspiró Cándida.

Ese verano, no volví a salir de noche con aquel grupo. En el fondo temía que me relacionaran con ellos, que mi reputación quedase aún más manchada. Ser hermana de Colombine no era una buena tarjeta de presentación en según qué círculos, pero el marqués y sus amigos superaban y desafiaban las normas, incluso las no escritas.

Las semanas siguientes me encerré en casa y elaboré conservas hasta llenar la despensa para el otoño. Los lomos adobados, conservados en tinajas, duran una barbaridad, a no ser que en la casa se los comieran sin dar tiempo a que se estropeasen. En cuanto regresara mi hermana, daría buena cuenta de ellos, pues era uno de sus platos favoritos.

Pensé en acercarme a saludar a doña Emilia e intercambiar con

ella las prometidas recetas, pero recordé que, durante los veranos, huía del calor de la capital y se refugiaba en su pazo de las Torres, como nos contó en la entrevista de Carmen.

En aquel Madrid de canícula, solo me restaba acudir a visitar al marqués, aunque con la precaución de que fuese de mañana, para evitar el compromiso de acompañarle en sus correrías vespertinas.

Le llevé una ensalada Carmen, más apropiada para el verano que cualquier otro guiso, y más saludable que los dulces azucarados que tanto le gustaban.

—Antonio se ha marchado a Barcelona. —Cándida me recibió acalorada pero sonriente—. Se ha ido con Tórtola Valencia y Luisito. Doña Gloria y la señora marquesa tampoco están en Madrid.

—Así que no puede echar a sus hijos de casa aprovechando su ausencia.

—Eso ha debido de pensar él.

Alabaron mi ensalada, que se comieron sin esperar al mediodía, y me pidieron la receta.

—¿Sabes hacer helados? —me preguntó Antonia—. En la cocina hay una heladera, pero ni la cocinera sabe utilizarla.

—¡Sé hacer leche merengada!

—¡Qué prodigio! —exclamó Cándida—. ¿Por qué no te quedas a comer y nos enseñas a hacerla? Adoro los helados, sobre todo con este calor —dijo poniendo los ojos en blanco.

—Es muy sencillo prepararla, y seguro que tenéis todos los ingredientes. Se hierve un litro de leche con un poco de corteza de limón. Se baten bien seis claras de huevo hasta que queden a punto de nieve, y el batido se echa a la leche hervida y se mezcla todo bien. Luego se agrega el azúcar necesario y se pone en la heladera.

—¡Vamos a ello! —saltó Antonia.

Pasamos un día delicioso, entre fogones y risas, y me contagiaron su alegría. Repetimos las sesiones gastronómicas varias veces,

mientras aderezábamos la comida con la lectura de fragmentos de libros que nos habían gustado. Ambas eran muy lectoras.

Incluso cuando De Hoyos regresó, seguí acudiendo a elaborar helados y preparar ensaladas que el marqués agradecía con generosidad, pues en cada ocasión me regalaba algún detalle: una taza de porcelana china, un abanico de encaje, una servilleta bordada… El que más me gustó fue la heladera, que me acompañó en cada mudanza, y que deleitó el paladar de mi sobrina tanto en verano como en invierno.

56

Un día de finales de agosto recibí la primera carta de Viladrich. Siempre que me llegaba una, fuera de quien fuese, mi corazón saltaba de alegría. La abrí con urgencia, rasgando el sobre, pero su escueto contenido me defraudó. Solo hablaba de él, de sus progresos en Sevilla y de las amistades que había hecho. No me preguntaba cómo me encontraba ni me decía que me echaba de menos. Enfadada, la rompí en pedazos y juré no contestarle nunca. Hube de reconocer que, en cuestiones epistolares, nadie igualaba a Rafael, de quien hacía meses que no sabía nada.

Esa misma tarde, me encontraba enfrascada en la lectura de una novela corta cuando alguien llamó a la puerta. Mi sorpresa fue mayúscula cuando descubrí que se trataba de Rafael, como si mi pensamiento lo hubiera invocado.

—Me acabo de enterar de que estás sola en Madrid este verano —me dijo, a modo de saludo.

—No es adecuado que una señorita deje entrar a un hombre en casa si no hay nadie más —respondí, muy digna.

—Ketty, por Dios, ¡déjate de remilgos! Nos conocemos de sobra, y los vecinos no se van a asustar de nada de lo que ocurra en casa de Colombine.

—¿Qué crees que va a ocurrir? —bromeé.

—¡Nada! ¡Déjame pasar!

—Dame unos minutos y nos vamos de paseo a un lugar más fresco.

Paseamos por el Retiro, donde la temperatura era agradable, y mi

amigo no dejó de hablar de sus proyectos. Agradecí que no me asaltara a preguntas, ni siquiera aludió a ViIadrich; debía de saber que había huido a Sevilla sin mí. Nos sentamos junto al estanque, cuando el sol comenzaba a caer, y me pareció un momento mágico. Los colores estallaban en el reflejo del agua, y la voz de Rafael era la música de fondo ideal. Debía conservar su amistad para siempre, y eso me obligaba a descartar una relación amorosa con él. Había comprobado lo que ocurría después de los besos y las caricias.

—¿Sigues escribiendo tus memorias? —le pregunté.

—Sí, eso siempre. Estamos viviendo una época efervescente, Ketty, y hay que contarlo todo, para que no se olvide.

—Entonces, no acabarás nunca. Estoy deseando que las publiques.

—Será pronto —me susurró al oído, como si fuese un secreto—. No se lo cuentes a nadie, pero estoy preparando un libro de salmos.

—¿Salmos?

—Sí, se va a titular *El candelabro de los siete brazos.* Es una serie de poemas en prosa, ordenados siguiendo las letras del alfabeto hebreo. Desde que llegué a Madrid, busco mis raíces judías. He investigado mi pasado familiar en la Biblioteca Nacional, y trato de conseguir toda la información posible sobre mis antepasados paternos. Hasta me escribo con rabinos de comunidades sefarditas europeas… Lo mejor de todo ha sido formar parte de la Alianza Hispano-Israelita, en la que también he implicado a tu hermana, como bien sabes.

—¡Ya lo creo! Menuda lata le diste. ¿Y de qué trata ese «candelabro»?

—Son las lamentaciones de un maduro poeta, el Cantor de los Salmos, que contempla una gastada *dolce vita* bohemia.

—Aún eres muy joven para considerarte un maduro poeta, pero lo de lamentarte se te da bien —reí.

—Empiezo a estar harto de esta bohemia madrileña, tan

superficial. A tu hermana le ocurre igual, me lo ha confesado. No me extrañaría que cerrase la tertulia a su vuelta.

—Yo lo lamentaré… Me divierte tanta gente distinta —reconocí.

—Tú eres una bohemia en secreto —bromeó.

—Sobre todo, en secreto.

Los paseos se repitieron varias veces, hasta el regreso de Carmen y María. A partir de entonces, volvieron las carreras: cambiamos de domicilio, a la calle de la Madera, y preparamos la casa para un curso de intenso trabajo. Durante el viaje, recopiló nuevas recetas y compró objetos curiosos que atesoraba y ordenaba con gusto para generar intimidad.

Mi hermana, por fin, fue nombrada profesora numeraria de la sección de letras de la Escuela Normal de Maestras de Madrid, con tres mil pesetas de sueldo. Fue un buen desahogo para la economía familiar, pues los artículos y los libros solo permitían vivir con estrecheces. ¡Qué terrible, la vida de los escritores!

Mi sobrina empezó el nuevo curso en el Instituto Internacional, donde estudiaban jovencitas de la élite intelectual mezcladas con jóvenes extranjeras de origen diverso. Convencida de que los viajes ampliaban la cultura y que aquella institución era la ideal para su hija, Carmen no vio la realidad. A María nunca le gustó estudiar, ni de niña en la Asociación para la Enseñanza de Mujer, en la calle San Mateo, ni en el moderno Instituto de la calle Miguel Ángel.

La vida acelerada le impedía darse cuenta de las dificultades de Marujilla. Después de las clases, no paraba de escribir; hasta las cuatro de la madrugada ardía aún la lámpara de trabajo. Acudía a eventos, se documentaba para sus artículos, se reunía con amigos y, sobre todo, amaba a Ramón.

Rejuveneció hasta el punto de que los años de diferencia con su amante parecían inexistentes. Vivieron la vida juntos como una

aventura, como un descubrimiento. Siempre dijo que creía en el amor como bella mentira, pero el suyo por Ramón fue una verdad categórica para bien y para mal. Él la admiraba, esa era la baza de Carmen. Creía que la admiración era necesaria para amar a las mujeres «que son mujeres y no hembras solo».

Gómez de la Serna también se transformó, maduró y creció, como si hubiera aumentado varios centímetros al lado de mi hermana. Ella fue la artífice que le animó a escribir, le marcó el camino, le introdujo en el mundo de la literatura, le aconsejó, le obligó a trabajar para seguir su ritmo, le regaló parte de su talento y le convirtió en un escritor reconocido de los que están en los libros que se estudian en las escuelas.

Ramón y yo nos mirábamos con desconfianza, como si nos ocultásemos algo. Sentía que lo vigilaba y era cierto, no deseaba que mi hermana sufriera, que la engañara, que la traicionara; por eso, procuraba oír sus conversaciones en la tertulia y, en ocasiones, lo seguía en sus paseos por Madrid. Nunca bromeaba conmigo, se dirigía a mí con seriedad, mientras que con María desarrolló pronto una familiaridad que me resultaba excesiva.

Carmen publicó enseguida el libro de viajes bajo el título *Cartas sin destinatario*. Como bien me contó María, ese destinatario anónimo era Ramón, eje de su vida en aquellos años. Reconocí la nostalgia del amor en cada frase: «Te busco en la ciudad silenciosa donde paseo mi tristeza». El extenso volumen pasó a formar parte de mi colección, de mi maleta cada vez más cargada.

57

Un miércoles por la tarde, inesperadamente, apareció Miquel Viladrich por la tertulia. Hacía meses que no sabía nada de él, pues no respondí a su carta. Me saludó con efusión, como si no hubiera pasado el tiempo desde que nos abrazábamos en su taller.

—¡Ketty, adorada! —me soltó nada más verme—. Voy a exponer en Madrid. Ya te dije que salir de aquí sería provechoso. Vuelvo con reconocimiento. Ahora quiero irme a París, donde está naciendo una nueva forma de entender la pintura y podré crecer.

—¡Vuelves para decirme que te marchas otra vez! —me quejé.

—¿No quieres que cumpla mis sueños de artista? Ven conmigo, Ketty, te lo repetiré siempre.

—Ya sabes mi respuesta, Miguel.

—¡Es Miquel! Me debes un beso… y algo más. ¿Por qué no vienes al taller mañana?

Le acaricié el rostro. Me inspiraba más ternura que pasión. Era un joven iluso que corría detrás de un sueño imposible, y en esa carrera yo me había quedado rezagada.

—Serás feliz, Miquel; pero no conmigo. Tengo otros planes.

—¿Qué planes? ¿Es que piensas casarte con algún tipo aburrido?

—No me voy a casar. Y tienes razón, cualquier hombre sería menos divertido que tú.

Nos dimos un beso largo, de despedida, que me supo amargo por la certeza de que sería el último. Sin embargo, sabía que mi decisión era correcta, Fugarme con él, a la larga, habría resultado doloroso. Aquella pasión se fue transformando en una amistad

sincera, como me ocurrió con Rafael. Las cartas que me envió después, desde París, no hablaban de amor, pero eran ingeniosas y divertidas, y me hacían imaginar una ciudad llena de artistas donde Miquel era el nuevo genio de la pintura.

La vida se aceleraba a la carrera, y era difícil seguir a Carmen, en continuo movimiento. Quería comerse el mundo, consumir cada segundo, hasta que una tarde, al regresar a casa, la encontré tumbada en la cama con la tez pálida y las manos temblorosas.

—Solo es cansancio —me dijo con un hilo de voz.

El médico certificó que era algo más, que debía tener cuidado, pues su corazón se resentía de tanta actividad. No hizo caso del diagnóstico y, en cuanto se encontró mejor, continuó con su actividad febril.

—Este verano, necesito que te vengas con nosotras —me dijo en mayo.

Ni siquiera me preguntó si estaba de acuerdo. Sabía que las acompañaría al fin del mundo. María se alegró de mi presencia, consentía que me interpusiera entre su madre y ella, y me permitía compartir sus viajes especiales.

Preparé la maleta, la misma que me regaló Carmen cuando fuimos a Melilla, con enorme ilusión. La perspectiva de otro verano en Almería o preparando recetas en un Madrid asfixiante no me resultaba atractiva, pero marcharme al extranjero me inquietaba.

—Ya verás —me dijo—. Al salir de Madrid, no sentirás tristeza por dejar la patria. Hoy las fronteras casi no existen. Las facilidades de los viajes, la difusión rápida de las noticias con el telégrafo y la prensa, hacen que exista una cierta fraternidad y que nos encontremos en cualquier país tan a gusto como en España.

La creí, y encaré el viaje como una aventura, igual que mi sobrina. Para ella eran los mejores meses del año, los que esperaba

durante todo el curso para convertirse en una jovencita diferente que recorría Europa como si estuviese en el pasillo de su casa.

Fueron unas semanas de tiempo sombrío, días grises y otoñales. Nuestra primera etapa fue San Sebastián. Por la tarde, nos sentábamos en un café de la playa de La Concha, pequeño y blanco, frente al mar, mientras Carmen escribía. De allí viajamos a París, donde hacía un frío inusual en pleno agosto. El propósito de mi hermana era acercarse a los ambientes selectos del lujo y la elegancia para describirlo en sus artículos para el *Heraldo*. Tenía que ser Colombine, dar la imagen de una mujer resuelta, desenfada y superficial, aunque no lo fuese.

—Me gustan los cintajos y los trapos —la oí decir en varias ocasiones—. Me pongo el mantón para ir a enterarme de cómo son las casas donde duermen los golfos o viven los gitanos. Otro día tomo un palco en el Real o me paseo por el polo de Bagatelle, en París, donde acuden las damas sofisticadas a la hora del té.

Las parisinas vestían de manera extravagante, y yo parecía una recién llegada del pueblo. María observaba y reía con descaro ante los chocantes modelos que lucían. La sociedad europea era tan culta, brillante, refinada y permisiva como mi hermana aseguraba.

Carmen se empeñó en que aprendiera francés. Me regaló un manual del idioma, y ella y mi sobrina, que lo hablaban a la perfección, me daban clases en mi tiempo libre. Al principio lo hice casi obligada, pero acabé amando la lengua de Molière.

Visitamos el Louvre, aunque no pudimos admirar la famosa *Gioconda*, porque la habían robado. Era una delicia pasear por las salas repletas de obras de arte mientras mi hermana explicaba los cuadros como una erudita. Entre tantos lienzos, pensé en mi amigo Viladrich; no le había contado que visitaría la ciudad, y no estaba muy segura de querer verlo. ¿Y si lo encontraba con otra mujer? Aunque mis sentimientos no eran los mismos, aún no estaba preparada para una situación así, e ignoraba cuál sería mi reacción.

No deseaba sufrir por amor, y menos en medio de un viaje tan especial como aquel.

Nuestro destino último era Normandía, donde disfrutamos del mar y Carmen pudo, por fin, relajarse. Allí acudimos a un espectáculo inolvidable: cuatro representaciones del ballet ruso en el que bailaban Vaslav Nijinsky y Tamara Karsavina. Parecían flotar sobre las tablas del escenario; las puntas de sus pies apenas tocaban el suelo, y se deslizaban como un ser etéreo, como si fueran un hada o un ángel.

En *El espectro de la rosa*, Nijinsky demostraba su habilidad para realizar saltos que parecían desafiar la gravedad. Las tres contemplamos emocionadas el sublime espectáculo, y mi sobrina se mostró entusiasmada; tanto que acabamos en la playa, con ella danzando al son de la música que cantábamos su madre y yo.

—Quiero ser bailarina —saltó—. Bailarina y actriz.

—Hay que trabajar mucho para danzar como Karsavina. No sabemos cuántas horas de dedicación, ensayo y sacrificio esconden sus pasos en el escenario.

—Cuando volvamos a Madrid, apúntame a clases de ballet —le pidió María.

Su madre se rio y la miró fijamente.

—Dudo de que tengas dotes para la danza… Pareces un pato mareado.

María se ofendió por el comentario, dejó de dar saltos, se cruzó de brazos, puso morritos de disgusto y no dirigió la palabra a su madre en un par de días. Carmen, atareada y escribiendo sin parar, ni siquiera se percató del mutismo de su hija.

Durante uno de los paseos junto al mar, descubrimos unas casas rodantes. Unas eran automóviles y otras iban tiradas por caballos. Eran como un yate sobre ruedas. Era la última moda entre los ingleses, y lo llamaban con el pintoresco nombre de *caravaning*.

—¡Cuánto más valen nuestras playas españolas, con el cielo azul

y el mar noble y franco! —dijo mi hermana—. España tiene un enorme potencial turístico que no aprovechamos.

Cuando regresamos a Madrid, era ya septiembre y, de nuevo, tocaba mudanza. El piso de la calle de la Madera era oscuro y frío, así que nos trasladamos a uno más amplio y soleado en la calle Divino Pastor, esquina con Fuencarral. De nuevo las prisas, el trabajo agotador, la tertulia. De nuevo, Ramón.

—¡Con lo bien que estábamos sin él! —dijo María en cuanto apareció por casa.

En el fondo, tenía razón.

58

Los amigos extranjeros de Carmen fueron sustituyendo a los españoles. Muchos me preguntaban si estaba de viaje, pues ya no frecuentaba los cafés ni las tertulias de otros escritores. Incluso la nuestra de los miércoles empezó a perder fuelle. En ocasiones, mi hermana tenía mucho trabajo y prefería no convocarla; en otras, se encontraba atareada o cansada y, las más, se hallaba fuera de Madrid.

Ramón recelaba de los habituales de la tertulia: los veía como a unos aprovechados que abusaban de la confianza y generosidad de mi hermana. No le faltaba razón, pero sus motivos tenían más que ver con los celos que con la actitud de los demás.

Un mes antes de Semana Santa, me anunció que pasaríamos unos días en Almería, y yo no me mostré demasiado entusiasmada.

—¡Qué raro, Ketty! ¿No te apetece ver a la familia y a tus amigas?

No respondí, porque ver de cerca y juntos a Ángela y Vicente me producía una desazón aún incontrolable. Ella me había escrito varias veces hablándome con entusiasmo de Vicente, de cuánto se amaban, de los planes de futuro, y prefería no comprobar que era verdad.

Recuerdo que fuimos a los toros, porque alguien nos hizo una foto con María y nuestra madre y, sobre todo, por el encuentro indeseado que se produjo a la salida del coso.

—¡No me avisaste de que venías! —exclamó una risueña Ángela al tiempo que me abrazaba.

A su lado, Vicente miraba al suelo, azorado, y no pronunció ni un monosílabo.

—Lo hemos pensado a última hora —respondió Carmen por mí—. ¿No nos presentas a tu novio?

—Ya lo conocéis, Carmen. De Melilla… —contestó Ángela.

—No recuerdo —mintió mi hermana—. ¡Había tantos soldados!

Yo también clavé los ojos en el suelo, mientras Ángela hacía las presentaciones oportunas. Él ni siquiera nos dio la mano.

—Nos casaremos en mayo —anunció mi amiga—. Estáis invitadas. Será un honor que Colombine acuda y tú, Ketty, no puedes faltar.

—Lo intentaré —balbucí—. Son malas fechas…

—¡Y tanto! —cortó Carmen—. Tenemos un viaje importante a París.

La miré con una media sonrisa de agradecimiento, y nos despedimos de la pareja como si tuviésemos prisa. Noté que Ángela se quedaba desconcertada ante mi mutismo e indiferencia. Que su mejor amiga no acudiese a la boda era un desplante inesperado.

—Parece tímido, el novio de Ángela —comentó mi madre—. Creo que es un primo suyo.

—Pero es guapo —intervino María, que se fijaba en todo.

Carmen me agarró del brazo, nos adelantamos a las dos y salimos deprisa de la plaza.

—¿Por qué no me lo habías contado? —me preguntó cuando nadie nos podía oír.

—¿Para qué? —suspiré.

—Para desahogarte, Ketty. Ya te advertí de que el amor duele.

Me abrazó y me refugié en su calor; en sus palabras, como en el regazo de una madre. Hacía tiempo que no actuaba como la hermana mayor que era, más bien era yo la que había asumido el papel de protectora.

—Gracias por decir que nos vamos a París.

—Es la verdad, Ketty. Y esta vez quiero que visites a Viladrich; te ayudará a olvidar y lo pasarás bien. Es un hombre más divertido que ese soldado inculto.

Carmen sabía más de lo que yo imaginaba: tras esa fachada de mujer fuerte y poderosa se escondía un ser frágil que velaba por todos y soñaba con nuestra felicidad.

Regresé con ella a París en mayo, y comprobé que, como bien decía, las fronteras no eran tales cuando se tiene la mente abierta. En la capital francesa, mi hermana participó en el X Congreso Internacional de la Mujer como única representante de nuestro país, de lo cual se quejaba con amargura:

—Este alejamiento nos hace quedar lejos del concierto europeo. En España, no sabemos defender nuestras libertades.

En su intervención, dejó claras sus ideas: revolucionarias en nuestra tierra, pero compartidas por las europeas cosmopolitas. El feminismo las unía, era como una religión.

—No se puede impedir que las mujeres piensen —dijo en su discurso—. Se consideran aptas para cuidar a los hijos, a generaciones enteras, y les negamos el derecho a inculcar sentimientos de civismo.

Hice caso a Carmen y, en esa ocasión, me cité con Viladrich, a quien había anunciado mi visita a París. Me sentía capaz de abordar el encuentro como el de dos amigos que se conocen y se aprecian.

Por las calles de Montmartre, paseé con los dos famélicos artistas: Miquel y Julio Antonio continuaban con la vida bohemia, tanto que apenas se alimentaban. Ambos se emocionaron al verme, me abrazaron como si me fuese a escapar, y añoraron mis empanadillas y mis guisos. A pesar de las privaciones, se les veía felices y entusiasmados.

—Estamos en la capital del arte moderno, las vanguardias —me explicó Miquel sin soltar mi mano—. Aquí llegamos los que deseamos experimentar y romper con todo lo anterior.

—No sé si me convence esta moda de pintar cuadros que escapan de la realidad —confesé—. José Francés, que sabe mucho de arte, se muestra en contra de estos impresionistas y cubistas.

—¡Francés está anticuado! —saltó Julio Antonio—. Díselo de mi parte cuando vuelvas a Madrid. Aunque mi arte no va por ahí y el de Miquel, tampoco. Lo que deseamos es llamar la atención, que se fijen en nosotros.

—Es difícil destacar entre tanto aspirante —suspiró Miquel—, pero tenemos una idea genial y la vamos a llevar a cabo hoy mismo, en tu honor.

—¿Qué se os ha ocurrido?

—Ya lo verás —me guiñó el ojo Miquel.

Fuimos al taller que compartían con un pintor mexicano llamado Diego Rivera, un hombre alto y corpulento que me saludó con un fuerte apretón de manos. Miquel me confesó que el artista catalán Anglada Camarasa les ayudaba a pagar el alquiler y a sobrevivir en la capital francesa.

Miquel se escondió tras un biombo y apareció vestido de torero, con un capote en la mano. No pude evitar reírme a carcajadas; Julio y Diego me siguieron.

—¿Adónde vas disfrazado así? —pregunté.

—¡A torear a la plaza de la Concordia!

—¿Y de dónde vas a sacar el toro? —me burlé.

—¡Yo seré el toro! —aseguró Julio Antonio.

Trotamos hasta la plaza, que no era de toros, ante el asombro de los viandantes, sorprendidos por la vestimenta de Viladrich. La mayoría no habían visto nunca un traje de luces.

La Concordia era una gigantesca explanada al comienzo de los Campos Elíseos. Me impresionó porque era lo más inmenso y monumental que había visto. En el centro había un monolito; Miquel me explicó que era un obelisco egipcio, flanqueado por dos fuentes ornamentales con motivos marítimos. Numerosos coches,

carromatos y caballos transitaban por la plaza. Resultaba una temeridad plantarse en medio de tanto trasiego, y eso fue lo que hicieron mis dos amigos: Miquel toreó a Julio Antonio, que colocó un dedo a cada lado de la cabeza a modo de astas. Desde la acera, yo no sabía si reír o gritar. Los coches pasaban cerca de ellos y les increpaban:

—*Vous êtes fous!*

Sí, estaban locos, maravillosamente locos, jóvenes e ilusionados. Eran artistas, y esos adjetivos formaban parte de su condición. En ese momento, los envidié, me habría gustado estar tan chiflada como ellos, no ser una mujer educada en el recato y permitirme desvaríos que se salieran de la norma. Entonces aplaudí y grité con todas mis fuerzas:

—¡Bravo!

Miquel me sonrió, hizo un gesto para brindarme el toro y clavó una espada imaginaria en la espalda de Julio Antonio, que se desplomó como si estuviera herido de muerte, en medio de aquella plaza, que no era de toros.

Acabamos el día recorriendo los cafés de la ciudad, donde se reunían los artistas. Agarrada del brazo de mis dos amigos, me sentía una más en la ciudad de la luz.

—Tú también eres una artista… de la cocina —dijo Julio—. La mejor del mundo.

¡Qué tiempos aquellos! De ilusión, esplendor y vida.

—Volveremos a Madrid, aunque no sea una estancia larga —aseguró Viladrich cuando nos despedimos—. Nos veremos pronto. París es solo una etapa en mi vida.

La voz de Miquel aparece en mis sueños envuelta en la luz de París. Y siempre me habla de una despedida.

59

Al regresar a la capital, se abrió una nueva etapa para mí. Carmen logró que me admitieran como profesora en la recién creada Escuela del Hogar y Profesional de la Mujer, una institución pública destinada a preparar a las jóvenes para la vida doméstica y darles una formación que les permitiera ejercer un oficio. En otros países europeos, como Suiza, Francia o Bélgica, ya existían organismos semejantes. Yo impartía la asignatura de Arte culinario, título que me agradaba, pues me hacía recordar las palabras que Julio Antonio me dedicó en París: yo era una artista de la cocina. La escuela se instaló en el piso principal del número 3 de la cuesta de Santo Domingo, y hasta allí caminaba orgullosa cada mañana.

Carmen hubo de contratar a una cocinera en casa, a la que instruí para que el nivel de los almuerzos no decayera. La salud de mi hermana mejoró ligeramente y, antes del verano, me anunció que viajaría a Argentina con María a dar unas conferencias. Era un viaje que llevaba tiempo preparando, iba becada por la Junta de Ampliación de Estudios y yo no las acompañaría.

El barco hacia América partió desde Barcelona el 24 de julio de 1913, y hasta allí nos trasladamos Ramón y yo para despedirlas. Los dos nos quedábamos huérfanos sin Carmen, y el rostro de niño abandonado de él inspiraba cierta ternura. Antes de embarcar, mi hermana recibió un grueso paquete de manos de su enamorado:

—Te he escrito unas cartas. Quiero que leas una cada día durante el tiempo que dure el viaje. Así sentirás que seguimos juntos.

Carmen se emocionó, y se besaron con pasión delante de

nosotras. María se echó a reír sin pudor y yo me conmoví. Me pareció un hermoso gesto por parte de un hombre del que desconfiaba.

Mi sobrina me abrazó lloriqueando, aunque en realidad estaba feliz de marcharse lejos, disfrutar del viaje sola con su madre, sin Ramón por el medio y sin tener que estudiar.

—¿Qué hacemos ahora? —me preguntó él cuando el barco zarpó —. ¿Te vuelves a Madrid conmigo?

Los veranos en la capital eran calor y aburrimiento, así que acepté la invitación de Antonio de Hoyos, que ese año pasó los dos meses en Barcelona. Tampoco me apetecía regresar en tren con un sombrío Ramón empuñando su pipa vacía.

Me alegré al encontrarme con Cándida y Antonia en casa del marqués. Ellas también se habían apuntado a la fiesta, y el generoso anfitrión nos trató como a tres reinas. Disfruté de una ciudad amplia y moderna, con un movimiento no tan frenético como el de Madrid, pero me pareció más europea. Por aquellos días se convocaron varias huelgas fabriles; el mercado del Clot era el centro de reuniones de los manifestantes y los soldados realizaban paseos militares por los barrios obreros.

Nosotros, ajenos a los problemas sociales, frívolos como si el huracán jamás fuese a alcanzarnos, disfrutamos del verano y de los espectáculos que Barcelona nos ofrecía.

Acudimos al teatro, donde vimos la zarzuela *Si yo fuera rey*, interpretada por la cantante Aguilar y el tenor García Romero. Presenciamos la actuación de un grupo folclórico que nos deleitó con el famoso baile argentino el pericón, recién importado de América, que se puso de moda en Europa. Me sentí unida a mi hermana, que navegaba hacia Argentina, aunque pensé que ella no tendría tiempo de regocijarse con bailes y fiestas.

También fuimos a los toros. Más que el espectáculo, me gustaba el ambiente en el coso, lo que se contaba, la gente que se exhibía, el color del albero y los sonidos peculiares en cada momento de la faena.

Toreaba Rafael el Gallo, el diestro más famoso de España. Cándida se mostró entusiasmada durante toda la corrida.

—Dicen que es un genio del toreo, aunque a veces hace sonadas *espantás* —me contó.

—Sí, una vez le oí decir que es mejor salir corriendo, porque una bronca del respetable dura cinco minutos, pero una *corná*, dos meses —intervino el marqués—. Es un hombre desprendido y generoso, un buen tipo.

—Estuvo casado nada menos que con la cantaora Pastora Imperio, pero el matrimonio apenas duró un año. Un escándalo… —añadió mi amiga.

—Ahí donde lo ves, tan valiente —siguió De Hoyos—, tiene pavor a los escarabajos.

El Gallo hizo una faena notable y fue premiado con las dos orejas del toro.

El verano en Barcelona pasó rápido, como todo lo especial, lo bueno, lo emocionante. Cuando comenzó el curso en la escuela del Hogar, ellas aún no habían regresado de Argentina.

En Madrid me esperaba una carta de María, la única que recibí, en la que me contaba el viaje en barco y las primeras semanas en América.

Querida Ketty:

Ya estamos en Buenos Aires. La travesía fue un rollo. Mamá no hacía más que suspirar y esperar a la mañana siguiente para abrir la carta de

Ramón. Se le ilumina la cara cuando las lee, como a una adolescente enamorada.

En el barco había muchos emigrantes, pasajeros de tercera que iban a América en busca de una vida mejor. Mamá hablaba con ellos, le interesaban sus historias, casi todas muy tristes.

Está teniendo mucho éxito con sus conferencias. La aplauden a rabiar.

Yo he recitado algunos poemas. Los ensayo antes, y cada vez lo hago mejor; creo que voy a ser una buena actriz, aunque a mi madre no le guste la idea. Se lo está pasando muy bien, a pesar de que Ramón no se encuentre aquí. Adora que la admiren y, como está enamorada, la veo más guapa que nunca.

Echo de menos tus guisos, Ketty. En Argentina se come mucha carne, pero no saben hacer croquetas como las tuyas. ¡Quiero una bandeja entera a la vuelta!

Te quiero mucho,

MARÍA

El 13 de octubre por fin regresaron a España. Desembarcaron en Almería y allí estaba yo para recibirlas, junto a un numeroso grupo de gente que aclamaba a Colombine.

60

En nuestra tierra, empezaban a mirar a mi hermana de otra manera. Ya no era una proscrita, una mujer escandalosa y pervertida, al menos, no para todo el mundo, aunque los padres de Cándida lo siguieran pensando y sospechasen que estaba detrás de la fuga de su hija a Madrid.

Mi hermana regresaba radiante. Al descender del barco junto a María, mi sobrina me pareció insignificante a pesar de su juventud y notable belleza, como si hubiera encogido. Nadie la vio en el puerto, solo yo, que corrí a abrazarla. Enseguida me percaté de la tirantez entre madre e hija y, sobre todo, de la mirada adusta de María y de su extraño mutismo.

Al día siguiente, Carmen dio una conferencia en el casino almeriense, donde denunció la injusticia social, la arrogancia docente de Argentina y la terrible situación de miseria de los emigrantes que llegaban a esas tierras.

—Es una mentirosa —me susurró mi sobrina al escucharla—. Allí aceptó los parabienes de las autoridades, no criticó nada. Se codeó con la élite política, y hasta estuvo con la mujer del presidente, y no se quejó.

—¿Qué os ha ocurrido? —le pregunté, inquieta. Era evidente que la relación entre ellas no pasaba por un buen momento.

—Ya te contaré, ahora no es el lugar.

Durante los escasos días que compartimos en nuestra ciudad, el aspecto de ambas no podía ser más distinto. María apenas hablaba, y su imagen se desdibujaba, sombría y molesta. Por su parte, su

madre brillaba con esa luz tan suya, feliz ante el inminente reencuentro con Ramón.

No tuve noticias de Ángela y Vicente. Ya se habían casado, y supuse que se habrían trasladado a Granada. De otra manera, ella habría acudido a la conferencia del casino. Lamentaba perder a mi mejor amiga. Pensé que quizá, algún día, los tres compartiríamos amistad y recuerdos hermosos, pero ese escenario aún estaba lejos.

Regresamos a Madrid y, durante el trayecto, Carmen no cesó de hablar de la gente importante que había conocido, de las conferencias sobre literatura y arte español que había pronunciado en el teatro Odeón, de cómo toda la prensa bonaerense se había hecho eco de sus palabras y de las ideas para novelas que habían surgido durante el viaje.

—He empezado a escribir una, inspirada en la travesía en el barco Re Victorio. Comprobé la cruda realidad de los emigrantes: los trataban como si fueran objetos, no como a personas; se oía llorar a los pasajeros en cubierta, donde la situación era desoladora. Se titulará *Malos amores*. Tengo que contárselo todo a Miguel de Unamuno, que me animó a hacer este viaje.

—Con quien estás deseando hablar es con Ramón —intervino María.

—¡Por fin dices algo! —exclamó su madre—. Me quieres castigar con tu silencio, pero la única que merece un castigo eres tú.

—¿Qué os ha ocurrido en Argentina? Quiero saberlo —salté, inquieta.

—Ocurrió un incidente desagradable —dijo la madre—. Enrique García Velloso, un autor de teatro que conocimos, quiso aprovecharse de María. Se la llevó a su casa, vete a saber con qué intenciones. Menos mal que alguien me avisó y aparecí por allí dispuesta a matar a ese tipo si hacía falta.

—¡Qué vergüenza pasé! Me dejaste en evidencia, mamá —reaccionó María—. ¡Como si fuese una niña! ¡Y tengo dieciocho años! Estoy en edad de defenderme sola. Enrique iba a escribir una comedia para mí, iba a ser la protagonista. Además, ha publicado un libro sobre el arte de la declamación y me quería regalar un ejemplar. Deseo ser actriz, y personas como él me pueden ayudar mucho.

—Eres una ingenua —la riñó su madre—. No sabes nada de la maldad de los hombres. Velloso tiene más de treinta años…

—Más te llevas tú con Ramón. Eso sí que es un escándalo —replicó María.

Mi hermana no respondió a la provocación, solo suspiró y se quedó pensativa, mirando por la ventanilla. María hizo lo mismo, y yo me entretuve con un libro, aunque andaba tan inquieta que apenas me enteré de la lectura.

Carmen no soportaba los desencuentros con su hija. Le dolían porque la quería más que a nadie y solo deseaba lo mejor para ella. Por eso no aguantó ni quince minutos sin hablarle.

—No le has contado a tu tía que tienes un pretendiente en Canarias —dijo con voz dulce, como si no hubieran discutido un rato antes.

—Tampoco tú le has dicho que allí te recibieron como a una estrella de cine —respondió María, más conciliadora—. En Santa Cruz, el público que había en el puerto daba vivas a Colombine. Y en Las Palmas, todas las personalidades de la ciudad acudieron a saludarla al hotel donde nos alojábamos. Hasta el alcalde nos invitó a visitar el ayuntamiento y ejerció de guía en el museo de Canarias. Y nos organizaron una fiesta en el club náutico. El que no se acercó a vernos fue Tomás Morales, médico en la isla, a pesar de lo mucho que mamá hizo por él en Madrid. Es un desagradecido.

—Me contaron que se va a casar pronto, quizá por eso no quiso verme.

—¡Qué tontería! —saltó la hija—. Aplícale lo que me has dicho sobre la maldad de los hombres, ese sí que es un aprovechado.

Ante la amenaza de discusión entre ambas, intervine para cambiar de tema.

—Cuéntame lo del pretendiente —le pedí a mi sobrina.

—Luego. Antes quiero que sepas que recité en el teatro Pérez Galdós, ante numeroso público y con gran éxito, varios poemas de poetas canarios…

—Sobre todo los magníficos versos de Rafael Romero —interrumpió la madre—. Es un joven extraordinario que se quedó prendado de María, ¿no es cierto?

—¿Es muy mayor? —pregunté. El asunto de la edad me preocupaba, pues seguía viendo a mi sobrina como a una niña.

—Debe de tener unos veinticinco —dijo Carmen—, y un gran futuro como poeta.

—No está mal —añadió María—. Es delicado, tiene una mirada profunda y unos labios carnosos muy atractivos.

—¡En qué cosas te fijas, niña! —la recriminé.

—Hemos quedado en que nos escribiremos, y parece muy entusiasmado, pero eso de tener un novio tan lejos no sé si me convence.

—Cuando se ama de verdad, da igual la distancia —sentenció mi hermana.

María y yo asentimos. Sabíamos que hablaba desde la experiencia y con la ilusión ferviente de reencontrarse con Ramón tras varios meses en la otra punta del mundo.

61

Al regresar a Madrid, enseguida recuperamos la vida cotidiana. Carmen volvió a su relación apasionada y laboriosa con Ramón: almorzaban juntos, trabajaban en la misma mesa, acudían al teatro y a conferencias, paseaban y se amaban con fogosidad.

Yo me reincorporé a las clases. Cobrar un sueldo me daba más libertad, me convertía en una mujer independiente, lo que mi hermana siempre deseó para todas, y dejé de esperar a un hombre que me mantuviera el resto de mi vida porque ya no lo necesitaba.

Mi sobrina acudía, con la misma desgana de siempre, al Instituto Internacional. Se pasaba las tardes sin estudiar, declamando poemas y soñando con ser actriz. En ocasiones, recibía la visita de Esther, la hija de Violeta, con quien compartía la afición por el teatro. Me gustaba verlas juntas, pues era una joven discreta y trabajadora, una buena influencia para mi sobrina.

Yo le preguntaba por su trabajo de telegrafista, para animar a María a que se plantease un futuro semejante.

—Es fascinante —nos decía Esther—. Telégrafos es la institución más futurista del país: con unos cuantos cables y un nuevo idioma, el morse, la información se envía a todas partes del mundo. No os imagináis adónde pueden llegar las comunicaciones.

—Pero tu vocación es el teatro —replicaba María—. Reconócelo. Lo que más te gusta es estudiar declamación en el conservatorio, igual que a mí.

—Estoy muy ilusionada —confesó—. En el periódico *El País*, apareció mi foto en la portada, como actriz del Teatro del Arte.

Dicen que me espera un brillante porvenir en la escena.

—Tu madre te apoya, pero la mía no tanto —se quejó mi sobrina.

—Es verdad, mamá siempre me ha animado; también ella hizo teatro en su juventud. Además, cree que es un medio educativo más para la formación de niños y adultos.

—Hace tiempo que no la vemos… ¿Qué tal está? —me interesé.

—No para. Trabaja ocho horas como telegrafista, escribe para diversos periódicos, pertenece a varias asociaciones y da conferencias en el Ateneo y fuera de Madrid. Sigue pidiendo en sus mítines el regeneracionismo, la república, el voto femenino y la igualdad de derechos para hombres y mujeres. Como Colombine, son tal para cual —nos contó Esther.

¿Por qué dos mujeres tan semejantes tuvieron hijas tan distintas, aunque no lo pareciera? A María le interesaban más los hombres y las tablas que labrarse un porvenir fuera del teatro. Durante unos meses se siguió carteando con el canario Rafael Romero, y su madre alentó la falsa idea de que ambos harían una hermosa pareja.

—He recibido correspondencia de Alonso Quesada —le contó mi sobrina a Esther delante de mí—. Bueno, de Rafael Romero, aunque ha adoptado ese seudónimo. Me dice que me está escribiendo un poema para que lo represente. Se titula «La umbría». Me llama «traviesa y divina chiquilla».

—¿Estás enamorada de él? —preguntó la amiga.

—¡No! —exclamó—. Vive demasiado lejos, no me gustan las relaciones a distancia, y es muy tristón. Prefiero los hombres alegres y atrevidos. Aunque me divierten sus cartas y verlo tan entregado… Sé que a mi madre le gustaría que nos hiciéramos novios, pero se va a quedar con las ganas —rio.

Con el tiempo, comprobé que mi hermana apreciaba más a Quesada que su hija. Carmen fue capaz de mantener con él una sólida amistad epistolar durante años. Como bien decía a menudo: «Tengo el vicio de la amistad».

Colombine quiso reanudar la tertulia y, aunque los amigos nuevos eran ya innumerables, deseaba juntar a los de siempre tras el regreso de Argentina para hablarles del éxito cosechado. Ramón seguía sin ver con buenos ojos aquellas reuniones, se notaba cada vez más, pues se mostraba mohíno, cuando no beligerante, con los asistentes.

Me ilusionaba retomar la costumbre, a pesar de que seguía ejerciendo de camarera y ocupándome de los invitados en la sombra. Hacía meses que no veía a Rafael, y me alegré cuando apareció y vino hacia mí a darme un abrazo.

—¿Qué has hecho todo este tiempo? —le pregunté, con un tono de reproche involuntario.

—Aburrirme en Madrid. No como tú, que te has paseado por Barcelona con De Hoyos y su corte de los milagros.

Me sorprendió que lo supiera, y mi rostro me delató.

—¿De qué te asombras? El marqués es el hombre menos discreto del mundo, y en nuestro círculo se cuenta todo. La mayoría somos periodistas, ya lo sabes.

Nos reímos. Rafael me tomó de la mano, como otras veces, y no la rechacé. María, pendiente de nuestros gestos, vino a interrumpirnos, como siempre:

—¿Sabes, Rafael, que Ketty es profesora en la Escuela del Hogar? Cobra un sueldo, es un buen partido.

—Lo sabía. ¡Felicidades, querida amiga! —exclamó ceremonioso.

Ahí terminamos la conversación, pues tuve que encargarme de servir el té a los invitados mientras percibía que el ambiente se caldeaba. Las voces subían, y yo pretendía enterarme de qué ocurría, a escondidas, intentando pasar desapercibida.

—Dirá lo que quiera, pero es sabido que el viaje a Argentina ha sido un desastre —oí decir a Valero Martín, abogado, periodista y

poeta amigo de Rafael.

—Sí, no ha tenido el éxito que ella esperaba. Un fracaso —dijo Rafael, sin percatarse de mi presencia—. Además, hubo un incidente desagradable con Marujilla y un escritor porteño.

Me dolieron las palabras de mi amigo, como si me las hubiera dirigido a mí. A punto estuve de gritarle a la cara que dejase de mentir, pero las discusiones se habían multiplicado y no deseaba añadir fuego al ambiente crispado. Carmen discutía con su hija, que se mostraba caprichosa, como tantas otras veces en la tertulia, y Ramón desfogaba su malhumor discutiendo de arte con José Francés, que le hablaba con aire paternal.

—Estas nuevas corrientes artísticas son mamarrachadas —aseguraba Francés, siempre tan clásico.

—Eres un anticuado —respondió Ramón, amenazándolo con la pipa—. No te has enterado de que una locomotora es más bella que la *Victoria de Samotracia*.

Cuando al fin se fueron todos, en el salón flotaba un aire viciado. Me despedí de Rafael con un gesto serio que él no supo interpretar. La tensión entre Carmen y Ramón era evidente. Mi hermana mandó a María a su alcoba, y yo me quedé recogiendo tazas y vasos. Invisible, en la sombra.

—¿No te das cuenta? —decía él—. Tú se lo das todo y ellos vienen a criticarte. Tienes que cerrar de una vez esta tertulia, no te aporta nada. Los amigos de verdad seguirán estando, pero desparecerán los aprovechados, los que vienen a admirarte y luego te insultan.

—Tiene razón —intervine sin querer—. Hoy no ha sido agradable, mentían.

Ramón, extrañado de que lo apoyara, me lo agradeció con un gesto. Carmen se sentó, abatida, y escondió la cara entre las manos. Él se acercó y la abrazó, cariñoso:

—Te quiero solo para mí.

No me gustaron sus palabras. Pensé que ella también las rechazaría, pero lo miró a los ojos y le dijo:

—Haré lo que creas conveniente.

Me retiré con discreción, algo aturdida. La mujer del salón no parecía mi hermana.

62

Aquel invierno, Carmen permaneció más aislada que nunca, entregada a la escritura y a Ramón. Nada de tertulias ni de fiestas. Publicó tres nuevas novelas: *Malos amores*, *Sorpresa* y *Frasca la tonta*, las dos primeras inspiradas en el viaje a América y la última ubicada en Rodalquilar.

Por suerte tenía mis clases, pues se acabaron las reuniones en casa y, aunque reconocía que a Carmen ya no le interesaba seguir por ese camino, yo las echaba de menos. Después de la última, tan desagradable, me distancié de Rafael durante una temporada. Lo consideraba un desagradecido con mi hermana. Él no aparecía y yo no le buscaba, entretenida y feliz con mi oficio de profesora. Descubrí que tenía vocación docente y, además, la materia me entusiasmaba. Me interesaba publicar cuanto antes el libro de cocina, que resultaría muy útil para mis alumnas, pero Carmen continuaba en otros asuntos y ni siquiera insistí.

Doña Emilia Pardo Bazán publicó en 1913 *La cocina española antigua*. Casi un año después, la visité para que me hablara del libro y recabar consejos sobre el arte culinario.

Se alegró de verme, y conversamos largamente. Me regaló un ejemplar de la obra y comprobé que era voluminoso, pues contenía quinientas ochenta y tres recetas agrupadas en apartados, según el ingrediente principal. Empezaba por los caldos y sopas, y finalizaba con los postres.

—Lo he publicado dentro de la colección la Biblioteca de la mujer —me explicó—. Quiero dignificar la cocina y a las que cada día

trabajan en ella. Aunque no lo parezca, es una obra subversiva. Los gastrónomos siempre son hombres, parece que solo ellos escriben los títulos importantes. Cuando las mujeres publicamos libros de cocina, se consideran obritas para amas de casa, y no se perciben como textos de valor. Mi deseo es romper con esto, tenemos que hacerlo. Díselo a Carmen: debéis seguir en esta lucha y publicar el vuestro.

—Ahora lo veo difícil —le confesé—. Anda demasiado atareada.

—Te gustará el recetario —aseguró—. He incluido platos muy simples y humildes, como las migas, que a las damas les parecen una comida vergonzante, pero son valiosas. Temo que se vayan olvidando las recetas tradicionales a medida que mueran quienes las atesoran en su memoria. Hay que apresurarse a salvarlas. Hay muchas de mi madre.

—Me vendrá muy bien para mis clases. Y haré las que pueda.

—He puesto un asterisco en el libro a las que he probado. Solo siete son de postres, porque la diabetes que padezco me impide comer tales delicias. Estoy preparando otro volumen sobre la cocina española moderna; cuento con alguna receta tuya. Dile a tu hermana que, aunque esté muy ocupada, le eche un vistazo al libro, pues aprovecho cualquier ocasión para burlarme de los académicos, esos que jamás consentirán que una mujer entre en su ilustrada institución. Creo que nos tienen miedo. ¡No saben ni definir la palabra «potaje»! —Soltó una carcajada contagiosa y ambas reímos ruidosamente mientras degustábamos un té con pastas que la condesa apenas probó.

Prometí regresar con un plato novedoso y agradecí el regalo y la calidez de su compañía. Una mujer tan importante, condesa y escritora de enorme prestigio, sabía tratarme de igual a igual.

En cuanto llegué a casa, le enseñé el libro a Carmen, que ella hojeó,

curiosa.

—Me estoy planteando si debo publicarlo —confesó muy seria—. Aunque hago lo que nadie espera, escribir sobre cocina no conviene cuando se quiere ser una escritora seria.

—¿Más seria que Pardo Bazán? ¡Ella lo ha publicado, y con gran éxito! —dije para animarla.

—Tienes razón, pero debe ser un proyecto ambicioso. No bastará con las recetas, hay que contar hasta cómo doblar las servilletas. Además, será rentable: me pagarán bastante por ello. No todos los libros se venden igual de bien y los de cocina se han puesto de moda.

—¡Y escrito por Colombine será un éxito!

—Ahora no tengo tiempo, Ketty. Dame un año.

Una visita sorpresa vino a interrumpir la conversación. Me incomodó ver a Rafael Cansinos de nuevo en nuestra casa. Dudaba de cómo enfrentarme a él después del disgusto que me causó en la última tertulia.

—Hace mucho que no sé de ti —le dijo a mi hermana compungido—. Vengo a ver cómo estás. Echamos de menos la tertulia y a ti… a vosotras —aseguró mirándome con timidez.

—Se acabó la tertulia, Rafael —suspiró Carmen—. Me estoy convirtiendo en una señora respetable y con canas. Ando regular de la vista y el corazón, ¡y eso que decían algunos que no tengo corazón! Me alteran los disgustos que me da María y los celos de Ramón —confesó—. Menos mal que sigo teniendo a mi fiel Ketty.

Rafael y yo nos miramos, y se instaló un silencio cortante. ¡Había tanto que hablar y tanto recelo!

—Quedaos charlando los dos —dijo mi hermana, que nos entendía sin palabras—, que tengo que acabar un artículo urgente para el *Heraldo*. En el periodismo, todo es inmediato.

Cuando nos quedamos solos y nos sentamos, mi amigo no se atrevió a tomarme de la mano como otras veces.

—He venido a traerte el libro que, por fin, acabo de publicar: *El candelabro de los siete brazos.* Te hablé de él, y quería que fueses de las primeras en tenerlo.

Agradecí el detalle y me alegré de que, por fin, publicara, pues era su asignatura pendiente. Sentirse escritor le aportaría seguridad en sí mismo y en su talento como creador.

—¿Por qué estás tan seria?

—Os oí hablar en la tertulia, a espaldas de mi hermana. La insultabais y contabais mentiras. Y no era la primera vez que la difamabais. Y ahora vienes aquí con cara preocupada. Eres un cínico. —Lo solté de golpe, casi sin pensar.

—Tienes razón. Es pura envidia —respondió, compungido—. Los hombres no soportamos que una mujer nos supere, y tu hermana está muy por delante de nosotros. No nos han enseñado a respetar a una mujer así, por eso la criticamos, porque no somos capaces de valorar a una intelectual, moderna, valiente y genial como ella. La vemos como una amenaza.

Me sorprendió la sinceridad con la que hablaba en nombre de todos los que acudían a nuestro salón, y no siempre con buenas intenciones.

—Os deslumbra con la luz de su talento.

—Te confieso que, incluso, conjuramos para apartar a Ramón de las garras de tu hermana. Pero me he dado cuenta de que el gran beneficiado será él, ya lo verás. Ese joven tiene mucho que aprender. Ha elegido a la maestra perfecta, y es buen alumno. Carmen es generosa, y se lo dará todo para que llegue a ser un escritor importante, aun por encima de ella misma. A Ramón le ha tocado la lotería. Por favor, no le cuentes nada de esto a tu hermana. Guárdame el secreto. Luego enséñale el libro; le gustarán estos poemas en prosa ordenados siguiendo las letras del alfabeto hebreo. Carmen apoya la Alianza Hispano-Israelita, y en esta obra están mis raíces judías.

Asentí: acostumbrada a guardar secretos, uno más no importaba, y no pensaba disgustar a mi hermana con las infamias de los tertulianos.

—Espero que me perdones. ¿Amigos? —preguntó Rafael tendiéndome la mano.

—Amigos —respondí estrechándola.

No se lo conté a Carmen, su corazón se habría resentido. Bastantes problemas le daban María con su actitud y Ramón con sus celos. Y el trabajo suponía demasiado encierro, peor aún que los disgustos. Por eso, al llegar el verano del 14, se embarcó en un viaje monumental que resultó disparatado y peligroso.

63

—Esta vez iremos aún más lejos —me anunció mi sobrina, eufórica—. Llegaremos hasta el cabo Norte, veremos el sol de medianoche y entraremos en Rusia.

—¡Por Dios, Carmen! —dije, preocupada—. ¿No te parece excesivo? Tu salud…

—Mamá tiene más energía que nosotras dos juntas —afirmó María.

Mi hermana me tranquilizó: me aseguró que se encontraba a la perfección y que necesitaba ese viaje, huir de la rutina y atesorar experiencias para sus artículos y novelas.

—Quiero ver la Europa más alejada, la que no conozco, sin una ruta recta ni trazada. Iremos a París y, de allí, a Suiza. Luego ya veremos el recorrido… Deseo buscar lo que esconde cada lugar.

—No sé si os envidio, demasiado tiempo fuera de casa en sitios remotos…

—¡Eso es lo bueno, Ketty! —aseguró—. Tengo hambre en los ojos, hambre de mirar. Me gustaría que en las pupilas pudiera quedarse la realidad, fotografiada, para retener la grandiosidad de lo que veo.

—¿Y tú? ¿Qué harás este verano? ¿Te irás a Almería? —preguntó mi sobrina.

No era mi deseo. Había recibido carta de Ángela anunciándome su embarazo y también la rompí. Ella pasaría el mes de julio con sus padres y contaba con verme. Me sentía mezquina al rechazar de esa manera a mi mejor amiga, pero el corazón a veces lo es y no actuamos con la lealtad debida. Me sentía una solterona de treinta y

cinco años que había perdido al hombre de su vida en brazos de quien menos se imaginaba. Y prefería no verlo.

—Necesito que hagas algo por mí antes de marcharte con los padres. —Mi hermana me hizo un encargo que me permitiría quedarme en Madrid—: Este despacho se nos queda pequeño, apenas nos podemos mover. Nos hace falta otro más grande donde quepa la mesa con holgura y Ramón y yo podamos trabajar a gusto.

—Ya no necesitarás que el salón sea tan grande, ¿verdad? —intervino María—. El resto de la gente te importa menos.

—¿Cuántas mudanzas llevamos? —protesté.

—Te prometo que, si me encuentras el piso adecuado, nos quedaremos muchos años.

—Cuenta con ello —dije, resignada—. ¿Me escribiréis para contarme el viaje?

—Las cartas tardarán mucho —aseguró—. Te bastará con leer las crónicas del *Heraldo*. Telegrafiaré casi todos los días para que publiquen una columna, como antaño. Luego escribiré otro libro que recoja mis impresiones del viaje, y esta vez se titulará *Peregrinaciones*.

—Y te tocará ayudar a transcribirlo —añadió mi sobrina.

—Lo haré tan gustosa como siempre. Será como visitar esos países sin moverme del sillón.

—Ni parecido, Ketty —rio María—. ¡Ah! Y no se te ocurra echarte novio aprovechando que no estamos —bromeó.

Mientras ellas recorrían Europa, yo me centré en encontrar un piso en Madrid que reuniera varias condiciones: el despacho debía ser enorme, como reclamaba mi hermana, y situado en una primera planta, para que Carmen no tuviera que subir demasiadas escaleras. Su cansado corazón se lo impedía, aunque más agotador era el viaje titánico que acababa de emprender.

Por mi parte, deseaba una cocina amplia que me permitiera instalar una mesa grande en la que elaborar mis platos sin estrecheces. Quería que fuese el corazón del hogar, donde sentarnos a hablar y saborear dulces, mi lugar más íntimo y personal, como el despacho para mi hermana.

Cada tarde, me sentaba a leer el artículo del *Heraldo*, y así recorrí con ellas los Alpes, el lago Maggiore, Ginebra y el lago de Constanza. Las imaginé junto a la gran catarata del Rin, al pie del castillo de Laufen, con las olas salpicándoles el rostro, encantadas y ansiosas como dos niñas. Contaba Carmen, impresionada, que el Rin era el río de los poetas y las leyendas germanas, cargado de versos, poemas y ensueños.

Las seguí por Colonia y Hamburgo; descendí al túnel que discurre bajo el Elba en un enorme ascensor capaz de trasladar automóviles. En Dinamarca, contó que las mujeres tenían el campo abierto en todas las carreras; eran electoras y elegibles, y gozaban de gran respeto y libertad. Además, ya existía el tan ansiado divorcio. Hablaba con admiración de Noruega, pues allí se ponían en práctica sus ideales de libertad, el respeto hacia la mujer, el contacto con la naturaleza y el desarrollo intelectual que tanto deseaba para nuestra patria.

Llegaron hasta lugares casi inhabitables cerca del Polo. Al leerla, podía sentir el frío en pleno verano madrileño. Le parecía que en el cabo Norte se iba a acabar el mundo, que había un abismo cortado a pico sobre lo infinito del espacio. Describió el éxtasis al contemplar el sol de medianoche, ese momento en que vuelve a elevarse después de llegar al horizonte.

Entretanto, había encontrado la casa perfecta en el primer piso del número 21 de la calle Luchana, así que me dediqué a la mudanza. Instalé la mesa de trabajo en la habitación más grande, que se convertiría en el despacho de los amantes, y lo decoré con los objetos preferidos de Carmen, atesorados durante sus viajes. Los

dispuse en una repisa que daba la vuelta a la estancia. Pensé que a mi hermana le iba a gustar tanto que se acabarían los cambios de domicilio.

La cocina también cumplía mis expectativas. Compré una mesa de madera maciza. Aún recuerdo el tacto de aquel mueble, alrededor del cual conversé con amigos, desgrané confidencias con mi hermana y mi sobrina y les hice paladear recetas exquisitas que alabaron con entusiasmo.

Un día, a comienzos de agosto, la columna de Colombine no apareció en el periódico. Pensé que se encontraría en algún lugar sin telégrafo y esperé al siguiente, pero pasaron los días y las noticias que llegaban de Europa eran alarmantes: la guerra había estallado, y ellas se hallaban en medio. Asustada, me acerqué a la redacción del *Heraldo*, en la calle Colegiata. En cuanto los redactores me vieron, demudaron el rostro. José Francés se me acercó y me agarró por los hombros.

—He venido a preguntar por tu hermana. Ya habrás visto que llevan varias jornadas sin publicar la columna. No saben nada de ellas, pero no te asustes; estaban en Bergen hace unos días. No iban a seguir el viaje hasta Rusia y vienen de regreso.

Tuvo que sujetarme para que no me desvaneciera. Me acompañó a casa y se quedó hasta que me tranquilicé tras beberme una tila.

—Te mantendremos al tanto de todo. No alarmes demasiado a tus padres; diles que en el periódico van teniendo noticias.

Le agradecí la compañía y la ayuda en ese difícil trance. Los amigos de verdad estuvieron a la altura y no se desentendieron de mí; los reconocí en su auténtica dimensión. Cada día recibía visitas que intentaban tranquilizarme: Rafael, Violeta y Cándida se unieron a José, y pasábamos las tardes alrededor de la mesa de la cocina, ellos, sin parar de hablar; yo, abstraída en mi angustia.

Eché de menos las clases en la escuela del Hogar. Al menos habría estado distraída, con las alumnas reclamando mi atención. En casa, el mundo se me venía encima. Imaginaba los peores escenarios: Carmen y María atrapadas en el frente, encarceladas o víctimas de bombas y balas. Me enfadaba con mi hermana por emprender ese viaje descabellado, tan indefensas las dos: una jovencita y una mujer enferma del corazón, desamparadas y solas.

Cociné como nunca antes, sobre todo dulces para las visitas que se acercaban a consolarme, desde pastas de anís hasta tartas de frutas, con tal de no pensar. Leía con inquietud las noticias que llegaban de Europa: la guerra y la destrucción eran totales, el panorama no podía ser peor, y ellas seguían perdidas.

Mis padres y mis hermanos ya no eran ajenos a la tragedia. Francisco, que se trasladó a Madrid, acudía al *Heraldo* cada mañana para luego darme novedades en casa. No había noticias, solo silencio.

Las semanas pasaban. Contraje un desvelo persistente; hasta entonces dormía como una bendita, pero agosto del 14 me provocó un insomnio difícil de controlar. Me convertí en una vigilante que trasnochaba cada día. Una mañana, mi hermano apareció muy temprano. Al principio me alarmé, me dio un vuelco el corazón, pero su semblante no era serio, no presagiaba una desgracia.

—¡Han aparecido, sanas y salvas! —me dijo llorando de alegría —. Carmen ha telegrafiado desde Hamburgo. Están refugiadas en el consulado general de España. Se sienten a salvo, pero han pasado un calvario que ya nos contará. ¡La tomaron por una espía! Su intención es viajar en barco hasta Inglaterra, y también será peligroso.

No había acabado el miedo, aunque saber que estaban vivas era un alivio. Lloré durante todo el día, hasta que me dormí, ya de madrugada. Las noticias del periódico hablaban del avance alemán, las derrotas de los aliados, las tropas del Kaiser a las puertas de

París. El mundo parecía venirse abajo en medio de la locura.

El 18 de agosto Carmen telegrafió desde Londres, adonde había llegado después de una angustiosa travesía, y el día 25 se publicó su crónica en la primera página del *Heraldo*. En ella contaba la terrible experiencia: cómo las sorprendió la guerra y cómo en Alemania la tomaron por una espía rusa… El peligro de tener los cabellos negros, como ella decía.

Temblé leyendo cómo las trataron, la violencia no atiende a razones. En Rostock, al subir al tren, un hombre fornido empujó a María, y mi hermana se abalanzó sobre él para defenderla. El alemán empezó a gritar, asegurando que Carmen era un ruso vestido de mujer, y la gente se enardeció: le arrancaron el velo y el sombrero. María lloraba desde el interior del vagón, y Carmen veía cómo el tren se alejaba desde el andén. Con un esfuerzo supremo, logró subir al estribo; un joven oficial alemán las ayudó. El peligro aumentó: en su equipaje llevaba cartas comprometedoras dirigidas a personalidades rusas, así que los soldados la apuntaron con las bayonetas por considerarla una enemiga. Logró salvarse de milagro.

Las crónicas se fueron sucediendo en los últimos días de agosto. Esperaba la llegada de mi hermano o de algún amigo para leerlas, pues me resultaban demasiado angustiosas. Seguían lejos, aunque hubieran escapado de Alemania. Guardé aquellos artículos como testimonio y prueba del valor de Carmen, de su fortaleza inigualable.

Atrapadas en la embajada de Hamburgo, sintió el tormento de no poder escribir ni telegrafiar para tranquilizar a la familia, de la falta de noticias. Pensaría en mí, porque ella se preocupaba antes por los demás que por sí misma. Carmen no deseaba que nadie sufriera: vio que la guerra lo destruía todo, presenció las crueldades inconcebibles de los alemanes y la imposibilidad de los ciudadanos de ser pacifistas en esa situación. Lo vivido en Melilla la convenció de la maldad de los conflictos bélicos, y la guerra mundial

acrecentó la idea.

El 27 de agosto, la primera página del periódico contaba la terrible travesía en barco hasta Inglaterra. Registraron el equipaje y la detuvieron varias veces antes de llegar al muelle, donde embarcaron en el Císcar, un vapor muy incómodo para los pasajeros. Tardaron tres días en salir del puerto, y fueron sorteando minas en el mar. En ese artículo, mi hermana incluyó una anécdota de un cocinero que imaginé dirigida a mí: el hombre era un aficionado a los toros, seguidor de Rafael el Gallo. Carmen se rio mucho cuando le conté la corrida que presencié en Barcelona el verano anterior.

No pudieron desembarcar en la isla de Wight y tuvieron que seguir, entre innumerables peligros, hasta Newcastle. Recalaron, por fin, en Londres sin dinero ni equipaje. Tuvieron que enviarle un adelanto de su sueldo para regresar a España.

—Llegarán a La Coruña en un par de días —me anunció Francisco —. Quiero ir a buscarlas. ¿Vienes conmigo?

Miré alrededor; había encontrado la casa ideal para Carmen, y deseaba que la encontrase perfecta: preparada para el descanso, la tranquilidad y la escritura, tras el horror vivido.

—Os espero aquí, prepararé un buen recibimiento.

Cuando al fin aparecieron, nos fundimos las tres en un abrazo emocionado, lloramos y reímos a la vez. Les acaricié el rostro para comprobar que no tenían ni un rasguño, aunque las huellas del tortuoso viaje se reflejaban en las profundas ojeras de mi hermana.

María contaba lo ocurrido como si fuese una aventura de película, con la inconsciencia de la juventud, como si hubiese vivido una novela. Por su parte, Carmen, sombría, no cesaba de hablar de los horrores de la guerra, de la muerte que habían presenciado, de la necesidad de que la humanidad acabase de una vez con ese

despropósito.

El reencuentro con Ramón, que regresó de París poco antes que ella, fue especial y apasionado, al menos eso me contó, y en el rostro de ambos se reflejaba el amor acumulado y la preocupación sufrida durante el largo verano del 14.

Reanudaron su agradable rutina: Ramón la visitaba en casa a las cinco de la tarde, escribían hasta la noche y luego paseaban por los cafés de la Puerta de Sol. Mi hermana alabó el nuevo hogar: le entusiasmó el despacho, donde podrían compartir trabajo, y se alegró de tener una mesa grande en la cocina.

—Nos quedaremos mucho tiempo —aseguró—. Gracias, Ketty, no sé qué haría sin ti. No imaginas cuánto te he echado de menos… En los momentos de flaqueza, me apoyaba en tu recuerdo: tú nos esperabas, debíamos volver.

Organicé una cena de recibimiento a la que invité a los amigos que me habían acompañado durante esos días de angustia: Ramón, Rafael, José Francés, Cándida, Antonia y mi hermano degustaron los platos favoritos de las recién llegadas, y brindamos con el cóctel Colombine a la salud de las viajeras. Dispuse el banquete en la mesa de la cocina. Al principio, a mi hermana le incomodó: no era el lugar indicado teniendo un comedor, pero luego comprendió que era el sito más íntimo, en el que las había tenido presentes mi angustia, y que los invitados eran de confianza. Acabó adorando aquella mesa casi tanto como la de su despacho.

Cenamos algo apretados, pero se suplió con las exquisitas recetas que preparé y que devoraron todos los invitados, excepto Rafael, que, como siempre, comió de forma frugal y apenas probó un par de platos. No se le conquistaba por el estómago, como a Viladrich y Julio Antonio, que habrían dado cualquier cosa por disfrutar de aquella cena especial. No olvidé preparar las croquetas, que tanto entusiasmaban a mi sobrina, ni la ensalada Carmen, la favorita de mi hermana.

64

Colombine siguió publicando crónicas en diferentes periódicos, y recogió la experiencia en el libro *Peregrinaciones*, en el que añadió los ecos de la visita a Portugal que realizó meses después de su regreso. Según Ramón, era su mejor libro de viajes, pero a mí me recordaba la angustiosa situación vivida con la guerra.

Sin embargo, en medio de la tragedia de la Guerra Mundial, Carmen comprobó que esta había traído un efecto emancipador para las mujeres, que ocuparon con acierto los puestos de trabajo abandonados por los hombres convertidos en soldados. Era la demostración palpable de que éramos tan válidas como ellos para cualquier oficio.

Ramón, por su parte, consiguió, gracias a su padre, un puesto de oficial técnico en la Fiscalía del Tribunal Supremo. Decía que era un medio de supervivencia y, entretanto, publicaba sus obritas, sus novelas cortas, y empezaba a escribir las greguerías. Lo que más deseaba era llevar a cabo un nuevo proyecto, y así me lo contó mi hermana, junto a la mesa de la cocina.

—Ramón quiere organizar una tertulia literaria y no sabe dónde.

—Espero que no sea en esta casa —salté.

—Descuida, ya sabes que prefiere alejarme de las tertulias. Se pone celoso cuando me rodean tantos hombres. No entiende que solo hay amistad.

—También había aprovechados —le recordé.

—Esa etapa ya ha pasado. Es mejor seleccionar las amistades. Ramón está buscando un lugar adecuado, un café céntrico.

—Podría ser el Fornos o el Suizo.

—Son demasiado populares. Ahí ya tienen su clientela y no quieren saber nada de escritores bohemios.

Semanas después de aquella conversación, Ramón llegó a las cinco con la pipa temblando en los labios y la urgencia en el rostro.

—¡Ya lo tengo! —exclamó eufórico—. He encontrado el sitio ideal. Tenéis que venir a verlo, está próximo a Sol, en la calle Carretas, esa que tiene tantas librerías y tiendas de ortopedia.

La calle Luchana no estaba tan cerca de la Puerta del Sol, al menos para el cansado corazón de mi hermana, y un coche nos llevó hasta allí. Mi sobrina también se unió a la fiesta; para ella, todo era motivo de celebración.

En el número 4 de la calle Carretas estaba el café Pombo, una simple botillería que, desde fuera, no presagiaba nada bueno: la fachada desconchada acumulaba mugre de años, era sombrío y antiguo.

—Me han hablado de este sitio —dijo María—. Es conocido por su leche merengada y el sorbete de arroz. Parece que algunos platos producen diarreas, por lo que lo apodan «el café de los cagones».

Me eché a reír, y María me siguió, mientras que Ramón nos miraba muy serio y Carmen no sabía qué cara poner.

Aquel destartalado café tenía una doble entrada abierta a un gran salón que daba paso a cinco salas, y acceso a los sótanos, donde se reuniría la tertulia. El suelo desnivelado y el techo bajo aumentaban la sensación de angustia. La decoración lo hacía parecer una casa modesta y, como no tenía calefacción, la única fuente de calor eran las lámparas de gas que lo alumbraban.

—Fijaos —dijo Ramón como si hubiera descubierto América—. Dispone de amplios espejos, dos grandes relojes y servicio de limpiabotas. Tengo permiso de Eduardo Lamela, el dueño del local,

para usar uno de los sótanos.

Mi sobrina y yo intentábamos disimular la risa que nos provocaba el lugar: el más feo y menos indicado para una tertulia.

—Sabe lo que hace —aseguró Carmen esa noche, ya solas en casa —. Será un éxito, os lo garantizo. Logrará lo que se proponga, y yo apoyaré sus decisiones y proyectos, por disparatados que parezcan.

Meses después, la tertulia comenzó su andadura. Se convocaba la noche de los sábados, después de cenar, y se mantenía hasta la una de la madrugada. Ramón nos envió una especie de invitación, como las que mandaba a sus amigos. María se empeñó en que nos acercásemos una noche, sin su madre.

—Si voy con ella, nadie me hará caso —aseguró—. Y quiero que los amigos de Ramón me vean bien.

Aprovechamos una ocasión que Carmen estaba cansada, y le pedimos a Rafael que nos acompañara. Se había convertido en uno de los asiduos del café Pombo y deseaba que lo visitásemos con él.

Mi impresión fue parecida a la de la primera vez: seguía siendo un local sucio y melancólico.

—Bienvenidas al anacronismo —nos recibió Ramón, sin soltar la pipa.

Bajamos al sótano, alargado y con forma de túnel abovedado, y nos sentamos a una mesa de mármol rectangular repleta de vasos usados. El suelo estaba lleno de papeles y restos de tabaco. Los espejos de las paredes, tan sucios como el resto de la sala, reflejaban la escasa luz de la raquítica lámpara que colgaba del techo.

—La he bautizado como «La sagrada cripta de Pombo» —nos contó Ramón—. Quiero atraer a intelectuales y artistas, sobre todo jóvenes y de espíritu vanguardista.

—Me suena de algo —respondí molesta—. Es lo que hacía mi hermana en casa, no has inventado nada nuevo.

Me miró muy serio y me apuntó con la pipa.

—Eres implacable, Ketty. Venid, os presentaré a mis amigos.

Me extrañó que no hubiera mujeres, solo señores con corbata. Enseguida me percaté de la enorme diferencia con la tertulia que celebraba Colombine, donde abundaban las señoras y todas las opiniones eran válidas.

Aquella noche conocí a muchos caballeros, pero no los recuerdo a todos. Creo que estaban los escritores y periodistas Tomás Borrás y Manuel Abril, el poeta José Bergamín, los pintores Juan José Cabrero y José Gutiérrez-Solana, el dibujante Salvador Bartolozzi y el poeta Mauricio Bacarisse, muy amigo de Rafael, que me pareció el más simpático de todos. Nos deleitó con un poema recién escrito y entabló una animada conversación con mi sobrina. Mauricio nos contó que estaba estudiando Filosofía en la facultad, que le entusiasmaba y que deseaba ganar una cátedra como fuese.

María disfrutó, pues los tertulianos halagaron su belleza y gracia, y recitó un poema ante la admiración de los presentes, que la aplaudieron con fervor. Me pareció que admiraban su belleza, sus ojos profundos, su talle fino y sus pechos incipientes.

Regresé pocas veces a la «sagrada cripta», que realmente parecía una cueva mortuoria. No era un lugar para mí. Yo había formado parte de la mejor tertulia de Madrid, una que escuchaba a las mujeres, y no necesitaba acudir a ninguna copia imperfecta.

65

Acuciados por la guerra en Europa, Miquel y Julio Antonio regresaron a España, convencidos de que su paso por París los había convertido en unos artistas consagrados. Era cierto que habían madurado y aprendido: Miquel me enseñó sus nuevas obras escultóricas, un paso más en su producción, y Julio Antonio, por su parte, realizó numerosos encargos, experimentó con la pintura y se ofreció a realizar un retrato de la simpar Colombine.

Con esa excusa, ambos pasaron tardes enteras en casa. A Carmen le fastidiaba posar demasiado tiempo, con tanto que tenía que escribir, pero para nosotros tres y para mi sobrina resultó divertido. Mis dos amigos narraban sus aventuras parisinas, y merendábamos la tarta que yo había preparado ese día; así disfrutábamos de la amistad verdadera.

A Julio Antonio se le veía algo demacrado; nos confesó que pensaba irse una temporada a Ávila y Guadarrama para recuperar la salud.

—Volveré a trabajar en la serie *Bustos de la raza*, y estoy preparando unos dibujos para ilustrar un libro de tu amigo Antonio de Hoyos —nos contó.

—¡Ay, esa extraña fiebre de vivir y trabajar que te domina! —intervino Miquel—. Te obliga a seguir sin descanso y a viajar. ¡Hay monumentos de Julio Antonio por media España!

—Te has convertido en un artista de prestigio —aseguró Carmen —. Ramón dice que has resucitado la escultura.

—También dice que tienes cara de cantaor flamenco, mirada

tosca y renegrida, y manos de cachetero, de matarife —intervino María, bromista—. Lo he leído en su revista *Prometeo*.

—Sois dos artistas estupendos y reconocidos —dije—. ¡Cualquiera lo habría dicho, no hace tanto tiempo, cuando compartíais el estudio en la calle Villanueva!

—¡Menudo frío pasábamos! —reconoció Miquel—. ¡Y hambre! Agradecíamos tus visitas, Ketty. Siempre nos traías alguna delicia.

—Es un honor posar para ti, sobre todo porque eres un gran amigo —dijo Carmen.

—Pues yo prefiero que me haga un retrato Julio Romero de Torres, que es el pintor de moda, el de las mujeres guapas —añadió con chulería mi sobrina.

—Él y su hermano Enrique me aprecian mucho —nos aseguró Julio Antonio—. Le diré que estás interesada, aunque sé que Ramón también es buen amigo suyo.

—¡Que me retrate a mí primero! —saltó Carmen—. Soy la que paga.

Un año después, los retratos de ambas, pintados por Julio Romero de Torres, presidían el salón de Luchana, junto al que Julio Antonio hizo de mi hermana.

Romero de Torres pintó a mi hermana de perfil, mirando a lo lejos, con un libro entreabierto en la mano, como si acabara de interrumpir la lectura y reflexionara. El artista incluyó una cariñosa dedicatoria en la que expresaba su admiración por Colombine. Carmen eligió la imagen como portada del libro *Ellas y ellos o ellos y ellas*, que publicó en 1916, y que guardé en la maleta como un tesoro especial: contenía sus palabras y su imagen.

Por aquellos años, Carmen descubrió Portugal, que se convirtió en su segunda patria. Con el tiempo, pasaría a ser su refugio, el sitio donde quedarse y descansar, aunque siguiera escribiendo. Habitualmente regresaba feliz de los viajes, contado maravillas de los lugares visitados, pero ninguno la marcó tanto como Portugal.

Nuestro padre fue vicecónsul de ese país durante un tiempo, pero yo no llegué a sentir el apego de mi hermana por una tierra tan ligada a la familia.

En el verano de 1915 se embarcó en una nueva aventura con su hija. Como no podía ser por la Europa en guerra, decidió no salir de la península. Fue el último viaje que hicieron juntas. A partir de entonces, su acompañante fue Ramón, y María empezó a volar sola, consciente de que debía librarse de la sombra imponente de su madre. Gómez de la Serna ocupaba un espacio cada vez mayor, donde ella ya no entraba.

Con los años, disfruté de Portugal y entendí los motivos de su amor por aquella nación, pero, tras su vuelta ese primer verano, no alcancé a comprender tanto entusiasmo.

—¿Qué has encontrado allí? —quise saber, ante su euforia.

—Es una joven república, no imaginas lo que eso significa. Están convirtiendo en leyes todo lo que yo defiendo. Construyen una sociedad nueva, más justa, pacífica, libre e igualitaria. Lo mismo que deseo para España y que no sé si llegaré a ver —suspiró—. ¡Ay, la república y la paz! Parecen un sueño imposible. Además, el paisaje es hermoso y el clima…, no hace este calor sofocante de Madrid en verano ni el frío del centro de Europa en pleno agosto. Y he conocido a personas entrañables que van a formar parte de mi vida, como mi querida Ana de Castro, que ha reseñado nuestro viaje en la revista que dirige. También ha fundado la Cruzada de Mujeres Portuguesas y me facilitó entrevistas a personalidades del país. Hay que estrechar los lazos.

—¡No imaginas qué recibimiento nos ha hecho y qué celebraciones! —intervino mi sobrina—. Hasta estuvimos con el presidente de la República. ¡Qué bonito es Sintra! Fue lo que más me gustó: tiene unos palacios que parecen de cuento, y nos prepararon una fiesta en un barco por el Tajo. Era todo precioso, había un guitarrista y cantaron fados. Entre los asistentes

encontramos a muchos artistas y escritores que recitaron sus poemas.

—María también recitó versos —añadió su madre—. Mostró su dicción y su prometedor talento dramático. De algo tenía que servir el curso de declamación del conservatorio.

—¡He sido la mejor de la clase! —saltó María.

—Solo estudias lo que te gusta —dije sin pensar, y mi sobrina puso mala cara.

—En la comida de despedida, en el casino de Algés, nos sirvieron platos que tú no sabes preparar —me espetó, para fastidiarme.

—¡Que te hagan croquetas en Portugal! —respondí para seguir con la discusión, medio en broma.

—¡No, Ketty! —gimió—. Perdóname. Nadie cocina como tú.

—Regresaré con Ramón en cuanto pueda —anunció mi hermana —. En Lisboa me espera mi buena amiga.

No tardó en cumplir su deseo. Portugal se convirtió en el escenario de muchas de sus novelas, como si no deseara abandonarlo ni cuando inventaba.

La flor de la playa, que publicó en 1920, está cargada de detalles autobiográficos. Sus protagonistas, Elisa y Enrique, desean disfrutar de su amor lejos de las comidillas y habladurías que despertaría en España el viaje de dos jóvenes solos sin estar casados. Elisa personificaba el ideal de mujer independiente que Carmen defendió durante toda su vida. El texto estaba lleno de descripciones preciosas de Lisboa, Sintra, la Praia das Maçãs y los lugares que visitó pletórica y enamorada.

Esos veranos, tan esperados y magníficos para ella, eran temidos para mí. Los amigos huían de la ciudad, y la perspectiva de irme dos meses a Almería no me resultaba muy halagüeña. Mis padres insistían y, al final, pasaba unas semanas junto a ellos, más aburrida

que en Madrid. La capital me había envuelto de tal manera que casi había olvidado mis raíces.

66

Paseaba junto al mar del brazo de mi padre cuando me encontré de frente con Ángela. Hacía tiempo que no nos carteábamos, pues yo había dejado de responder y ella no insistió más.

Se alegró mucho de verme, y yo me limité a esbozar una sonrisa forzada.

—¡Ay, Ketty! ¡Cuántas ganas tengo de hablar contigo! Ven mañana a casa, por favor. Estoy pasando unas semanas con mi madre. Mi padre falleció hace unos meses y está destrozada.

Le dimos el pésame y nos los agradeció con sinceridad, aunque no fui capaz de darle el abrazo que ella esperaba. Seguía siendo la amiga afectuosa a la que tanto quise, y eché de menos la complicidad de la que gozábamos.

—Mañana mismo irá mi hija a tu casa y le mostrará nuestras condolencias a tu querida madre —dijo mi padre sin contar conmigo.

No le pregunté por su hijo ni por Vicente; no me interesaba saber nada de su familia, y la conversación acabó enseguida.

Cuando nos alejamos, no me atreví a reprocharle a mi padre que hubiera decidido por mí, ya que implicaba darle unas explicaciones que no deseaba.

—Ángela es tu mejor amiga. Me extraña que no supieras del fallecimiento de su padre. Y te he notado fría con ella… ¿Os ha pasado algo?

—Será la distancia y que las dos estamos muy ocupadas: ella, con su familia, y yo en Madrid, con mis clases.

—Es una excusa ridícula. La amistad y el amor no entienden de distancias. Sé generosa, no deberías perderla —me aconsejó—. Ve a su casa cuanto antes, me lo agradecerás.

Mi padre era un gran sabio, así que le obedecí a pesar de mis reticencias. Temía encontrarme con Vicente. Intuía que resultaría doloroso, aunque hubieran pasado seis años desde aquella loca aventura nuestra en Melilla.

La madre de Ángela me recibió llorosa: la viudez la consumía y parecía mucho más pequeña que la última vez que la había visto. Me habló con cariño de su nieto Pablo, que era la viva imagen de su abuelo fallecido, de quien había heredado el nombre, y de lo buenos que eran con ella su hija y su yerno.

El pequeño correteaba por la casa ajeno al duelo. Me alegré de que no se pareciera en nada a Vicente y no le hice demasiado caso.

—Nos subimos un rato al terrado, mamá. Quiero recordar viejos tiempos con Ketty.

Me agarró de la mano, tiró de mí con fuerza y corrimos escaleras arriba. Atardecía, y la brisa del mar lo llenaba todo. Me sentí de nuevo como una adolescente, como si nunca hubiera salido de Almería ni la amistad verdadera se hubiera quebrado. Permanecimos en silencio unos minutos. El aire estaba cargado de preguntas que daba miedo pronunciar y más aún responder.

—¿Qué tal sigue Carmen?

Esa era fácil de contestar y sirvió para romper la distancia que había entre las dos.

—Bien, está en Portugal. Le gusta mucho ir, tiene buenos amigos. Es un país precioso y descansa…, aunque no para de escribir ni de recibir a gente. De salud va mejor, gracias a Dios.

—¿Y tu trabajo en la Escuela de Hogar? ¿Te gusta?

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, extrañada. No se lo había contado en ninguna carta.

—Me escribo con Cándida —confesó—. Le pregunto por ti y ella

me cuenta. Sé que ellas dos están bien, que las visitas asiduamente, que estuvisteis juntas un verano en Barcelona…

Me quedé muda y boquiabierta. Ángela no merecía mi silencio ni el desprecio que le había mostrado esos años.

—Te he extrañado mucho, Ketty —me dijo con un brillo de emoción en los ojos—. Eras mi mejor amiga y no entendía qué te pasaba: te escribía y no contestabas, venías poco a Almería y, cuando lo hacías, no te acercabas a verme. Me enteré de que estabas aquí y salí en tu busca. Llevaba varios días paseando cerca de tu casa hasta que ayer te encontré.

No sabía qué decir ni cómo disculparme, aunque su tono no era de reproche.

—Estaba segura de que pasaba algo, no era normal tu actitud. Vicente me escuchaba muy serio cuando le hablaba de ti, de mi preocupación, de mi tristeza, y miraba al suelo cada vez que pronunciaba tu nombre. Hasta que un día me lo contó todo.

—Lo siento —musité.

Me eché a llorar para desahogar una pena infinita: sentía lástima por mí, por aquel amor frustrado; por Ángela, que sabía que su marido había amado a su mejor amiga; por Vicente, obligado a contarle algo así a su esposa; por la inocencia perdida y por la amistad dilapidada.

Ángela me abrazó y lloró conmigo. Las palabras no eran suficientes, sobraban y herían.

—Yo también lo siento. Imagino lo que habrás padecido, y no quiero que sufras más —me dijo al oído.

—¿Qué podemos hacer? —pregunté al aire de la tarde, como si nadie más pudiera responder.

—No hay nada que reprochar. Me gustaría que siguiéramos siendo amigas, si tú quieres. Estoy embarazada, sería un honor que fueras la madrina. Si es niña, se llamará Catalina. ¿Qué te parece?

Asentí. Su generosidad merecía recompensa, y me alegré de

recuperar el tesoro de nuestra amistad, aunque no sería fácil tener cerca a Vicente y ser la madrina de su hijo.

—¿Eres feliz? —me atreví a preguntar.

—Supongo que sí —suspiró—. Aunque no era esto con lo que soñábamos. ¿Recuerdas, Ketty? Soy solo esposa y madre, lo que se espera de una mujer. Tu vida es más interesante que la mía: trabajas, viajas, conoces a gente importante…

—Quizá se desea lo que no se tiene.

—¿Me escribirás desde Madrid? Tus cartas son lo mejor que he leído nunca.

—¡La escritora es mi hermana! Yo soy… la cocinera.

—Pues espero que vuelvas mañana y traigas unos papaviejos típicos de Almería, que te salen muy ricos.

—No estamos en cuaresma, pero los haré. Los ingredientes son sencillos: harina, huevos, leche, canela, levadura, azúcar, ralladura de limón…

—Sí, lo difícil es saber en qué cantidad y cómo mezclarlos.

La tarde se deslizó, plácida, como si el tiempo que nos convirtió en extrañas no hubiera ocurrido.

Meses después regresé a Almería para el bautizo de mi ahijada Catalina, una niña preciosa que tenía los ojos de su padre. Vicente y yo nos mirábamos poco, pero en las pupilas de su hija yo veía a aquel joven que una vez me quiso.

Desde entonces, acudí a mi tierra en verano, cuando Ángela y sus hijos viajaban desde Granada sin el padre de familia. Llegué a sentir que el marido de mi amiga era un desconocido, un hombre diferente al soldado que amé en Melilla mucho tiempo atrás.

67

En 1916, el teatro irrumpió con fuerza en nuestras vidas. Tanto Carmen como Ramón despreciaban de alguna manera el género dramático. Él consideraba que ese mundo era falso y ella pensaba que era un arte inferior a la novela. Sin embargo, las ideas de mi hermana fueron cambiando por varias circunstancias.

Comenzó a entrevistar a mujeres de la escena para el periódico y luego las recopiló en el libro *Confidencias de artistas*. Aquello le permitió conocer la verdad: la calidad humana, las dificultades a las que se enfrentaban y las maledicencias de una sociedad que las acosaba. Mi hermana se sintió identificada con ellas, mas el motivo principal del acercamiento fue María, que debutó en el teatro de la Comedia en octubre de 1916. Representó un papel secundario en la obra de Benavente *La princesa bebé*. En el *Heraldo* destacaron la brillantez de su actuación: «Como es muy inteligente y demostró ayer tener una gran intuición del teatro, no es aventurado profetizar grandes éxitos en la difícil y brillante carrera que ha elegido».

Recuerdo el nerviosismo de las dos el día del estreno. Mi sobrina llevaba meses preparando el papel: ensayaba a todas horas, y me pedía que la escuchara. María declamaba con una perfecta dicción y una voz de terciopelo, la más hermosa que jamás he escuchado. Su madre suspiraba. Le costó aceptar la decisión y presagiaba tormenta, pues la vida de las actrices no resultaba fácil y el mundillo artístico que las rodeaba no era lo que deseaba para María.

—Me aflige el porvenir de mi hija —me dijo días antes—. No ha

querido estudiar ni escribir, supongo que porque ha visto lo duro que es el oficio.

Mi sobrina irrumpió en la cocina, donde hablábamos su madre y yo; no era un secreto lo que me contaba.

—Si me dedicase a la literatura, nunca podría igualarte —musitó María—. Me compararían contigo y siempre saldría perdiendo.

—¿Es que no te sientes a gusto en casa, conmigo?

—A tu lado estoy bien, pero sin gloria. No es fácil ser tu hija —soltó con un deje de melancolía—. Ketty, tú y yo vivimos a la sombra de mamá.

—A mí me basta con vuestro éxito —respondí—. Y con mi mesa de la cocina.

—Esto parece un confesionario —bromeó María.

—¿Eso crees? Entonces, aquí mismo te haré la entrevista —decidió Carmen—. Serás la actriz más especial de todas con las que he conversado.

Fui testigo de esa entrevista, del amor y la profesionalidad con los que mi hermana preguntaba, como si hablara con Margarita Xirgu, de la devoción y el convencimiento con los que mi sobrina respondía a las preguntas. Se creó una intimidad prodigiosa en aquella cocina.

—Pregúntame lo que quieras, mamá.

—Olvida que soy tu madre, ¡soy la periodista! Te hablaré de usted para marcar distancia. ¿Qué lecturas prefiere usted?

—Leer es mi afición favorita. Me gusta tanto que, a las tres de la mañana, mi madre tiene que venir a apagarme la luz. A veces se lleva la bombilla para que no la encienda de nuevo en cuanto vuelva la espalda. Me gustan todos los libros.

—¿Los malos también?

—Los malos son tan desgraciados que merecen que se les atienda un poco.

—Pero de todos, ¿cuáles prefiere usted?

—Los tuyos.

—Pero, María, ¡que no se trata de una cariñosa conversación familiar!

—¡Ah, bien! Pues entonces diré que los de Carmen de Burgos.

—Eso siempre será una adulación, y si algo has aprendido en mis libros es a no adular jamás.

María se echó a reír. Su alma era libre como la de su madre, y mostraba una seguridad natural en la vida.

—¿Qué lugar, entre todos aquellos por donde ha viajado usted, le ha gustado más?

—Me gustaría mucho volver a Italia, lugar en el que, cuando estuve, era demasiado pequeña. Quisiera regresar a Nápoles: en los jardines de la Villa Reale me subía a un cochecillo tirado por cabras y daba la vuelta al paseo. Aquel viaje tan corto fue el más pintoresco y fantástico de los que he hecho.

—Pero ahora ya no podría usted subir al cochecito de las cabras…

—¡Es verdad! ¡Qué desilusión! Sin embargo, me encogería y pagaría el doble.

—¿Cuál sería la obra de teatro ideal para usted?

—Una inédita, que tuviese la intensidad de Ibsen. Me gusta mucho la luz artificial. En la sala iluminada del teatro, para mí, es más de día que por la mañana, en la calle.

Se quedaron un momento en silencio. En esa chiquilla había una decisión y una calma extraña; esperaba, con una impasibilidad que nunca tuvo su madre, lo que hubiera de pasar. María se escapaba de Carmen, y no resultaba tan falso el papel de entrevistadora.

—Y usted, que es tan frívola, tan ligera, ¿podrá sujetarse a la disciplina del teatro? ¿No echará de menos la libertad de sus viajes y esas temporadas en Almería?

—¡Oh! Eso es delicioso, pero no habrá que prescindir de ello. Yo no sabría renunciar a nada. Quiero vivirlo todo.

Sus ojos, grandes y ansiosos, nos miraban ávidos.

—Dígame usted, ¿qué es lo que la atrae tanto del teatro?

—La pasión que hay en la escena —respondió sin titubear—. Es como si saliese a un mundo más ferviente y vivo, en el que se está más libre y fuerte.

Continuaron las preguntas hasta que María decidió que ya estaba bien y, tras darle un beso a su madre a modo de agradecimiento, se marchó a ensayar a su cuarto. Mi hermana y yo nos quedamos pensativas en la cocina.

—María me da pena —musitó—. Cualquiera que sea su porvenir, será duro y costoso; ansiará ir demasiado pronto demasiado lejos, y solo se llega demasiado tarde. ¡Llorará algún día de verdad; alguna vez estará sola! En este momento, me da miedo pensar en su futuro profesional. Utilizaré todos mis recursos para que ella brille.

—Le irá bien —intenté tranquilizarla, aunque me asediaban las mismas preocupaciones que a mi hermana.

Solo el tiempo podría respondernos.

68

Recuerdo la entrevista a Tórtola Valencia, a la que conocí en casa de Antonio de Hoyos. Carmen me pidió que concertase una cita con ella a través de nuestro amigo. Como siempre, él no quiso perderse el encuentro y se unió a nosotras.

Nos recibió en la habitación del hotel donde se alojaba. La estancia conservaba unos muebles vulgares, pero el genio de la bailarina trató de sacar partido de todo. En un ángulo había una mesilla que sostenía cerca de una docena de sombreros, que no eran de la moda del momento ni de la pasada, sino de la moda Tórtola Valencia. Otra mesita soportaba una muñeca grande, cerca de la cual había extendidos cuatro o cinco pares de zapatos. La mesa del centro estaba ocupada por papeles, cajas de cigarrillos y un frutero lleno de fruta fresca. En la pared, estaban extendidos pedazos de tela y mantones de Manila a modo de tapiz y, sobre ellos, retratos, abanicos, tarjetas postales y dibujos. El reloj de la chimenea se veía cubierto de collares y brazaletes de metal extraños y antiguos.

Tórtola me recordaba y se alegró de verme. Alabó el trabajo de mi hermana y se sintió halagada por ser merecedora de la entrevista. Nos habló de su manera de interpretar el arte y el baile.

—Una vez concebida la danza, lo demás es un impulso personal, la inspiración del momento. En Madrid me han hecho bailar en el Ateneo. Es el honor más grande que me ha podido dispensar mi patria.

A Carmen le pareció una trágica, pero con un enorme talento. De Hoyos no intervino en la conversación, y no paró de fumar durante

el tiempo que compartimos en aquella habitación de hotel.

—Margarita Xirgu, a la que entrevisté hace unos meses, se lamenta de la censura, y defiende la dignidad de las actrices, que la sociedad rechaza y maldice por oscuras razones —le contó mi hermana—. Sé que son mujeres cultas, refinadas, cosmopolitas, con una amplia visión del mundo, como usted.

—También las hay viejas, olvidadas, deshechas, de las que nadie se acuerda —añadió la bailarina.

—Es cierto —suspiró Carmen, que pensaba en el porvenir de su hija—. Hay que luchar contra tal injusticia.

Ese año, mi sobrina comenzó a brillar con luz propia, una lucecilla tenue que ya no era solo el reflejo de su madre. Sé que se esforzó por merecer los halagos, por continuar en la senda del éxito, y casi lo creímos. En mayo, María publicó *La primera tragedia*, un relato sobre un amor juvenil que leí con avidez y juzgué con el velo del amor que sentía por ella. Parecía que el futuro le sería halagüeño.

Y llegó el amor, que todo lo revuelve y lo complica. María se enamoró de un actor, un atractivo galán llamado Guillermo Mancha, y fui la primera en enterarme. No supe si alegrarme o preocuparme; mi experiencia amorosa había sido un fracaso, y temía que mi sobrina sufriera.

—Guillermo es guapísimo —me contó María, arrobada—. Y me ama de verdad. Quiero que nos casemos pronto para vivir juntos. A mamá no le gustará.

—Vosotras nunca os habéis separado.

—Ella tiene a Ramón. Ahora prefiere viajar con él, se van a Portugal en cuanto pueden, y yo ya soy una mujer con trabajo que necesita independencia.

—Y brillar lejos de su luz —añadí.

—A su lado, me apago, bien lo sabes —gimió—. Soy buena actriz,

no solo la hija de Colombine. Guillermo ha hecho películas, el futuro de la interpretación está en el cine.

—Sigo prefiriendo el teatro: los actores ante el público, la representación única…

—El cine lo va a arrollar, Ketty. Tiene enormes posibilidades: puedes llegar a muchos más espectadores. Así se consiguen el éxito y la fama. Yo quiero estar ahí, y Guillermo me ayudará.

—¿Estás segura de su amor? —pregunté, preocupada.

—No me cabe duda. Espero que lo conozcas pronto, pero antes necesito que hagas algo por mí… ¿Por qué no se lo cuentas a mamá? Luego hablaré con ella, dile que estamos dispuestos a casarnos enseguida. Ponla sobre aviso y así será más fácil cuando yo se lo diga. Se enfadará conmigo.

—Solo desea lo mejor para ti.

—Pegada a su espalda, a su sombra, nunca seré nada. Reconócelo, Ketty. Debo apartarme y ser yo misma, conseguir el halago del público y los aplausos, como Colombine.

—Descuida, hoy mismo le contaré que andas enamorada.

—Gracias, tía. Eres la mejor. Mamá y yo no habríamos sobrevivido sin ti.

—Pero cada vez me necesitáis menos. Voy a tener que casarme yo también —bromeé.

—¿Tú? —rio—. No existe hombre que te merezca.

—Ya no sé qué pensar. Me he convertido en una solterona —dije, a pesar de que odiaba la palabra.

La misión que me había encomendado mi sobrina no era sencilla: presagiaba el disgusto de mi hermana y temía su reacción, así que me propuse convencer a Carmen de que la boda era la mejor solución.

El momento propicio llegó aquella misma tarde, cuando

ultimábamos los preparativos de la edición del primer libro de cocina de Carmen. Por fin tuvo tiempo de acabarlo, y en pocos meses vería la luz. *¿Quiere usted comer bien?* fue una de las mayores alegrías de mi vida. Estaba convencida de que sería un éxito, pues superaba con creces a todos los publicados hasta entonces, incluido el de doña Emilia Pardo Bazán. El nuestro explicaba, de forma clara y precisa, cuanto se refería a la cocina y al servicio doméstico, y contenía una multitud de recetas para hacer toda clase de platos, desde los más sencillos hasta los más exquisitos y complicados. Estaba ilustrado con doce magníficas cromotipias y treinta grabados en negro.

Carmen quiso añadir algunas recetas nuevas de última hora, y esperaba que las preparase para incluirlas una vez probadas.

—El mantecado de pétalos de rosa es una exquisitez. Al menos eso parece, pero solo lo sabremos si lo elaboras tal y como se explica —me pidió.

—No estoy segura de que salga bien —repliqué—. Y no sirve cualquier rosa: tendrán que ser fragantes para que aporten olor y sabor. A ver dónde las encuentro. Me parecen más sencillas las fresas heladas en cestitas de naranja, aunque solo se pueden hacer en primavera. El resto del año no se pueden comprar.

—A María le encantará ese postre, ¡con lo que le gustan las fresas desde niña! ¿Te acuerdas del día que me pringó las cuartillas que acababa de escribir con las manos sucias de fresones?

—Te enfadaste mucho —reí—. Hacía muchas travesuras.

—Sigue siendo una niña traviesa.

—Ya no, Carmen. Ahora es una mujer… y está enamorada —solté.

—Lo sé —suspiró—. ¿Crees que no me he percatado? Una madre lo sabe todo de una hija sin que se lo cuente. Y he recabado información sobre el tal Guillermo de Mancha. No me gusta ese galán. Cree que la vida es el escaparate del teatro: lo rodean

admiradoras y es solo fachada, no tiene pensamientos propios, es superficial…

—Pero María lo ama, y es correspondida. Quieren casarse, y quizá sea lo que tu hija necesita: una vida estable, salir de esta casa, tener su propia familia…

—¡Una vida estable! ¡Si se dedica al teatro! No hay nada más inestable que ese oficio.

—Tiene que escapar de aquí, de tu sombra, Carmen. Recuerda lo que te dijo: en casa está bien, pero sin brillo. María necesita brillar, y a tu lado no puede. Tu luz eclipsa todas las demás.

—No nos hemos separado nunca, Ketty. No podré vivir sin ella —sollozó.

—Debes dejarla volar, aunque se equivoque. Además, nos tienes a Ramón, a mí, muchos amigos…

—Y la escritura, que siempre me salva —aseguró—. Escribir sobre nosotras y convertirlo en ficción será sanador.

Poco antes de la boda, Carmen publicó *Las inseparables*, libro en el que hablaba de ellas dos. Las reconocí: contaba el viaje emprendido por dos amigas que recorrían los lugares que ellas visitaron. En la novela, acababan discutiendo por la severidad de una de ellas, igual que ocurría con mi hermana, pues intentaba proteger a su hija imponiéndole una moral estricta que ella no compartía. A Carmen le asustaba, como a muchas madres, la despreocupación de su hija, esa frivolidad que predomina en la juventud de los años de alegría inconsciente.

Mi sobrina se casó con Guillermo de Mancha en la iglesia de Santa Teresa de Madrid, y entre los testigos de la ceremonia figuraron mi hermano Lorenzo, José Rocamora, director del *Heraldo de Madrid*, y Ramón Gómez de la Serna. Durante toda la celebración, mi hermana no pudo reprimir las lágrimas. La mujer

fuerte, la que se enfrentaba al mundo, se deshacía ante la perspectiva de perder a su niña mimada, aunque la chica ya tuviese veintidós años cumplidos. Quizá intuía que aquella boda no sería la solución a ningún problema sino, más bien, el inicio de un grave conflicto.

En ese momento, yo solo vi a dos jóvenes enamorados que sellaban su cariño y a la novia más bella que había pisado un altar.

69

Como siempre que había problemas, Carmen se entregó a una actividad febril. A la publicación del libro de cocina se unieron otros títulos y una nueva aventura periodística: una columna de crítica literaria firmada como «Perico el de los palotes». Sin su nombre femenino, podía permitirse mayor libertad de expresión: una mujer no debía cuestionar demasiado las obras de los hombres, y ella no estaba dispuesta a agacharse ante nadie.

Además, Carmen seguía animando y apoyando a Ramón en todas sus propuestas. Las greguerías, que tanta fama le han dado, nunca habrían existido sin mi hermana, quien le alentó a escribirlas y le inspiró más de una. El propio Ramón las presentaba como «una sentencia ingeniosa y en general breve que surge de un choque casual entre el pensamiento y la realidad». La verdad es que me resultaban divertidas, y hasta Carmen las incluyó con disimulo en alguna de sus obras.

—Nadie como él para encontrar metáforas atrevidas —aseguraba —. Aunque yo también las invento: «Las palmeras parecían espadas prontas a cruzarse, y el mar es una gran sopa de marisco algo salada de más». Las voy a incluir en una novela que transcurre en Portugal, en los escenarios que he recorrido con Ramón.

Por aquel tiempo, Gómez de la Serna estaba pletórico: las greguerías fueron un éxito, la tertulia del café Pombo se había hecho famosa hasta en el extranjero y cada vez acudían más tertulianos. Su triunfo era también el de Carmen, que lo veía ascender con orgullo maternal. Ramón era su obra, como María,

pero él le procuraba por entonces más alegrías que la hija rebelde.

Mi orgullo aquel año fue el libro de cocina, aunque no apareciese mi nombre en la cubierta, pues prefería que mi hermana cargase con la responsabilidad y el éxito. De hecho, llegó a renegar de nuestro manual práctico de cocina, pues había quien, con desdén y maldad, para ofenderla, hablaba de Colombine como «la ilustre autora de *¿Quiere usted comer bien?*».

Regalé el libro a mis amigos: llevé un ejemplar a Cándida, que no tardó en experimentar con algunas recetas; envié otro a Ángela, con una dedicatoria para mi ahijada, aunque aún no pudiese leerla; Rafael me agradeció el presente, aunque me dijo que su hermana sería incapaz de ponerlas en práctica, pues era una negada para la cocina.

Incluso, se lo entregué en mano a Miquel Viladrich, que pasó por Madrid para exponer en el Ateneo. Sus obras causaron la admiración de Pío Baroja, Valle-Inclán y Ramón, que lo apreciaba sinceramente. Me alegré de su éxito: desde que se había trasladado a vivir a Almatret, en Lérida, y luego a Fraga, en Huesca, nos carteábamos de forma esporádica, y mis sentimientos hacia él se enfriaron con la distancia. Ya era solo un buen amigo. Mi amor se enquistó, sufrí el desengaño por tiempo limitado y viví la pasión en el presente. Me parezco a *La mujer fría* de la novela de mi hermana. El cariño incondicional y eterno lo guardé para Carmen y María.

Doña Emilia Pardo Bazán merecía que le llevase el libro. Se alegró de que, por fin, lo hubiésemos publicado, y me entregó el suyo, *La cocina española moderna*, también de reciente aparición.

—He recopilado más de quinientas recetas y he adaptado guisos extranjeros a la mesa española —me explicó—. La mayoría de los platos foráneos pueden hacerse a nuestro modo. Quizá, al ajustarlos, haya estropeado alguno; en cambio otros, como las croquetas, los he mejorado. Usé la receta que usted me dio, Ketty.

Me sentí orgullosa de formar parte, de alguna manera, del libro

de doña Emilia, la escritora más prestigiosa de España.

—Ha sido complicado traducir al castellano las palabras extranjeras; me resisto a usarlas cuando tenemos otras castizas con que reemplazarlas. He debido resignarme a emplear algunos vocablos de cocina ya corrientes, como *gratín* y *bechamel*, poco genuinos, pero que no he hallado manera de sustituirlos. Si doy la receta de un lenguado «al pegue», ¿quién me entenderá?

Nos reímos. A Carmen también le ocurría cuando se trataba de comidas europeas, pero mi hermana usaba el término francés o alemán sin reparo.

—Hace treinta o cuarenta años se proscribían platos que hoy se admiten y aparecen en mesas muy escogidas —me contó—. Nadie se hubiese atrevido a servir un plato de callos a la madrileña teniendo convidados, aunque fuesen de confianza, como hoy se sirve en casa del duque de Tamames, ni a sustituir los *chester-cake* por ruedas de chorizo, como el duque de Alba en el ostentoso banquete a los reyes. Alabo la ocurrencia de estos grandes señores.

—Ha hecho usted un gran trabajo. Nosotras hemos tardado mucho, pero queremos continuar. Es una manera de ayudar a otras mujeres, aunque sea en la cocina.

—Está usted en lo cierto —admitió—. ¡Queda tanto por hacer! Cuando tenía más ilusiones, fundé la Biblioteca de la mujer. En ella di cabida a obras tan capitales como *La esclavitud femenina*, de Stuart Mill, y *La mujer y el socialismo*, de Augusto Bebel. Dudo que las hayan leído muchas mujeres. Al cabo de bastante tiempo, nunca desalentada pero un tanto desengañada, decidí publicar los libros de cocina. Si Dios no lo remedia, incluiré también en esa biblioteca libros de recetas de tocador y economía doméstica.

—Mi hermana también escribe libros dedicados a aspectos femeninos cotidianos y son bastante apreciados: *La mujer en el hogar, Salud y belleza, Arte de la elegancia, El tocador práctico*… De algo servirán, no lo dude.

—No lo sé, me da la sensación de que no avanzamos. Hasta que las mujeres no tengamos el mismo acceso a la cultura y unos derechos reconocidos, España no progresará. ¿Qué sentido guarda mantener a la mitad de la población en la ignorancia?

La pregunta quedó flotando en el aire. ¿Por qué no se la planteaban los hombres influyentes, los políticos que dictaban las leyes, los académicos, los maridos, los padres?

Doña Emilia hojeó el libro y se detuvo en los grabados a color y en alguna otra página.

—¡Cuántas recetas de bacalao! —exclamó—. ¡Con lo que me gusta!

—Mi hermana pasa temporadas en Portugal. Allí es un plato muy típico y ha recogido variadas maneras de prepararlo.

—¿Y este cóctel Colombine? Tendré que probarlo.

—Espero que se haga famoso —bromeé—. Un fabricante de arroz valenciano le ha pedido permiso a mi hermana para introducir en sus sacos la receta de la paella que aparece en el libro. A cambio, le ha enviado un montón de paquetes de arroz. Ahora mi hermana, en vez de dedicar libros, regala arroz a sus amigos.

—Habrá que probar también esa paella —rio—. Le pasaré la receta a la cocinera.

Nos despedimos con afabilidad. Era la mujer más prestigiosa y más sincera que conocía. Feminista y católica, tradicional y reivindicativa, condesa y amiga, jamás abandonó su carácter contradictorio y genial.

70

Carmen seguía acumulando obras de manera inabarcable. Recuerdo nuestra vida a través de sus libros, sé qué historia personal se esconde detrás de cada título. Escribió *La mejor film*, una novela corta, pensando en la profesión de María, las sombras que escondía, las dificultades a las que debería enfrentarse. En ella se adentraba en la vida del cine y planteaba los problemas de una compañía durante el rodaje de una película.

Carmen aspiraba a alcanzar un arte puro, elevado, y se quejaba de la deformación del gusto del público, que compraba libros estúpidos. Para demostrar cuánto valía, le bastaba con escribir un libro de cocina. El editor Sempere, viendo el éxito de ventas del anterior, le encargó uno nuevo y, para mí, fue una inmensa alegría.

—¿Cómo habrá adivinado que guiso mejor que escribo? —bromeó—. Nos vendrá bien publicarlo con él. Verán que una mujer puede ser periodista, autora y hasta artista, sin olvidar los pequeños detalles del hogar.

—Aunque no te guste cocinar todos los días —añadí.

—La comida diaria es la más enojosa de las ocupaciones.

—Menos mal que me gusta. Juntas hemos aprendido a preparar platos capaces de hacer que los comensales se chupen los dedos.

—Viendo el gusto y apetito con que los rebaña María, he sentido el mismo asomo de vanidad que experimento cuando alguien elogia mis artículos —reconoció—. En este añadiremos cuestiones novedosas. Es importante que nuestras lectoras sepan un poquito de higiene de la alimentación y conozcan los platos sanos para los

niños, los ancianos, los convalecientes y los estómagos delicados —hablaba entusiasmada.

—Y habrá que dar, de nuevo, detalles sobre la manera de hacer los guisos clásicos de España, el modo de preparar conservas, pastas y dulces…

—En una palabra, cuanto a la buena dueña de casa pueda interesarle —resumió.

Al final, incluimos más de ochocientas recetas de los principales platos regionales, los del extranjero, pastelería, repostería, confitería, botillería, helados… Todo por solo una peseta y cincuenta céntimos.

Carmen agregó un extenso capítulo sobre el arte culinario a lo largo de los tiempos. No se trataba solo de un libro de cocina, era un compendio de historia que abarcaba desde los egipcios, pasando por los griegos y romanos, la Edad Media y la corte de los reyes franceses, hasta las otras coronas europeas.

Colombine era una auténtica erudita, aunque el tratado fuese de cocina. Ningún hombre podría burlarse de ella por publicarlo; había demostrado que era una mujer sabia, escribiera lo que escribiese.

El resto de ese 1918 lo recuerdo en medio de una neblina. En mayo de ese año, más de la mitad de la población de Madrid contrajo la gripe, y yo fui una de las contagiadas. Resultó ser una epidemia mundial que mató a cientos de miles de personas, pero en ese momento nada sabíamos del alcance de la enfermedad.

Una mañana sentí un agotamiento extremo. La cara se me puso de un color grisáceo y la fiebre me subió a treinta y nueve grados. Notaba el pulso acelerado y me costaba respirar. El médico que acudió comprobó que mi aspecto se asemejaba al de los enfermos por fiebres tifoideas, y pasé bastantes días perdida en un duermevela angustioso. Tardé en mejorar, pero otros no tuvieron tanta suerte. En muchos casos, los síntomas no remitían, y se producía un empeoramiento con más líquido pulmonar, postración,

sudoración profusa y aumento de la fiebre. La muerte sobrevenía entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas después del empeoramiento.

Carmen se mantuvo al pie de mi cama, y yo sufrí temiendo infectarla; su salud y su corazón eran más débiles que los míos. Recuerdo, entre sombras, que me leía, y su voz era un faro al que me agarraba, una música de la que apenas comprendía la letra.

—«A toda esa multitud de mujeres desvalidas y desorientadas que han venido a mí preguntándome qué camino podrían tomar y me han hecho sentir su tragedia» —la escuché decir una luminosa tarde de primavera.

El sol se colaba por la ventana entreabierta de mi habitación y reconocí las palabras de mi hermana.

—Es la dedicatoria de *La rampa* —conseguí pronunciar.

Debió de ser la primera frase en mucho tiempo de fiebre e inconsciencia. Vi, en medio de la neblina, el rostro de Carmen, que me sonreía.

En julio ya me encontraba mejor. La recuperación fue rápida y no me quedaron secuelas.

Más peligro corrió mi hermana meses más tarde, cuando Ramón y ella se empeñaron en viajar a Suiza a ver a unos amigos. Aquel era un país neutral, y la guerra parecía a punto de acabar; sin embargo, cayeron en una ratonera: se quedaron atrapados sin pasaporte y los acusaron de espionaje. Hasta las situaciones terribles y adversas le servían de inspiración a Colombine. A su regreso, escribió *El fin de la guerra,* novela basada en su experiencia y, por desgracia, muy clarividente. Esas oscuras nubes que veía, amenazantes, sobre la paz de Europa, trajeron una nueva desgracia años después.

—Es una paz inestable, el odio que ha sembrado esta guerra es muy profundo —nos contó a su regreso—. Y puede germinar en el futuro. Ha nacido un egoísmo nuevo, un nacionalismo absurdo en muchos Estados que explotan la idea de patria. ¡La patria es toda la

tierra, nacemos en el mundo! Me siento tan de aquí como de Portugal o de Francia. ¡Qué ridículas son las fronteras!

Volvió a Madrid con las mismas ganas de comerse en mundo que de costumbre, y se embarcó en un nuevo proyecto en el que me incluyó y que me sirvió para recuperar el entusiasmo, después de la enfermedad. Me dediqué en cuerpo y alma a ayudarla todo el tiempo que me dejaban mis clases. Las dos vivimos durante meses para escribir la biografía de Fígaro.

Fue mi resurrección.

71

Acudimos al domicilio de la familia de Larra gracias a Rosa Eguilaz, una amiga de Carmen.

—Me siento como si fuese a visitar al propio escritor —nos dijo por el camino—, a verlo en la intimidad de su hogar.

Se frotaba las manos, ansiosa por el descubrimiento que estaba a punto de suceder. Cuando llegamos al edificio, en la calle Gutenberg, Carmen preguntó al portero por don Mariano José de Larra, en lugar de por su biznieto político, don Mariano Gullón.

Nos recibieron con familiaridad y simpatía. No cesamos de hablar de Fígaro, como si estuviese entre nosotros o como si se hubiera marchado a tomar un café y fuese a aparecer de un momento a otro.

Doña Pepita de Larra, prima hermana del escritor, era la mayor de sus parientes. Hablaba de él con un cariño incondicional:

—No era un malvado, ni un mal hijo, ni un mal esposo. Murió pobre, pero nos dejó dos tesoros: su apellido ilustre y las reliquias, la caja con un letrero que dice PAPELES DE FÍGARO.

—¿Qué caja es esa? —preguntó Carmen con voz trémula por la emoción.

Don Mariano Gullón la puso delante de nosotras. ¡Aún existían papeles íntimos e inéditos de Larra! Parecía un milagro, tantos años después de su muerte. La familia vio la sinceridad del entusiasmo de mi hermana, y la caja misteriosa, llena de cartas y documentos inéditos, se abrió para ella.

También le ofrecieron algunos objetos personales, como una

fosforera de caoba que Carmen llenó de cerillas y presidió su mesa durante todo el proceso de escritura de la biografía. La acariciaba constantemente, como si, de manera supersticiosa, le permitiera conocer los pensamientos de su antiguo dueño. Después, la devolvió a sus legítimos propietarios.

Lo más sobrecogedor fue tocar la camisa que llevaba puesta cuando se suicidó, la prenda bajo la cual palpitó por última vez su corazón, que seguía manchada con su sangre. El tiempo había hecho amarillear la tela y ennegrecido la gota. Con ella había una levita de paño azul y terciopelo negro en el cuello, de talle ceñido. Se apreciaba que era un hombre delgado y bien proporcionado.

De vuelta a casa, Carmen apretaba la caja contra el pecho. Aquel objeto escondía verdades desconocidas sobre Fígaro, era el acicate necesario para empezar a escribir la biografía que tanto tiempo llevaba pensando.

Ya sobre la mesa del despacho, la abrió con ansia y comprobamos el contenido. Con manos temblorosas, extrajo los papeles amarillentos, apolillados y empalidecidos por el tiempo. Había apuntes, trabajos, versos, su acta de diputado, certificados de estudios, contratos de sus obras y, lo más interesante, cartas a sus amigos, a sus padres, a su esposa…

—¡Mira! —saltó eufórica—. Es una carta a Dolores Armijo, la mujer por la que se mató. ¡La carta de la última cita! Su nombre está aquí, escrito por la mano que poco después empuñó la pistola que acabaría con su vida. ¡Esto bastaría para dar interés al libro! Debo desvelar el misterio de aquel amor destructivo, penetrar en su secreto. ¡Cómo habla esta cuartilla hallada en la mesa del suicida!

Quería empezar a escribir en ese mismo instante y no parar hasta que la obra estuviese acabada. Sentía que se le había asignado una misión que solo ella podía llevar a cabo, pero su corazón la obligó a

detenerse de manera inmediata, pues regresó la enfermedad de una forma más intensa.

El ataque se produjo en casa, e inmediatamente Ramón y yo la tumbamos en la cama y avisamos al médico. La preocupación se reflejaba en el rostro de Gómez de la Serna. Yo sentía unas inmensas ganas de llorar… Si algo le ocurría a mi hermana, ¿qué iba a ser de mí?

El médico certificó la gravedad de su dolencia y le recomendó tranquilidad, que dejase el trabajo y, sobre todo, cualquier asunto que pudiera alterarla.

—¿Mi peligro es mortal? —preguntó al médico.

El hombre asintió con la cabeza, como si no se atreviera a pronunciar el monosílabo que certificaba una muerte cercana.

Carmen aceptó el gesto afirmativo con pasmosa serenidad, convencida y decidida.

—Confío en que me dé tiempo a terminar la biografía de Larra —nos dijo.

Aun postrada, comenzó la redacción del libro: yo tomaba notas y escribía al dictado sus palabras. Fueron meses de intenso trabajo. Temí que recayera, pero comprobé que la actividad intelectual la resucitaba. Si se hubiera quedado en la cama mirando al techo, se habría muerto seguro. Leímos con avidez las cartas de la caja del tesoro, como dimos en llamarla, y nos sorprendió la grandeza del corazón de ese hombre.

Hube de recorrer Madrid para evitar a Carmen los largos desplazamientos que necesitaba la investigación. Busqué otras biografías antes publicadas sobre Larra para obtener datos y, sobre todo, para comprobar las creencias y los errores que debía subsanar mi hermana.

—No está claro el día exacto de su nacimiento —me dijo en una de las primeras jornadas—. En la biografía que escribió su tío Eugenio Larra asegura que fue el 26 de marzo, pero todos los

homenajes que se le han hecho toman como fecha el día 24, pues él mismo, en el artículo «La Nochebuena de 1836», aseguraba que nació el 24. Habrá que buscar la partida de bautismo, Ketty.

Ni siquiera teníamos claro dónde encontrarla, así que tuve que recorrer las iglesias de la zona en la que nació. Por las referencias de otras biografías, pensamos que había sido bautizado en la parroquia de San Andrés y allí me encaminé una tarde. El cura no me recibió bien.

—¿Es el poeta? ¿El que se suicidó? —me preguntó con tono airado y despectivo—. Aquí no tenemos nada que ver con él.

Desesperanzada, me dirigí a la Almudena, donde me acogieron con más amabilidad, e hicimos un detenido reconocimiento de los libros de 1809, pero no encontrábamos la partida. Me percaté de que los que aparecían en la letra ele eran nombres: Luis, Lorenzo, Leonardo… ¡El índice no estaba por apellidos! No podía hallarse por la inicial de Larra, así que buscamos en la eme y apareció. La fecha era el 24 de marzo de 1809, lo bautizaron el día de su nacimiento.

Copié el texto completo con letra temblorosa y corrí por las calles de Madrid hasta llegar a casa para darle la noticia a mi hermana:

—¡Lo he encontrado! ¡Nació el 24!

Recuerdo aquellos días plenos de emoción. Deseaba que no acabase nunca la biografía para continuar en esa colaboración perfecta. Carmen quiso que se tratara de un volumen especial, con imágenes de objetos y lugares, y hube de acompañar al fotógrafo en el periplo por la ciudad para indicarle los sitios que queríamos destacar: la iglesia de Santiago, donde se celebró su funeral; la plaza de la Paja, la puerta del Jardín botánico, el edificio de la Bolsa, el teatro Español, la plaza de Neptuno en vista panorámica desde el último piso del hotel Ritz…

También acudió a retratar a algunos parientes de Fígaro: su sobrino Luis Mariano, que nos recibió en su despacho, repleto de libros, fotografías, figuritas y espejos; su bisnieto Carlos; doña Felisa Gullón, esposa de su sobrino Luis… Hasta la camisa, la levita y la caja aparecieron en el libro, que incluyó decenas de fotograbados de Adolfo Durá y un epílogo de Ramón, que no se separó de mi hermana durante la convalecencia. Carmen olvidó su mala salud y me pareció que hasta rejuvenecía en cada página que redactaba.

En una de las visitas que nos hizo María, le pedí que me acompañara a la imprenta Alrededor de mundo, en la calle Martín de los Heros, cerca de casa. Allí imprimirían la biografía, y Carmen me había dado unas indicaciones para quienes realizaran el trabajo; quería controlar cada detalle. Mi sobrina caminaba a mi lado, silenciosa, algo poco habitual en ella.

—¿Qué te ocurre? —Era evidente que algo pasaba.

—Mamá solo piensa en su trabajo. En esta ciudad nada más soy la hija de Colombine —se lamentó—. Quiero irme donde nadie nos conozca. He hablado de esto con Guillermo, tiene proyectos de cine en América.

—Le darás un disgusto a tu madre si te marchas tan lejos, desea tenerte cerca…

—A su sombra siempre. Eso se va a acabar —aseguró.

La publicación del libro me hizo olvidar las amenazas de mi sobrina. Era una obra magnífica, editada con esmero. Se hizo incluso una tirada especial, de lujo, de diez ejemplares numerados al precio de doscientas pesetas. Me emocioné cuando lo tuve entre mis manos por primera vez, más aún que con los de cocina. En *Fígaro*, Carmen me nombraba: aparecía como ayudante en la investigación, por eso lo consideré tan mío que quise que mis amigos lo tuvieran.

Se lo llevé a doña Emilia Pardo Bazán, que lo elogió con sinceridad y escribió una crítica muy favorable. Fue un auténtico éxito, que consagraba a mi hermana como una gran erudita. Era la escritora del momento.

Rafael también recibió su ejemplar y halagó mi trabajo.

—Eres el complemento perfecto para tu hermana. Bien dice que eres sus pies y manos —comentó.

—Ha sido un lujo participar —respondí—. No imaginas cuánto he aprendido.

—Es lo bueno que tienes, que no te cansas de aprender y no deseas protagonismo. Te basta con que Carmen te nombre en el libro, aunque se lo dedique a Ramón…

—Él ha estado a su lado y ha escrito un epílogo magnífico sobre el Prado. —Quise justificar la elección de mi hermana.

—La biografía de Fígaro no necesita ese capítulo final, le sobra —comentó con sinceridad—. Parece pensado para el brillo de Ramón, para que aparezcan sus nombres juntos. Y la que brilla cada vez más es Colombine. Ninguno de nosotros podrá igualarla, nadie tiene tanto talento ni tanta capacidad de trabajo.

—Desde luego. Sois unos vagos a su lado —bromeé.

—No lo dudes, Ketty. Y también al tuyo. Quizá por eso me siento cohibido contigo. Todavía no he realizado mis sueños literarios. Voy a dejar el periodismo para dedicarme de lleno a la literatura, pero me temo que nunca brillaré demasiado. Seguiré dirigiendo la revista *Cervantes* y colaborando en otras como *Grecia*, *Ultra* y *Tableros* porque están mis amigos vanguardistas, aunque yo continúe siendo clásico. Las traducciones del inglés y el francés me permiten el sustento. Tienen una enorme dificultad, hay que ser un buen escritor para traducir con acierto.

Poco después pasaron a formar parte de mi biblioteca obras de Turguénev, Tolstói y Gorki traducidas por Rafael, que me regaló con la misma ilusión que yo cuando le entregué la biografía de

Fígaro.

Antonio de Hoyos y mi amiga Cándida recibieron sendos ejemplares. El marqués escrutó el libro con su monóculo y asentía cada vez que pasaba una página.

Cándida me lo agradeció con un abrazo emocionado, y me prometió leerlo entero. Me consta que lo cumplió, pues en las siguientes visitas me comentó aspectos concretos de la biografía que le habían sorprendido.

Guardé uno para Viladrich y esperé a que regresara a Madrid para entregárselo. Sabía de sus idas y venidas: era como un ave de paso que establecía su nido en cualquier parte y luego volaba a otras tierras.

72

La llegada de Miquel a Madrid coincidió con un luctuoso suceso: su amigo Julio Antonio había fallecido de tuberculosis con tan solo treinta años. Lo sentí como si fuese de la familia, ¡cuántas veces compartí con ellos la merienda en el destartalado taller que ocuparon en sus años de bohemia!

Semanas antes de su muerte, encontré su foto en el periódico, y se le veía muy demacrado. En la imagen aparecía junto a su madre y los reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia. Contemplaban su última obra de encargo: El Mausoleo Lemonier, un monumento funerario para uno de los hijos de esa familia, que había muerto a la edad de once años. La escultura era la más sobrecogedora que jamás había visto: la figura de la madre era de bronce y la del hijo, de mármol blanco. La obra despertó una gran expectación pues parecía premonitoria, como si Julio Antonio hubiera esculpido su propia muerte y el dolor de quienes lo amaban.

Viladrich apareció por la calle Luchana pocos días después. Venía tan pálido como Julio Antonio en la noticia del periódico. Nos abrazamos para compartir el drama de la pérdida. El calor de su cuerpo me generó una ternura infinita, era como abrazar la juventud perdida.

—Al final de su vida, se hizo popular de golpe de una manera tan súbita que ni él mismo lo comprendía —me contó, conmovido.

—La fama le llegó por la exposición de El Mausoleo Lemonier —añadí.

—Así es, Ketty. El día antes de abrirse al público, era querido y

reverenciado solo por nosotros, un pequeño grupo de amigos. A la mañana siguiente, era objeto de adoración colectiva. La prensa y el pueblo han creado una leyenda: con menos de treinta, estaba a punto de morir, y la obra expuesta parecía su autorretrato agonizando. No ha hecho falta nada más para conseguir un éxito apoteósico y un poco macabro: las colas se alargaban para visitar la exposición, en los bajos de la Biblioteca Nacional, y llegaban hasta Cibeles. Incluso tuvieron que regular el tránsito de los peatones.

—¡Qué desvarío! —exclamé.

—Julio Antonio no disfrutó del triunfo. Tuvo que ser internado en un sanatorio, a instancias de su buen amigo el doctor Marañón, y ya no salió vivo de allí. Fui a su lado y le expliqué lo que pasaba. Le enseñé los diarios y las revistas donde hablaban de su obra, y hasta le anuncié los encargos que había recibido y las exposiciones que tendrían lugar cuando se repusiera…

—Pero sabías que su final estaba cerca.

—Ver a Julio Antonio muerto me impresionó de una manera tremenda —sollozó.

Permanecimos un tiempo en silencio, recordando al amigo, invocándolo con el pensamiento, sintiendo el vacío que dejaba su partida, lamentando que el destino fuese tan injusto y cruel.

—Me voy a América —saltó de pronto—. La vida es corta, Ketty. Julio Antonio nos lo ha demostrado. Quiero explorar nuevos mundos.

—¿Ya te aburres en el castillo de Fraga?

—No creas, es un lugar perfecto para pintar —aseguró—. El ayuntamiento me lo ha cedido para siempre, quieren hacer de él un museo de arte. Y retratar a la gente del lugar me apasiona. Volveré, pero ahora…

—Necesitas otros cielos.

—Otra inspiración, Ketty. Y olvidar tanta oscuridad. Llevo una carta de presentación de Ignacio Zuloaga. Quiero exponer en

Uruguay y Argentina, mostrar mis cuadros de tipos aragoneses, investigar nuevos rostros y paisajes.

En ese momento, cuando supe con certeza que tardaríamos años en volver a vernos, le entregué el ejemplar de *Fígaro*.

—No me olvidaré de los amigos de verdad —aseguró—. El libro que me has regalado me acompañará siempre, allá donde vaya. Será como si te llevara en la maleta. Te lo prometo. Gracias, Ketty.

Me tomó de la mano y sentí un leve temblor. Los síntomas de mi amor hacia él habían desaparecido, como los efectos de la gripe que padecí. Apenas quedaron secuelas.

—Larra era un apasionado, como tú —le dije.

—Pero yo amo demasiado la vida, Ketty. Y la juventud es un tesoro que no quiero desaprovechar. Colombine también es así, y Ramón. Ayer estuve en la tertulia de Pombo. He de reconocer que prefiero las que organizaba tu hermana en su salón. A la del café acuden ciertos tipos que se las dan de sabios y críticos sin saber de qué hablan. Ayer casi acabo a puñetazos con uno que se atrevió a dudar de la calidad de mi arte.

Me extrañó esa actitud violenta, pues Miquel siempre me pareció educado y pacífico, pero me consta que en más de una ocasión se enfrentó a palos con quienes osaban criticarlo, llevaba mal las opiniones contrarias a su obra. No hay que fiarse de los artistas, quizá su ego sea demasiado grande.

En julio de 1919 entregué el libro a Ángela durante las semanas que pasé en Almería, mientras Carmen y Ramón viajaban a Portugal. En verano, Lisboa y Estoril eran los lugares perfectos para el reposo que ella necesitaba tras la crisis cardiaca, pues el clima era benigno. La alejaba del calor sofocante de Madrid y de las obligaciones laborales.

A Ángela se le iluminaba la cara cuando me veía. Habíamos recuperado la amistad fraterna que nos unió, aunque jamás hablábamos de Vicente. Era como si no existiera, como si ella no

tuviera un marido y yo no lo conociera. Los días que él llegaba de Granada, procuraba no acercarme por su casa, no nos cruzamos en todo el verano. No deseaba abrir heridas ni provocar malentendidos ni situaciones incómodas. Vicente era el pasado y mi ahijada Cati, el presente. Me recordaba a mi sobrina María a su edad, y no se despegaba de mí cuando estábamos juntas. Los ojos de Vicente me miraban a través de ella, como si su amor se hubiera materializado en la niña a la que ambos adorábamos.

73

En aquellos años, el entusiasmo de Carmen se expandió en dos direcciones: Portugal y la defensa de los derechos de las mujeres, en especial del sufragio femenino.

—Quiero informar sobre las conquistas de las mujeres tras la guerra —me decía—. Para el engrandecimiento de España, es preciso que desaparezcan la opresión y la desigualdad. Hay que aplaudir la actitud resuelta de las mujeres que reclaman el voto.

Me sumé a sus reivindicaciones y le hablé de afiliarme con ella al Partido Socialista de Julián Besteiro; su mujer, Dolores Cebrián, seguía siendo buena amiga nuestra, desde los años en Toledo.

—No sé, Ketty. El partido es un poco ambiguo con respecto al voto femenino. Creen que les perjudicaría. Es ridículo. En Portugal, lo tienen claro: la Cruzada de Mujeres Portuguesas, que dirige mi gran amiga Ana de Castro, ha logrado importantes avances. Habrá que hacer algo semejante en España.

Por aquel entonces, Portugal era su paraíso soñado: una república en la que las libertades eran reconocidas, las mujeres avanzaban en derechos, el paisaje y el clima acompañaban, su amor por Ramón no era mirado con recelo y escándalo, y podían quererse en una perpetua luna de miel. Escribió cientos de crónicas para el *Heraldo* sobre la vida portuguesa y se convirtió en el escenario de sus novelas.

El país vecino le devolvió el reconocimiento que merecía: fue condecorada por la República portuguesa, galardonada con diversos premios, nombrada socia benemérita de la Cruzada de Mujeres

Portuguesas, invitada por el Gobierno para impartir conferencias y colaborar como corresponsal de un diario lisboeta, y recibida por los gobernantes, a los que entrevistó con familiaridad.

Con Carmen fuera de Madrid y mi sobrina casada y centrada en el teatro, empecé a sentirme vacía. Ya no me necesitaban, y yo no sabía quién era, aparte de la hermana de Colombine y la tía de su hija. Dudé de si mis decisiones habían sido acertadas, si no debería haber buscado a un hombre con el que casarme y emprender una vida lejos de ellas, tal y como Rafael pensaba que era mi deseo cuando me conoció: Ketty, la señorita de provincias que quiere encontrar marido.

—¿Crees que debería casarme? —le pregunté a mi hermana una noche, tras la cena, sentadas a la mesa de la cocina.

Me miró sorprendida, como si no entendiera la pregunta.

—¿Casarte, Ketty? ¿Con quién? ¿Has conocido a alguien?

—No, no. Es una suposición. Vosotras ya no me necesitáis…

—María piensa que no nos necesita y se equivoca —suspiró—. Y yo no podría vivir sin ti.

—Ya lo haces, no mientas —le rebatí—. Pasas meses enteros lejos de mí, y Ramón…

—Ramón tiene su propio domicilio. Esta es nuestra casa, contigo podría convivir hasta la eternidad. Sin embargo, con él, con un hombre, se puede caer en la rutina, que es lo peor. El matrimonio es una institución nefasta: muchas mujeres van a él sin conocer a sus parejas y enseguida llega el desastre. Te lo aseguro.

—¿Entonces?

—Ama a quien quieras en cada momento de tu vida, Ketty. Y ama la vida sobre todas las cosas. Voy a escribir una novela para ti, para que sepas lo que les ocurre a muchas mujeres cuando se casan. Lo sé por experiencia propia y ajena. Demasiadas son las que han venido a contarme la desgracia de su matrimonio.

En pocos meses, Carmen escribió *Luna de miel*, novela

protagonizada por una joven llamada Ketty que se casaba con quien ella consideraba el hombre de su vida. Nada salió como esperaba, aunque el marco de su luna de miel fuese un lugar tan idílico como el Monasterio de Piedra. El deseo reprimido se trasformaba en violencia, y mi hermana describía sin pudor lo desagradable que podía llegar a ser el matrimonio entre dos personas que creen conocerse. Al final, la joven se percataba del error cometido con ese casamiento y prefería la muerte. Carmen no escatimó dramatismo, y sentí una angustia creciente durante la lectura de la novela. Más aún teniendo en cuenta que la protagonista se llamaba como yo y que me sentía en su piel, como si también yo estuviese atrapada en una luna de miel de pesadilla. La advertencia de mi hermana era evidente. No deseaba experiencia semejante para ninguna mujer, y menos para mí.

Me convencí de que era feliz sin necesidad de un marido, que arriesgaba demasiado si elegía el matrimonio. De cualquier manera, no había ningún pretendiente a la vista, y perdí las ganas de encontrarlo. La fiel Ketty seguiría siéndolo solo a su hermana.

María cada vez nos visitaba menos y, casi siempre, cuando su madre no se encontraba en casa. Prefería no verla, que fuese yo quien le contase en qué trabajos andaba y, sobre todo, cómo se encontraba de salud.

—Dilapida sus fuerzas, no quiero ver cómo se mata trabajando —me confesó—. ¿Qué sentido tiene tanto esfuerzo cuando el corazón es débil?

—Tu madre no puede vivir sin escribir…

—Quiero irme lejos, muy lejos —confesó—. A Guillermo le han hecho una propuesta en América para hacer cine.

—¿De verdad te vas a marchar a América? —pregunté, espantada —. Será terrible para tu madre.

—Está decidido, Ketty. Quería que lo supieras, pero no se lo digas a mamá —me pidió, como tantas otras veces.

—Al menos, vendrás a despedirte de ella.

—Lo dudo, no podría soportar la despedida. Seguro que me augura fracasos y me monta una escena dramática. Y la actriz soy yo —intentó bromear.

Me abrazó con fuerza e intentó disimular las lágrimas. En ese instante supe que no era una amenaza: se escaparía sin decirle adiós a su madre.

En la primavera de 1920, María embarcó rumbo a América sin darle un beso a Carmen, que se encontraba en Portugal. Cuando se enteró, pensó que su hija lo hacía por evitarle el disgusto de los días de travesía, pero le quedó una enorme amargura. Por suerte, en ese momento, Ramón consolaba todas sus tristezas.

—¿Tú sabías algo, Ketty? —me preguntó, sombría.

Negué con la cabeza y la abracé. La mentira me hizo llorar, aunque Carmen interpretó mis lágrimas como si fueran de dolor por la sobrina perdida.

—No te asustes, me encargaré de mantenerte ocupada, no la echarás de menos —afirmó como si se lo dijera a sí misma, y cumplió sus palabras.

Ni ella ni yo tuvimos un momento de descanso, aunque María llenaba nuestros pensamientos y jamás dejamos de preocuparnos por ella.

74

Carmen cambió de escenario. Madrid le recordaba demasiado a la hija perdida y, de nuevo, Portugal se convirtió en su hogar. Escribió artículos para diversos periódicos lusos, participó en la vida política de la joven república, y el país vecino continuó siendo el trasfondo idílico de sus siguientes novelas.

Yo la visitaba en ocasiones, pero mi lugar y mi trabajo seguían en Madrid, donde las esperaba con la casa ordenada y un plato de comida dispuesto. Añoraba a las dos, era como si me hubieran abandonado en mitad de un naufragio. Habían remado en otra dirección: María, hacia lo desconocido; Carmen, en otra compañía. La ausencia de mi sobrina pesaba más, pues nadie tenía noticias de ella. Mi hermana y yo convenimos que, si escribía a una de las dos, enseguida daría cuenta a la otra. Confiaba en que se comunicase antes con su madre, como debía ser, pero María jamás hacía lo conveniente y la primera carta llegó a mi nombre.

Querida Ketty:

Te escribo deprisa, mañana salimos de viaje y tengo poco tiempo. La vida del actor es así. Estamos en Santiago de Chile, el cine absorbe mi vida. Es el futuro del espectáculo, Ketty.

Acabamos de estrenar la película *Los payasos se van*. He representado un pequeño papel, pero el director es un famoso chileno, Pedro Sienna, y está basada en una obra de teatro del escritor Hugo Donoso, muy conocido en estas tierras. En el elenco hay otra actriz española, María Hermoso, que viene de la compañía de María Guerrero. Nos hemos hecho

muy amigas.

Te gustaría la película, pero dudo que se estrene en España, por el momento. Cuenta la historia de un pintor que se enamora de la equilibrista de un circo y la sigue de pueblo en pueblo.

Es mucho mejor que las que rodé en España, que al menos me sirvieron para darme a conocer. *El protegido de Satán* no era tan buena, ya sabes que a mamá no le gustó nada la historia tan sangrienta de venganza.

Me dirás que debo escribir a mi madre, que está muy preocupada por mí, que no duerme. Estoy preparando algo que le va a gustar: será una sorpresa, un homenaje de la hija a la madre. No le cuentes nada, por favor.

Te prometo que le escribiré para tranquilizarla, le diré que todo va bien, que Guillermo y yo seguimos felices, aunque no sea verdad. Nos vamos a Buenos Aires, a la compañía de Ernesto Vilches. Te escribiré desde allí.

Te quiere, tu sobrina,

MARÍA

Guardé el secreto, como era mi costumbre, pero la carta me dejó un regusto amargo. María insinuaba que la relación con Guillermo no era tan idílica como al principio. Confiaba en que cumpliera su propósito y escribiera pronto a su madre. Así lo hizo, y mi hermana me comunicó, contenta, que María se encontraba bien y triunfaba en el cine mudo.

—¡El día que sea sonoro, se convertirá en una gran estrella! —aseguraba—. Con esa voz y esa genialidad recitando, no tendrá rival.

Carmen confiaba en el talento de su hija con una venda en los ojos. Deseaba el éxito de María más que el suyo propio, porque sabía que su hija era vulnerable, mucho más débil que ella, capaz de superar cualquier situación, por tremenda que fuese. Solo su corazón era frágil y delicado, aunque no quisiera reconocerlo.

En mayo, Carmen acababa de regresar de Portugal cuando una trágica noticia nos llenó de luto. Doña Emilia Pardo Bazán falleció,

por una complicación de la diabetes que padecía, en su domicilio del número 27 de la calle Princesa, donde la visité en tantas ocasiones. Ese mismo día, mi hermana escribió la necrológica de su fallecimiento para el *Heraldo*. Antes, lloramos juntas y la recordamos con afecto.

—Nos encontramos demasiado tarde —reconoció— y teníamos mucho en común, a pesar de nuestro distinto origen. Su ejemplo ha sido más eficaz para las mujeres españolas que todas las campañas feministas. ¡Le debo tanto! Tengo que tomar su relevo, esto me convierte en la decana de las escritoras.

Acudimos a su entierro en la cripta de la basílica de la Concepción, aunque mi hermana no se encontraba bien. Debía pararse a cada rato para recuperar el aliento, y culpaba al asma de esa extraña debilidad. Me deshice en cuidados y procuré que se alimentase bien en medio de tantos problemas que nos rodeaban.

España era un polvorín: atentados, guerra en Marruecos, crisis en el Gobierno… y Colombine era una periodista que debía dar cuenta de ello. Incluso en su amada Portugal, la inestabilidad política era creciente. Por fortuna, María nos regaló un momento hermoso. Seguía en Buenos Aires con su marido, en la compañía de Ernesto Vilches, donde estrenó su primer texto teatral: *Mi pobre muñeca*. Carmen recibió la obra emocionada. Entre lágrimas, leyó la dedicatoria:

> A ti, madre mía, dedico esta mi primera producción deseando seguir humildemente tus pasos, con el cariño que te tiene,
>
> TU HIJA

—¡Que hermosas palabras! —Yo también lloré, María era mi niña perdida.

—Y la obra está bien —aseguró—. Puede llegar a ser una gran

escritora. ¡Tiene talento, Ketty! Por fin lo está demostrando, y me siento muy orgullosa. Esta es la hija que he deseado desde hace años: interesada por la literatura, con un oficio digno… Aunque el teatro nunca me haya gustado. Lo malo es que está tan lejos…

—¡Vete a saber cuándo volveremos a verla! —me lamenté.

—No quiero ni pensarlo, su ausencia duele. Jamás nos habíamos separado y ahora… llevo más de un año sin verla.

—Déjame la obra, quiero leerla ya —le pedí—. Será como si la escuchase.

—¡No la pierdas! Es mi mayor tesoro.

Leí con avidez. Era una historia de celos y violencia por parte de un marido que se siente traicionado. Me pareció un texto interesante, aunque lejos de la calidad literaria de las obras de mi hermana.

En la portada aparecía el retrato de mi sobrina, una mujer bellísima en plena juventud, sin los estragos del tiempo. En la imagen tenía los ojos entrecerrados y una sonrisa melancólica. Mostraba su cuello desnudo, como el de una diosa, bajo el corto y oscuro cabello, y los hombros se veían blancos y bien torneados. En belleza ganaba a su madre y, en muchas ocasiones, ser demasiado bonita puede resultar una maldición. Si María hubiera sido menos hermosa, quizá su vida y la nuestra hubieran resultado menos complicadas, menos trágicas. Yo, la menos atractiva de las tres, he pasado por el mundo sin brillo pero sin drama.

Por aquellos días, llegó una carta de Viladrich, desde Argentina. Me sorprendió con una noticia que, tiempo atrás, me habría dolido en el alma.

Mi querida Ketty:

Espero que, al recibo de esta carta, os encontréis bien tanto tu hermana como tú. Aquí, en el hemisferio sur, ahora es primavera, y todo explota en un delirio de colores, lo que venía buscando.

En la actualidad me encuentro en Buenos Aires, pero he pasado una larga temporada en Uruguay, donde he iniciado una serie titulada *Negros de Montevideo*. Sabes bien cuánto me gusta retratar tipos populares, y aquí hay rostros que jamás había visto. Mi estilo se va depurando y mi éxito aumenta. Sé que lograré el reconocimiento que merezco.

Tengo que contarte algo, quiero que seas la primera en saberlo, que no te enteres por otras personas. Me he casado. Te resultará extraño, un hombre tan independiente como yo, tan dado a moverse solo por el mundo… La muerte de Julio Antonio me ha cambiado. Me he enamorado de una mujer argentina. Se llama Ana Morera y es profesora de pintura. Está ejerciendo una gran influencia en mi arte, creo que mi vida será mejor a su lado, aunque no nos quedaremos en América para siempre.

Añoro nuestra patria y el castillo de Fraga, espero regresar en algún momento. No dudes de que pasaré por Madrid a saludarte, y espero que me deleites con alguna de tus tartas.

Mi paladar y mis manos no te han olvidado.

Recibe un abrazo de tu amigo, que te recuerda,

MIQUEL VILADRICH

Sabía que, en algún momento, ocurriría. Miquel se casaría, y no sería conmigo. Solo una frase me alteró: su paladar y sus manos no me habían olvidado.

75

La vida y sus sobresaltos me hicieron olvidar pronto las palabras de Miquel. La salud de Carmen empeoraba, y el diagnóstico definitivo era preocupante. Una prueba de rayos X reveló que padecía una grave afección: su corazón, descomunal de grande, ocupaba todo el pecho y oprimía los pulmones.

—Necesito un refugio de paz —me dijo tras una de sus crisis, casi sin aliento.

—Y estás pensando en Portugal —añadí.

—¡Sin duda! —exclamó—. Me gustaría hacerme un hotelito junto al mar, en Estoril, y pasar dentro de su perpetua primavera todos los veranos e inviernos de mi vida. Están urbanizando una zona y venden parcelas a buen precio. Ramón y yo iremos pronto a buscar el sitio ideal. De momento, solo es un sueño —suspiró—. Mi deseo es dejar para siempre la capital, las clases y el periodismo, y vivir escribiendo novelas. Así recuperé la salud y mi corazón estará tranquilo.

—Dudo que puedas mantenerte solo de la literatura —dije con mi sentido práctico.

Enseguida se marcharon a Portugal, pero la apacible estancia se vio interrumpida por la muerte del padre de Ramón. Las pérdidas empezaron a sucederse de manera continua y terrible, como si solo nos quedaran los adioses definitivos. Para Carmen, fue un continuo ir y venir de Portugal y, cuando nos reencontrábamos en Madrid, comprobaba que su felicidad estaba en el país vecino, con Ramón.

—¡Ramón es tan bueno! Lo primero que ha hecho con la herencia

de su padre es comprar un terreno para hacer la casa a la orilla del mar, entre flores, donde vaya a curarme. Además, ha ganado un premio a la lotería que nos vendrá muy bien para iniciar la obra.

Tuve que hacerme a la idea: Carmen deseaba más que nada residir en Portugal, donde no cesaban sus actividades y conservaba leales amigos. En Madrid me quedaba yo, sola y desilusionada, convertida ya en una solterona de cuarenta y tres años que se refugiaba en la cocina para olvidar las ausencias.

En junio falleció nuestro padre, y no tuvimos tiempo de llegar al entierro. Carmen acababa de regresar, agotada, de dar unas conferencias en París, y esperamos unos días para que se recuperase. Temí que ella siguiera el destino de mi padre, pues la respiración fatigosa y el rostro desencajado no auguraban nada bueno.

Los periódicos de la ciudad glosaron la figura de don José de Burgos: un hombre afable que supo captar el aprecio de cuantos lo conocieron. Cuando por fin llegamos a Almería, acompañadas por nuestro hermano Lorenzo, encontramos a mi madre desolada. Nos fundimos la familia entera en un abrazo interminable plagado de sollozos. No había consuelo, pero el afecto de nuestros paisanos nos reconfortó. Durante el funeral, gentes de todo tipo nos presentaron sus condolencias y honraron a nuestro padre.

—¡Y la niña, perdida! —se lamentaba mi hermana.

La ausencia de su hija añadía dolor al duelo y temí que su salud se resintiera y no soportara la angustia. Como de costumbre, Carmen me sorprendía: encajaba los golpes de la vida con entereza, y su corazón inmenso parecía no dar signos de debilidad.

Mi hermana regresó enseguida a Madrid con la idea de pasar el verano en Estoril y yo, terminadas las clases en la Escuela del Hogar, me quedé en Almería consolando a mi madre. A pesar de la

tristeza pegada en las paredes de mi casa y de los sollozos continuos de mamá, fue un verano apacible. En esos momentos, cuando la desgracia entraba en casa, me refugiaba entre fogones y preparaba un cocido. El olor del puchero me recordaba al hogar de la infancia, y el sonido del caldo al hervir me transportaba a otro tiempo más tranquilo, a la infancia, al lugar donde no existía la pérdida ni el peligro. La mañana después de enterrar a mi padre, preparé un cocido, a pesar de que era el mes de junio y el verano era ya tórrido. Para compensar, también hice un gazpacho refrescante.

Durante las tardes plomizas, me acercaba a casa de Ángela, donde descubrí el sopor de la maternidad, de la vida de casada. Hice mal en envidiarla cuando descubrí que Vicente la amaba: habían formado una hermosa familia, mi deseo durante décadas, pero, llegados los cuarenta, cuando ese sueño ya era inalcanzable, comprendí que ella no era más feliz que yo. Prefería mis clases en la Escuela del Hogar, el contacto con las jóvenes alumnas y el bullicio de las aulas a los lloriqueos de los niños, el cuidado constante de su salud y la limpieza del hogar. Y, sobre todo, disfrutaba tanto de la capital, de sus gentes variopintas, de los amigos artistas y de la genialidad de quienes me rodeaban que no habría cambiado mi vida de solterona por la suya. Ese verano me convencí de que el destino me había sido más favorable pues, al lado de Carmen, la vida era una fiesta.

Ángela me pidió que le enseñara a preparar algunas de mis especialidades y, mientras tanto, conversamos como nunca lo habíamos hecho: le hablé de las tertulias y los artistas bohemios que había conocido, y se extasiaba escuchándome.

A sus hijos, Pablo y Cati, les entusiasmaban mis magdalenas, las preparé a montones. Y disfrutaban con mis caramelos de limón.

—A Vicente le gusta el guiso de conejo. ¿Me enseñarías a hacerlo? —me pidió Ángela.

Aquel verano, él aún no había aparecido por Almería, y yo casi

me había olvidado de su existencia. En esa casa éramos nosotras dos, como en la adolescencia, y los niños, que acaparaban nuestra atención. Su ruego me hizo regresar a la verdad.

—Llega este fin de semana, y se quedará los días que tiene de permiso. Quiero sorprenderlo —me dijo como si hubiese olvidado que su marido y yo habíamos sido algo más que amigos en Melilla.

Iba a replicarle que odiaba el conejo, a pesar de haberlo cocinado algunas veces. Nunca me gustó despiezar un animal con aspecto de gato y huesecillos frágiles, pero no deseaba que Ángela pensara que le guardaba rencor a Vicente. Lo cociné sin rechistar, con la mente puesta en él, consciente de que era para su paladar, y rumié mi nostalgia en cada momento de la preparación. Si yo hubiera sido su mujer, lo habría preparado casi a diario, y era la única ocasión que tendría de ofrecerle lo que mejor sabía hacer.

Despellejé y vacié el conejo, lo limpié bien, lo desmembré y corté el cuerpo en pedazos; lo herví con tomillo, perejil en rama y algunos pedazos de cebolla; después lo puse en una cacerola con manteca y un polvo de harina. Le di unas vueltas, y le añadí alcachofas y setas muy pequeñas. Cuando todo estaba cocido, espesé la salsa con yemas de huevo y añadí zumo de limón. Durante el proceso, olvidé que era conejo, y deposité todo mi cariño, amor y desengaño en cada paso. Aunque me resistí a probarlo, supe que era el mejor que jamás prepararía.

Ángela me contó que a Vicente se le saltaron las lágrimas cuando lo probó. Comprendí que había transmitido mis sentimientos en el plato y que algo intangible permanecía en su corazón: el amor que compartimos latía en algún lugar de su mente, y el sabor de la pepitoria lo había resucitado.

76

Tras el verano, regresé a Madrid y me llevé a mi madre conmigo. La vi tan desvalida, tan sola, que comprendí que me necesitaba más que nadie.

Al principio, el ajetreo de la ciudad no la incomodó; al contrario, le sentó bien, y enseguida se acostumbró a las visitas de mis amigas. Las más asiduas eran Cándida y Antonia, empeñadas en que les enseñase a cocinar, y divertidas como ellas solas. A Cándida le gustaba contarnos las peripecias que vivían en casa de Antonio de Hoyos, y mi madre se espantaba.

—Ese hombre es un degenerado —decía.

—Es un Óscar Wilde en decadencia —nos contó Cándida—. Lo malo es que está perdiendo la visión y, si lo unimos a su sordera, resulta lamentable.

—¡Pobre hombre! Con lo generoso que es, y hay gente que lo desprecia y lo trata fatal —comentó Antonia—. Algunos desaprensivos gritan «¡Apio!» cuando lo ven aparecer.

—¿Apio? ¿Para que lo eche a la sopa? —preguntó mi madre, extrañada.

Reímos las tres: así llamaban a los afeminados para burlarse de ellos. En el fondo, De Hoyos era un valiente: no disimulaba, quería ser él mismo con todas las consecuencias, aunque fueran terribles.

Cándida y Antonia lo ocultaban mejor, aunque en su entorno cercano conocíamos los sentimientos que se profesaban. Mi madre se habría escandalizado, pensaba que eran dos buenas amigas que habían huido de la estrechez familiar, igual que había hecho antes

su hija mayor.

El tiempo pasaba a la vez lento y veloz. Los días que nos quedábamos solas en casa se me hacían eternos, el reloj del salón daba las horas, perezoso, mientras leíamos en silencio. En cambio, cuando miraba el calendario, me parecía que los meses volaban sin recuerdos destacables, vacíos y prescindibles.

Una tarde, Cándida y Antonia llegaron desencajadas con una noticia que nos conmovió.

—¿No os habéis enterado? Salió en los periódicos de ayer. Antonio de Hoyos ha sufrido un accidente cuando bajaba las escaleras del metro de Progreso. Está hospitalizado, se ha fracturado el cráneo.

—¡Pobre hombre! —exclamé.

—Fue por la noche. El marqués cada vez ve peor, y las escaleras son muy resbaladizas —añadió Antonia.

—No sé —saltó Cándida—. Es sospechoso, por la noche y en esa plaza… Por ahí pululan muchos golfos y maleantes. Quizá fue un chulo deseoso de sacarle dinero.

—Hay gente mala que ve en el accidente un escarmiento por su homosexualidad —comentó Antonia en voz baja.

—Es un buen hombre —aseguré—, me lo ha demostrado, y hay personas que se aprovechan de él.

—Como Luisito Pomés —dijo Cándida—. Se largó sin despedirse después de robarle. Y eso que el marqués lo recogió en su casa cuando lo cesaron de su trabajo en Fomento. Lo tomó como secretario y le confiaba las alhajas de valor para que las vendiera. Ya le advertí a doña Gloria que algo raro ocurría, pero no me hizo caso. Ahora dicen que anda por Barcelona como un chulo.

—¡Qué desvergüenza! —Mi madre comenzaba a empatizar con los marginados.

—Lleva dos días inconsciente, los médicos son pesimistas —contó Cándida.

—Rezaré para que se recupere —dijo mi madre, y la miré sorprendida.

No sé si el marqués habría deseado la intervención divina o habría rechazado las oraciones, pero el caso es que De Hoyos se recuperó, aunque los años y la falta de visión lo fueron recluyendo en casa. Aquel accidente le abrió los ojos miopes: mejor no frecuentar ciertos lugares a altas horas de la noche.

Rafael casi nunca fallaba en sus visitas de los miércoles, eligió el mismo día de las tertulias de Colombine, que añoraba tanto como yo. Mi madre disfrutaba de su presencia, y se lamentaba de que solo fuésemos amigos, convencida de que hacíamos buena pareja. Cuando aparecía por casa, le preparaba su cóctel preferido, el de vermut con huevo. Mezclaba en la coctelera dos cucharaditas de azúcar, una copa de vermut, dos gotas de angostura y una yema de huevo. Lo acompañaba con unas simples aceitunas, pues ni mis platos más exquisitos encendían el apetito de mi amigo, que continuaba siendo frugal. Por eso Rafael conservó siempre un cuerpo espigado y un porte distinguido.

Por aquellas fechas se dedicaba a la crítica literaria, y andaba peleado con los ultraístas, a los que no les debió sentar nada bien el retrato que hizo de ellos en *El movimiento V. P.*

—He dejado las tertulias del centro, las de los cafés de la Puerta del Sol. Hay gente que no me mira bien, y se dicen muchas tonterías.

—¡Con lo que siempre te han gustado! ¿Tampoco vas a la de Pombo?

—Si está Ramón, me acerco. ¿Has visto el cuadro que ha pintado Solana? No me ha incluido, y eso que he sido asiduo de la cripta

durante años.

—¿Gutiérrez Solana ha retratado ese lugar infame? He estado varias veces y es inmundo y sucio —aseguré.

—No creas, Pombo tiene algo de sagrado. En el cuadro está Ramón de pie, en el centro, junto al pintor. Aparecen Manuel Abril, Mauricio Bacarisse, Tomás Borrás, José Bergamín, José Cabrero, Pedro Emilio Coll y Salvador Bartolozzi. La pintura no me acaba de convencer, es vulgar en su composición y mísera en medios expresivos. Los personajes parecen muñecos de trapo, inexpresivos, como si estuvieran esperando la mano de un ventrílocuo para que los animase y los sacase de su hieratismo grotesco.

Me reí, era evidente que hablaba desde el rencor por no hallarse retratado junto a los otros artistas.

—Se lo ha regalado a Ramón, y creo que lo ha instalado en el café. Si te acercas, podrás verlo. Lamento su ausencia —aseguró, compungido—. Ahora pasa más tiempo en Portugal que en Madrid…

—¡A mí me lo vas a contar! ¡Echo tanto de menos a Carmen!

—He buscado refugio en las tabernas de la zona de Atocha, donde he conocido a un grupo de jóvenes poetas del arrabal con los que me reúno en bares como La perla o Alegría y, sobre todo, en el café de Oriente. Esos jóvenes son poetas, dibujantes, escultores…

—Como en la tertulia de Colombine —suspiré.

—Qué tiempos aquellos, ¿verdad, Ketty? Voy a cumplir cuarenta años y ya siento la nostalgia de los viejos por el pasado.

Algunos miércoles coincidía con Violeta. Cada vez más ocupada, frecuentaba poco nuestra casa, y también elegía ese día de la semana para visitarme. El entusiasmo de ella contrastaba con el desengaño de Rafael. Violeta fue una de las primeras periodistas que probó la radio como medio de comunicación y creía que los

nuevos inventos harían avanzar el mundo.

—La radio está a punto de cambiar la vida de todos —nos dijo eufórica una tarde.

—Parece magia que se pueda escuchar lo que otros hablan a cientos de kilómetros y que se reproduzca en miles de aparatos a la vez —dije.

—El telégrafo y el teléfono también nos lo parecieron al principio —intervino Rafael.

—Los primeros ensayos de la Compañía Ibérica de Telecomunicación son un éxito —contó Violeta—. De estos talleres surgirá la primera emisora, sabemos que se llamará Radio Ibérica. Estoy deseando hablar por la radio. Será la mejor manera de difundir las ideas de libertad, reclamar los derechos de las mujeres, despertarlas…

—¿Y tu hija? —le pregunté—. ¿Qué tal le va a Esther?

—Muy bien —aseguró—. Es auxiliar de segunda con un sueldo de tres mil pesetas. Presta servicio en la Gerencia de Giro Telegráfico y sigue aprendiendo. Tiene un gran futuro con todos estos nuevos inventos en las comunicaciones.

—¿Y el teatro? ¿No quería ser actriz? —preguntó Rafael.

—Sigue interpretando algún papel, cada vez menos… Está muy ocupada y, además, se ha echado novio.

—¡Cuéntame! —salté curiosa.

—También es telegrafista, se llama Rufino Picazo. Es un hombre educado, agradable e interesado por los temas culturales. Es vocal de la Junta Directiva del Círculo Telegráfico, y organiza actos relacionados con la música, la literatura y la pintura. Dan recitales de piano, conciertos de la Coral de Madrid y bailes para la juventud telegráfica. Allí se conocieron mi hija y su novio. Estoy contenta, porque comparten muchas inquietudes.

—¡Cuánto me alegro!

—Y de María, ¿habéis sabido algo?

Negué con la cabeza, a punto estuve de echarme a llorar. Me habría gustado que su historia fuese como la de Esther, con un trabajo interesante y un novio formal. Ignorábamos incluso si se encontraba viva o muerta.

—Está muy lejos, todavía no es fácil comunicarse desde América —dijo Violeta sin convencimiento.

Sus palabras pretendían consolarme, pero ella sabía mejor que nadie que el telégrafo le habría permitido a mi sobrina enviarnos noticias. Y no lo hizo.

77

Mi madre y yo aliviábamos la ausencia de Carmen leyendo sus novelas e imaginándola en esos escenarios. Le gustaba que le contara en alto las novedades de mi hermana. Me decía que era como si me transformase en ella y la escuchase a través de las palabras que había escrito, aunque se encontrara lejos. Así pasábamos muchas tardes en el piso de la calle Luchana, esperándola en vano, con ella en el corazón y en el pensamiento.

Mi hermana amaba sus novelas como si fueran sus hijos y no era capaz de distinguir a una sobre las demás. Sin embargo, creo que *La malcasada* era el título que mejor la representaba: cuenta la circunstancia vital que la convirtió en Colombine. Mamá reconocía a su hija en la joven protagonista, inadaptada y romántica, que renegaba de su marido. Recordaba con tristeza el escándalo que supuso la separación de Carmen en seno de una familia tan católica y respetable.

Leyendo *La malcasada* me vino a la memoria una conversación con Miquel Viladrich, la última vez que lo visité en su estudio. Aseguraba que una obra de arte no es producto de un estado de felicidad, sino del inconformismo y la angustia de un proceso creativo donde el riesgo y el temor al fracaso siempre están presentes. Yo le rebatí: no estaba de acuerdo con la idea del artista atormentado, y dije que mi hermana escribía más y mejor cuando era feliz. Miquel estaba convencido de que ella usaba la escritura para huir de sus fantasmas o, como en el caso de *La malcasada*, para enfrentarse a ellos y expulsarlos, como se vence a una enfermedad.

El pintor tenía razón: la novela surgió del dolor más profundo, el desengaño y la fatal experiencia con su marido.

Por fin, en verano, visité a Carmen y Ramón en su refugio de Estoril. Mi hermana me recibió con alegría, como siempre que nos volvíamos a abrazar después de meses sin vernos tras sus periplos por el mundo. La encontré distinta, más tranquila, más madura. Era una señora respetable asentada en sus dominios. Ya no había prisa ni agitación, su rostro sereno mostraba una sonrisa apacible.

—Quisimos llamar a la casa «El Retiro»—me contó cuando llegué —, porque es el lugar donde deseo retirarme a escribir y disfrutar del sosiego. Pero en portugués retiro significa taberna —rio con una de sus sonoras carcajadas—. Así que lo hemos llamado «El Ventanal» por este gran mirador, el mejor lugar del mundo.

Desde el enorme balcón se divisaba el mar infinito y se veían pasar los barcos por la embocadura del puerto. Frente a tan espectacular vista, instalaron la mesa de ocho metros en la que ambos escribían.

—¡El colmo de la felicidad! —exclamó señalándola—. Solo faltáis María y tú cerca de mí.

Disfruté de unos hermosos días: paseé por la playa, conocí a los amigos de la pareja y le preparé a Carmen sus platos favoritos. No consintió que pasase demasiado tiempo en la cocina, pues contaban con una cocinera, y alegaba que eran mis vacaciones y debía aprovecharlas.

Comprobé que, en Estoril, su salud había mejorado, aunque solo fuese un espejismo. Su corazón seguía siendo demasiado grande y no latía como debiera.

El médico le recomendó pasar unos días en un balneario, y me pidió que la acompañase. Nada me podía alegrar más que compartir ese tiempo de calma con ella. Eligió el de Liérganes, en Cantabria, a

unos veintiocho kilómetros de Santander, en medio de la naturaleza, rodeado de árboles centenarios y caminos trazados para pasear. Al señorial edificio del siglo XIX acudía hasta la familia real en busca de las aguas medicinales del manantial de la Fuente Santa.

Cuando nos encontrábamos solas, era el momento de las confidencias, igual que en la mesa de la cocina de la calle Luchana. En Liérganes, aprovechamos los paseos por el valle para charlar, aunque nunca nos alejamos demasiado, pues el corazón de Carmen le impedía realizar esfuerzos. Durante las caminatas, mi hermana no dejaba de suspirar y, cuando empezaba a jadear, la obligaba a volver al balneario.

—¡Me preocupa tanto María! —me dijo, sentadas junto a un árbol del sendero—. Los años se me echan encima, Ketty. La salud y la plenitud son necesarias para el amor, y ya no gozo de ninguna de las dos. Ramón es joven, yo no. Se está convirtiendo en un autor reconocido, y el éxito trastoca a los hombres.

—Lleváis quince años juntos, Carmen. Lo compartís todo, tenéis la misma visión del mundo. Sigues siendo una mujer atractiva, inteligente e incansable —intenté consolarla—. Vales mucho, y la gente te admira. Siempre he estado orgullosa de ti. ¡Eres la hermana perfecta!

—¡No, Ketty! La hermana perfecta eres tú, la única que no me abandonará, estoy segura. Esperas pacientemente a que regrese, me cuidas, me ayudas en todo y jamás te he oído quejarte. Eres la hermana que cualquiera desearía tener. Yo también estoy orgullosa de ti, tengo suerte de que estés a mi lado.

—Siempre. —Se me quebró la voz.

Nos abrazamos. Lo hicimos muchas veces en aquel viaje de 1923, como si el calor de la otra nos aliviase tanto o más que los baños medicinales.

Carmen no dejaba de escribir ni en el balneario, aunque me enfadase con ella: estábamos allí para descansar, pero se acostaba

tarde apuntando ideas y redactando *El novenario*, la novela que surgió de ese viaje. Todo era motivo de inspiración para Colombine, nada le resultaba ajeno, y visitar a otras gentes y otros lugares disparaba su imaginación.

La vuelta a la rutina se me hizo cuesta arriba después de los plácidos días con Carmen en Liérganes. Ella se marchó con Ramón a París, pero me quedaban los amigos de siempre, y Rafael acudió, solícito, tras mi regreso. Me habló de la tertulia que la escritora Concha Espina organizaba los viernes en su casa y me animó a acudir con él.

—Vive en un piso de la calle Goya, en el mismo edificio que Pepe Francés. Me acoge con cordialidad. Tiene aires de gran dama y una hija, Josefina, muy discreta y educada. En esa tertulia son todos personas serias, respetables e influyentes, y señoras elegantes. Se habla de literatura con un tono educado, sin caer en la vulgaridad.

—¿La tertulia de Colombine te parecía vulgar?

—No es eso. —Rafael se removió en el asiento—. Disfruté mucho los miércoles en vuestra casa, tanto que lo echaba de menos. No te lo vas a creer, pero por un momento pensé que estaba en el salón de Colombine y llamé Carmen a doña Concha Espina. Tienes que venir.

—Me sentiría extraña en una tertulia donde no estuviese mi hermana. No hablo demasiado, no sé tanto como esas señoras encopetadas. En el salón de Colombine, me bastaba con oír y callar.

—Enigmática y en la sombra. Ketty: la hermana perfecta.

—No te burles. Seguro que en esa tertulia también se cuentan intimidades, no solo se hablará de arte.

—Desde luego, es lo más divertido. ¿Sabes que Pepe Francés está sufriendo mucho por los celos de su mujer?

—¿Rosario es celosa?

—Ni te lo imaginas, una Juana la Loca. Le hace la vida imposible.

—Seguro que son exageraciones, no te creas todo lo que se dice en las tertulias.

—Tienes experiencia, ¿verdad?

—Más que tú. Cuéntame qué andas escribiendo —le pedí.

—He empezado a colaborar en *La Voz*, publico relatos en la sección «Cuentos españoles». También escribo con alguna frecuencia en «Los Lunes de El Imparcial». ¡Ah! Mi hermana Pilar quiere que vengas a casa, se ha comprado un perrito, Baby.

—Vuestra casa parecerá un zoológico, ya tenéis un jilguero y una tortuga.

—Sí —rio—, el piso de la calle de la Morería se nos queda pequeño. Pilar es imprescindible en mi vida, como tú para Carmen. Me he comprado una máquina de escribir Royal y me ayuda mecanografiando al dictado. Estoy traduciendo las *Obras completas* de Juliano.

—Carmen se alegrará cuando se entere. No sé aún cuando regresará, espero que la visites…

—Si está Ramón, no vendré —replicó, muy serio.

—¿Qué te ocurre ahora con Ramón?

—No pensaba contártelo… —dudó—. Ramón me odia por mi indiferencia y por mi retrato en *El movimiento V. P.*, donde aparece como el presidente de los jóvenes poetas viejos. Ya imaginaba que el libro me traería problemas. En el segundo tomo de *La sagrada cripta de Pombo*, Ramón ha incluido un retrato mío antisemita y homófobo.

—¡Qué desagradable! —salté, indignada—. Ramón no es Carmen, ella jamás diría algo malo de ti. Mi opinión sobre él es cambiante… Mi hermana es feliz con él desde hace años, pero yo no acabo de fiarme.

—Haces bien, solo se mueve por interés. Que se ande con cuidado tu hermana, que el día menos pensado…

—¡Calla! —le interrumpí. Prefería no seguir oyendo sus

insinuaciones.

—Tu hermana es una gran mujer, muy generosa. Más de uno ha alcanzado la notoriedad literaria gracias a Colombine, sobre todo su amante. No hay causa justa que no apoye. Está haciendo mucho por la comunidad sefardí, defiende al pueblo judío de la ola de antisemitismo que se está extendiendo por Europa de manera preocupante. Por eso me sorprenden tanto los comentarios de Ramón.

—No hagas caso, no le debes nada. Ahora tienes nuevos e influyentes amigos.

—Sí, tienes que venir a la tertulia de Concha Espina —insistió.

—¡Uy! ¡Ni hablar! Si no me invitan… Mi hermana me contó que Galdós le dio valiosos consejos. El primero: no aparecer por nada del mundo en un lugar al que no te hayan invitado.

—Te invitarán, te lo aseguro.

Días después, Rafael regresó por el piso de Luchana, pero no para acudir conmigo a la tertulia de la calle Goya.

—Te habrás enterado —hablo, nervioso—. El general Primo de Rivera ha dado un golpe de Estado militar. No es el mejor día para reunirse con gente conservadora.

La noticia era preocupante, y más para mi hermana, por sus ideas radicales, que para mí. Mi vida seguiría siendo parecida, pero Carmen podría sufrir censura y persecución. En ese momento se hallaban en París y, posiblemente, luego se instalarían en El Ventanal, huyendo de la dictadura.

—Se ha creado un directorio militar, se ha suspendido la Constitución, se han disuelto los ayuntamientos y se han prohibido los partidos políticos —me contó Rafael—. Y el rey lo ha aceptado, será el jefe del Estado. Dice que así el ejército acabará con la anarquía, el desenfreno parlamentario y la debilidad de los

políticos.

—¿Y dónde quedarán los derechos y las libertades que se habían logrado?

—Anulados, Ketty —suspiró—. Hay quien señala a Alfonso XIII como el instigador del golpe. Así impide que la Comisión de Responsabilidades por el desastre de Annual investigue y acuse a las altas esferas del ejército y al rey. Como todos los dictadores, el general se anuncia como el hombre que viene a regenerar el país, corrompido por la política. Estas palabras impresionan a las masas ingenuas, que creen que les solucionará los problemas.

—El paso que ha dado el rey es grave —añadí.

—Sin duda: ha violado la Constitución, y no sabemos qué consecuencias puede tener. Las dictaduras avanzan por Europa, Ketty.

—¿Adónde vamos a llegar?

Mi pregunta quedó flotando en el aire. En ese momento, ninguno de los dos podía imaginar hasta qué grado de violencia y desastre llegaría España.

78

Mi hermana supo esquivar la debacle y pasó gran parte de la dictadura de Primo de Rivera fuera de España. Instalada con Ramón de forma estable en Portugal, solo deseaba vivir y trabajar con tranquilidad, olvidarse del periodismo y recuperar la salud. Sin embargo, su carácter indómito y, sobre todo, su preocupación por María hicieron que escapara de su paraíso particular en diversas ocasiones.

—Quiero ir a América, a Argentina, y de allí a México, en busca de mi hija —me confesó en uno de sus viajes a Madrid—. La compañía de María Guerrero anda por esas tierras, y en Buenos Aires tiene su propio teatro, el Cervantes. Es posible que esté con ellos. O de gira por otros países de América.

—Puedo acompañarte. Pediré una excedencia en la Escuela del Hogar y la buscaremos juntas…

—No, Ketty —me cortó, muy seria—. Ramón vendrá conmigo. Es mi responsabilidad; como madre, creo que he fracasado. Intenté criar a mi hija en la libertad, sin separarme de ella, ofreciéndole lo mejor, la posibilidad de formarse, estudiar, viajar, conocer el mundo que otros ni siquiera sospechan, pero María…

—Eligió su propio camino, como hiciste tú, como hacen todos los jóvenes —aseguré.

—Es más rebelde que yo —concedió—. Por desgracia para ella, no tiene una hermana como tú a su lado.

El tiempo transcurría sin noticias de mi sobrina. Carmen se embarcó hacia América con el deseo de encontrarla. Me preocupó que se marchara sin compañía: Ramón contrajo una grave gripe y no pudo acompañarla. Lamenté no haberla convencido para viajar juntas; la habría cuidado como solo yo sabía hacer. Ansiaba noticias de ambas, y recibía las cartas de mi hermana como agua de mayo. Las leía varias veces hasta aprendérmelas de memoria, imaginaba su periplo, escuchaba su voz.

Cuando desembarcaba en cada destino, Carmen me enviaba un telegrama para que estuviese tranquila y, como en otras ocasiones, me pidió que hiciera lo propio si yo recibía noticias de su hija, pero la carta de María nunca llegó. Durante ese viaje, mi hermana la envió desde La Habana, donde arribó tras pasar un tiempo en México.

Querida Ketty:

María no estaba en México, y tampoco ha aparecido en La Habana, es descorazonador. Tanto, que sufrí una nueva crisis cardiaca. ¿Dónde estará? Las noticias son tan vagas que no sé seguro si está viva o muerta. Me dijeron que pasó por aquí con la compañía teatral, pero nadie sabe hacia dónde marchó, pues en Cuba tampoco la he encontrado. No obstante, el recibimiento de los mexicanos fue magnífico: asistí a numerosos actos públicos y hablé sobre todo de la influencia de la mujer en la sociedad. Me empapé de las costumbres, el paisaje y la historia de México, del mestizaje, de lo pintoresco y diverso. Escribiré una novela que recoja mis impresiones, sabes que los viajes, las novedades y los lugares por descubrir son mi fuente de inspiración.

El corazón me da serios avisos, Ketty, quizá no aguante mucho más si mi hija no aparece. Busco la paz en el recogimiento, en la vida retirada fuera de la ciudad. Echo de menos la calma de Estoril, pero tampoco llegan buenas noticias desde allí. He recibido carta de Ramón, una ansiada carta que resultó repleta de desastres. Resulta que nos falta dinero para pagar las obras de El Ventanal y nos lo han hipotecado; dudo

de que podamos mantenerlo. Y necesito esa tranquilidad para mi corazón.

La peor noticia es el fallecimiento de nuestro amigo, el poeta canario Rafael Romero. Recordarás que María y yo lo conocimos a nuestro regreso de Argentina cuando desembarcamos en Las Palmas. Se quedó prendado de mi hija, pero la voluble María no le hizo demasiado caso. Sin embargo, Ramón y yo forjamos una profunda amistad epistolar con el poeta. Ha luchado largos años contra la tuberculosis, ese mal que se lleva a tantos jóvenes. Deja mucha obra inédita y una familia desolada. Su esposa, Rita Suárez, es una jovencísima actriz que lo adoraba, lo cuidó con entrega y siempre creyó en su recuperación. Este mismo año estuvo en la lista para el Premio Nacional de Literatura que, al final, concedieron a Gerardo Diego y Rafael Alberti. Los reconocimientos no llegan o llegan tarde, Ketty. Y la muerte nos ronda como un buitre, que planea a la espera del segundo fatídico. No me acostumbro a perder a los seres queridos y no quiero ni pensar que María…

La vida pasa demasiado deprisa por mucho que desees detenerla. Cuando estoy en El Ventanal, escribiendo, mirando el mar, quiero que el tiempo se pare y quedarme allí, en paz, para siempre.

Con mi hija perdida, sentirte cerca es un consuelo, Y sé que estás a mi lado, incluso en la distancia inmensa que nos separa. Escribirte aleja los fantasmas, no dejes de ser mi luz.

Nos veremos pronto.

Te quiere,

CARMEN

Para calmar la desazón que me producía la ausencia de mi hermana y la situación de mi sobrina, no me bastaba con cocinar. Las visitas me distraían, no solo las de los amigos, sino también las de las gentes anónimas que aparecían por casa en busca del consejo de Colombine. Eran, sobre todo, mujeres desamparadas y asustadas que sabían que, en el piso de la calle Luchana, hallarían la ayuda de otra mujer, influyente y sabia, que las comprendería.

Cuando les decía que no se encontraba en casa, se desilusionaban, pero yo las hacía pasar a la cocina y les ofrecía un café y unas galletas que siempre tenía dispuestos para tales momentos. En ese

ambiente de confianza, me contaban sus penas, lloraban las situaciones injustas que sufrían por ser mujeres, y yo las escuchaba hasta identificarme con ellas. En algunos casos, les ofrecí protección: les expliqué las gestiones que debían hacer para reclamar lo que era suyo, les proporcioné referencias para conseguir un trabajo, les preparé un plato de comida en medio de la necesidad más urgente o les ayudé a redactar alguna carta de reclamación. Solo en contadas ocasiones lograba solucionarles el problema, pero salían de Luchana 20 más tranquilas de lo que entraban. La casa se convirtió en una especie de consultorio, y la voz corrió por todo Madrid.

Cuando mi hermana regresaba de sus viajes y pasaba días en el piso, se asombraba de la cantidad de gente que la reclamaba y yo procuraba que no la importunaran demasiado. Tantos problemas, aunque fuesen ajenos, no eran aconsejables para su débil corazón.

79

Las Navidades de 1926 volvimos juntas a Almería. Nuestra madre había regresado con mis hermanos pues, aunque no le disgustó Madrid, echaba de menos su tierra, su lugar en el mundo, y prefirió vivir el resto de sus días en la casa familiar, donde había sido feliz y donde deseaba morir en par.

Carmen se mostraba inquieta, varios asuntos la preocupaban. Sin embargo, durante aquellos días de fiesta, con el calor del hogar, los latidos de su gastado corazón se pausaron.

—Solo falta María —me dijo, melancólica, esa Nochebuena.

—Volverá, te lo aseguro —respondí convencida.

—Necesito encontrar otro paraíso donde refugiarme. Hemos perdido la casa de Estoril, hay que venderla. Ha sido un gran disgusto para Ramón, pero nos acechaban las deudas. El Ventanal era más del prestamista que nuestro. Y la escritura no da para tanto, es un oficio casi miserable —suspiró—. En la casa se han quedado muebles, libros, la mesa enorme en la que escribíamos… y mis ilusiones de tranquilidad.

—Vuelve a Madrid —casi le rogué—, sabes que mucha gente te espera. Y yo te echo tanto de menos…

—No quiero regresar a España, Ketty. Lucho por la libertad y los derechos, y en este momento no hay esperanza.

—Algún día acabará el gobierno del general.

—Entonces quizá regrese. Ahora necesito otro paraíso.

—Hace muchos años, en tu primer viaje por Europa con la niña, me hablaste de un lugar en Italia que te fascinó…

—¡Nápoles! —exclamó—. Mi primer paraíso, lo guardo en la memoria como una joya. Sería hermoso pasar un tiempo allí.

Mis palabras produjeron el efecto deseado. Conscientes de que ella necesitaba un nuevo refugio, un lugar donde escribir y descansar, Carmen y Ramón se establecieron en Nápoles durante una temporada de paz. Apenas pisaron Madrid en su periplo de trenes desde Estoril hasta Nápoles. Las cartas no dejaron de llegar: mi hermana deseaba contarme que se había reencontrado con la ciudad en la que fue feliz con su hija. Quizá por eso eligió la ciudad italiana: el recuerdo de María, aún niña, permanecía todavía en las calles y en el reflejo del mar.

Querida Ketty:

Nápoles me ha devuelto las ilusiones. Hemos encontrado un nuevo hogar frente al mar, en un viejo palacio con dos grandes balcones que miran a un jardín, al golfo y al Vesubio. ¿Qué mejores vistas se pueden tener? Ramón desea que vivamos aquí para siempre. Escribo con las ganas de la juventud y me he embarcado en una novela que recogerá mi experiencia en este maravilloso lugar. Hay una luz especial que no viene del sol, es la luz de Nápoles. ¡Son las nueve menos veinte y parece media tarde! Visitamos monumentos y recorremos las calles observando cada detalle. No hay nada tan pintoresco como un paseo matinal por la vía del puerto, con el trasiego de mercancías y de gentes.

Visité hace días la tumba de Leopardi, el poeta a quien admiro desde que pisé estas tierras, y evoqué a nuestro amigo Rafael Romero. Todavía me pesa el duelo de su muerte. Los poetas son inmortales, su ausencia deja una huella imborrable.

No pierdo la esperanza de que María aparezca, ¡la tengo tan presente en esta ciudad! Si te llega una carta suya, envíame un telegrama rápidamente a Riviera de Chiaia 85. Nada deseo más. Escríbeme tú también a esta dirección, cuéntame qué haces en Madrid, qué tal van tus clases y cómo se encuentran los amigos. ¿Se habrán olvidado de mí?

Aguardo tu caligrafía en el sobre, solo con verla me siento mejor.

Te abraza tu hermana, que te adora,

En la capital no la habían olvidado, sobre todo la gente anónima que me visitaba esperando encontrarla. En cambio, los amigos, aquellos que pugnaban por su favor, que frecuentaban la tertulia con afán de notoriedad, habían desaparecido. Aún quedaban unos pocos fieles compañeros que se acordaban de ella y de mí, y me visitaban de manera desinteresada, solo por el placer de charlar y de saber de Colombine.

El más fiel continuó siendo Rafael. Aquellos años me convertí en su confidente, cuando ya no nos unía nada más que la amistad. En ocasiones le devolvía la visita y acudía a su casa de la calle de la Morería, junto al viaducto, para conversar también con su hermana Pilar, que apenas salía de casa. Era un piso sin alfombras ni estufas, desnudo como una iglesia pobre. Por entonces cayeron en Madrid grandes nevadas en invierno, y debían de pasar un frío atroz. A Pilar le llevaba carne de membrillo, que tanto le gustaba, o pasteles de hojaldre, que devoraba sin pudor. Me decía que no era necesario, pero yo sabía que pasaban apuros económicos. Rafael me lo confesó en una de las visitas:

—Vivimos en una situación de cierta pobreza. Los únicos ingresos que tengo provienen de las traducciones, un trabajo mal pagado que Pilar agiliza haciendo de mecanógrafa. Me siento profundamente fracasado.

—No digas eso —intenté animarlo—. El Gobierno de Francia te ha condecorado por fomentar en España la literatura francesa con tus traducciones y tu labor crítica.

Me lo había contado días antes, en plena euforia. Rafael era así, pasaba del entusiasmo al desánimo en segundos.

—Soy un escritor oscuro y sin éxito —suspiró—. Debo admitirlo de una vez por todas, a pesar de que me gusta rodearme de gente

brillante, como tu hermana o como Concha Espina. Quiere optar al Nobel de Literatura, aunque no comparto su obsesión por conseguirlo. Estoy intentando hacer campaña desde las páginas de *La Libertad*, pero la dirección del periódico no parece muy de acuerdo. ¿Por qué no vienes a la tertulia? Disfrutarás, sabes escuchar mejor que nadie, y allí se habla mucho.

—Me vencería la nostalgia, Rafael. Pensaría en Carmen, en su tertulia, en otros tiempos… Añoro demasiado a mi hermana.

—Siempre estarás a tiempo, si quieres acudir. Te recibirán muy bien. ¡Eres la hermana de Colombine! ¡La hermana perfecta!

—Como la tuya, que te mecanografía los textos…

—No te creas —saltó—. Está enfadada, hay tensión entre ella, que es muy católica, y mis amigos judíos. Además… tengo que contarte algo personal.

—Te escucho.

—Me he enamorado, Ketty —dijo sin mirarme a la cara, como si se avergonzara de sus sentimientos o estuviera confesándome una infidelidad.

—¡Eso es estupendo! Me alegro, vivirás una nueva ilusión —respondí de corazón.

—Voy a cumplir cuarenta y cuatro años, no sé si soy mayor para esto.

—Un hombre nunca es mayor, Rafael. Si embargo yo, a mis cuarenta y tres, soy una vieja solterona desde hace años.

—No digas eso, siempre has sido enigmática y bella. Nunca has querido dejar la soltería. No te has arriesgado a perder, y en el amor sucede demasiadas veces. Rechazaste huir de Madrid con Viladrich…

—¿Cómo lo sabes? —salté, sorprendida.

—El añorado Julio Antonio me lo contó. Era una aventura disparatada para una mujer como tú. Sin embargo, tu hermana…

—Se habría embarcado en esa locura, lo sé. No somos iguales, y

eso nos complementa. Sin el ejemplo de ella, ni siquiera me habría acercado a un pintor diez años más joven que yo.

—Cada uno es como es. Lo mejor de ti es que nos aceptas, nos escuchas y nos comprendes a todos.

—Venga, háblame de esa mujer que te ha conquistado. ¿Cómo se llama?

—Josefina Mejías. Es extremeña y muy discreta, no desea que hable de ella a mucha gente. Pero tú eres especial.

—No dejes de confiar en mí, eres mi mejor amigo —le agradecí.

Rafael siempre lo fue. No habríamos hecho una buena pareja, pero conservamos una estrecha amistad. Quizá sea más conveniente esto último: la amistad verdadera es un tesoro, y el amor me resulta tan enigmático como perecedero. No me dolió su enamoramiento, pues la aparición de Josefina en su vida no supuso ningún cambio, al contrario. Se le veía más alegre, a pesar de que las dificultades económicas persistían, incluso se mostraba dispuesto a probar mis dulces, y hubo de reconocer que le gustaban especialmente mis magdalenas. Por eso procuraba tener siempre, por si se presentaba sin avisar.

80

Quien llegó sin previo aviso fue Miquel Viladrich, y cada vez que aparecía yo percibía en él un cambio mayor. Ya no era el joven que admiraba a Baudelaire, perdido en sus sueños de artista y que malvivía en un estudio destartalado. Casi no lo reconocí cuando nos encontramos en la plaza del Progreso, por donde yo paseaba con Cándida y otras amigas.

—Pensaba pasar a saludarte —mintió.

Esbocé una media sonrisa y nos estrechamos la mano. No conservaba la mirada inocente de entonces, porque ya no era un pintor incomprendido: se había convertido en un triunfador.

—Estoy de paso por Madrid. Vuelvo a Fraga en un par de días.

—¿Y América?

—¡América! —exclamó exultante—. Allí he logrado un éxito inimaginable. El director de la Hispanic Society of America, Archer Huntington, ha comprado casi todas mis obras para su museo.

Me fijé en su ropa, no vestía como un bohemio, sino como un hombre rico. Lucía un reloj de oro que extrajo del bolsillo con la clara intención de mostrarlo.

—Regreso a Fraga a seguir creando. Estoy convencido de que voy a pasar a la historia del arte junto a los grandes pintores. El rey Alfonso XIII me ha encargado un retrato, y haré un gran retablo para el ayuntamiento de Barcelona.

—Me alegro por ti. Es lo que siempre habías soñado —le dije con sinceridad.

—No me he separado del libro que me regalaste —confesó—.

Fígaro, la biografía de Larra, sigue conmigo. Como el recuerdo de los tiempos difíciles que tú llenaste de luz.

Me enterneció. Un resquicio del joven que fue permanecía dentro del envoltorio, igual que yo conservaba un eco lejano de sus caricias abstractas y del cariño que compartimos. Resultaba evidente que Miquel ya no creía que el arte fuese fruto del dolor y la desesperación: era dichoso y seguía pintando.

—¿Y tú, Ketty? ¿Eres feliz?

La pregunta me sorprendió porque nunca pensaba en ello. Había sido feliz durante muchos años y no lo sabía. En ese momento sentía que algo me faltaba, y no era el amor de Viladrich, sino la presencia de mi hermana y mi sobrina. Respondí con una sonrisa enigmática, como en el retrato que me hizo tantos años antes.

Miquel y yo nos despedimos como si fuésemos a vernos al día siguiente. Han pasado demasiados años desde que nos amamos, pero aún recuerdo su mirada aquella lejana tarde en la plaza del Progreso y sus labios, que probé en un miserable estudio, cuando la vida todavía era una promesa.

El regreso de Carmen a Madrid provocó una tempestad. Ramón y ella tuvieron que abandonar su paraíso de Nápoles, de nuevo por apuros económicos, pues los libros y artículos no daban para vivir en la ciudad italiana; les quedaban pocos recursos y varias novelas por publicar. La encontré desmejorada, como si la decepción le hubiese sumado años, y un tanto desganada, algo nada habitual en ella.

De nuevo, cambiamos de casa. Lamenté abandonar el hogar de Luchana, donde se quedaron hermosos recuerdos y la gran mesa de la cocina que aún añoro. En el nuevo domicilio, situado en la calle de Nicasio Gallego, muy cerca del anterior, no había espacio suficiente. Era un edificio señorial, aunque nuestro piso, en el

entresuelo, era el más humilde. El corazón de Carmen, que flaqueaba, no le permitía subir escaleras.

—Quizá aquí no me encuentren —reconoció tras la mudanza—. Ya no estoy para recibir a nadie, deseo que me dejen escribir en paz.

—A Luchana llegaba gente desconocida preguntando por ti casi todos los días —le conté.

—Por eso teníamos que irnos —suspiró—. Hay que preparar la alcoba para cuando regrese María, y mantener la dirección de Luchana por si ella nos escribe allí.

El trabajo le devolvió la actividad e incluso la juventud, pues se volcó en las reivindicaciones en favor de las mujeres. En los peores momentos de su vida, la escritura la salvó y el compromiso social la resucitó, pues le permitía evadirse de su propia derrota, de la realidad incómoda, de los latidos cansados de su débil corazón.

La campaña contra el artículo del código penal que dejaba indefensas a las mujeres la mantuvo ocupada. Carmen la había iniciado años antes, pero, en 1927, la prensa, los intelectuales y algunos políticos se unieron a la lucha. Como altavoz de la Cruzada de Mujeres Españolas, mi hermana entregó un manifiesto en el Congreso que pedía la igualdad de ambos sexos en el código penal. Se necesitaba que la libertad conquistada en las costumbres estuviese garantizada por las leyes. El artículo 438 eximía de castigo al marido si asesinaba a la mujer al sorprenderla en adulterio, algo terrible e injusto. Su compromiso con los derechos femeninos fue total. Ese mismo año escribió una novela titulada *El artículo 438* que no dejaba lugar a dudas.

Atesoré con orgullo de hermana *La mujer moderna y sus derechos*, el texto donde fijó de modo definitivo el verdadero concepto de feminismo que designa la causa de la liberación de las mujeres. Pocas doctrinas han sido tan combatidas y tan mal comprendidas. Se llegó a presentar el feminismo como algo terrible, capaz de

disolver la sociedad. Una de las mayores dificultades que encontró fue la oposición de las mujeres. Carmen afirmaba que, acostumbradas a la esclavitud, se asustaban de la libertad, a la que iba unida la idea de responsabilidad. Y otras no se daban cuenta, en medio de su ignorancia e inconsciencia, de lo importante que era verse libres de los males que las afligían.

—Con las mujeres se repite el fenómeno que ocurrió al liberar a los esclavos y siervos —la escuché decir en más de una ocasión—: se oponían a su emancipación, movidos por el sentimiento de miedo a la libertad que una larga esclavitud había impreso en ellos.

Las ideas se grabaron en mi mente, y la palabra «libertad» se convirtió en mi favorita. Libertad, ¿cuántas mujeres han podido disfrutar de ella? Por aquel tiempo, me parecía que solo unas pocas. En los años de la felicidad, cuando Madrid era una fiesta, conocí a más de una. Aunque todavía eran una especie rara, existían, se mostraban, reclamaban su espacio en la sociedad. Yo era una de ellas, me sentía orgullosa de haber perdido el miedo a la libertad y, más aún, de que mi hermana abanderase la causa feminista que salvaría a las demás. Creía que el siglo XX proclamaría los derechos de mujer, no lo dudaba.

La mejor noticia en muchos años me la dio mi hermana en septiembre de 1927. Entró como un torbellino en casa y me anunció, exultante, que había aparecido su hija. Sentí una inmensa felicidad, casi habíamos perdido la esperanza de localizarla.

—Está en Chile, me ha telegrafiado —dijo con la emoción a flor de piel—. Ha llegado hasta allí con la compañía teatral de Caralt. No soporto seguir lejos de ella, me voy en su busca.

—¡Hasta Chile!

—Como si tengo que atravesar el océano a nado o recorrer medio mundo. Necesito verla, abrazarla y comprobar que está bien.

—¡La costa de Chile ni siquiera está en el Atlántico! —precisé—. Tendrás que atravesar el océano y el continente para llegar hasta ella.

—Será más de un mes de navegación, pero no me importa. Solo quiero…

—Ver a María, lo sé. Pero ten en cuenta tu salud, quizá tu corazón…

—Mi corazón se muere sin ella, Ketty —se lamentó—. Te prometo que volveré y, si puedo, me la traeré de vuelta a España.

—¡Ay, Carmen! ¡Qué disgustos me dais las dos!

No se echó atrás. En octubre embarcó en el buque Orduña rumbo a América. Temí por ella, por su delicada salud, pues era un trayecto complicado, largo y agotador, pero la viajera incasable venció todas las dificultades. Los telegramas me iban llegando desde lugares remotos y servían para tranquilizar mi inquietud. Salté de felicidad cuando leí el más esperado:

> En Santiago con María. Está bien.

Nunca tan pocas palabras me alegraron tanto.

81

Pasaron muchos meses hasta que volvimos a vernos, nada menos que siete, una eternidad. ¡Con cuánto detalle me narró el periplo a su vuelta! Me la imaginaba atenta a todo lo que la rodeaba, para convertirlo después en una novela o en artículos de prensa. Se compró unos binoculares de la marca Zeiss para observar la costa desde el barco y disfrutar de cada detalle del paisaje.

—Atravesamos el canal de Panamá —me contó a su regreso, en mayo del año siguiente—, una maravilla de la ingeniería que permite llegar al Pacífico sin dar la vuelta al continente. Es como decir «ábrete, Sésamo» y las compuertas se mueven para dar paso a los buques. Es un engranaje prodigioso que se inauguró la década pasada. ¡Un mes tardamos en llegar al puerto del Callao! Menos mal que apenas me mareé.

—Uf, para mí habría sido terrible un viaje tan largo.

—Por eso no te pedí que me acompañaras. Sabía que una travesía semejante te resultaría desagradable…

—Lo habría hecho por ti —salté—, para cuidarte.

—Te eché de menos en el viaje hacia Bolivia, pues me afectó el mal de altura. Por suerte, el tren llevaba enfermería para asistir a los corazones débiles como el mío. Sentí un gran mareo, me faltaba el aliento. Se me aceleró la circulación de la sangre y hasta la del pensamiento. Parecía que la montaña me iba a volver loca.

—Yo me habría mareado más aún —reconocí—. Eres muy valiente.

—Cuando llegamos a La Paz, no me lo podía creer. ¡Es una

ciudad a cuatro mil metros de altitud! Parece un nido de pájaros gigantesco. Seguí mi viaje en tren, desde el altiplano boliviano hasta Chile, en una locomotora de fabricación alemana. ¡Un prodigio de la modernidad capaz de remontar el tramo más difícil del recorrido, entre Central y Puquios! Entré en Chile por la ciudad de Arica. Fue un alivio llegar a la estación, un elegante edificio de corte neoclásico donde nos recibió una banda de música.

—¿Sabían que llegabas en ese tren?

—Lo hacen siempre para despedir a todos los que se aventuran a viajar por tales montañas. No deja de tener gracia.

—¿Tomaste otro tren desde allí?

—No era posible, no había más trayecto que ese, y yo tenía prisa por llegar junto a mi hija. Así que continué en barco, de nuevo, hacia Valparaíso. María cada vez estaba más cerca, y yo me moría de impaciencia. Cuando desembarqué, tuve un cálido e inesperado recibimiento: un grupo de intelectuales y periodistas me dieron la bienvenida y se celebró una fiesta en mi honor en el Ateneo.

—¡Hasta allá, tan lejos, te conocen! —exclamé, entusiasmada—. Eres la mujer más famosa de este país.

—Es posible, pero ¿qué es la fama? Solo un destello fugaz. ¿Alguien se acordará de mí dentro de cien años?

—¡No lo dudes! Y si no es así, yo me encargaré de ello —afirmé —. Te lo prometo.

—¿Piensas vivir dentro de cien años? —rio.

—Si hace falta… Cuéntame cómo encontraste a María.

—Desde Valparaíso, quedaban pocos kilómetros hasta Santiago, donde ella me esperaba.

Se detuvo y jadeó, como si su enorme corazón se ensanchara más aún al recordar a su hija.

—Tuvo que ser un reencuentro emocionante —dije.

—La abracé hasta sentirla parte de mi cuerpo, y el llanto nos impedía hablar. Fueron unos meses de intimidad en los que fui

plenamente feliz, después de mucho tiempo.

—¿Cómo está?

—Muy guapa, es una mujer plena, y muy cariñosa conmigo. Aunque la vi fumar y beber demasiado. Me decía que formaba parte de su profesión, que los artistas son así, pero no me convence. Y no la veo bien con su marido; Guillermo sigue siendo un vividor. Sería mejor que volviese a España con nosotras. Intenté convencerla, pero no lo logré, aunque me prometió que regresaría lo antes posible.

—Las promesas de María…

—No seas agorera, estoy convencida de que la tendremos aquí enseguida.

—Dios te oiga —suspiré.

—Lo más emocionante ocurrió el 27 de diciembre. En el teatro Santiago, la compañía de mi hija estrenó la obra *Mi pobre muñeca*, que María escribió hace años y me dedicó. Fue maravilloso verla actuar en el papel protagonista. Todo se hizo en mi honor, y no pude reprimir las lágrimas durante la representación.

—Seguro que en Santiago también causaste sensación.

—Se volcaron en agasajarme, Ketty. Desde el presidente, Carlos Ibáñez, el embajador de España y el rector de universidad, hasta el Círculo Español y el Centro Femenino. En todas partes me presentaron con elogiosos discursos. Incluso visité el observatorio astronómico y vi la constelación de Orión. ¡Fascinante!

—¡Menudo viaje!

—El regreso también fue largo y agotador. Además, me alejaba de mi hija, y dolía la separación. Llegué a Canarias exhausta. Ni siquiera pude visitar a Rita, la viuda de Rafel Romero. Solo quería tumbarme en la cama y ver a Ramón.

—Por eso te fuiste a Estoril con él, sin pasar por Madrid. ¡Con las ganas que tenía de verte y abrazarte! —le reproché—. Se me ha hecho larguísimo todo este tiempo. No imaginas cuánto te he echado de menos.

—¿Y tú? ¿Qué has hecho, aparte de dar clases y cocinar? Seguro que has visto a tus fieles amigos. ¿Cómo está Rafael?

—Está más contento este año. Últimamente andaba desanimado y en mala situación, pues apenas ganaba un duro. Hasta se ha aficionado a mis magdalenas.

—¡Qué milagro, el inapetente Rafael! No hay quien se resista a tus dulces.

—Me contó hace meses que habían recibido una herencia inesperada, aunque aún no podían cobrarla. Y ha empezado a traducir a Dostoievski. El encargo le llevará mucho tiempo, pero supone unos ingresos seguros. Está alejado del mundo literario, se dedica solo a su tarea de crítico en *La Libertad* y a la traducción de la obra completa del novelista ruso. Los domingos por la noche va al café Colonial, junto a la Puerta del Sol.

—¿Y tú le acompañas?

—No me gustan esos locales llenos de hombres y humo… Me he hecho mayor, Carmen. Prefiero la tranquilidad del hogar, las visitas a las amigas, la radio, la lectura y el teatro. Poco después de tu partida, en octubre, asistí al estreno de *Mariana Pineda*, del joven Federico García Lorca, por la compañía de Margarita Xirgu. Te habría gustado, la heroína me recordó a ti: luchadora por la libertad, la igualdad y la ley, y fuerte, a pesar de las traiciones.

—Tendré que leerla, ese joven tiene mucho futuro. Es un gran poeta.

—Fui con Cándida y Antonia, que se han aficionado al teatro y no se pierden una representación.

—¿Cómo está el marqués? Hace tiempo que no sé nada de él.

—Se queja de que no le escribes, dice que adora tus cartas. Cada vez ve menos y se refugia en su casa.

—¡Con lo que le ha gustado siempre la juerga y escaparse por los bajos fondos!

—Eso se acabó, ya no está para tantos trotes. Sobre todo, tras el

disgusto que le dio Luisito Pomés cuando lo abandonó después de robarle.

—Pobre hombre. ¡Cuánto sufre por ser diferente y no negarlo!

—Cándida dice que está arruinado —le conté—. Su madre, al morir, lo dejó malparado en el testamento. Vamos, que lo desheredó en favor de su hermano mayor, que es el verdadero marqués de De Hoyos. Ella y Antonia están buscando otro trabajo, Antonio no podrá mantenerlas.

—¡Qué tiempos, Ketty! —suspiró—. Blasco Ibáñez, mi querido Blasco, murió mientras yo estaba en Chile, y no tuve un minuto para escribirle una necrológica… Estaba ocupada gozando de la compañía de mi hija. Lo haré ahora: fue fundamental en mi vida, un hombre generoso que me ayudó a publicar, a ser quien soy. Le debo tanto…

—¡Cuántos amigos se van marchando! —suspiré.

—Y yo los acompañaré cualquier día de estos —gimió.

—¡No digas eso! —salté—. Eres fuerte, a pesar de tu corazón. Y yo te voy a cuidar, si te dejas.

—Es lo único que deseo ahora —reconoció con voz triste.

82

Me dediqué a mi hermana en cuerpo y alma. Había regresado por enésima vez, pero en esa ocasión se mostraba más débil que nunca. Ni siquiera escribía con el mismo entusiasmo de antes, ya no se quedaba por las noches desvelada por la ficción ni me hacía trascribir hojas y hojas en la máquina nueva que adquirió nada más trasladarnos al piso de la calle Nicasio Gallego.

Ese año publicó una única novela, *Se quedó sin ella*, una historia de desamor ambientada en Chile, de donde acababa de regresar. El argumento me preocupó: había cierto paralelismo entre la pareja de enamorados y su relación con Ramón. El protagonista es abandonado por su mujer cuando ella logra el éxito en el cine, y pensé que mi hermana se sentía igual que su personaje. Ramón ya no estaba tan presente, mis amigas nos visitaban más que él.

Un día no me pude resistir y pregunté:

—¿Y Ramón? Hace tiempo que no lo vemos.

No respondió enseguida. Se detuvo a pensar, a suspirar o a recomponer las fuerzas suficientes como para hablar de él.

—Últimamente viaja bastante al extranjero —dijo al fin, con voz apagada—. Está teniendo mucho éxito, es lo que deseaba. Y yo me siento cada vez más sola —confesó—. Ahora prefiere viajar sin mí. Ha alquilado un estudio en la calle Velázquez. Lo llama El Torreón; allí ha colocado sus cachivaches y ha puesto en las paredes un estampario de fotos y recortes de periódicos que hablan de él. Los diarios españoles se hacen eco de los éxitos de Ramón tras los Pirineos, y él se enorgullece. Hasta tiene un maniquí de cera con

forma de mujer, al que adorna y viste. Quiere mostrarse extravagante.

—Su novela *El torero caracho* no me ha gustado demasiado, no quise decírtelo.

—A mí, tampoco; pero sus libros comienzan a traducirse a otros idiomas. Ahora va por toda España dando conferencias. En algunas provoca fallos eléctricos, para dar la conferencia con una vela y, al volver la luz, se la come. ¡Está hecha de confitura! En estos viajes elabora más greguerías. A Ramón, en cuanto abre la boca, se le cae una greguería. Las ha convertido en un género literario.

Me preocuparon sus palabras y, ante la ausencia de Ramón, procuré que las visitas de mis amigas fuesen más constantes. Pasábamos las tardes escuchando la radio, el último invento de una modernidad que nos avasallaba. Violeta me animó a comprar el aparato, y confieso que se volvió imprescindible en mi vida.

—Ves lo que te conté… —me decía—. La telefonía y las comunicaciones no tienen freno. Llegará un momento en que se podrán trasmitir no solo sonidos, sino también imágenes a distancia, y será pronto.

No la creía, pero ella sabía más que yo, y sus presagios se cumplieron antes de lo imaginable.

Mientras Carmen trabajaba, escuchábamos los diarios hablados de Unión Radio, programas musicales, adaptaciones de obras clásicas de teatro e incluso los partidos de fútbol que transmitían de vez en cuando, aunque nunca me gustó demasiado ese deporte, cada vez más de moda. Disfruté junto a Violeta de un serial radiofónico, *Las aventuras de un parisién en Madrid*, que nos divertía mucho.

—Bajad el volumen, por Dios —nos gritaba en ocasiones mi hermana, hasta que se cansaba de oírnos de lejos y acababa sentándose con nosotras al calor de la radio.

—En cualquier momento, te llamarán para hacer un programa —

le decía Violeta—. La radio es el mejor medio para trasmitir las ideas y que lleguen a toda la gente. Las mujeres lo necesitamos más que nadie. El feminismo se puede difundir por las ondas, ¡la de señoritas que se pasarán horas delante del aparato! Tienen que escucharnos.

—Es pronto para que nos dejen —se lamentó Carmen—. Aunque confío en que ese día llegará, cuando tengamos una democracia auténtica y no estos gobiernos rancios y dictadores.

—Sí, la censura es implacable —reconoció Violeta—. ¿Qué estabas escribiendo, que te hemos interrumpido?

—Nada nuevo. Recopilo entrevistas que he ido haciendo a familiares de escritores y personalidades ya desaparecidas. Las voy a publicar en un volumen titulado *Hablando con los descendientes*. Me fascina el progreso de la sociedad moderna, pero veo necesario que toda esta novedad no se separe de la virtud, la nobleza y la justicia. Por eso quiero hablar en el libro de tantos hombres ilustres que han marcado el camino.

—Entonces, tu capítulo favorito será el dedicado a Riego —intervine. Días antes la había ayudado a mecanografiarlo.

—Sin duda. La figura de Riego es una de las que más ha exaltado la fantasía juvenil de los que hemos tenido la suerte de vivir en un hogar de gentes honradas y amantes de la libertad —aseguró—. Su descendiente es un abogado que lleva con orgullo su ilustre nombre. Don Rafel está obsesionado por la atroz injusticia que se cometió; nunca se ha valorado la importancia de este hombre que luchó por los derechos y las libertades de todos los españoles. ¡Y acabó en la horca! Hablando con su sobrino, me di cuenta del milagro de amor que mantiene vivas las grandes figuras de la historia. Ha atesorado, con veneración, objetos y documentos de Riego. Me enseñó el fajín del general, la espada que le regalaron las Cortes, su retrato y el de su esposa…

—Es hermoso que alguien guarde así la memoria de sus

antepasados —comentó Violeta.

Una cierta paz se instaló en casa: Carmen escribía sin urgencias, disfrutábamos conversando con las amigas, escuchábamos la radio y puntualmente llegaban noticias de María.

Sin embargo, en el domicilio de Antonio de Hoyos, los problemas crecían.

—El marqués anda cada vez peor de dinero —me dijo Cándida, preocupada—. Ha tenido que hipotecar la casa e incluso vender sus libros.

—A nosotras nos deja en una situación comprometida —se lamentó Antonia—. Tendremos que buscar trabajo fuera.

—Nos ha hablado de una amiga suya de Perpiñán que tiene un restaurante. Podría admitirme como cocinera y a ella, de contable —me contó Cándida—. He sido buena alumna, ya lo sabes. He aprendido todas las recetas que me has enseñado, aunque no soy tan excelente cocinera como tú.

—¿Os vais a ir a Francia? —pregunté—. Es otro mundo, ese país.

—Seguro que más avanzado que este —saltó Antonia—. Quizá allí no nos miren mal si nos ven siempre juntas. Hemos ahorrado dinero para el viaje. El problema principal es que no sabemos el idioma.

—Queremos marcharnos —reconoció Cándida—. Tras huir sin nada de Almería, esto nos parece una pequeña aventura. Necesitamos un favor… —dudó—. Tú hablas francés, ¿verdad? ¿Podrías enseñarnos lo suficiente como para llegar hasta allí y defendernos al principio? Luego, lo aprenderemos con la práctica.

—No lo domino a la perfección, pero contad conmigo. Y con alguna clase de cocina más. Tendréis que saber cómo se prepara una mesa y cómo se sirven los platos.

—¡Excelente! —saltó Antonia—. Nos tendrás aquí cada tarde.

Estoy deseando aprender y marcharme de este país que desprecia a los que somos diferentes.

—No creas que en Francia será todo perfecto —le advertí—, aunque los cambios nunca vienen mal.

—Eso le digo a Cándida —afirmó Antonia, que parecía más decidida y entusiasmada con la aventura.

—Entonces, empezamos hoy mismo. *Bon jour*. ¡Venga, repetidlo!

Las tardes se llenaron de risas, palabras desconocidas y toques de cocina francesa. Mi hermana se unió a la fiesta. Durante esos meses, parecía que su oficio le interesaba poco. Llegó un momento en que dejó de escribir relatos, solo publicó algunos artículos relacionados con el viaje a América, del que había pasado más de un año. Entonces me preocupé, demasiado tiempo sin crear. No era normal que ella, artista voraz, pasara las tardes hablando en francés con nosotras y enseñando recetas de cocina a mis amigas.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté una noche que compartíamos una cena frugal.

Recuerdo que Carmen le había enseñado a Cándida a cocinar un plato francés, pollo a la *bourgeois*, y estábamos comiendo los restos del banquete. Mis amigas se lo habían llevado casi todo para alimentar al marqués, cada vez más necesitado.

—No lo sé, Ketty —suspiró—. Noto un cansancio extremo. Es el corazón, que me reclama calma. Además, he llegado a una edad en la que se van perdiendo las ilusiones.

—Nunca pensé que te oiría decir algo así.

—Tengo una triste experiencia del mundo: guerras, derrotas, soledad, desprecio, injusticia, dictadura…

—Tú no eres pesimista, no te reconozco.

—¿Tendrá sentido lo que hago? Tanto esfuerzo, tanto trabajo…

—Si vuelve María, será distinto —aseguré—. La echas de menos,

eso es lo que te ocurre. Y Ramón, que siempre está ocupado…

—¡Ay, Ramón! —se quejó—. La fama lo está trastornando, como les ocurre a muchos hombres. Era un chiquillo sin rumbo y ahora se ha convertido en un hombre egocéntrico.

Me sorprendió que hablara así de su amante. Nunca lo criticaba, y aquella afirmación me hizo pensar que algo no funcionaba entre ellos. Quizá el amor tiene fecha de caducidad, no es eterno, como dicen los poetas; es solo un espejismo, igual que la felicidad y tantas otras cosas fugaces en la vida.

83

Cándida y Antonia aprendieron nociones de francés y a cocinar deliciosas recetas en la cocina de la calle Nicasio Gallego. Sobre todo, la primera, que se convirtió en mi alumna más aventajada. El deseo de ganarse un puesto en el restaurante de Perpiñán las animaba. Igual que se embarcaron en una aventura para huir de Almería y las imposiciones familiares, confiaban en que el nuevo cambio resultara tan exitoso como el emprendido años antes en la capital.

Una de aquellas tardes de fogones y palabras en francés, Cándida llegó inquieta y con la emoción a flor de piel:

—De Hoyos ha escrito a su amiga de Perpiñán. Se llama Julia, y parece dispuesta a aceptarnos —nos contó a Carmen y a mí.

Me alegré por ellas. En ese instante, no podía ni imaginar lo importante que sería para mí. El destino nos ata a las personas de manera imprevista, y el mío resultaría unido al de mis amigas almerienses de una manera que jamás habría pensado.

—No se llama Julia —precisó Antonia, que aprendió mejor el idioma en aquellas sesiones vespertinas—. Es Julie —pronunció con buen acento.

—Da igual. Lo cierto es que hay muchas posibilidades de que nos vayamos. Ojalá, fuera de este país, nos vaya tan bien como a Tórtola Valencia. ¿La recuerdas?

—¡Por supuesto! —respondí.

—La entrevisté hace unos años, cuando estaba en Madrid —intervino mi hermana.

—Se ha hecho famosísima en toda América —dijo Cándida—. Incluso en Nueva York. El marqués recibió ayer una carta de ella y nos lo contó. Su debut en el Century Theatre fue un clamoroso éxito. Después siguieron los de Brasil, Chile, Perú, Uruguay, México, Guatemala, El Salvador, Panamá y la República Dominicana.

—Aquí ya era una celebridad —precisó Carmen—. Todos los pintores la querían retratar. La empresa de colonias Myrurgia la escogió para ser la imagen de su perfume Maja. Su rostro está por todas partes.

—Ha llevado una vida muy desordenada, lo sabéis—intervino Antonia—. Le ha contado al marqués que ahora prefiere disfrutar de una vida más tranquila…

Se detuvo, como si lo que fuese a revelar no resultara apropiado. Miró a mi hermana. Quizá si no se hubiera encontrado allí en ese momento habría hablado en confianza.

—Podemos contarlo, Carmen lo comprende todo —le dijo Cándida—. A Tórtola le ha pasado algo extraordinario. En Sudamérica, ha conocido a una joven catalana, creo recordar que se llama Ángeles Magret. Y se han enamorado.

En ese instante miró a Antonia, y reconocí el afecto más profundo en sus ojos. No había nada sucio ni reprobable, nada que debieran ocultar aquellas dos mujeres.

—Viven juntas —añadió Antonia, sin dejar de mirar a Cándida—. Y Tórtola asegura que Ángeles es su hija, para evitar problemas.

—¡Qué afortunadas son! —suspiró mi amiga.

—Espero que en Francia seáis más felices que aquí —dijo Carmen —. Hasta que no alcancemos la democracia plena, este país no avanzará. ¡Si llegara la república…!

Un par de meses después, en la primavera de 1928, la decisión estaba tomada: Cándida y Antonia emprendieron rumbo a Francia.

Nos despedimos con alegría y tristeza al mismo tiempo. Me prometieron que me escribirían, y les aseguré que respondería para contarles mi vida, aunque fuese aburrida. Envié las cartas a dirección del restaurante de madame Dupont, en la rue du Théâtre 23, hasta aprenderme las señas de memoria. Enseguida me enteré de que llegaron a su destino y de que Julie las había acogido con afecto y comprensión. Pensé que jamás volvería a verlas y las imaginaba cocinando recetas castizas para los clientes de Chez Dupont. Las cartas que recibí olían a canela y llevaban impreso su enorme agradecimiento.

Las visitas de Rafael, al igual que las de Ramón, se volvieron más esporádicas. La relación de la pareja, que años antes parecía sólida, se había convertido en costumbre, y las ausencias de él eran cada vez mayores. Carmen no se quejaba, creía que era pasajero, que cuando Ramón se habituara a los halagos de la fama, regresaría para siempre y volvería a ser como en los buenos tiempos de Estoril y Nápoles.

Por su parte, mi amigo continuaba visitando con asiduidad la tertulia de Concha Espina, a la que me resistí a acudir, y su novia Josefina le requería a su lado, a pesar de la animadversión que le causaba a Pilar, la hermana de Rafael.

Una tarde de junio llegó dispuesto a sacarnos de casa. Había quedado con un grupo de amigos para cenar en el Mesón del Segoviano, en los aledaños del viaducto, por donde él vivía.

—Venid —nos pidió—. Será divertido. Acudirán unas amigas con Ruano, Sánchez Rojas…

—Estoy cansada, Rafael —se disculpó mi hermana—. Id vosotros. Ketty pasa demasiado tiempo encerrada conmigo.

—Lo pasaremos bien —insistió—. Nunca ha habido tanta libertad de costumbres, a pesar de que estamos en una dictadura. Primo de

Rivera no es un hombre austero, quiere ser popular. Esta dictadura tiene una superficie brillante y alegre.

—¡No te engañes, Rafael! —saltó Carmen—. Es siniestra, como todas. No hemos avanzado en derechos, y las mujeres…

—Las mujeres se han cortado las largas cabelleras, se han subido las faldas hasta por encima de las rodillas y nos han recordado que tienen piernas.

—¿Y qué? ¡Claro que tenemos piernas! —exclamó indignada—. Pero no podemos ser lo que nos dé la gana: ni gozamos de derechos ni se nos considera.

—Quizá tengas razón, pero voy a seguir esas modas y me rasuraré el bigote. Muchos ya se están desprendiendo de las barbas formidables que trataban de imponer respeto y de confirmar su virilidad.

—Si con eso os convirtierais en hombres justos y avanzados, yo misma iría por la calle cortando barbas —bromeó mi hermana.

Reímos los tres, aunque, por más que insistimos, no logramos que Carmen nos acompañara. Me confesó que esperaba la visita de Ramón, y que prefería quedarse en casa y no dar pie a que él quisiera unirse a la fiesta.

El Mesón del Segoviano se encontraba en la Cava Baja. Según me contó Rafael, en él se celebraban banquetes literarios en honor a escritores ilustres. Yo pensaba que la inventora de tales eventos había sido mi hermana, con la tan nombrada comida en homenaje a Larra de 1909.

El propietario era un hombre rechoncho, amable y servicial que nos atendió enseguida. Rafael saludó con efusividad a Ruano y Sánchez Rojas, que se encontraba bien acompañado por una hermosa muchacha.

—Es la hija de Santiago, el mesonero —me explicó después Rafael—. La eligieron reina de la belleza en las fiestas de la Paloma gracias a las influencias periodísticas de Sánchez Rojas. Por eso el

Segoviano, agradecido, le invita a comer, y él corresponde alabando sus cochinillos y trayendo aquí a sus amigos cuando viene de Salamanca.

—Este local tiene ya más importancia literaria que la cripta de Pombo —aseguró el periodista, convencido—, tanto por los escritores que lo frecuentan como por las magníficas pinturas que lo decoran.

Las paredes y los techos estaban pintados con escenas de un realismo bárbaro, donde se podían reconocer los rostros de los parroquianos, sus trajes y ademanes. En los frescos dominaban los colores ocres, rojos y negros. Tanta decoración daba una impresión extraña, como de estar rodeado de gente inmóvil que te observaba mientras comías.

—¡Bah, no es para tanto! —me dijo Rafael—. El autor de las pinturas es ese viejecito que ves ahí. Se llama Arturo Ortiz-Alguacil, un artista arbitrario y absurdo, pero tiene un raro interés turbador.

Nos acercamos al hombrecillo, flaco y arrugado, que vestía un guardapolvos demasiado largo y contemplaba su obra con ingenuo orgullo. Las figuras pretendían ser goyescas y, las que se encontraban en la fachada, hacían detenerse a los paseantes, asombrados.

—Esto es genial, Arturito —saltó con sorna Ruano—. ¡Superior a Solana y Zuloaga!

—¡Y solo mío! —respondió el anciano—. No copio a nadie. He viajado por todo el mundo, he sido discípulo de Antonio Muñoz Degrain, y llegué a estar pensionado en Roma.

—¡Eres muy grande Arturito, más que Romero de Torres! —le aduló, burlón, otro de los presentes.

Me enterneció la egolatría del viejo ante las bromas descaradas de los jóvenes, y tiré del brazo de Rafael para alejarme de aquella chanza innoble.

—Es un pobre hombre —me dijo—. Todo debió de torcerse en

algún momento de su vida, y ha tenido que aceptar la hospitalidad del Segoviano a cambio de su arte para mantenerse. Vive gratis en el mesón desde hace más de siete años.

Observé las pinturas. No eran obras maestras, pero tenían su gracia: «La Navidad en Segovia», «La lujuria y la miseria»… La más curiosa se titulaba «Un admirador inesperado» y, según me contó Rafael, reflejaba al asustado artista subido a un árbol mientras un toro contemplaba su cuadro. Por lo visto, retrataba un hecho real acaecido en Sevilla.

Tras la copiosa cena, regada con más vino del que estaba acostumbrada, salimos a la calle, donde se concentraba una muchedumbre ruidosa y abigarrada. Había verbena, y la Cava Baja lucía decorada con cadenetas de papel multicolor y farolillos japoneses. Había mujeres con mantón de Manila, juerguistas castizos, niños vendiendo barquillos y el organillero girando la manivela para extraer el sonido chispeante del viejo instrumento.

—¿Bailamos? —me propuso Rafael.

—¿Qué dirá tu novia, si se entera? —respondí con otra pregunta.

—No se va a enterar, te lo aseguro —dijo al tiempo que me agarraba por la cintura y me hacía girar sobre los pies.

La música, ese ambiente tan castizo, el calor de la noche veraniega y el vino me embriagaban. Sentí un leve mareo y una alegría casi irreal. Madrid era la ciudad perfecta en el mejor momento, y yo estaba allí, rodeada de escritores y gente del pueblo, y en brazos del hombre que una vez amé y que sería para siempre mi mejor amigo. Quise detener el tiempo, como en tantas otras ocasiones. En ese momento, la vida era bella, como jamás volvería serlo.

Me gustaría regresar a esa noche de verano, a esa verbena, y bailar de nuevo con Rafael hasta caer exhausta. Escucho la música del

organillo en mi cabeza y me dejo llevar, adonde sea, lejos de aquí. El recuerdo de esa noche me ayuda a dormir, cuando lo evoco.

84

Era diciembre cuando mi hermana me anunció el regreso de María. Había recibido un telegrama confirmando su llegada en una fecha imprecisa; tampoco aclaraba de qué puerto saldría ni a cuál arribaría su barco. La llama del amor por su hija encendió sus ganas de vivir, pero también la alteró; temí que el corazón se le saliera por la boca durante la espera, que se hizo eterna.

Entretanto, María no escribió. Desconocíamos los motivos de su vuelta a España, y mi intuición me decía que solo el fracaso la traería a casa, pues mi sobrina siempre quiso volar lejos, buscar el éxito y el aplauso del que gozaba su madre, pero a kilómetros de ella. Si abandonaba América por el hogar materno, solo se debía a una derrota.

Ya era febrero de 1929 cuando supimos que el barco la había dejado en La Coruña, y que en breve se reuniría con nosotras. Carmen no durmió desde ese momento, a la espera de abrazar a su hija. Los días parecían años; las horas, semanas.

Hacía frío aquella mañana de invierno en Madrid. Habían caído algunos copos, y las fuentes se había congelado. Casi no reconocí a mi sobrina: venía aterida y temblando, como un pajarillo moribundo. La delgadez extrema había convertido su cuerpo en un saco de huesos y las profundas ojeras delataban insomnio y mala vida.

—Mamá —musitó, y cayó en los brazos de Carmen como si, tras atravesar el infierno, llegara por fin, al único lugar seguro.

Mi hermana se deshizo en caricias hacia su hija, palabras de

consuelo y llanto. Esperaba a una mujer plena, triunfadora y satisfecha, pero el tiempo le había devuelto una sombra descolorida.

Nos contó que se había separado de Guillermo, que la había abandonado por otra mujer, y que hacía meses que no sabía nada de él. No había alcanzado prestigio como actriz, y su carrera cinematográfica no prosperaba.

Pasó varios días dormitando de puro agotamiento, y yo procuré prepararle sus comidas favoritas para que se recuperase pronto, mientras su madre no se separaba de ella y suspiraba al verla así.

A base de guisos y cariño, mi sobrina fue levantando cabeza. Me pedía que le preparase una sopa blanca para niños, como si aún tuviera cinco años. En esos instantes, veía en su mirada a la pequeña que fue, siempre pegada a mis faldas.

—Soy una fracasada, Ketty —me dijo llorosa cuando salió del letargo.

—No digas eso, aún eres joven. Aquí puedes reiniciar tu vida. A nosotras nos tendrás siempre.

—No deseo ser, de nuevo, la sombra oscura de mi madre —confesó—. A su lado no soy nada, solo una insignificante actriz mediocre.

—Ella te necesita, ha sufrido mucho lejos de ti. Está más apagada que nunca, los años le van pesando.

—Lo dudo, seguirá brillando hasta el final.

Del aturdimiento, María pasó a una excesiva agitación: se movía por la casa como un león enjaulado y salía a horas intempestivas sin dar explicaciones a su madre, para volver hecha un guiñapo, como si un carro le hubiera pasado por encima. Regresaron las discusiones, cada vez más agrias, a pesar de que mi hermana se mostraba conciliadora.

—¿Me vas a prohibir que salga, a mi edad? —le espetaba María, retadora, antes de marcharse.

Carmen se quedaba consternada, en vela, sentada en el sillón sin moverse, incapaz siquiera de llorar.

—¿Me prepararías un cóctel Colombine, por favor? —me pidió una de esas noches de insomnio—. El médico me ha desaconsejado el alcohol, pero hoy es lo único que puede calmarme.

Obedecí y me acomodé junto a ella para acompañar su inquietud.

—María quiere marcharse de nuevo —dijo con tristeza—. No es feliz a mi lado, pero, de pensar que vuelva a América, tan lejos, me siento morir. Necesita una vida estable. Tengo que intentar que triunfe en Madrid, que se labre un futuro como actriz en esta ciudad. Lleva el veneno del teatro en la sangre. La veo desequilibrada, quizá esté consumiendo drogas.

No se equivocaba, por desgracia, aunque yo tardé más en percatarme del desastre. Meses después, mi sobrina parecía recuperada: recobró el color y parte de su belleza, que había languidecido, como si los disgustos la hubieran avejentado de forma prematura. Nos anunció que había encontrado trabajo en una compañía teatral y que estrenarían en Burgos, donde pasarían unas semanas. No supe si alegrarme o preocuparme.

Carmen creyó que, si su hija volvía a los escenarios, el problema estaría resuelto; pero resultaba evidente que el desequilibrio emocional de mi sobrina y la manifiesta adicción a las drogas la destruían de forma implacable.

Mi hermana recuperó la actividad y emprendió varios viajes a lo largo de aquel año. Me encargó que vigilase y cuidase de María en su ausencia, y lo intenté por todos los medios, aunque no tuve el éxito que las dos esperábamos.

Carmen visitó Játiva, ajena al drama o intentando huir de él, y regresó la inspiración. Tomó notas para escribir *Ruinas que hablan de amor*, evocación de la trágica historia real de dos enamorados

que me hizo llorar de principio a fin.

También viajó a Tel Aviv, algo que agradó a Rafael, quien nos visitó varias veces antes de su partida para hacerle algunos encargos y, después, para saber las impresiones de mi hermana sobre la ciudad hebrea.

Volvía a ser ella, la mujer brillante que deslumbraba a todos por su carácter resuelto y su talento indudable. Yo no lograba evitar cierta inquietud cuando pensaba en mi sobrina: temía que volviera a darle disgustos a su madre. Era evidente su desequilibrio, y representar una obra en Burgos no solucionó el problema. Sufría por las dos y desconocía la manera de evitar lo inevitable. Muchas noches, mi sobrina desaparecía para regresar, bien avanzado el día siguiente, dando tumbos y perdida en delirios de alcohol y drogas.

Mientras yo vivía en una angustia permanente, Cándida y Antonia no se olvidaron de mí. Aunque me notificaron enseguida su llegada a Perpiñán, tardaron meses en volver a escribirme para contarme su situación en la ciudad francesa. En el sobre no reconocí la caligrafía de Cándida, pues no era la misma letra con la que escribía las recetas que le dictaba. Sin duda, quien transcribía sus palabras era Antonia.

> Querida Ketty:
>
> Esperamos que, al recibo de la presente, os encontréis bien tanto tu hermana como tú. Disculpa que hayamos tardado tanto en enviarte esta carta; en los últimos meses apenas hemos permanecido ociosas.
>
> Ciertamente, madame Dupont nos esperaba con los brazos abiertos, pues nos necesitaba con urgencia. La mujer se quedó viuda hace un año, era su marido quien llevaba la contabilidad y las cuestiones relacionadas con el funcionamiento del restaurante, por lo tanto, estaba todo manga por hombro. Para colmo, su única hija decidió marcharse de casa y abandonar a su madre. La joven quiere ser cantante, y dice que en Perpiñán no tiene futuro. Se encuentra en París, y su madre apenas sabe

nada de ella. Imagina el disgusto de la mujer, cuando llegamos, no cesaba de llorar.

Hemos empezado a levantar el restaurante, Julie nos lo agradece enormemente y ha vuelto a sonreír. Yo me he encargado de las cuestiones organizativas y atender a los clientes y Cándida, de la cocina; si seguimos creciendo, necesitaremos otra cocinera y siempre pensamos en ti. A madame Dupont le hemos hablado de nuestra amiga Ketty, que nos enseñó francés y deliciosas recetas. Siente que nosotras somos su familia, y estamos contentas.

Nos acomodó en una habitación pequeña que solo tiene una cama y se disculpó por ello, aunque para Cándida y para mí no es ningún problema; más bien lo contrario. Nos consideramos afortunadas y, aunque en Francia tampoco podemos ser como realmente deseamos, encontramos menos miradas torvas y nadie nos critica por detrás. Creo que aquí seremos felices, aunque tengamos que trabajar como mulas, más que nunca.

Si alguna vez quieres huir de Madrid, te esperamos en Chez Dupont, en la rue du Théâtre 23.

Gracias a ti, esto ha sido posible.

Te mandamos muchos abrazos y todo nuestro cariño,

ANTONIA Y CÁNDIDA

Me alegré por ellas, por el augurio de futuro venturoso, por formar parte de su historia. Si Cándida se había convertido en otra mujer distinta a aquella ingenua jovencita almeriense, la tímida Antonia se había trasformado en una persona diferente, segura, culta y decidida. ¿Qué habría sido de ellas si se hubieran quedado en Almería y no hubieran tenido el valor de marcharse a un país extranjero, huyendo de la miseria?

Me di cuenta de que madame Dupont sufría una angustia parecida a la de mi hermana con su hija. Las jovencitas que deseaban ser artistas abandonaban a sus madres sin pensar en las consecuencias y, al final, regresaban vencidas al único lugar donde siempre serían recibidas con un banquete, como el hijo pródigo.

85

Nuestra María navegaba sin rumbo y, en su delirio, nos arrastraba a todos. Escuché una discusión entre Carmen y Ramón, a propósito de mi sobrina, que no olvidaré jamás. A pesar de que los dos habían renegado del teatro, sobre todo él, surgió la ocasión de escribir y dirigir una obra en Madrid.

—El mundo del teatro es falso y cínico —le oí decir—. Sin claudicaciones, es casi imposible.

—Lo sé —respondió mi hermana—. Si vivimos estrechamente es porque no quisimos ceder jamás, pero ahora… Tienes la oportunidad de abrirte camino en otro género, demostrar que eres escritor más allá de las greguerías. Por otra parte… —dudó—, podrías incluir a María en el reparto. Necesita trabajar, y participar en una obra tuya la ayudará a conseguir otros papeles.

—¡Ese es el motivo! ¿Verdad? —saltó él, iracundo—. Quieres que haga la obra para salvar a tu hija descarriada.

—Por favor, Ramón —rogó ella.

Se marchó dando un portazo, y Carmen se derrumbó en el sillón. Me acerqué, preocupada. Tales sofocones no eran convenientes para su delicada salud.

—No te preocupes, Ketty —intentó tranquilizarme—. Volverá y me hará caso. El teatro le dará más fama, y eso le gusta. Ya me encargaré de que María estrene la obra.

No se equivocó. Días después, Ramón apareció con la pipa apagada y unos papeles en la mano. Había empezado a escribir *Los medios seres*.

—Quieren que estrene en el Alkázar a primeros de diciembre —contó—, pero dudo que admitan a María en el reparto.

—Si eres el autor y el director, no podrán oponerse —respondió, tajante.

—Todo el mundo del teatro conoce a María y saben… lo inestable que es.

—Se está recuperando de sus adicciones. Con mis cuidados y los de su tía, casi está curada —mintió—. ¿No es así, Ketty?

Asentí con la cabeza, y Ramón me miró, incrédulo. Los tres sabíamos que no era cierto y que una drogadicta en el escenario podía provocar cualquier desastre.

La insistencia de mi hermana logró que su hija actuara en *Los medio seres*, a pesar de la oposición del resto de los actores, aunque su papel se reducía a ser la voz que recitaba *La casada infiel*.

Durante las semanas de ensayos, Carmen me encargó que les llevase comida, pues pasaban horas sin salir del teatro. Solía preparar algo sencillo y rápido que no necesitase calentarse: unas empanadillas rellenas de carne y unos *sándwichs* de pan de centeno con jamón cocido o ternera asada.

El elenco al completo me esperaba y se deleitaba, pero mi sobrina era quien menos comía pues se mostraba inapetente y nerviosa. Si me descuidaba, el resto de los actores devoraban las empanadillas antes de que a María le hubiese dado tiempo a probarlas.

Las discusiones entre ellas dos se reavivaron. Recuerdo una, tras la ausencia de María a uno de los ensayos. Ramón se encargó de reprocharle a Carmen la falta de responsabilidad de su hija. Cuando mi sobrina apareció por casa, somnolienta y apestando a alcohol, su madre la abordó, indignada.

—¿Cómo te atreves a desaprovechar esta oportunidad? He tenido que rogar para que te admitieran en la obra. Si no fuese por mí, no tendrías el papel. ¡Cuánto esfuerzo, cuánto dinero gastado contigo y cuántos sin sabores para que luego lo tires todo por la borda! ¡Como

siempre!

—¡Estoy harta, madre! —gritó María—. Harta de tus reproches, de que me digas constantemente que todo te lo debo a ti y que te he decepcionado. Te demostraré que valgo más que tú.

Casi le escupió las últimas palabras, que sonaron a rencor, a deseo de venganza, y salió dando un portazo. No volvió esa noche, ni las siguientes. Al tercer día, mi hermana, preocupada por la ausencia de su hija, me pidió que me acercara al teatro.

—No debí hablarle así, me siento culpable —se lamentó—. Es solo una pobre niña perdida, y tengo que protegerla de sí misma. Búscala en el Alkázar y dile que me perdone. No me atrevo a ir, por si me rechaza, pero a ti te escuchará. Prepárale unos roscos de almendras de esos que le gustan tanto. Y que no se los coman los demás.

En el escenario, varios actores ensayaban sus papeles deambulando de un lado a otro. María no estaba entre ellos. Pregunté por mi sobrina, y me indicaron uno de los camerinos. Oí a mi espalda una risa maliciosa que no entendí hasta que abrí la puerta: allí estaban María y Ramón, tumbados en un sofá, besándose con ardor. Creí que me desmayaba, impresionada, y dejé caer al suelo los dulces que llevaba en la mano. Entonces me vieron. María me miró con desvergüenza y, en lugar de sonrojarse, me sonrió de manera perversa. Cerré la puerta. La situación me parecía irreal, una pesadilla siniestra, la suprema traición por parte de las dos personas a las que Carmen más amaba.

Tuve que sentarme en la primera silla que encontré entre bambalinas y tomar aire, pues temía caerme redonda al suelo. Si mi hermana se enteraba de esa deslealtad, el disgusto la mataría.

—Sabes guardar secretos, Ketty. —María salió del camerino, se plantó ante mí y me habló con descaro—: No hace falta que lo hagas, cuéntaselo. Llevo años esperando este momento. Es la demostración de que estoy por encima de ella, de que valgo más

que Colombine hasta para su amante.

Le brillaban los ojos. Sin duda, había consumido cocaína. Me pareció un monstruo de crueldad, no la reconocí. Aquella mujer vengativa y pérfida no era mi sobrina, la niña que crie en mis brazos, la adolescente que protegí, la hija adorada de mi hermana.

—Vas a matar a tu madre —fue lo único que dije antes de huir despavorida del teatro.

Un llanto inconsolable me venció al alcanzar la calle. Me apoyé en el quicio de una puerta y una mujer que pasaba por allí me preguntó si me encontraba bien, alarmada ante mis sollozos. Me ahogaba, me faltaba el aliento, no podía regresar de ese modo junto a mi hermana. ¿Cómo justificar mi estado?

Me refugié en el café de Fornos y me senté en la mesa más alejada de la entrada y de los escasos clientes del local en ese momento.

—¿Ketty? ¿Te ocurre algo?

Levanté la mirada y me encontré con el bigote puntiagudo de José Francés. No deseaba contarle a nadie lo que acababa de presenciar, pero en ese momento de angustia necesitaba una voz conocida que me consolase. No olvidaba que había sido mi primer amigo cuando llegué de Almería y la capital me parecía un lugar inhabitable y caótico.

Se sentó a mi lado y me apretó el brazo en señal de afecto. Mi llanto se aplacó y le agradecí el interés.

—Carmen no anda bien de salud —respondí cuando me tranquilicé ante una taza de tila—. Su corazón cada día está más débil, y María… —dudé—. Nos da muchos disgustos.

—Cuánto lo siento —dijo con sinceridad—. Vengo del Círculo de Bellas Artes, ahora soy el vicepresidente. Te he visto entrar aquí llorando y me he preocupado. Ya sé que tu sobrina no está bien, hay quien la ha visto en malas compañías.

—¿Qué compañías? —me alarmé.

Que la infidelidad de Ramón con la hija de Carmen estuviera en boca de todos sería una noticia que correría como la pólvora y destruiría a mi hermana. Muchos que la envidiaban harían leña del árbol caído.

—Ya sabes —respondió avergonzado—, tipos que venden y consumen drogas, hombres que se aprovechan de las jovencitas…

Respiré. El comentario era grave, pero no tanto como si el nombre de Ramón hubiera aparecido en él.

—Ha vuelto desorientada de América —le confesé—. Se separó de su marido, no triunfó en el cine, y su madre ya no sabe cómo ayudarla.

—Son malos momentos —suspiró—. Mi mujer también está desequilibrada. Será que las actrices tienen un carácter volátil y destructivo…

—¿Qué le ocurre a Rosario?

Francés se había casado unos años antes con Rosario Rodríguez Acosta, una reconocida actriz que interpretó varios de sus estrenos teatrales. Desde ese momento nos habíamos visto poco y, en las ocasiones en que coincidimos, parecía que la vida le iba bien: estaba enamorado, escribía, organizaba una tertulia en su casa, dirigía la biblioteca y el museo postal, y continuaba criticando a los que consideraba malos pintores.

—Rosario ha enloquecido —dijo—. Me temo que acabará internada en un sanatorio mental.

La noticia me impresionó y, de pronto, imaginé un destino semejante para mi sobrina: enloquecida y perturbada, recluida en un psiquiátrico el resto de su vida. La posibilidad me dolía tanto como que el corazón de mi hermana sufriera por los delirios de su hija.

—¡Qué horror! —exclamé pensando en ellas dos, más que en la esposa de José.

Me bebí la tila en silencio, mientras mi amigo hablaba de asuntos

banales que no escuché. Me fui tranquilizando. Era lo que deseaba Francés con su charla intrascendente, hasta que me sentí en condiciones de emprender la vuelta a casa y enfrentarme a las preguntas de mi hermana. Le agradecí la conversación y la tila, y se brindó a acompañarme. Rechacé el ofrecimiento diciéndole que el paseo me sentaría bien y que su presencia ya me había reconfortado bastante.

—Ojalá Rosario mejore —le dije.

—Lo dudo —suspiró—. Pero hay que salvar a María.

«Hay que salvar a María». La frase fue resonando en mi cabeza desde la Gran Vía hasta la calle Nicasio Gallego. Pero ¿cómo?

86

—¡Cuánto has tardado, Ketty!

Carmen me esperaba, inquieta, en la puerta de casa.

—¿Qué te ha pasado? ¿Cómo está María? ¿Se comió los dulces?

Me asediaba a preguntas, y yo no sabía qué contestar.

—Sí, le han gustado mucho —acerté a decir—. Cuando volvía, me encontré con José Francés y entramos en el Fornos.

Le conté la conversación para no hablar de mi sobrina, pero era lo único que le interesaba.

—¿Cómo la has encontrado?

La guardiana de secretos debía mentir. No bastaba con permanecer en silencio y ocultar la verdad, había que negarlo todo.

—Bien —aseguré sin mirarla a los ojos—. Estos días se ha quedado en casa de otra de las actrices, y seguirá con ella hasta el día del estreno.

—¿Qué actriz es esa? ¿La conocemos? Le preguntaré a Ramón.

—¡No! —exclamé más fuerte de lo debido—. Está muy agobiado con los ensayos, no van bien, y estrenan en tres días. Me ha dicho que no podrá visitarte.

La mentira me dolía en el corazón, la garganta y los labios, que pronunciaban palabras innecesarias y traidoras. Era como si de mi boca salieran culebras. Todo valía con tal de protegerla, de evitar que su corazón estallara en mil pedazos.

—Y María… ¿me ha perdonado?

—Me temo que no. —No fui capaz de engañarla hasta ese punto —. Sigue resentida, pero se le pasará, te lo aseguro. Siempre os

ocurre lo mismo, y ella, al final, vuelve a casa, a su refugio, a tus brazos maternales.

—Abrázame, Ketty —me pidió.

Nos fundimos en un abrazo de amor infinito. Supe que jamás me separaría de ella, ni después de la muerte, que permaneceríamos así hasta la eternidad.

El 7 de diciembre acudimos al estreno de *Los medios seres*. No habría sido posible convencer a mi hermana de no asistir a la obra donde aparecía su hija, aunque no se la viera en escena y solo se escuchase su voz recitando *La casa infiel*. El título parecía una broma del destino: hablaba de infidelidad, y parecía acusar a la hija y al amante.

No me enteré de la representación, angustiada por lo que pudiera ocurrir al finalizar, cuando madre e hija se encontrasen y Ramón apareciera.

Hubo mucho ruido en el estreno del teatro Alkázar. Habían acudido a animar los amigos del autor. Entre la claque se encontraban Jardiel, Mihura, López Rubio, Neville, Tono, Ros… Eran los discípulos de Ramón, que deseaba fecundar y crecer como dramaturgo. Saludaron a mi hermana con respeto y le aseguraron que la obra sería un éxito.

—Ha recitado de manera magnífica —aseguró mi hermana al acabar la obra—. Vamos a felicitarla.

Uno de los actores salió a nuestro encuentro y nos dio un recado de parte de María y Ramón. Se reunirían con nosotros en el café de Fornos, frente al teatro, para cenar y celebrar el estreno.

Tardaron en aparecer. Carmen se mostraba inquieta, y yo temblaba de preocupación e incertidumbre.

Llegaron agarrados del brazo, en actitud cariñosa, y mi sobrina pidió al camarero que trajese una botella de champán. Yo evitaba

mirar a Carmen, aunque imaginaba su estupor y recelo. Resultaba evidente que la relación entre la hija y el hombre de su vida no era inocente.

—Brindemos por el teatro —saltó María eufórica—. Y por el amor.

Y, sin ningún pudor, besó a Ramón en los labios. Él, incómodo, intentó zafarse del abrazo de mi sobrina, pero el mal ya estaba hecho.

—Nosotras nos vamos —alcanzó a decir Carmen, con la voz ahogada—. Pediremos un coche, es tarde.

Salió deprisa, empujada por su dignidad maltrecha, y la seguí, cabizbaja, hasta que llegamos al auto.

El silencio se podía cortar. Carmen lloraba sin hacer ruido: las lágrimas rodaban por sus mejillas, bajaban desde sus ojos como dos fuentes, pero no se la oía ni siquiera suspirar.

—¿Desde cuándo lo sabes, Ketty?

—Yo… —balbucí.

—No vuelvas a guardarme ningún secreto —ordenó, tajante.

No hablamos más en muchas horas. Al llegar a casa, se encerró en su alcoba. La oí llorar, y me sentí tan imponente que no me atreví ni a acercarme. Sabía que mis palabras serían inútiles, que nadie podría consolarla, y me limité a esperar a que me reclamara. Estaría a su lado, preparada para lo que necesitase.

Pasó varios días sin comer ni dormir, sin fuerzas para seguir adelante, desfallecida. Llamé al doctor Marañón, que acudió, solícito. Le recetó unas pastillas para el corazón y, sobre todo, tranquilidad y buenos alimentos.

—Puede sufrir una crisis cardiaca en cualquier momento —me dijo tras auscultarla—. Ha empeorado desde la última vez. Ya le dije que no se disgustase y que viajase menos.

—Habrán sido los viajes —mentí.

—No, Ketty. Ambos sabemos qué lo ha provocado —aseveró

Gregorio con voz entrecortada.

El escándalo debía de estar al cabo de la calle, pues muchos de nuestros amigos se habían enterado. María no fue discreta, deseaba que todos supieran que había vencido a su madre, que la joven superaba a la vieja y le arrebataba el amor de su hombre. Y yo quería ahogar a Ramón con mis propias manos, escupirle a la cara, soltarle que siempre había desconfiado de él, aunque no fuese del todo cierto, que se había aprovechado del talento y la fama de Colombine para convertirse en escritor, que solo era un petulante vicioso e ingrato.

Carmen pasó las peores Navidades de su vida, y yo apenas salí de casa, a pesar del empeño de nuestro hermano Francisco en llevarnos a Almería a celebrar las fiestas con la familia.

Mi hermana no permitía visitas, y alejé a los amigos de casa. No deseaba hablar con nadie, había perdido la ilusión, la salud y la confianza en los dos seres que más amaba. Era imposible consolarla.

—Voy a marcharme de aquí —me dijo una de las escasas veces que salió de su amargo mutismo—. Pediré el traslado a la Escuela Normal de Barcelona, haré una permuta con otra compañera. No soportaré este escenario, las miradas torvas de la gente, la indignidad, la vergüenza.

Pasadas las fiestas, me reuní con Rafael en el café Comercial de la glorieta de Bilbao, cerca de nuestra casa. No deseaba alejarme mucho, pero necesitaba noticias del exterior.

El local era más lujoso que el Fornos y que otros muchos frecuentados por Rafael, Ramón y demás asiduos a las tertulias.

—En esta mesa se sienta don Antonio Machado, cuando viene —me indicó mi buen amigo.

Me preguntó por la salud de mi hermana, que suponía maltrecha, y se preocupó por nosotras. No tuve que contarle nada de la

traición, lo sabía todo Madrid.

—Su romance ya se ha acabado, ha durado poco más de veinte días. Además, la obra ha sido un estrepitoso fracaso de taquilla. A los pocos días, anularon la función —me reveló—. Ramón se ha ido a París, avergonzado. Es una enorme perfidia lo que ha hecho, ¡enamorar a la hija de Colombine! Siempre pensé que tu sobrina le daría un disgusto grande a su madre… La niña nunca fue fácil, pero jamás imaginé que sería de tales proporciones.

—¿María se ha marchado con él? —quise saber.

—No, es evidente que no la ama; ha sido un capricho pasajero, un arrebato que Ramón no ha sabido controlar. Ahora se arrepiente, pero el mal ya está hecho. No puede volver con Carmen y necesita que los amigos se olviden del escándalo.

—Y ella, ¿dónde está? —Era lo que me preocupaba. Por mí, Ramón, como si se moría.

—Deambulando por Madrid, sin domicilio fijo y casi siempre drogada. Hace semanas que no la veo. Acabará mal. Tu sobrina no tiene remedio, Ketty. No se lo cuentes a su madre, no sé cómo resiste, ese corazón suyo.

—Tenemos que localizarla, Ramón. No la dejaré en la calle, a pesar de lo que ha hecho. Por favor, intenta encontrarla —le rogué.

—Se lo diré a los conocidos. Aparecerá, te lo prometo.

Mi hermana me vio llegar, nerviosa, y enseguida intuyó que Rafael me había contado algo que ella debía saber.

—Me prometiste que no habría más mentiras. ¿Qué has descubierto?

—Esa historia terminó, Carmen. Ramón ha huido a París —le conté.

—No me interesa Ramón —aseguró—. ¿Dónde está mi hija?

—Perdida por Madrid.

—Hay que encontrarla. Quiero que vuelva conmigo, la necesito a mi lado, como siempre.

—¿Estás dispuesta a perdonarla?

—Tú también lo estás —dijo, convencida.

Las pesquisas iniciadas por Rafael dieron sus frutos, y José Francés la localizó: se había refugiado en un camerino del teatro Alkázar, después de semanas durmiendo en cualquier parte. No le costó convencerla para que regresara a casa; sabía que su madre nunca la abandonaría, por muy monstruoso que fuese su comportamiento, y la acompañó hasta nuestro domicilio.

La mujer que apareció no era María, sino una muñeca rota. Había perdido la juventud y la delicadeza; ojeras violáceas enmarcaban unos ojos abotargados y enrojecidos de tanto llorar. Casi había que sujetarla para que se mantuviera en pie.

—¿Qué he hecho, Ketty? —gimió.

El lamento salía de las entrañas de un cuerpo dolorido y maltratado, de una conciencia horrorizada por su propia fechoría.

Aunque, durante su ausencia, pensé que la recibiría con una bofetada de desprecio, no fui capaz de reprocharle nada. ¿Cómo reprender a alguien que parece a punto de morir y a quien has querido más que a tu propia vida?

En el reencuentro con su madre, no hicieron falta palabras. Carmen la tomó en sus brazos, como cuando era niña, y la llevó con delicadeza hasta su habitación, donde permanecieron juntas todo el día.

No me atreví a interrumpirlas y, después de muchas horas, quise que se alimentaran. Preparé una bandeja con unas tazas de café con leche y unas magdalenas de las que le gustaban a mi sobrina. Encontré a María dormida, y mi hermana me hizo un gesto para que guardase silencio. Carmen la miraba con cariño. Más allá de cualquier rencor, se habría pasado el resto de su vida contemplado a su hija dormir plácidamente y vigilando su sueño.

87

Nos costó más reponerla que en otras ocasiones. La drogadicción se había convertido en una enfermedad crónica y peligrosa de la que era incapaz de salir, y vivía atrapada en una vorágine de sentimientos encontrados, aflicción y locura.

Cuando por fin tuvo fuerzas para levantarse, decidió regresar a los escenarios. El veneno del teatro corría por sus venas, igual que la cocaína. No pudimos impedírselo, aunque más de una vez hubo que rescatarla de sí misma.

Meses después de su regreso, se marchó con una compañía de provincias y, mientras actuaban en Gerona, avisaron a Carmen de que su hija estaba enferma. Tuvimos que ir a buscarla: la empresaria la dejó abandonada en una pensión infame, donde dormitaba su delirio.

Mi hermana gastó en esos viajes y médicos un capital que apenas tenía. No obstante, su amor de madre le impedía abandonarla a su suerte. Yo adoraba a mi sobrina, pero llegó un punto en que casi deseé su muerte. Quería más a Carmen, y esa hija desagradecida y extraviada la estaba matando, era evidente. Envejeció de golpe. Ya no aparentaba diez años menos, como siempre; el tiempo se le echó encima. Tenía sesenta y tres años y, por momentos, parecía una anciana; sobre todo, tras las crisis de mi sobrina, que la dejaban exhausta.

Sin embargo, por increíble que parezca, a pesar del dolor extremo, el desengaño vital y la angustia, renació su capacidad creativa, su compromiso ético y su actividad pública.

Regresaron las visitas a nuestra casa. Carmen recibía a los amigos con renovado entusiasmo, aunque no les podía dedicar demasiado tiempo, pues acababa cansada y debía tumbarse o reposar en el sofá con los ojos cerrados.

Una de aquellas visitas fue la del poeta Manuel Machado, a quien conocíamos desde hacía tiempo. Para mi sorpresa, se empeñó en entrevistarse a solas con mi hermana, pero ella no lo consintió.

—No tengo secretos para Ketty —le dijo, y me quedé escuchando la conversación.

—Ramón ha vuelto de París —dijo Manuel, azorado—. Quiere verte, pedirte perdón, pero no se atreve. Está escondido de todos por pura vergüenza.

—¡No me extraña! —salté indignada—. Es detestable lo que ha hecho, indecente. ¡Que no se atreva a pisar esta casa!

—Calla, Ketty —me reprendió ella—. A nadie le hemos impedido la entrada a nuestro hogar, y menos si viene a disculparse.

—¡Su actitud es imperdonable! —grité, cada vez más enfadada—. No merece ni que le dirijas la palabra.

—Esa decisión es mía, no tuya —me dijo, muy seria.

—Está dispuesto a acudir donde tú prefieras —contó Manuel.

—Que venga aquí. Así no me cansaré tanto y será un encuentro íntimo, sin testigos —dijo mirándome a los ojos. Deseaba que yo no estuviera presente en esa cita, aunque me resistía a dejarla sola—. Después de veinte años juntos, merece ser escuchado.

Ramón anunció su visita pocos días después, y Carmen se aseguró de que no se hallase María en casa. Por nada del mundo deseábamos que los amantes se encontraran. Aunque sabíamos que la historia de pasión fugaz había terminado, sería una situación incómoda para todos.

Cuando lo vi en el umbral de la puerta, tuve deseos de

abofetearlo. Me contuve, pero mi rostro expresaba rabia y rencor.

—Buenas tardes, Ketty —dijo cabizbajo, sin atreverse a mirarme —. Supongo que me odias.

—No sabes cuánto —afirmé, conteniendo mi ira—. Te mataría ahora mismo, pero eso dejaría desamparada a mi hermana, y no voy a cometer tal bajeza.

—Sé que no tengo disculpa… —balbuceó.

—¡Vamos, pasa a la sala, Ramón! —La voz de Carmen nos sobresaltó.

Apareció tranquila, como cuando recibía a los jóvenes que llegaban de provincias dispuestos a conocer a la mujer más famosa de Madrid y a comerse el mundo. Como lo acogió a él veinte años atrás.

Cerraron la puerta tras de sí. Yo me quedé llorando en la cocina. Carmen era la mujer más generosa que existía, ¿quién sería capaz de perdonar al amante traidor que la engañó con su propia hija? Solo ella, la hermana perfecta, la mejor del mundo.

Hablaron largo rato y, cuando oí abrirse la puerta, no quise despedirme.

—Ramón se va —me avisó ella.

A regañadientes, enjugándome las lágrimas, salí de la cocina. Ni siquiera le tendí la mano.

—Ha sido un gran premio encontrar a tu hermana, una mujer bella, noble y con talento que cambió mi vida —me dijo, como si Carmen no le escuchara.

No respondí, le habría escupido a la cara. Sus palabras eran absurdas y cínicas; nadie hiere de muerte a quien ha amado de verdad.

—*Los medios seres* me ha convertido en medio ser —añadió.

Se despidieron con un abrazo más fraternal que amoroso. Mi hermana parecía agotada cuando él se marchó. No debió ser fácil enfrentarse a una verdad tan cruda, y se derrumbó en el sofá.

—¿Te encuentras bien, quieres que te prepare algo…?

Me miró con ojos tristes. Toda la pena de su amor fracasado se resumía en esa mirada.

—¿Recuerdas lo que te dije hace años? —musitó con la voz ahogada—. Los hombres: el mejor, asadito y con limón.

Sonreí ante la ocurrencia. Era una frase que solía repetir y que, en ese momento, adquiría mayor significado y restaba dramatismo a lo que en realidad era trágico.

—Imagino lo felices que deben ser tus amigas Cándida y Antonia —me dijo—. Se van a ahorrar muchos problemas.

—¿Quieres que prepare un pollo asado con limón? —propuse—. Lo deshuesamos y nos lo comemos.

—Es una buena idea —me siguió la broma—. Espero que no se me atragante. Voy a apostar por la vida.

—No hay quien pueda contigo.

A pesar de los terribles reveses, no desfalleció. Una desconocida melancolía, que intentaba disimular en público, se instaló en su ánimo, pero siguió siendo una amante de la vida, y quería bebérsela toda con intensidad.

Ese mismo año escribió la novela *La piscina, la piscina,* donde censuraba a los intolerantes y ridículos, que seguían queriendo a la mujer encerrada, y defendía la libertad y el goce de disfrutar. Decía en el libro que el beso en público sabía mejor que los besos tímidos y solitarios, como sucede con la fruta cogida del árbol y comida al sol. Carmen creía que aquel mundo caduco lleno de prejuicios estaba muerto, que la España moderna de mujeres liberadas se imponía, triunfante, con la fuerza de lo justo e irremediable.

Acabó la dictadura de Primo de Rivera y se reactivaron los proyectos de Carmen: publicó un resumen de las actividades feministas en el resto del mundo y llamó a todas las mujeres

españolas a trabajar por la igualdad y el feminismo. Escribía y trabajaba sin tregua para no pensar, en una loca carrera hacia la muerte, en un esfuerzo suicida para su corazón.

En enero del 31, organizó la sociedad Amigos de Fígaro para preparar un gran homenaje en 1937 con motivo del centenario de la muerte del escritor. Ninguno de los convocantes, entre los que se encontraba Ramón, imaginó entonces que España, inmersa en una guerra fratricida y atroz, no celebraría más que la muerte en esa fecha señalada.

A pesar de mi oposición, mi preocupación y las recomendaciones de su médico, recuperó la pasión viajera. Se desplazó a Alicante en abril, y en febrero acabó la novela larga *Quiero vivir mi vida*. El título ya era una declaración de principios, lo que siempre deseó hacer: vivir su vida sin rendir cuentas nadie, ni a su propio corazón herido. Fue la última novela larga que escribió, y percibí en ella su íntimo dolor, el desengaño amoroso sufrido, el pesimismo latente, el miedo al hombre y al amor. La protagonista «lloraba más por su fe perdida, por la vergüenza de haberse equivocado al creer en Luis, por el fracaso de sus ideales, que por su amor». Hablaba de sí misma. Ramón la había abandonado y decepcionado, aunque más grave era que, con esa traición, le daba la razón a quienes pensaban que la historia entre ambos era ridícula, obscena e imposible.

88

La llegada de la república fue el último soplo de aire fresco, la postrera ilusión de Carmen, su nuevo motivo para vivir. Seguimos las noticias por la radio; no era prudente salir a la calle con tanto revuelo, aunque mi hermana se quedó con ganas de participar en la fiesta. La proclamación de la República el 14 de abril de 1931, en la Puerta del Sol, se hizo ante un micrófono de Unión Radio y, un día después, el nuevo alcalde de la capital, Pedro Rico López, saludaba a los oyentes desde las ondas de esa emisora. Violeta nos visitó, emocionada y convencida de que la nueva situación política traería los ansiados derechos que tanto deseaba.

—Por fin podremos defender, sin que nos miren mal, el acceso de las mujeres a la educación, el voto femenino y el derecho al divorcio. También habrá que luchar por abolir la prostitución.

—Llevamos décadas hablando de ello, Violeta —aseguró mi hermana—. Fuimos las primeras en alzar la voz.

—No bastaba con denunciar en los periódicos, Carmen —respondió—. Hay que pasar a la acción. La Iglesia menosprecia y mantiene sumisa a la mujer. Tampoco se valora la investigación; científicos e inventores se ven obligados a abandonar España. Los teatros sobreviven con dificultad, mientras que los toreros ganan fortunas… El culto al arte y la ciencia son indispensables. Me he afiliado al Partido Republicano Democrático Federal, y voy a presentarme a las elecciones. Deberías hacer lo mismo.

—Tienes razón, el porvenir nos pertenece —corroboró mi hermana—. Quiero participar en la campaña del Partido

Republicano Radical Socialista. Me interesa un socialismo sin dogmas que proclame la igualdad de clases y sexos. Es imprescindible el derecho al voto: no basta con ser elegibles, debemos ser electoras.

—Muchos partidos de izquierdas no lo tienen claro —se quejó Violeta—. Temen que las mujeres voten lo que les diga el confesor en la iglesia.

—No debemos oponernos a la libertad en nombre de la libertad —sentenció Carmen.

Hacía décadas que mi hermana había lanzado las semillas, cuando defenderlas suponía graves inconvenientes y ninguna ventaja, para que las ideas germinaran en la República. Había más gallardía en ella que en los republicanos recién llegados y de ocasión. En ese momento, defender los derechos de las mujeres, cuando estaban a punto de lograrse, no era peligroso ni meritorio.

Renació, como el ave fénix, de sus cenizas. El último aliento de vida, las últimas energías, se las regaló a la República. Además, había otros motivos para la esperanza: María parecía más centrada, recuperó la salud y el equilibrio y, en múltiples ocasiones, acompañaba a su madre a los actos públicos, e incluso la sustituía, si era preciso. Me contó que se había echado un novio que la quería, y pensé que, por fin, había sentado la cabeza. Era como si la República nos hubiera traído la solución a todos los males, y el futuro se nos antojaba idílico.

Quien no se mostraba demasiado contento era Rafael, tan sombrío como de costumbre.

—Mejor que os quedaseis en casa el 14 de abril —nos contó semanas después—. El espectáculo que ofrecían las calles, invadidas por el populacho, abochornaba hasta a los republicanos. Fue una mascarada indigna.

—La gente tiene derecho a proclamar su euforia donde le venga en gana —replicó Carmen.

—El rojo estaba en todas partes, como una eclosión de amapolas revolucionarias.

—Parece una greguería de Ramón —bromeé. Enseguida me arrepentí, ya que nunca lo nombraba delante de Carmen, pero ella rio la ocurrencia.

—El descontrol no es bueno, la chusma es peligrosa —siguió Rafael—. En la plaza de Isabel II, un grupo derribó la estatua de la reina y, a empellones, la empujaron hasta el evacuatorio de la Puerta del Sol. Y los guardias civiles no los detuvieron. En la plaza Mayor, a punto estuvieron otros de echar abajo la estatua ecuestre de Felipe III.

—Los ánimos se irán templando —aseguró mi hermana.

—No creo —respondió, cabizbajo—. Los jóvenes están desorientados… ¿Qué les reserva el mañana inminente? No puedo verlos sin sentir piedad.

La pregunta se quedó grabada en mi memoria. Rafael predijo el futuro terrible, aunque, en ese momento, solo nos pareció el clásico comentario de un pesimista como él.

Carmen participó en decenas de mítines de carácter social, en los que hablaba sobre todo de los derechos de la mujer, incidiendo en el derecho al voto. Yo la acompañaba siempre y la escuchaba arrobada. Mi sobrina aplaudía como la que más y, en sus ojos, se apreciaba la admiración que le profesaba.

—Es la mejor —me dijo una tarde, tras escucharla en un acto de la Cruzada de Mujeres Españolas que Carmen presidía—. Nadie habla y convence como ella porque cree en lo que dice. Seguro que, gracias a su impulso, las mujeres podremos votar pronto. Y habrá que agradecérselo a Colombine.

—Clara Campoamor debe defenderlo en el Congreso, y no le resultará fácil —comenté—. Pero tu madre es quien lleva más tiempo luchando por ello.

—Es admirable, no imaginas cuánto lamento haberle hecho

daño…

Se echó a llorar como una niña arrepentida, y sentí una lástima inmensa por la joven descarriada que tanto nos hizo sufrir.

El 1 de octubre del 31 fue una fiesta en casa. Después de una candente sesión, se aprobó el voto femenino. Mi hermana se mostraba exultante de alegría, y las tres nos abrazamos como si todos nuestros males se hubieran resuelto para siempre.

—Hemos reñido una terrible batalla —nos dijo con los ojos brillantes por la emoción—. Solo por cuatro votos hemos conquistado el sufragio, es un gran triunfo.

—Un triunfo tuyo —añadí—. Hace veinticinco años iniciaste el camino, hiciste la primera campaña por el voto.

—Y tuve escaso éxito —rio—. Casi nadie estaba de acuerdo. Lo importante es que, por fin, se ha logrado. Hay que hacerle un homenaje a Clara Campoamor. Hablaré con Violeta, es buena amiga suya, compañera de partido y de trabajo, ambas son telegrafistas.

Acudimos a tan sentido homenaje en aquellos tiempos que parecían idílicos. Y nos hicimos inseparables. Carmen nos propuso, a su hija y a mí, ingresar en una logia masónica. Llevaba tiempo hablándonos de la masonería, de los valores que promovía la organización, y nosotras, que la habríamos seguido al fin del mundo, no nos negamos.

—Es una organización internacional humanista basada en el sentimiento de fraternidad —nos explicó—. Defiende la dignidad humana, la tolerancia y la igualdad. Coincide con mis ideas y aspiraciones, me ilusiona formar parte de ella.

—He oído que grandes hombres de la política pertenecen a esa institución —conté.

—Muchos intelectuales varones. Ahora, las mujeres hemos ocupado nuestro lugar, incluso en la masonería. El objetivo es

impulsar la verdad, el progreso social y el desarrollo moral e intelectual del ser humano a través del conocimiento.

—No sé si estoy a la altura… —dudé.

—No digas eso, Ketty —me reprendió María—. Eres una mujer sabia, más que mi madre, que a veces parece tonta, de buena que es.

Carmen la miró con ternura y condescendencia.

—La masonería es un centro de unión y amistad. Sin los dogmatismos del catolicismo, se pueden fomentar valores como la fraternidad y la solidaridad.

—No hace falta que insistas, mamá, ingresaremos contigo —sentenció mi sobrina.

En diciembre de ese mismo año, las tres formamos parte de la Logia del Amor, junto a otras cuatro mujeres. Carmen figuró como fundadora con el grado de Gran Maestra. Rogué para que esas hermosas ideas de humanismo y armonía dominaran el mundo por encima del odio y el enfrentamiento.

89

Recuerdo el último viaje multitudinario a Almería. Nuestra ciudad la recibió con un entusiasmo febril. Acudimos al homenaje celebrado para nuestro paisano almeriense Nicolás Salmerón en compañía de los hijos del político, el ministro de Instrucción pública Indalecio Prieto, Victoria Kent y el mismísimo Miguel de Unamuno.

Nos acogió una muchedumbre enfervorizada mientras sonaban las sirenas de los buques del puerto. Hubo infinidad de actos solemnes: banquete oficial, mitin en la plaza de toros y en el Círculo Mercantil, inauguración de un monumento y discurso de Carmen en el balcón de la casa natal de Salmerón, en Alhama. El público la aclamó como la heroína del pueblo y de la república.

—Estará usted muy orgullosa de su hermana —me dijo don Miguel de Unamuno durante la recepción en el ayuntamiento—. No es de extrañar, es una mujer excepcional. Lo sé desde hace muchos años.

—Usted siempre la ha tratado bien. Ella le tiene en gran consideración y sigue sus consejos.

—Me temo que no acepta de igual manera los suyos —observó con acierto—. Usted quiere que detenga este ritmo frenético, pero no escucha sus palabras. Debería hacerlo: la salud y la edad no perdonan. Venga, vamos a sentarnos ahí fuera.

Escapamos de la sala y nos acomodamos en unos bancos del amplio pasillo, donde respiró profundamente, como si dentro le hubiera faltado el aire.

—¿Qué hace su hermana para tranquilizarse?

—No se detiene, trabaja más cuando desea olvidar —suspiré.

—Yo hago pajaritas —dijo, risueño, y sacó un papel del bolsillo de la chaqueta—. Siempre llevo material a mano. Es muy sencillo, verá.

En pocos segundos, sus manos ágiles doblaron el papel hasta convertirlo en un ave imaginaria.

—Tenga, se la regalo. Si quiere, guárdela como recuerdo de este día solemne y de este viejo profesor. Cuando le digan que Unamuno es un filósofo muy serio, cuente que hace pajaritas en sus ratos libres y en los momentos de tensión.

Le agradecí el gesto, era un honor recibir su presente. Aunque fuese humilde, tenía mucho significado.

En ese momento, una mujer y una adolescente irrumpieron corriendo en el pasillo y se plantaron delante de nosotros. Tardé unos segundos en reconocerlas.

—¡Ángela! ¡Cati! ¡Qué sorpresa!

Me alegré de verlas. Llevaba demasiado tiempo sin pisar Almería, ocupada en cuidar de mi hermana, aunque seguíamos escribiéndonos cartas interminables llenas de vida cotidiana y alguna receta. Cati había crecido hasta convertirse en una señorita menuda y morena. Los ojos azules, exactos a los de su padre, destacaban en su armonioso rostro.

—No queríamos perdernos el discurso de Carmen, pero creo que llegamos tarde —me dijo mi amiga, jadeante por la carrera.

—Os presento a don Miguel de Unamuno.

Él las saludó con cortesía, y Ángela me dijo casi en un susurro:

—¿Podemos hablar un momento?

La tomé del brazo y nos alejamos unos metros del banco donde se quedaron Unamuno y mi ahijada.

—¿Qué ocurre? —pregunté, inquieta.

—Es Vicente —dijo sin mirarme a los ojos.

Ese nombre aún me removía por dentro. Su recuerdo ya no era un

cuchillo afilado, pero sentí una inevitable opresión en el pecho.

—Es presidente del sindicato en Granada, y quiere presentarse a las elecciones por el Partido Comunista. Me asusta tanto compromiso político, pero él dice que hay que hacer la revolución desde dentro. Necesita un aval, alguien que certifique que es un hombre honesto. ¿Crees que tu hermana…? —No terminó la frase.

—Se lo diré, pero está muy ocupada, y dudo que conozca a alguien en Granada.

—A Colombine la conoce todo el mundo —aseguró.

—Veré qué puedo hacer.

Corté la conversación y me dirigí de nuevo adonde habíamos dejado a don Miguel y Cati.

—Este señor me ha hecho una pajarita de papel —nos contó, orgullosa, mi ahijada.

—Gracias —musitó Ángela.

La abracé con ternura, la sentía cada vez más mía. Aspiré el olor de su cabello y me imaginé que era mi propia hija, la que nunca tuve ni con Vicente ni con nadie.

—Debemos entrar, o echarán de menos al insigne escritor —sugerí agarrando a Unamuno del brazo.

—Ha sido un placer, señorita —le dijo a Cati, y ella le plantó un beso en la cara.

Guardé la pajarita con los objetos más preciados de mi vida, los que me han acompañado siempre y me ayudan a recordar, a no morir, a pesar de que la vida duele.

No le conté a Carmen la petición de Ángela. Seguro que ella haría algo ante las pretensiones políticas de Vicente, pero me parecía arriesgado para él y su familia participar bajo unas siglas tan comprometedoras. Las aguas empezaban a estar revueltas, aunque no era capaz de predecir el horror que envolvió a España. Al

principio del caos, pensé que le había salvado la vida; en el 31, solo se hablaba de libertad y de justicia.

Era el momento propicio para publicar una biografía del adalid de la libertad, Rafael del Riego, sobre el que Carmen ya había escrito un capítulo en *Hablando con los descendientes*. Aseguraba que fue el primero en defenderla hasta a muerte.

Aunque yo trabajaba para el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, contaba con bastante tiempo libre para dedicárselo a mi hermana. Arduo trabajo fue mecanografiar esa obra extensa, que retrató en profundidad al político maltratado por la historia e injustamente asesinado por el nefasto Fernando VII. El libro fue un éxito, uno de los mayores en la carrera literaria de Colombine.

Carmen se quejaba de la escasez de documentos existentes. En varias ocasiones tuve que encargarme de la búsqueda infructuosa de libros y materiales necesarios para su investigación.

—En España tenemos la mala costumbre de destruir los papeles comprometedores. Aterra pensar en los preciosos libros que han muerto lamidos por las fogatas del Santo Oficio y la intransigencia. Es un atraso, se ha quemado el alma de la humanidad.

Trabajé sin descanso en el libro para que Carmen pudiera permanecer en cama el mayor tiempo posible. Se la veía agotada, cada vez más débil, y yo me negaba a reconocer la realidad que se imponía. ¿Cómo era posible que aquella mujer llena de vida, incasable y creadora se estuviese apagando?

—Tenemos que organizarle un homenaje a Riego —me dijo tras la publicación y el éxito del libro—. Y será el 7 de noviembre, en el aniversario de su injusta ejecución.

Aquel acto reivindicativo le supuso un gran esfuerzo, pero se la veía satisfecha, pues lo consideraba un empeño necesario. Diversas actividades se programaron para ese día intenso, y acudimos a casi todas: la Academia Matritense, el Centro Asturiano… Por la tarde, en el Ateneo, Carmen presidió el acto y, aquella la noche, participó

como oradora en la Casa de la República. Allí María leyó el capítulo del libro de Riego, escrito por su madre, donde se contaba la muerte del héroe liberal. Estaba nerviosa, pero fue emocionante; a la mayoría de los asistentes se nos saltaron las lágrimas. Declamaba con ardiente pasión, mostrando el talento del que siempre gozó. Su madre intervino después y fue largamente ovacionada. Mi sobrina y yo recibimos ese aplauso como nuestro. Por fin, María se daba cuenta de que no eran rivales: jamás estaría a la altura de su madre, ni falta que hacía.

Quizá, ya era demasiado tarde.

Esa misma noche, Carmen llegó agotada a casa, tuvimos que llevarla en brazos hasta su dormitorio. Hubo de reconocer que la actividad de esos días había sido suicida. ¿Acaso deseaba morir? Le recriminé su actitud y lloré de rabia mientras le hablaba:

—¿Quieres matarte y, de paso, matarme a mí del disgusto? —sollocé.

—¡Ay, Ketty, querida! Me cogió un vértigo de trabajo. No quiero reconocer que mi salud es delicada, y lo llevo todo a cabo sin pensar —confesó—. Pero sabes que tengo una naturaleza fuerte. Una semana a leche, con tus cuidados y reposo absoluto, y me pondré bien.

—Una semana es poco tiempo de descanso. No dejaré que te muevas, y te prepararé todos los platos con leche que nos sabemos.

—¡Uf, Ketty! —rio—. Son demasiados: ponche de leche, plato de huevos con leche, arroz con leche, leche asada, crema de leche, cuajada de leche, pan de leche, sopa de pan con leche…

—Empezaremos por las sopas, es lo más reconstituyente —zanjé.

—¿Por qué no me preparas la sopa blanca para niños? Esa que tanto le gusta a María.

—Es bueno que tengas apetito —me alegré.

—Nunca lo pierdo —suspiró—. Y Marañón dice que debería adelgazar.

—Es el mejor médico de España, habrá que hacerle caso.

—Entonces ¿no me harás los dulces que tanto me gustan? Manjar blanco, leche asada, dulce del paraíso, arroz con leche, monteblanco a la fresa… Todos llevan leche.

—Y también mucho azúcar —repliqué.

—¡Monteblanco a la fresa! —suplicó con voz de niña.

—Olvidas que es noviembre… ¿De dónde voy a sacar las fresas?

—Está bien —se rindió—. Al menos, recítame la receta para que sueñe con ella.

Parecía una niña a punto de irse a dormir que desea que mamá le cuente un cuento. Tomé sus manos, pálidas y frías, para calentarlas, y cumplí su petición.

—Se toma medio litro de nata espesa muy fresca y se bate hasta que esté muy consistente; se mezclan entonces doscientos cincuenta gramos de azúcar, un poco de vainilla en polvo y una cantidad de fresas pequeñitas. Se coloca esta crema en pirámide en una compotera, y todo alrededor se ponen fresones y uno muy grande al final de la pirámide, y se acaba de adornar toda ella con fresas.

Antes de que terminase la receta, ya se había dormido.

90

Su intento de reponerse duró poco tiempo, menos de la semana que se propuso y, ante mi espanto, como en otras tantas ocasiones, continuó presidiendo actos y dando conferencias. Actuaba y reposaba, pero volvía a casa exhausta y sin respiración. La metía en la cama, la tranquilizaba hasta que se dormía y le preparaba una comida ligera y saludable. En cuanto se espabilaba un poco, regresaba a su frenética actividad. Yo intentaba conseguir la complicidad de su hija para convencerla de que debía parar, pero María, arrastrada por su madre, no era capaz de ver la realidad.

—Si para, se muere —me decía cuando hablábamos de la salud de mi hermana—. Creo que exagera para que la cuides y para que yo no me vuelva a marchar. Nos quiere a las dos a su lado, y así lo consigue. Tú no dejarás de encargarte de que coma bien, de escribir sus textos; y yo la seguiré a cada acto y leeré lo que ella quiera.

Quise convencerme de que tenía razón y me dediqué a facilitarle la vida.

Desde la cama, me dictó *Puñal de claveles*, su última novela corta. Se inspiró en un trágico suceso real ocurrido en el Cortijo del Fraile, en Níjar, años antes. Pienso en aquellos días como si continuaran suspendidos en el tiempo, como si las dos siguiéramos en el piso de Nicasio Gallego, viviendo, casi en carne propia, la historia de amor desesperado y ardiente que ella narraba y yo tecleaba.

Es la novela que más veces he releído, porque está ahí su voz cansada. Aún la oigo hablar, recitar cada frase. Me la sé de memoria, es el recuerdo vivo de mi hermana, que agotaba sus

últimas fuerzas. Trasladó la acción a Rodalquilar, nuestro paraíso de la infancia. Mientras ella me dictaba, recorríamos juntas los campos almerienses en primavera y volvíamos a ser niñas: «Estaba la tierra cubierta de un tapiz de florecillas menudas, blancas y chiquitas como estrellas de nieve, que cubrían las hazas».

Es la historia de dos enamorados que deciden escapar juntos la noche anterior a la boda de ella con otro hombre, arrastrados por una pasión más fuerte que los principios establecidos por la sociedad. El final es abierto, y triunfa la libertad de amar. Cada frase de *Puñal de claveles* habla de Carmen. Como la protagonista, mi hermana soñó siempre una vida distinta en otros horizontes lejanos. Se preguntaba si casarse era preciso, «porque el casarse ¿era ir al amor o al fastidio?». Colombine vivió convencida de que no era el destino trágico lo que ocurría cuando se intentaba alcanzar una vida plena, sino la plenitud de gozar de la fuerza de la pasión.

—Ramón me escribe desde Argentina —me confesó una tarde mientras me dictaba—. Dice que va a volver pronto a España. Cuando regrese conmigo, toda esta actividad se aplacará.

Se me heló la sangre y no fui capaz de contradecirla. Dudaba de que él volviera a su lado. Además, después de su fechoría, no merecía una segunda oportunidad.

—Sé que nunca te gustó del todo —dijo con la voz cansada de los últimos tiempos—. No te fiabas del él, y en parte tenías razón. Pero no conociste su lado más amable, su manera de quererme. Añoro sus brazos, Ketty; en ellos, encontraré la calma. Entre la libertad de amar y la de no amar, elijo la primera.

Puñal de claveles guarda las cenizas su pasión amorosa, por eso la obra acaba bien: los enamorados huyen, y el futuro se abre ante ellos como un enorme interrogante. El sueño de un mundo mejor llenó las páginas de su último libro. Era su testamento, aunque ninguna de las dos quisiéramos admitirlo.

Más de un año después, acudí al estreno de *Bodas de sangre*. El joven Federico García Lorca contaba la misma historia, basada en los sucesos de Níjar, pero en su obra la muerte era la protagonista. No había paz ni vida para los enamorados. La realidad era más fuerte que el deseo: un destino trágico aguardaba a cualquier intento de alcanzar una vida plena. Federico llevaba la tragedia en la sangre, como marcada a fuego en la frente.

Ana de Castro, la buena amiga portuguesa de Carmen, la invitó a pasar la Navidad en Estoril. Lejos de Madrid, disminuían los compromisos, y la animé a aceptar la propuesta. Portugal siempre fue sanador para su cuerpo: el clima, la calma y los amigos aliviaban su corazón endeble, que necesitaba constante atención médica. El viaje en tren era largo, y me preocupaba que aumentara su fatiga, pero me aseguró que estaba acostumbrada a trayectos interminables por Europa.

—En el coche cama descansaré, el tren me mece como si fuese una cuna. No te preocupes, Ketty, y disfruta de las fiestas sin tener que cuidar de nadie —me dijo antes de irse.

La eché de menos desde que la despedí en la estación.

Fueron unas Navidades extrañas, llenas de presagios, con todo el tiempo para mí, pero en continua preocupación. Daba vueltas por la casa, buscándola, mientras mi sobrina se reía de mi inquietud.

—¡Con lo bien que se está sin hacer nada y no eres capaz de relajarte! ¿Puede venir Ernesto a comer hoy? Me gustaría que probase tu guiso de cordero. ¿Cocinarías para nosotros?

Ernesto Zegarra Romano era su novio, un joven modesto y amable, de menos relumbrón que su primer marido, pero que me inspiraba más confianza. Pensé que con él sería feliz, la trataría

bien y calmaría esa inquietud funesta que la dominaba.

En esos días, mi sobrina estaba contenta, parecía haber recobrado el equilibrio y la desmemoria la beneficiaba: no recordaba el episodio con Ramón ni los desplantes del pasado a su madre, y se mostraba como una hija cariñosa, aunque algo despreocupada. Su mayor inquietud era conseguir el divorcio de su marido para casarse con Ernesto.

Por supuesto, preparé el cordero, que resultó exquisito, pero las noticias que me llegaron esa misma tarde provocaron que se me indigestara.

Rafael se presentó a visitarme, como tantas tardes, con el rostro serio y su porte estirado.

—Ketty nos ha cocinado cordero —le contó mi sobrina—. Lo que te has perdido por no casarte con ella.

—A Rafael no se le conquista por el estómago —intervine—. Y hoy trae mala cara.

—La de siempre —rio María—. Si en vez de ser judío fueses masón, como nosotras, estarías más contento. Pertenecer a la Logia del Amor nos anima a disfrutar de la vida. ¿Verdad, Ketty?

No esperó mi respuesta y, agarrando a Ernesto del brazo, salieron por la puerta.

—Me alivia que se haya marchado —me dijo sin perder el punto de la seriedad añadida que traía esa tarde—. Tengo algo grave que contarte.

Me senté frente a él, expectante y asustada. Intuía que la noticia afectaría a mi hermana. Rafael sabía que ella era mi mayor preocupación.

—Ramón ha vuelto de Argentina. Se ha casado allí. Ya ves, tantos años con Carmen como pareja fuera del matrimonio y en pocos meses decide buscar esposa. Ella se llama Luisa Sofovich, es más joven que él.

Sentí que me faltaba el aire, como si mi corazón fuese el de mi

hermana, y supe que aquello la mataría. Carmen aún esperaba el regreso del amor de su vida. Aseguraba que, cuando él volviera a sus brazos, detendría su actividad y se recuperaría. Eso ya no ocurriría, nunca encontraría la calma en los brazos de Ramón. Me eché a llorar por ella, por mí, por tantos desengaños, por el mundo injusto, por la vida deshonesta, por lo que habría de venir y yo aún desconocía. Rafael me tendió un pañuelo blanco bordado con sus iniciales, que sacó del bolsillo.

—Lo siento —balbuceó—. Es infame, lleva casi un mes en Madrid, escondido. Le da miedo que Carmen se entere, prefiere no verla para no enfrentarse a su mirada.

—Es un cobarde —pronuncié entre sollozos—. Nunca quiso asumir una responsabilidad familiar que le distrajera de su carrera de escritor. Esto matará a mi hermana. Ahora se encuentra en Estoril.

—Sería mejor que se quedase allí una temporada para ahorrarse el disgusto —comentó.

—Acabará enterándose, tarde o temprano —me lamenté—. En cuanto descienda del tren, alguien se lo dirá. Preferiría no tener que ser yo, pero temo a las malas lenguas.

—Por eso he venido a contártelo.

—¿Sabes lo que dice mi hermana? Los hombres, el mejor, asadito y con limón.

Los labios de Rafael dibujaron una sonrisa torcida. No le ofrecí ni un té, y me quejé de una jaqueca repentina a causa del disgusto. Deseaba que se fuera para escribir una carta a Ana de Castro porque, aunque no podía revelarle la situación, al menos le sugeriría lo beneficioso que sería para Carmen permanecer un tiempo más en Estoril, el lugar donde Ramón y ella vivieron sus mejores años de amor.

Retrasar el disgusto no le salvaría la vida, pero se la alargaría una temporada.

Madrid, 18 de enero de 1932

Mi querida doña Ana:

No sé cómo expresarle el agradecimiento que le tengo por su cariño y atenciones con Carmen. Estoy siempre intranquila porque me doy cuenta de su estado y de que las personas que deben evitarle contrariedades son las que se las dan. Estoy contenta de que esté al cuidado de usted, pues ha conseguido que le haga caso y se cuide más. Aquí, con la vida de trabajo que lleva, nos era muy difícil que se cuidara, dado que, con su carácter batallador y revolucionario, no podía estar quieta.

Es un momento difícil para España, y mujeres como Carmen no pueden permanecer inactivas. Me tiene muy preocupada que empeore su salud, ya que quizá la marcha que lleva la política reclame su pronta presencia en Madrid, interrumpiendo su cura de reposo al lado de usted. Sería mejor para ella y para todos que permaneciera descansando en Estoril unos meses más.

Repitiéndole mi sincero agradecimiento, con mi afecto a toda su distinguida familia, la abraza su verdadera amiga,

KETTY

91

Ana de Castro no fue capaz de retenerla mucho más tiempo en Portugal y, a finales de enero, María y yo fuimos a buscarla a la estación. La encontré con el mismo aspecto cansado con el que se marchó, aunque ella aseguraba que se sentía mucho mejor. En realidad, su salud había empeorado, y solo las inyecciones diarias que le recetó el doctor Marañón aliviaban su fatiga.

—Tienes que medir tu esfuerzo y delegar trabajo en colaboradoras —le dije, enfadada—. Es hora de que se encarguen otros. Tú ya has hecho mucho por los derechos de la gente.

—¡Todavía queda tanto por hacer, Ketty! —se lamentaba—. Voy a encabezar una campaña para abolir la prostitución. Es una forma terrible de esclavitud que no se debe consentir.

No tardó en enterarse de la noticia que yo quería ocultarle. No sé quién le reveló la mezquindad de Ramón, pero la encontré llorando amargamente en su cuarto.

—Fui una ilusa, Ketty. Era evidente que Ramón no regresaría. Después de lo que pasó con María, lo nuestro estaba acabado, y ya lo perdoné. Ahora quiere verme; alguien lo habrá convencido de que no merezco que se esconda de mí, aunque se haya casado. Está avergonzado. Antes de ser amantes, y por encima de eso, fuimos amigos.

—No merece tu amistad, ni siquiera tu respeto —salté, indignada.

—El amor pasa, la amistad nunca se olvida. Lo escribí en uno de mis primeros poemas y lo suscribo al final de mi vida.

—No creo que ver a Ramón beneficie a tu salud.

—Si no quieres verlo, márchate de paseo esta tarde. Te ahorrarás un disgusto y él, un mal trago.

Yo evitaba coincidir con Ramón. Cada domingo, sin falta, él venía a casa a hablar con mi hermana de literatura y de la vida, lo que habían hecho durante veinte años. Ni siquiera le abría la puerta; escapaba antes para no cruzarme con él en la calle, y tomaba la dirección opuesta.

Mientras duraba la visita, paseaba sin rumbo o me acercaba a la glorieta de Barceló y me sentaba en un banco del parque para ver jugar a los niños y leer. Antes de que anocheciera regresaba, porque sabía que Ramón ya se habría marchado. No volví a cruzarme con él ni a escuchar su voz en vida de mi hermana. Todas las mañanas, la llamaba por teléfono para desearle los buenos días. Nunca descolgué el aparato.

Una de esas tardes, encontré a Carmen contenta como una niña el día de Reyes. Ramón le había regalado una tórtola de plumas gris perla y alas veteadas de dorado que revoloteaba alrededor de ella.

—¿De dónde ha salido ese pájaro? —pregunté, espantada.

—Ramón dice que me alegrará y me hará compañía.

—¡Yo te hago compañía! —repliqué—. Esa paloma no hará más que ensuciar la casa y luego tendré que limpiarlo yo.

—No seas aguafiestas, Ketty. Y no es una paloma, aunque lo parezca.

Nunca pensé que una tórtola fuese tan lista. Se pasaba el día subida al hombro de Carmen, comía de su boca y la seguía a todas partes. Mi hermana le hablaba, y el animalillo parecía entender sus palabras. Nunca sus excrementos mancharon la ropa de mi hermana; sin embargo, las cortinas y el sofá sí sufrieron, y tuve que limpiarlos, sin dejar de protestar. He de reconocer que supuso una alegría para ella, cada vez más delicada, pues la entretenía las horas interminables encerrada en casa y las convertía en un juego. Lo que me fastidiaba era que fuese un regalo de Ramón.

Alejarla de Madrid era la única manera de evitar su actividad incesante. Las instituciones la reclamaban y ella no sabía decir que no.

—Lo mejor sería que descansaras en un balneario. Esos lugares están pensados para la sanación —le recomendó Gregorio Marañón en una de sus visitas—. El año pasado yo mismo estuve en uno precioso, en Francia.

—¿Qué balneario es ese? —preguntó mi hermana.

—Está entre el Pui de Dôme y Clermont-Ferrand. Es muy lujoso.

—Demasiado lejos —objeté.

—Ketty, he llegado hasta Rusia y más allá de Argentina y Chile —saltó ella—. Francia es el país de aquí al lado. Iré a Royat en septiembre, que el tiempo será suave para viajar. El tren llega a casi todas partes.

—No pienso dejarte sola —aseguré.

—Pues vente conmigo, lo pasaremos bien.

No hubo manera de convencerla de lo contrario, y me encontré embarcada en un eterno viaje en tren. Ella, acostumbrada a los largos periplos, no se quejó en todo el trayecto, pero a mí se me hizo interminable.

Por fortuna, el prolongado desplazamiento mereció la pena y, cuando llegamos al balneario, pensé que nos encontrábamos en un sueño de *Las mil y una noches*. Nunca había visto un lugar tan hermoso, con una arquitectura tan refinada y suntuosa. En Royat nos encontramos con la escritora francesa Gabrielle Réval, vieja amiga de Carmen que nos puso al tanto de las costumbres y la historia del balneario. Gabrielle, maestra y feminista como nosotras, era una fiel defensora de la educación de las niñas, y aseguraba que solo una mujer rica podía conciliar, hasta cierto punto, sus deberes de madre con la literatura. ¡Cuántas buenas escritoras se habrán

perdido y a cuántos malos escritores hemos leído!

La aristocracia y la burguesía de Europa se daban cita allí; muchos reyes y artistas de renombre lo visitaban. Arcos monumentales, columnas jónicas y estatuas de dioses recordaban su pasado romano. El manantial estaba cubierto por una cúpula de vidrio hermosísima, como una pieza de orfebrería. Me extasiaba contemplando el coqueto quiosco, viendo pasar a los bebedores de agua y a las señoras vestidas con ropas de una elegancia nunca imaginada. Los llamativos sombreros de las damas competían en distinción, y el ambiente era relajado y distinguido.

La cocina pasaba por ser una de las mejores y más refinadas de Francia, pero me pareció sosa, y eché de menos el aceite de oliva, pues guisar con mantequilla desmerece los platos.

—Como en nuestra casa, no se come en ninguna parte —nos susurró mi hermana a Gabrielle y a mí, mientras degustaba una de las especialidades del restaurante.

—Desde luego, no en vano hemos escrito tres libros de cocina —corroboré.

—Soy miembro del Club des Belles Perdrix, el primer club gastronómico de escritoras francesas —contó Gabrielle—. Y, desde luego, esta comida no es tan exquisita como dicen, es mucho mejor la de mi restaurante, Chez Les Vikings.

—Pero no me negarás que las galletas de mantequilla del desayuno son inmejorables —comentó Carmen.

—¡Los franceses y la mantequilla! —reímos.

Los días pasaron en una placidez alejada de la realidad. No existían las prisas, ni los compromisos, ni los encargos, ni siquiera las tareas cotidianas a las que estaba tan acostumbrada. El silencio se imponía y, durante la estancia en el balneario, hablamos poco; nos mirábamos y sonreíamos con complicidad. Nos bastaba con la tranquilidad y la compañía. El agua termal cumplía su cometido, y nosotras disfrutábamos de la belleza del lugar, como suspendidas en

el tiempo.

El viaje de vuelta se me hizo menos largo. Habría preferido no llegar tan pronto a Madrid pues, como me temía, Carmen reanudó enseguida su incansable actividad, convencida de que en Royat se había recuperado de su dolencia, aunque resultaba evidente que no era así.

La tórtola, que María se encargó de cuidar en nuestra ausencia, la recibió con más entusiasmo que su hija, y no se bajó de su hombro ni cuando se acostó a dormir.

—No dejarás que el pájaro se quede en tu cama, ¿verdad? —pregunté, enfadada.

—¡Qué importa! Velará mi sueño.

—¡Como te manche la almohada, lo limpias tú!

En venganza, la tórtola no ensució la cama de mi hermana, pero depositó su huella en el vestido que yo había dejado fuera del armario. Las risas de Carmen aún resuenan en mi memoria.

92

Aquella mañana de sábado, la tórtola se mostró inquieta, y Carmen más fatigada de lo habitual. Intenté convencerla para que no asistiera al acto programado, pero, como de costumbre, no me hizo caso. Por la tarde, la acompañé a la sede del Círculo Socialista, donde participaba en una mesa redonda sobre educación. Pendiente de mi hermana, no escuché las palabras de los asistentes, pues vi que respiraba con dificultad. Cuando tomó la palabra, la fatiga era tan evidente que, después de pronunciar la primera frase, el mareo la detuvo.

Corrí hacia ella, pidiendo un médico. En la sala se encontraban los doctores Iranzo y Estellés, amigos de Carmen, que la atendieron al momento.

—Llamad a Gregorio —dijo con un hilo de voz.

Si pedía la presencia de Marañón, se encontraba peor que otras veces. Cada vez se la veía más pálida, apenas se movía, no hablaba, y me inquietaba que los médicos no hacían nada para mejorar su estado. Dicen que Gregorio y la ambulancia llegaron enseguida, aunque me pareció que tardaron siglos. Durante ese tiempo, a mi hermana se le escapaba la vida. Intenté permanecer serena, como ella, pero la angustia y el miedo me devoraban.

La trasladaron a casa, cada vez más débil, desmayada y exangüe.

Los doctores le hicieron una sangría y le inyectaron varias ampollas de aceite alcanforado.

—Carmen, respóndeme —le dije al oído, esperando una respuesta.

Abrió un poco los ojos y me miró por última vez.

—Viva la república —musitó.

Después, enmudeció para siempre.

No solté su mano ni siquiera cuando, a las dos de la mañana, Marañón certificó que mi hermana había fallecido. No grité, no lloré, solo sentí un vacío inmenso, como si me enfrentara a un precipicio, y un dolor agudo se me clavó en el pecho como un puñetazo.

María llegó tarde. Hacía una hora que su madre había fallecido. Si hubiera tardado más, se habría enterado por la prensa. No tuve fuerzas para reprocharle nada.

Ella sí gritó, se desesperó, se volvió loca, se agarró al cuerpo de su madre y no quería soltarse. Tuvimos que tirar de ella para que se llevaran el cadáver.

Nos quedamos las dos, desconsoladas y huérfanas. A María se le había muerto la madre y, a mí, mucho más que eso. Carmen fue mi hermana perfecta, mi madre, mi escudo, mis ojos para ver la vida, mis piernas para recorrer el mundo, mi cómplice, mi amiga, mi confidente y el sentido de mi existencia.

El doctor Estellés inyectó un calmante a mi sobrina que la mantuvo medio adormilada el resto del día, aunque no dejó de llorar abrazada a mí.

—He sido yo, tía —sollozó—. Yo la he matado.

Lo que ocurrió después se me aparece cubierto con una neblina en la memoria.

El domingo por la tarde, en el cementerio civil de Madrid, caía una lluvia menuda. Fue una enorme manifestación de duelo en la ciudad, pero me sobraban todas esas personas que creían haber perdido algo. Seguro que allí se encontraban muchos de los que la criticaron, otros que se aprovecharon, y me sentía rabiosa por tanto

cinismo. Yo era quien sufría de verdad, la única que estuvo a su lado siempre, quien guardó sus secretos, quien la acompañó y la cuidó durante su enfermedad. ¿A qué venían tantos homenajes? ¿Querían seguir usando su nombre para medrar?

«Yo era su amigo», «Estoy desolado», «La apreciaba mucho». ¡Cuánta gente me dijo eso! Yo no les creía, me daban rabia sus falsas palabras todas mentira. ¡Si supieran lo que mi hermana pensaba de ellos! Una pandilla de hipócritas, eso le parecerían. Ese día fatídico proclamaban que Colombine era la primera mujer de España, la mejor escritora, la más generosa y humana. En aquel instante los odié por sus palabras y los odio ahora por su silencio.

Me crucé con Ramón, pero bajé la mirada. No deseaba recibir su pésame. Él era el culpable de que el corazón de mi hermana, la mujer que supuestamente amó durante dos décadas, se rompiera de dolor.

Otros, los menos, eran sinceros, como Dolores Cebrián y su marido, Julián Besteiro, que encabezó la comitiva fúnebre. Supieron demostrarme que la querían, pues no me abandonaron nunca. El tiempo me reveló la verdad de los sentimientos de tanto doliente fingido. Solo les interesaba el brillo de Carmen, la fuerza que irradiaba y de la que bebían. Cuando el fulgor se apagó, se apartaron.

Se sucedieron homenajes y artículos elogiosos en los periódicos. No quise leerlos. Mi dolor era tan grande que nada lo consolaba, y mucho menos las palabras de gente que ni siquiera había pisado nuestra casa cuando mi hermana se encontraba enferma.

María se empapó de las necrológicas, de las glorificaciones en la prensa, de las cartas de pésame llenas de frases huecas. Según decían, todos eran sus mejores amigos, todos contaban anécdotas que vivieron con ella y lo mucho que le debían a Colombine. Hasta Ramón expresó su hondo dolor y su luto por la muerte de alguien a quien quiso mucho. No me sorprendió.

Mi sobrina, que se debatía entre la desesperación absoluta y la euforia, se lo creía y se enorgullecía como si hablaran de ella.

El resto de mi familia, incluida mi madre octogenaria, reaccionó de igual manera. Dentro del dolor inmenso, agradecían las muestras de afecto y el reconocimiento de tanta gente ilustre, incluso del extranjero. El luto por su fallecimiento presidió las primeras páginas de los periódicos en los que colaboró dentro y fuera de España. Se había perdido a una celebridad. A mí me sobraba tanto panegírico.

—Habrá que escribir una carta de gratitud para que se publique en *El Liberal*. Es imposible responder a todas. ¿Quieres hacerlo tú, Ketty? —me preguntó María.

—De ninguna manera —me negué—. Eres su hija, debes ser tú. Lo más importante es que nadie olvide la valentía y el tesón con los que luchó por la defensa de los derechos de las mujeres.

Solo me aliviaban las visitas de los amigos de verdad, los que siempre estuvieron y no me abandonaron ni mancharon su recuerdo.

Violeta se ofreció a quedarse con nosotras para atendernos en aquellos difíciles momentos, y me consoló con palabras sinceras:

—Ha muerto como ella quería, Ketty, defendiendo los valores de la república. Con más de sesenta años, tenía tanto ímpetu y más ilusión que a los treinta. El sueño que habíamos esperado toda la vida se está haciendo realidad y, aunque yo no haya salido elegida como candidata al Congreso, continuaré luchando. Se lo debo a tu hermana.

—Eres igual que ella, las dos incansables —suspiré—. Escucharte es como tenerla cerca.

—Me tendrás a tu lado siempre, querida amiga. La logia masónica a la que pertenezco te envía sus condolencias y su apoyo incondicional.

Rafael tampoco me defraudó, aumentaron sus visitas y se mostraba tan compungido como yo.

—Al principio no fui justo con ella, tú lo sabes bien —se lamentó —. Fue una gran mujer, la más grande de este siglo. Ha tenido una muerte heroica, Ketty, clamando por la república.

—La república no va a devolverme a mi hermana —sollocé.

—Hace años, había quien aseguraba que Colombine no tenía corazón, y mira ahora. Los golpes de la vida fueron a dar en él hasta que no pudo más.

Me desahogué, y solté toda mi rabia hacia Ramón. Necesitaba que me escucharan y que reconocieran la enorme culpa de su desagradecido amante.

—Bien que se lamenta de su muerte estos días en los periódicos y círculos literarios —me contó Rafael—. Se lo debe todo a tu hermana, nadie lo ignora. La joven de la que se ha enamorado no es linda ni tiene el prestigio de Colombine.

—No quiero saber nada de ellos —salté, rabiosa—. Me han arrancado lo que más quería.

—No ha sido solo Ramón, desengáñate. Ella misma agotó sus fuerzas. Murió como quiso, haciendo lo que amaba, hasta el final.

Estallé en un llanto incontrolable, como no lo había hecho hasta ese momento. Rafael me abrazó con ternura y no me soltó hasta que me tranquilicé.

—¿Estarás bien? —me preguntó antes de marcharse.

—Si vuelves pronto, lo estaré.

—Cuenta con ello, amiga.

Aquella palabra me pareció la más hermosa del mundo, la única que me podía aliviar. Rafael la ha cumplido con creces, ha demostrado que es un hombre de bien en un mundo donde el mal campa a sus anchas.

93

Recibí con agrado la visita de Dolores Cebrián, a quien conocí en Toledo cuando trasladaron allí a mi hermana y que tanto nos ayudó en esos primeros años. Era la directora de la Normal de Maestras, y fue quien comunicó el fallecimiento de Carmen al Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Su marido, Julián Besteiro, presidía las Cortes y, a pesar de que mi hermana se marchó del Partido Socialista, nunca dejaron de admirarse y colaborar.

—Quiero expresarte nuestro pésame —me dijo en nombre de su marido y en el suyo propio—, y el enorme agradecimiento que le deberemos siempre a tu hermana. Amaba a los humildes, y su corazón bondadoso no consentía las injusticias sociales. Debemos perpetuar el nombre de tan gloriosa mujer, escritora de fama mundial y eminente figura del feminismo.

Me emocioné, como cada vez que oía hablar de mi hermana con sinceridad.

La última visita que esperaba apareció a los pocos días. Miquel Viladrich venía a darme el pésame. Hacía tiempo que no me escribía, y pensé que se había olvidado de mí, de nosotras. Se encontraba en Madrid, camino de una nueva aventura, recién llegado de su refugio en Fraga. Me abrazó y recordamos viejos tiempos.

—Cuando éramos pobres soñadores, Colombine nos acogió en su tertulia. Sin ella, seguiría siendo un desconocido, y sin ti… —dudó.

—Te habrías muerto de hambre.

Reímos en medio de la tristeza. Solo los amigos de verdad me sacaban de la melancolía y conseguían que el dolor en el pecho disminuyera.

Le pregunté por su actividad artística. Sabía que en España también se había convertido en una celebridad, hasta había retratado al rey Alfonso XIII, aunque no fuesen buenos tiempos para la monarquía.

—Quiero seguir experimentando nuevas fuentes de inspiración, irme a un lugar exótico, salir de Fraga otra temporada. Viajaré a Marruecos, a Tetuán, con toda mi familia. Quiero pintar artes y oficios marroquíes, retratar a la gente de allí: pastores, zapateros, tintoreros, aguadores, tejedores… Será una estancia provisional, Fraga es mi lugar.

—¿Cómo está Ana? —pregunté. No había olvidado el nombre de su esposa.

—Bien, me ayuda mucho. Tenemos un hijo que se llama Alejandro.

—Me alegro por vosotros. —Mi voz debió de sonar triste.

—Te has sacrificado por tu hermana —dijo, tomándome de la mano.

—No creas, hice lo que deseaba. He vivido mucho a su lado. El mundo entero pasaba por su casa, y estar con ella me permitió conocer a gente extraordinaria, como tú. Su brillo y su fuerza me daban la vida, y ahora… —sollocé.

—Has sido la hermana perfecta, debes sentirte orgullosa de ello. Y a los demás nos has hecho felices con tu encanto y tus empanadillas.

—Hace semanas que no cocino, no tengo ganas. He perdido la ilusión.

—No digas eso, ahora eres la guardiana de su memoria. Nadie la conocía mejor que tú. Ese es tu legado.

Miquel me abrió los ojos. Le creí porque tenía razón, descubrí en sus palabras el sentido del resto de mi vida, la ilusión que me mantendría en pie. Conservar su recuerdo era mi misión, la que me mantuvo fuerte en medio de la destrucción, la única razón de mi existencia.

—La biografía de Larra me acompañará a Marruecos; en ese libro, os llevo a las dos —me dijo al despedirse. Estaba segura de que no mentía.

Regresé a la cocina para calmar mi duelo. Al principio, solo era capaz de elaborar platos sencillos, de los que se hacen solos, tardan tiempo y obligan a quedarse en casa, como el cocido. El olor de la olla en ebullición siempre me pareció el del hogar: era sentirse a salvo, como si Carmen estuviese a punto de llegar de sus clases, de un viaje o de un mitin.

Un anciano Antonio de Hoyos acudió a visitarme. Llegó acompañado de un jovencito atildado, muy parecido al Luisito Pomés que acabó engañándolo. El marqués era incorregible. El chico le hacía de traductor con el lenguaje de signos y, en lugar de monóculo, llevaba unas gafas de gruesos cristales porque había perdido visión. Nos abrazamos. Sentí que había menguado: estaba más flaco y encogido, aunque se le veía animado.

—He pasado malos momentos —me contó—. Estoy casi arruinado, mi madre me desheredó, pero la llegada de la república me ha dado la vida. A partir de ahora, no me insultarán por la calle, no me gritarán «apio» y podré salir con quien me dé la gana —dijo mirando al joven, de quien no recuerdo el nombre.

—No te fíes —le advertí—. Este país sigue siendo muy conservador. Mi hermana decía que aún quedaba mucho por hacer para conseguir la justicia y el respeto.

Hablamos de nuestras amigas Cándida y Antonia. Ambos

sabíamos que se encontraban bien y felices en Perpiñán, pues nos seguían escribiendo.

—¡Qué bien hicieron escapando de esta España intransigente! Si yo pudiera… —suspiró—. La república me concede un respiro, y ya soy demasiado mayor para huir; mis achaques me impiden salir de casa. Llegar hasta Nicasio Gallego me ha costado un triunfo… Me ha ayudado este amigo que hace báculo de mi vejez.

Le agradecí el esfuerzo y le prometí visitarlo pronto.

—Espero que me traigas unos dulces, aunque no deba comerlos.

Meses después, le llevé las primeras magdalenas que logré preparar, y las devoramos juntos recordando a mi hermana.

94

Llegaron cientos de cartas de pésame que mi sobrina leyó entre lágrimas. Ana de Castro, su inseparable compañera portuguesa, me prometió homenajes y reconocimientos hacia mi hermana en su país, y me invitó a asistir a ellos. Aunque no acudí a ninguno, se lo agradecí sobremanera. Me irritaba que otros celebraran actos en su honor y no informasen a la familia; me parecía una enorme falta de respeto, y los odié por ello.

La breve carta de Gabrielle Réval, llena de sentimiento, me trasladó al balneario que compartimos unos meses antes, donde fuimos plenamente felices por última vez.

Cándida y Ángela me enviaron sus condolencias, y me invitaron de nuevo a formar parte del restaurante Chez Dupont, como si la muerte de mi hermana me liberase de la obligación de permanecer en Madrid.

Leí la sentida carta de Unamuno y le conté a mi sobrina que conservaba una pajarita que me regaló un año antes.

Las primeras Navidades sin Carmen me parecieron unas fiestas sin sentido. Las pasamos con la familia en Almería, pues mi anciana madre, herida de muerte por la pérdida de su hija mayor, nos quería a todos los hermanos juntos para aliviar su pena. Se aferró a la religión y cumplimos con todos los ritos católicos. Nunca le hablamos de nuestra pertenencia a la masonería, jamás lo habría entendido.

La ciudad entera se acercó a darnos el pésame. «Hemos perdido a nuestra hija más ilustre», decían, y yo me mordía la lengua para no llamarlos desmemoriados.

Ángela lloró a mi lado. Nos habíamos convertido en dos mujeres mayores, pero a ella le quedaba la ilusión de los hijos.

—¿Por qué no te quedas en Almería con tu familia? No necesitarías trabajar, ya nada te ata a Madrid, y aquí tendrás una vida plácida.

Ella también pensaba que mi destino se encontraba tan unido al de mi hermana que ya no tenía sentido seguir en la capital, pero debía mantener su legado y cuidar de su hija. Además, comprendí que necesitaba continuar con mi trabajo y disfrutar del bullicio y la gente.

Ya no era la jovencita asustada que paseó por primera vez hasta la Puerta del Sol. Me había convertido en una mujer de mundo, del mundo inmenso y creativo que encerraba Madrid, la ciudad que no dormía y de la que jamás quise escapar.

Vicente se vio obligado a cruzar la mirada conmigo para darme el pésame: me tendió la mano y noté que le temblaba. Era una mano sarmentosa, distinta de la que me acariciaba en Melilla, no la reconocí. Tampoco sus ojos me parecieron los mismos, ni el timbre de su voz, que se había vuelto más oscuro, como de hombre curtido. Era un tipo duro, comprometido con la causa revolucionaria, muy distinto al que amé.

Ángela me contó que se había presentado a las elecciones por el Partido Comunista en Granada, pero no había salido elegido. Más que orgullosa, la noté inquieta, como si tanta revolución le viniese grande. Me costó convencerla de que mi lugar no estaba allí, y le prometí que la visitaría más a menudo. Mi ahijada Cati crecía: ya era una jovencita risueña y educada. Me la habría llevado a Madrid, para que estudiara y conociera un mundo más ancho, pero me parecía una crueldad separarla de su madre, sobre todo por Ángela,

que la adoraba y deseaba lo mejor para ella. Por eso no me atreví ni siquiera a proponerlo.

Sin mi hermana, la vida se volvió espesa. Yo caminaba como si me arrastrase el viento, sin voluntad, hueca. Seguí con mi trabajo en el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, donde la euforia presidía cada acto, aunque me costaba reconocer el momento histórico que vivíamos. Carmen habría continuado defendiendo la labor de la República, así que yo lo hice por ella.

Mi sobrina inició, de nuevo, una deriva descendente. Su duelo le impedía dormir: pasaba las noches llorando y gritando. Yo me levantaba para consolarla, aunque resultaba inútil. Luego, por el día, se marchaba a la calle, nunca supe adónde, y regresaba a altas horas con un aspecto lamentable. Me decía que la habían contratado en un teatro, pero yo sabía que no era cierto. En su estado, nadie lo habría hecho. La culpa la destruía, igual que a mí la tristeza y la soledad.

La situación económica se resintió. Sin los ingresos de mi hermana, mi sueldo no alcanzaba para mucho. Tuvimos que abandonar el piso de Nicasio Gallego, adonde aún llegaba correspondencia a su nombre, e instalarnos en otro más humilde, a pocos metros, en la calle Sagasta. Cargué con todos sus muebles, sus objetos, sus libros, sus recuerdos. Los retratos de Carmen presidían el salón, como si aún se encontrase entre nosotras.

Al principio, no le negaba nada a María. La veía tan indefensa y angustiada que no deseaba añadir preocupación a su duelo. Después, consciente de que usaba mi dinero para gastos innecesario y peligrosos, empecé a decirle que no, con el consiguiente rechazo por su parte.

Mi sobrina vivía presa de una terrible agitación que solo calmaban el opio y la cocaína. Se peleó con Ernesto, su prometido,

y no me explicó los motivos. Supongo que el hombre acabaría harto de los desequilibrios y los excesos de su novia. Por eso, cuando me dijo que se iba a San Sebastián, me alegré, aunque me sentí culpable por ello. Escuchaba la voz de Carmen, que me decía: «No abandones a mi niña», y yo me contestaba que a María jamás pudimos detenerla, ninguna de las dos.

Antes de marcharse, envió una carta a la esposa de Ruiz Castillo, el editor de Biblioteca Nueva, donde mi hermana había publicado sus últimas obras.

—Le he escrito varias veces y no me ha respondido —me contó, enfadada—. Se pensará que, como mi madre ha muerto, no tiene que rendir cuentas a nadie. A ver si su esposa me hace caso. ¡Soy la heredera de Colombine! Con todo lo que publicó, debe ser bastante dinero.

—Los derechos de autor no dan para mucho, al menos eso decía tu madre —respondí—. Sé respetuosa con la señora.

—Te leo la carta, a ver qué te parece.

A Paz de Ruiz Castillo, de María A. de Burgos

> Mi distinguida señora y amiga:
>
> El dolor por mí experimentado por la pérdida de mi adorada madre me ha tenido alejada de todo, pero, desgraciadamente, la vida se impone en toda su dureza y es necesario seguir en ella, aunque por dentro se esté ya un poco muerta.
>
> Me atrevo a molestarla para que sea usted intercesora ante su marido de mi deseo y mi necesidad de saber si de los dos últimos libros por él editados, *Riego* y *Quiero vivir mi vida*, hay alguna liquidación a mi favor.
>
> Le agradeceré mucho que conteste a San Sebastián, Pensión Peña, Oquendo 6.

—¿De verdad te sientes así, un poco muerta? —La desesperación y la tristeza que trasmitían sus palabras me enternecieron—. No te

vayas, quédate conmigo. Te prometo que te cuidaré mejor que nunca.

—Debo escapar de esta ciudad donde todo y todos me recuerdan a mi madre —sollozó—, y donde la gente sabe que no soy ni un pálido reflejo de ella, donde hay quienes me miran y cuchichean, donde me repudian hasta en los teatros. Fuera de aquí, empezaré una nueva vida.

No logré impedir su marcha. No se fue de España, pero me pareció que había emigrado a un lejano y recóndito país, pues apenas tuve noticias de ella durante bastantes meses. No era buena señal. Dudaba de que las cosas le fueran bien, y me preocupaba que vagase por las calles de San Sebastián como una maleante. Le envié dinero varias veces a la dirección de la pensión, pero nunca me respondió para agradecérmelo ni para confirmar que lo había recibido.

95

Entretanto, la República se precipitaba hacia el vacío. El mundo, de pronto, se agitó como un torbellino, y se sucedieron huelgas, enfrentamientos políticos, desórdenes, ruido en las calles y miedo. No era esa la república que Carmen deseaba y, dentro del inmenso dolor que supuso su muerte, me alegré de que no viviera para ver la descomposición de la realidad que ella había ayudado a crear, por la que había luchado hasta la extenuación. Su obra no eran solo los libros publicados, sino también los derechos y las libertades adquiridas con el empuje de sus palabras.

Apenas dos años después de su fallecimiento, en octubre de 1934, se produjo una huelga general revolucionaria, con sucesos violentos muy graves en Cataluña y Asturias. Yo escuchaba las noticias en la radio y, presa del pánico, apenas dormía. Los amigos que aún me visitaban compartían mi inquietud, aunque algunos no se mostraban tan pesimistas. Violeta creía que las aguas volverían a su cauce cuando los trabajadores cobraran un salario justo. No quería reconocer que los fascismos avanzaban a galope por Europa y nos salpicaban sin remedio.

Rafael, que siempre fue un pesimista redomado, auguraba un futuro complicado, pero ninguno de los dos podía imaginarlo tan demoledor. Recuerdo nuestra conversación una tarde lluviosa ante la minúscula mesa de la cocina en el piso de la calle Sagasta. Me había acostumbrado a recibir a los amigos de confianza en mi refugio, junto a las cacerolas, con el olor a guiso recién hecho, que me evocaba el calor del hogar. Si, además, había preparado unas

magdalenas, el lugar era perfecto.

—He acabado la biografía de Dostoievski —me contó mientras masticaba. Solo se comió una «para no hacerte el feo», según decía —. La editorial Aguilar la imprimirá este mismo año.

—¡Por fin! Es muy buena noticia, estarás contento.

—¡Ay, Ketty! Llevaba años con esta obra, traduciendo las novelas, y ahora que el trabajo da sus frutos, lo veo todo bastante negro. La tertulia de El Universal está tomando un cariz peligroso. Acuden algunos radicales comunistas como Eusebio Cimorra, Ramírez Ángel o Ramón J. Sender, pero ahora aparecen también falangistas como Alfredo Marqueríe, José San Germán o Alfonso Cadenas. Y entonces no imaginas el escándalo que se organiza: las discusiones son muy violentas, a veces han llegado a las manos, y varios asistentes han aparecido por el café con un arma en el cinto.

—¡Qué horror! —exclamé—. Tienes que cortarlo.

—¿Cómo? El ambiente está enrarecido por todas partes. Ahora apenas se habla de literatura. Las conversaciones giran en torno a la política y la conflictividad laboral. Esta situación puede estallar en cualquier momento.

—No digas eso —salté espantada—. Me asustas.

—Quizá estarías mejor en Almería, con tu madre y tus hermanos. Madrid es un peligroso hervidero.

—Mi lugar está aquí, donde estaría Carmen, trabajando para la República.

—¡La República está enferma!

—Pues yo estaré con ella hasta el final —respondí como lo habría hecho Colombine.

La muerte de la República no tardó en llegar. El clima de violencia y conspiración se acrecentó tras la victoria del Frente Popular, que unió a los partidos de izquierdas, y el fascismo no dejaba de

extenderse por Europa. La situación era insostenible y el orden público, incontrolable.

Mientras, vivía sumida en la tristeza, y solo el trabajo, la lectura y la cocina me anestesiaban. La ausencia de mi sobrina me generaba intranquilidad, aunque intenté convencerme, sin lograrlo, de que ni su madre había podido evitar la deriva de María.

Al llegar a casa, consumía mi ración de llanto y luego cocinaba como si viviese con una familia numerosa mientras escuchaba la radio. Mis compañeros del ministerio se alegraban de mis arrebatos culinarios, pues ellos se lo comían todo.

Las tardes en que me encontraba más desolada era cuando elaboraba las recetas más deliciosas. Violeta, que me conocía, solía visitarme los miércoles, en recuerdo de la tertulia de Colombine.

—Ayer debiste de llorar mucho, estas torrijas están para chuparse los dedos —me dijo la Semana Santa del 36. Fueron las últimas que hice hasta que acabó la guerra que vendría—. Creo que el ingrediente secreto son tus lágrimas.

Llegó el verano y, a pesar de la insistencia de mi familia, no me fui a Almería. Esperaba el regreso de mi sobrina, y no deseaba que encontrara una casa vacía en una ciudad convulsa y peligrosa.

Los acontecimientos se precipitaron a partir del 12 de julio, con el asesinato del teniente José Castillo y la posterior venganza: la muerte del diputado Calvo Sotelo, al día siguiente, a manos de descontrolados militantes socialistas. Los rumores apuntaron a que había sido asesinado por orden del Gobierno, lo que creó una tremenda convulsión política, y la población se polarizó aún más. La violencia en las Cortes, espejo de la calle, provocó que se suspendieran las sesiones.

Durante esos primeros días de incertidumbre y agresividad, escuchaba las noticias, lloraba y cocinaba con cualquier cosa que

tuviese en la despensa, pues me daba pánico salir a la calle y caminar sola hasta el mercado Barceló, donde compraba siempre.

Fue Rafael quien me informó de que, en África, ocurría algo grave. Acudió a casa muy temprano, con el rostro desencajado.

—Antonio Galiano, locutor de Radio Nacional, me contó anoche que en Melilla los militares se han sublevado, y tuve que llevar la noticia a la redacción de *La Libertad*. No he dormido.

Le preparé un café, que se bebió de un trago, y se dejó caer, derrotado, en una silla de la cocina.

—Hermosilla, el director del periódico, muy alarmado, ordenó al administrador que se facilitasen pistolas a los redactores.

—¿Cómo ha reaccionado el Gobierno?

—No se quieren enterar, Ketty. El presidente Casares Quiroga dice que está todo tranquilo, y José Alonso Mallol, responsable de la Dirección General de Seguridad, asegura que no tiene conocimiento de las operaciones militares que se han iniciado en Melilla. No salgas a la calle en todo el día, esto se va a poner feo. Yo iré a los cafés de la Puerta de Sol a ver qué se cuece.

—Pondré la radio para enterarme de las novedades.

—¿Estarás bien? —me preguntó, preocupado.

—Sí, he sobrevivido a cosas peores —respondí refiriéndome a la muerte de mi hermana.

—Esto puede ser peor —sentenció antes de marcharse.

No me despegué de la radio ni ese día ni los sucesivos, era un manojo de nervios. Ni siquiera cociné ni tuve apetito. A las tres de la madrugada anunciaron que Azaña había encargado a Diego Martínez Barrio que formase un gobierno de centro, sin los socialistas, un gobierno provisional conciliador. En la calle se oían voces y disparos que me aterrorizaban.

—¡A la guerra! —oí que gritaban—. ¡Huelga general! ¡Armas para el pueblo!

Acobardada, me escondí en la cocina que daba a un patio

interior, donde se oía el sonido lejano de los aparatos, cuchicheos ininteligibles del vecindario, portazos que me sobresaltaban y el eco del barullo de fuera. Cerré la ventana, a pesar del calor sofocante del mes de julio madrileño, y ni siquiera salí de allí para dormir, pues el balcón de mi alcoba daba a la calle y no cesaba el caos. Me acomodé en un sillón que llevé desde la sala y no conseguí pegar ojo hasta la madrugada. Si hubiera sido católica, habría rezado a todos los santos. Desde mis creencias, solo podía rogar a un desconocido ser supremo para que nos librase de la barbarie; porque el humanismo que predicaba la masonería, la búsqueda de la verdad, el desarrollo social y el progreso moral del ser humano parecían una utopía en aquellos aciagos momentos.

96

Unos golpes me despertaron con gran sobresalto. Llamaban de forma insistente. Temí que fueran hombres armados y que descerrajaran la puerta a golpe de fusil. Me acerqué, temblorosa, y oí una voz suplicante que me llamaba por mi nombre.

—¡Abre, Ketty, por favor!

—¿María?

Al principio no la reconocí, parecía haber envejecido un siglo. Cada regreso a casa suponía un peldaño más en su descenso a los infiernos.

—¿Qué te ha pasado? —logré preguntarle, antes de que se cayera al suelo desplomada.

La arrastré, como pude, hasta la cama. Estaba delgada en extremo, llevaba días sin dormir, tal vez sin comer. La ropa sucia, el cabello revuelto y los zapatos rotos le daban aspecto de pordiosera. En otras ocasiones había llegado en mal estado a casa, pero jamás como aquella mañana de julio. La desnudé sin dificultad, pesaba menos que cuando era niña, y la lavé con cuidado mientras ella balbuceaba palabras ininteligibles y llamaba a su madre. Cuando la escuché pronunciar esas dos sílabas, «ma-má», fue cuando rompí a llorar.

—¡Mamá! —repetí entre sollozos.

Pero yo no llamaba a mi anciana madre, sino a mi querida hermana. La necesitaba a mi lado para ahuyentar el miedo, para afrontar el descalabro de su hija, para no perecer de angustia.

—Quiero despertar de esta pesadilla —pensé en voz alta.

Pero la pesadilla no había hecho más que empezar.

El 20 de julio mi sobrina seguía recuperándose, dormitando, sudando y llorando. A las siete de la mañana oí el estruendo de la artillería que bombardeaba el Cuartel de la Montaña y, un rato después, el estallido de las bombas que lanzaban desde aviones. Es un sonido aterrador, lo he escuchado demasiadas veces, es el sonido del infierno.

El día antes de primer bombardeo contra la población de Madrid, Rafael nos visitó. Quería interesarse por el estado de María, que se recuperaba con lentitud, y traspasarme su pesimismo justificado.

—La Puerta del Sol está tomada por milicianos armados que piden carnets sindicales o de partidos de izquierda —me contó, alterado—. Yo no llevo nada de eso, pensé que me detendrían. Menos mal que el joven poeta Esposite me ha avalado para superar el control.

—¿Ahora hay que tener carnet del Partido Comunista para pasear? —pregunté, estupefacta.

—Están armando al proletariado. Esto es la revolución comunista. Los republicanos estamos ya de más, ¡la República ha muerto! ¡Y la literatura, también!

—Volvemos a estar de luto, Rafael —sollocé.

—Toma —dijo tendiéndome un ejemplar de *La Libertad*—. He escrito un artículo para el periódico: «La revolución de los jóvenes». Quizá sea el último que escriba en mi vida.

—¡No digas eso! —Pensé que Rafael auguraba su muerte, pero se trataba de su desaparición de la prensa.

—¿Para qué escribir, si nadie te va a leer en estas circunstancias?

—Ya mejorará la situación. La revolución no puede ser eterna.

—Pero sí mortal.

Los primeros bombardeos de la historia a una ciudad los sufrimos en Madrid. María y yo salvamos la vida de milagro, pues el impacto de una bomba destruyó el edificio contiguo y el nuestro resultó afectado. Tembló el mundo entero, y yo no dejé de tiritar durante días, a pesar de que aún no era invierno.

En noviembre, los bombardeos de aviación y artillería contra la población civil se volvieron masivos e indiscriminados. No me importaba morir, pero tenía una misión más allá de mi propia vida, que era y es proteger el legado de mi hermana. Mi obsesión se centraba en poner a resguardo los libros de Carmen, lo único que deseaba salvar; lo demás, no importaba.

La actividad en el ministerio no cesó, y yo debía acudir cada mañana muerta de miedo, sorteando los controles de milicianos y los escombros producidos por las bombas. No parecía la misma ciudad que me asombró a mi llegada, ni la alegre y bulliciosa que disfruté al lado de mi hermana. Ni siquiera me quedaba el recurso de cocinar, pues la cartilla de racionamiento cada vez proporcionaba menos alimentos. Con la ciudad sitiada, el frío, el miedo y el hambre se adueñaron de las calles, más que los milicianos. En algún momento me arrepentí de no haberme marchado a Almería con la familia, aunque allí la situación también era complicada.

En noviembre, recibí un telegrama de mi hermano. Antes de leerlo, pensé que traía un ruego para que regresara. Lo que anunciaba era la muerte de nuestra madre. La noticia no me impactó tanto como si hubiera ocurrido antes de que la guerra estallase. Casi me alegraba por ella: no viviría más la desgracia de ver cómo el mundo que conocía se desmoronaba. Lloré por nosotros, por los que nos quedábamos, cada vez más huérfanos y miserables.

Una mañana, oí unos tremendos golpes en la puerta. Me

encontraba sola en casa, pues mi sobrina había regresado a las calles en busca de trabajo y de algo que comer o beber. Me detuve, aterrada, y pregunté quién era. Me respondió la voz de un miliciano que me instó a abrir, antes de que lo hicieran ellos a golpe de fusil.

—Señora, tenemos que hacer un registro —me dijo uno, descarado.

—Aquí no hay nada que os pueda interesar —respondí, temblando.

—¿No serás una vieja beata? —saltó otro, el que parecía más joven, y los demás se rieron a carcajadas.

Eran tres. Se dedicaron a husmear por la casa, pero solo encontraron libros, y rogué para que no se llevaran los de mi hermana. Por suerte, eran unos analfabetos que jamás leerían uno en su vida. Aunque les hubiese explicado que era la hermana de la ilustre Colombine, defensora a ultranza de los derechos de los más infelices, no habrían sabido quién era.

Por fortuna, no había ningún santo, ninguna virgen ni cruz en casa, ni símbolos religiosos, y sí una minúscula bandera de la República que mi hermana colgó de un cuadro en el 31 y yo rescaté del piso de Nicasio Gallego. Eso hizo que los ánimos se calmaran.

Al llegar a la cocina, descubrieron las galletas que había preparado el día anterior con los escasos ingredientes que me quedaban. Me salieron insípidas, pues casi no llevaban azúcar, un bien preciado en aquel momento, pero les parecieron deliciosas a aquellos tres infelices. Las devoraron y tuvieron la delicadeza de dejarme una.

—Estaban buenísimas, señora —aseguró el jovencito, sonriéndome—. Está claro que usted no es una beatona.

De pronto, dejó de tutearme y se dirigió a mí con el respeto que se merece una madre:

—Volveremos —aseguró antes de marcharse—. Y si necesita usted algo, estamos para ayudarla.

Me divirtió ese repentino cambio de actitud, me alegré de mis cualidades culinarias y me juré no dejar de cocinar ni en las peores circunstancias. Hasta al enemigo se le puede vencer por el estómago.

Ese mismo día, Fermina, la vecina del rellano, también llamó a mi puerta con urgencia. Era una mujer algo más joven que yo, rellenita y pequeña, que me recordaba a Cándida. Antes de julio, siempre salía muy arreglada a la calle, con velo si iba a misa. Estaba casada, pero no tenía hijos. Era evidente que no trabajaba fuera de casa, y yo no sabía a qué se dedicaba su marido. Habíamos hablado un par de veces: conocía a mi hermana, me dio el pésame cuando llegamos al edificio y se ofreció para lo que pudiésemos necesitar. Después, nos saludábamos con cortesía cuando nos cruzábamos en la escalera y poco más.

—¿Se han ido ya? —me preguntó Fermina con los ojos desorbitados de espanto.

Supuse que se refería a los milicianos.

—Sí, hace rato. Lo han registrado todo y se han comido mis galletas.

—¡Gracias a Dios que no han pasado por mi casa!

Estalló en un llanto nervioso. La hice entrar y le ofrecí que se acomodase en el sillón de la sala.

—¿Puedo confiar en usted? —me preguntó, recelosa.

—¿Por qué no habría de hacerlo?

—No sé —dudó—. Su hermana era una revolucionaria, como ellos, una roja…

—Era una rebelde, pero no era como ellos. ¿Qué le ocurre?

—Temo que nos delaten y que los milicianos me den el paseo. Están asesinando de manera aleatoria a la gente que creen de derechas. Mi marido ha huido de Madrid, pero era tan peligroso que no consintió que lo acompañase. Cree que a una mujer no le harán nada. Ahora lo dudo. Tenía que haberme marchado con él, la

muerte sería mejor que esto. —Volvió a llorar de manera ruidosa; le ofrecí un pañuelo y me senté a su lado.

—Yo también estoy sola, bueno, con mi sobrina, que entra y sale cuando quiere. Nos haremos compañía usted y yo. Puede pasar aquí cuando quiera. Todo va a ir bien —mentí.

—Si vuelven y registran la casa, van a encontrar cosas que me pueden comprometer. Me he deshecho de muchas, con todo el dolor de mi corazón, sin embargo… —dudó—. Hay una Virgen del Carmen que era de mi madre y no quiero separarme de ella. ¿Usted podría esconderla aquí? Esta casa ya la han registrado, sabrán que son familia de Colombine y no les harán nada.

La idea de guardar en un armario una imagen religiosa no me agradaba, pero me daba lástima aquella mujer abandonada y me apiadé. Mis convicciones masónicas me llevaban a creer en el humanismo y en la fraternidad, ausentes de la realidad en ese momento.

—Tráigala, ya veré dónde la oculto —acepté sin convencimiento —. Pero dejemos de hablarnos de usted, me temo que vamos a compartir demasiadas desgracias como para no tutearnos.

—¡Gracias, doña Catalina! —exclamó—. Eres una santa.

Me reí, y mi risa me sonó extraña, después de semanas sumida en la desesperanza.

—Ketty, llámame Ketty.

Desde ese día, Fermina se convirtió en una compañía agradable. Nos hicimos amigas, evitábamos hablar de política y nos limitábamos a compartir lo cotidiano: el miedo, la angustia y las privaciones. Bajábamos juntas al refugio cuando sonaban las sirenas que anunciaba los bombardeos, y yo respetaba sus oraciones delante de la imagen de la Virgen de Carmen, que dormía junto a las sábanas, en el armario de mi alcoba. Fermina rezaba para que la guerra acabase y llegaran los suyos, y no podía culparla.

María la toleraba con cierto desagrado, y me reprochaba la

amistad con una santurrona de derechas. De todas formas, mi sobrina aparecía y desaparecía sin dar explicaciones. Cuando volvía, me contaba que trabajaba en una obra teatral, porque la vida no se detenía en Madrid. Había que entretener a la gente, en medio de tanta desgracia.

97

Una noche, escuchábamos la radio, desfallecidas, cuando llamaron a la puerta. Pensé que sería Fermina, pero a quien encontré fue al joven miliciano que me había llamado vieja beata el día del registro.

—Señora —me dijo respetuoso—. ¿Puedo pasar? Traigo algo para usted.

Abriendo el abrigo raído que llevaba, me mostró dos paquetes envueltos en papel de estraza.

—Es azúcar y harina —susurró, para que nadie más lo oyera.

Lo hice entrar antes de que llegase alguien y se los confiscase. Era un tesoro magnífico con el que podría hacer milagros.

Mi sobrina lo miró de arriba abajo; él esbozó una sonrisa e intentó ser educado.

—Señorita —dijo levantando la gorra.

—¿Tienes tabaco? —le preguntó María, sin más.

—Creo que sí —titubeó el muchacho, rebuscando en los bolsillos.

—Mira lo que nos ha traído este joven. —Le enseñé el precioso botín—. Voy a preparar unas tortas.

Aplaudió, dichosa como una niña hambrienta, y le dio un beso en la mejilla al miliciano en señal de agradecimiento.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Isidro —respondió con timidez—, para servirlas.

Toda la chulería que mostró la primera vez que entró en casa desapareció para revelarnos la verdad: solo era un pobre muchacho al que le habían regalado un fusil y unas ideas que tampoco eran

suyas.

Mientras preparaba la masa, entablamos una conversación, cada vez más distendida. María le habló de su madre, de lo importante que había sido, y le contó que ella era una actriz famosa que había rodado películas en el extranjero. Para demostrarlo, mi sobrina le declamó unos versos de Rubén Darío, a quien aseguró conocer en persona, aunque el miliciano desconocía el nombre del poeta nicaragüense, y recitó fragmentos de una obra que, según ella, estaba ensayando en el teatro de la Princesa para estrenarla cuando la guerra acabase. Luego, mientras devorábamos las tortas de harina, bailó de manera exótica la música que sonaba en la radio.

Isidro la miraba, arrobado, como si estuviese ante una diosa del Olimpo. En su vida se había cruzado con una mujer como ella, era evidente, y la fascinación que ejercían su voz y su cuerpo cimbreante lo cautivaron hasta tal punto que no hubo manera de echarlo de casa.

—Se puede quedar a dormir aquí, en la cocina —propuso mi sobrina. Le agradaba la idea de que el joven admirador no se marchara esa noche—. Es donde se está más caliente. Le dejaremos unas mantas y unos almohadones para que se acomode.

El chico aceptó encantado, le brillaban los ojos con la insensata felicidad de la juventud.

—Tendré que volver al regimiento en cuanto amanezca. Espero que no se den cuenta de que no estoy —dijo, como un niño travieso.

—No cuentes que has estado aquí —le pedí—. Si vuelves, hazlo solo. Si no, tocaríamos a menos tortas.

Me fui a dormir inquieta. Sabía que Isidro nos visitaría más veces, y dudaba de que fuese conveniente. Además, sospechaba que el miliciano no dormiría en la cocina, sino en la cama de mi sobrina. Los sonidos que llegaban de la alcoba de ella me lo confirmaron antes de que amaneciera.

Desde ese día, las visitas del joven fueron asiduas, ante el espanto

de Fermina, que vigilaba a través de la mirilla y rezaba cada vez que lo veía en el rellano.

—Es inofensivo —le aseguré para tranquilizarla—. Viene por mi sobrina, se gustan, y será la única alegría que tengan los dos en medio de esta maldita guerra.

—Pero ese miliciano es más joven que tu sobrina —dijo, escandalizada—. No creo que después él quiera casarse…

—¡Qué más da, Fermina! —le grité—. ¿Crees que habrá un después?

Mi vecina dejó de preocuparse por la presencia de Isidro, sobre todo cuando comprendió que era él quien me suministraba la harina con la que hacía las tortas que le llevaba y que calmaban el hambre infinita que nos mataba.

—Mi marido no me va a reconocer cuando vuelva, ¡con lo que le gustan mis carnes! Me estoy quedando esquelética —se lamentaba.

No quedaban gordos en Madrid, ni madera para calentarse durante el gélido invierno del 37. En casa, quemamos una estantería y algunos libros que no eran de Carmen, por supuesto. Hasta que un día nos faltó combustible para cocinar unas patatas que trajo Isidro y mi sobrina apareció con un ejemplar de *¿Quiere usted comer bien?* Cuando comprendí sus intenciones, intenté impedírselo.

—Te lo sabes de memoria, Ketty —replicó—. Además, hay otro igual a salvo.

No me quedó más remedio que aceptar. María lanzó al fuego el grueso volumen que crepitó como si rememorase los buenos tiempos de delicias fritas y guisos contundentes. Aquellas patatas nos supieron a gloria. Mi sobrina aseguró que era por el libro, que toda la sabiduría culinaria que guardaba se había traspasado a la comida, e Isidro corroboró su opinión. En realidad, estábamos tan famélicos que cualquier cosa nos habría deleitado igual.

La situación empeoraba mes a mes. La radio de la República pretendía convencernos de que las tropas retrocedían, pero sabíamos que no era cierto. Hasta Violeta, tan animosa al principio, veía el futuro cubierto de negros nubarrones.

—No vamos a ganar esta guerra —se lamentaba una tarde que me acerqué a su casa—, por mucho que nos duela y que luchemos. Yo no hago más que impartir conferencias contra la violencia y el fascismo, pero eso no sirve para dar de comer al pueblo ni para vencer al enemigo. Tenía que haberme marchado con mi hija y mi yerno a Valencia.

—¿Cómo están allí? —quise saber. Se hablaba de enviar el ministerio a esa ciudad.

—De momento, bien. Rufino, mi yerno, está destinado a la Dirección General de Telégrafos, y trasladaron a sus funcionarios en noviembre del 36. Los niños están sanos y felices. Santiago, el pobrecito, ya se entera de que pasa algo, y pregunta por mí. Consuelo aún es muy pequeña. Mi hija me telegrafía casi a diario.

—Al menos tienes noticias de ellos. Hace meses que no sé nada de mi familia en Almería —me lamenté.

—En tu tierra, de momento, no han entrado las tropas fascistas, pero el clima de violencia es grande.

—Sí, es lo único que sabemos. También me preocupan mi amiga Ángela y su familia, ellos viven en Granada. Allí sí han triunfado los rebeldes, y el marido de mi amiga pertenece al Partido Comunista.

—¡Qué horror! —exclamó—. En Granada mataron a Federico García Lorca, nadie más inocente que él.

—Lo leí en la prensa —asentí—. Los fascistas también son enemigos de la cultura. Si llegasen a Madrid y mi hermana viviese, seguro que la matarían.

—Y quemarían todos sus libros —añadió Violeta.

—¡Eso nunca lo consentiré! —sollocé.

Acabamos las dos llorando. Era la primera vez que veía los ojos de Violeta encharcados de lágrimas.

En el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes se seguía trabajando como si nada ocurriera, como si las bombas no estallasen cada día más cerca. La enseñanza había cambiado de manera radical con la llegada del ministro comunista Jesús Hernández Tomás. A Carmen le habría gustado su empeño en que la educación tuviese una función social, que no fuera un privilegio de la clase dominante. Se crearon las llamadas Milicias de la Cultura y otra serie de organismos destinados a la alfabetización de los soldados republicanos. Yo me lo tomé tan en serio que, cuando vi que Isidro apenas sabía leer, le enseñé y le regalé algunos libros sencillos que le entretenían en las trincheras, según me confesó.

Otra medida importante que tomó fue la puesta a salvo y la custodia del patrimonio artístico de la zona republicana, protegiéndolo de los ataques y bombardeos aéreos franquistas.

Aun así, en el 38, la euforia de los primeros meses de la guerra se había disipado, y ya casi nadie creía en una victoria. Con la capital asediada, el Gobierno decidió un rápido traslado a Valencia y, desde el ministerio, me propusieron marcharme con ellos.

La situación era desesperada. ¿Qué sería de nosotras si las tropas fascistas entraban en Madrid? ¿Qué harían con la hija rebelde y la hermana de la escritora más roja? Y, sobre todo, ¿qué harían con sus libros? La respuesta era evidente, los quemarían todos, borrarían su rastro de este mundo. Yo seguía viviendo para proteger su legado y su memoria. Debía escapar con sus obras en la maleta.

Hacía semanas que no nos visitaba Isidro, había desaparecido tal y como llegó. María no solo echaba de menos los alimentos que nos proporcionaba, sino que preguntaba por él a cada soldado que se encontraba por la calle, pero nadie conocía al miliciano. Llegó la

hora de ponerse a salvo, aunque fuese una aventura imposible.

No me despedí de Rafael ni de Violeta. Les envié un telegrama desde el ministerio anunciándoles mi partida con el Gobierno de la República hacia Valencia, y le pedí a mi amiga que me telegrafiara si había alguna noticia, fuese buena o mala.

Guardé en la maleta, con urgencia, la mayoría de los libros de Carmen, aunque era imposible cargar con todos. Deseaba salvarlos, por encima de mi propia vida. Si se quedaban en casa y entraban los fascistas, los destruirían y acabarían con ella, con su memoria, con sus sueños y esperanzas, con el sentido de su existencia. Me llevé pequeños objetos que formaban parte de nuestra historia personal: el sonajero de María, los binoculares de Carmen, la pajarita de papel que me regaló Unamuno, el abanico de encaje que me ofreció el marqués, las cintas de la cometa y el ejemplar de *Werther* que me entregó Ángela. Las cartas de Vicente, Miguel y Rafael, las que me envió mi hermana durante sus viajes y una carpeta con artículos y revistas también cupieron. Me habría llevado los retratos que pintaron de ella Julio Romero de Torres y Julio Antonio, pero era imposible introducirlos en el equipaje. En ocasiones, veía llorar a mi sobrina delante del cuadro de su madre, hablando con ella como si estuviese allí.

En un acto de desesperación, le pedí a Fermina que me guardase varias novelas para custodiarlas hasta no sabía bien cuándo.

—Llegarán los tuyos y podrás ser feliz. —No le deseaba nada malo, era tan inocente como yo—. Solo te pido que escondas algunos de los libros de mi hermana.

—Eso… es peligroso —susurró como si nos oyeran—. Colombine era una revolucionaria, hablaba del divorcio, atacaba a la Iglesia…

—¡Fermina! —estallé—. Te he guardado la Virgen del Carmen, arriesgando mi vida. Te dejaré solo los que no sean comprometidos: libros de cocina, traducciones, de viajes, biografías…

—Solo los de cocina —aceptó de mala gana—. Y los forraré para

que no se vea el nombre la autora. Lo siento, Ketty, habrá represalias, igual que las ha habido durante estos años. Han quemado todas las iglesias de Madrid, y no me han matado gracias a ti. No lo voy a olvidar. Espero que tengas suerte, al menos la misma que yo.

La imagen de la Virgen seguía en mi armario. Junto a ella deposité un ejemplar de *Fígaro*, la biografía de Larra, el libro en el que aparecía mi nombre, el texto que ayudé a escribir con mis investigaciones. Conservaba dos; este era la edición especial, más voluminosa y numerada, que se hizo en 1919 y del que me sentía muy orgullosa. Pensé que, cuando recogiese la figura, Fermina se quedaría con el libro.

—No me iré de aquí. —María no quería ni oír hablar de marcharse—. Espero a Isidro. ¿Qué pasará si vuelve y no hay nadie en casa? —sollozó.

—¡No va a volver, ¿no lo comprendes?! —grité—. Nos matarán. Hay que huir ya.

—¡¡¡¿Adónde, Ketty?!!! —chilló más alto aún—. Me rindo, no tengo fuerzas. Estoy enferma. Que me maten, si quieren. Yo ya estoy muerta.

Se arrojó al suelo, desesperada. Lloraba y gritaba, se tiraba del pelo, no había manera de detenerla. Me acosté a su lado hasta que se calmó, bien entrada la noche. A la mañana siguiente, el convoy del ministerio partía hacia Valencia, y yo con ellos. Mi sobrina no me acompañaría, por mucho que lo intentase: había elegido morir, y me partía el corazón.

La dejé arropada, tendida en el suelo de la cocina. La besé y la abracé sin que ella reaccionara. Y escapé con la pesada maleta por la puerta del piso de la calle Sagasta pensando que nunca regresaría. Antes de salir, miré el retrato de Carmen y le rogué que protegiese a su desventurada su hija, como si rezase a la imagen de la Virgen de Carmen.

En el portal, ya me esperaban para recogerme, pero tuve tiempo de llamar al timbre de Fermina, más que para despedirme, para pedirle que cuidase de mi sobrina.

—Telegrafiaré, en cuanto pueda, para decirte dónde estoy y para que María se reúna conmigo —dije, sabiendo que no ocurriría.

Ella me prometió que lo haría y nos abrazamos pensando que jamás volveríamos a vernos.

98

De las semanas siguientes solo me viene a la memoria una loca carrera hacia la nada. Lloraba sin consuelo y arrastraba una maleta. Conservo imágenes fugaces, como ráfagas, que hieren al pensarlas.

Ya en Valencia, una tarde, descubrí a don Antonio Machado paseando cabizbajo junto al mar. Lo reconocí enseguida, pues en varias ocasiones había acudido al salón de mi hermana y nos habíamos cruzado en algún café de Madrid. Nos saludamos y nos sentamos a hablar en un banco frente a la playa de la Malvarrosa. Me contó que se alojaba en Rocafort, en Villa Amparo.

—Vivimos en un espejismo —me dijo—. Esta placidez de la tarde, este remanso de paz no es real, pero debemos disfrutarlo.

Me confesó que la ilusión se le había escapado y que le costaba encontrar un motivo para seguir adelante. Sin embargo, esos días luminosos en Valencia le ayudaban a olvidar la guerra. Yo me sentía igual.

La huida no había terminado. De nuevo hubo que escapar y, acorralados, partimos hacia Barcelona, donde nos esperaba una situación desoladora.

Llegábamos refugiados a la capital catalana de todas partes. La derrota en la batalla del Ebro anuló por completo la retaguardia, y Cataluña perdió la capacidad de resistencia. Los avances de los ejércitos franquistas aumentaron el número de acogidos, y casi éramos más los de fuera que los habitantes de la ciudad. Los problemas de subsistencia se volvieron críticos. A los funcionarios del ministerio nos alojaron en un edificio que nos cedió la

Generalitat. Allí malvivíamos hacinados, muertos de hambre y miedo, convencidos de que nuestro futuro era más oscuro que las alas de los cuervos que merodeaban, tan famélicos como los humanos.

El palacio Solferino era un viejo edificio medieval en la baixada de san Miquel que tenía un patio impresionante, a pesar de la destrucción que lo amenazaba. La escalera, cubierta bajo un soportal gótico, terminaba en un rellano donde destacaba una puerta con ángeles y atlantes renacentistas que sostenían un escudo familiar. Quizá habían incautado el edificio a sus aristócratas propietarios, pero allí nadie lo sabía con certeza. A la entrada de la primera planta, llamaban la atención la escultura de un paje con un perro y el escudo nobiliario familiar.

Un encuentro inesperado es lo único digno de recordar de aquellos miserables días. Miquel Viladrich, de quien no tenía noticias desde que se trasladó a Marruecos unos años antes, apareció como un fantasma del pasado en el edificio que ocupábamos. Me costó reconocerlo pues, como casi todos, había adelgazado en extremo, iba mal vestido y lucía unas ojeras considerables bajo los ojos, que se habían vuelto descoloridos y tristes.

Nos miramos, sorprendidos e incrédulos, y nos abrazamos entre lágrimas.

—He pasado la guerra en Barcelona, sufriendo las mismas penalidades que tú en Madrid —me contó—. Apenas he sido capaz de pintar, solo ocho cuadros y dos bustos en tres años. La muerte y la destrucción han sido el tema central… ¿Sobre qué otra cosa se podía crear?

—Es lo único que hemos visto en este tiempo —asentí—. Y lo que viene no será mucho mejor.

—Hay que salir de España, Ketty. Me vuelvo a América, a

Argentina y Uruguay. Allí me conocen y me valoran. He venido al ministerio a ceder mis obras de estos años, no me las puedo llevar. En Madrid han custodiado las obras de arte.

—Tendrás que hablar con el subsecretario, pero no será fácil salvar nada. Ni los cuadros ni la vida.

—¿Y dejar que los quemen? —gritó desesperado.

—¡No, eso nunca! ¡Sácalos de aquí! —me asusté. Los libros de mi hermana podrían correr la misma suerte.

—No puedo, Ketty. Se quedarán en este edificio, y esperemos que, cuando caiga la ciudad, lleguen a manos de alguien con sensibilidad artística.

—He traído los libros de Carmen en una maleta para salvar su memoria —confesé.

—No irás muy lejos con tanto peso; deja aquí los menos comprometidos —sugirió—. Yo no pienso separarme de mi ejemplar de *Fígaro*, es mi forma de preservar el recuerdo de Colombine… y el tuyo.

Entonces me besó. Apenas rozó mis labios con los suyos, pero noté una corriente eléctrica que me atravesaba. Por un segundo, tenía treinta años y la guerra no existía.

—Espero que tú también me lleves en la memoria. Siento no haberte regalado nunca un cuadro, pero aún puedo remediarlo.

Sacó unos lápices desgastados del bolsillo y, en un cartón que encontró, trazó unas rápidas líneas mientras me miraba fijamente.

—No es un buen retrato, aunque espero que te sirva para recordarme.

Me tendió el cartón. En él se veía el rostro de una mujer que se parecía a mí. En la esquina inferior derecha firmó con sus iniciales: «M. V.».

Lo guardé con los libros, cerca de mi corazón.

—Huye a América con nosotros antes de que sea demasiado tarde —me propuso.

—¿Tan lejos? ¿Qué haría allí? Debo proteger el legado de Carmen.

—Barcelona caerá. No hay salida, solo emigrar a Francia con miles de exiliados más.

—Francia está cerca. Regresaré en cuanto pueda para que nadie la olvide.

—¡Ay, Ketty, sueñas un imposible! Ya no seremos nada en la nueva España, no nos recordarán. Ni a mí ni a ella ni a tantos otros que modernizamos este país, que creímos en el progreso y la cultura. No volverán a pronunciar nuestros nombres, no leerán sus libros ni admirarán mis obras —suspiró.

Me negué a creerlo, si lo hubiera hecho me habría muerto allí mismo. ¿Para qué seguir entonces?

Miquel consiguió un permiso para depositar los ocho cuadros y dos bustos en una de las salas del palacio Solferino, que parecía a punto de derrumbarse, y le aseguraron que custodiarían las obras mientras el ministerio de la República continuara en Barcelona. Ese tiempo duró apenas unas semanas.

Nos despedimos, emocionados y, como intuíamos, nunca más volvimos a vernos.

99

Otra visita inesperada llegó a la sede provisional del ministerio. En cuanto vi el rostro desencajado de Esther, la hija de Violeta, comprendí que era portadora de malas noticias. Me abrazó llorando. No recuerdo un día sin lágrimas, y nunca eran suficientes para aliviar la pena, profunda y pegajosa, que nos oprimía.

—Me ha telegrafiado mi madre desde Madrid —dijo entre sollozos—. Me ha contado que estabas aquí.

—¿Cómo está?

—Mi madre, bien.

Un silencio espeso precedió a la noticia que detuvo el mundo:

—Tu sobrina María ha fallecido. Lo siento muchísimo, Ketty.

No recuerdo más, ni las explicaciones que me dio ni lo que ocurrió después. El dolor me borró la memoria del sufrimiento, como si deseara salvarme de mi propia destrucción, como una desesperada forma de supervivencia. María era el único ser vivo que me ataba al mundo, mi niña mimada, mi pequeña, mi amor, nuestra gran frustración.

Nos evacuaron. Más bien fue una desbandada antes de que las tropas franquistas tomaran la ciudad.

—No puedes llevar una maleta tan pesada —me dijeron—. Si quieres que te subamos al coche para llegar a Francia, debes ir ligera de equipaje.

Presa de un ataque de nervios, me negaba a reconocer que debía abandonar los libros… No quedaba otro remedio. En un intento desesperado de salvar algo, escondí algunos volúmenes junto a los

cuadros de Viladrich: separé uno de viajes, varias novelas cortas inofensivas y algunas obras al azar, pues no había tiempo para elegir. Me despedí de ellos como si abandonase a su suerte a mis propios hijos, y rogué sin fe para que los hallara un espíritu sensible que valorase los cuadros de Miquel y los textos de Colombine, y no los lanzara al fuego de la censura.

He ido dejando rastros, como las migas de pan de los protagonistas del cuento *La casita de chocolate*, huellas indelebles de la obra de mi hermana, allá por donde he pasado. ¿Alguien se habrá percatado de que existen, las habrá leído, las habrá guardado, recordarán el nombre de su autora?

El camino hacia Francia fue terrible: miles de desgraciados caminaban bajo la lluvia, el viento, el frío y la nieve, sin víveres ni esperanza. El primer tramo lo hice en uno de los vehículos del ministerio. Por la ventanilla, veía a familias enteras con niños y ancianos avanzar penosamente, cargados con las escasas pertinencias que habían podido salvar y que iban soltando cuando las fuerzas les fallaban.

Después, tuvimos que seguir a pie. Yo arrastraba la maleta como podía, apenas recuerdo más. Pesaba como el plomo y retrasaba mi marcha, pero me negaba a abandonar ni un solo libro más. Tuvimos que dormir a la intemperie, con el temor de que las bombas nos alcanzaran en la huida.

Esther, su marido, Rufino, y sus hijos, Santiago y Consuelo, también emprendieron la penosa huida al exilio; compartí con ellos parte del camino. Desconocían qué suerte habría corrido Violeta, y oí a Esther sollozar llamando a su madre.

Una noche tuve que espantar a su hijo Santiago, que abrió mi maleta con la intención de usar los libros para encender un fuego con el que calentarse. En medio de un sueño agitado, me pareció

ver que se llevaba alguno antes de oír como crepitaba una pequeña hoguera.

Cuando al fin, tras días de durísima travesía, llegamos a la frontera, los gendarmes no nos dejaban pasar. El Gobierno francés no estaba preparado para recibir un alud de gente y tampoco quería complicar sus buenas relaciones con los vencedores. Tuvimos que enfrentarnos a la frialdad, la hostilidad, el desconcierto, la piedad o el rechazo casi colectivo de un pueblo.

—*Perpignan, Perpignan* —repetía yo con el acento francés más perfecto que era capaz de pronunciar.

Mi intención era alcanzar la ciudad donde vivían Cándida y Antonia, que se encontraba a pocos kilómetros, para reunirme con ellas en el restaurante. Sabía con certeza que me acogerían, aunque dudaba si llegaría viva hasta allí.

Logré hacerme entender con los gendarmes, a pesar del desprecio con el que nos trataban, y evité que me internaran en un campo de concentración. Me advirtieron de que, si me veían vagar por las calles, me detendrían, y las consecuencias sería peores.

La gente gritaba y lloraba. Yo perdí el habla, como les ocurrió a muchos niños. Consuelito, la niña de Esther, se volvió muda hasta para pedir comida. El impacto de la situación la mantenía con los ojos muy abiertos, espantados, secos de lágrimas, pero infinitamente tristes. A mí me ocurría igual. Era una pobre mujer, extraviada e indefensa, en un mundo que no comprendía, que se había vuelto loco y del que deseaba huir sin posibilidad alguna.

Alguien contó que el poeta Antonio Machado había muerto en una pensión de Colliure, y el llanto llegó a ser colectivo. Nos lamentábamos por el buen hombre que fue y, sobre todo, por nosotros, que debíamos seguir viviendo en aquellas dramáticas condiciones. El día de su último viaje, la parca lo encontró ligero de equipaje, como había escrito en uno de sus versos. Recordé nuestra breve conversación en Valencia y deseé que hubiera muerto en paz,

a pesar de la tragedia que nos envolvía.

En medio de aquel caos, apenas me pude despedir de Esther y los suyos, que fueron confinados, como otros miles, en el campo militar de Rivesaltes, donde los hacinaron en condiciones miserables.

Arrastrando la maleta, seguí andando en dirección a Perpiñán, a unos cuarenta kilómetros de la frontera, durante más de doce horas. Me perdí, y nadie me ayudó a encontrar la dirección correcta. Los campesinos cerraban las puertas para no vernos, y nos echaban si nos acercábamos demasiado a sus viviendas.

Me paraba cuando ya no podía más y, al llegar la noche, me refugié en las ruinas de una casa donde apenas pude ahuyentar el frío y el miedo. Abrazada a la maleta, quise imaginar que dormía a mi sobrina y le cantaba una nana triste.

Con las primeras luces del alba, continué hacia Perpiñán. No debía de estar ya muy lejos, pero una lluvia persistente vino a borrar el camino. A lo lejos, contemplé por fin la ciudad y aligeré el paso, aunque me encontraba exhausta.

Nadie quería decirme dónde se encontraba la rue du Téâtre, las señas a la que tantas cartas envié desde Madrid. Los escasos paseantes me evitaban, mi aspecto debía ser peor que el de una pordiosera.

Tras varias vueltas infructuosas por la ciudad, sentí que me mareaba. Una mujer se acercó a mí y la vista se me nubló.

—¿Ketty?

Fue lo último que oí antes de perder el conocimiento.

100

Cuando me desperté, me encontraba en una cama mullida y limpia. Cándida me miraba con los ojos muy abiertos, expectante.

—Ketty, querida, ¿qué tal estás? Llegamos a temer por tu vida.

Apenas tenía fuerzas para responder. Ella me besó en la frente y me acarició la cara con ternura.

—Ya no tienes de qué preocuparte, estás a salvo con nosotras.

—¿La maleta? —logré pronunciar.

—También está a salvo. Los libros de tu hermana no se han perdido.

Pasé varios días sin poder levantarme. Ellas me cuidaron, me alimentaron, me lavaron y me vistieron con la ropa de Antonia, que era delgada, aunque más alta que yo.

Cuando por fin recuperé las fuerzas, me dirigí a la cocina. El olor a guiso me indicó el camino.

—*Bon jour*. —Alguien me saludaba en un idioma que no era el mío, pero que conocía bien.

Madame Dupont me sonreía detrás de sus gafas de pasta; sus ojillos achinados inspiraban ternura. Era una mujer esbelta, dotada de una elegancia natural y una serena belleza que no había perdido con los años. Nunca nos reveló su edad, pero, cuando llegué a Perpiñán, debía de rondar los sesenta. Julie me acogió como a una hija, me ofreció su casa y, lo más importante, me abrió su cocina.

Una joven empujó la puerta con rabia, como si cargase con un terrible enfado, me observó con desconfianza y un escalofrío me recorrió el cuerpo, pues me pareció ver los ojos de mi sobrina

reflejados en los suyos. Tenían un aire: la misma actitud indolente, las mismas ojeras, la misma forma de mirarme cuando no deseaba complacerme, la misma tristeza pegada a la piel.

—¡Marie! —la llamó madame Dupont, y la reprendió por su falta de amabilidad conmigo.

La joven se excusó y me dio la mano con desgana. Luego, desapareció sin dar explicaciones.

Cándida me contó que Marie era la hija de Julie. Había regresado a Perpiñán meses atrás. Se fue a París para ser cantante, pero las cosas no le fueron bien, y volvió derrotada a casa de su madre. Desde entonces, debían aguantar sus cambios de humor, aunque cuando se sobreponía era una joven divertida que cantaba muy bien y amenizaba las cenas de los clientes.

—Me recuerda a tu sobrina —comentó.

Me eché a llorar con desconsuelo. Les conté que María había muerto en medio de la guerra y que ni siquiera sabía en qué circunstancias. La hija de Julie Dupont era su reflejo en medio del dolor. Me acompañaron en mi pena; incluso Marie me trató con ternura cuando, por fin, me aceptó.

En aquel pequeño universo de mujeres, recuperé cierta calma; en mi corazón ya no quedaba espacio para la felicidad, pero respiré paz durante un tiempo. En la cocina de Chez Dupont me concentré en el trabajo, pues el trasiego me anestesiaba: solo existían las sartenes y las ollas, y la mantequilla, que sustituyó al aceite de oliva. Luego, cuando paraba y oía la realidad, me venía abajo.

A pocos kilómetros de Perpiñán, en el campo de Rivesaltes, se hacinaban miles de españoles exiliados en condiciones terribles de miseria. Cándida, Antonia y yo nos acercábamos en ocasiones a llevar comida, escasa, para paliar el hambre de aquellos desgraciados.

—¡Ketty! —me imploró una voz femenina al otro lado de la alambrada.

Esther Azcárate, la hija de Violeta, me llamaba desde el infierno. ¿Como era posible que una mujer de su valía y talento se encontrara padeciendo semejante encierro?

—Estoy con mis hijos. A Rufino se lo han llevado a otro campo. Esto no es vida —sollozó—. Si seguimos aquí, los niños morirán. Regresaremos a España en cuanto podamos.

—¿Regresar? —pregunté, aterrada—. Os vais a encontrar un país que no es el nuestro, habrá terribles represalias…

—¿Qué puede haber peor que esto, Ketty? Mi madre sigue en Madrid, me necesita. Tú también deberías volver.

Casi a diario, llevé comida para ella y los niños. No nos sobraba en el restaurante, cada vez más desabastecido, pero me la quitaba de mi escasa ración para dársela a Santiago y Consuelito, que se habían convertido en dos niños famélicos y tristes. Hasta que desaparecieron sin dejar rastro en 1940, cuando Europa entera se convirtió en un campo de batalla.

Los fascismos avanzaban sin control. Hitler se convirtió en una amenaza real, y me aterraba verme envuelta en otra contienda mortal; ya había tenido bastante.

Antes de que los acontecimientos se desatasen sin remedio, celebramos un cumpleaños en el restaurante. En pocos meses, me había convertido en indispensable, ante el asombro de Julie, que no imaginaba mis cualidades culinarias, y la alegría de Cándida, que tenía así una compañera en la cocina.

—Ella me enseñó a cocinar y a hablar francés —le confesó a su jefa.

—Pues aprendiste mejor las recetas que el idioma —bromeó Julie.

Cándida chapurreaba un francés básico, mientras que Antonia lo hablaba a la perfección. Era ella quien trataba con los proveedores y se hacía valer cuando algún hombre pretendía aprovecharse al suponer que, por ser mujer, la engañaría fácilmente. Madame Dupont había delegado en Antonia las gestiones y los asuntos económicos y, en Cándida, lo relativo al menú, mientras que ella se dedicaba a atender a los clientes, que habían aumentado de forma considerable. Reconocía que el restaurante jamás había funcionado tan bien, ni en los tiempos en los que vivía su añorado marido.

Para la fiesta de cumpleaños de Marie, decidí elaborar un menú especial y sorprender a mis anfitrionas francesas.

—¿Galletas de mantequilla? —me preguntó Marie en un español improvisado.

—¿Quieres que intente hacerlas?

Ella asintió con la cabeza.

—Claro que sé prepararlas. Aunque en España las elaboraba con manteca —dije en español, sin percatarme de que ella no me entendía—. A María le encantaban desde que estuvo en Bretaña con su madre y las probó.

La abracé, y ella se dejó. Cada vez nos llevábamos mejor, y llegó a crearse entre nosotras una complicidad parecida a la que tuve con mi sobrina, pues me contaba cosas que jamás le habría confesado a su madre.

Deseaba elaborar un plato especial para la celebración y, tras muchas indagaciones, logré que un campesino de la zona me consiguiera unas codornices para cocinarlas al membrillo. Esta exquisita receta hay que prepararla con tiempo. Dos días antes de presentarla, coloqué las codornices en maceración en una cazuela con un poco de coñac y cáscaras de membrillo. Tuve cuidado en escoger los membrillos para que fuesen amarillos y estuviesen maduros. En todo el proceso, recordé a mi hermana y mi sobrina… Les encantaba este plato, y fue Carmen la que me enseñó la receta.

Los gruesos lagrimones que brotaban de mis ojos aderezaron la comida. No he vuelto a cocinar nada tan delicioso. Las presenté en la cazuela para que no perdiesen el aroma. En salsera aparte, serví gelatina de membrillo.

Las cuatro mujeres alabaron mis codornices, y se creó un ambiente especial de confianza: comimos, hablamos y reímos hasta bien entrada la noche. Marie cantó para nosotras casi todo su repertorio, Cándida y Antonia bailaron como dos enamoradas y yo improvisé una danza flamenca al compás de las palmas de mis amigas. El coñac que bebimos tras el postre acabó de alegrarnos la noche, y las galletas de mantequilla sirvieron de acompañamiento.

—Son las mejores que he probado —me dijo Marie en su idioma —. Gracias. Dime cómo las has hecho.

—He seguido mi receta, pero cambiando el aceite por mantequilla. Primero he batido muy bien una docena de huevos, luego he añadido la mantequilla… —expliqué la receta completa.

—Te han quedado deliciosas —aseguró—. Las próximas las haremos juntas.

—¡Vaya milagro! —exclamó su madre—. Ketty ha conseguido que Marie quiera entrar en la cocina, lo nunca visto.

Desde entonces, en múltiples ocasiones, llamaba a Marie con el nombre de mi sobrina. Ella se reía y yo soñaba que era la risa de María la que me acariciaba el corazón. En momentos como aquellos, mi dolor se calmaba, y llegaba a pensar que el mundo estaba en orden y que aquel era mi nuevo hogar.

101

La guerra también alcanzó a Francia, y no tardó en plantarse a la puerta del restaurante. La radio se convirtió, de nuevo, en el altavoz de sucesos terribles. Hitler avanzaba por Europa, hacia nosotras, sin que nadie lo detuviera. En menos de un mes, los tanques Panzer alemanes tomaron Holanda y Bélgica, rompieron las defensas aliadas en Sedán, superaron la línea Maginot, cruzaron el río Mosa y entraron en Francia. El primer ministro Philippe Pétain aceptó una vergonzosa capitulación. En junio, los tanques al mando de Rommel atravesaron el Sena, y se firmó el armisticio: el norte de Francia quedaba bajo ocupación alemana; el sureste, donde se encuentra Perpiñán, bajo el control del Gobierno de Pétain en Vichy.

El fascismo había triunfado, y se empeñaba en perseguirme. Los nazis habían quemado millones de libros desde que llegaron al poder; si encontraban los de Colombine, los llevarían a la hoguera. Me obsesioné con ocultarlos, y le confesé mi preocupación a Julie, que me ofreció un hueco secreto en un altillo para esconderlos.

Nos convertimos en otra provincia germana más, se suprimieron las libertades fundamentales y se prohibieron los partidos políticos. Éramos un Estado colaboracionista de la Alemania nazi. Volvió el miedo, pues el nuevo régimen impuso su ideología y tomó medidas contra los que consideraban «indeseables»: judíos, extranjeros, masones, liberales y comunistas. También persiguió a gitanos, homosexuales y activistas de izquierda en general.

Mis amigas españolas y yo nos encontrábamos en esos grupos. Si

los nazis descubrían que era masona y española exiliada tras la guerra, mi futuro pasaría por el mismo campo de concentración que, solo meses antes, había logrado esquivar. Cándida y Antonia correrían la misma suerte.

No deseábamos perjudicar a Julie y Marie: podían acusarlas de protegernos y acabar condenadas. No se lo merecían, después de haberme acogido y ayudado a sobrevivir. Hablamos abiertamente con ellas: si nuestra presencia suponía un problema nos marcharíamos, aunque no sabíamos adónde, lo más seguro que en dirección a la muerte en un campo de concentración.

—Vosotras sois mi familia —dijo Julie, tajante—. Estamos juntas en esto. Sois mis empleadas, y responderé por vosotras. Nadie sabe que has pertenecido a la masonería, y dudo que Franco vaya a darle esa información a Hitler.

Inquietantes noticias llegaban del campo de Rivesaltes. Desde el armisticio, los alemanes arrestaron a numerosos republicanos españoles que habían luchado al lado del ejército francés, sacándolos del campo de prisioneros de guerra para deportarlos a Alemania, sin que el régimen de Vichy se opusiera. Rivesaltes se convirtió en un lugar de agrupamiento y detención. Rogué para que Rufino Picazo, el marido de Esther, hubiera escapado de allí antes de la llegada de los alemanes, aunque fuese de vuelta a España; puestos a morir, mejor en la tierra de uno que en otra ajena.

Cada vez que aparecía un cliente, me echaba a temblar, y me encerraba en la cocina. Llegaban bastantes oficiales alemanes, atraídos por la fama del restaurante. Intentaban ser amables, pero no ocultaban el aire de superioridad de quien se sabe vencedor. Por suerte, nunca les dio por entrar en la cocina, un lugar demasiado femenino para ellos.

Apenas salía de casa, ni siquiera me asomaba al comedor o la

ventana. Vivía refugiada entre fogones y, por las noches, en mi alcoba. Me dedicaba a leer hasta altas horas, pues la preocupación me impedía dormir.

Madame Dupont poseía una pequeña pero interesante biblioteca. Entre los volúmenes, encontré varias novelas de Émile Zola, a quien mi hermana admiraba. Recordaba haber leído *Germinal* en una traducción al español en nuestra casa de la calle Luchana, durante los buenos tiempos que me parecían tan lejanos como si pertenecieran a la vida de otra persona. Dediqué unos meses a leer *Thérèse Raquin* por recomendación de Julie. La novela me atrapó por su intensidad y dramatismo: trataba de una joven llamada Thérèse, una chica muy pobre pero muy bella, que un día decidió marcharse de casa para abrirse paso como bailarina sin apenas cualidades. Aunque contaba una historia terrible, me sirvió de distracción.

Fueron tiempos de sobresaltos, angustia y, al final, también miseria y hambre. La escasez acabó instalándose en Perpiñán y, en esas circunstancias, un restaurante era un negocio absurdo. Con todo, me las arreglé para seguir cocinando con lo poco que hubiera. Recordaba los días de asedio en Madrid, cuando era capaz de preparar cualquier cosa que nos trajera el desdichado de Isidro.

En el 42, las tropas alemanas e italianas invadieron la zona. Los nazis implantaron un control directo sobre todo el territorio francés, y parecía que la guerra y la vida estaban perdidas. Los soldados enemigos eran habituales en Chez Dupont, donde se servía lo poco que lográbamos conseguir. Una mañana, Marie entró en la cocina como una exhalación con una pregunta en los labios:

—¿Sabes cocinar pasta al estilo italiano?

—Sí, de muchas clases: *tagliatelle*, ravioli, macarrones a la napolitana, sicilianos… Depende de los ingredientes de los que disponga, y ahora son pocos.

—Hay unos soldados italianos como locos por comer algo que les

recuerde a su tierra.

—No hables tanto con ellos —la reprendió su madre—. Cuanto más lejos de esa gente, mejor.

—Es preferible que se vayan contentos —replicó ella—. ¿No te parece, Ketty?

Asentí y me puse manos a la obra. Como no había carne, me limité a preparar unos macarrones de vigilia, con algo de salsa de tomate y huevos. Marie vino enseguida a contarme el resultado.

—Están emocionados, dicen que jamás han comido una pasta tan buena lejos de Italia. Quieren que la cocinera salga para felicitarla.

Me negué, estaba aterrada; los italianos eran tan fascistas como Franco. Aunque ni siquiera me asomé, los soldados regresaron varias veces a probar mis recetas. La única que parecía feliz con la situación era Marie. La oía cantar desde la cocina y los jóvenes la aplaudían con entusiasmo, mientras madame Dupont se quejaba y aseguraba que aquello no traería nada bueno.

Una noche, cuando salí de la cocina pensando que ya se habrían marchado, me encontré a Marie hablando animadamente con un hombre de uniforme. Él extendió la mano para saludarme y alabó, en un francés rudimentario, la calidad de mis platos de pasta. Estaba muy flaco, y en su rostro juvenil destacaban unos ojos azul celeste, casi transparentes, que miraban a Marie con ternura. Me acordé de Isidro y mi sobrina, atrapados igual que ellos en una guerra absurda y tirana que amenazaba con destruir el mundo entero.

—Se quedará a dormir aquí esta noche —me dijo Marie en voz baja—. No se lo digas a mamá, se irá muy temprano.

Se me saltaron las lágrimas, y la abracé como si fuese mi sobrina.

—No pasará nada, no te asustes, Giuseppe nos protegerá.

El joven italiano regresó las noches siguientes, durante meses, incluso cuando los demás soldados se habían marchado ya. La cocina de madame Dupont se convirtió en su escondite, y Julie no

se enteró hasta mucho después, cuando las circunstancias se volvieron más oscuras aún.

—Tenemos que ocultar a Giuseppe —me pidió Marie, nerviosa y descompuesta—. No quiere seguir luchando con los nazis.

—Si se queda aquí, lo encontrarán y nos detendrán a todas. Es una locura —respondí, espantada.

—Serán solo unos días —replicó—. Volverá a su tierra hasta que todo se tranquilice y la guerra acabe. Luego… regresará a por mí.

Me entraron ganas de zarandearla, de gritarle que despertase de una vez, que la guerra nos aplastaría sin misericordia, que Giuseppe no volvería, como nunca volvió Isidro, que la muerte acechaba como un buitre por encima de las cabezas de los soldados, pero, antes de que pudiese pronunciar una palabra, tomó mi mano y la puso sobre su vientre abultado.

—¡Marie! —gemí.

Rodó por su mejilla una lágrima que guardaba todo el amor y toda la tristeza del mundo y, de pronto, su rostro se transformó en el de mi sobrina. Supe que daría la vida, si hacía falta, por esa madre y ese hijo, el que María nunca tuvo, el que quizá latía en sus entrañas cuando murió.

Cuando el joven italiano desapareció, no sentí alivio, sino que me uní a la pena de Marie, cuyo embarazo ya no se podía disimular.

Madame Dupont se escandalizó, gritó y amenazó a su hija con echarla de casa, aunque no lo cumplió. Nosotras tres mediamos entre ellas e intercedimos por la hija, y la madre, que deseaba ese nieto a pesar de las circunstancias, entró en razón e hizo las paces con Marie antes de que el bebé naciera.

102

La niña llegó antes de lo previsto, pequeña e indefensa, en medio de penurias e incertidumbre; sin embargo, contaba con cuatro mujeres que la cuidarían hasta el límite de sus fuerzas.

—¿Cómo las vas a llamar? —preguntó Cándida a la joven madre.

—Giuseppe me contó que su madre se llamaba Giovanna. Me gusta ese nombre.

—Es Juana, en español —precisó Antonia.

—¿Un nombre italiano? ¿Estás loca? Son el enemigo… —se indignó Julie.

—En algún momento dejarán de serlo —aseguró Marie.

—La llamaré Jeanne —sentenció—, como mi abuela.

—Es el mismo nombre: Giovanna, Juana, Jeanne… Así tendrá tres —rio Cándida.

Nos volcamos en el cuidado de la niña hasta tal punto que casi nos olvidamos del horror que nos rodeaba. Hubo que cerrar el restaurante ante la falta de abastecimiento y el miedo que nos impedía salir de casa. Solo Cándida se aventuraba a recorrer las granjas cercanas en busca de algo que saciara el hambre atroz.

No sabíamos nada de Giuseppe ni de nadie del exterior. Marie desconocía la situación del soldado italiano y yo, la de mi familia en España. Vivía en una extraña burbuja, aislada de los míos, exiliada de mi mundo, como si el pasado perteneciera a otra persona. Las noticias que oíamos por la radio eran inciertas. Dudábamos si creerlas, pues los nazis también controlaban las comunicaciones; pero en el 44 sentíamos que la guerra empezaba a virar en contra

de los alemanes. Cándida llegó contando que los americanos habían desembarcado en las costas de Normandía con un poderoso ejército que podía dar la victoria a los aliados.

—Será el fin de los fascismos —aseguró—. Italia ya se ha rendido. Después, le tocará a Franco.

Marie lloró al enterarse de que Italia se había sometido a los aliados, pero se le pasaba la pena cuando miraba a su niña, que crecía feliz y sana gracias a los desvelos de su abuela y sus tías adoptivas. Nos peleábamos por tomar a la pequeña Giovanna en brazos, por acunarla, por hacerla reír.

—Volverá —se repetía, convencida.

O tal vez deseaba creer en sus propias palabras para no decaer, para seguir soñando con el regreso de Giuseppe.

—Volveré a España —me decía yo, en voz baja—. Los aliados acabarán con el fascismo en Europa.

En septiembre del 44 parecía que las sombras se alejaban: los nazis fueron expulsados de casi toda Francia. Todavía tuvieron que pasar muchos meses hasta que la guerra acabó de manera definitiva. La gente salió a la calle agitando banderas francesas, como si el miedo, la tristeza y la muerte hubieran desaparecido para siempre, como si aquel conflicto infernal no se hubiera llevado por delante a más de cincuenta millones de personas en el mundo.

También yo me ilusioné: me convencí de que, tras Mussolini y Hitler, caería Franco y podría volver a un país libre. Nada fue fácil, ni siquiera para mis amigas, tras la guerra.

Después de la barbarie, llegó la venganza. Hui de España para librarme de ella, pero me persiguió hasta Francia, aunque no la sufriera en mis propias carnes. Los franceses deseaban desatar su furia contra un enemigo que ya no existía, y se inventaron que ciertos convecinos habían sido colaboracionistas de los nazis. En

realidad, toda Francia lo fue y, sin duda, la zona donde me encontraba, que permaneció bajo control alemán sin apenas resistencia.

La venganza se cebó con las mujeres, las más indefensas siempre. El populacho fue en busca de las que se relacionaron con el enemigo. Las prostitutas que vendieron sus cuerpos para sobrevivir fueron las primeras víctimas. Las sacaban a la fuerza de sus casas, les afeitaban la cabeza, las llamaban *femmes tondues* (mujeres afeitadas) y eran humilladas en público por su condición de «supuesta colaboracionista horizontal». Luego, las colocaban en camiones abiertos y las paseaban por la ciudad. Contemplé, horrorizada, el paso de uno de esos vehículos, al que acompañaban los abucheos del pueblo, con una docena de jóvenes miserables en la parte de atrás. Tenían todo el cabello rapado, lloraban y agachaban la mirada con vergüenza.

Alguien delató a Marie, madre de una niña llamada Giovanna, sin duda fruto de sus amoríos con un soldado fascista. Se la llevaron a empujones del restaurante, a pesar de que las cuatro intentamos impedirlo, sobre todo Cándida, que le dio un mordisco a un tipo hosco que le devolvió una bofetada menos dolorosa que las lágrimas de desesperación de madame Dupont. Temí que la asesinaran vilmente: había presenciado escenas atroces en Madrid, venganzas sin sentido, cuerpos destrozados en las cunetas o en plena calle, inocentes exterminados por no pensar igual que el otro o por rezar a un Dios en el que creían.

No la subieron a un camión, pero regresó magullada y con el pelo rapado al cero. La cuidamos en silencio. Ella dejó de hablar durante semanas, y solo abrazaba a la niña con la mirada perdida. Durante una temporada sufrimos el desprecio de nuestros vecinos, aunque subsistimos con las mismas penalidades que en lo más crudo de la guerra. Sin embargo, acabaron convenciéndose de que no éramos más que cinco pobres mujeres y una niña, tan desgraciadas e

inocentes como ellos.

103

Madame Dupont, que había resistido con entereza a la viudez, la guerra y la miseria, se dejó vencer por la mezquindad de sus compatriotas, y comenzó a apagarse como la luz de una vela.

—Sé que las tres cuidaréis de Marie y Jeanne —nos dijo con un hilo de voz—. Me voy tranquila, ya no quiero ver más. Ahora os toca a vosotras.

Minutos después, exhaló fuerte, dio un largo suspiro y se desmayó. No volvió a despertar. La reacción de Marie me recordó a la de mi sobrina: se agarró al cadáver de su madre y no fue fácil soltarla.

—La he matado a disgustos —sollozaba.

—No es así —intenté consolarla—. Has sido lo mejor de su vida, no lo dudes.

La desaparición de Julie nos obligó a reorganizarnos en el restaurante que, poco a poco, iba recuperando la actividad. Cada una de nosotras se marcó una meta en la vida. Cándida y Antonia no aspiraban más que a seguir juntas. Jamás conocí a una pareja tan sólida y enamorada como la de ellas dos: sin secretos más que para los de fuera y unidas hasta el final.

Marie seguía esperando a Giuseppe, a pesar de que no había vuelto a saber nada de él, convencida de que regresaría cuando encontrase el camino. Lucien, el panadero, nos visitaba varias veces al día, y se mostraba cortés y generoso con ella: nos regalaba dulces y se prestaba a realizar los trabajos pesados que le pidiéramos. Era evidente que le gustaba Marie, pero ella no hizo ni un gesto que

demostrase interés hacia el joven vecino, un apuesto hombretón que nunca despreció a las cuatro mujeres solitarias que éramos y nos defendió de las maledicencias de quienes nos insultaban.

Yo solo pensaba en volver a una España libre, cuando Europa la rescatara del fascismo; pero pasaban meses y años, y mi país seguía siendo el mismo. Franco logró mantenerse en el poder, los gobiernos europeos lo consintieron. Era irónico, el comunismo salvó la dictadura, pues en el continente preferían a un militar antes que a un comunista.

—La España que conocimos no existe, Ketty —me dijo Antonia al verme llorar delante de una foto de Franco en el periódico—. Tu casa es esta, no tiene sentido que vuelvas. El ejemplo de tu hermana debería guiarte; ella se adaptó a los cambios.

—Es por ella por quien deseo volver, para que no la olviden.

Antonia no me respondió; solo bajó la mirada, como si con ello me dijera que mi afán era inútil. En España, ya formábamos parte del pasado, y mi hermana, también. Eran otros quienes mandaban, vivían, escribían y contaban.

—Quizá la situación no sea tan mala como pensamos —repliqué, para no rendirme.

—Escribe a alguien y que te lo cuente —sugirió.

—¿A quién? Si todos estarán muertos o en la cárcel… —sollocé.

Prefería no escribir a Almería. Seguro que mis hermanos habrían sufrido la venganza y la represión, y era mejor no saber si estaban en la cárcel o los habían fusilado.

Esa misma noche, decidí escribir a Rafael: conocía su dirección de la calle de la Morería, aunque ignoraba si seguiría viviendo allí. En la carta no daba demasiados detalles de mis circunstancias; todo se resumía a que trabajaba en un restaurante de Perpiñán, donde había sufrido la segunda guerra con otras tres mujeres y una niña. Necesitaba saber si alguien se acordaba de Colombine.

Los meses pasaban, mi amigo no respondía y yo no me

conformaba, a pesar de que la vida comenzaba a ser plácida en el restaurante de la rue du Théâtre. La obra de mi hermana permanecía oculta en una maleta, y su huella se borraría de la memoria colectiva si no regresaba para salvarla. En una entrevista que le hicieron en 1916 le preguntaron cuál sería su legado póstumo y ella respondió: «Mi resurrección». Yo debía resucitarla de la muerte del olvido.

Una mañana, cuando aún no habíamos abierto el restaurante, unos golpes en la puerta nos sobresaltaron. A través de la ventana, descubrí a un hombre flaco y desarrapado que miraba con nerviosismo hacia ambos lados y temblaba como una hoja. Pensé que era un mendigo y me dio lástima, ¡cuántos como él había visto en los últimos años! También yo tuve ese aspecto durante los tiempos miserables de la guerra, cuando huía de la muerte hacia Francia. Entreabrí y me asomé con precaución. Me costó reconocerlo. Solo cuando vi el color celeste de sus ojos y me habló en italiano me di cuenta de que estaba ante el padre de Giovanna.

—Ketty, *prego* —suplicó.

Grité llamando a Marie, y apareció al instante con la pequeña en brazos.

—¡Giuseppe! —exclamó como si llevase el nombre pegado a la garganta desde hacía años.

Se abrazaron con la urgencia del tiempo perdido, incrédulos y pletóricos, sin soltarse, por si el otro desaparecía de nuevo. Marie le enseñó a la niña, le contó en francés que era su hija y él no necesitó comprender el idioma para saber que era suya.

—*Scusa, amore* —repetía Giuseppe, mientras Marie lo cubría de besos y la pequeña lloraba sin entender qué ocurría.

Aunque estaba muy débil, cojeaba y una profunda cicatriz atravesaba su brazo izquierdo, tardó poco en recuperarse, pues el

amor y la juventud empujaban más que nuestros cuidados. A las pocas semanas, ya se encargaba de las tareas que le encomendábamos en el restaurante, y se convirtió en un compañero indispensable, tanto que yo no comprendía cómo nos las habíamos apañado antes sin él. No quiso contarnos sus terribles peripecias, desde que se despidió durante la guerra, hasta que logró llegar a Perpiñán cuatro años después. Prefería no recordarlo, aunque Marie conocía bien los detalles de la pesadilla. Nunca la habíamos visto tan feliz ni tan activa, Giovanna enseguida lo llamó «papá», y nosotras supimos que el negocio prosperaría en manos de la joven pareja.

Giuseppe chapurreaba francés, pero su desparpajo con los clientes y su simpatía contagiosa eran suficientes para atraer a la gente, aunque de poco habrían servido sin mis cualidades culinarias.

Se casaron en la iglesia de Saint Mathieu y acudieron muchos amigos y vecinos que ya no recordaban que, años antes, le habían rapado el pelo a Marie por haberse acostado con un soldado italiano. Incluso Lucien, el panadero, celebró la boda con nosotros, y acabo convirtiéndose en el mejor amigo de Giuseppe.

Parecía que el mundo se ordenaba, que no era necesario salir de la cocina de Chez Dupont para ser moderadamente feliz, para sentir que tienes un lugar en el mundo, aunque sea pequeño y huela a mantequilla fundida. Cuando veía a Marie y a la niña, imaginaba que eran mi sobrina y la hija que nunca tuvo. En realidad, era la única familia que me quedaba. ¿Para qué volver a España, entonces? Iba a cumplir setenta años. Era una venerable anciana, respetada por la pequeña comunidad que había creado en Perpiñán. Dudaba de que mis fuerzas me permitieran abandonar ese mundo recién construido.

Casi había olvidado mi misión, cuando llegó una carta de Madrid.

104

Enseguida reconocí la caligrafía de Rafael, aunque el sobre no llevaba remitente. La abrí con urgencia, con las manos temblorosas, y me refugié en la cocina para leerla. Contenía bastantes cuartillas, el resumen de la vida de mi amigo en aquellos años difíciles. La letra ya no era tan firme como la de los tiempos de juventud, antes de la pesadilla, y revelaba la verdad de un hombre cansado.

Querida Ketty:

No imaginas la impresión que sentí al recibir tu carta. Ignoraba si seguías con vida o si las guerras infinitas te habían arrastrado. Tardó en llegar a mis manos, pues ya no vivimos en la calle de la Morería, aunque voy algunas veces a recoger la correspondencia que aún me envían allí.

He pasado los peores momentos de mi vida, igual que tú; perdí mi casa y mi salud. El cruel asedio a Madrid, los bombardeos, el miedo y el hambre no terminaban nunca. Por eso me alegré de que las tropas de Franco ocuparan por fin Madrid. Asistí, en la glorieta de Atocha, a la entrada de las avanzadillas rebeldes. Pero no esperaba que los siguientes años se convirtieran en una tortura moral, con el miedo a ser víctima, en cualquier momento, de la durísima represión que ha puesto en marcha Franco. Me da miedo hasta montar en coche, es el procedimiento que utilizan los fascistas para dar los «paseos».

Me abrieron un expediente de depuración, me acusaron de ser judío y llevar una vida rara, así que me invalidaron para ejercer la profesión de periodista. Imagina, sin posibilidad de trabajar, igual de muerto de hambre que durante la contienda. Malvivo de las traducciones, ahora de *Las mil y una noches*, las obras completas de Goethe y su biografía. La censura retiró la segunda edición de Dostoievski, y suprimieron mi

nombre en portada y en los prólogos, como si nadie lo hubiera traducido. Soy un fantasma, una sombra, un cadáver que respira.

Mi hermana Maripepa falleció en diciembre a causa de una tuberculosis en la columna vertebral, y mi querida Josefina tiene graves problemas de salud. Ella custodió mi archivo personal, pero casi lo pierdo todo porque calificaban mi biblioteca de marxista. Han tardado demasiado en devolverme mis libros y se han quedado con las estanterías; de momento están amontonados en el suelo, por los pasillos de la casa.

Sigo asistiendo a alguna tertulia, pero nunca sabes si la van a cerrar por orden de la autoridad. Ahora no se pude reunir nadie sin permiso ni para hablar de literatura. Clausuraron la de El Gato Negro, y nos trasladamos a Frisel, en la misma calle Príncipe, y luego a la taberna El Cocodrilo.

Para alegrarnos un poco la vida, tenemos en casa una tortuga, dos loros y un canario que nos ha regalado Josefina, y que llamamos Periquín.

He conocido a un joven aspirante a poeta que dice ser sobrino de Colombine. Se llama José Miguel Naveros Burgos, es abogado y nos hemos hecho buenos amigos. Es simpático e inteligente, y siempre que lo veo me acuerdo de vosotras. Tiene la robustez de tu hermana Carmen, y me hace recordar con nostalgia los buenos tiempos que vivimos en aquel salón de Colombine donde el mundo era nuestro y Madrid, una fiesta. Ahora, como diría Larra, es un inmenso cementerio.

No vuelvas Ketty, quédate en tu cocina de Francia, que por fin es un país libre, y olvida hasta lo que fuimos. No queda nada, es humo. Hay relojes que siguen marchando, pero que no marcan ya ninguna hora.

Ya no vivimos junto al viaducto. Hemos recibido una herencia providencial y salvadora, aunque, como soy sospechoso, aún no se ha resuelto del todo. Nos hemos instalado en un piso de la avenida de Menéndez Pelayo 47; es una casa señorial de tres plantas y portería en el bajo, con hermosas vistas al Retiro. Es lo único bueno que nos ha pasado, pero temo que, en cualquier momento, decidan que nos arrebatan la herencia. Escríbeme a esta dirección, pero no cuentes nada comprometedor, me pondrías en peligro. Si estás leyendo esta carta es porque ha logrado burlar la censura gracias a un amigo que trabaja en Correos y que me ha prometido echarla en la saca hacia Francia sin pasar por las manos del supervisor.

No escribas tu nombre ni tus señas en el remite, intentaré leer entre líneas lo que me quieras contar y me las ingeniaré para que te lleguen mis

palabras sin cortes ni riesgos.

Somos casi unos ancianos, Ketty, y mereceríamos una existencia sosegada y feliz. Tú aún puedes encontrar la alegría lejos de España, ya no reconocerías ni las calles de esta ciudad y mucho menos a la gente. Hemos perdido el brillo, ahora nadie tiene la luz de Colombine.

Te abraza,

RAFAEL

La carta de mi amigo me traspasó su congoja, ¿qué hacer? Era peligroso regresar y, tal vez, inútil. No pertenecía a ningún lugar, ni a la España de Franco ni a la Francia de los vencedores, aunque al lado de la pequeña familia que me acogía me sentía querida y protegida. ¿Qué más podía pedir?

Durante unos años, olvidé mi misión. Me convencí de que todo estaba perdido y, cada vez que pensaba en Carmen, el mundo se volvía borroso, me dolía el alma y me sentía como una traidora a su memoria.

Para aliviar mi culpa, no dejaba de releer los libros que atesoraba. Los sacamos de su escondite, pues ya no temía que los nazis se los llevaran, y los instalé en una estantería que Giuseppe fabricó con unos tablones. Por las noches, cuando nos reuníamos en el comedor tras una dura jornada de trabajo, leía en voz alta fragmentos de las obras de Colombine que escogía con mimo y, de paso, contaba cómo y cuándo escribió aquel texto, qué aventuras vivíamos entonces en Madrid y quién era mi hermana: la mujer más luminosa de la capital, la más admirada, la más valiente, la más comprometida, la mejor. Hablar de Carmen me consolaba, aunque siempre acababa llorando por ella, por mí, por su voz silenciada, por el injusto y devastador olvido. La pequeña Giovanna me abrazaba y me decía al oído «*Ti amo*» en un italiano precoz aprendido de las veces que se lo escuchaba decir a su padre.

Rafael ya no escribía, aunque yo sí a él para alimentar ese único contacto con España. No sabía nada de mis hermanos, suponía que

habrían sido represaliados y que habrían perdido el trabajo y la libertad. No deseaba añadirles más preocupaciones ni obligarles a sortear la censura para escribirme. Ni siquiera le pedí a Rafael que me diese la dirección de mi sobrino José Miguel, hijo de unos primos hermanos a los que traté bastante durante la infancia en Almería. En ese momento me parecían tan lejanos como si hubiesen pertenecido a la vida de una desconocida.

En 1949 llegó una carta de Rafael que me despertó de golpe, pues guardaba un resorte que me empujó a ponerme en camino cuando ya había cumplido más de setenta años.

Querida Ketty:

Espero que, al recibo de esta, te encuentres bien.

Llevo demasiado tiempo sin escribirte, la tristeza y la soledad me embargan. Hace un par de años murió mi amada Josefina, de repente. Aún no me lo creo, no me he recuperado del golpe. A punto estuve de casarme con ella, pero la parca se la llevó sin que pudiese hacer nada. He dejado de escribir mi diario, mi vida carece de interés y de sentido. A veces pierdo la noción del día y de la hora. Tengo problemas de visión, sobre todo en el ojo derecho, y cada vez me cuesta más leer.

Aunque conseguí publicar un libro con la editorial Aguilar, *Verde y dorado en las letras americanas*, pasó sin pena ni gloria, casi nadie lo leyó y ya no es fácil encontrarlo. Me han silenciado en el panorama literario español. Y los libros de tu hermana los han censurado. Colombine está en la lista de autores prohibidos junto a Zola, Voltaire y Rousseau. Sus obras no se encuentran en las bibliotecas, no se pueden vender en las librerías ni reeditar. La han borrado de la historia.

Quien ha regresado como un héroe es Ramón Gómez de la Serna. Colabora con el diario falangista *Arriba*, y ha vivido supuestamente exiliado en Buenos Aires. Las autoridades lo han acogido de manera apoteósica, y Franco le ha recibido en El Pardo. No entiendo nada de esta dictadura, y menos a Ramón, capaz de tolerar estos agasajos. Ha reabierto la sagrada cripta de Pombo y, aunque no he querido asistir, mis colegas me han contado que se han celebrado allí conferencias, actos

protocolarios, chocolatadas y presentaciones de libros. Hasta el Ayuntamiento de Madrid le ha puesto a Ramón una placa conmemorativa en el edificio donde nació; lo he leído en el periódico, y he visto su foto en la ceremonia de reconocimiento, descorriendo la cortinilla. Incluso ha cedido al Estado español la propiedad del cuadro de Solana que representa la famosa tertulia.

También regresó del exilio vuestro amigo, el médico Gregorio Marañón, y por fin ha conseguido retomar su cátedra de Endocrinología. Algunos afortunados que se repliegan a las exigencias de los vencidos son capaces de recuperar su vida anterior y su prestigio. Me temo que ese no va a ser mi caso.

Discúlpame si no te escribo más, me encuentro desganado y prefiero no trasladarte mi desánimo.

Procura ser feliz en tu refugio francés.

Tu amigo,

RAFAEL

Arrugué la carta con rabia, como si aquel papel fuese el responsable de las infamias que había leído. Blasfemé como nunca lo había hecho, ni cuando caían las bombas sobre Madrid, y mis dos amigas acudieron alarmadas al oír mis gritos. Les leí las confesiones de Rafael, y se indignaron tanto como yo, aunque intentaron calmarme.

—¡Qué importa, Ketty! —me dijo Cándida—. Ramón ya no pertenece a tu vida, ahora somos nosotras. Ese mundo que vivimos ya no existe, tienes esta casa, esta familia.

—Quizá haya llegado la hora de regresar y de que Colombine vuelva conmigo —respondí, convencida—. No puedo permitir que siga aplastada por la losa del silencio.

Mi decisión era firme: debía retornar a Madrid, hablar de mi hermana, sacar a la luz sus libros y su legado, devolverle el lugar que le habían arrebatado. Si Ramón había podido hacerlo, yo, también.

Todos en Perpiñán quisieron disuadirme: desde Antonia, que no

entendía mi afán por exponerme al peligro, hasta Marie, que aducía que me necesitaba a su lado para cuidarles como siempre lo había hecho.

—Cándida cocina tan bien como yo —me excusé.

—No solo echaré de menos tus galletas de mantequilla, Ketty —sollozó—. El cariño que me has dado desde que llegaste no se puede sustituir. No te vayas, por favor.

La pequeña Giovanna se me agarró a las piernas y, aunque no comprendía qué pasaba, también rompió a llorar.

—*Prego, prego* —repetía.

No lograron convencerme, aunque me partía el alma alejarme de ellos, de las personas que me habían acogido y querido en los momentos más difíciles de mi vida, que me habían regalado un cariño incondicional y me habían permitido sobrevivir a la catástrofe.

En pocos días, preparé mi equipaje. La maleta con los libros de mi hermana era lo importante, pero, a mi avanzada edad, las fuerzas ya eran escasas y tantos volúmenes pesaban demasiado; era imposible levantarla del suelo.

—No te los puedes llevar todos, tendrás que dejar algunos aquí. Los custodiaremos hasta que vuelvas —me dijo Cándida.

La miré con tristeza, sabía que no regresaría nunca, que, cuando cruzase el umbral de aquella cocina, que fue mi hogar, sería para siempre.

No me quedó más remedio que aligerar el peso y, con gran dolor, saqué de la maleta los libros más voluminosos. Me costó elegir, aunque intenté convencerme de que en Perpiñán también estarían a salvo de la hoguera y que, algún día, regresarían a España, aunque no fuese con tanto agasajo como los de Ramón. No recuerdo cuáles se quedaron, entre ellos uno en el que Carmen contaba su periplo

por Italia; a Giuseppe le fascinaba conocer lugares de su país que jamás había visitado y soñar con que, algún día, viajaría con su mujer y su hija.

A Cándida le dejé el último libro de cocina que me quedaba, *La cocina moderna*. Era un ejemplar voluminoso que le vendría bien para recordar las recetas que habíamos elaborado juntas. Las cartas y los recuerdos viajarían conmigo; jamás he podido desprenderme de ellos.

Saqué novelas de la maleta hasta que comprobé que podía levantarla del suelo.

—Aún pesa demasiado, Ketty —me increpó Marie—. Si quieres volver a Madrid, hazlo, pero no cargues tanto. Custodiaremos los libros con nuestra vida, si hace falta.

No la escuché. El legado de Carmen era lo primero, aunque tuviese que arrastrar el equipaje miles de kilómetros, que fue lo que ocurrió. Y no olvidé los objetos que formaban parte de la historia de mi vida; eran pocos y apenas pesaban. Guardé con cuidado, entre la ropa, el retrato que me hizo Viladrich en Barcelona, asediados por la guerra y el desastre.

Lucien, el panadero, tenía un amigo que falsificaba pasaportes, y me consiguió uno para entrar en España sin problemas. ¿Quién iba a detener a una anciana con una maleta más vieja que ella? Envolví los libros en ropa por si la abrían, aunque era un torpe disimulo. Confiaba en que no despertase el interés de ningún guardia. Conseguí algo de dinero español y llevé también francos franceses, que confiaba en cambiar por pesetas en algún momento. Cosí un bolsillo en la falda para guardar mis ahorros en un lugar seguro.

Cándida conocía la dirección de Tórtola Valencia, en Sarriá, pues se escribieron hasta la guerra, y me dio las señas para que la buscase.

—Te acogerá en su casa, si lo necesitas —aseguró—. Aunque no sabemos en qué situación se encuentra, ni siquiera si sigue en

Barcelona. Lo mismo nos pasa con el marqués. Cuando llegues a Madrid, tienes que buscar a Antonio de Hoyos. Ignoramos si sobrevivió.

—¡Tengo que buscar a tanta gente! —suspiré—. Algo debe de quedar de los tiempos felices que vivimos, ¿recuerdas?

—Y tanto, Ketty —añadió Antonia—. Madrid era una fiesta, pero ahora tenemos este hogar y somos afortunadas.

La despedida fue dolorosa. Me acompañaron todos hasta la frontera, por si me arrepentía a última hora. Giuseppe cargó con la maleta, y aseguraba que era imposible que llegase a Madrid con ella, pero mi impulso era superior a mis escasas fuerzas.

105

Conforme me alejaba de Francia, la cruda realidad se imponía. Me marchaba de un país que acababa de salir de una guerra y entraba en otro cuyas cicatrices eran más profundas, donde la contienda parecía no haber acabado y la miseria abarcaba el paisaje entero. A pesar de que llevaba dinero para pagar ciertas comodidades, el viaje fue penoso hasta Barcelona.

La ciudad aún conservaba las huellas de los bombardeos, la gente caminaba silenciosa; las mujeres, enlutadas y cabizbajas; los hombres, cansados; los niños, harapientos y tiñosos. Conseguí que un coche me llevase a Sarriá. De camino, la destrucción se palpaba, y pensé que pasarían décadas hasta que se levantaran de nuevo los edificios destruidos y las almas rotas.

Fue el tiempo de las mirillas y la desconfianza en cada puerta. La primera a la que llamé fue a la de Tórtola. Un vecino me indicó que la bailarina vivía en el primero izquierda. Respiré aliviada, pues significaba que tendría un techo esa noche. Unos ojos se escondían tras la rejilla y, aunque no podía distinguirlos, me miraban con recelo, con miedo.

—¿Quién es? —preguntó una suave voz femenina.

—Vengo a ver a la señora Carmen —pronuncié su nombre verdadero para certificar que la conocía más allá de su faceta artística—. Soy Ketty de Burgos.

La mirilla se cerró y oí unos pasos que se alejaban. Temí que no volviera, pero, tras largos minutos, regresaron con celeridad. Una mujer de unos cuarenta años me abrió la puerta.

—Puede pasar, mi madre la espera.

Ángeles Magret era menuda y de aspecto frágil, pero se movía con agilidad y poseía una delicada belleza. Sabía que no era la hija de Tórtola, pues Cándida me contó que convivía con otra mujer, más joven, y que simulaban ser familiares para no suscitar sospechas.

Me llevó hasta un salón profusamente decorado donde descansaba Tórtola, envuelta en una colorida túnica y tocada con un llamativo turbante. No se levantó del sillón, y yo me acerqué a saludarla. Había envejecido, como yo, como todos. Hasta los jóvenes parecían ancianos en la España gris de la posguerra. Había cumplido cuatro años menos que yo, y el tiempo no la había tratado mal, a pesar de la guerra y las privaciones. Unas ojeras violáceas enmarcaban sus profundos ojos verdes, que habían perdido el brillo, pero no encanto ni locuacidad. Era de esas personas que hablan también con la mirada.

Al principio, la noté recelosa. Se escudaba en un falso alejamiento para defender su intimidad, hasta que la conversación fluyó y se dio cuenta de que yo formaba parte del mundo perdido, de que nuestros pensamientos, añoranzas y recuerdos eran semejantes.

—¡Aquel verano de comienzos de siglo! —exclamó—. ¡Cuánto nos divertimos en los cafés y espectáculos de Madrid! La ciudad hervía de vida.

—Es cierto, de la mano de Antonio de Hoyos recorrimos los lugares más extraños y conocimos a la gente más peculiar.

—¡Ay, Antonio! —suspiró—. ¡Qué desgracia!

—¿Qué sabes de él? ¿Murió en la guerra? —pregunté, inquieta.

—Peor, Ketty. Me contaron que lo detuvieron y lo llevaron a la cárcel de Porlier al terminar la contienda. En ella murió a los pocos meses, pobre, ciego, sordo, casi paralítico y abandonado por conocidos y familiares.

—¡Pobre hombre! Sé que durante la guerra se significó

demasiado, como siempre. Jamás disimuló sus inclinaciones ni sus ideas, se convirtió en militante anarquista y colaboró en el periódico *El sindicalista* —conté.

—Nos escribió por última vez para decirnos que colectivizaron su casa, su coche y hasta sus objetos personales por iniciativa propia —añadió—. Renegaba de sus ascendentes nobles y se vanagloriaba de que atravesaba la Puerta del Sol vestido con un mono azul de obrero, hecho especialmente para él con fina seda azul, un pistolón al cinto y su monóculo. Después de aquella carta, silencio. Una noche soñé que iba a verlo a la cárcel, me decían que estaba muerto y me entregaban sus objetos personales: el monóculo con el cristal roto.

—¡Qué injusto acabar así! ¡Un hombre tan generoso! ¿Qué será de su memoria cuando ya no estemos quienes lo conocimos? ¿No te das cuenta de que mi hermana correrá la misma suerte? —solté, nerviosa.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras, hasta que decidas qué hacer —me ofreció—. Mi casa es un lugar seguro, aquí no viene nadie, no se acuerdan de mí, y en este momento es preferible. Me retiré en el 30, deseaba llevar una vida sosegada en compañía de Ángeles; por fin había encontrado a la persona que buscaba —confesó—. Tuve infinidad de amantes, pero ninguno me dio tanto amor como me demuestra ella cada día desde hace más de veinte años. Es un milagro en medio del horror. Durante la guerra, me declaré republicana y catalana, sufrí la devastación y la miseria, como tú, como todos. Y ahora vivo encerrada en casa, no supongo un peligro para la dictadura. Si bailase, ya me habrían detenido. He adoptado a Ángeles como hija de manera legal, para no despertar más suspicacias, y me dedico a pintar, ver pasar la vida y recordar el pasado con nostalgia.

—Al menos no tienes demasiadas privaciones —dije, mirando alrededor.

—No creas, he vendido casi todas mis joyas para sobrevivir. Los ahorros y el dinero de la República no sirvieron para nada. Menos mal que Ángela ha conseguido trabajo como dependienta en unos grandes almacenes de Las Ramblas. Mi corazón no es muy fuerte, sufro de problemas cardiacos, como tu hermana, y la morfina es lo único que me calma los dolores de huesos que me torturan por culpa de mi manera desenfrenada de bailar durante décadas. Delante de Ángeles intento disimular, desconoce la gravedad de mis dolencias. No le reveles nada. Recuerdo que tu hermana decía que eras la mejor guardiana de secretos.

Me enseñó varios álbumes, forrados con lujosas telas, donde conservaba recortes de prensa que hablaban de ella: de su manera versátil y moderna de bailar, de su talento, de su belleza, de los espectáculos que protagonizó por medio mundo y, también, de sus escándalos. Guardaba fotos de distintas épocas, y en todas ellas aparecía exultante de hermosura. El cartel del perfume Myrurgia destacaba entre aquellas imágenes de otro tiempo.

Coleccionaba grabados, estampas y brocados. La casa era un exótico museo, y guardaba los vestidos que había usado en sus representaciones. Me pareció reconocer un magnífico mantón de Manila que vi durante la entrevista que le realizó mi hermana en un hotel de Madrid, allá por 1916.

Me confesó que era budista, algo prohibido en la católica España, y que, para disimular, había colocado en la pared de la entrada un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús.

De pronto, se levantó y extrajo un libro de la estantería del salón. Me lo tendió y enseguida reconocí la cubierta de *Confidencias de artistas*, con las entrevistas que Carmen realizó a varias actrices, incluida Tórtola.

—Lo he guardado desde entonces. Nadie me lo ha quitado, y no pienso desprenderme de él mientras viva.

Su gesto me emocionó y me llenó de esperanza. Yo no era la

única que atesoraba la obra de Colombine. Ese libro recogía la entrevista que mi hermana le hizo a su propia hija. Entre sus páginas, se encontraban las dos, por eso yo tampoco me he separado de él.

Pasé más de una semana en casa de Tórtola. De nuevo eran mujeres las que me acogían. La tentación de permanecer al abrigo del afecto de mis amigas me impidió marcharme antes a Madrid. Cocinaba para ellas las escasas provisiones que Ángela compraba con su menguado sueldo. Eran vegetarianas, y la dieta de posguerra no saciaba, pero me había acostumbrado a pasar hambre.

—¿Qué llevas en esa pesada maleta? —me preguntó la discreta Ángeles.

—La historia de su vida —respondió Tórtola por mí.

—Eso es —asentí—. Son libros de mi hermana, su legado. Quiero que se la restituya al lugar que merece, pues ahora sus obras no están en las bibliotecas ni en las librerías; en ninguna parte.

Rompí a llorar, y las dos acudieron a consolarme.

—No será fácil tu misión, Ketty —auguró Tórtola—. Tu hermana era todo lo contrario de lo que ahora se espera de una mujer. No era dócil, ni se replegaba a las órdenes de otros. Colombine denunciaba, reclamaba igualdad de derechos y libertad, palabras prohibidas en esta España vencida. ¡Incluso defendió el divorcio cuando nadie se atrevía hablar de ello!

—La dictadura acabará algún día, aunque no lo veamos nosotras —dije, convencida—. Entonces sus libros estarán para que las nuevas generaciones los conozcan, como conocerán los de Ramón.

—Te expones a que te los quiten y acaben en la hoguera —intervino Ángela.

—Puedes dejarlos aquí, los custodiaremos —me ofreció Tórtola—. Ya no registran esta casa, pues han visto que solo hay trastos y que

somos dos viejas inofensivas. Yo apenas salgo, ya no soy un mal ejemplo para nadie.

De nuevo, tuve que escoger. La maleta cada vez me pesaba más, pues yo envejecía a cada paso, y unos cuantos libros se quedaron en Sarriá, en medio de aquel bazar, mudos y escondidos por Tórtola, la bailarina guardiana.

El primero que elegí fue *El veneno del arte*, la novela corta inspirada en nuestro amigo Antonio de Hoyos que supuso un enfrentamiento entre mi hermana y él, aunque el marqués fue generoso y la perdonó. Tórtola se emocionó al tocarlo; él seguirá en nuestra memoria para siempre, aunque la dictadura se empeñase en borrar a las personas diferentes.

Le dejé bastantes novelas cortas; el libro sobre Leopardi, que era muy voluminoso; y varios ensayos sobre cuestiones ligeras: *El arte de ser mujer*, *Salud y belleza*, *Arte de la elegancia*, *Arte de saber vivir*, *El arte de seducir* y *El arte de ser amada*. A Tórtola le entusiasmaron desde el título, y prometió, no solo custodiarlos, sino también leerlos con interés, aunque ya no estuviese en edad ni tuviera ganas de seducir a nadie.

—El interés excesivo por la moda está mal visto, dicen que es pecado ceder a la vanidad. Ahora las mujeres tenemos que ser abnegadas, sacrificadas y dedicadas a la familia en cuerpo y alma —se quejó—. Este libro lo publicó tu hermana en los años felices, cuando se alababa mi estilo y la moda era una forma de arte.

—Ella decía que la mujer necesita cuidar no solo su belleza física, sino también su cultura, y que debe interesarse por el arte y la literatura —añadí.

—El encanto femenino es como un aroma que se percibe, pero no se puede definir. Hay que buscar siempre lo bueno y lo bello. En eso coincidíamos —aseguró—. Tu hermana era una erudita. En este capítulo —dijo señalando una página—, hace un repaso de la imagen femenina en la historia de la pintura. No es un libro

superficial ni baladí, sino el compromiso de una mujer que desea trasmitir cultura a sus lectoras. ¡Y renegaba del corsé tanto como yo!

Reímos por primera vez en toda la tarde. Me alegré de que apreciara las palabras de Carmen, y no dudé de que custodiaría sus obras como lo haría yo. Como agradecimiento por su hospitalidad, le ofrecí un objeto que me había acompañado a lo largo de mi periplo: el abanico de encaje que Antonio de Hoyos me regaló por la época en que Tórtola y yo nos conocimos. Me lo agradeció, emocionada:

—Así os recordaré a los dos cada vez que haga calor y lo utilice. Me encanta atesorar esa clase de detalles.

Me costó despedirme de Tórtola; sabía que a ella tampoco volvería a verla. Ángeles me acompañó hasta la estación. De camino descubrí que las dolencias de Tórtola no eran un secreto para ella, pero que fingía ignorarlo para que no sufriera. La mujer que bailaba como una serpiente moriría unos años más tarde, en el 55. Su hija fingida me escribiría para comunicarme que había perdido al amor de su vida.

106

Conseguí un mozo que cargase con la maleta, cada vez más liviana, y el viaje de un tren a otro se produjo sin demasiados contratiempos. Mi aspecto era el de una anciana distinguida, y los caballeros me respetaban solícitos.

Me acercaba a Madrid y mi nerviosismo aumentaba. ¿Qué me esperaba en la capital? Prefería no imaginar una respuesta, pero era seguro que nada parecido a la primera vez que la pisé, un lejano otoño de 1903.

Cuando descendí del tren en la estación de Atocha, me pareció que llegaba a un lugar desconocido. Decenas de veces la había visitado, en el continuo ir y venir que marcó la vida de mi hermana, pero nunca había percibido ese silencio extraño por encima del ruido de las máquinas, pues faltaba el bullicio alegre de la gente que iniciaba un viaje y el recibimiento gozoso a los que llegaban. El humo lo tiznaba todo, hasta los corazones envejecidos de los pasajeros.

Enseguida encontré un mozo, un chiquillo harapiento a quien le ofrecí unas monedas para que comiese algo ese día. Un coche me llevó hasta la calle Sagasta, donde estaba mi casa. El portal se encontraba abierto, y no había quien me impidiera el paso. Aún conservaba la llave del piso, pero, como me temía, no entraba, pues habían cambiado la cerradura. Llamé con insistencia, y unos pasos corrieron hacia la puerta. Detrás de la mirilla se escondía un hombre que me habló con voz bronca, escudado en las sombras:

—¿Quién es?

—Esta era mi casa antes del final de la guerra —respondí, resuelta, sin pensar en las consecuencias—. Se quedaron mis pertenencias…

—¡Eso dicen todos! —saltó, impertinente—. ¡Márchese o llamo a la policía!

Desapareció cerrando la mirilla y dando la conversación por terminada. Me dejó desconcertada, como de piedra, con mi maleta y mi desazón a cuestas. Ni siquiera fui capaz de llorar, la sangre se me heló en el corazón. Permanecí allí parada sin saber qué hacer, sin reaccionar, durante un tiempo que no sé si fueron horas o minutos, hasta que oí una voz familiar.

—¿Ketty?

Me costó reconocer a Fermina, cubierta con un velo negro y bastante más gruesa que durante la guerra. Me miraba atónita, como si hubiera visto un fantasma.

—¿Qué haces aquí? Es peligroso. Vamos, entra —me ordenó tras comprobar que nadie nos veía.

En el recibidor de su casa lucía, rodeada de flores, la imagen de la Virgen del Carmen que custodié durante la guerra. La miré como quien se encuentra con un viejo conocido, y Fermina se santiguó ante ella.

—Me salvó la vida —aseguró—. Y tú la salvaste, exponiéndote al peligro. No lo he olvidado.

Me arrastró hasta un cuarto de estar, lleno de estampas de santos y presidido por una máquina de coser.

—Es mi refugio —dijo—, aquí no entra mi marido. Podemos hablar un rato, hasta que él llegue. Por suerte, la criada tampoco está; la he mandado a unos recados y tardará en regresar. ¿Por qué has vuelto, Ketty? —me preguntó muy seria.

—Traigo los libros de mi hermana —respondí señalando la maleta—. Quiero que no la olviden, que se sepa quién fue y lo que hizo. Y a recuperar lo que dejé en el piso.

—¿Estás loca? —Me miró con los ojos muy abiertos—. El nombre de Carmen de Burgos no se puede pronunciar. Tuve que decir que no os conocía de nada o me habrían interrogado.

—¿Qué has hecho con los libros que te dejé?

—Verás… —dudó—. Tengo el manual de cocina y otros dos que me diste: *La mujer en el hogar* y *El tocador práctico*. Los he forrado con papel de periódico para que no se vea el nombre de la autora en la portada. Si los ve Eusebio, me monta un escándalo.

—¿Y los demás? ¿La biografía de Larra que dejé junto a la Virgen?

—No había ningún libro con la imagen —respondió mirando al suelo—. Tu hermana era una revolucionaria. Vuestro piso pertenece a otra gente, y el hombre trabaja para el régimen. La policía se lo llevó todo, incautaron los libros y demás bienes de tu hermana, y vinieron en busca de ti y de tu sobrina.

—Mi sobrina murió… —balbuceé—. Eso me dijeron. ¿No te enteraste?

—No sé nada, Ketty. Un día desapareció y no volví a verla. ¿Has llamado a la puerta del vecino? ¿No le habrás dicho quién eras?

—Solo que yo vivía ahí antes de que acabase la guerra.

—¡Vaya por Dios! —exclamó—. Seguramente estarás en búsqueda y captura… Corres un serio peligro.

—¡No he hecho nada! ¿De qué me acusarían? —sollocé, sin esperanza.

—De cualquier cosa, Ketty —reconoció con tristeza—. No debes quedarte aquí, me pones en un compromiso. Mi marido ahora tiene un cargo importante. Voy a intentar ayudarte, es posible que el vecino te delate. Busca una pensión y, en unos días, nos vemos en la glorieta de Barceló, pero no vuelvas a esta casa. Nos arriesgamos las dos.

Nos despedimos con un rápido abrazo y quedamos en encontrarnos justo una semana después. Le agradecí que velase por

mí. Yo solo era una vieja sola e indefensa en una ciudad desconocida, a la que asediaban los perros de la venganza. Me asaltaban el miedo y las dudas: ¿cómo era posible que Fermina no supiera que María había fallecido? ¿Y la policía? ¿Buscaba también a los muertos para aplicarles sus leyes y condenas? ¿Dónde estarían los recuerdos de mi hermana, sus muebles, sus cuadros, su ropa…? ¿Lo habrían quemado todo en una pira infame? Habría hecho un museo con cada objeto que ella amaba, con los que atesoró en sus viajes, con los papeles que conservaban su caligrafía, con las cartas que recibió de cada rincón del mundo, con los retratos que, de ella, pintaron famosos artistas. La historia tangible de su vida había sido borrada por los enemigos de la libertad.

Escapé aturdida del edificio de la calle Sagasta, que ya no era mi casa. Antes de acercarme a la siguiente dirección, la de Rafael, decidí buscar un alojamiento modesto cerca de allí. Recordaba que en la calle Apodaca había una pensión; no estaba lejos, y la maleta pesaba demasiado como para llevarla de un lado a otro. El inmueble mostraba las cicatrices de la guerra, aunque se mantenía en pie, a pesar de los desconchones. La suciedad de la escalera a punto estuvo de echarme atrás, pero el cansancio pudo más que mis escrúpulos.

El dueño me miró con desconfianza. Era un tipo flaco y desgreñado con un aliento fétido al que le faltaban la mitad de los dientes.

—¿Se va a quedar muchos días? —preguntó como si me interrogase.

—No lo sé, al menos una semana.

—Hay que pagar por adelantado. —Sonó como una orden.

El precio no era excesivo, pero, cuando entré en la habitación, me pareció carísimo. Era un cuchitril lúgubre, con una ventana que daba a un patio maloliente y muebles desvencijados. Mejor pasar el tiempo en la calle, aunque no fuesen las mismas que recorrí jovial

cuando la ciudad se mostraba ruidosa y colorida, y ambas éramos jóvenes.

107

Las únicas señas seguras que conocía eran las de Rafael. Pensé que el resto de mis conocidos quizá también habrían sido desalojados de sus viviendas y habrían tenido que buscar otro acomodo más humilde. Me dirigí a la avenida de Menéndez Pelayo número 47. Como me anunció mi amigo, vivía en un edificio señorial frente al parque del Retiro, y contaba con un portero vigilante que seleccionaba quién debía entrar y quién no.

—¿A quién busca la señora? —me preguntó al acercarme al portal.

—A don Rafael Cansinos, vive en el segundo.

—Sé dónde vive don Rafael —me respondió, despectivo. No debió de gustarle mi aspecto, cada vez más desaliñado después de días de viaje—. No creo que la reciba, está de luto. Váyase.

No me dio más explicaciones, y tampoco me atreví a pedírselas, pero en ese momento salía una joven cargada con un cesto. Era evidente que se trataba de una criada.

—Voy a hacer la compra, Robustiano —le contó al portero—. Por fin don Rafael quiere comer algo. ¡Qué hombre más inapetente!

La seguí hasta que huimos de la mirada adusta del enclenque Robustiano y me acerqué a ella, impaciente.

—¿Trabajas para Rafael? Me llamo Ketty de Burgos. Soy una vieja amiga, tengo que verlo. El portero no me ha dejado pasar, pero es urgente, vengo desde muy lejos, desde Francia, y necesito hablar con él…

Hablé deprisa, como si no me quedase tiempo, mientras ella me

miraba atónita sin entender quién era yo ni qué le estaba contando.

—Se murió su hermana, doña Pilar —dijo con un marcado acento que reconocí como extremeño—. Tengo que ir al mercado.

Braulia era una muchacha muy joven, bonita y de aspecto resuelto. Vestía con pulcritud; era la persona más limpia que había visto en Madrid hasta ese momento. Pensé que mi amigo estaría bien cuidado y me alegré por él.

La acompañé, no pensaba despegarme de ella hasta que no me ayudase. Le hablé de mi larga amistad con la familia mientras ella me escuchaba silenciosa, y conseguí que me prometiera que le contaría a Rafael que me encontraba en la ciudad y que deseaba verlo.

—No se vaya —me dijo cuando regresamos al portal—. Le diré al señor que baje a verla. Así no tendrá que enfrentarse de nuevo a Robustiano. Es un gruñón, se cree que es un general como los que viven en el edificio. Además, a don Rafael le vendrá bien salir a la calle, lleva semanas encerrado.

Le agradecí el gesto y esperé, nerviosa, sentada en un banco junto a la valla del Retiro, desde donde se divisaba el portal.

El hombre que cruzó el umbral a los pocos minutos no era el Rafael que conocí años atrás. Parecía menos alto y caminaba encorvado, como si le pesara la vida. Me buscó con la mirada y, cuando me vio, se le iluminaron los ojos. Caminó acelerando el paso hacia mí, y yo esperaba que nos fundiésemos en un abrazo, pero se limitó a tenderme la mano.

—Ketty, querida —me dijo con una voz apagada que apenas reconocí—. No debo abrazarte en público. Sería comprometido para ti, para los dos —se excusó—. ¡Cómo me palpita el corazón! Esto es como una pedrada que el destino me lanza con un diamante. ¡Cuánto te he añorado! ¿Qué demonios haces aquí? Has venido a meterte en la boca del lobo.

—¡Rafael! —Se me saltaron las lágrimas. Me habría gustado

apretarme contra su cuerpo, buscar el refugio del amigo, llorar en su pecho—. Yo también te he echado de menos. Necesito que me ayudes, por los viejos tiempos.

—¡Ay! De cuanto adoramos, de cuanto vivimos, nada queda ya. Cambiamos nosotros y el mundo a la par. Solo somos sombra, Ketty —gimió—. No sé si podré ayudarte. Ahora nadie puede, todos nos hemos convertido en sospechosos. Y yo, más aún. Si te encuentran, te detendrán. Me vigilan, registran mi casa buscando no sé qué. ¡Ay, Ketty, qué mal nos ha tratado la vida! Ese portero es un sicario de la policía, sabe quién entra y sale, quién me visita. Corres peligro tú también.

—¿Qué le van a hacer a una pobre vieja?

—No se detienen ante nada. ¿Tienes dónde alojarte?

—De momento estoy en una pensión, pero el dinero no me dará para seguir allí demasiado tiempo.

—No sería seguro que te quedases en casa, no puedo darte cobijo. Lo siento, Ketty —sollozó.

Era un hombre derrotado. Había adelgazado, como casi todos, su tez había adquirido una tonalidad lechosa y las arrugas trazaban un accidentado mapa en su rostro ajado.

—Murió mi hermana Pilar —siguió llorando sin consuelo, y yo no me atrevía a abrazarlo—. Entremos en el Retiro. Hablaremos sin ser observados por tantos ojos —me ordenó.

—Siento tu pérdida, sé que estabais muy unidos.

—La vida entera juntos. Discutíamos mucho, pero la adoraba —reconoció.

—Carmen dejó un vacío en mi vida que no he logrado llenar, a pesar de que, en Perpiñán, Cándida me acogió y formamos una familia.

—Tenías que haberte quedado allí —soltó, rotundo.

—He vuelto para que se sepa quién era mi hermana.

—Lo impedirán a toda costa, Ketty —aseguró—. Colombine

representa todo lo que la dictadura detesta y persigue. La han borrado para que nadie se acuerde de que existió.

Sus palabras me desgarraban el alma. Era lo más doloroso que podía escuchar, la segunda muerte de mi hermana. No la mató el corazón, la mató el olvido impuesto por los vencedores.

—He traído sus libros, y necesito que me ayudes a esconderlos para que, cuando esto pase, salgan a la luz y demuestren quién era Carmen de Burgos —le rogué.

—En mi casa hacen registros cuando les viene en gana, no es un lugar seguro…

—¡Por favor! —supliqué—. Te dejaré los menos comprometedores para que no te supongan un problema.

—Que aparezca el nombre de Colombine en la portada ya es un riesgo, pero haré lo que pueda. Ven con los libros mañana. Hablaré con una vecina para que entres con ella en el edificio. Mejor que el portero no sepa que vienes a mi casa con una maleta, seguro que sospecha. Braulia te avisará de la hora. Dime dónde está esa pensión. La muchacha es dispuesta, lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo… Si no fuese por ella, habría muerto de inanición —confesó.

Permanecimos largo rato paseando por el Retiro, que me pareció más solitario y triste que nunca: no se veían parejas de enamorados ni niños jugando, solo algún hombre con sombrero caminando deprisa hacia ninguna parte.

Me habló de los amigos que aún vivían atrapados en Madrid, sufriendo un exilio interior, despojados de sus pertenencias, degradados en sus trabajos, pero no en su dignidad. Me dio las señas de Violeta, y me dijo que no se encontraba bien, aunque no era una cuestión de salud, como en la mayoría de los casos, incluido el suyo.

La tarde del día siguiente, Braulia vino a la pensión a buscarme. Me ayudó a cargar con los libros y distribuimos el peso en un par de bolsas que ella llevaba. Había ejemplares de los que no era capaz de deshacerme y, además, eran comprometedores. No pensaba dejarle a Rafael *La mujer moderna y sus derechos, El divorcio en España*, la biografía de Riego, los que hablaban de nuestra familia, como *Los inadaptados* o *El último contrabandista*, ni los que formaban parte de mi vida, como *En la guerra*, que escribió tras nuestra inolvidable experiencia en Melilla. Me guardé también *Ensayos literarios*, el primero que publicó, donde había un texto dedicado a mí; *Ellas y ellos o ellos y ellas*, en cuya portada se veía el retrato de Carmen que pintó Julio Romero de Torres, y otros que guardaban recuerdos inolvidables.

De camino conversé con la muchacha. Me sorprendió su agudeza y su inteligencia. Había leído casi todos los textos publicados por Rafael, y gozaba de una cultura nada propia de una joven de su condición.

—La guerra me truncó los deseos. Había empezado a estudiar, pero los perdedores pobres, como yo, no tenemos derecho más que a servir —suspiró—. Admiro a don Rafael, es un hombre sabio y decente.

—Lo es —corroboré—. Y un buen amigo, también en los malos momentos.

El truco de la vecina funcionó, pues el portero, al ir acompañada de la señora del segundo, ni siquiera se fijó en mí.

El piso de Rafael era sorprendentemente lujoso. Numerosos objetos decoraban el salón, y los muebles y cuadros eran valiosos.

—Forma parte de la herencia —me aclaró cuando vio que yo lo miraba todo con asombro—. De momento no podemos vender nada, y rogamos para que no nos echen de aquí.

Abrí las bolsas y le mostré los volúmenes que había seleccionado para que se los quedase.

—¡Ah, *Puñal de claveles*! —exclamó, emocionado—. El pobre Federico García Lorca ya no volverá a contemplar la obra que escribió, inspirada en la de tu hermana, sin duda. Me gustará releerla, la esconderé bien.

Se quedó con algunas novelas: *El anhelo*, *La prueba*, *Don Manolito* y *El Retorno*. Me costó desprenderme de *Hablando con los descendientes*, aunque no le ofrecí la biografía de Riego, peligrosa por tratar sobre el héroe rebelde, resucitado por los revolucionarios republicanos.

—¡Este no me lo dejes aquí! —saltó al ver la novela *Los anticuarios*—. Recuerdo que criticaba el poder de la Iglesia, algo que no se puede cuestionar ahora.

En casa de Rafael se quedaron también el libro de cuentos *Alucinación* y las novelas *El tío de todos* y *Los espirituados*, además de una carpeta con artículos de periódicos, aunque me llevé los primeros que Carmen publicó y los que escribió cuando fuimos a Melilla. Unas cuantas novelas cortas completaron el botín que Rafael escondió en las estanterías de su casa, entre obras de Dostoievski, Víctor Hugo y Cervantes. Confiábamos en que los sabuesos no rebuscaran hasta encontrarlas.

Salí satisfecha. Parte del legado de Carmen se quedaba a buen recaudo, y mi amigo, también: me percaté de cómo se miraban Braulia y él. Aunque la muchacha me pareció escandalosamente joven, había aprendido que nadie debe juzgar a quienes se aman. Eso me lo enseñó mi hermana. Me alegré de que Rafael no estuviese solo y de que tuviera quien lo cuidase, un lujo que yo deseaba, pero no estaba a mi alcance en ese momento.

108

La visita más difícil la hice al día siguiente. Hablar con Ramón me provocaba un enorme rechazo, pero era imprescindible para salvar la memoria de mi hermana. Guardé algunos libros en una bolsa y me dirigí a su encuentro. Seleccioné los que formaban parte de su historia de amor, como *La flor de la playa* y otros que confiaba en que aceptaría.

Si entrar en casa de Rafael resultó complicado, acercarme al escritor, que se alojaba en el hotel Ritz, iba a resultar una odisea. No me arredré. Me planté en la recepción, sin que el portero pudiese detenerme, y me dirigí al hombre que atendía tras el mostrador.

—Quiero que le diga a don Ramón Gómez de la Serna que estoy aquí. Soy Ketty de Burgos.

Me miró sorprendido y, de pronto, hizo un gesto como si me reconociera. Comprobó que no había nadie alrededor y me pidió que me acercase para decirme en voz baja:

—¿Su hermana era…? —susurró—. No conviene que vaya diciendo su nombre por ahí. Mi madre la admiraba mucho, fuimos a un mitin en el 31, pero ya no se debe hablar de eso. Avisaré a don Ramón, pero salga del hotel enseguida. Le diré que está usted frente al Museo del Prado, junto a la estatua de Goya.

Le agradecí el gesto con una sonrisa. No abundaban los valientes, aunque, si trabajaba de recepcionista en el mejor hotel de Madrid, se habría tenido que plegar a las exigencias de los vencedores. ¡A saber cuál era su historia! Era hermoso comprobar que aún

recordaba a Carmen.

Ramón no tardó en llegar. Portaba su inseparable pipa apagada y un sombrero que le quedaba pequeño. No parecía el joven bohemio que conocí, sino un señor tradicional, serio, conservador y sin nada que ocultar. Un hombre de bien, como se llama ahora a los tipos que sustentan este régimen dictatorial. En mi mente se agolpaban los insultos y el rencor que pensaba expresarle, hasta que llegó junto a mí y comprobé la tristeza inmensa de sus ojos.

—Ketty, querida —sollozó.

Me abrazó sin reparos, y correspondí al gesto. Éramos dos seres fuera de lugar, ante la presencia imponente de Goya, otro gran exiliado de la triste historia de España. Mi desprecio se desvaneció y solo quedó la nostalgia.

—¿Qué haces en Madrid? ¿Te busca la policía? ¿Te han localizado? —preguntó, inquieto.

—No he tenido problemas, de momento. Llevo un pasaporte falso.

—¡Pero en la recepción has dicho tu nombre verdadero!

—Necesitaba verte. Tienes que ayudarme a resucitar a mi hermana, ya sabes qué quiero decir. Has vuelto con todos los honores, te han dado premios y hasta te ha recibido Franco. Nunca pensé que te plegarías a esta gente —le reproché.

—Ni yo, Ketty. Pero ¿qué podía hacer? ¿Dejar que mi nombre cayese en el olvido, como tantos otros?

—Como el de Colombine —respondí.

—Solo me quieren para demostrar que el régimen respeta a los intelectuales, es una trampa. Y he caído en ella. No me siento orgulloso, pero es la única manera de que mi nombre y mi obra pasen a la historia.

—Carmen merece ser recordada, más que tú —solté, enfadada.

—Lo sé —reconoció—. Pero ¿cómo reivindicar en estos tiempos a una mujer que pedía el divorcio y defendía el feminismo? La España de entonces ya no existe.

—He vuelto con sus libros. Necesito que te quedes con algunos para que no desaparezcan, para que los custodies hasta que lleguen tiempos mejores.

—Tiempos mejores —repitió con un deje de tristeza—. Me temo que no los veremos, no pienso quedarme aquí mucho más. Hasta el aire está enrarecido. No quiero vivir en esta España que me halaga. No soy un cínico, Ketty, aunque opines lo contrario.

—Has vendido tu dignidad —le espeté.

—Tienes razón. —Sonó como un gemido—. Si me quedo, me habré entregado del todo, Carmen se avergonzaría de mí. Regresaré a Argentina, en Buenos Aires estaré tranquilo. Luisita, mi mujer, porteña de nacimiento, se siente mal en Madrid. Me cuida, no estoy bien de salud. Me han diagnosticado diabetes, y necesito medicamentos para dormir. Sin ella, estaría muerto. ¡Qué imprescindibles sois las mujeres!

—Nosotras nos las apañamos bien solas —aseguré con conocimiento de causa, y pensé en Rafael y su Braulia.

—Conservo en mi casa de Argentina algunos libros de tu hermana, ¡cómo olvidarla! Jamás me desharé de ellos, te lo prometo.

—He traído varios en esta bolsa…

—¡No los saques aquí! —saltó, alarmado—. Busquemos un lugar apartado. El jardín botánico está cerca, vayamos.

Escudados por los árboles, le enseñé los ejemplares que había seleccionado para él.

Se mostró dispuesto a quedarse con *Los anticuarios*, pese a su contenido anticlerical, y se emocionó al ver *La flor de la playa*, donde Carmen había expresado todo el amor que se profesaban; *Peregrinaciones*, el libro de viajes cuyo prólogo escribió cuando eran una pareja feliz; y el ejemplar de la revista *Prometeo*, de julio de 1909, donde se contaba el homenaje a Larra, el principio del romance entre Carmen y él. Tomó entre las manos, como si de

objetos sagrados se tratase, los demás títulos: *Malos amores*, *La hora del amor*…

—No te preocupes, no me registrarán —aseguró—. Se vendrán conmigo.

—Habría preferido que se quedasen aquí, por eso he regresado —me lamenté.

—Lo importante es que no desaparezcan. Llegará el momento de resucitarla. Debo despedirme de ti y de este extraño país. Me voy de España, pero me llevo a Colombine. Aquí ya no se puede vivir… ¡Que me traigan muerto, si quieren!

—Y que traigan los libros de vuelta, cuando sea —suspiré.

—¡Ah! Debes saber que en América también está *Fígaro*, la biografía de Larra. Hace un año estuve con un amigo tuyo…

—¡Miquel! —exclamé. Me dio un vuelco el corazón.

—Viladrich se ha abierto camino entre Argentina y Uruguay. Es un pintor de renombre, se gana la vida con su arte y está bien. Me preguntó si sabía algo de ti, y me contó que conserva como un tesoro el libro que le regalaste.

—Hizo bien en marcharse —suspiré.

—Sí, pero nadie se acordará de él en España. Es un pintor borrado de nuestra historia del arte.

—Igual que Carmen. Al menos, él será reconocido en otro lugar, aunque sea muy lejos.

—Perdóname, Ketty. Sé que me guardas rencor por lo mal que me porté con tu hermana. —Sus palabras me parecieron sinceras—. Me arrepiento, espero que comprendas mi actitud y que aceptes mis disculpas.

No le respondí; asentí con la cabeza sin mirarle a los ojos. Regresamos en silencio en dirección al hotel y, al llegar a la estatua de Goya, nos despedimos. Sabíamos que no volveríamos a vernos.

—Gracias por escucharme —me dijo—. Vosotras sois una parte esencial de mi vida. Confío en que sepas perdonarme, como ella lo

hizo.

—Como ella lo hizo —repetí.

Era mi forma de admitir sus disculpas, la única de la que me sentía capaz, por mi hermana.

Lo vi alejarse entre la gente, encorvado, como si el peso de la vida lo empujase hacia el suelo. ¡Quién diría que aquel hombrecillo insignificante era el famosos autor de las greguerías! Podría parecer un perdedor, pero, en el fondo, era un hombre afortunado. Tal vez era al revés.

109

El dinero se me acababa; apenas me quedaban pesetas para pagar dos días de pensión. El dueño me perseguía con la intención de cobrar la semana siguiente, y yo me escabullía para no tropezarme con él. No deseaba ser una carga para nadie ni verme obligada a pedirle dinero a Rafael, que tampoco andaba muy boyante. Esperaba que, de alguna manera, Fermina me ayudase. Era mi única salvación, aunque dudaba de que supiera cómo hacerlo.

Llegó puntual a nuestra cita en la glorieta de Barceló. Venía de la iglesia con un misal en las manos y su eterno velo negro, que la convertía en una anciana sin serlo.

—No tengo mucho tiempo —se excusó—. Mi marido está a punto de llegar. He encontrado un lugar donde puedes quedarte: es una casa de religiosas de san Luis Gonzaga, llamada Los Almendrales. Se encuentra en el camino de Fuencarral.

—¿Con las monjas? —salté asustada—. ¿Es una trampa? No me aceptarán cuando sepan quién soy, me delatarán…

—Tranquila, mujer. Soy amiga de la superiora. Sor Cecilia Urrutia y yo nos conocemos desde niñas. Le he contado tu caso y también que sabes cocinar. Eres mayor para el trabajo, pero necesitan una cocinera en la residencia y le he asegurado que eres la mejor. Puedes confiar en ella. Aquí tienes una carta para que se la des de mi parte.

La cogí con manos temblorosas y Fermina escapó de mi vista a la carrera, como si llegase tarde a una cita ineludible o temiera que su marido la sorprendiera hablando con una roja. No le di las gracias

porque recelaba del ofrecimiento, pero no me quedaba más remedio que aceptar la propuesta. Esa misma tarde, pedí un coche que pagué con las últimas pesetas que me quedaban, cogí mi valiosa maleta y me despedí de la pensión. Mi suerte estaba echada.

La residencia Los Almendrales estaba lejos del centro de la ciudad. Echaría de menos el bullicio de Madrid, pero la capital ya no era un lugar divertido, y yo solo necesitaba un sitio donde esconderme y guardar mi botín.

Era un edificio de ladrillo oscuro, rodeado de un jardín que me pareció apacible, adornado con estatuas religiosas: un Corazón de Jesús junto a una fuente de piedra, una Virgen en una pequeña gruta y ángeles vigilantes en cada rincón, entre los árboles.

Una monja seria y silenciosa me recibió. Le dije que la superiora me esperaba y me hizo sentar en una salita minúscula presidida por un cuadro de un santo vestido de cura, con una túnica blanca sobre el hábito negro. Su rostro beatífico parecía el de un inocente niño de comunión.

—Es san Luis Gonzaga —oí una voz a mi espalda—, patrón de la juventud, aunque aquí hay más viejos que jóvenes.

Una religiosa pulcramente vestida me saludaba con una amplia sonrisa. Era una mujer alta, de unos cincuenta años, con unos ojos castaños y grandes, de profunda mirada, que parecían atravesar los pensamientos. La toca monjil enmarcaba un rostro blanquísimo. Sin el hábito, habría resultado una mujer hermosa. Me saludó con afabilidad, y quise confiar en ella. Era mi única salvación.

—Gracias por acogerme —musité.

—Dios acoge a quienes desean seguir su camino.

Me quedé muy seria. Sus palabras significaban que debería acatar los ritos religiosos como si fuese una ferviente católica.

—Fermina asegura que eres una excelente cocinera, nos vendrá

bien tu ayuda. Procuraré que el trabajo no sea muy duro, ya no eres una jovencita. Cuando se te agoten las fuerzas, serás una residente más. Nadie te sacará de aquí por la fuerza, te lo aseguro.

—No he hecho nada malo —aseguré—. Solo soy una víctima de la guerra.

—Como casi todos, Catalina.

Quise protestar, decirle que mi nombre era Ketty desde hacía más de cuarenta años, desde que me lo adjudicó mi pobre sobrina, aunque resultaba evidente que no aceptaría un apodo que no sonase a santa o a virgen. Yo no era ninguna de las dos cosas, ni pretendía serlo, y en la casa de San Luis Gonzaga las reglas eran otras.

Me adjudicaron una cama en un dormitorio alargado, con otras residentes, y un armario donde apenas cabía la maleta. La acomodé como pude, entre la ropa y los demás enseres. Confiaba en que no se interesasen por los libros ni registraran mis pertenencias.

Enseguida empecé a trabajar. Entrar de nuevo en una cocina me sirvió para aplacar los nervios, aunque los ingredientes de que disponía eran casi tan escasos como durante la guerra. Las otras cocineras, Juana y Manuela, eran dos mujeres jóvenes de aspecto triste que me recibieron con desconfianza. Me costó ganarme su afecto. Lo logré cuando les pedí que me llamasen Ketty, siempre que las monjas no estuvieran escuchando.

Poco después me confesaron que no deseaban estar allí, que aquello era una especie de condena por ser unas pecadoras descarriadas, por quedarse embarazadas fuera del matrimonio. Las monjas de San Luis Gonzaga las admitían, pero las hacían trabajar como mulas a cambio de techo, comida y un sueldo miserable. En mi caso, apenas había un salario: me conformaba con un lugar donde dormir y un escondite para los libros. Juana y Manuela soñaban con escapar algún día y casarse con un hombre decente que las mantuviera, un sueño minúsculo y envenenado, pues no se daban cuenta de que, atadas a un marido, seguirían siendo esclavas

de la servidumbre.

Acababa las jornadas agotada y descontenta, pues la comida me resultaba insípida y sin gracia. No era posible cocinar platos exquisitos porque la escasez reinaba en la residencia, aunque en ocasiones me desquitaba preparando algún bizcocho que los residentes agradecían y que inquietaba a las monjas, pues decían que fomentaba la gula.

Sor Cecilia se mostraba agradecida y se convirtió en mi protectora.

—Te has adaptado a un escenario desconocido y estás dando lo mejor de ti —me dijo una tarde en la cocina—. Habrías sido una excelente religiosa, te entregas a los demás sin egoísmo.

Di un respingo, era lo último que habría deseado ser en la vida.

—¡Para usted, soy una pecadora! —repliqué—. Si yo le contase mi vida…

—No necesito saber más. Fermina me dijo quién era tu hermana…

—¡Ella luchó por lo que creía! —salté como un resorte—. Ayudó a las mujeres que lo necesitaban, peleó por una patria más justa, por los derechos de todos…

—Sé quién era Colombine —me cortó—. Mejor será que no hables de ella a nadie, o correrás peligro y yo no podré hacer nada por ti. Ahora las reglas son otras, y no nos queda más remedio que acatarlas, Catalina.

Me eché a llorar, desengañada, asustada y vencida, aunque el «nos» que había utilizado no me había pasado desapercibido. Quizá la superiora también deseaba otra España, no la de Colombine, pero tampoco la de los vencedores.

Hube de acostumbrarme al rosario y la misa diaria, incluso sor Cecilia me convenció para que me confesase con don Felipe, el cura que asistía en la residencia. Me inventé pecados que nunca tuve y en los que jamás creí. La culpa no existe para mí, y eso me ha

ayudado a sentirme en paz y a seguir adelante. No soy culpable de lo que me ha ocurrido, soy responsable de mis actos y no creo en el castigo divino. Esto nunca lo supo don Felipe, que me trató bien y desconocía mi verdadero origen. Ignoro qué historia le contaría sor Cecilia, y él no me preguntó más. Me apreciaba porque siempre le guardaba una porción generosa de bizcocho del que tanto renegaban las monjas porque era un despilfarro de azúcar y una glotonería. El sacerdote siempre nos absolvía de aquel pecado venial y me daba las gracias con efusión, pues aseguraba que jamás, ni antes de la guerra, había probado un dulce tan exquisito. Bien sabía yo que a los hombres se les gana por el estómago, y comprobé que, a los curas, mucho más.

110

Cuando me convencí de que Los Almendrales era un refugio seguro, hablé con sor Cecilia de la posibilidad de establecer correspondencia con mis allegados para contarles que me encontraba bien y darles las señas de mi nuevo domicilio. Quería que, en Perpiñán, supieran dónde vivía y que ellas también me escribieran; era el único vínculo familiar que me quedaba. La madre superiora se ofreció a recibir las cartas en mi nombre para no despertar sospechas, aunque dudaba de que la policía vigilase la correspondencia de un asilo de ancianos. Enseguida envié una a Chez Dupont. Me urgía contarles mi peripecia, decirles que, a pesar de las dificultades, cumplía con mi misión, y que los libros de Carmen se salvarían.

Esperé ansiosa la respuesta, que no tardó en llegar. Antonia respondió con su pulcra caligrafía, y así me enteré de las últimas novedades: el embarazo de Marie y las divertidas frases de la pequeña Giovanna, que mezclaba francés, italiano y español. La vida continuaba para ellos, y me rogaban que regresara pronto, pues Cándida no era tan buena cocinera como yo. Y, lo más importante, los libros de mi hermana continuaban a buen recaudo a la espera de regresar a España ellos también.

Escribí a Tórtola Valencia. Quería agradecerle de nuevo su hospitalidad y darle noticia de mi situación. Me respondió su querida Angelita para contarme que la salud de la vieja bailarina empeoraba, que apenas salía de casa, pero que continuaba pintando, leyendo y recibiendo a los pocos amigos que le quedaban.

Nos seguimos escribiendo de manera asidua hasta que, en 1955, me comunicó que su querida madre había fallecido de un ataque al corazón, en sus brazos. Tórtola vivirá siempre en la memoria de los buenos tiempos, cuando parecía que Carmen y un río de mujeres venían a cambiar el mundo, cuando la vida era en color y soñábamos con un futuro idílico.

Envié una carta a Rafael para contarle que había encontrado alojamiento. Era el momento de intentar localizar a alguno de mis hermanos en Almería a través de ese sobrino que él conocía.

Sor Cecilia me dejó claro que Los Almendrales no era una cárcel y que, si lo deseaba, podía salir y hacer visitas. Los primeros meses estaba asustada y preferí permanecer en mi refugio. Con el paso del tiempo, el encierro empezaba a pesar, y decidí aventurarme fuera de las paredes de la residencia y acercarme a los peligros de la ciudad para visitar a los escasos amigos que me quedaban y continuar así con la misión que me había traído de vuelta a España.

Rafael me había facilitado la dirección de Violeta, en el barrio de Carabanchel. No dudaba de que me recibiría y podría pasar un par de días en su casa. Guardé algunos libros en una bolsa; seguro que ella me ayudaría en mi misión.

Consuelo Álvarez Pool ya no vivía en una casa confortable en el centro de Madrid, como antes de la guerra. El piso de Carabanchel se hallaba en un viejo edificio de muros desconchados que también ocupaban su hija y sus nietos.

El reencuentro fue, a la vez, gozoso y amargo. Todos habíamos envejecido sin remedio, más golpeados por la pena y la miseria que por el paso del tiempo. Violeta era una anciana encogida por la tristeza, Esther aparentaba diez años más y los niños, cuyas travesuras padecí de camino al exilio, ya no lo eran; habían perdido la inocencia y la infancia.

—¿Por qué has vuelto, Ketty? —me preguntó Esther.

Me emocionó escuchar mi nombre verdadero. Excepto, a veces,

Juana y Manuela, nadie más me llamaba así en la residencia, donde era doña Catalina, una mujer a la que ni yo conocía.

—Quiero que se reconozca la labor de mi hermana —expliqué.

—La dictadura es vengativa y rencorosa —sentenció Violeta—. En cuanto acabó la guerra, corrieron las listas de los perseguidos, los que teníamos que rendir cuentas por nuestras ideas y nuestro pasado. Mi nombre aparecía en los papeles de la inquina. Me buscaron por roja, por republicana, por masona. Y me encontraron. A tu hermana la habrían detenido y juzgado por lo mismo.

—¿Has estado en la cárcel? —pregunté horrorizada.

—Una anciana débil y apagada no supone una amenaza para un régimen de vencedores ocupados en exterminar a los jóvenes del bando de los vencidos —suspiró—. Ten cuidado, Ketty, pueden acusarte de lo mismo. Y más si encuentran los libros de Colombine. En mi casa entraron a saco y se los llevaron todos; ya no se puede leer ni pensar. La pira de la ignorancia quemó los libros para silenciar la verdad. Han borrado los nombres de todas nosotras con la perversidad de un huracán, como si no hubiéramos existido nunca.

—¡No lo voy a consentir! —exclamé—. Carmen merece que se la recuerde, se la conozca y se la admire.

—No será ahora, Ketty —intervino Esther—. Las mujeres estamos atadas, más aún que los hombres. No quieren que salgamos de casa ni que pensemos. Fue dura la vuelta, después del campo de concentración. Pensábamos que no habría nada peor, por eso regresamos, para retomar la vida en nuestra patria. Pero, en cuanto pisamos España, Rufino fue detenido y sancionado. Le abrieron un expediente político-social y lo enviaron a prestar servicio a la oficina Telegráfica de Reus. Lo trataron como a un preso, no como a un trabajador —sollozó.

—¿Dónde está tu marido? ¿Sigue en Reus? —quise saber.

—Enfermó —dijo entre lágrimas—. Falleció tres años después.

—¡Oh, Esther! ¡Cuánto lo siento!

Nos fundimos en un abrazo para llorar sin consuelo, no había paz para los perdedores.

—Nuestra situación es muy precaria —continuó Violeta—. No imaginas la dedicación y el sacrificio que supone sacar adelante a los niños. Esther ha pedido que revisen su expediente en Telégrafos; necesita reingresar para mantenerlos.

—A pesar de todo —dijo Esther—, no pienso educar a mis hijos en el odio. Les inculcaré los valores democráticos en los que creo y mi amor por el Cuerpo de Telégrafos. Santiago quiere ser telegrafista, como su padre, como nosotras.

La tristeza lo envolvía todo. Sin embargo, fuimos capaces de disfrutar de la sencillez de una humilde comida mientras recordábamos los miércoles en el salón de Colombine, las animadas tertulias donde se vertían opiniones diversas, las trastadas de mi sobrina y los personajes curiosos que pasaron por casa de mi hermana. Casi olvidamos que aquel pasado dichoso no regresaría jamás.

—¿Os atreverías a guardar unos libros de Carmen? —les propuse —. Así, cuando caiga la dictadura, sus obras perdurarán. No las habrán quemado todas.

—Es peligroso —dudó Esther—. Si registran el piso y los encuentran, no solo se los llevarán para destruirlos, sino que nos acusarán de tener obras prohibidas y mi reingreso en Telégrafos puede peligrar.

—Diremos que son míos —saltó Violeta—. Ya registraron y se lo llevaron todo… ¿Crees que volverán a hacerlo? Saben que aquí solo hay miseria, una pobre vieja, una viuda indefensa y un par de huérfanos. Nos los quedaremos.

—¡Gracias! He traído algunas novelas y ensayos —dije al tiempo que sacaba los volúmenes de la bolsa.

Violeta los tomó entre las manos como quien descubre un tesoro.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—*La malcasada, La mujer fantástica*. —Fue leyendo los títulos, emocionada—. *El tesoro del castillo*, *Lo inesperado*, *El hastío del amor*, *La mujer en España*, *La protección y la higiene de los niños*… ¿Qué tienen de malo estos libros? Están prohibidos solo porque los escribió Carmen de Burgos.

—Eso parece, Violeta —suspiré.

—Leerlos de nuevo me aliviará la pena —aseguró—. Me recordarán mi nombre verdadero, ya nadie me llama «Violeta». Ahora soy doña Consuelo, aunque no sea capaz de consolarme ni a mí misma.

—En la residencia no soy Ketty, sino doña Catalina —conté.

Esbozamos una sonrisa triste y seguimos ojeando los volúmenes. Sabía que se quedaban en buenas manos: ellas los custodiarían y sabrían entregarlos a sus descendientes con el mismo fervor que los habían recibido.

Le entregué también *Ensayos literarios*, el primer libro importante que publicó mi hermana. Uno de los textos, «La educación de la mujer», me lo dedicó cuando yo solo era una jovencita provinciana.

Regresé en varias ocasiones. En aquella humilde casa se respiraba cultura, y siempre nos dedicábamos a releer los libros de Carmen y de otros autores que conocimos: Unamuno, Galdós, Emilia Pardo Bazán… Los nietos de Violeta, aunque ya no eran unos niños, me rogaban que les preparase galletas con los ingredientes que robaba de la cocina de la residencia.

—Si puedes visitar a Dolores Cebrián, harás una buena obra —me dijo Violeta—. La mujer de Besteiro ha sufrido más aún que nosotras. Julián murió en la cárcel. Sabemos dónde vive, Esther se acerca a verla todas las semanas. Tuvo que vender su piso de la Colonia Residencia y comprarse uno más modesto en la calle del

Pinar.

Allí me dirigí al día siguiente, dispuesta a escuchar a Dolores, la buena amiga de mi hermana, su compañera de profesión y fatigas. Ambas creían en el poder de la educación, en la imperiosa necesidad de extenderla a todo el mundo, en la regeneración de España. Por eso sus nombres se habían tachado de la historia, junto con sus ideales.

Su hermana Mercedes me abrió la puerta, la guardiana de los secretos de Dolores, su última y fiel compañera, igual que yo fui para Carmen. Habíamos coincidido pocas veces, y tardó en reconocerme.

—¿Saben que estás en Madrid? —me preguntó, inquieta. Se refería a la policía.

—He cruzado la frontera con un pasaporte falso y me han acogido en una residencia de monjas en Fuencarral —le expliqué.

—¿Monjas?

—Es un lugar seguro, al menos eso creo —respondí.

La viuda de Julián Besteiro, que fue presidente de las Cortes durante la Segunda República, el Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores, era una superviviente. Se había convertido en una anciana, como yo, como Violeta, como todas las que sufrimos el exilio dentro y fuera de España.

—¡Ketty! ¿Qué haces en esta España de pesadilla? —me preguntó sollozando.

Me agarró las manos y desahogó su pena con lágrimas y palabras. Cuando se calmó y pudo hablar, me narró el periplo de desgracias que habían vivido tras la guerra.

—Tendríamos que haber huido a tiempo, pero no fui capaz de convencer a Julián para salir juntos del país en el 39. Lo detuvieron enseguida y lo encerraron en la cárcel de Porlier, lo condenaron a cadena perpetua. A mí, me suspendieron de empleo y sueldo, y me inhabilitaron para dar clases.

—¿A ti, que has vivido para la docencia?

—Eso ya no importa. Julián sufrió un triste peregrinaje carcelario, cada vez más enfermo y avejentado. Yo trataba de aliviar su pesadumbre, lo visitaba cuando me dejaban, le enviaba cartas y comida, e intenté con desesperación librarle de la cárcel.

—Mi hermano Paco y yo buscamos testigos a su favor que permitieran a mi hermana reintegrarse a su puesto de trabajo —intervino Mercedes.

—No tengo ingresos, y mis cuentas bancarias están intervenidas. Si vivo, es gracias a ellos —confirmó Dolores—. Julián estaba cada vez más grave, se lo llevaron preso al convento cartujo de Dueñas, en Palencia. Conseguí visitarlo y se me cayó el alma a los pies: el lugar era miserable y descuidado. Pero luego las cosas empeoraron. Acabó en la prisión de Carmona, en Sevilla, un antro deplorable en el que no tenía ni cama. La cárcel estaba lejos, y yo apenas tenía dinero para el viaje. No me quedó más remedio que espaciar las visitas, mientras la salud de Julián se deterioraba a marchas forzadas. Ni siquiera tuvieron piedad: tenía más de setenta años, así que pedí que pudiera acogerse a un régimen de prisión atenuada, en el que se le prestaran los cuidados que reclamaban su edad y su salud. Apelé incluso a la «grandeza y magnanimidad» de Franco, pero el dictador carece de piedad. —El llanto interrumpió sus palabras.

—Mi cuñado estaba muy mal —prosiguió Mercedes—. Alternaba momentos de lucidez con otros de delirio. Tenía parálisis facial del lado izquierdo y apenas veía. Aunque Dolores consiguió que lo examinaran tres médicos independientes, ya era tarde: una septicemia gravísima acabó su vida en septiembre del 40. Nos contaron que, antes de morir, estuvo varias horas gritando la palabra «libertad» entre frases inconexas. Es una terrible injusticia.

—Es una venganza cruel —precisó la viuda—. ¡Con lo que Julián luchó por la justicia y la libertad de este país!

—Quienes huyeron a América tuvieron suerte… —dijo Mercedes.

—Pero los que cruzamos la frontera con Francia nos topamos con otra guerra —añadí—. Aunque yo encontré refugio en casa de unas amigas.

Les conté mis peripecias desde el final de la guerra y se extrañaron de que hubiese abandonado la seguridad de la cocina de Perpiñán.

—¿Por qué has vuelto? —insistió Dolores.

—Quiero restablecer la memoria de mi hermana, pero veo que, de momento, no será posible. He viajado con muchos de sus libros, algún día se volverán a leer. ¿Podría dejaros alguno a vosotras? No quiero poneros en peligro ni añadir un problema más a la situación de Dolores.

—De mi casa se los llevaron todos, supongo que para quemarlos, y no creo que vuelvan a por nada más.

—Lo mismo me ha dicho Violeta. Me gustaría que te quedases con la traducción de *La historia de mi vida*, de Helen Keller. Sé que ayudaste a Carmen en ese momento y que, como maestra, el asunto te interesaba. Y también te he traído *Cuentos de Colombine*, que recoge el relato «¡Triunfante!», que critica a los curas y que escribió cuando coincidisteis como profesoras en Toledo.

—Gracias —dijo conmovida—. Me recordarán los tiempos felices de la ilusión y la esperanza, cuando pensábamos que podíamos cambiar el mundo. La lectura me ayuda a sobrevivir con dignidad. No podrán encadenar mis pensamientos.

Le dejé unas cuantas novelas cortas y un ensayo: «Influencias recíprocas entre la mujer y la literatura».

—Hasta el título es hermoso —suspiró la viuda de Besteiro—. Si nosotras tuviésemos más poder y la literatura más importancia que las armas, el mundo sería mucho mejor.

Me prometí regresar para leerlo juntas, pero no es sencillo visitar a las amigas cuando estás en búsqueda y captura.

Volví a Los Almendrales entre aliviada y sobrecogida. Había logrado dejar algunos libros de mi hermana en las manos indicadas, pero, a la vez, había conocido la terrible realidad de dos buenas amigas. Nos habían robado la alegría, aunque nos quedaban los recuerdos y la dignidad.

111

Poco después recibí la visita de Braulia, a quien Rafael le había encargado interesarse por mi situación. Me alegré de ver a la joven: era un soplo de aire fresco para mi aburrida vida en la residencia. Apareció con algunos periódicos; mi amigo y yo compartíamos afición por la prensa, y encargó a la chica que me advirtiera sobre los nuevos periodistas.

—Rafael me ha dicho que no le van a gustar la mayoría de los artículos, pero que hay algunas páginas interesantes. Al menos se enterará de las noticias del extranjero, aunque estén censuradas.

Le agradecí el gesto, y ella continuó hablando, cada vez con más soltura. Se la veía contenta, como si la guerra no le hubiera pasado por encima. Me di cuenta de que ya no ponía el «don» delante del nombre de Rafael y le pregunté por él.

—Va comiendo un poco más, escribe con regularidad, pero no se le acaba de quitar el miedo. Hace pocos días, aparecieron dos guardias civiles por casa haciendo preguntas.

—¿Preguntaron por mí? —salté alarmada.

—No. Creo que les gusta meter miedo, para creerse importantes y con poder. Pero solo son unos miserables incultos. A penas se fijaron en los libros, les preocupa más que Rafael sea judío, por eso tiene la casa llena de cuadros y esculturas con imágenes religiosas, y crucifijos, muchos crucifijos.

—Es normal que siga asustado, Braulia.

—¡No me llame Braulia! Rafael me llama Rau, me gusta más.

—Muy bien, Rau —sonreí—. Eres una buena compañera para

Rafael.

Se sonrojó. Era cada vez más evidente que la relación entre ambos no se limitaba a la de señor y criada. Rau era lista, dispuesta y cariñosa, y sabía que al lado de mi amigo tendría afecto, buena conversación y un refugio seguro. Una mujer no puede pedir mucho más en estos años aciagos.

—Dile de mi parte que deseo ver a mi sobrino José Miguel Naveros —le pedí—. No creo que corramos peligro si viene a verme. Necesito saber qué ha sido de mi familia, y quizá él pueda ayudarme.

—Descuide —respondió, al tiempo que me agarraba la mano—. Cuando se encuentre más animado, le diré que venga a verla.

—Intentaré ir yo, aunque cada vez estoy más cansada —reconocí —. Trabajar en la cocina me deja exhausta, dudo que aguante mucho más. Por suerte, la superiora me ha asegurado que podré quedarme aquí como residente, aunque ya no cocine.

Se despidió de mí con dos besos y un abrazo, y le rogué que siguiera cuidando de Rafael, aunque no habría hecho falta decírselo.

Días después, un joven apareció por Los Almendrales preguntando por mí.

—Soy su sobrino, José Miguel Naveros, doña Catalina —se presentó—. Don Rafael Cansinos Assens me ha dado su dirección, yo también deseaba verla. Soy hijo de Concepción y Miguel.

Al oír el nombre de mis primos, me emocioné. El hilo invisible que me unía con mi familia almeriense no se había roto. A mi memoria regresaron la infancia y los juegos, las amigas y la voz inconfundible de Ángela.

—No me hables de usted, y prefiero que, en privado, me llames Ketty. ¿Sabes algo de mis hermanos? —casi supliqué.

—Solo que Francisco huyó a Francia tras la guerra y, desde allí, se exilió a México con su mujer, Josefa, y sus hijos Paquito y Josefina.

Suspiré aliviada. Al menos seguían vivos, aunque fuera en el otro extremo del mundo y jamás volviese a verlos.

—Don Francisco ha sido mi ejemplo desde joven. Fue el periodista más destacado de la ciudad, y yo deseaba escribir. El final de la guerra fue muy duro para quienes nos quedamos.

—Y también para quienes huimos a Francia.

—Pasé dos años en la cárcel por mis ideas republicanas —susurró, como si temiera que alguien nos oyese—. Luego me vine a Madrid, donde no me conocen, y hasta me cambié el nombre de José Ignacio por el de José Miguel. Quiero ser periodista y escritor.

—¿Sabes algo más del resto de mi familia?

—Solo que Carlos y su hijo murieron en el frente, defendiendo la República. Del resto, no sé nada.

—¡Pobre hermano mío! —sollocé—. El más chico y el más desgraciado.

Permanecimos largo rato evocando la memoria de los muertos. Guardé el dolor y el duelo en lo más profundo de mi alma. Ellos seguirían conmigo, eternamente jóvenes y felices.

—Cuando seas periodista —le hablé con sinceridad—, no podrás escribir lo que piensas. La censura te obligará a seguir los dictados del régimen. ¡Qué tiempos aquellos cuando mi hermana, una mujer, se atrevía a hablar del divorcio!

—Conozco la obra de Colombine, leí muchas de sus novelas —aseguró en voz baja.

—¿Y las conservas? —pregunté, ansiosa.

—Se quedaron en Almería. Supongo que las destruyeron. Para la dictadura, los libros son peligrosos.

—Y más si los escribió una mujer libre —añadí—. ¿Quieres volver a leerlos?

—¿Cómo? Supongo que ya no será posible encontrarlos.

—No te creas. Espera un momento.

No tardé ni dos minutos en sacar la maleta del armario, coger algunos libros y regresar al lado de José Miguel. Elegí para él *El último contrabandista* y *Los inadaptados*, pues hablaban de nuestros ancestros familiares.

—Toma, te los dejo en depósito para que no se pierdan —le dije tendiéndole los ejemplares—. Te encargo que, cuando sea posible, rehabilites el nombre de tu tía Carmen de Burgos y demuestres que fue una de las mejores escritoras de su tiempo, una mujer comprometida, brillante y valiente. Su luz nos alumbraba a todos.

Mi sobrino no puso ningún inconveniente, no receló ni aludió a un posible peligro, y me dio las gracias de manera reiterada.

—Los protegeré con mi vida —añadió de manera casi teatral—. A cambio, te he traído mi poemario. Es lo primero que publico, se titula *Gotas*, y me lo ha prologado Manuel Machado.

—Manuel… —musité—. Ha tenido más suerte que su hermano. Cuando lo veas dile… mejor no le digas nada. Los conocí a los dos.

—Al lado de la tía Carmen, debiste de tratar con mucha gente importante.

—Fueron buenos tiempos, aunque no fuese del todo consciente de ello.

—Me gustaría que me contases lo que viviste. Quiero escribir biografías de escritores, como Colombine.

—La mejor que escribimos fue la de Larra. Tenía varios ejemplares, pero ya solo me queda uno, del que no pienso separarme mientras viva. Yo ayudé a Carmen en su investigación, mi nombre está en uno de los capítulos.

—Tienes que contármelo todo. ¿Puedo volver a visitarte? —me pidió.

—¡Cuando quieras! Te hablaré de Colombine, de su vida y de cada una de sus obras. Y tú, entérate de dónde está el resto de mi

familia y busca en Almería a una buena amiga: Ángela Becerra.

—Descuida, haré todo lo posible, aunque sea a distancia. No debo volver por nuestra tierra hasta que pasen el tiempo y el olvido.

—¡Qué miedo me dan esas dos palabras! —reconocí—. Aunque para ti sean signos de esperanza.

José Miguel ha regresado en varias ocasiones a Los Almendrales, siempre con ganas de escuchar, aunque nunca con noticias de mis familiares ni de Ángela. Mi sobrino crece como periodista y escritor. Ha publicado libros de viajes por España, y desea escribir una biografía de Rubén Darío ilustrada con los datos que le he contado. ¡Qué lástima que no sea una mujer! O quizá, precisamente por eso, ha podido pasar de la cárcel a la literatura. A nosotras no nos han dejado. Si Carmen se hubiera llamado Carmelo, habría sido posible rehabilitarla, y su historia sería otra. Ya lo decía doña Emilia Pardo Bazán de sí misma. Triste destino el de las mujeres en España.

112

El tiempo pasa. Hube de abandonar la cocina porque las fuerzas me fallaban. Con casi ochenta años cumplidos dejé los fogones, aunque es cierto que me asomo de vez en cuando para dar órdenes a las nuevas Juana y Manuela. Todas las cocineras me parecen las mismas. Me he convertido en una anciana más en una residencia de viejos abandonados.

Ya me había convencido de que mi escondite con las monjas era seguro cuando, una mañana, me llamó la superiora con urgencia a su despacho. La preocupación se reflejaba en sus gestos, en las manos que movía nerviosa y en la respiración agitada.

—Me ha llamado doña Fermina —me anunció muy seria—. Estás en búsqueda y captura, y la policía se ha enterado de que te hemos acogido aquí.

—¿Cómo lo han sabido? —pregunté, espantada.

—El hombre que vive ahora en tu piso sospechó. Por lo visto, llamaste a la puerta y dijiste que habías vivido allí. Temía que le reclamases algo, y se enteró de que te buscaban por delincuente. Vio que llamabas al piso de los vecinos y que Fermina te dejaba entrar. Hace años de eso, pero, por lo visto, le interesa chantajear a su marido. Les presionó para que te delataran a la policía, no comprendía por qué acogían en su casa a una roja. El marido de Fermina se enfadó con ella, tuvieron una fuerte discusión, la amenazó y le obligó a contarle dónde estabas. Me ha dicho, llorando, que te pida perdón.

—¿Quieres que me vaya? No te comprometeré, cogeré mi maleta

y saldré…

—¡No, por Dios! ¿Adónde vas a ir, a tu edad? Además, no creo que tarden en llegar.

Como si sus palabras les hubieran conjurado, aparecieron. Temblé como una hoja, un sudor frío empapó mi frente. Eran dos hombres uniformados que entraron sin llamar, hicieron el saludo fascista al que no respondimos y nos hablaron a voces, como si estuviésemos sordas.

—Madre superiora, ¿esta mujer es Catalina de Burgos Seguí? —preguntó uno de ellos, taladrándome con la mirada.

—Así es, está acogida en esta santa casa —respondió, muy digna.

—Por fin la hemos localizado —dijo el otro—. Tiene un expediente abierto por el tribunal especial para la represión de la masonería y el comunismo. ¿De dónde ha venido? ¿A qué ha vuelto a España? ¿Es usted una espía?

No respondí, estaba paralizada de miedo. Sor Cecilia contestó por mí:

—Se exilió a Francia al acabar la guerra, pero lo desconozco todo sobre su estancia allí, las personas o instituciones que la ampararon y las razones que la indujeron a repatriarse. Ya ve que es una mujer muy mayor. Quiere morir en España, ¿no es suficiente motivo?

La miraron con desprecio y la obligaron a salir del despacho para continuar con el interrogatorio. Sor Cecilia me apretó el brazo y me miró con afecto. Podía contar con ella, aunque la situación fuese desesperada y su autoridad no existiera para aquellos matones.

—Su sobrina, María Álvarez Burgos, y su hermana, Carmen de Burgos, también tienen causa abierta. Díganos dónde están.

Tuve que hacer un esfuerzo para no reírme, dentro de la pesadilla de la situación. ¿Qué clase de policía era aquella que sabía menos que sus víctimas?

—No están bien informados —respondí con aplomo. La ineptitud de los dos tipos me dio valor—. Ambas están muertas desde hace

años. Mi hermana falleció en el 32, mucho antes de la guerra.

—Según nuestras informaciones, su sobrina emigró a América en el 34. ¿Ha regresado también?

—Murió, no sé más. Ojalá estuviese en América.

—Usted tendría que haberse presentado en comisaría en cuanto pisó España. Eso la declara en rebeldía —explicó el que parecía mandar—. Está condenada a una pena de doce años y un día de reclusión menor, y a pagar una multa.

—No tengo dinero, llegué con las manos vacías. ¿Me van a meter en la cárcel?

—Registraremos sus pertenencias.

Entonces sí que temblé, más que nunca en mi vida. Si encontraban los libros, se los llevarían para destruirlos. No me importaba ir a prisión, pero si quemaban el legado de mi hermana, mi vida y mi regreso no tendrían sentido.

Salimos del despacho. Me agarraron con fuerza cada uno de un brazo, para evitar que me escapase, como si tuviese veinte años en lugar de ochenta. Llamaron a la superiora y le ordenaron que les mostrase mi habitación. Sor Cecilia los llevó hasta mi armario.

—No van a encontrar más que ropas viejas —aseguró la superiora —. Ya les ha dicho doña Catalina que llegó sin nada.

No mentía. Ante mi asombro, la maleta con los libros había desaparecido, y solo estaban las perchas con mis escasos vestidos y dos pares de zapatos gastados. Me parecía un milagro, aunque temí que mi tesoro se hubiera esfumado para siempre.

—Por su avanzada edad, no se va a tomar ninguna medida contra usted —dijo el policía mandón—, pero está obligada a permanecer aquí bajo la custodia de las hermanas. Agradezca su caridad para con una persona tan perniciosa como usted, una masona hermana de una libertina —escupió con desprecio.

Cuando los vi cruzar la verja de Los Almendrales y desaparecer en un coche negro, rompí a llorar. La tensión acumulada se

desbordó, y sor Cecilia me abrazó para aliviarme.

—Tranquila, Ketty —pronunció mi nombre verdadero por primera vez—. La maleta la he escondido yo, los libros de tu hermana están a buen recaudo. Y esta sigue siendo tu casa.

Jamás podré agradecerle su gesto, su valentía, su comprensión. A pesar de que pensábamos distinto y de que censuraba mis ideas, se comportó como una mujer justa y generosa. Si todos los vencedores hubiesen actuado así en lugar de movidos por la venganza, España habría resucitado, y Colombine con ella.

Mi situación me condena a no salir de la residencia, ¿adónde voy a ir? ¿Cómo escapar, si las piernas apenas me sostienen? Se acabaron las visitas a los amigos, pero no me he rendido. Continúo escribiendo mis recuerdos, cartas y leyendo. Los libros más peligrosos de Carmen siguen en la maleta, y se han convertido en la mejor compañía. Los escucho con su voz dentro de mi cabeza, en sueños y también despierta, pues ella está conmigo.

Rau no ha dejado de acudir cada miércoles, por expreso deseo de Rafael, cuya movilidad se resiente tanto como la mía y, además, tiene problemas de visión. Para mi sorpresa, un día la joven me confesó que estaba embarazada. Mi amigo iba a ser padre con setenta y cinco años, aunque a ella no parecía preocuparle la edad y yo no era quien para censurarlo. Al menos, él tendrá a alguien que lo cuide en la vejez y un descendiente que vele por su obra. Quizá, en un futuro, también se reconozca el nombre de Rafael Cansinos Assens. Estoy convencida: como es varón, será más fácil.

Rau me trae periódicos y novedades del exterior, aunque la noticia que espero nunca llegará, me he resignado. La dictadura se ha asentado, el resto de Europa y Estados Unidos la toleran y la miran con agrado. Ahora el enemigo es el comunismo; resulta irónico que el miedo al socialismo haya salvado a Franco.

Sin embargo, no he perdido la esperanza porque, después de mi condena, un rayo de luz ha aparecido en mi vida, inesperado y milagroso.

113

No la reconocí. Habían pasado demasiados años terribles y, la última vez que nos vimos, ella era una adolescente. Sor Cecilia la condujo al jardín donde me encontraba, sentada en un banco, buscando un poco de sol para aliviar mis cansados huesos. Las vi llegar, sonrientes, y pensé que se trataba de una nueva cocinera que venía a pedirme consejo.

Se agachó hasta que su rostro quedó a mi altura, me tomó las manos y pronunció mi nombre verdadero:

—¡Tía Ketty!

Entonces me fijé en sus ojos azules y profundos. Creí que regresaba a la juventud, que él me miraba de nuevo, igual que cuando nos amamos en Melilla. Y vi también la sonrisa de mi mejor amiga, sus gestos de cariño y la alegría de las tardes en el terrado de su casa. Catalina López Becerra ya no era una niña, sino una mujer madura.

—¿Cati? —le pregunté, aunque sabía que era mi ahijada, la hija de Ángela y Vicente.

Se echó a llorar en mi regazo, desconsolada, mientras yo le acariciaba el cabello, tan negro y brillante como el de su madre.

Tenía tantas cosas que preguntarle que no sabía por dónde empezar; y ella, tanto que contarme que no nos separamos en todo el día, ni siquiera para comer. Lo primero que deseaba saber era dónde estaban sus padres. Presentía una respuesta dramática.

—Estoy sola en la vida, madrina —sollozó—. La guerra se los llevó a todos. Cuando estalló, me encontraba en Almería, de

vacaciones con mi abuela. Mis padres y mi hermano seguían en Granada, donde triunfó el golpe de los militares. Papá era sindicalista y corría peligro, así que huyeron los tres hacia Almería por la carretera de la costa, como otros cientos de personas. La aviación fascista los masacró: hombres, mujeres, niños…

El llanto le impidió seguir hablando, y la acompañé en su duelo. Imaginé la angustia, el miedo y el dolor de tanta gente inocente: de Vicente, intentando proteger a su familia; de Ángela, caminando hacia Almería para no llegar nunca; de su joven hijo, cuya vida truncó el odio más absurdo. Pobre Vicente: la bala con su nombre le había alcanzado.

—Mi abuela Eloísa murió del disgusto —prosiguió cuando fue capaz de hablar de nuevo—. Yo me refugié durante la guerra en casa de unos vecinos, pero, al acabar, cuando los fascistas entraron en la ciudad, se los llevaron a la cárcel y no volví a saber nada de ellos. Me moría de hambre, tuve que buscarme la vida como pude: limpiando letrinas, lavando ropa ajena… Fueron unos años de terrible miseria. Hasta que, hace unos meses, una señora para la que trabajé me dijo que una amiga suya de Madrid buscaba una criada. Mi madre me hablaba mucho de ti, de lo que contabas de la capital, y siempre quise conocer ese mundo, tan distinto de las calles de Almería. Así que me vine a trabajar como una mula por un sueldo miserable.

—Triste destino, el de las mujeres derrotadas —musité.

—Así es, tía Ketty —suspiró—. Yo estaba estudiando antes de la guerra, me gustaba aprender, y se me daba bien.

—Podrías haber sido lo que hubieras querido.

—Deseaba estudiar Filosofía y ser catedrática de Metafísica, como María Zambrano. Ahora nadie sabe quién es ella.

—Ni quién era Colombine.

—Solo me quedas tú, madrina. Te busqué en la dirección que ponías en tus cartas. Mi madre las guardaba todas y me las leía en

alto cuando llegaban a casa. Supuse que, si no seguías viviendo allí, alguien me podría decir dónde te encontrabas. Me dirigí a la calle Sagasta, convencida de que acabaría dando contigo; necesitaba creerlo para no desfallecer. Llamé a la puerta de tu piso, pero nadie me abrió. En ese momento salía la vecina de enfrente y le pregunté por ti.

—¿Fermina?

—Sí, se asustó ante mi pregunta y me dijo que no sabía quién eras, con la intención de despacharme rápido, pero insistí. Le dije que eras mi único pariente, que estaba sola, que mis padres habían muerto en la guerra y que trabajaba para una señora del barrio. Se lo rogué por Dios y por la Virgen, y eso la ablandó. Me pidió que saliéramos a la calle, hacia la iglesia del Perpetuo Socorro de los padres Redentoristas, y por el camino me contó que vivías en esta residencia y que te alegarías de verme porque tú también te encontrabas muy sola, pues habías perdido a tu sobrina durante la guerra. Me dijo que, quizá, si me daba tus señas, la perdonases. ¿Qué tienes que perdonarle?

—Nada, al contrario, Fermina me salvó al enviarme aquí con sor Cecilia Urrutia.

—Entonces es una buena mujer.

—¿Conservas las cartas que le envié a tu madre? —quise saber. En ellas se encontraba parte de mi vida—. Supongo que las dejaste en Almería.

—No me he separado de ninguna, madrina. Son lo único que me queda de ellos, aunque las escribieras tú.

—De ellos… —deduje que no solo hablaba de su madre.

—Papá conservaba una. La encontré dentro del bolsillo de un viejo abrigo del que jamás se desprendió.

—Entonces sabrás…

—Que tenías todo el derecho de ser mi madrina, tía Ketty.

Escondió la cabeza en mi regazo. Ya no lloraba; las caricias y las

palabras sanaban su soledad. Era una niña de vuelta a casa, el legado de la memoria de sus padres la condujo hasta mí. El primer gran amor de mi vida me ha regalado la última alegría de mi vejez.

Cati venía a verme siempre que la señora le daba permiso. Se convirtió en una habitual de la residencia y trabó amistad con sor Cecilia, que deseaba un futuro mejor para ella, pues sabía de su gran capacidad. Era afable con todos, incluso me contó que se acercaba por mi antiguo barrio a saludar a Fermina, se presentaba en la misa de la parroquia de los Redentoristas y, luego, se sentaban a charlar en la plaza de Barceló.

—Al principio se asustaba cuando me veía, pero ahora se alegra. Hasta me ha regalado un velo para entrar en la iglesia.

—¿Te tragas la misa solo por verla? —Me parecía una heroicidad. Yo había tenido que hacer lo mismo durante años en la residencia y ya me había acostumbrado.

—Me gusta escuchar el órgano, es como hallarse en el cielo. Cierro los ojos y parece que todo está bien. Fermina siempre me pregunta por ti.

Cati no se parece en nada a María, aunque el cariño que siento por ambas es semejante. Mi sobrina me dio más desvelos que satisfacciones y mi ahijada me alegra la vejez. A mi edad, se necesita paz y ternura.

Me contó que, gracias a las enseñanzas de su abuela y a los libros de recetas que Ángela conservaba, se había convertido en una experta cocinera. Recordaba que su madre guardaba el ejemplar de *¿Quiere usted comer bien?* que le regalé con una dedicatoria especial. Y no había olvidado el sabor de las magdalenas, las rosquillas y los caramelos de limón que les preparaba los veranos en Almería, cuando ella y su hermano eran niños.

No cejé hasta que Sor Cecilia la admitió en la residencia. En

cuanto quedó un puesto vacante en la cocina, la contrató por un sueldo escaso pero suficiente, pues le permitía vivir a mi lado y concederse algunos caprichos. Me asegura que no necesita más. Ya ha cumplido los cuarenta y no aspira a formar otra familia que no sea yo.

En ocasiones, nos visita Rau, y se han hecho buenas amigas. Cati adora al pequeño Rafael Manuel, que se pasa las tardes correteando por los jardines o por los pasillos de la residencia, si hace frío.

114

Un día, Rafael apareció por aquí él solo. Vino en un coche, porque le costaba andar, y se apoyaba en un bastón. Su cabello blanco alborotado le hacía parecer más distinguido que el bigote de su juventud. Hacía tiempo que no nos veíamos, pero Rau me tenía al tanto de su vida: no paraba de escribir y traducir, aunque no siempre conseguía publicar por culpa de la censura y el ostracismo al que la dictadura quería relegarlo.

Le pregunté por Rau y por el niño. Me dijo que estaban bien y que me mandaban besos.

—Te parecerá una insensatez que Rau y yo… —se detuvo, azorado—. Ser padre a mi edad…

—Ella es una gran mujer, lo que necesitabas —zanjé—. Me alegro por ti más que por ella, pero se la ve contenta. Y el niño es una bendición.

—En mi entorno insisten en que me case para que Rau y nuestro hijo puedan ser mis herederos legales. En esta España de los curas, el matrimonio católico es imprescindible para que una pareja se reconozca legalmente. ¿Qué diría Colombine de esto?

—No lo habría soportado. Mejor que no lo haya vivido.

—¡Me niego en rotundo a pisar una iglesia! —gritó.

—Pero no puedes dejarlos indefensos. Imagina qué será de Rau, una madre soltera, en estos tiempos. Hazlo, Rafael —le pedí.

—Al final, hay que plegarse a los caprichos de los vencedores —suspiró—. Hace días estuve con Pepe Francés, le dije que habías sobrevivido a la guerra.

—Yo, sí; pero la memoria de mi hermana, no —suspiré—. ¿Qué tal está?

—Le va muy bien, no como a mí. También tuvo que pasar por el altar y adoptar como propio al hijo de Àurea de Sarrà, la bailarina clásica con la que llevaba muchos años conviviendo. Tras la guerra, su divorcio no era válido y le obligaron a regresar con su mujer hasta que ella falleció. Un despropósito.

—Me acuerdo muy bien de cuando llegué a Madrid y él nos acompañó a María y a mí hasta la Puerta del Sol.

—Entonces no era nadie. Ahora es miembro de todas las Reales Academias y un autor reconocido. Hace unos años, ganó el Premio Nacional de Literatura por un drama titulado *Judith*. Cuenta en parte su relación con Àurea y el mundo bohemio de preguerra que tan bien conocimos tú y yo, ¿verdad, Ketty?

—¡Qué fácil les ha resultado a los hombres! Si se hubiera llamado Josefa Francés, nadie se acordaría de ella ni habría publicado un libro más.

—Fácil si eres católico, Ketty. Si eres judío, como yo, todo se complica.

—Tendrás que claudicar, aunque solo sea en lo de la boda. Debes ser un padre responsable y no abandonarlos a su suerte.

Asintió con la cabeza, muy serio, y me prometió que seguiría mi consejo. Luego seguimos recordando los viejos tiempos, como dos ancianos al final de su vida.

Cuando se marchó, ya había anochecido. Nos despedimos con un cálido abrazo, el resumen de una vida entera de amistad, y lo vi alejarse erguido, como entonces. Hasta me pareció que su cabello volvía a ser negro y que un gran mostacho le crecía sobre el labio superior. Cada vez que me acuerdo de él, no veo al anciano encogido, sino al joven alto y bigotudo que me tomaba de la mano en las tertulias de Colombine.

Semanas después, Rau apareció con el niño de la mano, más feliz

que nunca.

—¡Nos hemos casado! —dijo nada más verme—. Rafel no quería pisar una iglesia, aunque hay una a cien metros del portal. Menos mal que su amigo Antonio Rey consiguió que subiera un cura a casa. Los padrinos fueron unos vecinos: Manuel Cuevas y su mujer, Antonia. Nunca he visto una boda más rápida que la mía, duró un minuto. Y luego, cada uno seguimos a nuestras cosas.

—Es lo menos romántico que he oído en mi vida —intenté bromear.

—Rafael, a su edad, no está para romanticismos —respondió, convencida.

Rau conserva los pies en la tierra, es práctica y resolutiva. La boda era necesaria para su futuro y el de su hijo, no hacía falta pensar en nada más. Rafael es afortunado, tiene quien conserve su legado, quien guarde su memoria y su obra. Algún día, su hijo logrará que su nombre se escuche, que sus obras se lean, que sus libros existan. Espero que ocurra lo mismo con Carmen, para ello estoy sembrado.

Cati es mi mejor aliada, la depositaria de mis recuerdos. Enseguida le mostré la maleta con los libros y abrió los ojos como platos:

—¿Cómo has conseguido traerlos hasta aquí? —me preguntó, asombrada.

—Es una larga historia, te la contaré y la escribiré, por si se te olvida. Lo que está escrito es como si hubiera pasado siempre.

—Háblame de María —me pidió.

—Lo sabrás todo, aunque me duela en el alma recordarla. Mira este libro —le dije al tiempo que le entregaba *Mi pobre muñeca*—. La hermosa joven que aparece retratada en la cubierta era mi sobrina. Es la única obra que escribió. Se la dedicó a su madre, y la representaron para ella en Santiago de Chile. Y en este otro,

Confidencias de artistas, hay una entrevista que le hizo mi hermana. Quiero que te los quedes, así no se perderán.

Desde ese día, le he ido entregando mi tesoro, a pequeñas dosis, porque cada vez que le regalaba un volumen se llevaba un fragmento de mi vida. Antes de depositarlos en sus manos, los he releído hasta casi aprenderlos de memoria.

Después, le pedí que escondiera otros más comprometedores, como *El divorcio en España* o la biografía de Riego. Me aseguró que los guardaría con cuidado, en un lugar seguro, hasta que se pudiera hablar de Colombine a grito pelado. Me reí de la expresión, pero, en realidad, era lo que más deseaba.

No es difícil querer a mi ahijada, exhala afecto por cada poro de su piel, contagia optimismo y siempre está dispuesta a ayudar. Se parece tanto a su madre que, a veces, creo que estoy hablando con ella y que le pido que me acompañe al puerto de Almería a contemplar los barcos y escuchar el mar. Cati se ríe y me lleva al jardín a ver las flores y oír el canto de los pájaros en primavera. Cuando me mira con ternura, creo distinguir los ojos de Vicente clavados en mi piel. Aún conservo su única carta, entre las páginas de un ejemplar de *Modelos de cartas*, el libro que le regalé, y la foto que nos hicimos muy juntos en el parque de Melilla. Será de lo último que me desprenda.

115

Fermina también se ha encariñado de Cati. Los encuentros en misa y los paseos juntas han conseguido un efecto imprevisto y, de vez en cuando, la invita a merendar a su casa, con el beneplácito de su marido.

—Le ha dicho que soy una pobre huérfana, inteligente y muy católica, y que la acompaño a misa con frecuencia —me contó, entre risas.

—Fermina te necesita tanto como yo —aseguré.

—Es cierto, está muy sola y no tiene ninguna misión en la vida. Su marido le hace poco caso, y su único entretenimiento es oír la radio e ir a la iglesia —me contó—. Ni siquiera cuenta con amigas… Él le dice que eso de salir con otras señoras está mal visto.

—¡Qué tiempos para las mujeres! Tienes que leer lo que escribió mi hermana en el 31: *La mujer moderna y sus derechos*. Llévatelo y reflexiona sobre lo que expone. Así debería ser la vida de cualquiera de nosotras. Ten cuidado, no te vayas a enamorar, te cases y te obligue tu marido a quedarte en casa —le advertí.

—Eso mismo me ha dicho Fermina. Te va a sorprender: ella también tiene ese libro.

—No es posible. No se lo dejé porque estaba segura de que se desharía de él enseguida.

—Se quedó otro ejemplar en la biblioteca de tu hermana. Lo cogió de allí antes de que llegase la brigada que arrasaba con todo. Lo ha guardado desde entonces, entre su ropa interior, donde jamás miraría su marido. Dice que ahora comprende mejor a tu hermana.

Nos echamos a reír, como si la situación no fuese dramática: esconder la libertad entre las bragas sonaba a chiste malo. Me conmovió que Fermina leyera el texto más revolucionario de Carmen, que lo conservase y que le hubiera hecho pensar. No todo estaba perdido.

—Dale las gracias de mi parte. Ahora veo que es una valiente —admití.

—Tiene también *Fígaro*, la biografía de Larra. Me contó que se lo diste antes de huir de Madrid.

—¿Eso te ha dicho? ¿Lo has visto? —pregunté extrañada.

—Sí, me lo enseñó el otro día.

—Pues no me lo contó.

—No sé por qué no lo haría.

—Supongo que ahora duda de dónde está la verdad. Eso es bueno —aseguré—. ¡Otro libro que podrá salvarse!

Cada tarde, Cati y yo seguimos un ritual de palabras: ella me cuenta sus progresos en la cocina, sus paseos por Madrid los domingos con sus nuevas amigas, y me pone al día de las novedades de mis conocidos: Fermina, Rau y Rafael. Luego, yo le hablo de su madre, rescato recuerdos del fondo de mi memoria.

—Nos gustaba juntarnos con amigas en el terrado. Allí leíamos los artículos que mi hermana publicaba en el periódico. A tu madre le fascinaba el mundo que Colombine describía. Quería llamarse Carlota, como la heroína de Werther. Deseaba viajar lejos, conocer París, aprender a conducir y volar como una de aquellas cometas. Antes de irme a Madrid, me regaló unas cintas para que me acordase de ella.

Después, saco un libro de la maleta y Cati me lee en voz alta los párrafos que le señalo. Me despido de él y se lo entrego a mi ahijada para que lo custodie. Cuando, al final de la tarde, la veo

alejarse con el volumen oculto en el bolso, le digo adiós a una parte de mi vida y, esa noche, los recuerdos me acompañan en mis sueños.

Ya se ha llevado *Luna de miel*, la novela que me dedicó Carmen para prevenirme y que no cayese en un matrimonio indeseado. También *Ellos y ellas o ellas y ellos*, donde aparece, en la cubierta, su retrato pintado por Romero de Torres, y *Quiero vivir mi vida*, una de las últimas que escribió, toda una declaración de principios. Espero que Cati sepa vivir la suya lo mejor posible.

Cuando le entregué *Por Europa*, evocamos el viaje de Carmen y María, y visitamos con ellas los monumentos de Italia. Fue como estar allí con la imaginación, y recorrer las calles de Nápoles nos resultó tan divertido que perdimos la noción del tiempo y se nos hizo de noche.

La muerte cabalga hacia mí, va segando la vida de mis conocidos, y sé que no tardará en llegar. En los periódicos aparecen las esquelas de algunos que lograron recuperar su prestigio o que jamás lo perdieron. Gregorio Marañón, el médico amigo de Carmen, falleció en el 60. La noticia conmocionó a toda España: era el doctor más famoso y había recibido el justo reconocimiento a su aportación a las ciencias, las artes y las letras durante toda su vida. Su nombre jamás se borrará de la historia. Es afortunado, incluso en la muerte.

El año pasado, en el 63, le tocó el turno a Ramón: el 12 de enero falleció en Buenos Aires. Pensé que no quiso hacerlo en España, aunque aquí lo esperaban para rendirle honores, incluso muerto. Se empeñaron en convertirlo en un intelectual adepto al régimen, y lo consiguieron. El 23 de enero sus restos llegaron a Madrid, donde quería yacer para siempre, en la ciudad que lo vio nacer, crecer, amar y convertirse en escritor, su mayor deseo. Lo enterraron en el Panteón de Hombres Ilustres, en la Sacramental de San Justo, junto a las tumbas de Larra, Espronceda, Bretón de los Herreros,

Hartzenbusch y otros famosos escritores. No han dejado hueco para ninguna mujer. Parece que solo los hombres pueden ser ilustres.

Si creyese en el Más Allá, pensaría que mi hermana y él se han encontrado en el cielo de los artistas y se han acercado a su refugio en Estoril para, desde allí, escribir y mirar el mar, abrazados y juntos para siempre.

Las fuerzas me fallan, y debo dejar resuelta mi misión. El legado de Colombine tiene que permanecer a salvo para que yo vuele ligera de equipaje.

Debo deshacerme de los pocos libros que me quedan y de los objetos que guardé como un tesoro. Hace unos días le entregué el sonajero de mi sobrina a Rau, para que Rafaelito juegue con él. Ella se emocionó cuando le conté su historia, y me prometió conservarlo siempre. No se lo dejará al niño, pues podría romperlo.

Los binoculares Zeiss de Carmen, los que compró para ir a Chile en busca de su hija y que siempre llevaba en sus viajes, se los entregué a Cati para que se los diese de mi parte a Fermina.

—Dile que eran de mi hermana, que ella miró a través de esos mismos cristales. Ojalá le ayuden a ver el mundo con los ojos de Colombine.

Solo me quedaban tres libros, uno era *Fígaro*, la biografía de Larra que ayudé a mi hermana a escribir, donde aparece mi nombre en la página 18, el título que regalé a Miquel Viladrich y con el que viajó a América.

Los otros eran *En la guerra* y *Modelos de cartas*. El primero contenía un alegato antibelicista y la historia de amor que mi hermana inventó y yo viví en Melilla. El segundo era el mismo título que le regalé a Vicente con la intención de que me escribiese hasta el último día de su vida. Dentro guardaba la única carta que me envió y la foto que nos hicimos en el parque. Me he dado cuenta de que los tres libros significan mucho: son los hilos que me unen a los dos grandes amores de mi vida.

Ayer se los di a Cati con las manos temblorosas y lágrimas en los ojos. Es el final de mi vida. La primavera me muestra su esplendor antes de la despedida. Este mes de mayo alterna la lluvia y sol, y el jardín crece pletórico.

—Son los últimos que me quedan —le dije junto al castaño en flor—. Los más importantes. Por favor, no los abras hasta que me muera.

—Vamos, madrina —saltó, inquieta—. Aún tienes mucho que contarme.

—No, Cati. Ya te lo he contado todo, ya me puedo ir en paz. El legado de la memoria de Carmen está salvado. La luz de Colombine brillará, tarde o temprano. Para que no se te olvide, lo he escrito con la mejor caligrafía posible.

Le entregué el cuaderno con mis recuerdos y una carpeta con los artículos que aún conservaba, los primeros que mi hermana publicó y los que escribió durante nuestro viaje a Melilla.

Solo quedaba una cosa. Saqué del bolsillo la pajarita de papel que me regaló Miguel de Unamuno y se la ofrecí.

—Toma, esto también es para ti. La hizo Unamuno para mí una vez que nos encontramos en Almería.

—¡Ese mismo día, él me dio otra! —exclamó—. Mi madre y tú os pusisteis a hablar y don Miguel me entretuvo doblando la pajarita. La mía se perdió en la guerra. Son los mejores regalos que podía recibir. Gracias, Ketty. No te vayas de mi lado, te necesito.

—Eres una mujer fuerte y valiente, no necesitas a nadie. No te dejes vencer.

Tuve que convencerla para que se fuese. No quería separarse de mi lado, y yo deseaba quedarme sola con mis recuerdos. La vi alejarse apretando contra el pecho los tesoros que acababa de ofrecerle, y deseé con todas mis fuerzas que la vida le sonriera y fuese más feliz que todas nosotras.

Esta noche entra por la ventaba un dulce olor a lilas. Cuando huele así, parece que el mundo es perfecto, que nada malo sucede. Escucho la voz de Carmen y, aunque no puedo verla, percibo el brillo de su presencia. Me dicta *Puñal de claveles*, su última novela, y yo la escribo a máquina, aunque no oigo el martilleo de las teclas, solo las palabras de Carmen.

—No tardes, Ketty —me dice—. Te espero, aquí en el balneario se está muy bien. Beberemos las aguas de la eternidad, y ya he hablado para que te dejen cocinar. Sin tus platos, no existe el paraíso. Y no me prepares sopas blancas, mejor guisos y dulces. Ya nada puede hacernos daño.

Epílogo

Los policías de la Dirección General de Seguridad llegaron tres días después. Sor Cecilia Urrutia les informó de que doña Catalina de Burgos Seguí había fallecido el 13 de mayo de 1963, recién cumplidos los ochenta y seis años.

Los agentes quisieron revisar las pertenencias de la fallecida, y encontraron en su armario una maleta de grandes dimensiones. Cuando la abrieron, comprobaron que estaba vacía. En el fondo hallaron el retrato de una mujer dibujado en un cartón. En una esquina se leían dos iniciales borrosas: M. V.

Agradecimientos

A don Rafael Cansinos Galán, por su enorme generosidad al permitirme incluir en esta novela fragmentos de las obras de su padre, don Rafael Cansinos Assens, *La novela de un literato* y *Diario de posguerra en Madrid, 1943*. También me facilitó la consulta de datos en la página de la fundación que lleva el nombre de su padre y varios textos aún inéditos. Nadie como Cansinos Assens conocía las tertulias de Colombine y lo que en ellas ocurría. Gracias a sus libros, he podido contarlo. Aconsejo su lectura a quienes deseen saber cómo era ese Madrid ferviente y bohemio de principios del siglo XX.

A doña Concepción Núñez Rey, cuya completa biografía de Carmen de Burgos ha resultado imprescindible para conocer los datos vitales de nuestra autora.

A Claudio del Pup, que me acompañaba una mañana de domingo por la feria de Tristán Narvaja, en Montevideo, donde ocurrió algo mágico: me señaló una mesa con libros a cincuenta pesos (algo más de un euro) y entre ellos divisé un volumen antiquísimo, en cuya desgastada cubierta reconocí el retrato de Larra y, encima, las letras OLOMBINE. Me temblaban las manos de emoción. Se trataba de la primera edición de la biografía de Fígaro publicada por Carmen de Burgos en 1919. En ese momento, yo escribía el capítulo de la novela donde se narraba el homenaje que le hicieron a Larra, que ella promovió en 1909. Ha sido un trabajo extenso y complicado, pero, cuando me asaltaban las dudas, me acordaba de aquel encuentro prodigioso y me convencía de que era una señal para

seguir adelante. El libro me dio muchas pistas, y me animó a imaginar qué personaje de la novela lo llevó hasta Uruguay. Me habría gustado encontrarme entre sus páginas las iniciales M. V.

Un homenaje a una mujer avanzada a su época.
Un emotivo relato contra el silencio y el olvido.

Madrid, 1960. Nadie se acuerda ya de Carmen de Burgos, una segunda muerte para quien fuera la mujer más influyente de España décadas atrás. Con gran pesar por ese injusto y devastador olvido impuesto por los vencedores de la guerra, Ketty se resiste a que la voz de su hermana quede sepultada y decide contar su historia. Quiere devolver a la periodista al lugar que merece y evitar así que se pierda su legado.

Las animadas tertulias en el salón de Colombine, donde se reunían los más prestigiosos escritores, periodistas y artistas del momento, junto con su pensamiento combativo, sus deliciosas recetas y sus memorables escritos son algunas de las estampas que componen este emocionante retrato de una mujer valerosa que revolucionó la escena literaria y abrió el camino hacia la modernidad del país. Porque, ante todo, Carmen siempre quiso sentir la vida, vibrar con ella.

De la mano de una gran narradora y con una rigurosa documentación histórica, una apasionante novela sobre Carmen de Burgos, una de las escritoras españolas más revolucionarias de todos los tiempos.

Rosa Huertas nació en Madrid. Doctora en Ciencias de la información por la Universidad Complutense de Madrid y licenciada en Filología hispánica por la Universidad de Murcia, se ha dedicado a la docencia durante décadas.

Ganadora del Premio Anaya, el Premio Hache y el Premio Ciudad de Cartagena de Novela Histórica, entre otros prestigiosos galardones, es considerada uno de los nombres más destacados de la literatura juvenil de nuestro país. En los últimos años ha publicado dos libros autobiográficos en la editorial Tres Hermanas, y en 2023 vio la luz su novela sobre las escritoras del Romanticismo, *Lazos de tinta*, de la mano de Ediciones B. En esta ocasión regresa a las librerías con *La guardiana de secretos*.

Primera edición: enero de 2025

© 2025, Rosa Huertas
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Lidia Vilamajó
Ilustración de portada: © Trevillion / © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-8078-3

Compuesto en M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @edicionesb_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La guardiana de secretos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43

Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68

Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93

Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100
Capítulo 101
Capítulo 102
Capítulo 103
Capítulo 104
Capítulo 105
Capítulo 106
Capítulo 107
Capítulo 108
Capítulo 109
Capítulo 110
Capítulo 111
Capítulo 112
Capítulo 113
Capítulo 114
Capítulo 115
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro

Sobre Rosa Huertas

Créditos